

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA IV



TESIS DOCTORAL

**UN ACERCAMIENTO SOCIOLÓGICO A LA ACCIÓN
SOCIAL PROYECTADA.
CRÍTICA Y PROPUESTA DE LAS FORMAS DE ACCIÓN
E INTERVENCIÓN EN EL ESTADO SOCIAL**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Miguel Arenas Martínez

Director:

Fernando Álvarez-Uría Rico

Madrid, 2010

ISBN: 978-84-693-7616-4

© Miguel Arenas Martínez, 2010

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología IV



**UN ACERCAMIENTO SOCIOLÓGICO A LA ACCIÓN
SOCIAL PROYECTADA.
CRÍTICA Y PROPUESTA DE LAS FORMAS DE ACCIÓN E
INTERVENCIÓN EN EL ESTADO SOCIAL**

**MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR POR**

Miguel Arenas Martínez

Bajo la dirección del Doctor:

Fernando Álvarez-Uría Rico

Madrid, mayo de 2010



**DPTO. DE SOCIOLOGÍA IV FACULTAD DE CS. POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
PROGRAMA DE DOCTORADO COMUNICACIÓN, CAMBIO SOCIAL Y DESARROLLO**

**Un acercamiento sociológico a la acción social
proyectada.
Crítica y propuesta de las formas de acción e
intervención en el Estado social**

Tesis Doctoral

**Presentada por:
D. Miguel Arenas Martínez**

**Dirigida por:
Prof. Dr. D. Fernando Álvarez- Uría Rico**

Madrid, mayo de 2010

Agradecimientos:

*A Jesús Ibáñez por ayudarme a descubrir
que no sólo es necesario saber sino también poder.*

*A Fernando Álvarez-Uría por sus ánimos y su
valiosa colaboración en este proceso,
pero sobre todo por ser un ejemplo de
solidaridad intelectual con los
olvidados de este mundo.*

A todos los que me han apoyado en este trabajo.

Dedicado a Choni, a mis hermanos y sobrinos, y a mis amigos.

Dedicado a todos aquellos a los que quiero y me quieren.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
I. ¿Sociología, para qué?.....	1
II. Desafíos planteados e hipótesis.....	9
III. Propuestas epistemológicas.....	12
IV. Estructuración y desarrollo de la investigación.....	17
 CAPÍTULO 1:	
ESTADO SOCIAL Y ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA: UNA	
APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA.....	19
I. Sociología del Estado Social.....	19
II. El presente del Estado Social: problemas, posibilidades.....	27
III. Las consecuencias de los cambios: el presente del Estado social de cara a la	
acción social proyectada.....	40
IV. Crítica y transformación del Estado social.....	47
V. La legitimación de las políticas sociales.....	58
VI. El Estado social en un nuevo ámbito público: retos y desafíos.....	66
 CAPÍTULO 2:	
FORMAS DE ACCIÓN SOCIAL: BASES PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA	
ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA.....	81
I. Introducción: repensar la acción social proyectada y sus relaciones con la	
acción social.....	81

II. Sociología, acción y acción social proyectada: relevancia práctica de la aplicación de las políticas sociales.....	89
III. Relevancia e impacto de la intervención y la acción social proyectada en España.....	113
IV. Análisis terminológico y conceptual de la acción social proyectada: hacia un enfoque sociológico.....	123
V. A modo de conclusiones provisionales sobre la acción social proyectada.....	149
 CAPÍTULO 3:	
¿QUÉ ACCIÓN DE APOYO A LOS JÓVENES?.....	157
I. Investigación sociológica de la comprensión y de la acción social proyectada....	157
II. Horizonte y límites de las acciones de política social para los jóvenes.....	166
III. Las actividades de los jóvenes en los tiempos y espacios exclusivos.....	179
IV. Las acciones y actividades de los jóvenes en los tiempos compartidos o inclusivos.....	194
a) Estructuración social de los jóvenes desde los estudios y la formación: Políticas, programas y formas de acción.....	198
b) Elecciones formativas y profesionales: acciones de apoyo y orientación.....	210
c) Las dificultades de emancipación social de los jóvenes: políticas y Acciones de empleo y vivienda.....	214
 CAPÍTULO 4:	
CAMBIO SOCIAL E INICIATIVAS VITALES EN LAS PERSONAS MAYORES.....	227
I. La recreación social de la vejez.....	227
II. Cambios sociales y familiares.....	238
III. Estructuración de las prácticas cotidianas de las personas mayores.....	252
IV. El estatus social de las personas mayores y la protección social.....	261
 CAPÍTULO 5:	
SOCIEDAD, ACULTURACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL: LA MINORÍA GITANA.....	281
I. Apertura a la cuestión gitana: mundo social, comprensión y acción sistémica...	281
II. Clase social, cultura y exclusión en la minoría gitana.....	286
III. Hacia una acción social proyectada de la minoría gitana en exclusión.....	298
a) Hacia la inserción educativa de la minoría gitana en exclusión.....	315
b) Algunos apuntes para la inserción laboral de la minoría gitana.....	325
c) Elementos para una acción social proyectada sobre hábitat y vivienda....	331

CAPÍTULO 6:	
NECESIDADES SOCIALES, PLANIFICACIÓN Y PARTICIPACIÓN SOCIAL: HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA.....	343
I. Los factores transversales en la acción social proyectada: compromiso y posibilidad.....	343
II. Un acercamiento a las necesidades sociales en relación a la acción social proyectada.....	346
a) Definición y conceptualización de necesidades: acción social y justicia social.....	347
b) El reconocimiento de las necesidades.....	355
c) Estado social, necesidades y acción social proyectada.....	361
III. Planificación y acción social proyectada: engarces y relaciones recíprocas.....	367
a) Esbozo de una planificación social situada en la acción.....	377
IV. Participación social y Acción Social Proyectada.....	384
CONCLUSIONES.....	393
I. De la sociología de la acción social a la acción social proyectada	393
II. Del Estado social a la acción social proyectada: orientaciones e influencias recíprocas.....	398
III. De la indagación sociológica comprensiva a la investigación sobre qué acción	400
IV. De la investigación sociológica comprensiva a una actitud investigadora en la acción social proyectada.....	409
V. De la crítica de la razón teórica a la crítica de la razón práctica.....	410
VI. Un balance final.....	411
ANEXO METODOLÓGICO	413
I. Enfoque metodológico y técnico: selecciones y explicaciones.....	413
II. Colectivos y sectores sociales investigados.....	420
III. La mirada cualitativa de la acción social proyectada: discurso, interacción y situación.....	434
COMENTARIO:	
LAS FAMILIAS DE MADRE SOLA COMO EJEMPLO ANALÍTICO CONSTITUTIVO DEL SUJETO SOCIAL EN LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA.....	441
BIBLIOGRAFÍA.....	449

WEBOGRAFÍA.....	475
ÍNDICE DE FIGURAS.....	477

INTRODUCCIÓN

I.- ¿Sociología, para qué?

El punto de partida de este trabajo de investigación, de esta tesis doctoral, ha sido el interés teórico-empírico por el campo de las prácticas sociales que en una secuencia lógica, ideal y racional, suele suceder a las investigaciones sociológicas, hayan sido estas realizadas o no *ex profeso* para fines sociales. Al interés personal y profesional por el espacio de aplicación de las políticas sociales, que inciden siempre sobre las vidas de los destinatarios, es decir, sobre los ciudadanos, se añadió la sospecha de que predomina en nuestras sociedades una forzada separación, o ruptura, entre las investigaciones sociológicas y la acción social planificada. Se podría por tanto decir que esta tesis fue suscitada por el estupor que ha provocado en mí este olvido sociológico.

Durante más de tres lustros he tenido la oportunidad de trabajar a caballo de la investigación social y del diseño y la aplicación de las políticas sociales —o de una parte de ellas—, lo que impulsó mi atención tanto hacia los vínculos entre la investigación sociológica y la acción social, como hacia las enormes posibilidades que se abren cuando la investigación sociológica está abierta a la acción o intervención social reflexiva.

Por diversas causas que iremos desarrollando, la sociología *no* ha concentrado su interés en uno de los procesos más sociales que, a nuestro entender, se puedan encontrar: el del desarrollo de una “acción proyectada” dirigida a resolver los problemas de los ciudadanos que fricciona y se acopla con las cotidianas y excepcionales acciones y situaciones de la vida social que ellos conforman, y en las que se encuentran inmersos. Es cierto que ha habido una presencia sociológica cualitativamente reseñable en el antes y después del encuentro entre la

acción social proyectada y la acción social en sí, pero su ausencia en el momento de tal relación ha determinado que este espacio se configure como un “punto ciego” en la observación y en la misma acción sociológica. Esta ceguera no es responsabilidad exclusiva de los sociólogos pues, como veremos, es funcional a la racionalidad organizativa fordista en las sociedades modernas de capitalismo avanzado. En cualquier caso, el resultado ha sido negativo tanto para el desarrollo de las teorías sociológicas como para la reflexividad a la hora de desarrollar la intervención social. La incapacidad de combinar de forma consciente la investigación sociológica con las políticas sociales, ha favorecido toda una amplia parcelación de saberes y de poderes que a su vez han fragmentado en buena medida los procesos de implementación social.

Se puede concebir e investigar el conjunto de la acción social proyectada de manera sociológica como un todo, en donde los proyectos, su desarrollo y aplicación, tengan una unidad teórico-empírica. Y a la vez es preciso investigar desde la sociología las necesidades y características de la propia acción proyectada al hilo de sus destinatarios: los ciudadanos. Sólo de esta manera se podrá restablecer la unidad y continuidad entre los diferentes tipos de investigación y entre las diversas concepciones y prácticas proyectadas¹. En términos generales se puede decir que la principal pretensión de esta tesis es contribuir a ese objetivo. Así pues, la finalidad de esta investigación materializada en forma de tesis doctoral, es avanzar en la comprensión sociológica de aquella acción social que, construida y desarrollada desde instituciones y/o organizaciones públicas y privadas, pretende incidir en la mejora de la situación social de aquellos colectivos a los que va destinada. Intentaré, por tanto, acercarme a las condiciones de la acción en un momento histórico dado, tratando de restituir sus relaciones con las operaciones y construcciones antecedentes y consecuentes, que han terminado por desgajar esta acción en campos formales, temporales y físicos diferenciados. Se trataría de entenderla como una misma realidad, desde su concepción, proyección y práctica, en la certidumbre de que ello la acercará –junto a otras contribuciones– a las necesidades reales de los ciudadanos, tal y como ellos mismos las perciben y son detectadas, en el marco del Estado social. El propósito implica articular el contexto y contenido relacional entre las dos clases de acción, **acción social** y la que llamamos **acción social proyectada**, que por momentos interactúan, se recrean y relacionan una con otra, pero que poseen una naturaleza y condiciones muy diferenciadas, encarnadas y manifestadas desde el momento de su encuentro². En consecuencia, todo ello nos pone ante la idea de que esta acción interventora no se produce de forma aislada, por lo que es preciso entenderla en sus contextos diacrónicos y sincrónicos que implican procesos decisorios valorativos, más o menos explícitos, a la hora de su proyección. Nos referimos a todo lo que está incorporado que atañe a la dimensión

¹ J. M. FERNÁNDEZ SOBRADO. “La búsqueda del objeto: la eterna cuestión de la sociología”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994. p. 110.

² P. BOURDIEU. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. 1991. p. 34 y ss.

temporal y genealógica, y también a las elecciones sobre necesidades sociales, planificación y participación social. En definitiva, y para cerrar este catálogo de intenciones, la finalidad última del análisis aquí desarrollado es incidir en la acción social proyectada mediante la incorporación conceptual y metodológica propia del análisis sociológico. Y es que, como ya señalaba en el siglo XIX el sociólogo francés Émile Durkheim, en el prefacio a la primera edición de su libro titulado *De la división del trabajo social*, no habría que dedicar a la investigación sociológica ni una hora de atención si esta tan sólo gozase de un interés especulativo.

La temática de nuestro trabajo es doblemente paradójica en la medida que es una reflexión sobre una acción intelectual que, además, incide sobre una parte de la acción social general. Una acción proyectada que ha sido analizada y secuenciada en fases, pero, a la hora de su aplicación, en apariencia se presenta de manera similar a la de la propia acción social que vamos conformando individual, colectiva y relacionalmente los agentes sociales: como una lógica en acto que debe ser económica y precisa, respondiendo a la urgencia adecuada de los actos de la vida cotidiana³. Y ello es así, porque idealmente la última parte de la acción proyectada debe suponer el encuentro e interacción con la acción social, incorporándose desde ese instante como parte de ella con todas las consecuencias. Pero el argumento de la acción social proyectada sería demasiado escueto y limitado si no llegásemos a identificarla como componente del Estado social. En efecto, aunque los contornos a veces sean imprecisos, esta clase de acción está de manera clara unida históricamente a los avances del Estado social europeo, sobre todo desde los años cincuenta del siglo XX, y a sus reformas preventivas y/o correctoras.

La materia de esta tesis es por tanto la acción social proyectada en el contexto de la sociología del Estado social y de su debatido cambio y adecuación a las transformaciones sociales generales que han sufrido las sociedades europeas, y en concreto la española, en los últimos treinta años. El círculo se cierra, aunque sea de manera provisional, al poner a la acción proyectada *en situación* desde la perspectiva de los cambios sociales y de los nuevos retos y configuraciones planteados al Estado social por el empuje del neoliberalismo, cambios que obligan a restaurar la complejidad de su cometido al modo de la evolución de las ciencias sociales en los últimos años.

El estudio de la acción proyectada desde la sociología del Estado social nos emplaza, asimismo, al campo general de la aplicación de las políticas sociales, en concreto a lo que desde diferentes ámbitos se denomina de manera distintiva, entre otras acepciones, *implementación, intervención, acción social, trabajo social, educación social, animación sociocultural, etc.*, y que nosotros llamamos **acción social proyectada**. Más allá de un ánimo corrector, o de buscar la originalidad, lo que se intenta es una clarificación sociológica – terminológica, conceptual y comprensiva– sin pretensiones de convertir nuestras propuestas

³ P. BOURDIEU. *Les structures sociales de l'économie*. Paris: Seuil, 2000. p. 260 y ss.

en una ortodoxia. El objetivo es desarrollar un razonamiento sociológico que supone para la sociología una implicación en los problemas de nuestro tiempo. Vamos a intentar dar a entender de una forma transversal el contenido de nuestro propósito sobre la acción social proyectada.

Hablamos de **acción** porque, como toda acción, desde su concepción hasta su materialidad supone una continuidad relacionada que prevalece a su fragmentación en espacios racionales objetivados⁴. De la misma forma, siendo una intervención discursiva y/o material de los agentes –al modo de cualquier acción–, va mucho más allá al integrar las capacidades, intenciones y conocimientos. Y porque, de principio a fin, también su materialidad está enmarcada en condiciones que son relativamente desconocidas que pueden producir unas consecuencias hasta cierto punto inciertas y/o no intencionadas.

Precisamente, al calificar como **social** a la acción proyectada lo que se pretende es subrayar su acercamiento relativo al lado generativo y azaroso de la acción social. Pues más allá de un medio inicial ilusorio o realmente controlado a través de su racionalización objetivada, su proceso de construcción está ceñido –como limitación y posibilidad– a la mixtura de los agentes que participan en ella, a sus poderes y posiciones, y a los saberes y juicios valorativos sustentados⁵. En un segundo momento, al ser una acción social proyectada que interviene en una parte de la acción social, termina por incorporarse o fundirse con ésta, desapareciendo en los efectos y consecuencias los rasgos de la maleabilidad técnica original.

Y si caracterizamos como **proyectada** a esta clase de acción social, es para establecer las notorias diferencias que tiene con la acción social en sí. Pues, más allá de que toda acción social ha de ser de alguna forma proyectada, se trata de una acción intelectual que está construida en condiciones muy alejadas de las de aquella, remitiendo a un entorno regulado, a un control del tiempo y del espacio que dimensiona los componentes intelectuales frente al sentido práctico de la acción social práctica, que lo es porque no necesita pensarse para ser hecha⁶. Aunque más adelante seguiremos profundizando en la acción social y en la acción social proyectada [en adelante ASP o, indistintamente, AP] y sus relaciones, pensamos que, por ahora, es suficiente este avance para justificar nuestra elección terminológico-conceptual.

La ASP es el tema principal de esta tesis. Como es bien sabido tanto el Max Weber de *Economía y sociedad*, tal y como ha sido leído desde la perspectiva del individualismo metodológico, como el Talcott Parsons de *La estructura de la acción social* identificaron el análisis sociológico con la teoría de la acción, pero en la medida en que sus categorías, conceptos y construcciones teóricas se produjeron en el marco de sociedades liberales, en la medida en que sus concepciones de la acción reposaban en las conductas de los individuos, al

⁴ F. GARCÍA SELGAS. “Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad” en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. p. 495.

⁵ E. LAMO DE ESPINOSA. *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1990. p. 67 y ss.

E. MORIN. *Sociología*. Madrid: Tecnos. 1995. p. 88 y ss.

⁶ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 57 y ss.

margen de las clases sociales, no pudieron abrir sus análisis al ámbito de la acción social proyectada en el marco de las sociedades planificadas en las que cobra un fuerte peso la acción social institucional. Y es precisamente en este nuevo marco, favorecido por el keynesianismo, en el que sociólogos como Karl Mannheim o Pierre Bourdieu, por ejemplo, hablaron de la intervención social. Nuestra propuesta no nace por tanto por generación espontánea, se apoya en un fondo social del conocimiento sociológico, trata de asumirlo, prolongarlo, trata en fin de tomar el relevo. La centralidad argumental y la profundidad teórica que consigamos imprimir a la ASP nos será necesaria para el análisis empírico que vamos a intentar desarrollar a partir de algunos colectivos sociales que son significativos desde esta perspectiva de la orientación y desarrollo de las políticas sociales: jóvenes, personas mayores y minoría gitana. Estos tres colectivos se encuentran en la periferia de la sociedad salarial, la sociedad en la que todavía nos encontramos. Las investigaciones de carácter descriptivo, explicativo y comprensivo que hemos realizado en los últimos años las vamos a completar anidándolas con una “segunda lectura” a los materiales cualitativos – grupos de discusión, sobre todo, y entrevistas en profundidad– obtenidos en su momento. Es una reinterpretación reflexiva de segundo orden, que ahora tiene como fin investigar qué ASP se puede inferir de los discursos, y qué necesidades de los destinatarios con respecto a esa acción se expresan al hilo del habla de los participantes. También es un anclaje empírico que a través de jóvenes, mayores y minoría gitana intentará comprobar los acercamientos previos a la ASP y a sus contextos y, desde luego, discutirá la pertinencia de los discursos producidos – o a producir en un futuro– para su investigación. En definitiva, además de investigar para conocer y/o comprender también se investigará para ver cómo debe ser la intervención en el conjunto del proceso, incluyendo los momentos de la irrupción de la ASP en la acción social, en la vida cotidiana de los ciudadanos.

La justificación de esta investigación se inscribe, por tanto, en ese horizonte inicial de posibilidades. Al caracterizarla como *sociológica* queremos subrayar la importancia de la continuidad entre el campo de investigación y el campo de aplicación de las políticas sociales. Las ciencias sociales, y entre ellas la sociología, han venido incorporando en los últimos años innovaciones teóricas, metodológicas y técnicas que, pensamos, no tienen su correlato en la dimensión de la acción y de la práctica⁷. Cubrir esta laguna supone el intento de plasmación de una comprensión compleja como la investigación, en una intervención que cuando se activa a menudo termina por simplificarse. De la misma forma, muchas de las investigaciones realizadas olvidan que en su contexto deben aportar las claves –al menos genéricas– que las relacionen con el mundo vital del que hablan y permitan su redimensionamiento práctico, sea éste del nivel que sea. Pero la cuestión no sólo atañe a la discontinuidad entre investigación

⁷ J. IBÁÑEZ. *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI. 1985. p. 203 y ss. Ver también, *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI. 1994. Y ver también, “El papel del sujeto en la teoría (hacia una sociología reflexiva)”, en: E. L. DE ESPINOSA y J.E. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993.

social y acción. El espacio de aplicación de las políticas sociales, al estar situado entre la política y la economía, en el ámbito de lo social, sufre fuertes presiones externas, y hacia adentro está dividido en monopolios, profesiones o lugares de pertenencia⁸. Por otro lado, la insuficiente presencia sociológica profesional y académica en la intervención social, tampoco ha ayudado a resolver o mejorar el problema de la necesaria traducción entre dos campos que, además, deberían articular espacios amplios y compartidos de reflexión y debate.

En el contexto de la redefinición del Estado social, de su eficacia y, en consecuencia, de la adaptación a las necesidades reales de los ciudadanos, esta investigación la consideramos relevante ya que una gran parte de las políticas sociales terminan por activarse y aplicarse mediante la ASP⁹. Bien es cierto que no todos los servicios y políticas se desarrollan a través de ella, pero incluso en tal caso existe una fuerte dependencia entre los servicios de atención e información y esta acción experta, ya que deben mantener una “relación y atención práctica” con los ciudadanos que les asocia estrechamente, sosteniendo unos niveles altos de coherencia y unidad de actuación. Por tanto, más allá de prestaciones y servicios del Estado social que de manera habitual no requieren equipos de acción e intervención, existe un amplio campo de actuaciones, a veces solapadas, que son ASP en el sentido que le conferimos aquí. Por ejemplo: en educación, con equipos que, con variados contenidos y motivos, afrontan la relación de la institución escolar con el mundo social y familiar; en empleo, detectando necesidades para trabajadores y empresas y activando políticas al respecto; en sanidad, informando y orientando en procesos de salud; en servicios sociales, cubriendo un amplio espectro de intervención que va desde la información y orientación hasta la activación de equipos transversales en barrios degradados, *etc.* Asimismo, también en los últimos años es estratégicamente notoria la intervención desplegada desde el llamado Tercer Sector, que impulsa el voluntariado, con asociaciones y/o organizaciones no gubernamentales que aunque están vinculadas en mayor o menor grado con el Estado social actúan de manera independiente¹⁰.

Es posible que baste con revisitar el nexo de la investigación y la acción – deteniéndonos en esta última–, y con resaltar la importancia cuantitativa y cualitativa de la ASP en el Estado social, para justificar la relevancia de esta investigación. Sin embargo, aún cabe mencionar otros dos aspectos que teniendo un carácter instrumental o de mediación, son en nuestra opinión significativos para avanzar hacia una intervención más comprensiva, y para profundizar en una metodología capaz de aportar la información necesaria sobre qué acción necesitan los ciudadanos. Nos referimos, primero, a un acercamiento a las relaciones y diferencias entre la acción social y la ASP, y posteriormente a la pregunta sobre la utilidad de los textos de los grupos de discusión para su investigación.

⁸ J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire*. Toulouse: Privat. 1990. p. 47.

⁹ P. DONATI. *Manual de sociología de la familia*. Navarra: EUNSA. 2003. p. 405.

¹⁰ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas*. Barcelona: Ariel. 2003. p. 141 y ss.

Es preciso relacionar las dos clases de acción para poner de manifiesto las condiciones que las asemejan y diferencian, y para desarrollar su potencialidad en el contexto de la legitimación de las políticas sociales. Pero se necesita también la explicación teórico-metodológica que proporcionan los grupos de discusión, porque pretendemos demostrar que este material empírico, apropiado para conocer y comprender las acciones de los ciudadanos, también lo es para aportar herramientas que permitan comprender y diseñar desde una perspectiva no tecnocrática una ASP más adaptada a sus necesidades y a sus propias demandas. Si esta tesis sirviese para avanzar en estas dos perspectivas habríamos dado un paso importante para completar este estudio, para avanzar hacia una perspectiva más global, una perspectiva enriquecida por los datos obtenidos al aplicar técnicas cualitativas de investigación social.

Como pusieron de manifiesto los sociólogos interesados por los métodos biográficos toda investigación social se ve marcada por el encuentro entre la trayectoria personal del investigador y la dinámica social en la que está inserto. La motivación seminal de este trabajo hay que buscarla en la dedicación profesional sociológica del autor, desde mediados de los pasados años ochenta, tanto a la intervención como a la investigación en el contexto local, es decir, allí donde fundamentalmente se aplican y desarrollan las políticas sociales. En ese ámbito lo habitual hubiera sido trabajar en la práctica de la intervención alternando la dedicación en varias actividades características anejas: indagación en sistemas de información e indicadores sociales, planificación, programación..., y, en su caso, la misma implementación y desarrollo de proyectos. Sin embargo, las oportunidades de investigación fueron surgiendo al hilo del interés de las instituciones –de los ayuntamientos– en el conocimiento de algunos colectivos sociales: juventud y jóvenes, infancia marginada, minoría gitana, vejez y personas mayores, entre otros. En conexión con todo esto, había un fuerte interés personal previo por la investigación y, más en concreto, por las relaciones complejas existentes entre epistemología, metodología y técnicas de investigación social. Este interés se fraguó durante los estudios de sociología y, sobre todo, en las clases del profesor Jesús Ibáñez, de tal forma que sus trabajos tuvieron una gran influencia en el devenir profesional del autor de esta tesis. Sin embargo, lo que terminó por activar la decisión de abordar sociológicamente la ASP fue la participación regular en ella, y también su observación en proceso a lo largo de varios años. Había un interés creciente por situar a las investigaciones sociológicas en el curso de la acción y, al mismo tiempo, por traducir la complejidad investigadora y sus resultados en proyectos de acción no-triviales –pero posibles–, que fueran capaces de dirigirse y dialogar con los iniciales destinatarios de la acción experta: los sujetos sociales¹¹.

Casi finalizando el siglo XX, el paso desde las ocupaciones sociológicas profesionales hasta la sociología académica, provocó un distanciamiento en relación a las preocupaciones

¹¹ H. VON FOERSTER. *Las semillas de la cibernética*. Barcelona: Gedisa. 1991. p. 185 y ss.

más inmediatas sobre este campo. No obstante, aunque sedimentada, esa necesidad intelectual continuó manifestándose y mucho más cuando de manera esporádica se reactivaba a través de investigaciones –sobre jóvenes y personas mayores– o evaluaciones –inserción laboral– encargadas externamente, en las que las observaciones y propuestas para la ASP eran estratégicamente relevantes. Por otro lado, aunque el alejamiento produce olvido y una aminoración de la tensión intelectual, bien es cierto que esa misma distancia facilita la re-situación emocional ante el objeto de estudio, así como la búsqueda de la objetividad. De esta forma, durante el transcurso de los estudios de doctorado y la obtención del Diploma de Estudios Avanzados fue cuando se vio la oportunidad de que confluyeran estas motivaciones, inquietudes y planteamientos con la realización de este trabajo. Al mismo tiempo, se puede decir que es cuando comienza el proceso de investigación propiamente dicho. Pero situados en tal presente histórico nos hacíamos algunas preguntas:

- 1) ¿Cómo abordar empíricamente un objeto sociológico como el de la ASP?
- 2) ¿Cuál debía ser el planteamiento principal?
- 3) ¿Hasta qué punto, en fin, es relevante esta clase de acción para la sociología, cuyos cometidos descriptivos, explicativos y comprensivos ya son en extremo complejos?

Las respuestas a estas preguntas básicas y su posible contestación, está encarnada en la globalidad de este texto y a él habrá que remitirse. Pero, en cualquier caso, en esos momentos era necesario contestarlas para ver cuajar y continuar la investigación en forma de unos planteamientos iniciales que fortalecieran su desarrollo.

1) El punto de partida era la pretensión de realizar una investigación social con métodos y técnicas netamente sociológicos. Y, de entre ellos, se buscaban los que proporcionaran un material para analizar, en el que poder captar no sólo las necesidades que justifican la ASP sino también sus características requeridas, más o menos explícitas, expresadas desde los potenciales ciudadanos destinatarios. Esa demanda de datos de “*agentes en proceso*” es lo que nos llevó a la elección de los grupos de discusión. Y, antes que diseñarlos y realizarlos entonces, tomamos también la decisión de releer algunos de ellos, presuponiendo que podríamos inferir, interpretar y modular elementos significativos para la ASP. De esta forma, se podría complementar en el tiempo la comprensión del primer análisis con la investigación de la acción de la lectura ulterior. Es decir, nuestro planteamiento –y con esto vamos a la respuesta de la segunda pregunta– 2) pasa por investigar la acción, lo cual no deja de ser insólito: la investigación suele ser antecedente –descripción, explicación, comprensión–, o consecuente –la evaluación– a que la ASP haya intervenido y se incorpore, o se fusione, con la acción social más general. En efecto, se trataba de abordarla –pensamos entonces– pero a condición de no fragmentarla en el curso de su desarrollo, y de entenderla distinta aunque relacionada con el trayecto global de la acción¹². Y en tercer lugar, 3) en aquel momento presuponimos que la causa de la excepcionalidad sociológica en este contenido de

¹² P. NAVARRO. *El holograma social. Una ontología de la socialidad humana*. Madrid: Siglo XXI. 1994. p. 173.

investigación, se debía más a la notoria ausencia profesional y académica que a su inadecuación o irrelevancia. Pues, en efecto, nos encontramos ante un objeto de conocimiento en el que se dan las condiciones fundamentales para ser abordado y analizado de manera sociológica, al poder observar una serie de interrogantes y dilemas sociales que estimamos relevantes. Por ejemplo, las relaciones colectivas vinculadas con las individuales, la lógica de la acción social frente a la de la ASP y sus relaciones con la situación social, su inserción en la acción social, su análisis genealógico y sincrónico, las condiciones y modelos de aplicación de las políticas sociales, la participación social en la AP y las políticas sociales, entre otros. En definitiva, estas fueron las motivaciones y planteamientos iniciales que si bien contados desde la percepción del presente son en buena parte causa de este texto y de sus resultados.

II. Desafíos planteados e hipótesis

Hemos propuesto hasta aquí la finalidad general de la investigación, también su temática principal y hemos procurado que su justificación y relevancia fueran lo suficientemente claras como para cimentar el empeño de realizarla. También, hemos visto las vinculaciones tanto personales como sociales que nos han comprometido en todo el proceso. Ha llegado ahora el momento de dirigirnos al territorio de los medios y de lo concreto, planteando los principales objetivos que nos han ayudado a conseguir los imprescindibles resultados parciales, que están muy relacionados con la solidez a la que puedan llegar las conclusiones obtenidas¹³. En efecto, la ASP como encarnación del desarrollo de las políticas, en general, y de las políticas sociales, en particular, es el tema principal de esta tesis doctoral pero no su centro, ya que aquí lo técnico debe trasladarse al ámbito de lo político y lo emocional. La centralidad debe ser trasladada al intento de fraguar algunas aportaciones en favor de la ampliación de la ciudadanía, mediante la aplicación de políticas sociales que siendo solidarias profundicen en su adaptación y respeto a los ciudadanos. Además, están los mencionados pasos intermedios que secuencian la investigación y que constituyen los objetivos de nuestro trabajo a modo de desafíos que nos permitan avanzar en la comprensión de esta clase de acción interventora.

1. En general, la ASP es un factor importante en la consecución, de una forma activa, del bienestar social desde el Estado social, y además suele manifestar una dependencia estratégica de su diseño y configuración. Por ello, a partir de este primer objetivo resultará obligado tratar sociológicamente la situación del Estado social, como la clave de bóveda de la reforma social en nuestras sociedades: junto a los cambios acontecidos en los últimos años y sus consecuencias, nos acercaremos a los dilemas que se presentan en la actual coyuntura

¹³ F. ALVIRA MARTÍN. “Diseños de investigación social: criterios operativos” en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBÁÑEZ; F. ALVIRA (compilación) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. p. 68.

realizando las consecuentes elecciones valorativas sobre su posible cambio y desarrollo. Y, por la misma causa, al pretender formular propuestas que mejoren esta acción, debemos resituirla en la institución de la que forma parte –El Estado social– buscando sus dependencias y relaciones recíprocas.

2. Una vez puesta en contexto la ASP, el segundo objetivo que nos hemos planteado implica directamente el abordarla conceptualmente. Su comprensión teórica y su significación práctica diferenciada en el Estado social, resultan imprescindibles. Como lo es también conseguir relacionarla y discernirla de los estatutos epistemológicos de la acción social en sí. Es decir sus características, sus semejanzas y diferencias, junto a las potencialidades y limitaciones que se pueden inferir de su desigual naturaleza que si bien relacionada obliga también a no confundirlas.

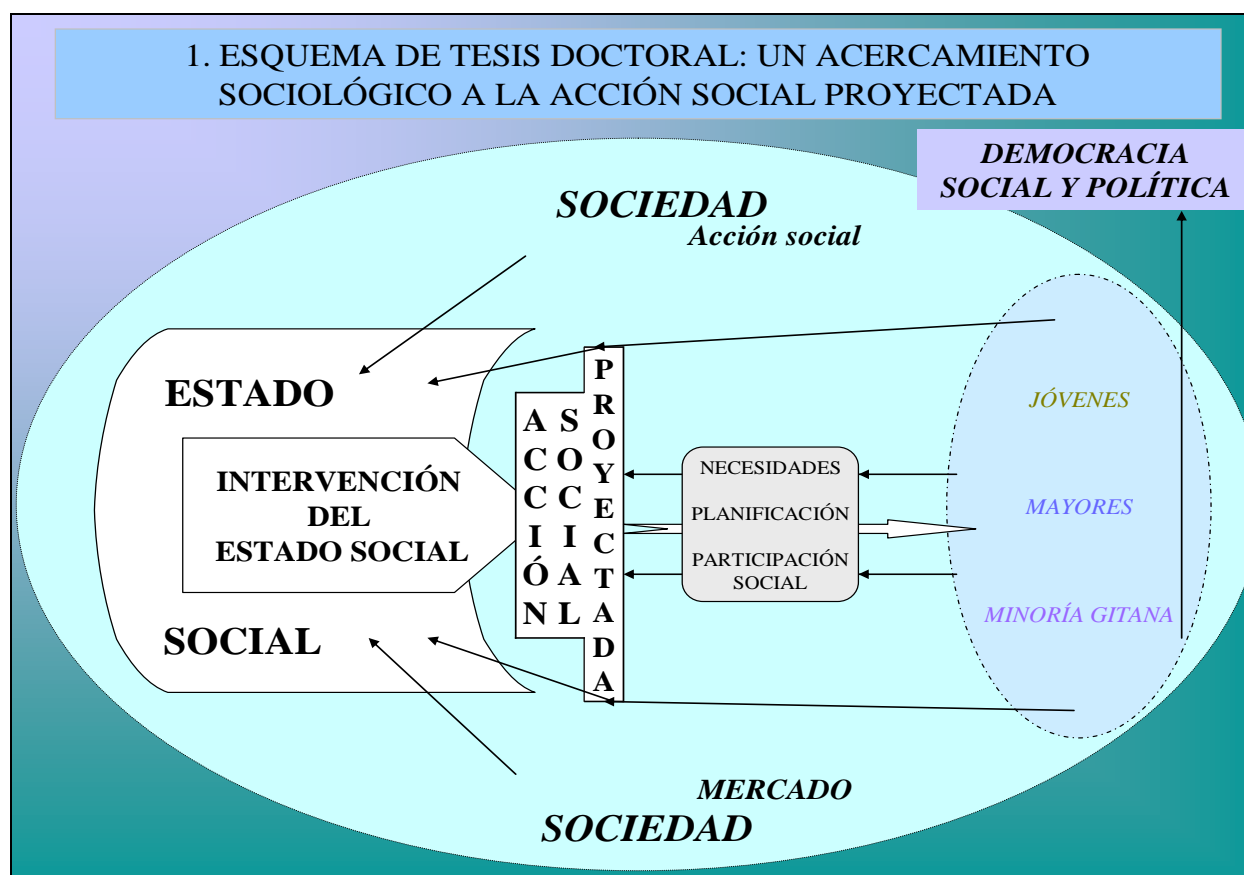
3. Con el tercer objetivo, se intenta establecer un diálogo y una interacción entre lo teórico y lo empírico. Si la ASP tiene sentido en el contexto de la abstracción conceptual, también lo debe tener en las narraciones y discursos de las personas –y colectivos– que participaron en nuestros grupos de discusión. Desde esas conversaciones y debates, se trata de articular un discurso analítico de carácter general que aborde las necesidades sociales, y se interroge por el rol social que juegan en nuestra sociedad cada uno de los sectores sociales y colectivos a investigar –jóvenes, mayores, gitanos–. A partir de ahí, el objetivo es elaborar algunas prescripciones que yendo de lo específico a lo general, compongan un conjunto de aportaciones sobre la ASP necesaria en el Estado Social que pretendemos, en el camino hacia una sociedad más justa y solidaria. Al mismo tiempo, trataremos de objetivar y comprender cuáles y cómo son los factores transversales que a modo de pasos obligados balizan su trayectoria conformándola de manera más o menos explícita. Son algunos de los espacios en los que racionalmente se suelen establecer las secuencias de la ASP: necesidades sociales, planificación social y, en su caso, participación social.

4. El cuarto objetivo se refiere, en general, a los componentes metodológicos. Es decir, a la manifestación explícita –específicamente y en cada uno de los capítulos– de las elecciones y decisiones realizadas en lo que atañe a las perspectivas epistemológica, metodológica y técnica. Por lo tanto, su carácter es diagonal y debe desplegarse al conjunto del trabajo y a las maneras de pensar y obrar que en él desarrollamos.

5. El quinto objetivo es obligado en la medida en que se refiere a los resultados y nuevos interrogantes provocados sobre el papel de ASP, y con ella del Estado social en nuestra sociedad. El propósito es, pues, desarrollar un conjunto de conclusiones y propuestas, que añadan alguna nueva luz sobre las exigencias de los procesos de activación solidaria desde el Estado social en las sociedades actuales.

La materialización de la intervención social dirigida a los ciudadanos de una forma fragmentada, con insuficiente conocimiento, y las más de las veces como una mera aplicación de carácter dependiente, exige una mejora que redunde en la situación de aquellos a los que se dirige. Con estos desafíos y objetivos propuestos la hipótesis principal de este trabajo es la siguiente:

Al llevar la ASP al terreno de la acción social, analizándola sociológicamente, se podrá restituir y recuperar una intervención social más unitaria y continuada entre conocimiento y práctica, entre concepción y desarrollo, entre planificación e implementación, entre acción experta y acción social en sí, que aproveche mejor sus potencialidades de ciudadanía social para beneficio de los sujetos a los que se dirigen las políticas sociales.



III. Propuestas epistemológicas

Los planteamientos generales que hemos desarrollado hasta aquí junto a los objetivos y la hipótesis que acabamos de formular, nos obligan a justificar y explicar nuestra perspectiva epistemológica y las opciones y elecciones metodológicas y técnicas. A ese fin, desde la perspectiva epistemológica –o del conocimiento– es preciso realizar una apertura de contenido que ayude a comprender la naturaleza problemática de la ASP, y el desafío al que nos enfrentamos al abordarla¹⁴.

Desde muchas miradas el Estado social keynesiano, también conocido como el modelo social europeo, es la construcción institucional socialmente arraigada, más perfilada hacia la consolidación de los derechos sociales y la justicia social¹⁵. Un compromiso que prioriza la reforma social preventiva y correctiva, tratando de poner freno a la creciente mercantilización de los derechos sociales en la que están embarcadas nuestras sociedades capitalistas a comienzos del siglo XXI. Un intento también de proteger al conjunto de la ciudadanía de las manifestaciones de desigualdad, al menos de las más acuciantes. Nos encontramos en una sociedad en la que desde sus albores, en el siglo XVIII, pugnan dos fuerzas formidables que hasta cierto punto son dependientes: el modo de producción capitalista en lo que respecta al sistema económico, y el Estado social que trata de acrecentar, material y simbólicamente, los espacios de protección desmercantilizados, a salvo de la lógica económica y de sus avatares¹⁶. Al mismo tiempo, son conocidos los problemas de origen diverso –ideológicos, financieros, de legitimación, etc. – que han provocado su cuestionamiento en las últimas décadas, y que se dirigen hacia algunos derechos y políticas otrora intocables que aún hoy apenas han comenzado a remitir. Si bien muy pocos se atreven a negar su trascendencia en nuestras sociedades, abogando –por ejemplo– por su supresión o máxima reducción, sí se dan diferencias considerables respecto a su diseño y configuración de sus protecciones y prestaciones¹⁷. La ASP al estar de forma mayoritaria localizada en el Estado social, es en especial sensible a las dificultades y variaciones comentadas, mucho más cuando la inestabilidad de las políticas, de los servicios y equipos que las activan es bastante habitual. Y si los dilemas de nuestra sociedad con respecto al Estado social no sólo tienen que ver con su crecimiento o disminución, es reconocible que una parte sustantiva de la intervención al estar al albur de tales fluctuaciones, resulta afectada en el desarrollo de las actividades y servicios

¹⁴ P. BOURDIEU; J.C. CHAMBOREDON; J.C. PASSERON. *El oficio del sociólogo*. Madrid: S. XXI. 1976. p. 14 y ss.

¹⁵ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia: génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*. Madrid: Morata. 2004. pp. 215 y 370, respectivamente. Ver también, A. GARCÍA SANTESMASES. “Reflexiones sobre el nuevo orden/desorden internacional”, en: *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 29. Murcia: Universidad de Murcia. 2003. p. 120 y ss.

¹⁶ R. CASTEL. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica delariado*. Barcelona: Paidós. 1997. p. 20 y ss.

¹⁷ A. HEMERIJCK. “The self-transformation of the European Social Model”, en: G. ESPING-ANDERSEN [et al.]. *Why we need a new welfare state?* Oxford: Oxford University Press. 2002. pp. 173-214.

dirigidos a los ciudadanos que en esos momentos se estén desarrollando. Pero la imagen y configuración del Estado solidario también depende de la ASP, puesto que forma parte de él y termina por influirle y conformarlo. Y lo hace según sus capacidades temporales en forma de recursos humanos y materiales, también según sus modelos de acción desplegados en la práctica y, finalmente, dependiendo de las distintas formas de relación tenidas con los ciudadanos y sus organizaciones representativas.

En ese sentido, es preciso referirse a la posición de la ASP al nivel ocupacional general, y a las fragmentaciones manifestadas en diversos niveles en el seno del propio Estado social que, sin duda, terminan por repercutir en los ciudadanos destinatarios. Estas insuficiencias se emplazan en la continuidad de una marcada ambivalencia en nuestra sociedad con respecto al Estado social y sus logros. De un lado, es notoria su legitimidad y arraigo social, y en especial por parte de aquellas personas que visualizan sus servicios y actividades –o sus ausencias– más directamente, como los jóvenes o las personas mayores. De otro lado, su acción y activación está condicionada en ocasiones por una imagen correctora y asistencial, que denota la posición desigualmente subsidiaria con respecto a los otros sistemas sociales y en especial al económico. Esa visión parcial no deja de ser una defensa ante los procesos de estigmatización provocados por modelos particularistas de implementación, y actuaciones inadaptadas o separadas de los contextos y agentes sociales de destino. No obstante, aún dentro del mismo Estado social ocurren procesos de fragmentación entre políticas y/o servicios que responden a la dinámica social general mencionada de subsidiariedad, o también a procesos más específicos que derivan de la establecida disociación jerarquizada de lo intelectual frente a lo manual. Mientras que el Estado social y la ASP sean necesarios para el conjunto de los ciudadanos, valdrá la pena intentar profundizar en el análisis de tales diferenciaciones que, además, se manifiestan de forma dinámica.

Internamente al Estado social existe un proceso de ordenación socio-ocupacional estructurado material y simbólicamente, en el que están involucrados los agentes –externos e internos– matizándolo o reforzándolo desde su ubicación temporal en tales relaciones. De esta forma, dependiendo del lugar que se ocupe, sitúan a cosas y personas y quedan situados según los otros¹⁸. Y tal referente de ordenación se manifiesta a partir del par intelectual/manual y sus numerosas derivaciones, en una lógica contrastante binaria que –a pesar del mayor estatus de lo intelectual– es recíproca –de arriba abajo y viceversa–, y dinámica, porque se atribuyen intercambios relativos y provisorios de roles. En el encadenamiento de las numerosas derivaciones del par, y dependiendo de los niveles organizativos y posiciones ocupadas, los que otrora fueron imputados tácticamente de activistas –manuales– ahora lo serán de teóricos –intelectuales– y posteriormente de nuevo podrán ser acusados de prácticos –manuales–. De igual forma, ellos mismos en otro momento del proceso y a modo defensivo, podrán realizar parecidas o equivalentes imputaciones. Bien es cierto que no se trata de que exista un

¹⁸ P. BOURDIEU. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus. 1988. p. 479 y *El sentido práctico...* p. 336 y ss.

continuo e indiscriminado “baile atributivo”, pues su eficacia relativa dependerá de la verosimilitud referencial que se consiga transmitir en tales asignaciones.

Así, nos parece que estos son síntomas elocuentes de la reedición de los ineludibles dilemas que afectan a las ciencias sociales y a la sociología, que en el campo de la ASP no suelen abordarse: formalismo *versus* empirismo, estructura *versus* acción, subjetivismo *versus* objetivismo y micro *versus* macro¹⁹. En efecto, la misma separación material y simbólica de la investigación, de la investigación de necesidades y de la alta planificación, o de la evaluación, con respecto a la acción –proyectos, implementación, intervención..., – aboca a una especialización ordenada que angosta las posibilidades de ambos campos. Por un lado, evita incomodas injerencias aunque, por otro lado, también “centra” sus actividades, limitándolos y ensimismándolos. En el campo comprensivo, o teórico, es habitual que se aborden estos dilemas y llegar a resultados positivos, pero se quedan ahí teniendo nula o escasa incidencia en el mundo de la intervención. En cualquier caso, es bastante habitual que olviden la implicación y el componente práctico de tales elaboraciones. Por contra, en el campo de la acción experta, las elaboraciones generales son externamente dadas e importadas, girando las preocupaciones principales en torno a los dispositivos tecnológicos eficaces de intervención, mayormente centrados en lo individual. Su aislamiento y especialización termina por impedir que se emitan informaciones valiosas de vuelta que puedan orientar la investigación sobre las específicas necesidades de la acción en las actuaciones²⁰.

Pero la dificultad no es sólo de fluidez comunicativa recíproca, sino también de conformación interna de cada uno de estos ámbitos que actúan como verdaderos campos de fuerza y competencia²¹. La mejora en el entendimiento comunicativo junto a la agilidad en el intercambio de información es básica, aunque insuficiente. Dado que investigación y acción están separadas y van a seguir estándolo –con las consecuencias que esto implica–, es preciso en cada uno de ellas intentar transformaciones que les aporten aquello de lo que carecen: en el dominio teórico, la necesidad de traspasar la frontera de la interpretación comprensiva para llegar hasta la interpretación práctica de las necesidades de la AP, con la referencia de los ciudadanos destinatarios; en el dominio práctico, utilizar las elaboraciones de la investigación social como uno de los instrumentos habituales e ineludibles en el proceso de su emergencia, y no como una mera convención para fundamentar, en el mejor de los casos, *ex ante* la intervención. Sin embargo, pensamos que aún sería preciso ir más allá de lo que sugieren estos posibles compromisos simétricos cruzados y decantar el cuenco del lado de la acción. La investigación de la ASP no sólo debe efectuarse desde sus resultados *ex post* –como hace la

¹⁹ M. S. ARCHER. *Realist social theory: the morphogenetic approach*. Cambridge: Cambridge University Press. 1995. p. 65.

²⁰ R. CASTEL. “La inserción y los nuevos retos de las intervenciones sociales” en: F. ÁLVAREZ-URÍA (ed.) *Marginación e inserción*. Madrid: Endymión. 1992. pp. 25–36; F. ÁLVAREZ-URÍA. *En torno a la crisis de los modelos de intervención social*. Madrid: Talasa. 1995. p. 22 y ss.

²¹ E. MARTÍN CRIADO. “El concepto de campo como herramienta metodológica”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 123. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2008. p. 18 y ss.

evaluación²²–, sino también en los momentos de su emergencia desde ambos campos: el de la investigación y el de la acción –proyectada–. Es decir, tal investigación sociológica debe ser un objeto de atención habitual en el dominio teórico, pero también en el mismo campo práctico como la única manera de restituir los instrumentos necesarios –internos– para su autonomía intelectual y práctica. Sólo así se podrán abordar aquí los dilemas de las ciencias sociales a los que antes aludíamos y, en especial, el de formalismo *versus* empirismo. En definitiva, a pesar de la diferencia de condiciones de la ASP con respecto a la acción social, su proceso secuenciado y desigualmente controlado debe incluir en recíproca dependencia tanto los elementos teóricos como los prácticos. O lo que es lo mismo, entender su concepción, proyección y acción como una unidad y, en este sentido, como una unidad construida y proyectada que emerge en distintos momentos y lugares.

Con lo dicho hasta aquí queda claro que la pretensión –aunque no la más finalista– es conseguir la eficacia del Estado social, y por la parte que le toca la eficacia de la ASP. La pertinencia de tal análisis se basa en la observación de problemas de funcionamiento regulares, que se ubican en una dimensión distinta del justificado debate sobre su crecimiento –o mantenimiento– frente a su disminución –y/o rediseño– hasta versiones mínimas. Y esto ya sea por métodos explícitos o por otros más discretos que tienden al abandono paulatino hasta provocar, por inanición, su presencia residual. Sin querer ignorar o banalizar ingenuamente tal conflicto, nuestra posición parte desde la absoluta necesidad del Estado social como garantía contra la injusticia y la desigualdad, y el acrecentamiento de los derechos sociales. A partir de ahí, pensamos que la discusión debe articularse sobre la mejora de su funcionamiento y sobre su adecuación a las necesidades de los ciudadanos. A nuestro entender, esta es una de las asignaturas pendientes del actual Estado social.

En los términos del debate sobre la cuestión social y el bienestar social intervienen diversas variables que no podemos ignorar. La eficacia del Estado social, de sus servicios y agencias, es uno de los contenidos fundamentales para fortalecer y acrecentar su legitimidad social. Sin embargo, en los últimos años a la eficacia se la ha situado más del lado de la racionalidad programática interna –de la eficiencia–, que de la modulación y construcción de acciones que respondan a las necesidades de los ciudadanos destinatarios. En ese sentido, no es tanto un abandono, que no existe, como una inadaptación²³. La profusión de servicios, agencias y prestaciones por encima de las necesidades reales –en la que incurrieron a menudo los Estados de bienestar–, es ineficaz desde la perspectiva de la racionalidad y la optimización. Pero sobre todo lo es por inadecuación a los destinatarios, fomentando, por

²² F. ALVIRA MARTÍN. “Investigación evaluativa: una perspectiva experimentalista”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1985. pp. 129-142.

²³ P. DONATI. “Ciudadanía y sociedad civil: dos paradigmas. (ciudadanía *lib/lab* y ciudadanía *societaria*)” en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 98. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2002. p. 44 y ss.

ejemplo, la dependencia y la consiguiente disminución de la autonomía social y personal²⁴. No existe, pues, un dilema entre la eficacia y lo que necesitan los ciudadanos destinatarios. En todo caso, sustantivar el supuesto derroche de aquellos a los que el Estado social protege en tiempos difíciles, no puede ser nada más que síntoma de la miseria moral que por momentos y lugares atenaza a nuestras sociedades. Por contraste, es reseñable la delicada situación del Estado social al recibir variadas demandas externas que han terminado por acentuarlo como un sistema “apaga fuegos” de otros sistemas –económico, mercado de trabajo, necesidades formativas..., – que le realizan crecientes peticiones de intervención, a fin de atenuar problemas –desigualdad, injusticia social, *etc.* – o restituir derechos sociales. Aún contando con las tendencias organizativas centrípetas al crecimiento y a la indispensabilidad, es claro que sus propias capacidades reguladoras –reformadoras y correctoras– pueden llegar a provocar, si no se presta atención al problema, la saturación y en el peor de los casos su colapso²⁵.

Con esta apertura al problema hemos querido significar las inquietudes sedimentadas que se nos plantean al realizar este trabajo²⁶. Si toda elaboración de estas características tiene un *para qué*, tenemos la esperanza de que el núcleo argumental de nuestra causalidad gnoseológica haya quedado expresada en los párrafos anteriores. Quedaría por elucidar el *para quién*²⁷. A lo largo de los años hemos demandado opinión sociológica sobre la pertinencia y relevancia de estudiar la ASP, es decir, la llamada “intervención social” aprovechando nuestro devenir entre la investigación y la acción. Pues bien, con independencia de la mayor o menor cercanía de nuestros interlocutores al objeto de estudio, la mayoría de sus pareceres nos animaron a emprender y continuar este trabajo, no sin advertirnos las dificultades que podríamos encontrar a la hora de obtener información bibliográfica y documental relacionada con el tema que nos ocupa. No obstante, sería injusto no reconocer a algunos sociólogos –hombres y mujeres– y a su sociología que más allá de sus tareas de investigación descriptivas, explicativas o comprensivas han podido profundizar en el estado y consecuencias de la intervención social –o acercamientos anejos–, que nosotros denominamos y queremos construir como ASP. La valía de sus aportaciones para nuestro empeño quedará significada de manera conveniente a lo largo del texto. En cualquier caso, no se puede decir que haya habido un requerimiento explícito para realizar esta investigación de tesis doctoral. Más bien la sentimos como una demanda social que esperamos nazca del convencimiento compartido sobre la necesidad de continuar haciéndose preguntas –y dar alguna respuesta–

²⁴ G. RODRIGUEZ CABRERO. “Tendencias de cambio en política social” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. STOELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones Universidad de Alcalá, 2002. p. 21 y ss.

²⁵ N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1993. Ver, por ejemplo, pp. 37 y 86.

²⁶ J. C. COMBESSIE. *El método en sociología*. Madrid: Alianza Editorial. 2000. pp. 87-88.

²⁷ J. IBÁÑEZ. “Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural” en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBÁÑEZ; F. ALVIRA (compilación) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. p. 33 y ss.

desde una perspectiva sociológica²⁸, llevando la intervención social del lado de la acción social. Se trata de complementar las aportaciones, prácticas y métodos de otras disciplinas que contra lo que pudiera parecer se encuentran más implantadas en este campo: trabajo social, psicología, pedagogía, educación social o animación sociocultural, entre otras. Desde luego, no es nuestro propósito entablar una competición con ellas, pero tampoco obviar problemas de enfoque y desarrollo social que resultarían enriquecidos de contar con las aportaciones sociológicas. Es decir, la sociología como la ciencia que ya desde finales del siglo XVIII se planteó –participando en ellas– la necesidad de acciones preventivas o correctoras, dirigidas a paliar las crecientes injusticias provocadas por los profundos cambios sociales y por los mismos efectos del nuevo sistema económico capitalista. Precisamente, nuestro acercamiento opta más por evitar estériles discusiones partiendo del “grado cero” de la ASP, y entablar un diálogo con el objeto de estudio. Y, sobre todo tratamos de comprender qué acción es la más apropiada para los ciudadanos en función de sus necesidades. Al mismo tiempo, durante buena parte del trayecto hemos estado en el momento y lugar preciso pues ha existido el distanciamiento temporal necesario respecto al campo de la acción –donde está ubicada la intervención–, para que las inquietudes y las confusiones morales que en ocasiones genera la participación e implicación directa hayan ido sedimentando. Asimismo, nos hemos encontrado durante buena parte de su realización en la posición adecuada –en la universidad–, desde el punto del desarrollo de una empresa de estas características²⁹.

IV. Estructuración y desarrollo de la investigación

Más allá de esta Introducción, en la que hemos avanzado justificaciones, objetivos e hipótesis, la investigación está estructurada de una forma muy sencilla a partir de los capítulos siguientes. En el 1 y 2 se abordan los contenidos y relaciones de la sociología, el Estado social, la acción social y la ASP. Así, en el capítulo 1 se realiza un acercamiento sociológico a la situación del Estado social en España, sin olvidar el marco europeo de referencia con el que estamos involucrados y concernidos. Al mismo tiempo, se intentan resaltar cuáles son sus principales envites y apuestas, y las influencias precondicionales de contexto derivadas hacia la ASP. En el capítulo 2, a partir del referente del Estado social en el que está contenida, se aborda esta clase de acción identificándola y analizando sus principales características, así como los debates y dilemas con los que se encuentra comprometida en la actualidad. En una segunda parte de este mismo capítulo 2, a partir de un acercamiento teórico se delimitan sus diferencias y relaciones con la acción social en sí y los potenciales beneficios que implica esa operación conceptual, intentando evitar la confusión entre una –acción social– y otra –acción intelectual– con los consiguientes efectos fructíferos en sus aclaradas relaciones.

²⁸ *Ídem*: p. 32.

²⁹ En 2007, el autor de esta tesis volvió al puesto de sociólogo en la administración local que ya antes de la universidad había desarrollado.

En los tres capítulos siguientes se realiza el anclaje y análisis empírico con los colectivos de referencia elegidos para recrear y armar la ASP: en el 3 se aborda el caso de los jóvenes, en el 4 el de las personas mayores y en el 5 el de la minoría gitana. Antecediendo a sus componentes específicos se realizan dos operaciones comunes: la primera incide en la comprensión de estos colectivos para establecer las condiciones de la ASP necesaria, y la segunda se acerca a sus consecuencias una vez desarrollado el análisis de los discursos.

El capítulo 6 puede ser visto como producto y consecuencia tanto de los primeros, que son más de corte teórico y situacional, como de los posteriores, que intentan anclar la ASP a las aportaciones empíricas mencionadas. Orientándonos por ese análisis empírico precedente, se intentan hacer evidentes tres operaciones que son pasos obligados siempre presentes en la ASP con el fin de mejorar su aplicabilidad. Es decir, situándola con relación a las concepciones sobre las necesidades sociales, con respecto a las decisiones y desarrollos de planificación social, y también desde la perspectiva de la participación social de los ciudadanos destinatarios.

Antes del anexo metodológico, se abordan las conclusiones. Sin olvidar la relación universalismo-particularismo, se tratan de fusionar las aportaciones parciales que sobre la ASP se hayan podido ir obteniendo en los capítulos precedentes. Asimismo, intenta volver a resituarse a la luz de los descubrimientos y aportaciones de la globalidad del estudio. Se pretende que tal estructuración comprometa a la sociología como una de las disciplinas con más bagaje potencial para incorporar sus aportaciones en esta clase de acción; más allá de que deba prestarle una mayor atención, o adecuar parte de sus conocimientos, métodos y técnicas a su investigación, análisis y aplicación.

En la última parte de esta tesis doctoral presentamos el anexo metodológico en el que se explicitan de forma detallada –justificando su pertinencia– las selecciones metodológicas y técnicas por las que hemos optado, y con las que hemos intentado responder a los planteamientos, objetivos y a la hipótesis formulada más atrás. Asimismo, en un volumen aparte, se incluye un anexo documental que contiene el conjunto del material empírico cualitativo de las transcripciones de los grupos de discusión utilizados.

CAPÍTULO 1

ESTADO SOCIAL Y ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA: UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA

I. Sociología del Estado Social

Continuar con nuestro objeto de estudio implica detenerse en el Estado social, pues más allá de sus diseños y configuraciones –incluidas las que conllevan acciones y aplicaciones externas desde la sociedad civil o la comunidad–, toda acción social proyectada –ASP– siempre tendrá grados de dependencia y coordinación con él. Pero no sólo se trata de un asunto de alineamiento organizativo o institucional, también lo es de conocimiento y enfoque metodológico, pues con el fin de destacar y enaltecer a esta clase de acción no podemos caer en el error –como a veces ocurre– de pensarla aislada sin las mediaciones y relaciones que la demarcan y ella misma delimita en el conjunto del Estado social y del ámbito público. Además, frente a la subrayada fragmentación entre investigación y acción y, dentro de ésta, de los procesos de diagnosis, planificación e implementación –acción–, es preciso radicarla en su contexto. Es decir, es preciso objetivar los factores más relevantes que implican su articulación y desarrollo habitual. Por lo tanto, se trata de relacionarla y acercarla a otras partes u operaciones del proceso global de la investigación-acción, pero también de distinguirla, resaltando sus específicas necesidades en la actuación hacia los ciudadanos destinatarios¹. En suma, situarla en las dinámicas de los diseños y configuraciones dominantes en el seno del Estado social en el contexto europeo –sin anclarnos a un Estado social concreto–, pero incorporando aquellos elementos conceptuales que pensamos determinantes a

¹ Las explicaciones comportan introducción de “distinciones” –diferencias– para designar unas cosas y no otras que quedan sin delimitar. Ello obliga a una observación recursiva de la propia tarea. Ver F. VALLESPIN. “Introducción”, en: N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1993. p. 12. Ver también, J. IBÁÑEZ. *El papel del sujeto en la teoría...* pp. 365 y 366.

la hora de su análisis y comprensión. En este primer capítulo, en el que abordamos la sociología de la ASP, proponemos detenernos de manera introductoria, primero, en aquella parte de los procesos históricos, políticos y sociales que son explicativos en la situación actual del Estado social, ayudándonos a comprender su génesis y desarrollo. En segundo lugar, nos ceñiremos a su presente, tan lleno de interrogantes sobre sus diseños, configuraciones y futuro, pero al mismo tiempo tan exigido en cuanto a sus actuaciones, agilidad y flexibilidad. Nos detendremos, en tercer lugar, en los relevantes procesos de legitimación social –con sus fallas y consecuencias imprevistas– que, en ocasiones, lo fortalecen social y políticamente y, algunas veces, lo debilitan. Y, por último, será conveniente abordar los principales retos y apuestas que se deberán acometer en el inmediato futuro que ya avanza enmascarado, desde este presente donde se están rediseñando sus nuevos estatutos y configuraciones.

Por estas razones, se abandona el camino más corto y directo hacia la ASP con el interés de resituarla en el ámbito del Estado social y, subsidiariamente, junto a otras entidades que, sin pertenecer al mercado, actúan también en el ámbito público, con el fin de procurar una mejora en las condiciones de vida de aquellos ciudadanos a los que se dirigen. No obstante, al mismo tiempo que realizamos este rodeo la ASP estará muy presente en este análisis. Es decir, nos acercamos al Estado social no dejando de perder a esta acción experta de vista en la medida que las relaciones entre ambos, su coordinación y adecuación recíproca siempre han sido y serán esenciales; y mucho más cuando se trate de un Estado democrático fortalecido, pero también capaz de proyectar medidas de bienestar cada vez más ágiles y adaptadas a las necesidades de la ciudadanía, sea ésta individual o colectiva.

Parece que la mayoría de los análisis y opiniones fundadas apuntan a que, desde hace algunos años, nos encontramos en una encrucijada de caminos, en la que nos estamos jugando la orientación primordial de nuestras sociedades y Estados. O es aceptada una sociedad sometida a las exigencias de la economía, rompiendo así el espacio social intermedio que desde la postguerra caracteriza a la tradición europea del bienestar, es decir, un espacio de “lo social regulado” fuera del mercado capitalista, entre la lógica económica y política, o, por el contrario, se contribuye a modelar una figura del Estado social que esté a la medida de los nuevos desafíos que se están presentando en nuestras sociedades². Hasta los pasados años ochenta en que comenzaron a acrecentarse críticas diversas, el Estado social constituía la forma institucional reconocida desde la que se establecía un compromiso entre la dinámica económica gobernada por la búsqueda de beneficio y la preocupación de proteger regida por las exigencias de la solidaridad en una sociedad democrática. Es decir, un freno a los menoscabos producidos hacia aquellos a los que la libertad y el individualismo habían cortado los vínculos y apoyos sociales, estando privados de toda protección y reconocimiento. De esta forma, su razón se encontraba en la respuesta a esas situaciones de *individualidad negativa*, procurando establecer o restaurar aquellos vínculos cercenados. Al efectuar una mirada de

²R. CASTEL. *La metamorfosis...* pp. 24 y 32.

largo plazo se puede observar que siempre ha existido alguna forma de conflicto entre la ciudadanía y el sistema capitalista de clases, entre el mercado y la satisfacción de necesidades mediante la política de bienestar³. Si bien el mercado, con suerte, tiene la capacidad selectiva de remunerar el esfuerzo, el trabajo, la competitividad y el riesgo, así como de innovar, sin embargo, al ignorar las necesidades sociales, tenía que ser el Estado quien retribuyera las rentas primarias por medio de impuestos, transferencias, igualdad de derechos, y de libertades y oportunidades⁴. Suponía reconocer el establecimiento de un espacio social en el que se intentaba promover la circulación, el intercambio y la reciprocidad de bienes interpersonales – materiales y simbólicos–, a semejanza de aquellos lugares no mercantilizados que podemos observar en diversas sociedades, incluida la nuestra⁵. Una suerte de pacto o contrato social reeditado, cuyo advenimiento significó la introducción de un tercero entre los que habían propugnado la moralización popular –como remedio salvador⁶–, y los partidarios de la agudización de las contradicciones entre capital y trabajo mediante la lucha de clases⁷.

Se ha ido pagando un duro precio por los avances sucesivos del Estado social, pues ha sido durante las etapas de crisis cuando ha progresado más notablemente. Tales periodos de discontinuidad constituyen tiempos de prueba en los que se acaba reformulando, de manera más o menos explícita, el viejo contrato social⁸. De esta forma, los antecedentes y advenimiento de la segunda gran guerra dieron paso, posteriormente, a su configuración institucional más elaborada y reconocible. Por supuesto, existió el debate entre partidarios y detractores, pero las renovadas demandas de seguridad y civilidad después de la catástrofe, ayudaron a establecerla y desarrollarla asegurando, a su vez, fórmulas de garantía de satisfacción de los derechos y necesidades sociales. Se trataba de una nueva versión del Estado enraizada con el concepto de progreso, ante la convicción de que existían formas de organización social más idóneas que otras en la consecución y desarrollo de los derechos civiles, políticos y sociales⁹. Frente a la razón económica liberal que establecía –y establece– una homología entre mercado y sociedad, de forma que se procurara el “hacer todo el uso posible de las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir lo menos que se pueda a la coerción”¹⁰, los defensores de la nueva configuración institucional al tiempo que rechazaban la abstención pasiva del liberalismo, abogaban por una democracia activa y comprometida con la justicia social. Había que intentar reconducir el orden económico para detener el caos,

³ T. BOTTOMORE. “Ciudadanía y clase social cuarenta años después” en: T. H. MARSHALL Y T. BOTTOMORE. *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial. 1998. p. 98.

⁴ J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*. Barcelona: Gedisa. 1998. p. 183.

⁵ N. PIZARRO. *Tratado de metodología de las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI. 1998. p. 279 y ss.

⁶ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia...* p. 73.

⁷ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 272.

⁸ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia*. Madrid: Civitas. 1995. p. 44.

⁹ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas*. Barcelona: Icaria. 1994. pp. 168 y 49, respectivamente.

¹⁰ Cfr. F. A. HAYEK. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza Editorial. 1978. p. 45. El entrecomillado es nuestro.

pues ni la tierra, ni los seres humanos son meras mercancías. Pero no sólo: además mediante la planificación democrática era preciso influir en los procesos de creación y propagación de valores, en el desarrollo del reconocimiento de los derechos humanos, demostrando que existían otras condiciones sociales que no estaban contenidas o sujetadas en el orden económico¹¹. Cuando hablamos de democracia no sólo nos referimos a su definición *formal* o *procedimental* que –en exclusividad– se adecua a las formulaciones liberales o neoliberales de la economía y la sociedad. La democracia tiene que ser algo más que un método de formación de las decisiones colectivas a través de la garantía de los procedimientos idóneos para asegurar la voluntad popular, desde la regla de la mayoría en la toma de decisiones¹². En consecuencia, este modelo es sustentado desde una racionalidad del mismo tipo formal o instrumental, adaptándose del mejor modo posible a los fines perseguidos sin atender ni a principios ni a consecuencias nocivas o efectos perversos¹³. Tal aproximación formal es básica y genera posibilidades, pero no puede ser el límite, debiendo ser integrada con vínculos *sustanciales* o de *contenido*, por los que la mayoría no pueda tener el poder de suprimir el poder de la minoría¹⁴. Rasgos sustanciales como la garantía de las formas y del método democrático, y de sus variados y complejos presupuestos, son ineludibles para toda definición de democracia al suponer otros tantos toques u obligaciones de contenido a los poderes de la mayoría. Por un lado, desde un plano más formal, hay derechos fundamentales consistentes en expectativas negativas –como los de libertad y autonomía, tanto civil como política– que son derechos que imponen prohibiciones de lesión cuya violación genera antinomias. Por otro lado, partiendo de una racionalidad sustancial que conlleva una consideración ética y de los riesgos y consecuencias que acarrea, hay un prisma de democracia igualmente sustancial cuyos derechos fundamentales consisten en expectativas positivas –como lo son todos los derechos sociales–, como vínculos u obligaciones de prestación cuya ausencia genera tanto lagunas graves de participación en la sociedad, como de inclusión o de ciudadanía social. Es decir, en la estela del Estado social, estos son los derechos que más se acercan a la ciudadanía universal, no ya por pertenecer a una determinada sociedad política sino por el simple hecho de ser mujer u hombre en cualquiera de nuestras sociedades¹⁵.

Es indudable que si hablamos del presente, el concepto e idea de Estado social en cualquiera de sus versiones colisiona frontalmente con la formulación liberal, o con su variante neoliberal impulsada en las últimas décadas por intelectuales norteamericanos¹⁶. En

¹¹ K. MANNHEIM. *Diagnostico de nuestro tiempo*. México-Buenos Aires. 1966. pp. 73 y 28 y ss.

¹² L. FERRAJOLI. “Sobre la definición de 'democracia'. Una discusión con Michelangelo Bovero”, en: *Isonomía. Revista de filosofía y teoría del derecho*. Núm. 19. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México. 2003. p. 227 y ss.

¹³ Cfr., M. WEBER. *La acción social: ensayos metodológicos*. Barcelona: Península. 1984. p. 7. Ver también, M. CRUZ. “Racionalidad sustancial y formal”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004. p. 625.

¹⁴ J. IBÁÑEZ. *A contracorriente*. Madrid: Fundamentos. 1997. p. 61 y ss.

¹⁵ M. HERRERA GÓMEZ ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 108.

¹⁶ Nos referimos, por ejemplo, a Robert Nozick y John Rawls. Ver al respecto P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 88 y ss. y J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* en especial caps. 5, 7 y 8.

ese sentido, no se puede decir que exista una equivalencia plena entre la “utopía del libre mercado” y nuestras sociedades, caracterizadas como capitalistas por su modo de producción. Más bien, lo que se puede observar históricamente son diferentes grados de presencia y legitimidad histórica entre las ideas –neo– liberales, la democracia, tal como la hemos definido, y el Estado social. Desde esa perspectiva, con el advenimiento de la sociedad moderna ha habido una coexistencia que, sustantivamente, ha sido conflictiva e imperfecta, entre el capitalismo –más o menos influido por el dogma del libre mercado– y el Estado solidario y protector. En primer lugar, ha habido *coexistencia* como representación material y reflexiva de la sociedad tanto a causa de aquellos que querían supeditar la sociedad al orden económico, como de los que propugnaban un creciente espacio social protector que estuviera más allá de los avatares económicos. Tal relación, ha supuesto una dependencia recíproca desigual ya que sin el Estado social sería imposible concebir el capitalismo contemporáneo y el funcionamiento de las democracias políticas¹⁷. En segundo lugar, siempre ha habido una *coexistencia conflictiva* que ha sido encarnada históricamente por los epígonos liberales, promoviendo la mercantilización de todo aquello que hasta el momento no lo estaba –por ejemplo: ideas, informaciones, salud, educación, tendencias estéticas, políticas e intelectuales–, frente a la búsqueda de garantías estatutarias duraderas y no revisables en función de los rendimientos económicos¹⁸. Dicho de otra forma, mantener o ampliar la desmercantilización, entendida como grado en que las personas o familias pueden mantener un nivel de vida socialmente aceptable más allá de cual sea su participación en el mercado¹⁹. Y, en tercer lugar, ha existido también una *coexistencia* que hemos caracterizado como *imperfecta*, en la medida que los diseños –del capitalismo y del Estado social– no han sido racionales y controlados, donde todas las eventualidades y consecuencias pragmáticas estuvieran previstas, apareciendo tanto efectos impensados como perversos. Ambos –sistema económico capitalista e institución social–, han tenido que ir reformándose sobre la marcha a partir de reorganizaciones de orden interno, pero también a causa de las críticas de origen diverso que han ido recibiendo. Es decir, reconocemos órdenes y configuraciones que son productos de nuestras acciones, pero que en la mayoría de los casos no lo son de nuestros diseños²⁰. Así, desde la indiferencia normativa del sistema económico capitalista, sus transformaciones organizativas globales han intentado conseguir nuevas condiciones para la continuidad de la –amoral– acumulación del capital, mediante el desplazamiento de la frontera entre lo que aún no ha sido mercantilizado y lo que es susceptible de serlo. De esta forma, sus sucesivos cambios han creado nuevos problemas, nuevas desigualdades y nuevas injusticias que sólo han encontrado límites cuando la crítica social más arraigada socialmente

¹⁷ G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de Bienestar en España: debates, desarrollo y retos*. Madrid: Fundamentos. 2004. p. 17.

¹⁸ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal. 2002. pp. 492 y 266, respectivamente.

¹⁹ G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos del Estado de bienestar*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim. Generalitat Valenciana. 1993. p. 60. Se trata de la conocida definición elaborada y desarrollada por este autor.

²⁰ Cfr. J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* p. 17.

le ha puesto freno y le ha obligado a autocontrolarse²¹. Desde el diferencial existente entre el estado de cosas deseable en relación al estado de cosas real, en muchas ocasiones algunas partes del Estado social han ejercido esa crítica, convergiendo con otras voces externas.

En efecto, se puede decir que existe un contraste pero también una dependencia entre el sistema económico y esta forma institucional, pues la señalada ausencia de normas y la amoralidad de la acumulación del capital obligan a incorporar fuentes de legitimidad y órdenes de justificación ajenas, dándole una dimensión moral y recreando los sucesivos espíritus del capitalismo²². El Estado social, al nadar entre la previsión y la corrección de los problemas sociales, ha jugado en ocasiones ese papel de apagafuegos del sistema económico capitalista; en especial en los últimos lustros en los que ha soportado una situación paradójica que puede ser claramente definida como de doble vínculo²³: por un lado, ha sido, y es, objetivo de críticas de estatización, centralización y control social –muchas de ellas provenientes de los liberales y los neoliberales–, pero al mismo tiempo se le ha encomendado la responsabilidad de mitigar y corregir los efectos de los cambios que la reestructuración del sistema socioeconómico está provocando, y que, de rechazo, no dejan de impactarle influyendo en su configuración. Desde esta ambigüedad es fácil ver las dificultades que históricamente ha entrañado un proyecto autónomo y activo del bienestar –relacionado pero relativamente independiente–, cuanto que su cometido ha sido el ocuparse de las consecuencias y secuelas de los otros sistemas sociales.

Sin embargo, no todos los problemas han provenido de reintegrar lo económico en lo social y corregir y compensar los efectos del mercado²⁴, pues también se ha podido observar una adecuación desigual, de los servicios y proyectos habituales o en vías de consolidación. Bajo la idea de que el Estado social en Europa se ha ido articulando desde los pasados años cuarenta de una forma homóloga con la sociedad que constituía su contexto, al industrialismo fordista le ha acompañado un Estado centralizado y burocrático de tendencia corporatista – con diversas organizaciones de representación de intereses²⁵– que en su versión social desarrollaba –y desarrolla– políticas sociales racionales y preceptivas pero carentes de flexibilidad²⁶. Y la otra cara de la inmovilidad y del desarrollo vertical, ha sido la autodemanda inducida por la que a una sociedad masificada la ha acompañado la atomización

²¹ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* pp. 71-82-89 y 588. Acumulación debe entenderse en la transformación permanente del capital, de los bienes de equipo y de las distintas adquisiciones – materias primas, componentes, servicios... – en producción, de la producción en dinero y del dinero en nuevas inversiones. Ver p. 35. Desde concepciones acordes con la ortodoxia del sistema económico capitalista en vez de acumulación se habla de buscar un continuo crecimiento económico.

²² *Ídem*: p. 601 y ss. Para acercarse al concepto de “nuevo espíritu del capitalismo” a partir de estos autores, siguiendo a Max Weber, ver, en especial, p. 41 y ss.

²³ Para la teoría del doble vínculo (*Double bind*) ver P. WATZLAWICH; J. H. BEAVIN; D. D. JACKSON. *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.1983. p. 196 y ss.

²⁴ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 119.

²⁵ J. T. GOLTTHORPE. Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo. Madrid: Ministerio de Trabajo. 1991. p. 126.

²⁶ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 17.

de lo social a través del aumento de la demanda estatal, como respuesta y solución temporal a la extensión del individualismo en nuestra sociedad²⁷.

Desde esa perspectiva, el desarrollo de las políticas sociales a través de su activación y aplicación con la ASP, ha estado condicionado –y aún lo está– por este modelo que hemos delineado en sus rasgos principales. No obstante, conviene señalar que más allá de su importancia cuantitativa en el Estado social, son las formas de acción e intervención las que con más nitidez encarnan y transmiten su imagen y capacidad material para abordar la prevención y los problemas sociales, al ser las que interaccionan directa y continuamente con los ciudadanos. Así, la ASP en los últimos años, además de contrastar la idoneidad de los diagnósticos, metodologías e instrumentos de actuación, ha sido también imagen sustantiva de la institución ante ellos y, por lo tanto, representación de sus posibilidades y límites.

Pero volvamos de nuevo a nuestra línea de retorno a los orígenes y fundamentos del Estado social. A efectos comprensivos, ahora nos interesa abandonar su moderna configuración iniciada en la postguerra –después consolidada hasta los pasados años ochenta– por el periodo en el que tiene lugar su surgimiento, aunque entonces bajo la forma de Estado protector, aportando seguridad y reducción de la incertidumbre. Desde una dimensión sociopolítica la idea principal sostenida por algunos analistas sociales es la de que el Estado social que ahora conocemos y disfrutamos es una continuación y radicalización del Estado protector conformado en el Antiguo Régimen, entre los siglos XV y XVIII²⁸. En consecuencia, no es ya el capitalismo industrial –con sus contradicciones y lucha de clases– la clave de su aparición, pues su desarrollo no está sólo determinado por el capitalismo –liberal– o por su contrario, el socialismo, en los siglos XIX y XX²⁹. El Estado protector configuró al Estado moderno como una forma política específica distinguiéndolo de todas las formas precedentes de soberanía, al estar justificada su existencia en los derechos de los individuos, encarnados en la salvaguarda de su seguridad. Por lo tanto, el nacimiento del Estado lo es a condición de hacer existir al individuo como portador de derechos, ya que su objeto es, precisamente, ejercer su protección³⁰. Formalmente, no podía haber uno sin otro y viceversa, siendo el contrato social la forma específica que condensa el momento del poder común en la defensa de los individuos. De esta manera, el paso desde el estado de naturaleza al estado de civilidad realizado por el Estado, consiste en producir la paz civil asegurando el primer derecho del individuo que no es otro que el derecho a la vida. Al mismo tiempo la seguridad implica también el reconocimiento de un segundo derecho, el de propiedad, entendida como

²⁷ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 115.

²⁸ Cfr. A. DOMÍNGUEZ ORTÍZ. *El Antiguo Régimen los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid: Alfaguara III, Alianza Editorial. 1973. Ver también, G. ANES. *El Antiguo Régimen: los Borbones*. Madrid: Alfaguara IV, Alianza Editorial. 1975.

²⁹ Seguimos aquí en todo este trayecto a P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 36 y ss.

³⁰ Desde una perspectiva histórica complementaria: el surgimiento de los intereses frente a las pasiones y las incertidumbres, ver también A. O. HIRSCHMAN. *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona: Península. 1999. p. 71 y ss.

atributo indisociable del individuo que le define, le protege y le produce seguridad³¹. Así, resulta que individuo, propiedad y Estado protector son inseparables³².

Si se admiten estos orígenes, desde el siglo XVIII el Estado social va a ser la continuación del Estado protector, pero ahora con una ampliación de sus cometidos que ya no se limitarán a la defensa y protección de la vida y la propiedad. Con un carácter activo sin precedentes, emprenderá acciones positivas en la defensa de la ciudadanía, como forma de corregir la creciente desarticulación social causada por los efectos del mercado. Se produce, pues, una radicalización del Estado protector que se transforma en Estado social pero ahora – más allá de los principios filosóficos y políticos enunciados– bajo el efecto de los movimientos democráticos e igualitarios³³. Así, los derechos económicos y sociales aparecen como una prolongación de los derechos civiles, de tal forma que el acceso a la ciudadanía y la pertenencia a la sociedad pasaban por el acceso a la propiedad, o por procurar para aquellos que carecían de ella algo que pudiera ser su equivalente. Nos estamos refiriendo al trabajo. De esta forma se explica que desde la modernidad liberal la cuestión social esta unida al trabajo ya que para la mayoría de la sociedad excluida de la posesión de bienes materiales éste se convertiría en la única fuente de riqueza, y también el código simbólico para ser considerado socialmente útil³⁴. Así, el Estado social tenía la obligación de proporcionar trabajo –como sucedáneo de la propiedad–, asegurando los medios de existencia para aquellos que no podían o no tenían la edad para hacerlo. Sin embargo, más allá de la racionalidad que en ocasiones se sustancia mediante el derecho, el contraste con la realidad de los hechos puede ser tan acusado que se manifiesten de forma harto divergente. Por un lado, encontramos el desequilibrio estructural –siempre obviado por los primeros liberales– entre la oferta y la demanda de trabajo, que era bastante habitual y de continuo activaba la cuestión social; pues, en efecto, se aseguró por parte del Estado el derecho al “libre acceso al trabajo”, pero no “el derecho efectivo al trabajo”. Y, por otro lado, se minusvaloró el antagonismo de intereses entre empleadores y empleados que resultaba de las duras condiciones laborales que estos debían de soportar³⁵. Más acá del trabajo, pero en relación directa con él, quedaba la opción

³¹ Por propiedad no hay que entender sólo la propiedad de bienes, sino también la propiedad de sí mismo que estos hacen posible, que es la condición de la libertad y de la independencia de los ciudadanos. Así explica R. Castel la concepción de la propiedad en Locke. Ver R. CASTEL *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial. 2004. p. 24.

³² P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 38 y p. 47 y ss. Este autor para fundamentar el contrato social como la fórmula conmutadora de la protección al individuo por parte del Estado y su surgimiento como Estado protector, se apoya en los diversos autores que elaboran las teorías del contrato social: en Rousseau, en Hobbes –más que el anterior– y, sobre todo, en Locke. Ver J. LOCKE. *Ensayo sobre el gobierno civil*. Madrid: Aguilar. 1976. Capítulos VIII y IX.

³³ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* pp. 38 y 39.

³⁴ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 160.

³⁵ *Ídem*: pp. 197-198 y 188, respectivamente. “En efecto, el establecimiento de un derecho efectivo al trabajo no era una minucia. El Estado tendría que intervenir en la organización de la producción, por ejemplo haciéndose él mismo empresario (“las nacionalizaciones”) o al menos inmiscuirse en la política de contratación de los empleadores”. R. Castel se refiere a la ley del 19 de marzo de 1793 en Francia sobre la extinción de la mendicidad, donde se expresó en los términos mencionados el acceso al trabajo, dando así pie, en lo que respecta al trabajo, a la posterior disociación secular entre derecho y hechos.

del socorro, aunque siempre ambiguamente planteado cuanto que cargaba con la responsabilidad a las mismas clases laboriosas que momentáneamente no pudieran ejercerlo. Por lo tanto, y por exclusión, aquellos que sobre el papel si tenían derecho al socorro eran los niños y los incapacitados para trabajar, por más que las medidas dispuestas para ellos tampoco se llegaran a aplicar en la mayoría de las ocasiones. La yuxtaposición de las concepciones antagónicas del Estado –social y liberal– y el consecuente conflicto generado, explica la incapacidad para llevar a la práctica lo que sobre el papel era un imperativo nacional: la movilización de recursos de las comunidades locales para conseguir la inserción³⁶. En cualquier caso, esta contradicción entre el capitalismo más exacerbado y los movimientos e instituciones democráticas –presente desde el inicio de la sociedad moderna–, dio como resultado el Estado social: la forma socioinstitucional que a través de acciones proyectadas intentó progresivamente dotar de mayor centralidad a la sociedad, mediante leyes de protección social que han permitido plasmar en las instituciones un espacio democrático depositario de las expectativas de emancipación social, surgidas en los movimientos revolucionarios de finales del siglo XVIII³⁷.

En conclusión, estamos frente a la metamorfosis de un originario Estado protector que a través de la ampliación de derechos ciudadanos, por efecto de los movimientos sociales igualitarios, se transforma progresivamente en Estado social. A semejanza del Estado protector del Antiguo Régimen el Estado social protege, pero en la transición se ha producido un cambio cualitativo pues el Estado social se inscribe en el espacio abierto por la Revolución francesa y la revolución industrial, un espacio en el que la soberanía reposa en la voluntad general. Entre la democracia y el poder absoluto hay por tanto una sima insalvable que hace del Estado social una innovación nacida, al igual que la sociología, de la ruptura con el Antiguo Régimen. Este primer Estado social, a pesar de no poder realizar intervenciones directas en la propiedad y la economía, ha venido articulando un creciente espacio intermedio público que desde el principio ya tenía un carácter en esencia activo, en la medida que su intervención se justificaba con la protección de ciudadanos y recursos, frente a los efectos devastadores de la libre concurrencia económica. En ese sentido, como parte complementaria de las acciones del Estado social y de lo público, la ASP está vinculada a él y normalmente formará parte de las políticas sociales a desarrollar, más allá de sus configuraciones y expresiones temporales.

II. El presente del Estado social: problemas y posibilidades

Desde esta perspectiva política y sociológica, en la que hemos intentado apuntar los hechos más relevantes en los orígenes y fundamentos del Estado social, podemos retornar nuevamente al inicio de nuestra indagación, a los pasados años setenta, donde en la primera

³⁶ Ver a este respecto el caso de Francia a través de, R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 188.

³⁷ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia...* p. 373.

mitad tiene lugar la apoteosis de la sociedad salarial, y en la segunda, por el contrario, irrumpe un periodo de crisis social y económica que desencadena en los ochenta una crisis sin precedentes en los Estados protectores europeos. Es ese acontecimiento el que nos sitúa desde hace años en el escenario de encrucijada de caminos a la que hemos aludido, y que, al mismo tiempo, ha venido condicionando los debates en torno al Estado social y lo sigue haciendo en la actualidad. Tal crisis, hasta hoy sostenida y acentuada con el crash del 2008, ha tenido un efecto irreversible sobre el diseño del Estado social surgido en la postguerra, y por ello resulta esencial una lectura que nos facilite un diagnóstico, y nos permita contribuir a reforzar el espacio público y ciudadano que en los últimos tiempos ha aparecido hasta cierto punto socavado. Para despejar el camino lo primero que debemos hacer es alejarnos de las lecturas cuantitativas, que aluden en exclusiva al problema financiero, ya que además de meternos en callejones sin salida sobre más o menos Estado o política social, acaban velando otros aspectos sociológicos sustantivos de la realidad de la crisis. Por ejemplo, lo que desde una perspectiva general podemos identificar como el cuestionamiento de las relaciones actuales de la sociedad en –y con– el Estado. Precisamente, este será nuestro referente en las líneas que siguen³⁸. En efecto, como ya hemos visto más atrás, la tradición europea ha concebido al Estado como vértice y guía de la sociedad, confiándole la función de asegurar el bienestar de la población³⁹. Esta tendencia fue profundizada hasta culminar en la versión más elaborada del moderno Estado social, surgido al amparo del pacto social entre capital y trabajo, aún vigente a pesar de los cambios provocados tras la crisis⁴⁰. Una vez acontecida esta discontinuidad en las protecciones sociales en los pasados años setenta, y manifestada en toda su crudeza en los años ochenta, la idea misma de progreso, tan asociada con institución protectora, se tambalea. Es decir, hablamos de la confianza en un mañana y un futuro que mejore la actual condición, también, de la creencia de que existían mecanismos relativamente certeros para manejar el devenir de una sociedad desarrollada, y controlar sus turbulencias hasta conducirla a equilibrios cada vez más armónicos. Desde la fórmula keynesiana, a partir del crecimiento económico, el Estado y el gobierno se hacen cargo del mejoramiento progresivo de la condición de todos, redistribuyendo sus frutos y negociando la división de los beneficios con los distintos grupos sociales existentes en la sociedad. De modo que existía una poderosa sinergia entre crecimiento económico, pleno empleo y el desarrollo de los derechos del trabajo y la protección social. Con los mismos principios y en el contexto de la ampliación de la seguridad y las protecciones sociales, las regulaciones estatales se van ampliando y pasan a operar a otros dominios como la educación, la higiene pública, el fomento de los recursos jurisdiccionales, el urbanismo o las políticas familiares.

³⁸ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 46.

³⁹ P. DONATI. “Nuevas políticas sociales y Estado social relacional” en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 108. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2004. p. 10.

⁴⁰ Obviamente el caso español tiene algunas importantes variantes que, sobre todo, son debidas al largo periodo de dictadura. Más adelante serán introducidas brevemente.

Pues bien, esta es la trayectoria que se interrumpe borrándose esa específica representación de progreso ilimitado. Cesa el crecimiento económico y el círculo virtuoso se torna en círculo vicioso. Cuando la productividad no fue capaz de traducirse en incrementos del gasto social sin provocar déficit público, la ideología económica neoliberal se impone, responsabilizando al Estado social. Y, de rebote, las miradas para la reducción de costes, en general, y del gasto público, en particular, se dirigen hacia las rentas del trabajo⁴¹. Al producirse el derrumbe de la condición salarial la centralidad del trabajo resulta cuestionada, y con ella la forma de estructuración social que habían articulado nuestras sociedades casi al completo: el salariado como forma de clasificación y diferenciación social, en detrimento de otros procesos de identidad social como la pertenencia familiar o la inscripción en una comunidad concreta. La fragilización de la condición salarial no sólo significó la pérdida de la centralidad del trabajo sino también la de todo aquello que lo acompañaba. Si el trabajo era mucho más que el trabajo –identidad, seguridad, protección,...–, el no trabajo suponía mucho más que el desempleo, lo cual ya es mucho decir⁴². En consecuencia, la exclusión social manifestada, teorizada y abordada desde los pasados años ochenta, no es sino el efecto de la crisis del trabajo, si bien desplazada al borde de la sociedad. Es un corte de los hilos de conexión entre exclusión y trabajo que aislando los problemas sociales se combina, por otro lado, con el ocultamiento de los procesos reales de elaboración y consecución de productos y servicios. El resultado de este movimiento excéntrico de la cuestión laboral, es romper los frágiles equilibrios conseguidos en las décadas precedentes, apareciendo la falta del trabajo o, como mal menor, la carencia de un trabajo con calidad, y, con ello, procesos de vulnerabilidad social⁴³. De esta forma, al erradicar la exclusión del núcleo social y radicarla como un problema periférico, se presenta como si fuera una cuestión social particular a la que hay que enfrentarse de forma aislada y especializada, hasta conseguir reducirla y reducir sus incómodos efectos.

Todos estos cambios sociales generales en los que aún seguimos embarcados, suponen una reforma del Estado y del Estado social, en particular, y pueden ser relacionados con las exigencias del reciente desarrollo del sistema económico capitalista. Se menciona y se alude a una crisis continua y ese discurso más ha parecido encubrir el recomienzo del proceso de acumulación del capital y del aumento de beneficios; una vez que se dieron los pasos convenientes para que disminuyeran las regulaciones, desapareciendo los obstáculos al intercambio económico existentes hasta el segundo quinquenio de los pasados setenta⁴⁴. Frente a la rigidez mecánica y sobrecarga reguladora corporatista, identificada con el Estado social generador de actuaciones de bienestar, se opuso –una vez más– la necesidad de

⁴¹ G. RODRIGUEZ CABRERO. “Conflicto, gobernabilidad y política social” en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. p. 115.

⁴² R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 390 y ss.

⁴³ R. CASTEL. “La desigualdad en las sociedades salariales” en: J. VARELA (ed.) *Sociología e información*. Madrid: La Piqueta. 2002. p. 52. Ver también del mismo autor, *La inserción y los nuevos retos...* p. 33 y ss.

⁴⁴ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* pp. 629 y 630.

“liberación” y ruptura de barreras que permitiesen la “libre expresión” de los agentes sociales. La seguridad que, como hemos visto, ha estado desde sus orígenes en el frontispicio del Estado moderno, en la actualidad si bien no ha desaparecido está arrinconada por la libertad y la creatividad como elementos principales de este particular “proyecto de liberación” neoliberal. Como novedad éste es el principal desplazamiento operado: una salida en la actuación económica que engasta –haciéndolos suyos– algunos de los principales valores sostenidos desde posiciones y movimientos alternativos críticos en los pasados años sesenta, ochenta, y, aún, en el primeros años de la década de los noventa. Más allá de las intromisiones preceptivas del Estado y del Estado social para gobernar y gestionar unas diferencias sociales basadas en el imperativo de la no discriminación –antes que a una exigencia de igualdad–, todos los dispositivos asociados al nuevo espíritu del capitalismo han respondido a las demandas de autonomía, responsabilidad y autorrealización, como alternativa a los estímulos y motivaciones externas inducidas, paradigmáticas del fordismo y del Estado social⁴⁵. Y si bien estas distinciones no dejan de responder a un movimiento de amplio alcance, inscrito en el autocontrol y el autodomínio propio de la modernidad civilizadora, no es menos cierto que –frente al estímulo, por ejemplo– parecen suponer su culminación, cuanto que ya no será necesaria, ni conveniente, la sumisión a la constrictión heterónoma o a la incitación –o guía– de una opinión externa. Esto se corresponde, además, con el deseo de aligeramiento de todos los dispositivos institucionales que buscan no obstaculizar la “implicación del personal” –motivaciones intrínsecas–, aportando todos sus conocimientos y capacidades para poder desarrollarse plenamente⁴⁶. Por tanto, el primer matiz a la crítica del Estado social debe tener en cuenta estas incorporaciones –desigualmente extendidas– al mundo social, organizativo y empresarial, desde mundos otrora alternativos o de la investigación científica más fundamental, que demandan autenticidad, autonomía, libertad e innovación, y que con la poderosa fuerza de los argumentos y las significaciones, están desgastándolo y adecuándolo según las necesidades del actual capitalismo de consumo⁴⁷.

En esa línea que estamos recorriendo, se ha asistido a la deconstrucción de sujetos colectivos como los sindicatos, que fueron interlocutores privilegiados en las precedentes negociaciones reguladoras junto con gobiernos y organizaciones empresariales en el marco de las relaciones laborales clásicas. Y no es que sólo se trate de un proyecto externo de deslegitimación dirigido a acentuar la rigidez organizativa del Estado protector, su falta de

⁴⁵ *Ídem*: pp. 562-624 y 128 y ss, respectivamente.

⁴⁶ N. ELIAS. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. 1993. pp. 460 y ss. y 483. Hay una correspondencia entre el citado “autocontrol” y lo preceptivo de la literatura, e ideología, de la nueva gestión empresarial –pero también, en general, con el mundo organizativo– en la medida que se habla de acrecentar la autoorganización y la autonomía de las personas y de los equipos, para cual es necesario disminuir los niveles jerárquicos, en confluencia con la importante disminución de costes que supone.

⁴⁷ Por ejemplo, el concepto de “autoorganización” como autoproducción y organización de la variedad: “El sistema abierto autoorganizador tiende a crear su propio determinismo interno, que tiende a hacerle escapar de los riesgos del ecosistema: recíprocamente, tiende a responder de forma aleatoria –a través de sus «libertades»– al determinismo del ecosistema. Ver E. MORIN. *Sociología...* p. 97.

flexibilidad o sus enfoques de contenidos empobrecidos en las nuevas realidades sociolaborales. Es también que una vez abierta la espita de los cambios, la fragmentación de los mercados de trabajo ha dificultado –y aminorado notablemente– su capacidad de representación y de reorientación de la acción colectiva, en un mosaico de nuevos y diversos sujetos colectivos e individuales posibles, también de externalización de los costes y de cadenas de subcontrataciones⁴⁸. En más, reconociendo el imprescindible papel de estas organizaciones, y mucho más en este mundo de ramilletes de empresas y de desintegración creciente del trabajo, los sindicatos, víctimas de sus sinergias precedentes centradas en el trabajo industrial estable de los varones, manifiestan dificultades para comunicarse y hacerse oír por los colectivos de los que podrían ser potenciales representantes: nos referimos a las mujeres, a los jóvenes, a los inmigrantes y a los jubilados. Así, los nuevos escenarios de relación y conflicto entre mercado y política social, hacen aún más imprescindible –frente a los que abogan por situarlos en un segundo plano– la pronta adaptación y búsqueda de nuevas fórmulas de representación de estos nuevos sujetos sociales en los actuales espacios del trabajo desintegrados⁴⁹. En cualquier caso, su papel deberá ser, cada vez más, el de un protagonismo compartido con otras formaciones y organizaciones políticas y sociales –más o menos específicas– en la línea que estamos y vamos a ir proponiendo en este trabajo, de reactivar nuevas legitimidades, responsabilidades y acciones de lo estatal y lo público, aunque de forma compartida con la sociedad a través de asociaciones y formaciones sociales vertebradoras⁵⁰. En ese sentido, el clásico escenario de representaciones sociales y políticas exclusivas –de resonancia leninista–, se correspondería con un modelo en donde el Estado dirige y tutela tanto los procesos socioinstitucionales, como los procesos sociales que tienen lugar fuera de su específico sistema; con la característica de que las organizaciones sociales más representativas tienen y aún conservan un carácter institucional consustancial a los modos de regulación y control corporatista.

El reconocer, desde la perspectiva histórica y sociopolítica, los logros sin par de civilidad, seguridad y de consecución de derechos sociales con este Estado y esta sociedad⁵¹, no debe impedir que nos anticipemos en nuevas fórmulas de relaciones entre Estado y sociedad en las que está también implicada la ASP. Se trata de influir en configuraciones del Estado social que tengan más capacidad de supervivencia por responder mejor a las necesidades de los ciudadanos y de la sociedad civil. Se confirmaría así, en este contexto del Estado social, la idea sociológica de que no es posible entender la vida de los individuos y de

⁴⁸ R. ALOS; P. JODAR. “Globalización económica, cambios en los modelos de empresa, segmentación del trabajo y relaciones laborales”, en *Gaceta Sindical (Tema general: Sindicalismo y globalización)*, núm. 2. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras. 2002. p. 141 y ss.

⁴⁹ F. MIGUELEZ. “Presente y futuro del sindicalismo en España”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (dirs.). *Las relaciones de empleo en España. Madrid: Siglo XXI. 1999. p. 201 y ss.*

⁵⁰ ESCUDERO RODRIGUEZ, R. “Algunos retos actuales del sindicalismo”, en *Gaceta Sindical (Tema general: Reflexiones sobre algunas cuestiones del sindicalismo del futuro)*, núm. 185. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras. 2002. pp. 8, 9 y 13 y ss., respectivamente.

⁵¹ R. CASTEL *La inseguridad social...* p. 12 y ss.

la sociedad sin entender ambas cosas a la vez⁵². Es el individuo concreto quien experimenta a la sociedad, más es ella quien le informa y le proporciona con su lengua, sus reglas, sus símbolos y sus costumbres lo esencial de su ser⁵³.

Abordar los cambios que han conducido al Estado social a la actual situación de incertidumbre, implica hacer un interludio y referirnos a las argumentaciones más relevantes que quieren justificar la deriva hacia un Estado mínimo. Más allá de toda dramatización, se constata que a pesar de ciertas políticas efectuadas tendentes a su achicamiento, el Estado social es parcialmente irreversible⁵⁴, o sólo lo es en cierto grado, según se mire, si pensamos que las conquistas sociales deberían adaptarse pero nunca retroceder en su aplicación. Hay un acuerdo básico –por unos y otros: ofensiva o defensivamente– en aceptar que el resultado temprano de los cambios ha sido, primero, la notable subordinación de las políticas sociales a la economía, con reducción de la intensidad protectora e incremento privatizador de servicios financiados por el sector público. En segundo lugar, desde su inicio tal ofensiva ha venido acompañada de la culpabilización moral del Estado y sus protecciones, induciendo a su deslegitimación controlada. Con este hilo conductor, el justificador universal ha sido la inevitable adaptación del Estado –con su parcial irreversibilidad– y de la sociedad a la globalización, en un contexto altamente normativo en cuanto a las políticas económicas a desarrollar. Hubo una demanda de flexibilidad, de reducción de costes y de radicación en el mercado de servicios que antes eran estatales, para poder tener opciones en un contexto económico en extremo competitivo. Sin embargo, hacia finales de los pasados años ochenta, una vez superados los años iniciales de pánico de la crisis, no se puede decir que las medidas de reforma del Estado y de las políticas sociales hayan sido tan uniformes como se pudiera pensar a partir de la aplicación simple del concepto de globalización, como obligado determinante socioeconómico homogeneizador de las configuraciones. Es paradigmático que la internacionalización venga jugando un papel de expresión ideológica de resonancias con las otrora tan utilizadas determinaciones económicas –“economicismo”– sobre el conjunto de la vida social. Pues más allá de que existan cuestiones objetivas de fondo sobre las reformas del Estado social que no se puedan soslayar –y que seguiremos abordando desde el enfoque de la ASP–, ha existido un interesado discurso neoliberal que ha presentado como obligado –nuevos productos y servicios a “liberar” para mercantilizar–, lo que en años posteriores ha estado, hasta cierto punto, ceñido a las realidades, defensas y tradiciones de cada clase de Estado social, a lo específico de cada Estado y sociedad, y a las tendencias –liberales o socialdemócratas– gobernantes en un momento dado. Si bien es cierto que las primeras reformas de las prestaciones sociales de tendencia neoliberal fueron de poco calado, sí contribuyeron a deslegitimar las instituciones protectoras, proporcionando un clima favorable

⁵² C. W. MILLS. *La imaginación sociológica*. Mexico: Fondo de Cultura Económica. 1961. p. 25.

⁵³ J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* p. 267.

⁵⁴ D. SWANK. “Globalization, Domestic Politics, and Welfare State Retrenchment in Capitalist Democracies” en: *Social Policy and Society*, núm. 4:2. Cambridge: Cambridge University Press. 2005. p. 184 y ss.

para las posteriores reformas estructurales que privatizaron parte de los bienes de propiedad social así como las prestaciones. Y, al mismo tiempo, se redujeron en cantidad y calidad aquellos otros servicios que permanecieron en el sector público, aunque ahora ya más dirigidos a los sectores desfavorecidos de la población⁵⁵. En todo caso, el resultado de tal “vendaval ideológico” determinista admite matices, y ello es susceptible de ser tomado como lección con respecto a la naturaleza política de los cambios promovidos y de las variadas defensas del Estado social encontradas. Así, en el conjunto de los Estados sociales europeos existe una cierta convergencia en lo que respecta a las grandes líneas de desarrollo institucional: prevalecen en gran medida universalizados y, por lo tanto, con una cobertura extensa en las prestaciones –pensiones, sanidad, educación–, aunque con una reducción y privatización creciente y, en esa línea, con un aumento en el desarrollo de prestaciones sociales asistenciales, junto a progresivas formas de producción y gestión privatizadas. En realidad, se trata de un intento de encastrar una parte del liberalismo en sus configuraciones: ejemplarmente, las políticas sociales deben demostrar *ex ante* su racionalidad económica para encontrar fundamentos políticos de viabilidad⁵⁶. El caso de España lo podemos entender también desde ese marco definitorio, aunque con tendencias más acentuadas en el desarrollo de las prestaciones asistenciales, en la privatización, en las formas de producción y gestión, y, de manera significativa, en la desregulación y la flexibilización del empleo⁵⁷. No obstante, aún contando con todas estas reformas y las evidentes realidades restrictivas conseguidas con respecto a los Estados sociales europeos, no dejan de darse variantes significativas que rompen la uniformidad de las políticas presentadas como opciones técnicas ineludibles, presionando hacia su versión más reducida o asistencial. Lo importante es que estas matizaciones relativas nos recuerdan el carácter político de tales cambios, y la necesidad de seguir pensándolos y debatiéndolos no sólo desde lo económico, sino también desde un análisis que incluya sus raíces socio-políticas⁵⁸. Al situar el presente y futuro del Estado Social en este terreno del debate político, se puede pensar cómo su evolución futura dependerá en buena medida de que sus defensores se adapten al nuevo contexto histórico defendiendo sus valores de solidaridad característicos, pero expresados ahora en una configuración adaptada a las nuevas necesidades sociales y ciudadanas⁵⁹. Es preciso reconocer que la crítica de las posiciones neoliberales ha sido efectiva en la medida en que viene existiendo una crisis objetiva del Estado protector. La consiguiente defensa ante el acoso a la seguridad y protecciones tan trabajosamente conseguidas, ha terminado

⁵⁵ M. CASTELLS. “El futuro del Estado de bienestar en la sociedad informacional”, en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. p. 179.

⁵⁶ G. RODRIGUEZ CABRERO. *Conflicto, gobernabilidad y política social...* p. 118-121 y 129, respectivamente.

⁵⁷ F. MIGUELEZ. “¿Por qué empeora el empleo?” en: R. DIAZ-SALAZAR (ed.). *Trabajadores precarios. El proletariado del siglo XX*. Madrid: Ediciones HOAC. 2003. p. 154 y ss.

⁵⁸ V. NAVARRO. “Gobernabilidad, desigualdad y Estado de bienestar (La situación en EE. UU. y su relevancia para Europa)” en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. p. 109.

⁵⁹ M. CASTELLS. *El futuro del Estado de bienestar...* p. 184.

enclaustrando el debate en términos del problema financiero y, en consecuencia, en la perspectiva de la cantidad: en la discusión sobre la conveniencia de más o menos Estado y, en concreto, sobre más o menos Estado social. Es indudable que esto ha lastrado el debate olvidando algunas críticas que, partiendo desde posiciones defensoras, han venido abogando por su adecuación desde la perspectiva de su eficacia social: es decir, según un marco de protecciones y solidaridad adaptados al nuevo contexto; también, según un marco elaborado y discutido de necesidades sociales y humanas de los ciudadanos situado más allá del espacio de los deseos y el consumo; y, finalmente, según un reordenamiento de las relaciones sociales que tiene que producir un nuevo ámbito social público protector de regulación colectiva más amplio que el del Estado. Un ámbito que, si no controlado, esté garantizado por él sin estar al socaire de los efectos más negativos de un mercado desregulado⁶⁰.

Si todas estas argumentaciones han mostrado como obligadas e ineludibles las reestructuraciones reductoras del Estado social, se presenta entonces el dilema, tantas veces recurrente, de si al efectuar una crítica sociológica desde otras posiciones a las mencionadas, que no aboguen por la disminución de la protección y la solidaridad sino por su transformación, no se estará contribuyendo a su erosión y resquebrajamiento⁶¹. No ha sido inhabitual en estos últimos años que los dispositivos de bienestar –servicios y agencias– con sus defensores políticos, reaccionen de una manera tal ante las demandas de transformación solidaria que al final se produce un encastillamiento que da argumentos a los críticos reductores neoliberales. El origen de tales reacciones, lo encontramos en los defensores –constructivos o acumuladores– de la demanda externa creciente –y, quizás, descontrolada– de prestaciones, y en los absentistas o productores de la autodemanda organizativa interna inducida que se sitúa al margen de las necesidades sociales ciudadanas. Como se ve, ambas están relacionadas y pueden ser causa y consecuencia una de la otra. No obstante, tanto “la demanda” como la inercia organizativa pueden ser comprensibles en la medida que no estamos hablando de un juego, donde se pueda volver a la situación de partida sin costes sociales, materiales y morales. En efecto, el Estado social, las políticas sociales y los servicios y agencias de acción que los configuran, son el resultado por primera vez en decenas de años –aún de centenas– de la lucha de movimientos sociales igualitarios por conseguir un estatuto de garantía, de seguridad y solidaridad. En ese sentido, en un contexto donde se ha ido acentuando la inseguridad y la incertidumbre, es cuando menos explicable ese movimiento de los destinatarios y sujetos de la políticas sociales hacia la conservación y la ampliación de la propiedad y la seguridad social conseguidas. Una aspiración que partiendo de los logros relativos –pero evidentes– de las políticas sociales en la dominación de riesgos, intenta

⁶⁰ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 41.

⁶¹ Nos vamos a referir a este “trilema”, de diferente contenido al planteado después de la crisis en la literatura sobre el Estado de bienestar, que hablaba de la dificultad de armonizar el crecimiento del empleo, con la igualdad salarial y con las constricciones presupuestarias. Cfr. M. FERRERA; M. RHODES. “Building a sustainable Welfare State”, en: M. FERRERA; M. RHODES (editors). *Recasting European Welfare State*. Londres: Frank Cass Publishers. 2000. p. 259 y ss.

profundizar en la búsqueda de protecciones⁶². En España, además, ese contexto moral y emocional hacia la legitimación y defensa del Estado social, es muy acusado en la medida que se ha comenzado a disfrutar mucho más tarde de las protecciones y políticas sociales democráticas, alejadas de la visión paternal y autoritaria de las “medidas sociales” de la dictadura. Recuérdese por ejemplo que la ampliación de la seguridad social al campesinado fue obra del primer gobierno socialista presidido por Felipe González. Este retraso ha significado un contexto de desarrollo, de universalización y extensión, pero también –en paralelo– de deslegitimación y reducción de la cantidad y calidad de las prestaciones públicas, muchas de ellas antes de ser instauradas o aplicadas⁶³. Por lo tanto, la trabajosa conquista de la seguridad social conseguida y la visión –ya casi olvidada– de los efectos de las desregulaciones colectivas de los últimos años, invitan a andar con pies de plomo y, en cierto modo, justifican las actitudes defensivas hacia las transformaciones del Estado social; por más que en ocasiones jueguen a favor de los que abogan por su versión mínima. Así, en lo tocante a las protecciones, antes de dar pasos en cualquier sentido habría que tener alternativas bien fundadas para que no se produzca un vacío que despoje a los que menos posibilidades tienen, llevándolos a la inseguridad social. Dicho esto, la cuestión es cómo ir transformando el Estado social de modo que sepa responder a los retos, sin exponerse a espacios y tiempos ausentes de protección a consecuencia de los cuales se pudieran acentuar procesos de deslegitimación o surgir otros nuevos⁶⁴.

En la actual coyuntura las posturas y posiciones no pueden ser meramente defensivas, estando encerradas en el debate sobre *más* o *menos* Estado social. Y por ello debe articularse una crítica transformadora que interroge sobre qué Estado social, con el horizonte de las necesidades sociales a satisfacer para el conjunto de los ciudadanos en el interior de un Estado social de derecho; también, sobre cuáles son sus relaciones convenientes con la sociedad en el contexto de su cambio facilitando la participación social global; y asimismo, sobre qué ASP se necesitaría en ese Estado social, una vez redefinida su organización, el sentido y posibilidades de un nuevo ámbito público en la búsqueda de la eficacia para satisfacer las necesidades y movilizar la solidaridad social. En todo caso, se debe abrir un debate que facilite una crítica segura hacia transformaciones como las señaladas, garantizadas –que no controladas– por el Estado social, que se distingan y discernan de aquellas otras que bajo títulos de indudable prestigio –como eficiencia, agilidad o creatividad– tienen un afán reductor hacia versiones de Estado mínimo o asistencial. Del mismo modo que a principios de

⁶² R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 15.

⁶³ G. RODRIGUEZ CABRERO. *Conflicto gobernabilidad y política social...* p. 123.

⁶⁴ En llamadas economías desarrolladas y emergentes, pero sobremanera en España, la crisis económica-financiera del sistema económico capitalista, provocada por múltiples acciones reprobables mercantilizadoras de dudosa moral, ha evidenciado la fragilidad del mundo del trabajo y el empleo y las desprotecciones a las que aludíamos. España se ha pasado desde los dos millones de personas desempleadas en 2008 hasta los más de cuatro millones cien mil a mediados de 2009. En ese sentido, no dejan de ser sorprendentes las reivindicaciones de las organizaciones empresariales, fechadas en julio de ese último año, abogando por un abaratamiento del despido y una reducción de las cuotas empresariales a la Seguridad Social.

los pasados setenta se vio que no era posible una racionalidad controlada de ingeniería social en las actuaciones desde el sector público y el Estado social⁶⁵, la crítica debe ser segura en el sentido de reconocer la complejidad y, por lo tanto, pensar en los efectos imprevistos de la acción sobre las protecciones. Hay de nuevo un resultado paradójico al existir un aprendizaje acumulativo que proviene del intento de cambiar la realidad –epistemología pragmática– y, sin embargo, sus resultados nunca son definitivos, en la medida que cada ciclo de acción –social y proyectada– conduce a un nuevo comienzo –o situación– del que no podemos sustraernos, necesitando entonces la reflexión⁶⁶.

Es reconocible la homología entre Estado social y ASP en este recorrido que, por otra parte, sólo ha pretendido mostrar los acontecimientos más significativos en sus configuraciones y transformaciones, situándonos a las puertas del presente. Sin embargo, el que exista una equivalencia entre ellos no significa que la ASP haya sido y sea un mero reflejo del Estado social. Más bien, se trata de un subsistema que no deja de tener y manifestar sus propias dinámicas y, también, sus propias influencias sobre el conjunto de los dispositivos y agencias del bienestar⁶⁷. La ASP siempre ha encarnado la parte más activa del Estado social, en la medida que la concreción de buena parte de sus iniciativas se han debido desarrollar fuera del espacio físico central de los servicios de bienestar: en los barrios, en dependencias asociativas, en la calle o aún en las propias viviendas de las personas destinatarias de tales actuaciones. En ese sentido, una de sus características fundamentales es la localización en espacios concretos y la capacidad de llegar allí donde otros dispositivos no lo hacen o no lo pueden hacer. Esa orientación hacia los lugares cercanos, donde se va desarrollando la vida cotidiana de las personas o colectivos destinatarios de sus acciones, ha significado siempre, de manera ambivalente, una posibilidad pero también un límite. Una posibilidad, puesto que ha dotado de compromiso y comprensión a sus sujetos portadores, frente a otras instancias más alejadas de los nudos y problemas sociales que ella si alcanzaba a ver. Y un límite también, porque su cercanía ha significado, en muchas ocasiones, su aislamiento de los centros de decisión y, *de facto*, el corte con actividades más consideradas técnica y socialmente, como el diseño y la planificación de las propias políticas sociales. En última instancia no ha sido excepcional la coincidencia del abandono social de los ciudadanos destinatarios, –en sus lugares y sus problemas–, con la propia desconexión técnica a la que históricamente han sido abocados los protagonistas técnicos de tales acciones, respecto de sus agencias superiores en el escalafón jerárquico.

En los orígenes del Estado protector, y en el largo trayecto y transformaciones que condujeron al nuevo espacio sociopolítico del Estado social, la ASP fue muy relevante en la persecución de la justicia e igualdad social. Un saber y un hacer que se complementó con las

⁶⁵ R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1992. p. 51.

⁶⁶ J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público*. Madrid: Ministerio para las Administraciones Públicas. 1991. p. 235 y 208, respectivamente.

⁶⁷ L. LOCOCK; A. BOAZ. “Research, policy and practice- worlds apart?” *Social Policy and Society*, núm. 3:4 . Cambridge: Cambridge University Press. 2004. p. 376 y ss.

nacientes ciencias sociales –como la sociología– y los movimientos sociales progresistas e igualitarios en el afán de estudiar y corregir la miseria social originada por los desastres provocados por el mercado autorregulado⁶⁸. Si el liberalismo y, en su expresión contemporánea, el neoliberalismo, han ejercido siempre la crítica ante cualquier irrupción externa que “desnaturalizara” la sociedad y la libre concurrencia, la ASP, como elocuente acción expresiva de la planificación e intervención del Estado social, ha sido y es la representación por excelencia de la “intromisión” en la sociedad; entendida como la agregación de las iniciativas espontáneas de los individuos⁶⁹.

No obstante, el carácter invasivo que para los adalides del mercado tienen las mediaciones sociales públicas, expresión de la solidaridad social y de los valores democráticos, debe de ser matizado a partir de la existencia de un Estado social que posee protecciones de tendencia universalista o, por el contrario, de orientación asistencial. Entendiendo las políticas sociales universalistas como sistemas de derechos con cobertura para el conjunto de los ciudadanos, por el hecho de serlo, lo asistencial se fundamenta en la inadaptación excepcional de algunos individuos a las reglas del mercado, o, en su caso, a la normalidad social imperante, lo cual exigiría –ahora sí– la intervención condicionada y selectiva del Estado –o de alguno de sus satélites– hasta aliviar los problemas motivadores de tal actuación. Desde ese minimalismo estatal la ASP sería el instrumento conveniente en esta clase de actuaciones, puesto que posibilita la presencia física en el lugar donde se encuentran los asistidos, permitiendo, además, la vigilancia y fiscalización social de las poblaciones intervenidas etiquetadas como *poblaciones de riesgo*. Históricamente, entonces, en el trayecto hacia la conquista de los derechos sociales universales, la ASP ha navegado de manera conflictiva entre el intento de ser instrumentada como remedio local –desconectado de los problemas sociales generales–, o, por el contrario, aportando su capacidad de apoyo y transformación hacia las poblaciones destinatarias. Tal disyuntiva se atenuó en la postguerra con la plenitud de la orientación universalista de los Estados sociales europeos, donde la ASP va a encargarse de profundizar, informar y movilizar a los ciudadanos hacia las coberturas universales y, de manera excepcional, tratará de integrar a poblaciones o colectivos –como mendigos o gitanos– que, dentro de la lógica del sistema entre integración y marginación, estaban fuera de las protecciones y garantías de la sociedad salarial. Cuando a partir de los años setenta el estancamiento económico se combina con la inflación y el desempleo, los Estados sociales entran en crisis –económica, política y de legitimidad– produciéndose una rápida erosión por la que disminuyen las protecciones de tendencia universalista, y se acrecientan otros métodos de actuación más específicos de orientación selectiva asistencial⁷⁰. Son intervenciones radicadas en los años ochenta y noventa del pasado siglo que, ahora dentro

⁶⁸ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia*... pp. 47 y 117, respectivamente.

⁶⁹ F. A. HAYEK. *Camino de servidumbre*... pp. 45 y 106, respectivamente.

⁷⁰ R. MISHRA. *El Estado de Bienestar en crisis*... p. 94.

de la lógica de inclusión y exclusión, intentan paliar la creciente vulnerabilidad y exclusión social producidas por la mencionada merma de protecciones generales.

Una de las características de las intervenciones condicionales selectivas de los dispositivos asistenciales, es la de que producen menor capacidad de integración –que las universalistas–, y “señalan” a las poblaciones intervenidas situándolas al margen de los procesos de solidaridad social general⁷¹. En esos años se produce la vuelta de las formas de intervención a una orientación asistencial que no sólo se justificará a partir de argumentaciones que apuntan a lo material, sino también a razones de corte moral que insisten en una utilización más óptima de los recursos escasos para beneficiar realmente a los más necesitados. Así, la objetivación de la crisis del Estado social y el oportunismo de los teóricos del mercado y liberales desencantados, han conseguido desacreditar y deslegitimar los marcos reguladores universales, apuntando de manera directa a los fallos y sobrecarga del sector público. Al mismo tiempo, se da una coincidencia con algunas de las críticas progresistas que –desde finales de los pasados años sesenta–, señalaban la ineficacia igualitaria de las protecciones, la lentitud burocrática despersonalizada de las políticas sociales y la unicidad inclusiva estatal de personas y grupos, en contraste con una sociedad cada vez más variada y plural⁷². En cualquier caso, esta combinatoria es aprovechada por los partidarios de las reducciones reguladoras, dando paso a un Estado social mixto que si bien mantiene un núcleo de protecciones de cobertura relativamente universal –educación, sanidad, pensiones...–, ha desprotegido otras muchas zonas, como el empleo, apareciendo como consecuencia nuevos espacios sociales de conformación dualista, donde personas y grupos –jóvenes y mujeres sin estudios, inmigrantes...– se encuentran desasistidos y desorganizados de las garantías generales, fuera de los recursos y regulaciones estatales⁷³. Es decir, hablamos de ocupados marginales –sin contrato laboral–, de población marginal que tiene ya grandes dificultades para encontrar un empleo, y de inactivos desanimados que ya ni siquiera lo buscan⁷⁴. En ese contexto, con la justificación moral de concentrar los esfuerzos allí donde más se necesita, la ASP estará nuevamente orientada a depender de estos procesos reductores y dirigirse de forma aislada a las poblaciones específicas sin poder establecer relaciones entre los procesos mencionados y los problemas encontrados.

Desde este recorrido, se podría desprender la idea de que la ASP está más relacionada con los diseños y actuaciones selectivas asistenciales que con las políticas y configuraciones universales. A ello ha contribuido, sin duda, el papel ambivalente que ha jugado a lo largo de la historia de los recursos del Estado social. De un lado, es y representa la intervención tan

⁷¹ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* pp. 18-19.

⁷² P. DONATI. *Ciudadanía y sociedad civil...* p. 52 y ss.

⁷³ J. T. GOLDTHORPE. *Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo*. Madrid: Ministerio de Trabajo. 1991. p. 129 y ss. “Dualismo es una denominación apropiada en el sentido de que tales tendencias no implican necesariamente un ataque directo y general a los intereses organizados, sino sólo un ensanchamiento de ciertas áreas de la economía”.

⁷⁴ J. F. TEZANOS. *El trabajo perdido. ¿Hacia una civilización postlaboral?* Madrid: Biblioteca Nueva. 2001. p. 109.

denostada o negada por las tendencias liberales que casi siempre la han visto como una intromisión. Más, por otro lado, su concurso ha sido necesario para corregir los efectos del mercado y los resultados de las desprotecciones. Es la dualidad que la presenta como recurso último y urgente en una sociedad ordenada, en la que normalmente los problemas, cuando existen, son solucionados sin su incomoda presencia, pues denota sentimientos encontrados de infortunio y solidaridad tanto para la sociedad no intervenida como para los que sí lo son. Lo cierto es que más allá de proclamas, la intervención siempre ha necesitado estar presente, a veces con versiones de sesgo universalista o a veces –las más– con mediaciones de corte más particularista, cuando no han coexistido las dos. Por tanto, es posible pensar una ASP no unívoca y sí relacionada con las orientaciones globales del Estado social ya sean universalistas, particularistas o mixtas. A causa de la crítica de los partidarios del mercado contra las irrupciones externas a la sociedad –puesto que es una extensión de aquél–, y a causa también de su presencia en situaciones definidas como de carencia –económica o social–, está más vinculada en el imaginario del Estado social con actuaciones especializadas, desconectadas del entorno integrador. Sin embargo, cuando cambian las concepciones sobre las políticas sociales –en el pasado y ahora– y son posibles estrategias que ya no estén proyectadas desde la carencia y el mero alivio de los problemas, sino desde la potencialidad de grupos y personas, debe transformarse y estabilizarse en un modelo de movilización, información y solidaridad social; con independencia de las coyunturas socioeconómicas que se vayan manifestando. Profundizaremos sobre esto en el siguiente capítulo. Baste por ahora señalar que sólo de esta forma la ASP dejará de estar concebida como un recurso excepcional, únicamente relacionada con situaciones de urgencia e infortunio, y cuya presencia se vincula con la ruptura de la vida social cotidiana de las poblaciones asistidas.

Con este rápido recorrido hacia el pasado del Estado, en sus versiones protectora y social, se han intentado abordar los principales acontecimientos que han balizado su crecimiento y desarrollo en la sociedad moderna –con el impulso de los movimientos igualitarios sociales e institucionales–, en el largo trayecto de conquista por las clases trabajadoras de los derechos jurídicos, políticos y sociales. Hemos visto también las principales características del Estado social más elaborado y solidario, es decir, el que en Europa occidental va desde la postguerra hasta mediados de los años setenta del siglo pasado, con el que se consiguió que los principios de las protecciones y garantías jurídicas se plasmaran en la vida de la mayoría de las personas de esas sociedades. En los últimos treinta años, por contraste, hay una coincidencia general en que el fiel de la balanza se ha inclinado hacia las rentas del capital⁷⁵. A partir de ahí, se han reducido significativas protecciones universales, resultando, en consecuencia, diseños, planificaciones y acciones más selectivas, justificadas en la errónea idea de anclar los esfuerzos solidarios en aquellos ciudadanos que

⁷⁵ F. ALVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta*. Madrid: Ediciones Morata. 2009. p. 211 y ss.

más lo necesitan; con lo que ello tiene de aislamiento, etiquetamiento y separación de los destinatarios respecto al conjunto de la población.

Inscrito así en la tradición occidental de lucha contra toda suerte de fatalismos, incluido el del mercado⁷⁶, el Estado social es una forma institucional que ha intentado dominar el azar y los riesgos a partir de acciones proyectadas e intervenciones, aliviando o corrigiendo el impacto de los peores efectos económicos, mediante la protección básica de los ciudadanos. En ese contexto y desarrollo cabe entender a la ASP. Si el Estado social es intervención con la pretensión de controlar, dirigir o influir en el medio social, ésta se ha constituido en su activación más dinámica y práctica, allí donde tiene lugar la plasmación de una gran parte de las políticas sociales desarrolladas desde los diversos dispositivos que atañen a la protección social: bienestar social y/o servicios sociales, educación, sanidad, pensiones y tercera edad, cultura, etc.

Hemos pretendido mostrar cómo los argumentos políticos y sociológicos son los más relevantes, si se quieren llegar a conseguir unas protecciones públicas eficaces, solidarias y legitimadas ante el conjunto de los ciudadanos. La ASP es una de las partes a transformar y al mismo tiempo debe de ser un instrumento importante en la consecución de la eficacia y la legitimación señaladas. En ese sentido, antes de abordar los siempre importantes aspectos de legitimación del Estado social y los retos y desafíos para el inmediato futuro, debemos detenernos en su situación actual y comprobar cuáles son los elementos más significativos de su conformación.

III. Las consecuencias de los cambios: el presente del Estado social de cara a la acción social proyectada

Cabe ahora abordar el presente de la mencionada tesitura en la que se encuentra el Estado social, entre una mayor supeditación a las exigencias de la economía o continuar su reconstrucción en torno a los nuevos desafíos que hoy ya se plantean respecto a las protecciones, la inserción y la participación social. Y ello en un marco de complementariedad donde se vuelvan a redefinir, de forma innovadora, los grandes equilibrios entre mercado, Estado, sociedad civil y familia. Si se consigue esta interdependencia, será la señal de haber conseguido, de nuevo, una suerte de socialización de la economía capitalista y, con ello, el compromiso colectivo en el proceso de crecimiento⁷⁷, junto a la seguridad de que todos los protagonistas implicados participaran en el desarrollo económico global⁷⁸. En ese sentido, no se trata tanto de abogar por una vuelta al pasado de los Estados sociales universales maduros, como de intentar una redefinición adaptada –en un mercado y sociedad que son y se ven en

⁷⁶ R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis...* p. 107.

⁷⁷ El Estado social no sólo protege sino que, además, y esto a veces se olvida, regula y contiene a la economía capitalista, incluida la privada. Ver, F. ÁLVAREZ-URÍA. “Estado Social *versus* Neoliberalismo”, en: *Acciones e Investigaciones Sociales*, núm. 16. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. 2002. p. 20 y ss.

⁷⁸ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 381 y ss.

extremo flexibles— de las nuevas participaciones y los nuevos compromisos colectivos. A tal fin, en el intento de conservar la mayor potencia analítica y teórica posible, seguiremos hablando de un Estado social considerado en abstracto como un tipo ideal, aunque ceñido al ámbito de las sociedades y Estados sociales Europeos, y, desde luego, sin olvidar las obligadas alusiones al caso español. Aún teniendo en cuenta las específicas variantes institucionales que indican otras tantas formas reconocibles de afrontar los problemas y desafíos de las configuraciones, pensamos que su presente y destino se define a partir de la interdependencia. Es decir, el inmediato futuro no se lee tanto a partir de un desarrollo separado de los dispositivos protectores solidarios de cada uno de los Estados sociales, como de su desarrollo colectivo. Las posibilidades de información y comunicación vienen facilitando desde hace años nuevos procesos de aprendizaje o reflexividad institucional y social, entre aquellos que desde diversas posiciones —incluyendo las ciudadanas— debaten e investigan sobre los cambios y transformaciones en el Estado social. Por supuesto, no se trataría de conformar el mismo diseño institucional protector en todos y cada uno de los Estados, pero sí estar prestos a experiencias y propuestas que, después de su contraste, sean susceptibles de ser adaptadas y recreadas en los diferentes contextos más localizados. Esa misma amplitud en la mirada hacia el Estado social en Europa —como suerte y destino colectivo—, que distingue y discrimina elementos y configuraciones, puede ser aplicada, asimismo, a la ASP al ser un dispositivo de activación de parte de las políticas sociales públicas que son alternativa o despliegue de los correspondientes servicios complementarios. Al mismo tiempo, contra el oportunismo y reconociendo las deudas contraídas con esta institución de regulación colectiva, la propuesta comprensiva y explicativa del presente del Estado social tiene que introducir las críticas transformacionales —no reductoras en sus fines— que esbocen nuevas posibilidades de diseño, con el referente de profundizar en la ciudadanía social, sea ésta individual o colectiva.

Hay en nuestros días sentimientos encontrados con respecto a los Estados sociales europeos desarrollados, pues consiguieron alcanzar confines de protección y garantías nunca pensados antes de ellos, pero en el presente, sin embargo, nos encontramos con que una buena parte de sus logros han desaparecido o se han erosionado de manera notable durante el último cuarto de siglo. Ante ese desgaste, la sociedad —en especial la mayoría de la población beneficiaria de sus prestaciones—, tiende incluso a valorarlo de manera más intensa, en la medida que cada vez se ve más cercano el riesgo de crecientes recortes en las protecciones universales⁷⁹. Es decir, existe una cierta frustración por no haber podido consolidar

⁷⁹ Cfr. R. MISHRA. “El Estado de Bienestar después de la crisis: los años 80 y más allá” en: R. MUÑOZ DE BUSTILLO (comp.) *Crisis y futuro del Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1989. p. 65. Los Estados de bienestar son en las sociedades occidentales una de las instituciones más valoradas en las encuestas de opinión. En más, esta valoración llega hasta confiar en el Estado (de bienestar) para corregir la desigualdad social mediante las políticas oportunas. Ver, por ejemplo, J. J. GONZALEZ. “Estado de bienestar y desigualdad”, en: J. J. GONZALEZ y M. REQUENA (eds.). *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza Editorial. 2005. Lo mismo ocurre cuando las valoraciones son realizadas a través de material empírico cualitativo resultante de grupos de discusión realizados, por ejemplo, con personas mayores. Ver J. M. GARCÍA;

definitivamente los avances, junto a un sentimiento de defensa de los servicios públicos y prestaciones, que son los que al final encarnan el Estado social para los ciudadanos. Así, los cambios provocados han incidido en un desmantelamiento parcial y no tanto en los motivos que se han venido arguyendo en los últimos años para impulsarlos y realizarlos; a saber, la agilización de los servicios y agencias como condición para la mejora de su funcionamiento⁸⁰. De otro lado, las críticas concitadas por sus defensores desde hace ya muchos años, siguen vigentes en la medida que las orientaciones principales continúan siendo las mismas, no acabando de satisfacer las exigencias necesarias para una ciudadanía ampliada y menos expuesta a los vaivenes del mercado. Defensa y reforma constituyen hoy, pues, el binomio necesario para mantener y aún hacer crecer al Estado social, si bien teniendo en cuenta que tal incremento no tiene que estar asociado sólo con la aparición de estructuras configuradas de manera irreversible, y sí con su transformación y adecuación para fortalecer las protecciones y la seguridad. Desde esa perspectiva, si hasta ahora se han apuntado críticas desde posiciones reductoras, ha llegado el momento de profundizar en los límites de estos Estados sociales surgidos en la postguerra, desarrollados hasta la pasada década de los setenta, y desde entonces cuestionados, una vez que la fórmula keynesiana de crecimiento económico y pleno empleo resultó inviable. Por ello, se debe entender que al hablar de límites nos referimos a obstáculos hacia transformaciones que amplíen y profundicen las bases del binomio de los derechos y responsabilidades sociales.

Lo primero a considerar es que muchas de las críticas desde posiciones “progresistas” transformadoras coinciden –sino en los fines sí en las formulaciones iniciales y mediatas–, con ataques debilitadores que se han venido realizando a la institución protectora desde el comienzo de la crisis. Y en segundo lugar, una vez que ésta se desencadenó, ha quedado palpable la carencia de una teoría fuerte y profunda sobre el Estado social y el bienestar que actuara como contrapeso ante los ataques –de contenido sencillo pero eficaz–, que hablan de “menos es más” respecto al Estado y al Estado social. Esta falla no sólo tiene efectos negativos al nivel general, por ejemplo, encerrando las discusiones en términos de más o menos cantidad o extensión, sino que también afecta sobremanera a las agencias que lo componen, como la ASP, que son las que en definitiva definen y hacen visible su funcionamiento y comunicación con los ciudadanos. La fuerte legitimación y los logros conseguidos a corto plazo respecto a las protecciones en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, hicieron olvidar la necesidad de una justificación profunda de esta formación social, y como máximo se llegó a elaborar una literatura con enfoque técnico y administrativo sobre sus formas óptimas de funcionamiento. Hoy, en el presente del Estado social, a pesar de algunas contribuciones sociológicas importantes en los últimos años, como por ejemplo los

M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias. Perfiles, demandas y necesidades*. Gijón: Trea. 2005. p. 227 y ss.

⁸⁰ J. M. ZUFIAUR. “Quién defiende la Europa social”, en: *Temas para el debate* núm. 65-66. Madrid: Fundación Sistema. 2008. p. 81 y ss.

trabajos del sociólogo francés Robert Castel, nos encontramos aún con esa insuficiencia científica que está retardando una salida conceptual y práctica a la situación de incertidumbre en que se encuentra, y que acaba dificultando su propia defensa intelectual⁸¹.

Si se pretende que el Estado social no funcione como un mero subproducto pasivo, por ejemplo respecto a la industria o la economía, es necesario concebirlo de forma integrada y relacionada con el resto de los subsistemas sociales –sobremanera el mercado, la democracia política y la sociedad civil– para tratar de encontrar un compromiso y un equilibrio entre todos ellos. En esa línea, la tipología clásica de Estado de bienestar escandinavo, anglosajón y continental tiene la virtud de identificar a los países europeos y sus instituciones de bienestar, a partir de las ideas centrales comunes de desmercantilización y de aumento de la ciudadanía social. Al mismo tiempo, implica unas experiencias históricas y desarrollos específicos que superan la mera referencia al bienestar, pues comprende tanto aspectos sociales como políticos y económicos⁸². En los últimos años, la literatura especializada ha insistido en desgajar del modelo continental un cuarto modelo, localizado en la Europa del sur, que responde a la denominación de Estado de bienestar latino⁸³. Cada uno de los tipos está identificado con algún país de referencia, aglutinando a todos los que se encuentran en la misma órbita. Así, Suecia es la referencia del modelo escandinavo, el Reino Unido del anglosajón, Alemania se identifica con el continental e Italia con el latino. En cualquier caso, estos “mundos del bienestar” responden a unas experiencias históricas nacionales respecto a las protecciones, que han moldeado configuraciones de diferente matiz en razón de la política, la sociedad y el mercado, priorizando alguno de ellos en detrimento de los otros. En ese sentido, puede ser ilustrativo observar como una vez llegados los cambios, las tendencias tipológicas en las configuraciones han acabado por profundizarse en la crisis, indicando las carencias y posibilidades específicas de cada uno de ellos.

El modelo escandinavo, políticamente de tendencia socialdemócrata, pone el énfasis en conferir al Estado la protección universal de los derechos sociales, siendo cada uno de los ciudadanos quienes los perciben como titulares individuales. Es un Estado corporatista, entendido a partir de que lo social está relacionado con el contexto institucional y grupal más amplio de la sociedad –empresas, sindicatos y gobierno–, buscando un consenso operativo que no olvida controlar la extensión del gobierno y del bienestar⁸⁴. En el modelo anglosajón, de tendencia política liberal en lo económico, la acentuación se pone en el mercado, confiándole la protección social de forma que se tengan las mejores condiciones para su desarrollo y, también, para su accesibilidad. Consiste en una suerte de subsidiariedad que trata de proteger sólo a los sectores sociales más necesitados. No obstante, la sanidad de las

⁸¹ R. MISHRA. *El estado de bienestar en crisis...* p. 199.

⁸² G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos...* pp. 283 y 54 y ss.

⁸³ M. FERRERA. “Los Estados del bienestar del sur en la Europa social”, en S. SARASA Y L. MORENO (comps.). *El Estado de Bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: CSIC. 1995. p. 87. Ver también, G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de bienestar en España: debates, desarrollo y retos*. Madrid: Fundamentos. 2004. p. 61.

⁸⁴ R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis...* pp. 248-249.

personas mayores sí está universalmente garantizada, aunque las pensiones de jubilación sean de capitalización privada. En cuanto al Estado social de tipo continental, de tendencia política conservadora o democristiana, sustantiva la familia de forma que es ella, con ayuda del Estado, quien asume la función protectora. La protección estatal, aunque pública y universal no se presta a los ciudadanos sino a los titulares de los hogares que son los que tienen la responsabilidad de proteger a sus miembros. El sistema de pensiones es público y por reparto, pero sólo se centra en las personas adultas ocupadas —es decir, generalmente varones— que son las que han podido contribuir y han generado los derechos⁸⁵. Finalmente, el modelo latino, meridional —o mediterráneo—, de influencia católica, se desgaja del anterior al poseer características específicas que aconsejan su tratamiento diferenciado; más aún cuando los países del sur de Europa comienzan a efectuar políticas sociales democráticas alejadas del autoritarismo precedente⁸⁶. Existe en estas sociedades un familiarismo extremado que responsabiliza a la familia de la protección social, lo cual se une a la inexistencia de un sistema de renta mínima. En consecuencia, es un Estado social que a veces es caracterizado como “rudimentario” y, sin embargo, esto no debería inducir a generalizaciones erróneas ya que su realidad está más cercana a la polarización. A saber, existe una protección respetable —aunque en exceso fragmentada— en los sectores centrales de la fuerza de trabajo, que después contrasta con otros amplios espacios no regulados y casi desprotegidos situados en la economía irregular⁸⁷. Y desde el punto de vista de los dispositivos no deja de ser destacable, asimismo, el atraso en el desarrollo de los servicios frente a las meras prestaciones económicas⁸⁸. Al detenernos brevemente en el caso español como uno de éstos Estados sociales meridionales, se comprueban algunas singularidades que tienen su origen en las dinámicas autoritarias precedentes, pues orientaciones como el privatismo y el corporativismo siguen perdurando aunque adaptados a los primeros años del siglo XXI. A partir de ahí, nos encontramos con que el binomio privatización y asistencialismo definen el marco de la protección. En efecto, ha habido un desarrollo —caracterizado por su mixtura— de los sistemas de protección social en los que la capacidad de pago, libre elección y satisfacción individual son, cada vez más, criterios seguidos en su provisión. Y por otro lado, la extrema flexibilización del mercado de trabajo —sin parangón en Europa—, ha terminado por hacer endémica una zona insegura y vulnerable donde se agrupan aquellos trabajadores discriminados y excluidos⁸⁹. Por lo tanto, el presente del Estado social en España es deudor del tardío despliegue y consolidación contenida de las políticas sociales democráticas —desde

⁸⁵ E. GIL CALVO. *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*. Madrid: Mondadori. 2003. pp. 106-107.

⁸⁶ G. RODRIGUEZ CABRERO. *Conflicto, gobernabilidad y política social...* p. 123.

⁸⁷ La ley y proceso de regularización de inmigrantes —realizado en 2005— ligada a la existencia un contrato de trabajo, ha supuesto un notable avance para institucionalizar una parte importante del mercado irregular.

⁸⁸ G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de Bienestar en España...* p. 82 y ss.

⁸⁹ Cfr. M. CASTELLS. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial. 2001. p. 248. Según este autor en la economía informacional no se trata tanto de un fenómeno de polarización de la estructura ocupacional como de las discriminaciones y exclusiones existentes hacia los trabajadores.

finales de los setenta y principios de los noventa—, realizadas a contracorriente después de que se manifestaran las crisis financiera y política en las sociedades europeas y sus Estados sociales. No es casualidad, entonces, que en las posteriores actuaciones desde el final de los noventa hasta el presente, a la vez que se ha apuntado una moderada universalización centrada en la educación, sanidad y pensiones, se haya producido también una privatización ascendente de los servicios de provisión del bienestar, junto a la reducción de la intensidad protectora y selectiva hacia los grupos sociales más desfavorecidos.⁹⁰

En esa línea, volviendo nuevamente al Estado social desde una perspectiva amplia, puede resultar ilustrativo apuntar algunas tendencias respecto a cómo ha afectado la crisis y, al mismo tiempo, ver las repercusiones y estrategias generales en cada uno de los modelos o tradiciones del Estado social; y ello teniendo en cuenta además del referente protector también otros aspectos políticos, económicos y sociales. Así, de inicio es subrayable la común mercantilización de espacios que antes de la crisis no lo estaban. Esto ha supuesto una ampliación de la base privada de la producción de bienestar y, en torno a ello, una disminución de los sostenes de la ciudadanía social, junto al aumento de la vulnerabilidad social que se creía conjurada. En segundo lugar, se ha dado también una mayor diferenciación interna de los sistemas de bienestar que está dificultando el acceso igualitario de los ciudadanos a los derechos sociales. Y, en tercer lugar, en una sociedad con sectores de clases medias cada vez más desahogadas, se han afirmado nuevas opiniones que han provocado una cierta devaluación de lo colectivo y lo público, frente a la revalorización de lo individual y privado. Al mismo tiempo, tales críticas a los servicios públicos han estado contrapuestas al apoyo del Estado social por otros amplios sectores que, sin embargo, expresan críticas profundas a su carácter burocrático, no dejando de manifestar nuevas demandas de participación social, descentralización y diferenciación de necesidades⁹¹. Aunque se parte de principios comunes, al situarnos en cada uno de los regímenes de bienestar las respuestas ante la crisis tienen matices importantes que apuntan a las sustantivaciones originales de cada uno de ellos, sean éstas hacia el Estado, el mercado, la familia y el Estado conjuntamente, o hacia la familia en exclusiva. Ellas mismas y las combinaciones con el resto de pilares terminan por definir el mundo real del bienestar.

En el modelo socialdemócrata escandinavo, una vez llegada la crisis la estrategia consistió en mantener el tradicional respaldo de las clases medias, efectuando un esfuerzo para aumentar la calidad de los servicios y así poder competir con el mercado⁹². Si las políticas sociales pueden ser vistas como inversiones sociales que evitan posteriores problemas, el aprendizaje que podemos sacar de esta tradición es su notable éxito tanto en medidas preventivas como en el dominio de las políticas sociales protectoras —distribución

⁹⁰ G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de bienestar en España...*p. 133 y ss.

⁹¹ *Ídem*: p. 56.

⁹² G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos...*p. 54.

social– y su combinación con la flexibilidad organizativa⁹³. Por otro lado, han activado políticas formativas con el objetivo de dotar de responsabilidades y derechos, a través de la obligación de incrementar la formación y empleabilidad de los demandantes, y su compromiso para aceptar los empleos pactados –producción social–⁹⁴. Es decir, se trata de responder a las exigencias globales de flexibilidad aunque combinadas con fuertes garantías sociales⁹⁵. En el caso anglosajón, siguiendo la lógica que de que las consecuentes respuestas a la crisis están inscritas en los diseños y estructuraciones previas, se optó por virar hacia el mercado como posible solución a los problemas planteados. En este modelo liberal de Estado de bienestar se buscaron adecuados incentivos para el trabajo, además del abaratamiento de los salarios⁹⁶. Sin embargo, por los bajos salarios y la carestía de las cualificaciones, se han producido ciclos acumulativos de desventajas sociales que han influido en el aumento de la pobreza⁹⁷. En principio, no cabe duda que el acento puesto hacia los beneficios del trabajo es un camino efectivo contra la exclusión social, pero ello tiene sus límites si todas las prestaciones están condicionadas a la actividad laboral y resultan desprotegidas amplias zonas vitales. Como, por ejemplo, la situación en la que se encuentran los parados y los progenitores, que no pueden contar con centros de día asequibles para el cuidado de sus pequeños mientras que están trabajando o buscan un empleo⁹⁸. En el tercer modelo, el continental, las soluciones han ido por acentuar la protección de la familia, con el fin de que asumiera las responsabilidades del bienestar. Sin embargo, en el contexto de un capitalismo global “de bienestar”, las fuertes regulaciones y garantías de empleo han terminado por cronificar la ya apuntada incapacidad de esta estructura de bienestar para estimular su crecimiento. Finalmente, en el caso del tipo latino de Estado social de bienestar es la familia quien ha ido cargando con los costes de la crisis –paro y desempleo–, y de las amplias zonas desprotegidas de la sociedad en las que, entre otros colectivos, se encuentran una parte importante de los jóvenes, las mujeres o de las personas mayores. En contraste con el continental en el que la familia es apoyada para que pueda ejercer la responsabilidad del bienestar, en el modelo de la Europa del sur se trata de la misma familia si bien desprovista por lo general de ayudas institucionales –en este sentido la Ley de la Dependencia aprobada por el gobierno socialista de Zapatero supone un cambio de tendencia– siendo ella la que protege a los jóvenes y mayores a través de la exclusividad o combinación de tareas de la mujer entre espacios internos y externos. Por otra parte la propia incapacidad para estimular el empleo, como en el caso anterior, ha supuesto un retraso de la inserción sociolaboral de los jóvenes hasta edades muy avanzadas, con lo que ello supone de dificultad en la trayectoria

⁹³ G. ESPING-ANDERSEN. “Towards the good society, once again?” en: G. ESPING-ANDERSEN [Et al].

Why we need a new welfare state? Oxford: Oxford University Press. 2002. p. 14.

⁹⁴ A. HEMERIJCK. *The self-transformation of the European Social Model...* p. 196.

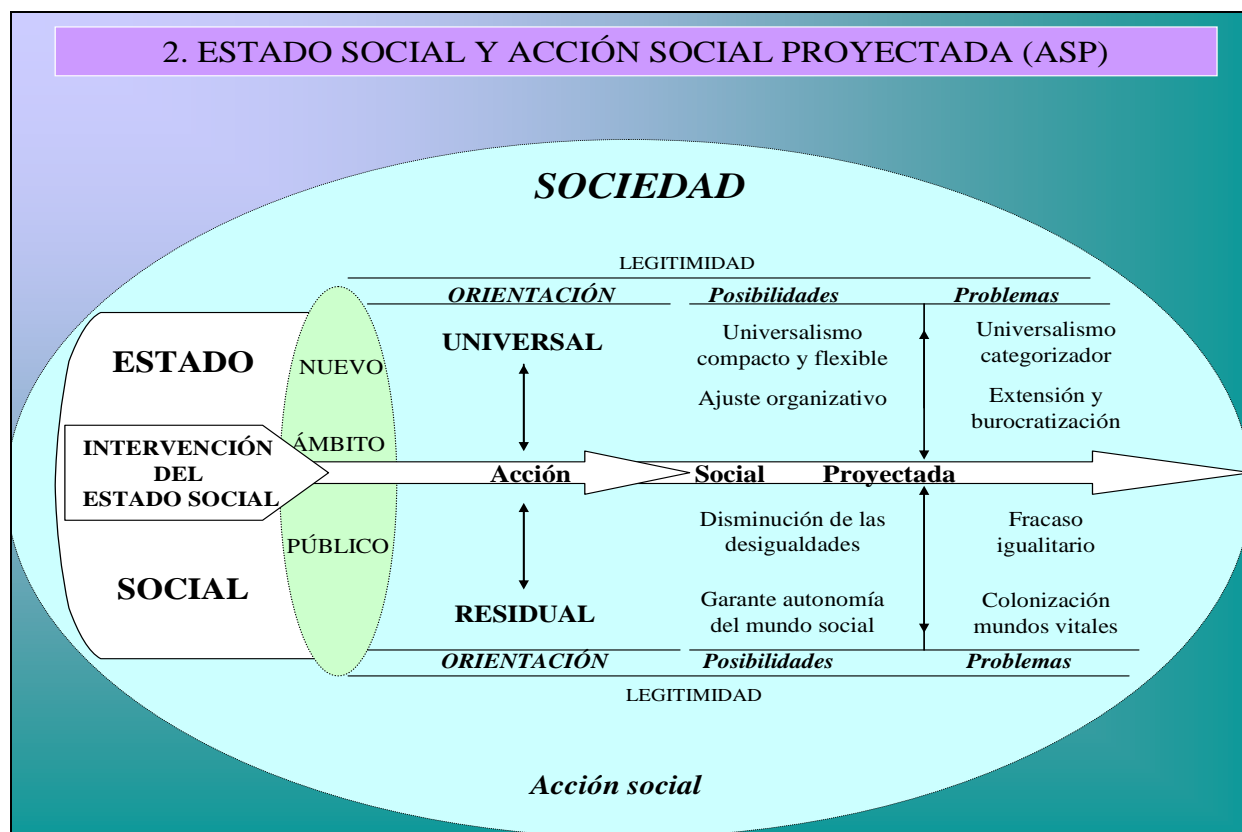
⁹⁵ *Ídem*: p. 197.

⁹⁶ G. ESPING-ANDERSEN. *Towards the good society...* p. 15.

⁹⁷ A. HEMERIJCK. *The self-transformation of the European Social Model...* p. 186.

⁹⁸ G. ESPING-ANDERSEN. *Towards the good society...* p. 15.

personal y social posterior⁹⁹. Y ante un Estado social desigualmente organizado que combina coberturas universales con prestaciones asistenciales, la progresiva incorporación de la mujer al trabajo externo –junto a la progresiva merma del familismo precedente–, está siendo afrontada con formas privatizadas de producción y gestión de las protecciones¹⁰⁰.



IV. Crítica y transformación del Estado social

Como ya hemos señalado, el presente del Estado social no sólo se dibuja a partir de descripciones o explicaciones de los diversos modelos desplegados desde principios comunes, que ante la crisis han optado por alternativas que se hallaban inscritas en su tipología y experiencias acumuladas. Aún más, es preciso reconocer que no pocas de las medidas y diseños de los últimos años, se han ido articulando desde el ensayo y el error y, en bastantes ocasiones, como apresurados pasos ciegos que –cuando han supuesto éxitos razonables– han

⁹⁹ M. MARTÍN SERRANO; O. VELARDE. *Informe de juventud de España 2000*. Madrid: INJUVE. Ministerio de Asuntos Sociales. 2002. p. 25 y ss.; M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil: acción y posición de los jóvenes de Gijón*. Gijón: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Gijón. 2002. p. 133 y ss.

¹⁰⁰ G. RODRIGUEZ CABRERO. *Conflicto, gobernabilidad y política social...* p. 123.

sido adoptados y adaptados por otros países del entorno del capitalismo de bienestar. Pero el presente del Estado social no sólo está encarnado por las diferentes tradiciones y experiencias articuladas ante la crisis, o por la solvencia práctica de las medidas sociales de bienestar, también es el resultado de las insuficiencias del modelo que, de manera variable, aún nos siguen acompañando, por más que en lugares y momentos ocurran innovaciones parciales que prefiguran el futuro. Así, la actualidad –referenciada desde unos años atrás y, casi seguro, en adelante–, también está conformada por las críticas positivas transformadoras que parten del presente del Estado social, apuntando alguna posibilidad innovadora en el tiempo para su perfeccionamiento y mayor democratización. En la actual coyuntura marcada por el crash del 2008, es preciso tener en cuenta no sólo las críticas realizadas desde perspectivas neoliberales sino también y sobre todo algunos análisis que, debatiendo con ellas, tratan de fortalecer al Estado social y alejarlo de una posición dependiente o rudimentaria, respecto a la economía, la política o la denominada sociedad civil. Más allá de las adaptaciones e innovaciones parciales que han venido ocurriendo en los últimos años en el Estado social y en los diversos ámbitos del bienestar, seguimos básicamente con el mismo modelo surgido de la postguerra, aunque ahora ajustado a las presiones fiscales y equilibrios financieros que caracterizan a las políticas económicas en los últimos años¹⁰¹. Se entiende que tales críticas son claramente separables e identificables y, al mismo tiempo, dependientes unas de otras. Son identificables, al responder a productos diferenciados y configuraciones parciales que la institución ha ido añadiendo en su composición, con el paso de los años y al aumento de complejidad de sus funciones. Y, dentro de su distinción, son críticas dependientes unas de otras porque responden a la propia coherencia que las estructuraciones han manifestado en el desarrollo de instrumentos, legitimaciones y respuestas a las demandas y necesidades que se le han reclamado. Así, por ejemplo, el universalismo inespecífico establecedor de categorizaciones a personas y situaciones, es coherente con la extensión organizativa, o, también, con la filosofía de control social respecto a los beneficiarios y destinatarios de las políticas, servicios y acciones. Con fines aclaratorios, veamos cuatro de los principales cuestionamientos respecto al Estado social que están delineando su situación en el momento presente, los cuales, de una u otra manera, hemos ido nombrando más atrás por diferentes motivos y en distintos momentos. El primero, es el del universalismo y sus derivaciones al particularismo; el segundo, el problema de la extensión organizativa y de la autodemanda inducida; el tercero, se refiere a los resultados de la pretendida reducción de la desigualdad social por medio de las políticas sociales; y en el cuarto se trata de interrogarnos por la hegemónica posición de la institución, en el contexto de la solidaridad social producida y de las relaciones sociales de protección.

En primer lugar, *el universalismo* ha constituido uno de los ejes vertebradores de la construcción de los Estados sociales, pues mediante su aplicación se ha pretendido un trato

¹⁰¹ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 33 y ss.

igualitario a todos los ciudadanos por el hecho de serlo. Es la idea de que existe una igualdad humana básica asociada al concepto de pertenencia plena a una comunidad –a la ciudadanía–, que no entra en contradicción con las desigualdades económicas y sociales que se distinguen en nuestra sociedad. Es también, asimismo, el intento de superar la distancia entre las leyes y su cumplimiento, entre el derecho y las, a menudo, inalcanzables reparaciones a los ciudadanos, como había venido ocurriendo en los siglos XVIII y XIX. En definitiva, para garantizar la igualdad efectiva ante la ley, la norma es que el bienestar y la protección no se deben comprar sino ser provistas por las instancias públicas mediante el principio de igual trato para todos¹⁰². Sin embargo, el universalismo, como idea eje de la formación y desarrollo de los Estados sociales europeos –en especial de los escandinavos–, ha tenido en su aplicación algunos problemas que han terminado por desvirtuar sus mismos principios, produciendo efectos impensados o, incluso, perversos, respecto de tales propósitos. Se entiende, que si hemos defendido el universalismo como garantía de la vigencia de lo social en las sociedades capitalistas de bienestar –frente al opuesto asistencialista–, es porque nuestro cuestionamiento no lo es hacia su totalidad, sino hacia la expresión concreta de algunos de sus efectos de universalismo fordista. La racionalidad en la gestión del proceso global de trabajo, la especialización, la división de lo intelectual y lo manual como forma de adscripción de los trabajadores industriales a su puesto de trabajo, han sido, entre otras, algunas de las principales características de su construcción¹⁰³. En ese contexto social y económico, el universalismo se manifestó como una orientación hacia las personas y las situaciones, si bien como miembros e instancias de categorías previamente establecidas con el fin de clarificar, integrar y diferenciar. De esta forma, a la categorización social general le han acompañado procesos de asignación de los individuos a esas categorías, indicando tales clasificaciones las relaciones de poder y diferencias sociales existentes¹⁰⁴. En ese movimiento, se ha ido integrando a las personas –o incluyéndolas– en una normalidad, al mismo tiempo que se ha propuesto una visión más simplificada y sencilla del orden social¹⁰⁵. La contrapartida a los servicios públicos que han puesto a disposición de la mayor parte de las personas bienes esenciales, ha sido una solidaridad mecánica producida desde el Estado y fundamentada en categorizaciones administrativas, forzando con ello una homogeneización social¹⁰⁶. A menudo, la protección se ha convertido en un proceso tecnocrático que ha aminorado las necesarias vinculaciones entre la producción de solidaridad –aunque venga de una parte del Estado–, y las personas individuales o colectivas. Al no existir un lazo social óptimo entre el Estado protector y los protegidos, ha quedado patente cómo la solidaridad no puede ser un

¹⁰² Ver T. H. MARSHALL. “Ciudadanía y clase social” en: T. H. MARSHALL Y T. BOTTOMORE. *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial. 1998. pp. 21, 42 y 61, respectivamente.

¹⁰³ Ver, por ejemplo, R. SENNET. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama. 2000. p. 42 y ss.

¹⁰⁴ J. P. LOPEZ NOVO. *El particularismo reconsiderado...* p. 46.

¹⁰⁵ Sobre el concepto de normalidad ver J. IBÁÑEZ. *Del algoritmo al sujeto...* p. 62. Ver también, G. CANGUILHEM. *Lo normal y lo patológico*. Madrid: Siglo XXI. 1971. pp. 187-188.

¹⁰⁶ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 45. Del mismo autor ver también, *La metamorfosis...* p. 398.

producto automático, el resultado mecánico de su expresión entendida desde ese desarrollo de categorizaciones abstractas¹⁰⁷.

En correspondencia con este proceso, ha habido una investigación sociológica de corte positivista que lo ha validado científicamente. A través de ella, los investigados han sido vistos como “realidades externas”, reforzando la separación entre sujeto y objeto de la acción social planificada. A estos sujetos sociales se les ha puesto en el foco del conocimiento de colecciones de hechos, para después ser abordados técnicamente por los programadores e implementadores de la ASP, como un problema ejecutivo, consolidándose de esta forma la separación entre lo intelectual y lo manual. El choque, entonces, es inevitable cuanto que la acción experta, impulsora de las activaciones, no se encuentra con realidades físicas o categorías que se pueden conocer externamente y han perdido su faz, sino con problemas sociales o con realidades sociales emergentes –pensemos en los profundos cambios sociales que tienen lugar desde hace un cuarto de siglo–, que afectan a las personas y que no entran en ninguna de las clasificaciones o codificaciones preestablecidas¹⁰⁸. Estas concepciones normativas se hacen más evidentes cuando las políticas sociales son activadas –traspasando el umbral de los servicios y de los entornos burocráticos–, y materializan el corte entre sujeto y objeto, entre los que implementan y los implementados, y las relaciones con los destinatarios o mediadores que son pensados como categorías abstractas. Es necesario, pues, volver a ver la cara de los ciudadanos y sus materialidades. Por otra parte, son también necesarias otras clasificaciones que hagan confluir un universalismo y particularismo de alcance medio, buscando espacios intermedios donde coincidan las iniciativas estatales con las de la sociedad civil.

El universalismo ha sido y es un referente en los Estados de bienestar europeos y, en el caso de los países del área escandinava, ha puesto a prueba su capacidad configurando las prestaciones sociales conforme a los estándares de calidad de las clases medias, a fin de poder competir con los servicios proporcionados por el sector privado mercantil¹⁰⁹. Sin embargo, esto no ha ocurrido en otros Estados y sociedades en los que, o bien (i) las prestaciones universalistas han convivido con medidas de corte asistencial, o bien (ii) las protecciones del Estado social han tenido que competir en condiciones de desigualdad con el mercado. En efecto, (i) más allá de los mencionados problemas de categorización abstracta del universalismo y sus consecuencias prácticas, su implantación ha sido muy desigual en los Estados sociales de los modelos liberal, continental y meridional, al existir una suerte de “dualismo de la solidaridad” que segmenta a los ciudadanos desde la diferencia cualitativa de las protecciones, y desde el carácter general de unas –que son para todos–, frente a las otras

¹⁰⁷ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 61.

¹⁰⁸ Una de las características de este proceso ha sido la asignación de situaciones y problemas a clasificaciones convenientes y previamente codificadas. Sobre las concepciones sociológicas y de intervención en el Estado social hasta el presente, ver M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 53 y ss.

¹⁰⁹ G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos...* pp. 97-98.

que son selectivas y conllevan un marcaje o estigma social¹¹⁰. En última instancia, ante el universalismo ausente, las medidas especiales –en las que interviene en muchas ocasiones la ASP– se visualizan, sobremanera, distinguiendo negativamente a los que las reciben y dotándoles de una doble condición marginal: la material y la marcada por códigos morales y simbólicos simples respecto a la exclusión e inclusión. Es posible que ante un universalismo presente, y más flexible también, se necesitarán establecer medidas particulares para las personas, espacios y formas sociales más débiles, pero al partir de un sustrato colectivo común –desarrollado desde una normalidad más plural– las actuaciones estarán más cercanas a la solidaridad que al marcaje social¹¹¹. También en lo alto, (ii) se da la paradoja de que la elevación sostenida del nivel y calidad de vida de una parte importante de la población –para la que ha sido decisivo el propio Estado social–, supone ahora una competencia entre el mercado y las instituciones públicas protectoras, en un periodo de incertidumbre e indefinición respecto a su futuro. Poner freno a la mercantilización de lo que son atributos inexcusables de la ciudadanía, o evitar nuevas desigualdades en la provisión de servicios entre los que más y menos posibilidades tienen, o impedir el proceso deslegitimador de lo público –frente a lo privado–, pasaría entonces por refloatar un universalismo compacto y flexible, que aporte una satisfacción de necesidades con la calidad suficiente para la mayoría de la población. Un universalismo así entendido sería la mejor protección del bienestar contra los sentimientos reactivos. Por tanto, más allá de las críticas que abogan por versiones minimalistas del Estado social, la cuestión estriba en seguir con el referente social universalista, si bien pensado de manera más flexible en la organización y desarrollo de las prestaciones. Para que el Estado no camine por derroteros muy distintos a los de la sociedad y, en consecuencia, se pueda transformar la condición abstracta de actuante y actuado, es precisa una relación recíproca en la que se posibiliten vinculaciones y compromisos morales más cercanos a una solidaridad espontánea.

El segundo de los cuestionamientos generales que se pueden plantear es el de la *extensión global y organizativa* del Estado social. En efecto, la idea de que el bienestar y las protecciones son más sociales en la medida que incluyen a un número creciente de individuos y dispositivos, son coherentes con los preceptos del universalismo antevisto. Al mismo tiempo, los son también con el código binario de inclusión y exclusión que hasta hace no muchos años ha funcionado de manera relativamente efectiva en la sociedad salarial, pero que hoy encuentra considerables dificultades para ser aplicado en una sociedad más variada y diversa. Sin embargo, el universalismo, la protección social generalizada, la propiedad social o, incluso, un estatuto colectivo como derecho público sustraído al juego de las voluntades

¹¹⁰ Sobre marcas o estigmas sociales ver, E. GOFFMAN. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu. 1986. p. 15 y ss. Un rasgo central del individuo estigmatizado es la aceptación. En ese sentido, cuando se habla de aceptación se habla tanto de la de *alter* –falta de respeto y consideración por parte de los otros– como de la de *ego* –cuando él se hace eco del rechazo y descubre que algunos de sus atributos lo justifica. Ver p. 19.

¹¹¹ Ver al respecto, P. DONATI. *Manual de sociología de la familia...* p. 406.

individuales, no pueden confundirse con un crecimiento ilimitado del Estado social y la consecuente inadecuación en la comprensión y tratamiento práctico de la situación y problemas de los ciudadanos. De inicio, el debate puede ser más –organización, financiación, política...– contra menos Estado social, pero una vez que esto se ha planteado hay que pasar de inmediato a lo que, a nuestro entender, es el problema principal: la transformación y adecuación de la misma institución y de sus prestaciones, buscando su correspondencia efectiva con las necesidades reales de los ciudadanos¹¹². No es tanto centrarse y ajustarse a los –supuestos– deseos, apetencias o impulsos temporales, de personas o grupos de personas, que deben ser satisfechos en el mercado político a través del Estado social¹¹³, como llegar a acuerdos básicos sobre el concepto de necesidad –o propósito– universalizable, a partir del debate compartido y público que va más allá de los meros análisis de las personas y sus referencias. Desde esa perspectiva, sí que pueden tener sentido los ajustes organizativos y de medios¹¹⁴.

Partiendo de las deudas contraídas con el Estado social, lo cierto es que al mismo tiempo que fue cumpliendo gran parte de los fines para los que fue diseñado y desarrollado, también fue asumiendo una gran diversidad de temas e intereses propios de la política, y de demandas de crecimiento por parte de los grupos profesionales que lo forman. El resultado ha sido una demanda autoproducida. Un crecimiento incontrolado que, junto a la extensión de una “burocracia del bienestar”, ha provocado el aprovechamiento por parte de algunos¹¹⁵, y la inadaptación sociológica de la solidaridad, a la que hemos aludido con los problemas de un universalismo abstracto. Más si el crecimiento y la burocratización han sido matizados –a partir de momentos y lugares–, es porque no han sido las causas sino las consecuencias de algunas de las visiones imperantes sobre los actores del bienestar; también, sobre las mismas concepciones prácticas en la toma de decisiones en las políticas sociales; y, finalmente, sobre la visión de la intervención que para su desarrollo se ha proyectado y realizado. En principio, no es desdeñable pensar que la propia idea de crecimiento de lo social, como consecución positiva de espacios frente al mercado, haya podido ayudar a que algunas agencias del Estado crecieran más allá de la necesidad, sin visualizar los efectos secundarios y los límites de sus posibilidades. En segundo lugar, han influido las modernas concepciones pluralistas sobre la toma de decisiones que, como reacción a lo anterior, explican las políticas de acción a partir de la interacción de individuos o grupos de interés; resultando con ello políticas y configuraciones que de forma lógica reflejan las relaciones de poder de esa variedad de

¹¹² M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 90.

¹¹³ N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar...* p. 98.

¹¹⁴ El concepto de necesidad, como producto y consecuencia de la ASP, será abordado en el capítulo 6, prefiriendo, por ahora, señalar lo que no es necesidad. Ver al respecto, L. DOYAL; I. GOUGH. T. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 65 y ss.

¹¹⁵ En determinados momentos las prestaciones del Estado social pueden haber funcionado como un “bien colectivo inclusivo” en la que habría algunos agentes actuando como “gorriones”. Un bien colectivo inclusivo es por definición de naturaleza tal, que el beneficio que recibe quien no coopera no va acompañado por una pérdida equivalente para quien coopera. Ver al respecto, M. OLSON. *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de los grupos*. México: Noriega. 1992. p. 50.

agentes concurrentes. Y conexas con esta visión, la sobrecarga del Estado social también se ha podido fraguar en parte, desde una visión de la acción inclinada del lado tecnocrático, con altas dosis de racionalidad instrumental, dotadas de un componente cientifista y confianza ilimitada en la toma de decisiones. Así, además de acentuar su presencia y la de los correspondientes niveles necesarios para completar los grupos técnicos, han sido incapaces de ver los efectos secundarios extensivos de su toma de decisiones. Empero, el que el “pluralismo de intereses” y la racionalidad instrumental orientada a la acción hayan creado realidad, induciendo a los agentes a actuaciones concretas en esa línea, no quiere decir que se pueda aceptar normativamente tal estado de cosas, o que debamos creer lo que ellas mismas preconizan. Además, los resultados no han sido ni siquiera los previstos por ellos mismos: es decir, la influencia total de sus postulados racionales distributivos en la configuración de las políticas sociales y del Estado social. Más bien creemos, y sugerimos, que la mayor parte de la redimensiones sucesivas de la institución son producto de los enfoques asumidos y de la calidad de los argumentos y deliberaciones públicas. Por más que las políticas de acción tengan una naturaleza abstracta, ellas no pueden ser explicadas sólo en términos de racionalidad instrumental o por interacciones de interés, o a partir de elaboraciones técnicas puras o usando las ideas de forma abstracta. En consecuencia, su comprensión y las configuraciones resultantes no deben estar separadas de las ideas, valores y argumentos – conocimiento– por las que son conceptualmente explicadas y justificadas¹¹⁶. Las políticas sociales al ser un conjunto, más o menos coherente, de principios y acciones que determinan la distribución y el control social del bienestar de una población por vía política, resultan entonces decisivas en las configuraciones, en el tamaño de las mismas, y en su propia adaptación y adecuación¹¹⁷.

Hoy sabemos que para controlar los aspectos extensivos e incontrolados de “los diseños” es necesario reconocer los límites de la racionalidad orientada a la acción¹¹⁸. Las acciones del Estado social y las políticas sociales constituyen un sistema complejo de acción de la sociedad sobre sí misma que debe construirse en condiciones de elevada y creciente complejidad. Y al igual que la sociología debe observarse a sí misma, concibiéndose como relación social, las políticas sociales deben ser reflexivas y aplicarse a si mismas, en general, sus propios efectos¹¹⁹.

El tercer cuestionamiento que delimita sobremanera el presente del Estado social se refiere a su *relativa eficacia en la disminución de las desigualdades* en la sociedad capitalista de bienestar. Aunque la consolidación de la ciudadanía mediante la extensión efectiva de los derechos sociales estaba limitada a una igualdad humana básica, a las garantías y protecciones

¹¹⁶ G. MAJONE. “Analyzing the public sector: short comings of policy science an political analysis”, en: F-X. KAUFMANN (ed.). *The public sector. Challenge for coordination and learning*. Berlin: De Gruyter, 1991. pp. 41 y ss. y 43.

¹¹⁷ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...*p. 35.

¹¹⁸ N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de Bienestar...* p. 116.

¹¹⁹ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...*pp. 26 y 53 y ss., respectivamente.

correspondientes y a la igualación de las oportunidades¹²⁰, las expectativas creadas en los años de apogeo derivaron hacia aspiraciones redistributivas más ambiciosas y, en general, de disminución real de la desigualdad social. Si en un principio se reconoce y admite una sociedad en la que existen ingresos muy desiguales, pero en la que todas las categorías sociales se benefician de los mismos derechos protectores –sociales y laborales–, a partir de los logros conseguidos las expectativas se vuelcan hacia la posibilidad de consecución de la igualdad. Partiendo de una sociedad de semejantes se pretende llegar entonces a una sociedad de iguales¹²¹. Pero desde hace un cuarto de siglo la que ha sido catalogada como crisis del Estado social, trunca las expectativas precedentes constatando, al mismo tiempo, la doblez de los logros de la propuesta del bienestar: discretos efectos en los procesos de igualación social y consecución de fuertes y generales marcos protectores que, no obstante, han sido aminorados –desigualmente– hasta el presente¹²². Lo cierto es que es que las sociedades occidentales están instaladas en una contradicción materializada a partir del crecimiento de los valores de igualdad social. Inducidas por un marco protector que, en principio, no pretendía llegar tan lejos, y con la miel en los labios por la esperada equiparación social, se constata que existe un recorte fragmentado tanto de los anhelos de igualdad como de la cobertura global protectora. Y ello, aún reconociendo la solidez del núcleo fuerte de los logros sociales conseguidos desde los pasados años cuarenta en los Estados sociales europeos desarrollados.

Así las cosas, el presente se mueve a partir de una ambivalencia en la que coexisten las disminuciones y expectativas protectoras, con las incólumes aspiraciones de igualdad, forjadas en unas relaciones equilibradas entre capital y trabajo. Se reconocen, pues, los grandes logros pero también las grandes limitaciones. Si la apuesta clásica del liberalismo ha consistido en tratar de mantener aisladas las políticas de bienestar en un espacio ético, no político, la evidencia es que no ha sido conseguido. Y no sólo por el volumen, la penetración y relativa irreversibilidad protectora, sino también por que las aspiraciones de disminución de las diferencias han calado hondo en nuestras sociedades. Es paradójico que a la vez que se saben, y sufren, los recortes protectores –por ejemplo en el ámbito laboral–, se apunten opiniones sobre la necesidad de pasar desde el espacio básico regulador de la cohesión interna de la sociedad, hasta la consolidación de políticas redistributivas profundas¹²³. Medidas que no se queden en la reducción formal de las diferencias en las condiciones de vida, e incidan de manera más profunda en la consecución de la igualdad, desconectando las oportunidades del origen social y las desventajas de la herencia social¹²⁴. El Estado social ha sido en muchos momentos y lugares un mero actuante compensatorio, *a posteriori* de los problemas

¹²⁰ Ver T. H. MARSHALL. *Ciudadanía y clase social...* pp. 21 y 59, respectivamente.

¹²¹ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 45 y ss.

¹²² M. CAHILL. *The new social policy*. Oxford: Blackwell. 1994. p. 188.

¹²³ R. CASTEL. *La metamorfosis...* pp. 381, 214 y 284, respectivamente.

¹²⁴ G. ESPING-ANDERSEN. *Towards the good society...* p. 3.

socioeconómicos generados en nuestras sociedades¹²⁵, pero también es cierto que muchas de las protecciones –laborales, educativas, urbanismo, seguros sociales...– han tenido un carácter preventivo y no sólo reparador. Hoy, a causa de la incertidumbre, al mismo tiempo que se agradecen las actuaciones correctoras *ex post* –como mal menor–, y se intentan mantener las protecciones globales preventivas, no sólo se pretende la superación de esa dicotomía hacia la prevención, sino también la aplicación de políticas causales que contemplen los aspectos económicos al mismo tiempo que los políticos y los sociales. Se trata de incidir progresivamente en la redistribución social y comprometer en ello a los agentes implicados. En definitiva, los Estados sociales deben ir más allá de la sublimación del conflicto de clases¹²⁶, o de la gestión global de la desigualdad haciéndola socialmente tolerable¹²⁷, pues se trata de luchar contra ella promoviendo actuaciones de justicia distributiva que incidan en el mantenimiento de los ingresos del conjunto de los ciudadanos¹²⁸.

En cuanto a la ASP, en un principio se podría pensar en ella como una clase de acción cuyo destino está más unido a las políticas sociales correctoras, o reparadoras, que a las redistributivas tendentes a la igualación social. Sin embargo, como ya hemos señalado, todo depende de los conocimientos, enfoques y argumentos –y prácticas– que se esgriman tanto desde el Estado Social como desde ella misma. En efecto, más allá de las asociaciones existentes entre intervención *a posteriori*, reparación, o exclusión, las acciones proyectadas concebidas como universales son –y han sido– posibles. Podemos pensar que en una sociedad donde coexisten y se relacionan, la democracia, el régimen económico capitalista y el Estado social, no existe una correspondencia automática entre las prestaciones elaboradas y las necesidades reales de los ciudadanos, o entre los derechos efectivos y los derechos abstractos, o entre la solidaridad dicha y la solidaridad real. Pero, como ya ha ocurrido en otras ocasiones, el lugar de la ASP debe estar en tratar de hacer efectivos esos ajustes creativos que, a través del Estado social y dentro de la acción pública, incidan en los valores y materialidad de la igualdad y la solidaridad. La satisfacción de necesidades va más allá del mero efecto compensatorio, o reparador, de los agravios previos, siendo menester verla también como potencialidad humana y colectiva¹²⁹. Por ello, hablar de necesidad ya no debe suponer hacer referencia al cumplimiento de un plan básico que jerarquice, por ejemplo, lo fisiológico frente a las relaciones sociales. Más bien, debe incidir en positivo hacia la igualdad poniendo en la misma dimensión todas las necesidades, por más que unas sean más socialmente básicas que otras. Así, salud y autonomía son precondiciones sociales para que puedan cumplirse otras en

¹²⁵ C. OFFE. *Contradicciones en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1990. p. 207.

¹²⁶ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 270. Para Castel esta sublimación es una de las grandes invenciones del Estado Social.

¹²⁷ G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de bienestar en España...*p. 291.

¹²⁸ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 90.

¹²⁹ D. STOELSEK SALEM. “Estado de bienestar y políticas públicas” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. STOELSEK SALEM (Eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. pp. 53-54.

una relación de interdependencia entre la producción y reproducción social, o la transmisión cultural y la autoridad¹³⁰. En ese sentido de compromiso social y movilización humana y colectiva, la ASP encuentra un territorio para la acción que va más allá de la fragmentación que a menudo se establece entre la intervención y la acción selectiva, en exclusiva ligada a la carencia y la reparación social.

La cuarta y última objeción al Estado social que planteamos, desde una perspectiva transformacional, se refiere a los *excesos de dirección y control* sobre la sociedad. Es un paradigma cuya lógica ha combinado garantizar el bien común y el ejercicio del poder, aunque produciendo e interpretando a la sociedad civil en función de su hegemonía política¹³¹. En la línea de constatar el fracaso de los modelos de infraregulación e hiperregulación, aquí se aboga por un cambio cualitativo del modelo estatal de bienestar que tienda a dotar de protagonismo a la sociedad civil, al mismo tiempo que se cambian y limitan sus prerrogativas directivas. En breve, se trata orientar un nuevo espacio –ya emergente– en el que el Estado vaya más allá del modelo institucional y, al mismo tiempo, evite la vuelta, o acrecentamiento, del modelo residual¹³². Lo que se cuestiona, entonces, son sus relaciones con la sociedad según se han conformado hasta ahora. Existe una vieja tradición europea de defensa del bien común que ha depositado en el Estado la función de vértice y guía social, de tal forma que el individuo contemporáneo ha sido profundamente conformado por las regulaciones estatales. Estas han intermediado en una gran parte de sus relaciones sociales, aunque al precio de enmascararlas, cuando no de ocultarlas. Se entiende que al mismo tiempo que han ejercido un papel protector, han frenado las relaciones sociales, generando, en ocasiones, irresponsabilidad social. El resultado es que se ha producido una dislocación mecánica –involuntaria– del tejido social, induciendo a formas de socialización controladas que acaban por limitar las propias capacidades del Estado social para su adecuación y legitimación¹³³. El resultado visible de este proceso son unos efectos incapacitantes y despersonalizadores que colonizan espacios de los mundos vitales comunitarios e individuales¹³⁴. Es plausible pensar que el individuo actual no puede sostenerse por sí sólo, al estar su existencia atravesada por los sistemas colectivos de producción de seguridad, articulados desde el sistema institucional protector. Y, sin embargo, la solución no puede ser la vuelta a un Estado de naturaleza de inseguridad total, o a un Estado mínimo o, en su caso, a un Estado autoritario –sin fisuras–, que contrarreste el vasto campo minado de riesgos del que está salpicada la modernidad. A la incertidumbre del destino ineluctable y paralizante que supone la inflación de la cultura del riesgo, es preciso oponer nuevas estrategias de afrontamiento colectivo en las que el Estado social –lejos de una deriva autoritaria–, debe

¹³⁰ Ver L. DOYAL; I. GOUGH. T. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 110 y ss. y 132.

¹³¹ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 40.

¹³² J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social. Del Estado de bienestar al Estado social*. Madrid: Editorial Popular. 1992. p. 18.

¹³³ P. ROSANVALLON. *La crisis del Estado providencia...* p. 55 y ss.

¹³⁴ C. OFFE. *Contradicciones en el Estado de Bienestar...* p. 174.

volver a ser parte esencial¹³⁵. Sin embargo, el sentido y dosis de dirección y control deberán ser sustantivamente distintos a como lo han sido hasta ahora. En esta nueva coyuntura, la reorganización estatal debe producirse tanto para adecuar los propios dispositivos de acción a las necesidades sociales ciudadanas, como también para reconocer y legitimar –más allá de su hegemonía política constante o circunstancial–, la producción de bienestar y participación social de la sociedad civil. La superación de las inercias residuales y, asimismo, del paradigma institucional del estado social, conlleva no sólo el reconocimiento de la mixtura social, sino también su transformación hacia unas relaciones más flexibles y cercanas con la sociedad civil: y, por ende, con los otros sistemas como el mercado o la política. Sólo así el término de Estado social será utilizado de forma apropiada, cuanto que se habrá producido un acercamiento y articulación recíproca entre Estado y sociedad¹³⁶. No obstante, esa transformación radical en las formas de relación estatal con lo societario, no debe suponer una desregulación que –ante el vacío producido– sea aprovechada por el mercado. Antes bien, el Estado, con su –mitigada– dirección, debe seguir siendo el ordenador general, expresión y garante del bien común. Nunca productor de la sociedad civil, como lo ha sido hasta ahora, a pesar de que en los últimos años hayan emergido nuevas prácticas y posibilidades al respecto¹³⁷. El corolario a todo ello tiene que ser el reconocimiento legal y legítimo de un espacio de concurrencia, desde el cual se da y produce tanto protección como bienestar, y donde –además del Estado–, encontramos al mundo societario intermedio –asociaciones–, a la familia y redes informales, y al mercado. Es, entonces, esta composición la que funda una nueva esfera pública que ya no se limita e identifica en exclusiva con el Estado, y donde la norma debe ser la negociación y la colaboración entre los distintos agentes reconocidos¹³⁸. Lo público, pues, ya será el mero ámbito estatal, sino todo aquello que está garantizado por él, concurriendo en las actuaciones sociales con un amplio rango de actores y actividades¹³⁹.

En ese espacio posible de ordenamiento solidario, donde existen una variedad de agentes garantizados y participantes con el Estado social, la ASP encuentra un marco de expresión donde también coinciden la variedad de agentes que la componen: los diseñadores y activadores de las políticas sociales de los diversos niveles de la administración, las organizaciones no lucrativas de la AP, las asociaciones, etc. En esta nueva esfera pública –mixta y plural–, en la que se ha visto reducida la expresión directiva y de control del Estado social, es más factible que puedan tener lugar los argumentos y prácticas de la transversalidad de los agentes de la AP implicados. Más también es posible que en ella se de la concertación de intereses entre los diversas niveles y agentes, y una actuación más fácil en espacios

¹³⁵ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 78.

¹³⁶ J. GARCIA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 37.

¹³⁷ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 40.

¹³⁸ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 205.

¹³⁹ F-X. KAUFMANN. "The blurring of the Distinction "State Versus Society" in the Idea and Practique of the Welfare State", en: F-X. KAUFMANN (ed.). *The public sector. Challenge for coordination and learning*. Berlin: De Gruyter, 1991. p. 156.

territoriales donde los agentes confluyan y trabajen según las necesidades ciudadanas; allende los monopolios profesionales o administrativos¹⁴⁰.

Pero más allá de estas críticas al Estado social, susceptibles de objetivación no podemos eludir que la trayectoria del Estado social y las políticas sociales, está también mediada por aspectos morales y de legitimación social sobre su utilidad y pertinencia¹⁴¹. En ese sentido, es preciso detenerse en algunos de los elementos valorativos manejados, que suelen estar presentes en los debates y argumentos que justifican o matizan –en diverso grado– la intervención estatal y las políticas sociales correspondientes.

V. La legitimación de las políticas sociales

Uno de los asuntos y problemas axiales del Estado social se refiere a la legitimidad. En términos weberianos podríamos decir que es la legitimidad legal-racional la que avala la existencia y pervivencia del Estado social. El Estado social reposa en último término en la voluntad general de los ciudadanos que es soberana. Entendemos por tanto la legitimidad como la adecuación de las instituciones políticas respecto de los valores constitutivos de la identidad de las sociedades¹⁴². Desde una perspectiva institucional clásica habría que diferenciar en qué medida su presencia, o ausencia relativa, condiciona las políticas sociales cara a sus detractores y defensores, y frente a los que son sujeto y objeto de sus actuaciones. Es decir, hasta dónde están legitimadas en un contexto específico las instituciones del bienestar respecto a sus críticos o defensores y respecto sus emisores y receptores¹⁴³. Sosteniendo una posición transformacional –o relacional–, de la que ya hemos esbozado algunos elementos dispersos, al primer par de opuestos –reducción frente a defensa– se puede añadir un tercer concepto, que se deriva del segundo –es decir, de su defensa– resultando la legitimidad social que incide en su fortalecimiento a través de su transformación. Desde esa lógica, se atenúan las diferencias entre sujetos y objetos de las AP, en la medida que la visión relacional no mantiene posiciones fijas entre unos y otros –puesto que los destinatarios, como sus legitimadores, también son artífices–, existiendo, además, una mixtura de agentes confluyentes con el Estado social, sin resultar absorbidos o difuminados por él¹⁴⁴.

El problema de la legitimidad merece ser abordado en la medida que, como ya hemos venido señalando, la llamada crisis del Estado social no es sólo la crisis del modelo

¹⁴⁰ J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire...* p. 110 y ss.

¹⁴¹ C. OFFE. *Contradicciones en el Estado de Bienestar...* p. 172.

¹⁴² Ver, J. RODRIGUEZ MARTÍNEZ. “Legitimidad”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza Editorial. 2004. p. 428. Es una legitimidad no inserta en el sistema jurídico, tal como la entiende Habermas, y desde ahí habría que entender las crisis de legitimidad en el capitalismo tardío. Ver obra y página citada.

¹⁴³ En efecto, desde este punto de vista sucede algo parecido a lo que ocurre con el modelo canónico de comunicación, por la que emisión y recepción son siempre alternativas y no interactivamente recíprocas. Además, el problema se agudiza cuando el emisor siempre resulta ser el mismo o está siempre del mismo lado. Cfr., P. GUIRAUD. *La semiología*. Madrid. Alianza Editorial. 1977. p. 11 y ss.

¹⁴⁴ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social...* pp. 36 y 40, respectivamente.

económico de acumulación sino también una crisis de legitimidad¹⁴⁵. Es decir, de los valores culturales y sociales que lo sustentan y de las concepciones globales del mundo implicadas, a través de las cuales se entablan las pugnas ideológicas entre quienes lo matizan a la baja, los que quieren mantenerlo o aumentarlo, o entre los que pretenden fortalecerlo mediante su transformación y adecuación. Es, en realidad, la manifestación actual del conflicto social secular en las relaciones del híbrido constituido por el capitalismo, la democracia y el Estado social –bienestar–, que más allá de las cuestiones “objetivas y materiales”, atañe al ámbito de los valores y creencias que eventualmente lo fortalecen o debilitan. Ello presupone que con independencia de las coyunturales posiciones ocupadas en esa relación entre la economía, la política y el bienestar, el Estado social no produce una activación automática de su legitimidad¹⁴⁶, necesitando una constante autenticación y habilitación, en la línea de conectar con las necesidades sociales y con las inquietudes respecto a su satisfacción de una mayoría de los ciudadanos¹⁴⁷. Pero no podemos olvidar que si se apela a una legitimidad que se pretenda relativamente estable, es preciso diferenciar el discurso de los impulsos y deseos individuales momentáneos del de las necesidades, como resultado complejo del debate y argumentación entre los agentes implicados: ciudadanos, Estado social, formaciones sociales intermedias y el mercado.

De inicio podemos ver la legitimidad como un todo autorreferente y conformado por los valores sedimentados que apelan a la autenticación y habilitación del Estado social. Pero, en segunda instancia, el sentido global del todo inespecífico de la legitimidad deja paso a aquello que la conforma y sustenta, y que responde a interrogantes que todos nos hacemos y de los que tenemos alguna suerte de respuesta. Aspectos relacionados con la política que indagan y ponderan los logros y carencias de las políticas sociales y de sus actuaciones, opiniones sobre la calidad y cualidad del trato proporcionado desde los servicios y actuaciones del bienestar, calificaciones sobre las protecciones y los sentimientos que generan a medio y largo plazo, o, finalmente, críticas o alabanzas hacia los efectos en la redistribución social de las políticas emprendidas. Estos son algunos de los discursos y contenidos que se encuentran en la sociedad civil y que hablados, sedimentados y vueltos a reactivar –y, por lo tanto, también influenciados recursivamente por los *media*– estarían nutriendo las constelaciones de opinión que llegan a conformar la arquitectura amalgamada de la legitimidad social del Estado social¹⁴⁸. Parece, entonces que, como demuestran los acontecimientos que vienen ocurriendo desde hace un cuarto de siglo en torno al Estado social, nos encontramos con un reconocimiento si no débil, si necesitado de constantes

¹⁴⁵ E. DIAZ. “El nuevo contrato social: instituciones políticas y movimientos sociales”, en: R. MUÑOZ DE BUSTILLO (comp.) *Crisis y futuro del Estado de Bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1989. p. 227.

¹⁴⁶ R. STRASSOLDO. “Poder”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. p. 1328.

¹⁴⁷ E. DÍAZ. *El nuevo contrato social...* p. 231.

¹⁴⁸ Sobre la influencia y recursividad de los *media* ver, G. ABRIL. *Teoría general de la información*. Madrid: Cátedra. 1997. En especial, Cap. II.

refuerzos teóricos, argumentales y de una opinión pública que apuntale de forma más sólida su legitimidad.

En la “edad de oro” de los Estados de bienestar, en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, el proceso de legitimación se realimentaba a partir del crecimiento institucional del bienestar –hasta entonces nunca visto–, y de las garantías y protecciones crecientes que, mediante el método de ensayo y error, se fueron implantando. Es más, el bienestar disfrutaba de unas relaciones virtuosas con su contexto en la medida que hubo una correspondencia temporal con la democracia política, el crecimiento económico y el pleno empleo, actuando en conjunto, a su vez, como fuente de legitimación del capitalismo¹⁴⁹. Pero desde mediados de los años setenta, la pétrea fortaleza que parecía tener la institución se resquebraja a causa de los cuestionamientos de origen diverso que terminan por hacer mella en su aceptación y significado social. Desde un punto de vista exógeno, el renacido discurso ideológico neoliberal incidió en la deslegitimación del Estado protector, preparando así el camino para posteriores reformas estructurales, en especial las referidas a las protecciones del trabajo y el desempleo. Pero, además, a finales de los ochenta y en la década de los noventa, la instauración de un mercado globalizado actúa también como presión añadida para que las elites políticas emprendan reformas en los Estados de bienestar. Más aún, sin olvidar que el rol de los líderes políticos y sus propios intereses corporativos, constituyen también variables susceptibles de ser contempladas a la hora de explicar el sentido de tales reestructuraciones¹⁵⁰. Los procesos de legitimación no son absolutos sino que están demarcados por tendencias más o menos estables –a favor o en contra–, que indican el apoyo del que goza el sistema de bienestar y con él los valores y concepciones implicados. En ese sentido, a pesar de que el Estado social y sus regulaciones colectivas han acabado encarnando los obstáculos para el desarrollo y la fluidez de la economía postindustrial y globalizada, siempre ha tenido un apoyo bastante estable por parte de la población¹⁵¹. Recuérdese el entusiasmo que se desencadenó en las clases populares en Inglaterra en 1942 cuando se hizo público el Plan Beveridge. Se podría por tanto decir que ha sido una legitimidad cuestionada –y erosionada– pero nunca negada en su totalidad, en la medida que –a pesar de las debilidades y problemas objetivos reconocidos– los Estados sociales también han representado para estas poblaciones la justicia social y la esperanza de igualdad. Incluso, en los momentos de victoria electoral de los partidos neoconservadores que menos valor le dan y que más tienden a instrumentalizarlo. En todo caso, es necesario tener en cuenta que el bienestar siendo un elemento importante, valorado *per se*, forma parte de una constelación dependiente –junto al bienestar económico o la libertad– que a la postre influye en el mismo bienestar social de las personas, matizando aquella legitimidad. En consecuencia, no es raro que que partir de la crisis económica comenzada

¹⁴⁹ R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis...* pp. 123 y 153, respectivamente.

¹⁵⁰ F. ROSS. “Interests and choice in the ‘Not Quite so New’ politics of Welfare”, en: M. FERRERA; M. RHODES (Editors) *Recasting European Welfare States*. Londres: CASS. 2000. p. 22 y 12, respectivamente.

¹⁵¹ J. J. GONZÁLEZ. “Estado de bienestar y desigualdad”, en: J. J. González y M. Requena (eds.). *Tres décadas de cambio social en España*. Segunda Edición. Madrid: Alianza. 2008. p. 193 y ss.

hace un cuarto de siglo, los ciudadanos asociaran, paradójicamente, una parte del malestar con el Estado social en la medida que éste era presentado como uno de los principales impedimentos –sino el que más– para el desarrollo económico, relacionándolo, además, con ciertos privilegios de profesionales y burócratas. En ese sentido, la aparente contradicción entre la valoración y legitimidad del bienestar y el voto mayoritario a partidos conservadores, se puede explicar desde la idea de que este asunto –con ser muy importante–, es uno más entre otros que preocupan a los ciudadanos, en el orden de valores y preferencias en momentos dados¹⁵². Y, por otro lado, un desmantelamiento global o muy significativo de las protecciones –a pesar de las presiones existentes–, es dificultoso y, por ahora, parece completamente deslegitimado¹⁵³.

Empero, sí es cierto que en lo tocante a la legitimidad, el Estado y, en concreto, el Estado social parte con una desventaja, pues –en un mundo de expansión de la “nueva economía” globalizada, de flexibilidad y competitividad–, se presenta de forma interesada como un obstáculo doblemente contraproducente: tanto por las sobrecargas que impone al trabajo, como por los límites legales que supone a la competitividad de las empresas en esta economía transnacional¹⁵⁴. No obstante, visto en una perspectiva amplia, la globalización presentada como concepto fetiche y realidad inexorable a la que los Estados sociales –vistos como estorbos inservibles– deben sustraerse, no parece que tenga mucho sentido. Primero, porque la economía y sociedad globalizada son posteriores –los pasados noventa– a la crisis financiera de los setenta donde se da la inestabilidad del bienestar; segundo, porque la misma globalización –como el bienestar– no tiene una sola cara y se trataría de conseguir aquella que mejor se adecue al proyecto de igualdad y protección que sigue encarnando el Estado social; tercero, porque las instituciones y esferas públicas del bienestar también se pueden globalizar, buscando un *modus operandi* coherente en el marco de la Unión Europea que evite prácticas de desintegración social y que prevenga su propia deslegitimación, en un mundo marcado por el doble sello de la individualización y la obligación de movilidad¹⁵⁵; cuarto, porque incluso los intereses del Estado social y los de la globalización económica coinciden provisoriamente, en la medida que el primero realiza acciones –formativas, de capacitación y de formación de habilidades– tendentes a aportar oportunidades sociales a los ciudadanos que lo necesitan, mientras que la segunda demanda a muchos de esta potencial fuerza de trabajo, en una economía cada vez más “cuaternaria” y ligada con las tecnologías de la información y la comunicación¹⁵⁶; y quinto, porque no todo está globalizado en nuestras sociedades y, en ese sentido, lo globalizado –en economía, trabajo, cultura, etc.– coexiste con lo localizado en esos mismos ámbitos –“glocalización”–, con una suerte de interdependencia que por momentos y

¹⁵² R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis...* pp. 146-198 y 146, respectivamente.

¹⁵³ D. SWANK. *Globalization, Domestic politics and Welfare State...* p. 190.

¹⁵⁴ R. CASTEL. *La inseguridad social...*p. 56.

¹⁵⁵ *Ídem*: p. 120.

¹⁵⁶ M. CASTELLS. *La era de la información...* p. 114 y ss. Para una visión amplia ver capítulos 2 y 3.

espacios puede ser tanto negativa como positiva¹⁵⁷. Así las cosas, por más que así se presente con el fin de presionar y justificar acciones reductoras de las protecciones, no existe una naturaleza conflictiva intrínseca entre globalización y Estado social que limite su legitimidad, como si se tratara de una institución premoderna, incapaz de adaptación o cambio.

No cabe duda, que los problemas de legitimidad del Estado social están muy relacionados con los grandes cuestionamientos que más atrás hemos racionalizado, relativos al universalismo abstracto, la extensión excesiva, la ineficacia igualadora y el exceso de normatividad y control. Pero al ser la legitimidad un proceso complejo resultado de las interacciones –incluyendo las mediadas– que confluyen en los procesos de reflexión y valoración personal y colectiva, los motivos deben ser más concretos y cercanos a la vida cotidiana de las personas y agentes sociales. En cualquier caso, un cuestionamiento parcial, por más que afecte a la credibilidad, no debe deslizarse hacia la negación total de una institución al servicio de la democracia. Más bien, parece ocurrir al contrario ya que la crítica y el reconocimiento de problemas implican, *de facto*, la aceptación de las protecciones y de sus servicios y agencias de atención e intervención, respectivamente. En ese sentido, las críticas al Estado social no cuestionaron tanto que se hicieran demasiadas cosas, como el que se hayan hecho mal las que había que hacer¹⁵⁸. Así, los asuntos más cercanos a la vida de las personas –los que más les afectan–, son los que definen la situación de legitimidad del Estado social. No se trata sólo que los destinatarios perciban de forma directa las situaciones y problemas, sino que también participen en los foros de opinión en los que toman parte los diversos agentes que tienen algo que decir al respecto: políticos, profesionales y, en general, entidades sociales intermedias. Como problemas que han afectado, y afectan, a tal legitimidad, encontramos que si priman los intereses particulares de los profesionales y burócratas por encima de los de los ciudadanos, en un lapso de tiempo no muy dilatado se erosionaría su credibilidad; que cuando los servicios públicos en un plazo medio son poco efectivos y su coste se mantiene, o dispara –relación coste-efectividad–, los ciudadanos lo perciben así, al ser usuarios de los mismos; y que cuando la ideología y prácticas de los servicios estatales se advierten como normativas y paternalistas, se manifiesta un rechazo hacia ellos que está relacionado con el riesgo de marca o estigma producido, lo cual también es percibido por el resto de la población no intervenida.

Si nos detenemos brevemente aquí, nos damos cuenta que éste es uno de los grandes dilemas del Estado social, afectando sobremanera a su legitimidad. Entendido en un sentido amplio, debe intervenir en la sociedad y, al mismo tiempo, debe hacerlo de manera que no altere en negativo la vida de las personas y colectivos que reciben su acción. La clave, entonces, la seguimos encontrando en la adecuación de sus acciones proyectadas con la

¹⁵⁷ Sobre “glocalización” ver, R. ROBERTSON. “Glocalización: time-space and homogeneity-heterogeneity”, en: M. FEATHERSTONE; S. LASH; R. ROBERTSON (comps.). *Global Modernities*. Londres: Sage. 1995. pp. 25-44.

¹⁵⁸ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 397.

acción social en sí, que contiene y desarrolla sus propias dinámicas previas. Más allá de los modelos de Estado de bienestar existentes en la práctica hasta el momento –residual, institucional y elementos sueltos hacia un modelo mixto–, el problema ha sido cómo planificar para intervenir sin eliminar la libertad, creando el marco donde ésta pueda desarrollarse¹⁵⁹. Sabemos que desde las primeras “leyes de pobres” los derechos de éstos han sido tratados como una alternativa a la ciudadanía, que, *de facto*, implicaban su renuncia. De esta forma, la ayuda conllevaba una proscripción de los derechos que otros si disfrutaban¹⁶⁰. Era como si a partir de estas acciones estatales las personas ayudadas se pusieran en deuda con el Estado y la sociedad, teniendo que restituir una serie de bienes que las más de las veces poseían un carácter moral. No es raro entonces que –sobre todo– para el liberalismo y el conservadurismo ilustrado, haya existido una confusión entre la intervención social y el activismo moral¹⁶¹. Pues bien, observamos que hoy ese problema parece subsistir pero con manifestaciones algo diferentes. Aunque, en muchas ocasiones, las estrategias y políticas universalistas en los Estados sociales maduros han protegido contra sentimientos reactivos que erosionan su legitimidad¹⁶², el problema sigue siendo cómo accionar y activar sin resultar damnificado, reconstruyendo una nueva dinámica vital que, reconociendo la ayuda, se fundamente en una recreada autonomía personal y social. El híbrido que constituyen el capitalismo, la democracia y el Estado social, implica ser conscientes de sus relaciones y conflictos y reconocer que –aún siendo el objetivo a conseguir– no siempre será posible incidir *ex ante* en el sistema económico, produciéndose nuevas situaciones de fragilidad social¹⁶³. Por tanto, mientras no se supere el corte actual entre economía y bienestar, y se llegue a una “producción de bienestar” que incorpore relaciones formales e informales –o mercantiles y no mercantiles–, en el marco de una economía más social, será difícil evitar esas situaciones de exclusión que requieren acciones restauradoras de la plena condición de la ciudadanía¹⁶⁴. Las políticas sociales universales por muy abstractas e indiferenciadas que hayan sido, al facilitar el acceso a las prestaciones de una forma tan general y difusa, han evitado –y a veces ocultado– los efectos colaterales de distinción negativa producidos en las acciones públicas contra la vulnerabilidad y la exclusión. Así, la otra cara de las políticas universales que hasta ahora han representado la integración, o inclusión, son las políticas residuales, significando y mostrando a los marginados y excluidos como un contraste social irresoluble, donde las acciones de bienestar han dejado una marca indeleble, aunque no deseada por nadie. Ahí radica a nuestro entender una gran parte de la deslegitimación actual

¹⁵⁹ K. MANNHEIM. *Diagnóstico de nuestro tiempo...* p. 195.

¹⁶⁰ T. H. MARSHALL. *Ciudadanía y clase social...* p. 14.

¹⁶¹ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 277.

¹⁶² G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos...* p. 98.

¹⁶³ J. VARELA; F. ÁLVAREZ-URÍA. *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. p. 162 y ss.

¹⁶⁴ Producción de bienestar como concepto que permite integrar todos los servicios de bienestar: mercado regulado, organizaciones sin ánimo de lucro, Estado regulado y relaciones informales. Ver, F-X. KAUFMANN. “Towards a theory of the welfare State”, en: S. LEIBFRIED (ed.). *Welfare State futures*. Cambridge: Cambridge University Press. 2001. p. 20 y ss.

del Estado social. A partir de desigualdades sociales, relacionadas, de diverso tipo –desde las económicas hasta las simbólicas– se producen situaciones de ayuda que, más que revertir situaciones, recogen la lógica social discriminante previa, actuando con sus mismos órdenes y clasificaciones simbólicas.

Por tanto, la acción y la intervención desde la esfera pública –en la que se encuentra el Estado como garante y ordenador– es imprescindible. Al mismo tiempo, resulta también esclarecedor que las formas de acción no pueden ser continuación de las categorías sociales previas, porque refuerzan el *statu quo* discriminante y terminan mermando la legitimidad del Estado social. En ese sentido, resulta clave la preparación epistemológica y metodológica de las que disponga la ASP –a los diferentes niveles–, y su interacción y encuentro con la acción social que en ese momento encarnan los destinatarios. Más allá, pues, de un marco institucional normativo clásico que opera clausurado, el proceso objetivo de la acción social del Estado social y del ámbito público, tiene una relación directa constante –y en extremo sensible– con los procesos de legitimación social. Aún existiendo esa relación causal entre intervención y legitimación, lo que nos sugiere la experiencia crítica de la crisis del bienestar y del Estado social de los últimos años, es que las políticas sociales y las acciones que las materializan a todos los niveles, deben contemplar tanto acciones y objetivos materiales como de aceptación, renovación y búsqueda de su legitimidad¹⁶⁵. Así, existe una traducción referencial entre ASP y legitimidad social en la que hay que confiar –ya que tampoco se pretende que haya una saturación de legitimidad que desborde a la realidad–, pero, al mismo tiempo, el marco conflictivo que configuran democracia, capitalismo y bienestar, nos ha demostrado que es preciso reforzar esa fluidez comunicativa. Cuanto que la legitimidad es una construcción significativa de valores respecto al bienestar, se antoja necesaria su renovación constante en la línea de acompañar y reforzar las acciones de las políticas sociales. En consecuencia, caer en la rutina no es lo más conveniente para las protecciones sociales y para su legitimidad, pues los derechos de ciudadanía no son algo que se posea para siempre y no se pueden abandonar al curso espontáneo donde imperan las desigualdades económicas y sociales¹⁶⁶. Es preciso desarrollarlos continuamente, pero teniendo en cuenta que tal impulso no debe ser confundido con una mayor extensión empírica o estructural de las medidas de bienestar y del Estado social.

La sincronización compleja entre las acciones del bienestar, los valores encarnados, y su aceptación y defensa, se constituyen en el eje de su necesario desarrollo. Significa redimensionar este proceso sacándolo del mero ámbito de decisión elitista político-técnica, o normativa, y, a la par que sea garantizado y ordenado por el Estado social, asumir responsabilidades compartidas con la sociedad civil. Se trata de dar paso a una cultura

¹⁶⁵ “El Estado de bienestar no sólo estructura “materialmente”... la sociedad civil: también lo hace cognitiva y simbólicamente”. Ver J. NOYA MIRANDA. “Clase, conocimiento y ciudadanía. La (des) legitimación del Estado de bienestar en la perspectiva de la sociología del conocimiento de Mannheim”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 108.

¹⁶⁶ T. BOTTOMORE. *Ciudadanía y clase social cuarenta años después...* p. 136.

impulsora en la que se sigue reconociendo al Estado como institución, pero ahora sin colonizar, producir o sustituir a la sociedad. Por ello, asegurar la coherencia y vigencia de los valores del bienestar para conformar una sólida legitimidad social, supone la transformación de los sujetos y destinatarios de las prestaciones y protecciones. No es sólo la adecuación estatal –necesaria e imprescindible–, es también el reconocimiento de la sociedad civil mediante la participación de las organizaciones y asociaciones no lucrativas –tercer sector–, y de la familia y de las relaciones sociales informales. Tal es la condición: la corresponsabilidad implica que las políticas sociales y los valores que las sustentan, sean elaborados por esa mixtura de sujetos sociales en la que las posiciones de emisores y receptores, de sujetos y destinatarios, sean más fluidas e intercambiables. Se produce bienestar desde una nueva esfera pública que tiene una base mucho más amplia, y así desarrollado se constituye en un bien relacional conectado con la sociedad; dentro de un contexto de activación donde existen varias constelaciones de reflexión y acción que buscan también una coherencia entre ellas¹⁶⁷. Y, por fin, al constituirse ese ámbito relacional multipolar, los campos de acción ya no deben reconcentrarse sólo en los destinatarios y en su transformación –como si fueran causa y efecto circular de los problemas y soluciones–, sino en las causas estructurales que están más cerca de la mixtura relacional en la que están implicados, y que remiten a la economía, al Estado y a la sociedad civil. Por ello, aunque es menester redefinir las políticas sociales desde los ciudadanos y sus necesidades, esto debe ser distinguido del origen causal y relacional de las situaciones y problemas y de sus posibilidades de cambio, que están en muchas ocasiones más allá de las interacciones directas con aquellos¹⁶⁸. Al mismo tiempo, tampoco se trata de que los perceptores se evadan de sus responsabilidades. Más bien, en este nuevo marco público de búsqueda de legitimidad, en la medida que existe un compromiso compartido, el individuo –tratado como igual– debe implicarse en aquellas acciones vistas como necesarias para producir su bienestar, y que –junto con otras acciones y otros medios– le procuren la vuelta a la plena ciudadanía de la que nunca debió salir. En cualquier caso, ni con actuaciones selectivas que cargan el peso de los problemas y sus soluciones sólo en los destinatarios, ni con protecciones inhibitorias de las responsabilidades, puede ser posible mantener cotas razonables de legitimidad social para el Estado social. Si necesidades sociales básicas, como la autonomía personal y social, resultan socavadas, parece que a medio plazo los apoyos valorativos disminuyen y los ciudadanos pueden comenzar a pensar que no se cumplen las expectativas generadas desde las políticas sociales.

En cuanto a la ASP, como activación del Estado social y del ámbito público, es indudable que puede reforzar su legitimidad si su implementación reconstruye y refuerza sin marcar. Es decir, no tratando a los destinatarios como personas asistidas sino como ciudadanos que provisoriamente se encuentran en una situación de dificultad. Hay propuestas que, en este sentido, han tratado de resolver en el mismo lugar de las actuaciones la

¹⁶⁷ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* pp. 5 y 40, respectivamente.

¹⁶⁸ N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar...* p. 151

normatividad, control y abstracción diseñados en los centros de planificación de las políticas sociales. Pero ello, además de las dificultades materiales imaginables, ha terminado por producir contrastes irresolubles entre esos paradigmas de pensamiento, planificación y AP. Desde la perspectiva organizacional clásica, se sabe que las organizaciones son un continuo en el que existe una dependencia organizativa y coherencia entre los diversos niveles organizativos¹⁶⁹. De hecho, en ocasiones, cuando algunas experiencias parciales se han validado apuntando a paradigmas más avanzados en la reflexión y acción del Estado social, esos desarrollos han sido vistos como un contraste a seguir por los más prestos a innovar. Por un lado, por desplegar un abanico de posibilidades indicadoras de lo que el Estado social y el ámbito público podrían llegar a realizar, y, de otro lado, al quedar señaladas por tal motivo sus deficiencias de reflexión y actuación, que además acaban por debilitar y hacer fenecer tales desarrollos parciales innovadores. Pensemos, por ejemplo, en experiencias de actuación que han realizado esfuerzos de coordinación y participación en territorios o espacios concretos, más allá de las instituciones de origen de los profesionales y de sus culturas profesionales de referencia¹⁷⁰. En cualquier caso, aparte de estas actuaciones parciales contrastantes, lo más habitual ha sido que la ASP se desplegara como una continuidad de la dinámica institucional normalizada, y por tal causa sus posibilidades de legitimación han dependido de la impronta general de los Estados sociales; desplegando políticas y protecciones con tendencias más o menos universalistas, o, por el contrario, más o menos asistenciales individualizantes. En suma, si la vida de las personas es acción y condición, agencia y estructura, la ASP, como activación de una nueva esfera pública y de un Estado social que forma parte de ella, debería tener en cuenta tanto las dimensiones individuales como las colectivas en la ejecución de las políticas sociales, sin desdeñar activaciones emergentes que atañen a nuevas dimensiones de ciudadanía. Y, por otro lado, estos nuevos marcos y espacios de acción requieren más que en ningún lugar, —cuanto que se trata de la razón práctica—, de la colaboración y corresponsabilidad entre las diversas agencias de intervención implicadas. Sólo de esta forma, se podrá asegurar una tendencia creciente de legitimación específica en la medida que las fases y momentos de la relación social establecida entre actuantes y actuados, son esenciales en los procesos de desarrollo de las políticas sociales.

A la luz del enfoque sobre el Estado social realizado hasta aquí, veamos a continuación, para finalizar este capítulo, cuáles son los principales retos de las políticas sociales desde la perspectiva de la integración del Estado social en una nueva esfera pública.

VI. El Estado social en un nuevo ámbito público: retos y desafíos

Más allá de las añagazas del descenso de expectativas a que conduce la visión de la crisis del Estado social, parece que ya no basta con elevar los niveles más bajos del edificio

¹⁶⁹ Cfr. R. MAYNTZ. *Sociología de la organización*. Madrid: Alianza Editorial. 1980. p. 61 y p. 105 y ss.

¹⁷⁰ Ver, por ejemplo, J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire...* p. 21 y ss.

social, o tratar las cuestiones sociales más importantes desde los márgenes, contentándose con denunciar la exclusión¹⁷¹. El reconocimiento hacia el Estado social no oculta que muchas de las enfermedades sociales que trataba de abordar —exclusión, desigualdad, desprotección—, se pueden hacer permanentes certificando así sus limitaciones y apuntando a un descrédito social, que puede dar pie a nuevas actuaciones parciales reductoras que lo fragmenten. Afrontar la situación del bienestar y del Estado social, implica la comprensión de que las necesarias políticas de reformas dependen en gran parte de la definición de los actores, que establecen y diseñan los marcos para las políticas sociales. Al mismo tiempo, es reconocible que algunos aspectos son ahora mismo ineludibles: así, las presiones creadas a partir del advenimiento de una economía y sociedad postindustrial; así, la adaptación del Estado social requerida a la hora de afrontar los problemas generados por tales cambios; y así, también, el reto de cumplir los desafíos que conlleva la nueva ciudadanía¹⁷².

Una de las dinámicas reconocibles en la actual sociedad, es el proceso de individualización amenazante de una fragmentación difícil de gobernar. Esto tiene consecuencias de polarización entre quienes, por un lado, pueden asociar individualismo e independencia —al estar asegurada su posición social—, y quienes, por otro, llevan su individualidad como una pesada carga, porque ella misma significa falta de vínculos sociales y de protecciones. En ese sentido, el poder público sigue siendo la principal instancia capaz de construir puentes entre esos dos polos, favoreciendo un mínimo de cohesión social que frene las implacables presiones centrífugas de la economía capitalista¹⁷³. No obstante, aunque el Estado sea irremplazable en su función de garantía de las protecciones, el poder y el ámbito público ya no pueden identificarse sólo con él. Una visión política y económica de lo público implica todo aquello que está relacionado con las actividades características del Estado y gobierno —en general—, y por ello cubre un amplio espectro de actores y actividades fuera del mismo gobierno. Al aceptar un espacio público democrático extenso, se está aceptando la posibilidad de intervenir políticamente con el fin de reconducir o mejorar situaciones en las que están inmersos los ciudadanos¹⁷⁴. Desde esta perspectiva, una nueva esfera pública social del bienestar debe terminar de configurarse y reconocerse, para que junto a la institución estatal se encuentren, y reconozcan, las formaciones sociales intermedias y la familia con sus redes informales. Además de la intersección de actores es preciso relacionar todo ese campo de activación social con la economía, y ello tanto desde el punto de vista de la específica producción del bienestar, como desde las necesarias relaciones de influencia recíproca y debate entre el sistema económico y el sistema que engloba la reproducción y la redistribución social. La responsabilidad compensada entre las dos partes, es la única forma

¹⁷¹ Una aseveración de T. H. Marshall que puede ser suscrita después de más de cuarenta años. Ver, T. H. MARSHALL. *Ciudadanía y clase social...* p. 52.

¹⁷² P. PIERSON. "Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States" en: P. PIERSON (ed.) *The new politics of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press. 2001. p. 82 y ss.

¹⁷³ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 477 y ss.

¹⁷⁴ F-X. KAUFMANN. *The blurring of the Distinction...* pp. 156 y 157.

de asumir tanto las dificultades económicas reales que afronta el Estado social, como en su momento el compartir los recortes y sacrificios sin merma de los derechos sociales¹⁷⁵. Es decir, una economía más socialmente regulada y un bienestar que se muestre más equilibrado en las relaciones entabladas entre los grandes actores: sociedad, Estado y mercado¹⁷⁶. Y ello no es insólito, pues más allá de las versiones institucionales asistenciales en las que el bienestar ha permanecido aislado de la sociedad, nunca como ahora el Estado social y su ámbito de influencia son una parte indispensable de las economías capitalistas donde están ubicadas esas protecciones, así como una fuerza fundamental de su organización y estratificación social¹⁷⁷. Por tanto, el asunto no es menos o más Estado sino que los grandes objetivos a conseguir son su adecuación y el despliegue estratégico de sus intervenciones, tratando de desactivar los principales puntos de tensión y fragmentación social y reforzando la autonomía de los intervenidos¹⁷⁸. Dicho así, la importancia del Estado sigue siendo capital pero conteniendo importantes matizaciones que lo transforman de forma sustantiva y deben dar paso: (i) a la mencionada y reconocida reciprocidad relacional entre lo redistributivo y lo productivo, (ii) a la complementariedad con otros actores sociales, redefiniendo sus relaciones con ellos y resultando un nuevo ámbito social público de bienestar, (iii) a la indispensable transformación metodológica, técnica y profesional del Estado social y de sus terminales de pensamiento y acción, y por fin, (iiii) a la adecuación global de las protecciones a los problemas generados en las sociedades postindustriales, así como a las necesidades definidas según las exigencias de solidaridad y derechos que configura la nueva ciudadanía.

Plantear los desafíos presentes y futuros que implica el desarrollo de una nueva ciudadanía solidaria, así como los retos que supone para el Estado social la sociedad postindustrial, es una forma de partir de los elementos inexcusables que condicionan nuestra presente realidad. Pero también de orientarnos en los logros que se pueden conseguir, teniendo en cuenta que es un problema de debate y decisión política. Por ello, puede ser fértil volver a preguntarse qué se puede alcanzar en términos de justicia social, en esta sociedad donde coexisten el sistema económico capitalista postindustrial, la democracia política y el Estado social en el marco de un mundo globalizado¹⁷⁹. La cuestión es tratar de atisbar si en las actuales condiciones desde la institución protectora y su ámbito de influencia, se pueden atajar los nuevos problemas sociales y, al mismo tiempo, resulta viable profundizar en la solidaridad y las protecciones sociales, pero también en la igualdad social y la calidad de vida,

¹⁷⁵ G. RODRIGUEZ CABRERO. *Conflicto, gobernabilidad y política social...* p. 130.

¹⁷⁶ J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 80 y ss.

¹⁷⁷ P. MANOW. "Comparative institutional advantages of Welfare State. Regimes and the new coalitions in Welfare State Reforms", en: P. PIERSON (Ed.) *The new politics of the Welfare State*. Oxford: Oxford University Press. 2001. p. 146.

¹⁷⁸ P. DONATI. *Manual de sociología de la familia...* p. 391.

¹⁷⁹ Es la pregunta que planteó R. Mishra al comienzo de la crisis, más allá de las interpretaciones neoliberales y marxistas expresadas en términos funcionales opuestos –de legitimación o acumulación– respecto al Estado social. Ver, R. MISHRA. *El Estado de Bienestar en crisis...* p. 198.

como elementos que estructuran los derechos sociales y configuran la nueva ciudadanía¹⁸⁰. No es casualidad que para el desarrollo de los puntos que acabamos de plantear más arriba, la mirada se vuelva otra vez al referente estatal, si bien para arribar después a otras configuraciones con las que comparte la regulación del bienestar, por más que continúe siendo el principal factor estructurante de los derechos y políticas sociales. De esta forma, la paradoja es que para ampliar y transformar el Estado social es preciso partir de él, constituyendo un *nuevo ámbito público* del bienestar y las protecciones, o, lo que es lo mismo, un *nuevo Estado social* al que se pide su garantía y responsabilidad, en simultaneidad a su limitación y reducción de potestades.

La constatación, teórica y empírica, desde hace años, de que los mundos económico productivo y protector reproductivo no pueden caminar de espaldas uno con otro, nos retrotrae a los Estados de bienestar clásicos donde –más allá de su acusada normatividad– producción y protección confluían y conectaban en las relaciones de empleo, configurando trabajo y protecciones sociales un estatuto que iba más allá del mero intercambio de trabajo por salario. Aunque muchos de esos apoyos hayan disminuido, hoy esa interfaz sigue existiendo, pero, además, ampliándose hasta otros espacios. Así, también podemos hablar de sinergia o, incluso, interdependencia directa entre la economía y el Estado social. Intentar superar la visión pragmático-administrativa de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, implica no ignorar el contexto socioestructural más amplio del bienestar, superando en el análisis su estrecho marco de referencia. Y ello se puede extender al espacio concreto de la práctica –a la ASP– donde los problemas sociales se manifiestan en el fin de un proceso¹⁸¹. No olvidando el referente capital de la sociedad civil, un acercamiento teórico complejo al bienestar debe permitir el debate entre la creencia en el mercado, y la capacidad de completar y extender las necesidades sociales que tiene el Estado¹⁸². Y, al socaire de esta confrontación, se pueden vislumbrar los límites de ambos, en la medida que ni la sociedad es una extensión del mercado –pues lo económico nunca fundó el orden social–, ni el Estado puede producir a la sociedad –incluso a la de bienestar–, por más que reconozcamos los méritos y las deudas contraídas con él. Al situarnos en este camino alejado del enaltecimiento abstracto de mercado o Estado, podemos relacionar y confrontar economía y bienestar desde la perspectiva de los nuevos problemas que en el presente se plantean.

Hay, entonces, un núcleo de cambios de las modernas sociedades desarrolladas que siendo relativamente independientes de la globalización, y aún precediéndola han provocado la disminución de las protecciones, poniendo en evidencia los problemas de muchos Estados sociales para reconocerlos y abordarlos. El primero de ellos se refiere a las incertidumbres y riesgos que han acompañado la reestructuración de la familia en los últimos años, que, al haber disminuido el número de miembros con residencia en el mismo hogar, ha provocado,

¹⁸⁰ M. CAHILL. *The new social policy...* p. 173.

¹⁸¹ *Ídem*: p. 190.

¹⁸² F-X. KAUFMANN. *Towards a theory of the welfare State...* p. 18.

entre otros efectos, la dificultad de internalizar la provisión social¹⁸³. El segundo cambio está inserto en la onda expansiva del primero, y se refiere a la transformación de las relaciones de género y lo que ello significa. El Estado social tradicional no ha sabido reconocer, o incluso anticiparse, a los cambios sociales de carácter material y simbólico, que superaban la primacía de unas relaciones laborales endogámicas sujetadas a los varones adultos trabajadores de la industria, y que han supuesto la incorporación de la mujer al mundo social, dando paso así a una clara vinculación entre lo productivo y lo reproductivo¹⁸⁴. El tercero se concreta en los cambios socioeconómicos que han tenido lugar en el mundo del trabajo y que, siendo tempranos y evidentes, son los que más han deconstruido las protecciones, y en los que mas dificultades se encuentran para afrontar un marco protector adecuado, en un espacio en extremo fragmentado. La flexibilidad interna de la empresas –polivalencia, autocontrol, autonomía– y la flexibilidad externa de las mismas –subcontrataciones, maleabilidad del trabajo, horarios– es indicadora de la dispersión del trabajo y de los efectos emergentes hacia los que el Estado social ha tenido dificultad, e incapacidad, para reconocerlos y abordarlos¹⁸⁵. Y el cuarto cambio es consecuencia de la inalterabilidad de políticas sociales, cuyos resultados de hoy no son sino la consecuencia de decisiones tomadas hace décadas en un contexto autopropulsor de expectativas en aumento¹⁸⁶. Aunque de forma desigual, en los países de referencia del bienestar la conjunción demográfica del crecimiento de la vejez con la extensión de la sanidad, las pensiones y las prestaciones por discapacidad y desempleo, han terminado por situar al Estado social en los límites de su capacidad organizativa y financiera¹⁸⁷. En cualquier caso, la recíproca adaptación de producción y bienestar regulados, debe significar no tanto la reducción de gastos, como la reestructuración del bienestar para hacerlo más eficaz y con los medios suficientes para afrontar las nuevas políticas sociales, que inciden en esa dependencia entre la economía y las protecciones. Es notorio que en una economía cada vez más terciaria y cuaternaria, las políticas sociales que participan en la educación y afrontan la exclusión social, son esenciales para equilibrar el modelo social europeo en la línea de coordinar los objetivos económicos y el espacio de promoción social de las políticas de empleo. Políticas que, si bien flexibles, sean también seguras para los trabajadores y supongan una ampliación de las posibilidades de inclusión en la sociedad del aprendizaje¹⁸⁸.

En el orden de la reestructuración del Estado social también se deben dar pasos y profundizar hacia la complementariedad con otros actores sociales, que en el presente ya

¹⁸³ P. PIERSON. *Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States...* p. 91.

¹⁸⁴ F. MIGUELEZ; C. PRIETO. “De las relaciones laborales a las relaciones de empleo: una nueva realidad social, un nuevo marco teórico”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO. *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. p. XXII y ss.

¹⁸⁵ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* p. 301.

¹⁸⁶ P. PIERSON. “Coping with permanent austerity. Welfare State restructuring in affluent democracies”, en: P. PIERSON (ed.) *The new politics of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press. 2001. p. 426.

¹⁸⁷ P. PIERSON. *Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States...* p. 91.

¹⁸⁸ M. FERRERA; A. HEMERIJCK AND M. RHODES. “Recasting european welfare States for the 21st century”, en: S. LEIBFRIED (ed.). *Welfare State futures*. Cambridge: Cambridge University Press. 2001. p. 167.

existen pero que no encuentran un completo marco reconocido desde el derecho y el hecho. Es necesaria la activación de personas y grupos en la resolución de sus propios riesgos, pues la condición de la ciudadanía implica la actuación personal y la realización de las propias capacidades. No se trata del ejercicio del voto cada cierto tiempo; es la participación en movimientos sociales intermedios donde las demandas y preocupaciones ciudadanas pueden encontrar cauce. Más para ello debe de reconocerse que el bienestar no es competencia exclusiva del Estado. La democratización económica y la socialización del poder sólo será posible cuando se constituya una nueva esfera pública, de la que forme parte –junto al Estado– la emergente realidad de la sociedad civil: el sector terciario, las asociaciones sociales, el voluntariado, las fundaciones sin ánimo de lucro, la cooperación para la solidaridad y los bancos de tiempo, entre otros. Un nuevo Estado social compuesto por el Estado y una sociedad civil activa y participativa¹⁸⁹. Sin embargo, la complementariedad tiene que ser delimitada, pues al igual que ocurre cuando el Estado y sus instituciones sustituyen a los movimientos sociales, provocando su asfixia, también si éstos se presentan como alternativa absoluta frente a las instituciones jurídico-políticas del Estado social, existe el peligro de su desmembración y de actuaciones residuales de las políticas sociales¹⁹⁰. En la nueva esfera pública que se propone, el Estado actúa como una especie de bisagra de la ciudadanía que sólo puede ser hecha activa por los propios sujetos sociales. Y para esta pluralización de actores de la política social, es preciso que se acreciente la descentralización de los servicios, dando paso a los correspondientes organismos de defensa ciudadana que – más allá de la propia autolimitación del Estado–, garanticen la seguridad social en situaciones de incertidumbre o conflicto.

Siendo conscientes de que las premoniciones de colisión entre una regulación colectiva del bienestar, y el contexto social individualizado de intereses personales han acabado por manifestarse¹⁹¹, parece inevitable que en una sociedad fuertemente desnormativizada los sistemas de protección y seguridad social sean también más flexibles. Es una presencia pública que ya no debe confundir universalidad con uniformidad, de tal suerte que los esquemas universales basados en programas condicionales, tienen que ceder el paso a propuestas diversificadas en las que se plasme una combinación de universalismo y particularismo; y donde los destinatarios jueguen un rol activo al ser tanto receptores como productores de las políticas sociales¹⁹². Por tanto, las garantías colectivas del Estado social – yuxtaponiendo la propiedad social a la privada– siguen existiendo, sólo que impulsadas desde una amplia gama de participantes en un ámbito público desarrollado, con una agilidad, versatilidad y adecuación sustantivamente mayor y con la participación de los ciudadanos concernidos.

¹⁸⁹ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y estado social relacional...* p. 14 y 41, respectivamente.

¹⁹⁰ J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 37.

¹⁹¹ Ver, F. HIRSCH. *Social limits to growth*. Londres: Routledge & Kegan Paul. 1977. p. 169 y ss. Ver también, R. MISHRA. *El Estado de bienestar en crisis...* p. 193.

¹⁹² M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 122.

Pero no es suficiente con que el nuevo Estado social comparta sus responsabilidades con otros agentes de la solidaridad y las protecciones. Al mismo tiempo, es necesaria una remodelación en profundidad de la orientación de las políticas sociales y de sus intervenciones sociales, es decir, de sus servicios y acciones. Porque es en el encuentro de la acción proyectada con la acción social, donde tiene lugar la relación con los agentes destinatarios que a la postre van a valorar su pertinencia y adecuación. La responsabilidad y acción complementaria –sin reestructurar el Estado social clásico– es insuficiente para la nueva ciudadanía, ya que sólo da lugar a un simple pacto para compartir el poder con las entidades sociales ajenas a él; *a condición* de poder mantenerse en su actual hechura, y sin transformar sus planteamientos metodológicos y técnicos. Eso desde el Estado. Pero desde fuera, la misma idea de la dificultad de adecuación y cambio institucional estaría llevando a avanzar en la complementariedad, pero olvidando remodelación y adecuación. La caracterizada “frialidad” propia de las macroinstituciones estaría justificando ese estado de cosas –definido a partir de la imposibilidad cambio–, sobre todo en los espacios donde se accionan o implementan las políticas sociales. En ese sentido, nos podemos encontrar con un nuevo Estado social que comparte pero no lidera, al ser incapaz de aplicar en su propio seno las innovaciones necesarias a lo largo de todo el trayecto institucional de la acción: desde su conocimiento, diseño y planificación hasta la propia ASP o implementación. La complementariedad en la intervención y en la ASP, no sólo exige el compartir responsabilidades y espacios. También es una propuesta ineludible de adecuación de la acción según las necesidades de los ciudadanos, y por ello es claramente insuficiente una división táctica de competencias entre los espacios y campos de actuación, entre el Estado y las entidades sociales intermedias. La coherencia de las intervenciones sociales, además de una integración de la acción entre sus diferentes niveles, implica, asimismo, una integración de la mixtura de agentes que componen esa acción. Y ello con independencia de que sea el Estado quien se encargue de trazar y unificar los objetivos fundamentales del bienestar, las protecciones y las políticas sociales¹⁹³. Por tal causa, podemos volver a manejar la idea de que la adecuación teórico-práctica de las políticas coincide con la utilización más razonable de los recursos, es decir, de las agencias de investigación, planificación y acción del Estado social y del bienestar. Más allá de que en ese nuevo ámbito público se pueda decidir por momentos, lugares y espacios qué diseños y dispositivos son los más apropiados, sería necesario profundizar en tal transformación estatal de forma que el resultado plasme una cultura y estilo organizativo más abiertos.

Puesto que la transformación del Estado social debe implicar desde lo más global hasta lo más concreto –pasando por las configuraciones intermedias–, nuestras referencias han sido globales en la medida que hemos intentado poner en contexto a la ASP. En ese sentido, sin perder el referente relacional entre el todo y las partes, nos remitimos a los siguientes

¹⁹³ *Ídem*: p. 130.

capítulos para acercarnos a aspectos más concretos de las políticas sociales en el Estado social a través del análisis teórico y empírico de las formas de intervención.

Suponiendo que el Estado social hubiera sido una institución más ágil y permeable a la sociedad, sus reacciones ante los problemas generados por las economías postindustriales habrían sido más rápidas, y por lo tanto inscritas en la sinergia sistémica entre la economía y las protecciones. Sin embargo, esto no ha sido así y ambas desde el comienzo de la crisis, en la mayor parte de los casos, han seguido trayectorias disímiles e independientes aunque conflictivas. La economía alejándose de las regulaciones que hasta entonces habían fundado el pacto keynesiano entre capital y trabajo, y el Estado social intentando pertrecharse en las clásicas políticas sociales, ya ineficaces ante los nuevos problemas que comenzaron a surgir a finales de los años setenta y que se acrecentaron en las dos siguientes décadas¹⁹⁴. Es indudable que en algunos países la reacción fue más rápida que en otros, al contar con un sólido compromiso previo de relación y negociación institucional entre las diversas partes – económicas y sociales–, que agilizó las nuevas regulaciones en ambos campos: sujetadas al compromiso de la eficacia económica, pero también al de la redistribución y la cohesión social competente, relacionando los derechos con el empleo¹⁹⁵. Algunas de esas medidas aplicadas, son hoy faro en las propuestas de políticas y planes de acción y en el intento de hallar nuevas formulaciones teóricas y metodológicas de corte general que recreen una nueva configuración del Estado social. Eso sí, siempre partiendo de las limitaciones que impone la actual realidad socioeconómica, y de las posibilidades apuntadas en las definiciones que se debaten por parte de los agentes del bienestar. Desde una perspectiva socioeconómica, se pueden matizar las diversas reacciones y reformas de los regímenes del bienestar, frente a los nuevos problemas generados en las sociedades postindustriales a causa de las reducciones en la protección social.

Es posible distinguir, pues, en estos últimos años tres estrategias de reforma de los Estados sociales: la remercantilización, como exposición al mercado de espacios que antes no lo estaban; la contención y reducción de gastos, como un análisis e identificación de dónde es posible reducir costes, ponderando el grado de la realización de los objetivos propuestos; y la reestructuración, como reformas que tratan de hacer a los Estados sociales más consistentes y adecuados según las necesidades y problemas actuales¹⁹⁶. Aunque en la mayoría de los países se han combinado medidas que atienden a más de una de estas estrategias, no cabe duda que se pueden identificar reformas más escoradas a una que a otras. En ese sentido, las condiciones de variedad del capitalismo vinculadas con las propias tradiciones en la provisión social del bienestar, parece que han marcado, aproximadamente, la orientación de estas revisiones. Así, la remercantilización, se ha dado, sobre todo, en países con economías y

¹⁹⁴ M. FERRERA; M. RHODES. *Building a sustainable Welfare State...* p. 260 y ss.

¹⁹⁵ La reacción del sistema escandinavo de bienestar y en concreto de Suecia fue, en general, más rápida y precisa que la del resto de regímenes de Estados sociales, mediante la formulación de nuevas políticas y medidas. Ver a este respecto, P. PIERSON. *Coping with permanent austerity...* p. 427 y ss.

¹⁹⁶ *Ídem*: p. 423 y ss. Seguimos al autor y obra citada en los próximos párrafos.

regímenes de bienestar liberal del área anglosajona –Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Australia, entre otros–, si bien combinada también, en algunos de ellos, con medidas de reducción y contención del gasto. En los Estados de bienestar continentales –Austria, Alemania, Francia, Italia, entre otros¹⁹⁷– se ha utilizado tanto la reestructuración como la contención de costes, siendo también esta estrategia la seguida de forma prioritaria en los Estados sociales de los países del área escandinava –Suecia, Noruega, Dinamarca–. En cualquier caso, se trata de una aproximación orientativa que en modo alguno puede desvincularse de sus situaciones previas, antes de las reformas. Y a partir de ahí es posible entender que, por ejemplo, Suecia aplique una estrategia de contención de gastos, cuanto que se trataba de un Estado social en extremo desarrollado, o que en Estados Unidos no haya habido una estrategia de remercantilización clara debido a que se trata de un Estado de bienestar residual, estando ya mercantilizados la mayoría de los espacios y dominios susceptibles de ello.

Lo cierto es que con independencia de estos matices y diferencias, existe un acuerdo básico en que la concurrencia de los efectos de la economía postindustrial con la falta de una reacción adecuada de los Estados sociales europeos, ha generado nuevos problemas y una disminución generalizada de las protecciones, sobre todo en el mundo del trabajo. Esto es mucho, si tenemos en cuenta que han sido sociedades salariales al ser y significar el empleo la puerta de acceso a la mayoría de los derechos sociales efectivos. Desde este orden de cosas, los retos y desafíos de los Estados sociales parece pasar por trazar estrategias defensivas – como la apuntada contención de gastos–, en un marco de solidaridad fiscal lo más justa posible hacia las rentas del trabajo. Pero, además, es preciso incidir en la continuidad en las protecciones más allá de las coberturas colectivas de los seguros, prestando especial atención a las medidas de inserción de los ciudadanos que provisoriamente se encuentran en una situación de dificultad, desde una visión renovada y realista de los problemas sociales. Es necesario también avanzar en la investigación, desarrollo y profundidad de medidas que respondan a los nuevos problemas generados en las sociedades postindustriales por los efectos de la fragmentación, la subcontratación y la volatilidad laboral. Y, de manera ineludible, es preciso armar estrategias que reformulen jurídica y culturalmente el nuevo Estado social, dotándole de un sentido anticipatorio e innovador que le legitime como garante de la nueva ciudadanía, superando de esta forma las meras estrategias defensivas.

Si entendemos que el Estado social debe cuidar dos principios básicos, como son los derechos sociales y la reproducción social, no cabe duda que sus desafíos y retos pasan por articular medidas y propuestas que completen y desarrollen ambos espacios¹⁹⁸. Por un lado, los derechos sociales conteniendo la protección relativa al mundo del trabajo –salario y condiciones de trabajo–, garantizando la salud, la educación y los servicios sociales y, en última instancia, posibilitando transferencias económicas allí donde los ingresos son

¹⁹⁷ En esta distinción de estrategias reformadoras que supera el ámbito clásico Europeo, es claro que los Estados de bienestar de la Europa del sur –latinos o mediterráneos– están incorporados al modelo continental.

¹⁹⁸ F-X KAUFMANN. *Towards a theory of the welfare State...* p. 18.

insuficientes. Y, por otro lado, la reproducción social –reproducción biológica y educación– como derecho colectivo y solidaridad básica, abarcando los imprescindibles servicios de las familias para garantizar el reclutamiento social y ganar nuevos miembros. En la medida en que tanto el Estado como todo el sistema social dependen de estas actividades socialmente útiles, deben ser sistemáticamente incluidas en la teoría y conocimiento del nuevo Estado social¹⁹⁹. Como ya hemos señalado más atrás, los Estados sociales desde la década de los cuarenta vinieron a asegurar una continuidad efectiva de los derechos sociales, más allá de las situaciones coyunturales por los que pasaran las personas o las familias. Si se entiende que la legislación es como una declaración de principios que algún día se espera realizar²⁰⁰, no cabe duda que ésta fue la primera vez en la historia que se hicieron realmente efectivos los derechos civiles, políticos y, sobre todo, los sociales.

Hoy, si bien la mayoría de las protecciones no parecen tener marcha atrás, nos encontramos, sobre todo, con situaciones de inseguridad en personas que nunca han contribuido a las coberturas colectivas, o lo han hecho de manera insuficiente. Es comprensible que ante la incertidumbre de un futuro más desprotegido, los ciudadanos y votantes reaccionen más enérgicamente frente a las pérdidas potenciales que ante las posibles e inciertas ganancias. Y por el mismo motivo, es difícil el cambio o supresión de las protecciones si no se generan y explican alternativas sólidas y posibles, al ser el Estado social un compromiso basado en la existencia de instituciones protectoras²⁰¹. Es cierto que esos apoyos no deberían impedir los cambios²⁰², pero en la medida que no se consiga la continuidad de la seguridad y los derechos, se seguirán produciendo resistencias, más allá de la diversidad de situaciones que provocan las lagunas protectoras. Por ello, un primer grupo de medidas del nuevo Estado social debe concentrarse en garantizar y homogeneizar la continuidad de los derechos, con independencia de las coberturas colectivas de seguro. Se trata de que se llenen y supriman los espacios donde se producen los menoscabos materiales, las discontinuidades en la distribución de prestaciones, así como la arbitrariedad de su asignación. La elaboración de un sistema homogéneo que cubra el campo de la protección que no depende de las coberturas colectivas de seguro, es técnicamente viable y tendría un coste financiero razonable²⁰³. Pero, además, podría cumplir de manera mucho más efectiva el objetivo que todas las políticas sociales de inserción tienen y que resulta tan difícil de llevar a cabo: estar al servicio de la autonomía de personas válidas que –excepcionalmente– están

¹⁹⁹ *Ídem*: p. 19.

²⁰⁰ T. H. MARSHALL. *Ciudadanía y clase social*... p. 61.

²⁰¹ P. PIERSON. *Coping with permanent austerity*... pp. 414-415.

²⁰² A. HEMERIJCK. *The self-transformation of the European Social Model*... p. 178.

²⁰³ R. CASTEL. *La inseguridad social*... p. 95. Serían medidas generalizadas en la línea de la Ley de la Dependencia, o como la Ley de Servicios Sociales del Principado de Asturias, aprobada por el parlamento regional en 2005, que contempla los servicios sociales como un derecho y no como algo graciable o sujeto a disponibilidad económica.

invalidados por la coyuntura, y evitar que la concesión de la ayuda sean realizada en razón de una inferioridad que resulta así legalizada y después grabada en las relaciones sociales²⁰⁴.

En confluencia con lo anterior, un segundo grupo de medidas debe seguir insistiendo en las políticas de inserción social que además tendrían que plantearse de forma diferente a como lo han sido hasta ahora, sosteniéndose en códigos inclusivos más amplios y flexibles, acordes con la variedad y pluralidad de nuestras actuales sociedades. En concordancia con el nuevo ámbito público protector explicado, se trata de profundizar en instrumentos de inserción social que movilicen a una amplia gama de participantes técnicos y políticos – públicos y privados– y concurren en territorios y espacios de actuación, sin perder el referente relacional entre lo general y lo particular. Es decir, concertación y territorio en la medida que ambos legitiman la difuminación de los sistemas de diferencias profesionales e institucionales²⁰⁵. Desde ahí, al igual que ya se ha ensayado en el ámbito laboral, el concepto de *acompañamiento* entraña una propuesta exigente pero que puede resultar efectiva para ayudar a las personas a salir de su estado provisional de dependencia. Empero, es preciso un cambio estratégico de orientación en las acciones proyectadas con los receptores de las políticas, de forma que no sólo se busque el sostén psicológico o la mera modificación de conductas o motivaciones, que es lo que ha prevalecido hasta ahora desde un paradigma metodológico normativo de interioridad. Si se comprende que los ciudadanos no son los principales responsables de las situaciones de dificultad en las que provisionalmente se encuentran, entonces la estrategia debe orientarse a poner a su disposición los soportes que les faltan para conducirse como individuos plenos: acompañamiento psicológico pero también social, recursos materiales, derechos y reconocimiento social necesarios para asegurar la vuelta a sus condiciones de independencia²⁰⁶. En definitiva, partir de un modelo contractual donde se recojan los intercambios recíprocos entre las diversas partes que concurren, si bien dando prioridad a las esferas relacionales que son las que en realidad hacen efectivos los derechos sociales, y pueden desterrar el estatus incondicional de receptor de los destinatarios²⁰⁷.

Hay, entonces, en estos dos primeros grupos de medidas generales planteadas un objetivo directo y claro, que es el de atajar la discontinuidad en las protecciones, promoviendo la seguridad social y la pronta recuperación sin lacra de los estados y momentos de dificultad. Si bien, siempre a través de actuaciones que están sostenidas por el derecho y la legitimidad y nunca a través de prestaciones paternalistas o condicionadas a diversas contingencias, sean éstas de carácter material o humano. Es decir, más allá de los supuestos méritos contraídos, la apelación al derecho en esa erradicación de la discontinuidad se basa en que constituye la única forma de que las intervenciones y actuaciones del ámbito público, estén mediadas por

²⁰⁴ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 439; *La inseguridad social...* p. 97. Seguimos aquí las propuestas de Robert Castel.

²⁰⁵ J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire...* p. 47.

²⁰⁶ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 98.

²⁰⁷ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 130.

un espacio de protección que actúa como salvaguarda para los eventuales destinatarios, garantizando su ciudadanía social y estatus²⁰⁸. En cualquier caso, la consecución de la universalidad de un derecho no debe confundirse con la uniformidad de su desarrollo práctico. En ese sentido, son las condiciones de aplicación las que deben negociarse, siempre que las intervenciones sociales y la ASP adquieran la suficiente capacidad y versatilidad para actuar en ese marco protector más consolidado, pero también más exigente desde el punto de vista metodológico y técnico.

El tercer grupo de medidas en las que debe concentrarse el Estado social son las que pretenden aportar más seguridad a las situaciones laborales. La pérdida de consistencia del trabajo como resultado de la fragmentación del empleo y la propia flexibilización de las tareas correspondientes, requieren una adaptación activa de forma que se pueda reinstitucionalizar el balance del trabajo. Sin embargo, el estatuto salarial no sólo se desestabiliza por los efectos de los cambios en las economías postindustriales, o por la ruptura de trabas en el mercado de trabajo que otorgue un poder discrecional al capital, sino también por los cambios contenidos en el mismo trabajo. A la relación con la materia y las cosas, característicos del trabajo en la sociedad industrial, le ha sucedido una relación de servicio que sustantiva el trabajo sobre los símbolos²⁰⁹. Frente a esto, es necesario reencontrar un estatuto, o un derecho, que implique normas de protección en particular adaptadas a las redes y a la flexibilidad laboral, en el sentido de que no sólo se remunere a aquellos trabajadores que están participando en el empleo sino al conjunto de ellos²¹⁰. Por ello, en la medida que existe una discontinuidad en el empleo, se trataría de asegurar una continuidad del estatuto profesional posibilitando una continuidad de los derechos. Es así que, junto a los ingresos por el trabajo realizado en un tiempo específico, debe incluirse el mantenimiento y mejora de la empleabilidad del trabajador de forma que llegue a funcionar como un derecho que contenga tanto la formación como el apoyo para el cambio, en esa trayectoria de decisiones que se deben acometer. Y como continuidad de esta lógica adaptada a la centralidad y cambios laborales, sería preciso actuar desde la perspectiva global de la situación profesional de las personas a lo largo de la vida, contemplando el conjunto de las formas de trabajo experimentadas durante el curso vital²¹¹.

La definición de un estado profesional que concilie la diversidad y continuidad de la vida laboral, asegurando los derechos a través de la discontinuidad de las responsabilidades profesionales, sólo se podría realizar transfiriendo los derechos del estatuto del empleo a la persona del trabajador²¹². Ante el estado de cosas de un capital menos fijo y flexible, es preciso superar el mero compromiso contractual –contrato– y pasar a englobar la diversidad

²⁰⁸ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 102.

²⁰⁹ A. SUPIOT (dir.). *Au-delà de l'emploi. Transformations du travail et devenir du droit en Europe*. Paris: Flammarion. 1999. p. 85.

²¹⁰ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* p. 498–499.

²¹¹ A. SUPIOT. *Au-delà de l'emploi...* p. 88 ; R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 105.

²¹² R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 105.

longitudinal de las formas de trabajo –estatuto– a lo largo de la vida humana, combinando la flexibilidad con la seguridad –flexiseguridad–²¹³. Supone, por tanto, la ruptura de la concepción clásica ligada con la figura pasiva del empleado –subordinado al albur de las decisiones de los otros–, significando el paso a una nueva figura del derecho, como es la del trabajador que decide los pasos y cursos de su vida profesional y laboral. Pero este plan adaptable a las decisiones y necesidades de los trabajadores, sólo podría ser realizado si se integraran las exigencias de igualdad de hombres y mujeres, de forma que ambos sexos pudieran desarrollar esa vida profesional y laboral compleja²¹⁴. Mediante la doble condición de la provisión y de su uso, tales derechos funcionarían, pues, como un banco o reserva de los distintos recursos acumulados, de los cuales la persona titular pudiera usar o abastecer en diferentes momentos a lo largo de la vida, y en donde estarían incluidos tanto el empleo, o trabajo profesional –dependiente o independiente–, como la formación, la realización de actividades y trabajos fuera del mercado socialmente útiles, así como la disposición de tiempo libre administrado por la persona titular responsable.

En todas esas líneas de avance protector ante los nuevos problemas, existe un común denominador como es la disposición de la nueva esfera pública y, dentro de ella, del Estado social, a dispensar un trato que no distinga entre las diversas situaciones más o menos coyunturales en las que se puedan encontrar los ciudadanos. No se trata de asistir a un nuevo mundo feliz, pero sí de atisbar y reflotar los problemas atendiendo a la variedad de situaciones relacionadas y no de centrarse en exclusiva en las características personales de los destinatarios. Al rellenar las discontinuidades del mundo social con derechos, y al relacionarlas en el mundo laboral con la continuidad de un estatuto profesional enriquecido a lo largo de la existencia, se articula la posibilidad de acceder de manera real a una sociedad de iguales. Y para estas nuevas propuestas de acción, cumpliendo la máxima de que la universalidad del bienestar no debe ser equivalente a la uniformidad de los planes de acción, el reto es cómo negociar su puesta en práctica de forma que sin perder de vista el tronco general, se dé paso a la diversidad de actuaciones que requieren nuestras sociedades. La participación de la ASP en la mencionada nueva esfera social pública debe ser primordial para el diseño, aplicación y activación de esas políticas sociales que promuevan más igualdad, y, al mismo tiempo, sean más dúctiles con la riqueza social, en concreto con la mixtura de la sociedad civil.

Situado pues el Estado social en un nuevo ámbito público con sus transformaciones y desafíos, ahora el reto es distinguir una ASP que conformada a partir de él, sea capaz de aumentar su potencia de acción proyectada –pública– de forma que sus actuaciones no

²¹³ Ver, por ejemplo, M. FERRERA; A. HEMERIJCK; M. RHODES. *Recasting European Welfare States...* p. 167. La llamada “flexiseguridad” es, asimismo, compatible con el concepto de “producción del bienestar” visto más atrás, cuanto que tiene la virtud de contemplar las relaciones entre trabajo pagado y no pagado, o las relaciones entre mercado –regulado–, el mundo asociativo y el Estado social, con sus diversas formas de producción de servicios. Ver, F-X. KAUFMANN. *Towards a theory of the welfare State...* p. 21.

²¹⁴ A. SUPIOT. *Au-delà de l'emploi...* p. 90 y 88, respectivamente.

supongan una reducción sino todo lo contrario: un enriquecimiento relacional que abra nuevas posibilidades a los ciudadanos.

CAPÍTULO 2

FORMAS DE ACCIÓN SOCIAL: BASES PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA

I. Introducción: repensar la acción social proyectada y sus relaciones con la acción social

Hemos intentado mostrar que el Estado social constituye el marco histórico en el cual se dan las relaciones más relevantes, para comprender las orientaciones y desarrollos de la acción social proyectada –ASP–. En ese sentido, para su análisis teórico y empírico será imprescindible observar las relaciones implicadas en los momentos y acciones finales de esta clase de acción, pero también contemplar las operaciones que a medio y corto plazo le anteceden y que se refieren a las formaciones o configuraciones institucionales y sociales en las que está contenida y que ella misma no deja de moldear. Si conocer y comprender la ASP obliga a un acercamiento al Estado social orientado a ella, estos análisis dedicados a la institución –y a sus nuevos desarrollos sociales– deberán profundizar más allá de los marcos generales que suponen el diseño de las políticas, la planificación social y la toma de decisiones, e incorporar los momentos y acciones con las que éstas se materializan.

El Estado social –y por extensión las diversas agencias de protección social que lo configuran–, ha sido y es la encarnación en un mismo recorrido de “un pensar separado de la acción”, y de “un hacer diseñado sólo para ejecutar” lo que ya antes se había pensado y decidido. Es decir, resonancias siempre actualizadas de los debates del teoricismo *versus* empiricismo, de la estructura *versus* la agencia, o de lo macro *versus* lo micro, que con variaciones de pares conceptuales equivalentes, tienen la característica de reproducirse y manifestarse de forma dinámica en casi cualquier parte del proceso de la ASP. Todo ello

según las relaciones de poder imperantes que se materializan habitualmente con una posición de dominio de lo intelectual frente a lo manual. Tanto el primer movimiento de lo intelectual –pensar, planificar, decidir– frente a lo manual –ejecutar, realizar la acción–, como el segundo movimiento, más dinámico, es decir, la reproducción constante institucional y simbólica de sus equivalentes asimétricos en los espacios de la ASP, aunque denoten una relación de orden, jerarquía y competencia entre las agencias caracterizadas como intelectuales y manuales, no dejan de ser dependientes ya que ambos forman parte de la acción del Estado social y, en consecuencia, son valorados y evaluados de forma global desde los diversos ámbitos técnicos especializados, pero también desde los ciudadanos. A partir de esta interdependencia que, si bien desigual, no deja de ser real, emergen entonces los agentes técnicos de la ASP que antes que meros ejecutores empiricistas son ineludiblemente agentes reflexivos que siempre reconocerán el contexto social de esa acción –proyectada–, e irán decidiendo sobre algo que antes no había sido previsto¹. Sin embargo, estos trabajadores del Estado social no sólo responden a criterios de posibilidad, sino también a la realidad –organizativa e institucional– restringida y ampliada de sus espacios de trabajo, y en ese sentido tanto los lugares generalistas de concepción de la acción como los más concretos de su desempeño, serán reivindicados como dominios exclusivos, como si no compartieran objetivos, decisiones y acciones comunes.

En esa perspectiva, se puede entender por qué *la llegada* a la ASP la hemos efectuado *a través* del Estado social, debiendo incluir las correspondientes acciones consecuentes que en muchos de sus ámbitos concretan su intervención genérica. Y al hacerlo así, se ha querido restaurar la necesaria unidad y continuidad metodológica entre (i) el conocimiento, relacionado con las orientaciones generales, planificadoras y de decisión en su seno, y la acción (ii) orientada a intervenir o implementar, y que nosotros hemos denominado ASP. Pero más allá de la realidad y cortes orgánicos al que están sujetos los dos dominios, de inmediato es preciso volver a señalar y recordar que también es real que todo conocimiento contiene alguna propuesta más o menos implícita o elaborada de acción, y que toda acción necesita ser realizada en un contexto de sentido que, además, debe permitir adaptarla a eventualidades no previstas en los instantes de su plasmación. En suma, esa dependencia flexible denotada por una misma trayectoria, es la que puede mostrar –y así lo hemos pretendido– que los orígenes y antecedentes, problemas y críticas que se puedan realizar al Estado social, influyan y repercutan en la ASP, y que, al mismo tiempo, su recíproca autonomía posibilite que no sean simples antecedentes o extensiones mutuas, y sí recreaciones autónomas que en momentos concretos puedan ser decisivas en el afianzamiento o disminución de la eficacia y legitimidad institucional global.

En efecto, una vez contextualizada y singularizada la ASP, ahora sí estamos en condiciones de profundizar en ella. Y de nuevo la propuesta para su análisis –al igual que

¹ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 30.

sucedía con el Estado social— es hasta cierto punto un tipo ideal. Partimos de la presunción de que es posible abordar su conocimiento y análisis de una forma global, más allá de sus contextos específicos en Europa, y de que sus orígenes, desarrollo y actualidad —y de los Estados sociales en los que está comprendida— son semejantes. Y ello por más que sigan existiendo tradiciones y acentos políticos distintos de bienestar social —nórdico, anglosajón, continental y latino— en distintas áreas del continente². No obstante, aunque partimos de esa visión general que intenta evitar angosturas referenciales —apoyándonos en fuentes diversas de esas tradiciones de la acción y la implementación—, es innegable que nuestro campo de miras más específico es el español, en el cual nos basamos para realizar y desplegar nuestro análisis de la ASP³. Más allá de que toda acción se manifiesta de forma novedosa dependiendo de las exigencias situacionales y contextuales, se trata de encontrar en esta clase de acción específica que nos ocupa, alguna suerte de regularidades y distinciones que contribuyan a adecuarla a las necesidades de los destinatarios, es decir, de los ciudadanos. En ese sentido, aunque pudiéramos partir de una realidad concreta, la idea de Estado social y de política social, como forma de acción de la sociedad sobre sí misma, puede llegar a contener algunas consideraciones generales que, junto a otras más localizadas —geográficas y contextuales—, articulen su estudio y contribuyan en la medida de lo posible a su desarrollo teórico. Al igual que desde hace años se pretende dotar a los trabajos sobre el Estado social de una dimensión intelectual que vaya más allá de las meras recomendaciones técnicas y administrativas *a posteriori*, la ASP debe conseguir un estatuto teórico y empírico que la sitúe en una posición acorde con la importancia que denota un razonamiento sencillo: que una gran parte de las acciones generales del Estado social acaban por activarse e implementarse mediante ella, desde áreas como bienestar social y servicios sociales, educación, juventud, mujer, trabajo, cultura, sanidad, etc. Es decir, en continuidad con el Estado social, se constituye en un objeto preferente de observación para la sociología, ya sea desde la misma investigación de esta acción, ya sea como uno más de los campos profesionales que pueden desarrollar su implementación, participando en ese proceso en que se relaciona con la acción social en sí. Sin embargo, el asunto no sólo estriba en una reivindicación teórica y metodológica —legítima, por otra parte— de estas orientaciones sociales en el mundo de la acción. Es, ante todo, la certidumbre de que estamos frente a un objeto que precisa del enfoque sociológico y de la reflexión sociológica para objetivarlo y redimensionarlo, según la trascendencia social que se infiere a partir de su interacción con la acción y la situación social.

Lo que se sustrae de lo acontecido hasta ahora en torno a la intervención realmente desarrollada, es la manifiesta intensidad de conocimiento y metodología en las fases previas a la acción, que son pensadas como suficientes para encadenar y desarrollar las etapas finales, hasta donde —como un fluido— se deslizarían los criterios de conocimiento y saber

² S. KUHNLE; M. ALESTALO. “Growth, adjustments and survival of european welfare States”, en: S. KUHNLE (ed.). *Survival of the european welfare State*. London: Routledge. 2000. p. 12.

³ Al respecto ver el Anexo Metodológico en la parte final del trabajo.

antecedentes a través del dispositivo técnico correspondiente en su forma práctica. Además, con su propia iteración se estaría contribuyendo a encontrar el método adecuado de actuación, acorde con las regularidades intuitas y comprobadas. Sin embargo, el problema lo encontramos en la ausencia de una retroalimentación informativa explícita, realizada en esta última parte del proceso, que consiga readecuar esa actividad a las necesidades contextuales y de los ciudadanos destinatarios de esas acciones. Si así fuera, tal vinculación continua al conocimiento, también podría proporcionar el necesario protagonismo a los agentes técnicos de la acción, recreando el mundo teórico y analítico vinculado a las acciones y cadenas de acción desarrolladas que resultarían así más valorizadas⁴. Se trata de que en todas las fases del desarrollo de la AP deberían estar proyectados y recreados los espacios teóricos y prácticos –y sus operaciones consecuentes–, sin ocultar que en algunas de ellas, como vamos a ir viendo, pueda haber más presencia de unos que de otros. Sólo de esta forma, se podría disminuir o anular la actual relación asimétrica de la acción proyectada especializada en el entendimiento, y de su práctica, respecto del conocimiento teórico –también intelectual–, a causa de su distinta legitimidad social. En cualquier caso, para seguir acercándonos a la ASP resulta imprescindible la valoración de los diferentes tipos de conocimiento que inciden en los planes de acción y la práctica, apreciando sus relativas fortalezas y debilidades⁵.

Hagamos entonces, a modo de síntesis aclaratoria, una mención explícita y detallada de la ruta que –desde el inicio– estamos surcando, y que desde ahora proponemos continuar:

1) El camino a seguir en este capítulo, tiene su punto de partida y su punto de llegada en la acción social general, la cual está constituida por acciones individuales y acciones colectivas –sociales– enlazadas y encadenadas⁶.

2) De entre el conjunto de la acción social, una de las posibles clases de acción es la que denominamos ASP, que, a diferencia con aquella, es un saber intelectual no equiparable a la acción social en sí o a la razón práctica social, y que, *a priori*, parecería poder ser controlada y racionalizada.

3) La ASP forma parte de las políticas sociales y está inscrita en el movimiento general del Estado social cuya génesis reenvía a la formación de la sociedad salarial, y que alcanzó su máxima expresión en la segunda mitad del siglo XX, tras la 2ª Guerra Mundial. En todo ese tiempo, al hilo de esta clase de acción, siempre ha habido preguntas e interrogantes sobre las mejores formas –más o menos institucionales– de dirigirse a los ciudadanos destinatarios de las acciones sociales proyectadas. El interés por desarrollar y adecuar las

⁴ Avancemos que más allá de la acción individual, funcionan cadenas prolongadas de acción mediante organizaciones formales –N. Elias– que responden a la complejidad social de las sociedades modernas. J. NOYA MIRANDA. “Clase, conocimiento y ciudadanía. La (des) legitimación del Estado de bienestar en la perspectiva de la sociología del conocimiento de Mannheim”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. Núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. p. 108.

⁵ L. LOCOCK; A BOAZ. *Research, policy and practice...* p. 382.

⁶ F-X. KAUFMANN. –F-X KAUFMANN. “The relationship between guidance, control, and evaluation”, en F-X. KAUFMANN (Ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learning*. Berlín: De Gruyter. 1991. p. 218 y ss.

actuaciones, a menudo se ha solapado con la expresión de un campo de luchas por definir y explicar la intervención y la ASP, yendo en sus manifestaciones más discordantes desde la identificación absoluta con los destinatarios concernidos, hasta las operaciones tecnocráticas y administrativas elitistas que han abogado por los meros servicios de atención, por contraste a acciones más combinadas entre la atención y la acción o entre lo general y lo específico.

4) Nuestra iniciativa de investigación social se inscribe en el manifestado interés por objetivar y mejorar esta clase de acción, de forma que responda mejor a las necesidades de los ciudadanos.

5) Interesa, entonces, mejorar la ASP pero volviendo a recordar la vinculación entre conocimiento y práctica proyectados, e investigando no sólo los aspectos descriptivos, explicativos o comprensivos que atañen a las características sociales directas de los destinatarios, no sólo los factores institucionales u organizativos relativos a los agentes que proyectan, sino también su investigación en el momento en el que pensamiento y acción se funden y calibran, actuando como una unidad más o menos coherente, así percibida ante los que “reciben” esa clase de acción. La propuesta, entonces, es tratar de investigarla para que, además de ser conocida y comprendida a causa de los impulsos de los periodos y saberes antecedentes, lo sea también desde los momentos, más o menos enlazados, en los que los agentes actúan y la plasman⁷. Presuponemos que toda acción social no puede ser completamente controlada y prevista *desde atrás*⁸, a partir de los conocimientos, comprensiones y operaciones antecedentes, y por la misma razón la ASP, –aunque sea un saber y un saber hacer–, se enriquece y está expuesta a emergencias e informaciones novedosas manifestadas en los espacios y lapsos sociotemporales de su encarnación que, pensamos, deben ser investigados.

6) Pero la ASP no sólo implica los espacios temporales donde se produce el contacto de los agentes con los ciudadanos. Junto con ellos, también los tiempos inmediatos o mediatos preparatorios de acciones y relaciones entre los agentes –que se pueden repetir varias veces–, suponen un análisis relacionado y dependiente de sumo interés a la hora de comprenderla e investigarla.

7) Para ambas aproximaciones, antecedentes y presentes, estimamos que la perspectiva de investigación y enfoque empírico que puede resultar más apropiado es el cualitativo, al captar la complejidad del encuentro de las acciones y su incidencia en las situaciones⁹. Se pueden recomponer y comprender las cadenas activas preparatorias de la propia acción, analizando los discursos de los agentes de la ASP¹⁰. También, nos podemos aproximar al

⁷ Es decir, plasmar como figurar, hacer o formar una cosa. O en sentido figurado, dar forma a algo abstracto. Ver, EL PAÍS. *La Enciclopedia*. Madrid: Salvat. 2003. p. 12295.

⁸ G. MAJONE. “Profesionalism and mutual adjustment”, en: F-X. KAUFMANN (ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learnig*. Berlín: De Gruyter. 1991. p. 464.

⁹ P. A. SABATIER. “Two decades of implementation research: from control to guidance and learning”. en: F-X. KAUFMANN (ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learnig*. Berlín: De Gruyter. 1991. p. 258.

¹⁰ Al respecto en nuestras investigaciones, de manera complementaria siempre se ha intentado abordar ese espacio, punto de encuentro entre la expresión y la acción, mediante entrevistas y grupos de discusión con los

análisis de la acción en su momento, mediante los discursos y narraciones de los destinatarios que pueden comunicar sobre ello de una manera explícita, o pueden hacerlo indirectamente al hablar sobre sus vidas. Es precisamente esta opción la que hemos privilegiado en los tres capítulos siguientes relativos a los jóvenes, a los gitanos y a los ancianos.

La historia de la intervención social en occidente es ya tan dilatada, que la mayoría de los ciudadanos tenemos una idea sobre lo que el Estado social –en sentido amplio– debe hacer con nosotros y, también, sobre lo qué podemos y queremos hacer con él. Como se explicita en la Introducción y en el Anexo Metodológico de esta tesis, una segunda lectura de los discursos de carácter explicativo y comprensivo, dirigida a investigar la ASP y dependiente de la primera, nos podrá acercar a las necesidades e ideas de los ciudadanos sobre tal acción. Por otro lado, nuestra presunción es que en tales narraciones habrán quedado resonancias y huellas de los actos anteriores, mediatos e inmediatos, de los agentes, y podemos llegar a inferir consideraciones y aproximaciones analíticas sobre los momentos que hemos caracterizado como preparatorios y relacionales entre esos agentes de la ASP. De esta forma, lo mismo que con los grupos de discusión nos apropiamos de información comprensiva, y los investigados tienen la oportunidad de emitir opiniones que van más allá de lo demandado, en la *investigación comprensiva de la acción proyectada* ocurre algo parecido: las personas interlocutoras en las conversaciones devuelven una información que está más allá de los esquemas racionalistas o intelectuales controlados de la intervención.

8) Pero para anidar y encauzar ese análisis empírico de la AP y su práctica de carácter experto, necesitamos reconocer y abordar la paradoja de intentar un “conocimiento teórico” respecto de “una práctica”, que no sólo se quede en la observación *a posteriori*; sustrayéndose a la condición a la que toda acción –o cadenas de acciones– se obliga, cuanto que responde a las exigencias singulares de su contexto y relaciones sociales: es decir, a su condición emergente y no finalista. Un análisis empírico general de la ASP, necesita de una teoría que encuentre lo que de común y estable pudiera haber en toda acción de este tipo, calibrando el bagaje ya existente de conocimiento intelectual en las etapas antecedentes a la plasmación de la acción, con los resultados de su específico análisis teórico desde ese estatuto que se propone: observar y comprender la acción que se ha proyectado y se está proyectando, pero en los momentos de su práctica y de su encuentro con la acción social de los ciudadanos, buscando sus semejanzas, contrastes y posibles nudos relacionales.

9) Una vez realizada tal exploración, las condiciones para el análisis empírico general pensamos que habrán mejorado, y, simultáneamente, se podrán contrastar las elaboraciones que sobre la ASP hayamos vertido. Además, no podemos olvidar que a través de los discursos y narraciones el análisis también faculta una evaluación ciudadana, en la medida en que los participantes en los grupos de discusión –como representación de la estructura social de los intervenidos–, tienen ideas y juicios aproximados que podrán ser contrastados con los

agentes de la intervención: trabajadores sociales, educadores, animadores, psicólogos, sociólogos, etc. Ver, por ejemplo, M. ARENAS. *Desigualdad social y marginación de los menores en Langreo*. Langreo (Inédito). 1989.

resultados de las investigaciones comprensivas realizadas en su momento, en la *primera lectura* de esos materiales discursivos.

10) El final de este trayecto explicativo se entiende a partir de la inserción de la ASP en la acción social general. Comprender la ASP para asegurar y mejorar la adecuación de los servicios y acciones a las necesidades de los ciudadanos, supone producir distinciones entre una y otra acción: la primera es una acción intelectual que podría ser comprendida como una clase de acción social que, de forma limitada, sólo es previsible a condición de reconocer su emergencia, pues las condiciones cambian en el curso de las acciones –o de sus momentos–, y los agentes se adaptan a ello de forma previsible o imprevisible. Pero esa parte de presunción que se acerca al sentido de acción social con arreglo a fines, conceptuada por Max Weber, es la que la distingue de la acción social general y enuncia su potencialidad: es, como la investigación, una forma de pensamiento intelectual más previsible que la acción social, pero no tanto como se podría deducir a partir de las tecnologías instrumentales de planificación e implementación que en la mayoría de las ocasiones se utilizan. Y al no ser equivalente a la acción social en sí, los ejercicios de identificación directa de los agentes con los destinatarios están desprovistos de la armonía conectiva que a veces se le pretende dar, desconociendo sus diferencias de condiciones, al no conceptuar la relación cognitiva de observador a observado –y, por lo tanto, de actuante a actuado– como relación social¹¹.

Este trayecto de diez pasos propuesto, orientado al análisis teórico de la acción en este capítulo, tiene resonancias que implican al conjunto de esta tesis, desde su inicio hasta su final. Pretende constituirse en una observación sociológica de la acción y la práctica, cuyo objetivo es aportar algo nuevo a las actuaciones que provienen del Estado social, y tratar de generar nuevas prácticas del conocimiento y acción intelectuales que hemos llamado ASP¹². Es un intento que se inscribe en la línea de profundizar en los derechos sociales, buscando mejorar la correspondencia entre las prestaciones elaboradas y las necesidades reales de los ciudadanos, en el marco de un nuevo ámbito público en construcción de acrecentada complejidad¹³.

La intervención es un lugar sintético donde se encarnan las necesidades sociales y sus respuestas¹⁴, y por ello mismo está armado a partir de intenciones y de acciones pretéritas enlazadas que recrean la acción presente, pero también desde una creciente mixtura de agentes que acaban por conformar una nueva cultura de la ASP. El nuevo Estado social, como referente de este sistema mixto de mundos vitales diferenciados –sociales, informales y voluntarios–, exige una nueva estructuración radical de la intervención social –en general– y más específicamente de la ASP. Una visión diferente de servicio público se impone, y más si

¹¹ M. HERRERA GÓMEZ; S. PAGÉS LUIS. “La acción social en Parsons: el equilibrio entre libertad y orden”, en: J. IGLESIAS DE USSEL; M. HERRERA GÓMEZ (coords.). *Teorías sociológicas de la acción*. Madrid: Tecnos. 2005. p. 50.

¹² Ver, J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 196.

¹³ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 90.

¹⁴ J. GARCIA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 95.

se tiene en cuenta que en la actualidad se diferencia la gestión y recreación de servicios e intervenciones –que pueden ser de responsabilidad particular–, de las directrices orientadoras generales en las que todos los agentes deberían participar. Dicho de otra forma, el cambio cultural y material estriba en ampliar la base sustantiva de la intervención y la acción, favoreciendo la participación en sus definiciones, tanto como en la gestión y el diseño de aquellos agentes que no forman parte de la organización institucional del bienestar, pero que estarían en lugares apropiados para participar, completar o complementar la acción¹⁵. Es la única forma de no limitarse a conocimientos expertos especializados en comunicación de saber, o, en su caso, en aplicación de técnicas sociales. Su transformación efectiva supone que, junto a agentes técnicos extensivos del nuevo Estado social, deben encontrarse otros agentes intensivos que calibren aquellas primeras intenciones y acciones intelectuales. Las políticas sociales son una forma de acción sobre si misma, y al igual que lo que pensemos del Estado social no puede ser un asunto ajeno a la ASP que digamos o hagamos, ella misma estará vinculada a algunas de las coordenadas del tipo de sociedad que queramos contribuir a construir.

Las pretensiones teóricas tanto del capítulo anterior, sobre sociología y Estado social, como de éste mismo, sobre la sociología y la ASP –del nuevo Estado social–, no puede hacernos olvidar que la teoría es tan sólo un instrumento para explicar fenómenos sociales, y no un lugar esencialista que funciona como una esfera autónoma del discurso, entendida como una empresa estrictamente teórica¹⁶. Ello carecería de sentido y seguiría ahondando en lo que aquí, precisamente, se intenta evitar y abordar: la visión de la acción –pública– situada en la órbita del nuevo Estado social como algo dividido a partir de la estructuración asimétrica de las operaciones de concepción de la acción, –detectar necesidades, tomar decisiones y planificar–, respecto de la propia acción y la dinámica de sus resultados, en el contexto de su encuentro con la acción social general. Una perspectiva teórica desenfocada, y articulada como un bloque mutilado de la ASP que la aborde “de oídas” –de forma indistinta–, estaría contribuyendo a justificar un proceso final de la acción también indistinto en sus prácticas. Ahora bien, el interés manifestado por investigar la AP en sus momentos y situaciones finales –sin sustraerse a la mera inercia de las operaciones de concepción y situaciones previas–, tampoco puede hacernos olvidar que los resultados de la AP están relacionados con la dinámica de su génesis¹⁷. Más allá de la presencia ocasional de determinados agentes en el escenario de la ASP, es importante articular una metodología a la vez creativa y estabilizadora de la prácticas, en la que tanto los agentes de la acción como sus destinatarios sepan a que atenerse. Y puesto que el proceso vale más que la inercia, la visión del experto que viene a

¹⁵ Ver a este respecto, J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social...* pp. 95 y 123, respectivamente.

¹⁶ J. P. LOPEZ NOVO. “Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica”, en: E. LAMO DE ESPINOSA Y J. A. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 294.

¹⁷ P. NAVARRO. *El holograma social...* pp. 180 y 181.

darse una vuelta y todo se detiene cuando se marcha a otras tareas, no es lo más correcto si se busca la transformación de la cultura y prácticas de la ASP¹⁸. Tal cambio debe implicar, además de una renovación teórica y metodológica, la presencia continuada de las distintas perspectivas y prácticas que en la acción puedan ayudar a romper la uniformidad del universalismo, y aseguren la variedad social que denotan las mismas diferencias económicas, culturales, de edad, de género o de generaciones, presentes en nuestra sociedad.

II. Sociología, acción, y acción social proyectada: relevancia práctica de la aplicación de las políticas sociales

Si en todo trabajo hay un contenido axial del cual se echa mano cuando se necesita, sin duda alguna aquí su lugar físico estaría encarnado en este capítulo, y, más concretamente, en el apartado que ahora comenzamos. En la Introducción y en el capítulo primero, hemos recurrido a las definiciones y desarrollos imprescindibles para poner en marcha la ASP como objeto de estudio, su justificación y sentido en el contexto del Estado social. Han sido acercamientos que nos han permitido avanzar hasta el estado actual de la investigación. Sin embargo, ahora ha llegado el momento de recurrir a las herramientas teóricas que desde la perspectiva sociológica creemos necesarias, para contribuir a avanzar en la producción de alternativas y posibilidades respecto a esta suerte de acción que constituye la ASP¹⁹. Y puesto que ella es una clase de acción social, será menester en un primer momento definir y desarrollar la acción y la acción social, entendiendo lo que creemos imprescindible de su naturaleza para la continuación de nuestro trabajo. Mostraremos, después, de forma breve en un segundo momento su impacto y relevancia cuantitativa de sus profesionales y servicios en España. Posteriormente, en un tercer momento, abordaremos las relaciones y diferencias entre la acción social general –acción social en sí– y la ASP, acercándonos a lo que ésta tiene de específico, como objeto fundamental de esta tesis doctoral. El siguiente cuarto paso será elaborar una aproximación analítica a esta praxis técnica en España, en un intento de anclaje con la realidad de sus prácticas. Utilizaremos para ello como guía el análisis de las denominaciones a las que responde la intervención social, justificando nuestra propia elección como ASP. La vuelta de tuerca debe completarse a todo lo largo de este trayecto con su comparación con la acción social, desde la perspectiva de fundamentar un espacio de compromiso que ayude a evitar tanto su alejamiento burocrático, como una simpatía forzada que no acabaría de aprovechar sus potencialidades. Tal es el quinto y último punto del programa a desarrollar en este capítulo.

Al querer considerar la formas de intervención como formas de acción y como acciones sociales, alejándolas de una mera tecnología aplicativa se pretende insertarlas en la

¹⁸ Ver, F. GUATTARI. Vease, R. WOERNER. “Recrear lo social: entrevista con Felix Guattari”, en *Archipiélago*. (Tema general: Pobreza y peligro), núm. 21. Barcelona: 1995.

¹⁹ H. V. FOESTER. *Las semillas de la cibernética...* pp. 112 y 87, respectivamente.

idea, más general, que mantenemos sobre la racionalidad social, sobre el hombre y la sociedad y sobre la naturaleza de tal relación. En ese sentido, es preciso volver la vista hacia los autores clásicos que abrieron el camino y contribuyeron a este empeño, mostrándonos que el cambio y la reproducción social dependen de las acciones de las personas, de la relación entre ellas – personas y acciones– y de éstas con las cosas y la naturaleza. Esta vuelta a la acción social es ineludible para entender las iniciativas y la tendencia consiguiente a las adquisiciones de los sujetos sociales, individuales y/o colectivos, y en cualquier caso sus resultados respecto a los avances sociales igualitarios, o respecto a la pervivencia de estructuraciones sociales y subjetivas que fortifican la dominación social. Apoyándonos en Karl Marx, Emile Durkheim, Max Weber y Talcott Parsons, los sociólogos clásicos que abrieron la corriente del pensamiento moderno que consagra la importancia que tiene lo que hacen las personas en la sociedad y su participación en ella, se quiere conectar el conocimiento y la facticidad de la acción social con los elementos específicos que conforman la ASP. Contra los atajos, que a la postre resultan más onerosos, es preciso volver a decir que la “comprendemos” y la entendemos dentro de la acción social, pero al mismo tiempo subrayando sus cualidades específicas como acción social cognitiva y planificada que actúa de una forma reflexiva en la sociedad. Nuestro interés es abordar los enfoques generales de estos autores sobre la acción social –incluyendo sus racionalidades implícitas– y sobre la sociedad, pero orientándonos hacia las aportaciones que hayan contribuido a alumbrar el espacio detraído de la corriente “espontánea” de la sociedad desigual, y del injusto sistema económico capitalista, en forma de Estado social, de política social y de intervención social. En definitiva, el enfoque de la acción social que nos guía remite a las ideas más generales de estos autores sobre la democracia, la justicia social y la acción del Estado. Por razones obvias que atañen a la misma dificultad de la elaboración de una teoría de la acción social y a la protohistoria del propio Estado social en sus presentes históricos vividos –menos justificadas en el caso de Parsons–, no existe en estos científicos sociales un aporte teórico y práctico sobre las formas de acción específicas, que emergen desde la misma sociedad para corregir y reorientar aspectos de sí misma. No obstante, dentro de tal indiferenciación, es posible entresacar intenciones y concepciones que explicando, cuestionando y reformulando el orden social, tratan de poner remedios, ya sea desde perspectivas individuales, y/o subjetivas, o más sociales, entre las que se encuentran las más institucionales referentes al seminal o más consolidado Estado social. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, las personas son sujeto y objeto de conocimiento, pero también objeto de acción y reflexión práctica para prevenir y corregir las desigualdades en la sociedad y tratar de reformarla²⁰. Y, en consecuencia, estos autores clásicos no sólo fueron agentes de conocimiento sino también de comprensión y actividad en la vida pública, como de forma más o menos directa demostraron a lo largo de sus vidas.

²⁰ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia...* p. 107.

En esa estela, nuestro interés es retomar de **Karl Marx** su capacidad de objetivar la distancia que había entre las expectativas de igualdad de las personas, y la miseria real engendrada por el capitalismo, en la que estaba sumida la mayoría de la sociedad²¹. Frente a las concepciones esencialistas e idealistas, la acción humana llevada a cabo por individuos reales es reconocida como un proceso de creación, satisfacción y recreación de necesidades que en ese contexto histórico se tenía que materializar con la superación de la alienación y la explotación capitalista, para llevar a la humanidad al lugar donde realidad y racionalidad confluyeran. Tal acción social se halla determinada por la naturaleza de los medios de vida con que se encuentran los hombres, que tratan de reproducirse como medios de existencia necesarios para la actividad humana. Todo individuo con sus acciones cotidianas reproduce o cambia la sociedad en cada momento y de este conflicto proviene lo que hay de estable o cambiante en ella, en una modificación interminable²². Así, la acción social se materializa siempre a partir de una acción de clase social; es decir, la lucha entre la clase dominante, la burguesía –que también le confiere la hegemonía dominante de sus ideas– y la dominada, el proletariado, por la que se explica el proceso de transición del capitalismo al socialismo²³. En este modelo de cooperación entre proletarios conscientes de sus necesidades y objetivos a conseguir, reside la clave de la concepción marxista de la acción social. Una formulación que, sin estar muy desarrollada, apela a explicaciones suprainstanciales de la acción colectiva, adelantándose de esta forma a la moderna metodología de las ciencias sociales²⁴. En Marx el sujeto de la revolución social es la propia sociedad encarnada en la clase oprimida y dominada. No hay Estado social, o no se confía en él, y como manifestación del antagonismo social no puede haber alianzas entre una y otra clase o entre alguna de sus facciones. Así, el cambio y la ruptura con la sociedad burguesa sólo pueden hacerse desde la sociedad, a través de una acción política revolucionaria que represente los intereses proletarios, debiendo de restituir la unidad entre el trabajo físico y el intelectual que la división del trabajo de la sociedad burguesa había consagrado. En ese sentido, no se concibe y entiende un campo especializado de saberes expertos –aunque fuera con una concepción relacional–, que se pliegue sobre la misma sociedad para indicar y efectuar las previsiones o correcciones necesarias: cualquier atisbo de reforma social es imposible en una sociedad profundamente injusta, donde el poder público sólo rige los intereses colectivos de la clase burguesa²⁵.

La concepción de reforma social de **Emile Durkheim**, no sólo admite sino que alienta y encauza la intervención estatal como modo de avanzar hacia una sociedad solidaria. El individuo y la sociedad necesitan de la solidaridad social y, por contraste, las

²¹ *Ídem*: p. 162.

²² K. MARX; F. ENGELS. *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo. 1974. p. 19.

²³ *Ídem*: p. 51.

²⁴ A. DE FRANCISCO. “Modelos de acción colectiva: modelos de cambio social”, en: E. LAMO DE ESPINOSA; J. E. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 340 y ss.

²⁵ K. MARX; F. ENGELS. *El manifiesto comunista*. Madrid: Editorial Ayuso. 1975. p. 74. Ver también, K. MARX. *Crítica del programa de Gotha*. Madrid: Editorial Ricardo Aguilar. 1971. p. 36 y ss.

transformaciones experimentadas en la modernidad no habían llegado a producir una reorganización de las estructuras institucionales que fuera capaz de satisfacer la necesidad de justicia e igualdad social, por otra parte ya presentes en la conciencia de los individuos. Frente a la amoralidad de la economía capitalista y las injusticias sociales producidas por el desarrollo material, se debían promover reformas morales y normas sociales, yendo hacia una nueva moral colectiva aglutinante. Es decir, a través de mediaciones de lo público, alentar vínculos sociales y un sistema de representaciones colectivas solidarias, que al mismo tiempo contrarrestaran el desencadenamiento de los intereses económicos²⁶. Un cuerpo de reglas que prescriban al individuo lo que debe hacer para no atentar contra los intereses colectivos organizados de la sociedad en la que participa. Ésta, pues, se constituye en una condición preliminar sin la cual otras no serán posibles de ser desarrolladas²⁷. Pero tampoco se trataba de que tal intervención anulara al individuo: la solidaridad aporta el fundamento y justificación interventora, pero también los límites para que no se sobrepasen los contornos de la autonomía y libertad de aquél²⁸; bien entendidas, desde las necesidades a las que deben plegarse y ser aceptadas con conocimiento de causa²⁹. Por tanto, el sociólogo francés al mismo tiempo que afirma la necesidad garantista y de intervención de lo público –incluso, como elemento protector de la conciencia individual, rescatando al individuo de la sociedad–, se anticipa a algunos de los problemas de categorización y colonización de los mundos vitales en los Estados sociales europeos de la postguerra. El Estado, y en concreto el Estado social, es una parte importante de la acción humana que, en sí misma, es vínculo social y conciencia colectiva desarrollada a través de formas de cohesión trabadas en la solidaridad orgánica, por la que los hombres, especializándose y desarrollando su singularidad individual, constituyen la sociedad por medio de tal interdependencia³⁰. Así, la acción humana aparece siempre condicionada por el entorno social y por ello no puede ser explicada desde los motivos individuales, porque hasta las categorías más internas de nuestro pensamiento proceden de la experiencia social y sólo en la sociedad podemos concebirlas. La normalidad compartida tiene una homología con la estructura social de la cual ha surgido, proporcionando normas morales –y no una sola– en los modos de pensar y actuar³¹. Por ello, no es tan importante que los individuos sigan el curso de acción preestablecido, como que existan mediaciones institucionales que encaucen normativamente sus interacciones sociales: a partir de ellas el hombre formula ideas sobre las cosas tratando de actuar en consecuencia³². En conclusión,

²⁶ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia*...p. 215.

²⁷ E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006. pp. 45 y 54, respectivamente.

²⁸ J. L. MONEREO. “Cuestión social y reforma moral: Las 'Corporaciones profesionales' en Durkheim”, en: E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006. p. XXVII y ss.

²⁹ E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología*... p. 114.

³⁰ E. DURKHEIM. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire. 1967. p. 156.

³¹ G. DAVY. “Introducción”, en: E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006. p. 12.

³² E. DURKHEIM. *Las reglas del método sociológico*. Madrid: AKAL. 1987. p. 45.

desde nuestro proceso orientador de la ASP en el contexto de la intervención pública, Émile Durkheim entiende la acción social como una simbiosis y dependencia entre la espontaneidad social y la regulación estatal, cuyas relaciones no mecanicistas deben producir resultados cercanos a la conciencia y la justicia social para el conjunto de la sociedad. La posición durkheimiana, tantas veces identificada erróneamente con el positivismo y con el sociologismo, entronca en realidad con el reformismo revolucionario de su amigo y compañero en la Escuela Normal Superior, el socialista Jean Jaurès.

A **Max Weber** le debemos la formulación clásica de la acción social. Por más que no ahondara en el conocimiento de una metodología cognitiva del observador, su pretensión de fundamentar una sociología comprensiva conecta con los propósitos de esta tesis doctoral, de comprender la acción de las personas para fundamentar unas acciones proyectadas más adecuadas y adaptadas a los ciudadanos y a sus necesidades. Se entiende que la acción social es cualquier tipo de proceder humano que se orienta por las acciones de los otros, y que posee un significado subjetivamente intencional que hace referencia a otro individuo o grupo y a su conducta real o imaginaria³³. Se establece así una relación social, pues varias personas ajustan su conducta entre sí con respecto al significado que le atribuyen. Pero, a menudo, las acciones humanas se hallan influidas por emociones y valores, y habría dificultades para una distinción clara entre los modos de obrar basados en causas racionales y los comportamientos irracionales. Por tal causa, elabora un principio de construcción racional de los tipos ideales que encuentran un fundamento en la realidad histórica, y que son principios de acciones racionales –sujetas a fines o valores– o están situadas en su límite –acción emocional y tradicional–³⁴.

La sociología puede ayudar para la acción consciente en la medida que se trata de la ciencia de la interpretación y previsión de las acciones humanas, apoyándose en su carácter relacional que supone regularidades de conducta establecidas con el uso y la costumbre. Desde esta perspectiva, se trata de constatarlas pero también de comprenderlas con el fin de tomar las medidas necesarias que reduzcan las formas de dominación social y profundicen en la democracia³⁵. Así, desde el conocimiento científico, es fundamental la pregunta sobre la idoneidad de los medios, determinando si son adecuados o no para llevarnos al fin propuesto. No obstante, Weber al situar a las políticas sociales en una dimensión de la práctica social diferente a la de la ciencia, desconfía de la consecución de la objetividad en ellas en la medida que están sujetadas a los valores y a los ideales particulares³⁶. No es ajeno a esto, que para él sea una cuestión secundaria la diferencia de perspectiva entre el actor y el observador externo, para poder captar el significado de una acción cuya relación no se presenta como un problema

³³ M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales* (edición de Joaquín Abellán). Madrid: Alianza Editorial. 2006. p. 69.

³⁴ *Ídem*: p. 101 y ss. Ver también, F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia...* p. 258.

³⁵ M. WEBER. *La acción social: ensayos metodológicos...* p. 155.

³⁶ *Ídem*: p. 116 y ss.

de naturaleza teórica³⁷. En todo caso, se trata de un problema de todo observador que el mismo debe resolver, pero sin llegar a ver que se trata de una relación cognitiva que sustenta una diferencia de condiciones. En conclusión, las aportaciones de este autor sobre la interdependencia subjetiva e intencional son ineludibles para toda aproximación a la acción humana. Ahora bien, al darse más allá de las ramificaciones inmediatas que se conocen a través de la interacción de los actores, sería necesario extender el conocimiento de la acción social, entendiéndola como la que está conectada con la acción de otro y otros seres humanos, aunque los actores concernidos lo ignoren³⁸.

El último de nuestros autores clásicos de referencia, **Talcott Parsons**, encarna el propósito más ambicioso para elaborar una concepción general inscrita en un proyecto de teoría de la sociedad y la acción, como estructura común a todos los sistemas de acción, desde la que se podría explicar también el mismo comportamiento desviado³⁹. Al ser más contemporáneo y al haber ejercido una gran influencia en nuestras sociedades, el acercamiento a sus principales ideas sobre la acción resulta fructífero, en la medida que ayuda a explicarnos una parte importante de la realidad social de los últimos años y de la resistencia a los cambios, más allá de las iniciativas de actores sociales críticos. Y, en consecuencia, por paradójico que pueda parecer, pues las instituciones protectoras son extrañas a su teoría de la acción y la sociedad, también permite acercarnos a las lógicas conservadoras reproductivas de las configuraciones del Estado social. El hecho de que una teoría de la acción tan abstracta y de consideraciones puramente internas a ella misma haya tenido tanto predicamento social, sólo puede explicarse por su orientación social al equilibrio, dejando únicamente lugar para los cambios en el interior de su estructura⁴⁰. Es decir, en sus análisis se opera un desplazamiento hacia los vínculos funcionales dentro de una sociedad integrada, con orientaciones normativas claras para la acción, destacando la potencialidad del individuo para la conformidad con las normas establecidas⁴¹. Bien es cierto que, en segunda instancia, ante la evidencia empírica de la propia realidad social –como hemos dicho en parte influida por sus teorías– no tendrá más remedio que contemplar disfunciones, aunque con la perspectiva de que sean reintegradas al equilibrio homeostático del sistema social⁴². Así, las normas y la acción van intrínsecamente unidas en la medida que ellas mismas no se realizan de forma automática. Lo importante para el sistema de acción es que haya una orientación normativa distinguible en varios tipos, si bien en el contexto de una racionalidad que persigue los fines

³⁷ J. ABELLAN. “Estudio preliminar”, en: M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales* (edición de Joaquín Abellán). Madrid: Alianza Editorial. p. 53.

³⁸ S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA. “Acción, acción social”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004. pp. 5 y 6.

³⁹ T. PARSONS. *La estructura de la acción social I*. Madrid: Ediciones Guadarrama. 1968. p. 77.

⁴⁰ F. ÁLVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología, capitalismo y democracia...* p. 360.

⁴¹ T. PARSONS. *La estructura de la acción social I...* p. 84.

⁴² T. PARSONS y R. F. BALES. “Las dimensiones del espacio-acción”, en: T. PARSONS; R. F. BALES; E. A. SHILS. *Apuntes sobre la teoría de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu. 1970. p. 73 y ss. Ver, asimismo, A. GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu. 1970. pp. 205 y 319.

adecuados a las condiciones de la situación que sea el caso, y con los medios que resultan más apropiados de entre los posibles a seleccionar⁴³.

La concepción parsoniana y su traslación al mundo real ha resultado tan atractiva en la medida que, al menos de inicio, se refiere a las interacciones de individuos que se encontrarían diseminados por el sistema, con sus correspondientes roles diferenciados y ramificaciones variadas y funcionales. Y resulta aún más sugerente que las propiedades distintivas de los grupos y la conducta colectiva no hayan sido formuladas de manera que oscurezcan su conexión con la conducta individual: es decir, de la persona se pasa a una pluralidad de actores, y de éstos al grupo para constituir después varios grupos el sistema de acción. El individuo aparenta permanecer sin ser absorbido por el “sistema social” excepto en el momento que se manifiestan los correspondientes roles sociales relacionados, como conductas a jugar dentro de esa lógica normativa y sistémica⁴⁴. Por ello, en correspondencia con la pretensión de una teoría voluntarista de la acción, polemiza con aquellas concepciones –como la del viejo Marx–, que contemplan como en determinadas circunstancias las condiciones sociales se imponen a la voluntad de los hombres. Son los elementos morales el único mecanismo específico impulsor de la voluntad y base para elegir e integrar los cursos de acción. Sin embargo, los hombres no siempre consiguen lo que se proponen, siendo el esfuerzo individual empleado el factor diferenciador para la consecución del éxito. Frente al determinismo social, al mismo tiempo que se resalta la importancia de las normas morales en la acción, se afirma su carácter azaroso, con lo que se restringe cualquier base de verosimilitud que permita a los hombres alcanzar sus objetivos y cumplir sus esperanzas: sus esfuerzos modifican la realidad pero sin poder alcanzar sus propósitos. Por tanto, atemperados por un individualismo inicial, hay conservadurismo y resignación, descartando cualquier iniciativa en la medida que la actividad del hombre ejerce influencia pero no aquella que se propone. Así, de facto, el equilibrio del sistema es más importante que las necesidades o el sufrimiento de las personas, y sus propósitos y acciones para mejorar las situaciones que sustentan tales injusticias. Los cambios sociales y las innovaciones institucionales de fondo deben estar supeditados al funcionamiento de la estructura sistémica y a su orientación moral que tarde o temprano realizará los ajustes pertinentes⁴⁵. Se explica así la dificultad existente en el sistema parsoniano tanto para dar cabida al conflicto social como a los antagonismos entre las clases sociales.

Cuando los factores de conformidad se convierten en la parte más importante del análisis y práctica de la acción social, se está ignorando que las personas procuran resistir a la asimilación –y a veces lo consiguen–, porque esto supondría la pérdida de su autonomía. La acusada sobreacentuación de lo normativo, de los códigos morales compartidos y de los

⁴³ PARSONS. *La estructura de la acción social II*. Madrid: Ediciones Guadarrama. 1968. p. 874. Ver también, T. PARSONS. *La estructura de la acción social I*... p. 98.

⁴⁴ *Ídem*: p. 903 y ss.

⁴⁵ Ver, A. GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental*... p. 200 y 184 y ss., respectivamente.

mecanismos de la lógica de integración en el sistema social, en sus diversas escalas, dificulta la explicación del cambio y del conflicto social en Parsons⁴⁶. Ante ello, cualquier iniciativa diferenciada o extraña será estigmatizada, tensionada y tratada de reintegrar, pues no se entiende que haya alguien fuera de un sistema que se considera óptimo y capaz de superar cualquier eventualidad⁴⁷. Tal importancia del sistema, que ni siquiera puede suponer la vida social de las personas fuera de él, termina desplazando el énfasis desde *la acción* hasta *el sistema social*: los individuos se hacen cada vez menos visibles y menos concretos y las acciones reales de la gente resultan un obstáculo ante tal lógica construida que, por ejemplo, nunca se interroga cómo las diferencias de poder pueden originar diferencias de valores morales⁴⁸. Pues bien, la libertad desaparecida ante las determinaciones y vínculos del sistema social, termina aislando al individuo que se empequeñece ante su magnitud y le hace caminar sólo –individualismo social–, sin posibilidad de incidir en el mismo sistema del que se dice forma parte⁴⁹. Así, al igual que en el pensamiento moderno imperante, en Parsons libertad y control, cambio y estabilidad son diferentes, contrarios excluyentes y no mutuamente constitutivos de la acción humana⁵⁰.

Finalmente, quedaría por entresacar de la concepción parsoniana de la acción social, el papel que cumplen las instituciones protectoras, mucho más cuando en la época de más influencia de sus escritos se estaba dando también el auge de modelo social europeo, es decir, del Estado social. Aunque nos ha ayudado a diferenciar lo social de lo sistémico, aquí, de nuevo, se produce una paradoja pues la consideración “distanciada” –pero no contraria–, del Estado social en Parsons, se combina con la acusada influencia de su concepción funcionalista en la adaptación a los sistemas de poder y conformidad en el interior de las instituciones, y en concreto de la de bienestar. En efecto, el sistema parsoniano es un mundo “puramente social” con su propia red ramificada de defensas contra la tensión, el desorden y el conflicto, que puede ser mantenido más allá del nivel de las diferencias económicas, por lo que se halla alejado de las estrategias de redistribución de la intervención estatal. Lo social se mantiene por sí mismo, sin intromisiones, desde los compromisos y restricciones morales de los participantes, con la espontaneidad y el carácter regulador de las relaciones, y por lo tanto no se contempla el supuesto de que acciones externas puedan siquiera influir en su funcionamiento. Frente a ello, el Estado social existe y tiene que cumplir su papel, pero no se consideran los problemas de cambio social tan decisivos en su conformación. Por otro lado, tiende a tener un papel secundario al hacer dejación de las herramientas intelectuales para

⁴⁶ PARSONS. *La estructura de la acción social I...* p. 119 y ss.

⁴⁷ T. PARSONS y R. F. BALES. *Las dimensiones del espacio-acción...* p. 92 y ss.

⁴⁸ A. GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental...* p. 228. PARSONS. *La estructura de la acción social II...* p. 854.

⁴⁹ F. ALVAREZ-URÍA. “La renta no ganada. Sociología, teoría subjetiva del valor, y cultura empresarial en las sociedades neoliberales”, en: *Anduli. Revista andaluza de ciencias sociales*. Sevilla: Universidad de Sevilla: 2007. p. 11.

⁵⁰ M. HERRERA GÓMEZ; S. PAGÉS LUIS. *La acción social en Parsons: el equilibrio entre libertad y orden...* p. 51 y ss.

fortalecerlo y encarar el cambio social hacia más justicia e igualdad⁵¹. En última instancia, cuando existen conflictos y desórdenes son pensados como alteraciones secundarias –sin interrogar al centro social– de corte administrativo y burocrático, y en consecuencia se estima que el tipo de intervención requerida es también accesoria –residual– y susceptible de ser encarada adecuadamente mediante códigos morales que se materializan en los individuos y las familias.

Una vez abordada la acción humana en relación a nuestro objeto de estudio, trataremos de definir los términos y conceptos que nos permitirán situarnos en la clase de acción social que constituye la ASP. Se pretende, con ello, no dar por sentado lo que pretendemos abordar y no caer, por tanto, en una mera tecnología o ideología⁵². Como contenido sustantivado del verbo hacer, acción se refiere a “realizar” un acto o un hecho⁵³. Es decir, los actos son cosas o realidades que un agente hace, entrañando el ejercicio de una potencia o de un propósito⁵⁴. Se diferencia de estados como creer, esperar, temer, o desear, que no constituyen actos aunque puedan causarlos⁵⁵. En ese sentido, la actividad, y los numerosos fines que puedan conseguirse a través de ella, resultan algo consustancial a la vida de las personas⁵⁶. Más aún, aunque la acción es esto, también es mucho más puesto que no es un acto simple, o singular, en un momento determinado, y sí un proceso que se despliega en el tiempo⁵⁷. De hecho, la mera ejecución de la acción en el mundo real no deja de ser un momento o instante muy concreto de la actividad social constitutiva de las situaciones sociales⁵⁸. Desde una perspectiva de la acción racional individual moderna nos encontramos con que el agente tiene intenciones, motivos y metas, realiza conductas determinadas sirviéndose de unos recursos específicos para llevarlas a cabo, y observa y evalúa los efectos respecto a su intención, y ello termina encarnándose –de forma alternativa–, en la continuación o modificación de la acción⁵⁹. Sin embargo, esto es menester matizarlo ya que los sujetos –o agentes sociales–, sufren coacciones, están expuestos a deficiencias de información y memoria, y, debido al aprendizaje experimental en el proceso de la acción, presentan inestabilidad en las preferencias que impide la plenitud racional de la forma que acabamos de expresar⁶⁰. Se explica así que toda ordenación de preferencias resulte provisional, precaria y contingente. No hay que olvidar, por otro lado, que la misma intencionalidad supone una fuente interna de variedad destinada a incrementar los objetivos de futuro –más o menos próximo–, antes que

⁵¹ A. GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental...* p. 325.

⁵² H. V. FOESTER. *Las semillas de la cibernética...* p. 38.

⁵³ M. MOLINER. *Diccionario del uso del español*. Madrid: Gredos. 1984.

⁵⁴ P. NAVARRO. *El holograma social...* p. 175.

⁵⁵ J. R. SEARLE. *Intencionalidad. Un ensayo en la filosofía de la mente*. Madrid: Tecnos. 1992. p. 19 y 118, respectivamente.

⁵⁶ Nos apoyamos aquí en Aristóteles “... porque la felicidad sólo se encuentra en la actividad, y los hombres justos y sabios se proponen siempre en sus acciones fines tan numerosos como dignos”. Ver ARISTÓTELES. *La política*. Madrid: Espasa Calpe. 1978. p. 115. El entrecomillado es nuestro.

⁵⁷ Ver, por ejemplo, T. PARSONS y R. F. BALES. *Las dimensiones del espacio-acción...* p. 67 y ss.

⁵⁸ P. NAVARRO. *El holograma social...* p. 185.

⁵⁹ Cfr., M. WEBER. *La acción social: ensayos metodológicos...* p. 44.

⁶⁰ F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 216 y ss.

un control voluntario de la conducta actual. Por lo tanto, aunque los actos racionales se gobiernan por las preferencias de los agentes, al no responder siempre a sus intenciones es necesario descubrirlas por sus consecuencias reales, y terminar viendo en los resultados de la acción el desvelamiento de las preferencias que la causaron o inspiraron⁶¹. No obstante, a pesar de todas estas perturbaciones, es preciso no romper la conexión causal entre intención y acción, en el sentido de llevar a cabo una de entre todas las intenciones que se han manejado, lo cual también será concluyente sobre la condición para su satisfacción. De acuerdo con ello, la acción es una transición intencional entre la mente y el mundo, significando que cada acción intencional consciente entraña la experiencia de realización de esa acción, y tal experiencia tiene un contenido intencional⁶². Mediante la transitividad de la causación intencional, podemos decir que la intención previa causa tanto la intención en la acción como la misma acción, suponiendo que toda esa combinatoria es simplemente la acción, que está compuesta por la intención y su cumplimiento mediante acciones y actos⁶³.

A partir de estas aproximaciones, se pueden entonces delimitar dos conclusiones iniciales sobre la acción que van tener también consecuencias inmediatas –como iremos viendo– respecto a la ASP. La primera es que, precediendo la facticidad de la acción a todo conocimiento⁶⁴, la conciencia y la acción humana son dos aspectos que forman parte de una misma realidad, de tal forma que la percepción, la intención previa, la intención en la acción, y la idea de las condiciones de satisfacción de la acción, suponen tanto la combinación como la conexión causal que implica la acción. La segunda consecuencia que obtenemos, es la de que si bien el proceso de la acción, como acabamos de ver, es discernible –desde la intención hasta su posible satisfacción–, toda ella constituye una misma realidad que, sin embargo, cuando es diseccionada de manera “racional”, corre el riesgo de aparecer como un proceso en el que la ruptura de sus componentes se ha naturalizado, no pareciendo haber sido construida formalmente. Todo ello nos lleva a aseverar que cualquier agente, más allá del lugar que ocupe en la acción, parte de una situación específica, y al querer hacer algo conceptualmente entrañado por esa situación, recreará sus propias condiciones que han constituido su conciencia, su conocimiento y la unidad fáctica de su proceso de la acción. Por ello, aunque nuestro objetivo es la acción, es preciso recordar que los agentes sociales parten de situaciones que influyen en las acciones emprendidas, y éstas a su vez lo van a hacer en la conformación de las situaciones resultantes –estructuración social–. Como se ve, acciones y situaciones están relacionadas aunque constituyen fenómenos distinguibles y analíticamente

⁶¹ E. GIL CALVO. *El destino. Progreso, albur y albedrío*. Barcelona: Paidós. 1995. p. 151 y ss.

⁶² Max Weber señalaba la importancia del conocimiento de los motivos de la acción, específico al mundo humano, diferenciándolo de la comprensión de la mera factualidad de la acción, más ceñida a la explicación de los fenómenos de la naturaleza. Ver, M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales...* p. 76 y ss.

⁶³ Todas las acciones intencionales tienen intenciones en la acción. La expresión de una intención previa es “yo haré...” o “voy a hacer...”, mientras que la forma característica de una intención en la acción es “yo estoy haciendo...” de forma que aquí la acción y la intención son inseparables. Ver, J. R. SEARLE. *Intencionalidad...* pp. 97-96-108 y 93, respectivamente.

⁶⁴ N. LUHMANN. *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos. 1997. p. 104. Ver también, H. V. FOESTER. *Las semillas de la cibernética...* p. 98.

separables en la práctica social, que tienen incluso manifestaciones temporales diferentes: los sujetos sociales están insertos en situaciones que intentan reproducir o cambiar a partir de sus acciones –que van teniendo lugar en el tiempo– y que, a su vez, van a influir en las actividades sociales posteriores de otros agentes⁶⁵. Por tanto, para la interpretación de las acciones resultan cruciales las situaciones, pues las acciones acontecen en unas específicas condiciones físicas y sociales donde la valoración local y continuada por los agentes se torna fundamental para su análisis comprensivo⁶⁶.

Como hemos señalado la acción puede implicar intenciones y actos relativamente sencillos e individuales –por ejemplo, subir un brazo–, o de igual forma puede articular intenciones complejas que suponen un continuo de actos y representaciones, a través de los cuales se pueden llegar a conseguir las condiciones de satisfacción requeridas⁶⁷. La idea de complejidad manejada más atrás, en el sentido de que la acción es más que un acto simple o singular, e implica a la propia combinatoria de sus partes constitutivas, debe extenderse ahora a las acciones que dan cuenta de la diversidad social e involucran a varios agentes sociales, que al mismo tiempo que actúan van realizando desde esas bases colectivas la construcción de su subjetividad, yendo más allá de lo que en apariencia sería un fenómeno individual⁶⁸. Así, la acción individual también es social en la medida que ha de aprenderse de los demás, y verse reforzada por ellos teniendo en cuenta sus reacciones y supuestos estados de conciencia⁶⁹. Incluso, en visiones inicialmente individualistas de la acción social como la de Parsons, se postula a los agentes que interactúan constituyendo un sistema social y un sistema de sistemas sociales, mantenido más allá de “las personalidades constituyentes y otras colectividades en las que están involucradas”⁷⁰. Llegados aquí, podemos avanzar un poco más y valernos de una definición de la acción que englobe los actos del habla –como un tipo de acción– y los actos en sí, contemplando, de la misma forma, tanto su carácter subjetivo como social. La acción, entonces, la podemos entender como la intervención material y discursiva de los agentes que siempre forma parte de una corriente continua en la que las capacidades, intenciones y conocimientos desplegados se encuentran enmarcados por condiciones desconocidas y por las consecuencias no pretendidas⁷¹.

⁶⁵ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 63 y ss. Esta visión contrasta con aquellas que rompen el dualismo entre estructura y agencia, constituyendo una a partir de otra. Ver, A. GIDDENS. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrotu. 1995.

⁶⁶ R. P. AVELLANEDA. “La trayectoria de la inteligencia artificial y el debate sobre los modelos de racionalidad”, en: E. LAMO DE ESPINOSA Y J. A. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 201.

⁶⁷ J. R. SEARLE. *Intencionalidad...* p. 111.

⁶⁸ F. GARCIA SELGAS. *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad...* p. 516.

⁶⁹ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 110. Ver también, N. ELÍAS. *El proceso de civilización...* p. 37. La definición de Max Weber de acción social estaría comprendida en esta aproximación, al estar asociada con el significado que los agentes dan a los comportamientos de los otros. Ver, M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales...* p. 69.

⁷⁰ T. PARSONS y R. F. BALES. *Las dimensiones del espacio-acción...* p. 93. El entrecomillado es nuestro.

⁷¹ F. GARCIA SELGAS. “Glosario: Acción”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. p. 605.

Desde la perspectiva de la acción colectiva nos encontramos con un curso de la actividad que implica secuencias de actos coordinados, en las que no siempre se continúan las proyecciones realizadas previamente, lo cual puede suponer consumir más recursos de los esperados. Al mismo tiempo, ello nos muestra las dificultades para averiguar la unidad de la acción con sus fronteras y límites⁷². La existencia de esta complejidad social tiene que ver con un movimiento de largo aliento inscrito en el proceso civilizador, desde el cual se establecen funciones que requieren por parte de los agentes una previsión y reflexión continuas sobre las intenciones y acciones de los demás, en alargadas cadenas intencionales con una gran amplitud de interdependencias⁷³. Esa extraordinaria prolongación de los lazos de acción en las sociedades modernas, ha sido posible por la creación de instituciones y organizaciones formales, como fronteras que mantienen sistemas sociales⁷⁴. Y tales enlazamientos de actividad involucran a una pluralidad de agentes, que entrañan mecanismos de reciprocidad de las acciones de los actores particulares. De esta forma, instituciones y organizaciones pueden ser vistas para desempeñar acciones colectivas, aunque no sean las únicas formaciones que las realizan o están comprometidas en ellas. Nos interesa entonces, comprender y definir las raíces institucionales y organizativas bajo las cuales los agentes, en tanto que representantes y participantes en organizaciones que desarrollan la ASP, se desenvuelven en sus acciones y decisiones, delimitando caminos que se corresponden con objetivos y prácticas de intervención⁷⁵. Sin embargo, no conviene anticiparse siendo preciso dejar –por ahora– la ASP, y volver a focalizar nuestra atención en las acciones y decisiones de instituciones y organizaciones, como una de las posibles formas de la acción colectiva. En efecto, en esta composición social enunciada a partir de los enlaces de la acción colectiva, es menester atender a necesidades y problemas de planificación, pues a través de esos encadenamientos se proyectan acciones colectivas y se articulan contribuciones particulares, como elementos que encarnan varios actos para ser realizados. Desde esa perspectiva, la planificación parece apuntar más a la coordinación de las decisiones y no tanto a la coordinación de las acciones. Una decisión es una proyección de la acción y supone el intento de concentrar las características de una acción en un momento dado del tiempo⁷⁶. Mientras que las acciones son desarrolladas desde una contribución esperada por parte de los agentes participantes en una cadena de acciones, las decisiones tienen su identidad a partir de una elección entre varias posibilidades alternativas, de la que sólo se sabrán sus resultados cuando haya sido probada, documentada y traducida en las consiguientes acciones. En el curso de esta acción colectiva en instituciones y organizaciones, puede validarse alguna nueva alternativa de decisión –por

⁷² F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 217.

⁷³ N. ELIAS. *El proceso de civilización...* p. 463.

⁷⁴ Las instituciones son sistemas de reglas que regulan la vida social. Cuanto mayor es la instrumentalidad de una institución, más desarrolla ésta las características de una organización formal y la prosecución de un conjunto de objetivos. Ver J. P. LOPEZ NOVO. *Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica...* pp. 300 y 299, respectivamente.

⁷⁵ F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 219 y ss.

⁷⁶ *Ídem*: pp. 217 y 221.

ejemplo, antes pasada por alto— y, como ocurre en la acción social, ser incorporada de manera recurrente al proceso de la acción si la colectividad de agentes participantes es capaz de efectuar aprendizajes. Así, las decisiones son más sensibles al contexto que las acciones —que, en principio, desde una perspectiva objetivista parecerían más definidas desde atrás—, y cuando éstas son cambiadas es porque han sido interpretadas como decisiones por los agentes, en el sentido de intentar considerar en diferentes momentos del proceso todos los factores relevantes para alcanzar aquello que se ha proyectado⁷⁷.

Desde un enfoque sociológico vemos, entonces, que instituciones y organizaciones no sólo están al servicio de la realidad social sino que también la constituyen. Y aunque persigan fines y objetivos característicos, no son simples formaciones sociales de acción instrumental sino sistemas de reglas que además de regular la vida social la configuran y la conforman. Por tanto, se debe distinguir el carácter regulador expresado con reglas externas a los agentes que sanciona máximas de conducta, de la cualidad constitutiva de aquellas otras reglas que confieren coherencia a las acciones, e “instituyen” la vida social en esos marcos específicos dotándola de dirección y sentido; así pues, reglas constitutivas cognitivas de carácter tácito que organizan la acción y la experiencia de los agentes sociales⁷⁸. Pero, de hecho, ambas dimensiones contrastantes y relacionadas —regulativa y constitutiva—, se pueden hacer extensibles al conjunto de la vida y acción social⁷⁹, lo cual vendría a enunciar la complementariedad del encuentro entre una sociología de las instituciones y organizaciones y la sociología de la acción⁸⁰. Por un lado, se articulan desarrollos de cultura intelectual reflexiva y, por otro, se dan aportaciones de cultura tácita, más cercana a una racionalidad práctica de los agentes⁸¹. La primera, la regulativa, la más usual hasta hace no mucho y de influencia parsoniana, incide en los componentes racionales y normativos en la explicación de la conducta social, desde la perspectiva de una cultura ideacional que respondería a un “saber qué”. La segunda, la constitutiva, más novedosa y de orientación postparsoniana, da cuenta de la agencia social sin reducirla ni minimizarla, al situar a los seres humanos —auto— percibidos como agentes y no como autómatas conductuales —sometidos sólo a fuerzas heterónomas—, y cuyos objetivos del conocimiento son contruidos y no pasivamente registrados⁸². En definitiva, una modalidad de cultura que respondería a un “saber cómo”. El desarrollo de esta última dimensión de la acción social y la conducta, se explica a partir de la unión —antes

⁷⁷ N. LUHMANN. *Organización y decisión...* p. 9 y ss.

⁷⁸ J. P. LOPEZ NOVO. *Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica...* p. 316 y ss.

⁷⁹ M. HERRERA GÓMEZ; S. PAGÉS LUIS. *La acción social en Parsons: el equilibrio entre libertad y orden...* p. 51. Libertad y control, frente a lo que creía Parsons, son mutuamente constitutivos y no contrarios excluyentes.

⁸⁰ J. P. LOPEZ NOVO. *El particularismo reconsiderado. Orientación de la acción...* p. 61.

⁸¹ Hablamos de cultura reflexiva o de reflexividad, como un proceso social que permite conocer algo de sí mismo en tanto objeto de observación, o cuando “orienta mi acción lo que (yo creo que) el otro espera de mí”. Ver E. LAMO DE ESPINOSA. “La interacción reflexiva”, en: E. LAMO DE ESPINOSA Y J. A. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 417.

⁸² P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 91.

antitética—, entre elementos cognitivos y de racionalidad práctica, entre distancia y compromiso en la vida social, y entre pensar y actuar, como factores dependientes que, en mayor o menor proporción, forman parte de la vida de las personas, y, por lo tanto, también han debido ser incorporados poco a poco al análisis social⁸³. De un lado, la cognición es de gran importancia en la explicación y comprensión de la conducta, pues da cuenta del conocimiento de los agentes ayudando a mostrar las razones de sus intenciones, decisiones y acciones; y de otro, esta reflexividad se traslada y termina fusionándose con un conjunto de supuestos tácitos de carácter semiautomático y prerreflexivo que constituyen una lógica práctica⁸⁴. Dicho de otra forma, la cognición y el sentido común no se pueden entender de forma separada pues éste último constituye nuestro bagaje e historia personal y social⁸⁵. A partir de la reflexividad los agentes intentan explicar y razonar sus conductas, pero al mismo tiempo ese conocimiento se sustenta en un entramado de supuestos tácitos, anticipaciones adaptativas, percepciones y esquemas cognitivos prácticos que funcionan en la urgencia de la vida cotidiana, con los que se persiguen de manera razonable —que no racional o calculada— fines y valores que determinan de manera autónoma los agentes⁸⁶.

La acción, entonces, constituye un momento relevante de la práctica social de tal forma que para la comprensión sociológica de la racionalidad práctica, es necesario explicar tanto las condiciones y constricciones sociales en las cuales se manifiesta —estructuras objetivas—, como aquellas condiciones sociales incorporadas, encarnadas por los agentes en cada acción práctica⁸⁷. Empero, ambas comprensiones no pueden separarse de la definición de la situación realizada por aquellos, desde la que se provee de sentido a las acciones. La observación de las narraciones constituye, quizá, el modo más efectivo de acercarse a ese significado y sentido de la acción, en la medida en que son inherentemente secuenciales, pues constan de una continuidad singular de sucesos y acontecimientos en la que participan los agentes⁸⁸. Por tanto, al ser la narratividad un elemento del tejido de las acciones humanas, es posible valerse de ella en los análisis, y reconstruir el sentido intencional imputado por el agente a su actividad. De esta forma, a partir del entramado práctico y discursivo, y de los propósitos y deseos que constituyen su arquitectura comprensiva, podremos componer una visión global⁸⁹. Por ello, tan importante como actuar de forma adecuada en las situaciones, es

⁸³ N. ELIAS. *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península. p. 12 y ss., y p. 30 y ss.

⁸⁴ J. P. LOPEZ NOVO. *Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica...* p. 317 y ss. Nos apoyamos en este autor para abordar los dos enfoques en la explicación de la conducta y acción social.

⁸⁵ F. GARCIA SELGAS. “El cuerpo como base del sentido de la acción social”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994.

⁸⁶ “La inteligencia humana es una inteligencia animal transfigurada por la libertad. La inteligencia creadora obra haciendo proyectos”. Ver, J. A. MARINA. *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona: Anagrama. 1993. p. 209. Ver, P. BOURDIEU. *Les structures sociales de l'économie...* p. 263 y ss. y *El sentido práctico...* p. 418. Ver también, J. P. LOPEZ NOVO. *Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica...* p. 323.

⁸⁷ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* pp. 72 y 98, respectivamente.

⁸⁸ J. BRUNER. *Actos del significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. p. 55 y ss.

⁸⁹ F. GARCIA SELGAS. *El cuerpo como base del sentido de la acción social...* pp. 51 y 56, respectivamente.

contar o decir la historia apropiada, situando, para *ego* y *alter*, las acciones y metas bajo una luz de legitimidad⁹⁰.

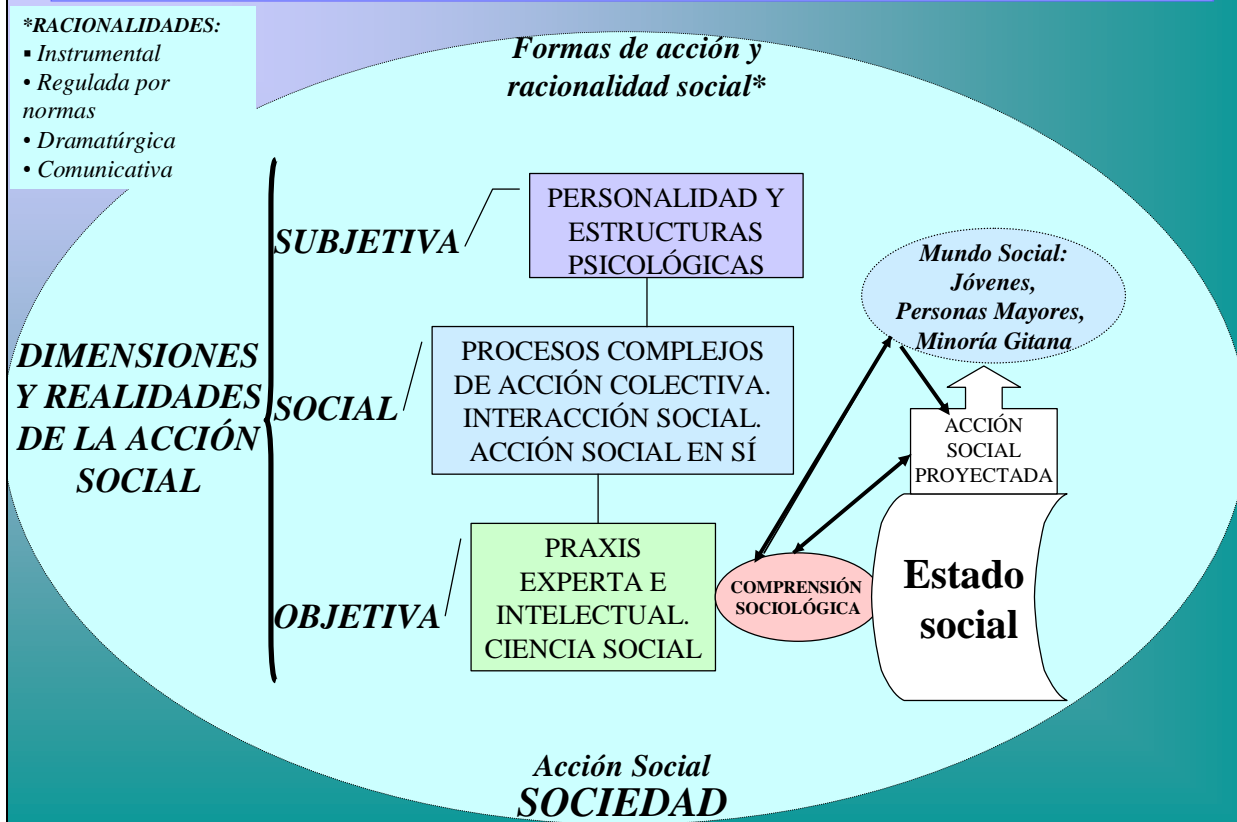
Hasta ahora hemos intentado la comprensión del agente, también la composición y combinatoria de la acción y su relación con las situaciones. Asimismo, hemos visto la complejidad y desarrollo de los procesos de la acción colectiva vinculándolos con las regulaciones y/o posibilidades de las instituciones y/o organizaciones. Dentro de estos procesos de la acción hemos diferenciado las decisiones de las acciones y su relación. Con todo ello, hemos intentado desentrañar la naturaleza y composición de la vida y acción social general que incorpora elementos cognitivos y de lógica práctica. Finalmente, hemos resaltado el sentido atribuido a la acción por los agentes, a la luz de la narratividad con la que solemos expresarla. Se ha tratado, pues, de un contacto intensivo y obligado con la acción y la acción social, en la medida que nuestro objetivo de conocimiento es una clase de acción social: aquella que hemos denominado ASP. Al hacerlo así hemos querido recordar y, en su caso, revelar tanto la unidad de la acción –encarnada en los agentes– como la complejidad de sus procesos que requiriendo de actualizaciones informativas, aquellos intentan incorporar mediante anticipaciones inscritas en una razón práctica. Puesto que cualquier agente que podamos pensar no siempre está en condiciones de conocimiento y control sobre los cursos de acción –más bien al contrario–, todo proceso de transitividad –incluida la ASP– contiene los elementos comunes que aquí hemos caracterizado. Esto, por una parte, ayuda a deshacer malentendidos como los que inciden en la fragmentación del conocimiento con respecto a la acción, al colocar y ordenar a unos agentes –pensantes– respecto a otros –activadores– en ese proceso, y por otra nos recuerda la constante actualización en el trayecto de las condiciones y posibilidades de la acción en la situación, para intentar llevar a cabo la intención formulada por los agentes. Eso sí, entendiendo que éstos conocen el mundo en el que están inmersos, aunque con un conocimiento que nunca está claramente perfilado por la conciencia y la voluntad, y si más por una suerte de destreza conseguida a través de la práctica⁹¹. Más allá de las características comunes al conjunto de la acción social, nuestro propósito es mostrar que existen diferencias entre dimensiones sociales y clases de acción que justifican su distinción. Y que la ASP, como una de esas clases de acción, tiene condiciones de semejanza y singularidad que aconsejan un acercamiento específico a su naturaleza y conformación social. Podemos proponer y advertir en nuestra sociedad, de la existencia de tres dimensiones de la acción social que producen otras tantas realidades, y cuyas denominaciones, aunque puede que acentúen en demasía sus características, nos sirven para distinguirlas de forma clara⁹². La

⁹⁰ J. BRUNER. *Actos del significado...* Cap. 2.

⁹¹ Max Weber escribía: Las acciones *reales* discurren en la gran mayoría de los casos sin que se tenga conciencia de su “significado *pensado*” o en una vaga semiinconsciencia del mismo. M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales...* p. 96. Ver, de igual forma, P. BOURDIEU. *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. 1999. pp. 188 y 189.

⁹² Ver, J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus. 1987. p 358 y ss. Ver también, F. MORENO PELAEZ. “Aprendizaje organizativo y generación

3. LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA COMO ACCIÓN SOCIAL Y ACCIÓN EXPERTA DE CARÁCTER REALIZATIVO



primera gran dimensión es la *realidad subjetiva* y atiende a la personalidad y estructuras psicológicas de los sujetos y agentes sociales. En ella existen agentes individuales pero sus reacciones personales no son un fenómeno puramente individual, sino que la subjetividad de la comprensión última existe por referencia a la objetividad que la forma⁹³. La segunda dimensión es la *realidad social*, y hace referencia a los procesos complejos de la acción colectiva en los que están involucrados cadenas y enlaces de acción desarrollados por los actores sociales. Implica también a formaciones sociales, formales e informales, y a instituciones, organizaciones y asociaciones que son espacios reguladores y/o constituyentes de normas. La realidad social está hecha de diferentes estratos que interaccionan entre ellos, de tal forma que las estructuras externas y las estructuras psicológicas de los actores que participan en esas cadenas de acción, aunque estén relacionadas y sean interdependientes, son irreducibles unas a otras porque cada una posee propiedades emergentes en su nivel

de competencias”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 77-78. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1997. pp. 257-258.

⁹³ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 120.

particular⁹⁴. La tercera y última gran dimensión de la acción social es la *realidad objetiva*, estando en ella implicadas todas las elaboraciones de saberes expertos e intelectuales, es decir, todo lo que se significa y sucede a partir del conocimiento científico y, en lo que aquí nos interesa, la ciencia social y con ella el conocimiento y las prácticas comprensivas sociales y/o sociológicas. Pues bien, una de las clases de acción social, inscrita en esa dimensión social “objetiva”, es la ASP que constituye un tipo de saber objetivo e intelectual, pero en este caso orientado a la acción. Y esa naturaleza de campo experto excluye la equivalencia o asimilación con la práctica social habitual de la mayoría de los ciudadanos, desarrollada a partir de las dimensiones subjetiva o social antedichas.

Aunque la sociología está situada en esta dimensión de la realidad objetiva de la acción social, la ASP, al ser un conocimiento enfocado a la acción, se distingue de la mayoría de las elaboraciones sociológicas que se ocupan de la comprensión de las acciones y situaciones de agentes, actores y personas, más allá de los propios efectos prácticos que toda elaboración científica, o experta, produce en la sociedad. Por lo tanto, se ubica en un paso posterior a la descripción, explicación y comprensión sociológica habitual, al tratarse de un saber “objetivo” orientado a mirar cómo tiene que ser la acción desarrollada hacia los ciudadanos desde el Estado social –instituciones, organizaciones y asociaciones–, si bien incorporando de forma obligada los conocimientos sociológicos antecedentes. En ese sentido, si la investigación social de las personas, y sus situaciones, se puede encarnar en las preguntas sobre *cómo son, qué hacen, y por qué son así y hacen lo que hacen*, la investigación social orientada a esta clase de acción presenta cuestiones expresadas desde el núcleo argumental en torno a los interrogantes sobre *cómo debe ser la acción* –proyectada– y *cómo hacer* según las necesidades del mundo social al que, en general, va destinada. El máximo alcance de los saberes sociológicos habituales traducido en la comprensión de los investigados, o, en todo caso, en la comprensión sociológica para ver qué hacer en un inmediato futuro, se transforma aquí en la investigación social enfocada a las necesidades de la acción; en las formas de una ASP que juegue más allá del impulso antecedente dado por el imprescindible conocimiento comprensivo social y sociológico habitual; o también en las formas de una acción técnica que no sólo implemente una proyección que haya sido pensada y ordenada en exclusiva como una articulación de acciones decididas antes de la acción. Se pretende, pues, un acercamiento específico incorporando y discriminando el conjunto de los conocimientos antecedentes. Una investigación que indague en su plasmación apriorística adecuada según las necesidades de los ciudadanos, así como en su naturaleza y características, y además traslade estas aportaciones estratégicas –por fuerza siempre limitadas– al presente del desarrollo de la ASP. Y, de la misma forma, que respete la complejidad que sugiere el papel de los actores que están

⁹⁴ *Ídem*: p. 132. Hablamos, por primera vez, en esta parte del texto de actores como interpretantes de roles que están asociados con específicas posiciones sociales, institucionales u organizativas. La idea es que agente, actor y persona no son intercambiables porque los tres contienen propiedades emergentes y son irreducibles unas a otras. Ver *op. cit.* p. 117.

en situación, desarrollando e impulsando tal acción y el mismo encuentro con los agentes sociales destinatarios –con la acción social en sí– que están inmersos en la práctica social. Esta presencia de impulsores de acciones proyectadas y de destinatarios ciudadanos, sus acciones y situaciones y las relaciones entre ellas, sugiere poderosamente que la ASP es un objeto sociológico para ser investigado, y que por lo tanto necesita de la plena inmersión de sus aportaciones –entre otras– para su conocimiento y comprensión, y aún más en las formas y expresiones de su desarrollo práctico. Aunque haya habido conocimiento sociológico explorador de esta clase de acción específica, ha sido relativamente escaso y su interés ha sido tangencial como ámbito respetado –o vedado– que acababa donde otros debían empezar –el campo de la “acción” y la “práctica”–. Además, tal empeño se ha visto obstaculizado por la enorme dificultad comprensiva de los objetos sociológicos habituales, que han venido exigiendo una plena dedicación. Por ello mismo, aquellas aportaciones que han ido más allá de describir, conocer y comprender –lo cual ya es mucho–, y se han adentrado en los caminos de *cómo* debía ser la acción a partir de aquella investigación comprensiva, son impagables y somos totalmente deudores de ellas. Nuestro empeño y compromiso va en la línea de promover la confluencia de la ASP con la sociología. La primera como acción que tiene como fin mejorar la vida y situación de las personas destinatarias y participantes en ella; y la segunda como ciencia social comprometida en la comprensión y mejora de la ASP, la cual ha sido tan relevante en la configuración de los Estados sociales modernos y en el alcance de mayores cotas de calidad de vida y ciudadanía social.

Sin embargo, por más que pongamos en contexto la ASP señalando sus antecedentes –la acción social y sus dimensiones sociales– y consecuentes –su ubicación como comprensión sociológica de la acción proyectada–, es preciso no adelantarnos y volver de nuevo al punto donde la hemos identificado como una clase de acción intelectual inscrita en la dimensión social de la acción objetiva que requiere competencias técnicas y científicas. Al situarla en ese lugar que, en general, caracterizamos de producción de discursos científicos, objetivos, o técnicos sobre el mundo social, estamos realizando *de facto* dos operaciones que son útiles para comprender su naturaleza: por un lado, la distinguimos y separamos de la acción social en general, subrayando la diferencia de condiciones en las que una y otra son vividas y elaboradas; y por otro lado, se previenen las identificaciones automáticas acríticas con los ciudadanos destinatarios a las que este tipo de acción se muestra proclive, al estar situada en el mundo de la práctica, la acción, la actividad, en relación directa con aquellos, y frente a otras construcciones más alejadas de los dominios donde se produce el encuentro de la ASP con la acción social⁹⁵.

Al explorar algunos **elementos epistemológicos** para la ASP, podemos comenzar viendo que si bien las atribuciones sobre teoría y práctica son recíprocamente excluyentes y dinámicas, y por lo tanto se dan en diferentes niveles administrativos y técnicos, la

⁹⁵ Comprender una acción del otro no significa ponerse en su lugar. Ver, J. ABELLAN. *Estudio preliminar...* p. 16.

constitución de la actividad como último eslabón resulta decisiva, y la cataloga para unos y otros como una práctica que en el haber está cerca de los destinatarios ciudadanos, y en el debe está concebida sólo para actuar como deudora de un conocimiento que viene de atrás, de operaciones antecedentes⁹⁶. Sin embargo, también es reconocible que estamos hablando de luchas sociales por la repartición de poderes y búsqueda de legitimidad en los espacios sociales profesionales ocupados, y a ocupar. Por eso mismo, contrasta con la configuración institucional real que se ha dado en España en los últimos años, que nos remite a los problemas del Estado social –ya vistos– sobre la universalización impersonal, la extensión indiscriminada, la ineficacia para atenuar la desigualdad social y los excesos de dirección y control⁹⁷. El carácter de elaboración intelectual objetivada que constituye la ASP, y todas las operaciones que la recrean, la distingue de la acción social y nos orienta sobre los límites y capacidades que todo discurso así catalogado tiene. No obstante, al ser una clase de conocimiento orientado a la acción social, y al ser ella misma una clase de acción, pero situada como práctica respecto de operaciones precedentes de su curso que tienen un carácter más objetivista –teórico y planificador–, produce la ilusión sostenida de acercamiento a la práctica social. Es decir, un proceso de identificación que a pesar del distanciamiento cualitativo de los ciudadanos con las instituciones y los servicios técnicos que las materializan –por ejemplo, en actividades o prestaciones–, produce ventajas de legitimación técnica y social de los diversos profesionales de la acción; y como contrapunto, disimula o borra las incapacidades técnicas directas o inducidas de tal acción para adecuarse a las necesidades de aquellos. Nos encontramos, entonces, con un déficit epistemológico subjetivista para discernir la acción social de los ciudadanos –práctica social– de esta otra clase de acción –ASP– que si bien se sitúa, y es situada, en el campo de la práctica profesional, constituye una clase de conocimiento técnico intelectual alejado de la necesidad y de la experiencia ordinaria del mundo social que denota la acción social en sí⁹⁸. Siguiendo la estela del conjunto de las ciencias sociales y, en particular, de la sociología, su tratamiento sociológico compromete a intentar adoptar la perspectiva de pensamiento –y acción– del agente o actor investigado –y/o accionado–, y comprenderlo, pero con una comprensión muy diferente de la que posee desde su práctica, al ser él quien realmente está ocupando ese mundo al cual nos podemos acercar desde la perspectiva de la investigación comprensiva⁹⁹. Para llevar adelante una acción prevenida contra la ilusión espontánea de la toma de conciencia –sobre los ciudadanos sobre los que se interviene–, y asimismo contra el desapego burocrático de la técnica es preciso efectuar una traducción comprensiva de la ASP que lleve a advertir la distancia social que existe entre las necesidades prácticas y las científicas o intelectuales, en las que están

⁹⁶ A. GARCIA CALVO. “Acción”, en: R. REYES (dir.). *Terminología científico social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropos. 1988. pp. 15 y 16.

⁹⁷ Nos remitimos al capítulo anterior y, en concreto, al apartado III sobre “Crítica y transformación del Estado social”.

⁹⁸ P. BOURDIEU. *La distinción...* p. 171.

⁹⁹ P. BOURDIEU. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama. 1995. p. 138.

inmersos, por un lado, los ciudadanos y, por otro lado, los profesionales de la acción. Al descubrir y reconocer la necesidad práctica, se evita la asimilación espontánea de dos lógicas muy diferentes, abriéndose paso una perspectiva comprensiva que distingue la diferencia de tiempos y situaciones, poniéndonos en la mejor disposición para renunciar al narcisismo intelectual¹⁰⁰. En general, el tiempo de las elaboraciones culturales objetivadas –como la investigación y la AP– tiene una naturaleza distinta del tiempo social en el que están inmersos los ciudadanos. El primero, a diferencia del segundo, es un tiempo controlado donde, por momentos, es posible detenerse y “ponerse a pensar” para ver qué se va a hacer después, o para ver si lo que se está haciendo responde al conocimiento, a la intención –planificación– o decisión antevistos. Pero, en efecto, su estructura no es uniforme pues junto a instantes más controlados física y racionalmente, hay también otros en los que la complejidad interactiva y relacional con otros actores y subsistemas, los expone a urgencias institucionales y organizativas que producen intervalos más desajustados o incontrolados. Además, no podemos olvidar que la ASP es una acción intelectual que interviene sobre otra –social– y, por ello, es preciso sustantivar la importancia del tiempo –más o menos prolongado– de su encuentro con la acción social de los ciudadanos y sus situaciones, que terminan añadiendo más incertidumbre a su decurso. Es decir, en ella existe una ambivalencia temporal mostrando que junto a ritmos más incontrolados y ajenos a la voluntad de los agentes, hay otros “intemporales” que pueden ser guiados y manejados con una racionalidad intelectual, configurando así una dualidad en su estructura.

Sin embargo, son otras las características de la naturaleza del tiempo social y de ello da cuenta que éste no se puede “detener”, como por momentos ocurría con el anterior. El tiempo de la vida de los seres humanos, de los agentes y actores sociales, es preciso que sea vivido como viene, pues si el conocimiento de la experiencia y la razón práctica ayudan a racionalizarlo, no es menos cierto que su resultado es múltiple. Y lo es porque consta tanto del conjunto de las interacciones en las que están inmersos, como de sus situaciones que son producto de sus propias acciones presentes, aunque también de situaciones y acciones de otros agentes localizadas en el tiempo pretérito. Como señaló Marx los hombres hacen su propia historia pero la hacen en condiciones heredadas que ellos mismos no han elegido. Dado, entonces, que el tiempo suele ser un recurso escaso en la acción, el sentido práctico se muestra como un principio de acción económico adaptado a las circunstancias ordinarias de la existencia social, y de ese modo produce anticipaciones de futuro que, por ejemplo, son ajenas a las lógicas especulativas típicas de los cálculos de riesgos económicos. Así, comprender la práctica social es introducir el conocimiento de la incertidumbre o, lo que es lo mismo, el saber del tiempo social de los investigados o actuados con su ritmo, su orientación y su irreversibilidad¹⁰¹; entendiendo que lo que aquí funciona es un sentido estratégico del actor

¹⁰⁰ *Ídem*: p. 444.

¹⁰¹ E. GANUZA FERNÁNDEZ. “La participación en la sociología: elementos para una praxis sociológica”, en: *Política y Sociedad*, Vol. 44 Núm. 1. Madrid: Universidad Complutense. 2007. p. 58 y ss.

social, capaz de valorar en la urgencia de esa cotidianeidad las diferentes posibilidades que se le presentan¹⁰². La desconsideración o imposición del tiempo de las elaboraciones y prácticas objetivadas –como la ASP– en el tiempo de la práctica social, termina borrándolo o destruyéndolo y hace pasar por lógicas en uso lo que no son sino lógicas construidas –de manera implícita o explícita– desde investigaciones, o intervenciones profesionales propias de la ASP. Es indudable que si estas aportaciones sobre la antinomia de las dos clases de tiempo –social e intelectual–, son fundamentales de incorporar en las investigaciones sociológicas comprensivas, mostrando los ritmos y orientaciones de los actores sociales observados, también lo serán en el ámbito observador de la acción, es decir, allí donde, al final, hay dos clases de lógicas y acciones en relación, y donde los agentes de la ASP interaccionan de forma directa con los ciudadanos. En la medida que Estado social y política social no deben ser sinónimos de irrupción institucional o de imposición de uniformidad social, el respeto a las situaciones y tiempos de la práctica social y sus diferencias con las elaboraciones intelectuales de la AP debe ser tenido en cuenta, situándolo en el frontispicio de las acciones llevadas a cabo por agencias estatales y sociales –asociativas– que configuran el nuevo Estado social.

Como hemos señalado más atrás, nuestra iniciativa de investigación de la AP se inscribe en el intento de mejorar las condiciones de su concepción y aplicación, en el contexto de las acciones y servicios de los Estados sociales a partir de los cuales esta clase de actividad es primordial para mantener y mejorar la situación social del conjunto de los ciudadanos, y en concreto la de aquellos que por momentos más la necesitan. En esa línea, queremos desarrollar un espacio de conocimiento adecuado para la investigación de la AP y, por lo tanto, también para la comprensión de esta clase de acción. Y si ella está orientada a los ciudadanos y a las interacciones y relaciones con ellos, el núcleo de la cuestión parece que debemos encontrarlo en el espacio de embrague, es decir –incorporando el bagaje comprensivo adecuado–, en la recurrencia constante de la comprensión relacional que se da en las intervenciones entre los agentes de la intervención y los destinatarios de esas acciones. Aunque siempre existen operaciones a modo de “caja negra” en su gestación y planificación, el referente obligado para la investigación, comprensión, y metodologías de la acción, son las personas destinatarias, como la única garantía de su recursividad informativa. Por ello, y siguiendo la propuesta de Norbert Elias para el conocimiento sociológico, es preciso descubrir y articular un espacio entre *compromiso* y *distanciamiento*, un camino en el que los modelos de producción intelectual y cultural de la acción experta no borren las experiencias y prácticas de la gente. Dicho así, el asunto es encontrar alguna posibilidad de acción adecuada entre el máximo distanciamiento que caracteriza al desapego cientifista del objetivismo, y la prejuiciosa intuición participacionista propia del subjetivismo que da como resultado una simpatía automática, aunque no por ello más comprensiva hacia los ciudadanos y sus

¹⁰² Ver, P. BOURDIEU. *Les structures sociales de l'économie...* p. 262 y *El sentido práctico...* pp. 138 y 169, respectivamente. Ver, también, N. ELIAS. *Compromiso y distanciamiento...* p. 67 y ss.

prácticas. Las mencionadas distinciones respecto a la diferencia de condiciones –temporales– y la distancia social, junto a las diferencias entre la actividad profesional y la social, aportan pistas bastante claras sobre lo que no debe hacerse en el desarrollo de la ASP, como dispositivo a partir del cual se suelen plasmar y completar las políticas sociales. Sin embargo, también con un criterio de asertivo, podemos realizar algunos apuntes que nos sigan orientando sobre cómo pensar en situación respecto de esta clase de acción.

Desde una perspectiva social, cuando hablamos de campo experto, teoría, o incluso técnica, siempre nos estamos refiriendo a observaciones externas, actuales o pasadas, que podrán producir un resultado desde el pensamiento y/o desde la acción. Este sentido de espectáculo que designa toda elaboración teórica sobre un “objeto social”, indica de forma elocuente la condición o posibilidad de obligada mirada exterior; o sea, un lugar que no es el mismo de la escena en la que se desarrolla la acción. Se produce una inevitable distancia social que, más que sustanciarse en la apropiación desigual de capitales escolares y culturales, se encarna en el contraste radical de los agentes a partir de “dos tradiciones con el mundo” –teórica y práctica– que como un caso particular de las dimensiones de la realidad social externa señaladas –social y objetivada–, suponen una distancia diferente respecto a la necesidad. Es una diferencia entre los que observan y los que son observados, los actores sociales, que sanciona la experiencia de la incomunicabilidad creciente en el proceso¹⁰³. Disimilitud de condiciones, al ser la acción social práctica una parte de la vida y de la sociedad, en la que es más difícil distanciarse porque existe una proximidad real, y porque, también, se articula una conciencia más aguda de la existencia, desarrollando una solidaridad práctica que está por encima de las diferencias culturales¹⁰⁴. Los actores sociales creen en el juego al que juegan y se lo toman en serio –sin pensarlo a la manera de la racionalidad intelectual–, y esa lógica de *comprensión para actuar* es radicalmente diferente del ejercicio de *comprensión por sí misma* que, en el mejor de los casos, efectúan la sociología y la ASP. Y ello por más que se trate de una acción diseñada desde un modelo teórico, que ha utilizado información sociológica –o de otro tipo– con ese carácter comprensivo para después poder accionar. Esa relación establecida entre el observador y el observado, entre mirada teórica y práctica social, debido a la visión dominante del mundo social se reproduce en otros pares relacionales equivalentes como conocer y hacer, interpretar y utilizar, expresión y experiencia..., presentándose para los actores en su forma más extrema de definición como un dilema de la expresión *versus* la acción¹⁰⁵. Por lo tanto, no existe un discurso o un relato de la acción, sino un discurso o relato que dice la acción, y, en consecuencia, la ASP es un discurso que dice una acción pensada que a lo más que puede aspirar –lo cual es mucho–, es a ir informándose y adaptándose en el proceso de la implementación, cuando ambas clases de

¹⁰³ N. LUHMANN. *Organización y decisión...* p. 125.

¹⁰⁴ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* pp. 34 y 35.

¹⁰⁵ E. GOFFMAN. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 1997. p. 45. Ver también, P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 41.

acción confluyen y se relacionan. Así, analizar las condiciones de posibilidad del conocimiento teórico, para comprender o intervenir, implica reconocer sus límites inherentes y ver que la elaboración sobre lo real no es sino una representación de lo real. De esta forma, al poner en cuestión los presupuestos del observador que observa para comprender, o actuar, se puede evitar el trasladar al objeto del conocimiento y/o de la acción, los principios de las propias normas de construcción intelectual que, como ya hemos visto, difieren sustantivamente de los de la práctica¹⁰⁶.

Sin embargo, más allá de los mundos puros de la teoría y de la experiencia, de la consciencia y la praxis, impuestos por la visión dominante de división del trabajo social, se puede desarrollar un principio activo de aprehensión de la situación de las personas y/o actores sociales. Para ello analizadores y proyectores de la acción se deben situar en la actividad real como tal, evitando que a los investigados, o a los que reciben la acción, les sean trasladadas e impuestas las propias normas de construcción del conocimiento objetivo, científico o técnico. Es decir, no hacer como si los que son objeto del pensamiento y de la acción especializada en el entendimiento, se plantearan las mismas cosas que los investigadores y sujetos técnicos de la acción se plantean respecto a ellos¹⁰⁷. En ese sentido, por un lado, para eludir la relación objetivista con el objeto de análisis y de acción, debemos incluirnos a nosotros mismos en el marco analítico, y al mismo tiempo debemos acercarnos al objeto inicial de observación y acción sabiendo que podemos ser cogidos por él, en una reciprocidad que termina rompiendo la universalización de la relación teórica con el objeto. Y, por otro lado, para evitar la universalización de la experiencia que los sujetos del discurso teórico —en tanto analizadores, o activadores de la ASP—, forman de sí mismos, deben aprovechar su exclusión y distancia respecto a la necesidad de la práctica social, para crear un campo de conocimiento donde se aborden las experiencias de los actores, diciendo que tienen o no sentido. Pero también analizando sus propias creencias e inversiones para objetivarlas de forma adecuada, de manera que no puedan ser trasladadas a los analizados. No confundir por el analista el punto de vista del observador y del agente de la ASP, implica no buscar soluciones de espectador —propias de la teoría— que la misma práctica y razón social excluye, forzándole a una lógica que no es la suya. Así, el modelo abstracto que debe construirse para comprender o para desarrollar una ASP que puede ser caracterizada como *comprensiva*, es válido siempre que se presente como una elaboración teórica diferente o extraña a la práctica social. Una composición que reconozca la imposibilidad de reproducir en ella el tiempo de la práctica, que como tal tiene su ritmo y orientación en el ruido de la acción y se construye en unas condiciones que excluyen la panorámica, la demora o el desafecto¹⁰⁸.

Como hemos apuntado, la imposibilidad de reproducir de forma objetiva el tiempo vivido no destierra la comprensión. Aceptar esos límites científicos en el pensamiento y la

¹⁰⁶ Ver, J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 162.

¹⁰⁷ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* pp. 61, 57 y 91, respectivamente.

¹⁰⁸ *Ídem*: p. 139.

acción es esencial para empezar a reconocer algunas posibilidades y privilegios producidos por la teoría, elaborada para comprender y actuar sobre el transcurso temporal práctico o social. *La inevitable sincronización forzada de lo sucesivo, la neutralización teórica de las funciones sociales, o la presentación del sistema de productos antes que la emergencia del sistema de producción*, son efectos de la totalización y permanencia del análisis social, que permiten aprehender de un solo golpe de vista unos significados que en la práctica social habían sido producidos y utilizados sucesivamente, paso a paso. Mediante la confección y utilización de esquemas globales, la teoría debe intentar mostrar en su orden lógico la génesis y desarrollo de la práctica social, tratando de evidenciar la sensatez y razón de ser de las acciones de los agentes y actores y su utilización oportuna, *a partir del ajuste producido entre sus expectativas y posibilidades de existencia social*. O sea, una representación sinóptica sincrónica cuyo interés fundamental se localiza en la comprensión, por sí misma, de las prácticas sociales y que, por lo tanto, desde el lado de la teoría y la abstracción prescinde de reformar o mejorar esa lógica que sólo comprende para actuar¹⁰⁹. Pero, como se podrá pensar, la renuncia a rectificar la práctica y, en consecuencia, el respeto a su desarrollo, no debe significar la inacción o el desafecto hacia los problemas y posibilidades de los ciudadanos. Antes bien, desde la perspectiva planteada, la comprensión y la acción objetivas, *anidadamente*, son necesarias y posibles siempre que no se prive a los agentes de aquello que constituye su identidad a la máxima potencia: la palabra y la acción que ellos mismos desarrollan y les implican en unas condiciones de vida específicas. Aunque la agencia está más allá de las voluntades y circunstancias concretas de los agentes y actores sociales, sin embargo se manifiesta de una forma más diáfana cuando éstos pueden ser activos, porque estén comprometidos en estrategias en las que pueden intentar desarrollar sus acciones —y no hayan sido limitados en ellas por otros agentes—, o porque hayan sido conceptuados como pasivos por los que tienen más poder para definir y ordenar. De esta forma, como actores sociales es como se adquiere una identidad social concreta a partir de las inversiones en un rol, que se va realizando constantemente hacia un camino particular¹¹⁰. Por tanto, la agencia forma parte de la vida social más allá de las limitaciones circunstanciales de sus protagonistas, y por tal causa la mejor acción dirigida a ellos es la que posibilita que sean autónomos, y puedan implicarse en las estrategias sociales que les ocupan desarrollando sus propias acciones. La ASP es una clase de acción intelectual que debe interactuar dialécticamente con la práctica y acción social, desde las limitaciones y posibilidades de su posición, pero abriendo el camino, entonces, para que sean los propios agentes los que tomen las responsabilidades de sus acciones y decisiones. Una acción que ayude a dar la palabra y la actividad a los que están privados de ella, pero también a deshacer las conceptuaciones de pasividad en las que son ordenados y clasificados aquellos agentes sociales que podrían

¹⁰⁹ *Ídem*: p. 113, 145 y 154, respectivamente.

¹¹⁰ M. S. ARCHER. *Realist social theory*... p. 258 y ss.

participar más en la definición de su propia situación¹¹¹. Así, bajo estas condiciones, y entendiendo que la vida social es el resultado de un conjunto de consecuencias de relaciones de acciones, pasadas y presentes que delimitan situaciones, podemos verla como una clase de acción necesaria y posible que estará dotada de mayor legitimidad cuanto que se comprenda su naturaleza y características sociológicas, así como sus diferencias con la práctica social y con la acción social general, lo cual enuncia sus posibilidades y límites¹¹².

En conclusión, a través de lo visto el acercamiento sociológico a la investigación de la ASP nos lleva a concebirla, junto a la investigación sociológica, como una clase de acción intelectual que como otras elaboraciones sociales expertas se ubica en la dimensión social objetiva, y que por lo tanto es extraña a la práctica social al significar ambas dos tradiciones distintas de relación con el mundo: teórica y práctica, respectivamente. Esta distinción que es básica para el conocimiento social se vuelve capital para investigar la ASP, al constituir una clase de acción que interactúa con la acción social y sobre la cual el riesgo de confusión, invasión o desafecto es más posible en los momentos clave de la interacción, en el “ruido de la actividad”. Es decir, cuando este hacer experto proyectado confluye con la vida social a través de momentos más o menos prolongados, al ser muy difícil determinar dónde puede finalizar la intervención social¹¹³. Por lo tanto, la ASP no es una práctica equiparable a la práctica social ni tampoco –desde la perspectiva técnica y profesional– es una práctica en sentido laxo; es decir, reducida a un carácter instrumental y mecánico o sujeta a pensamientos ajenos elaborados por otros en escenarios y etapas anteriores al proceso de la acción. En todo caso, sí que se puede decir que dentro de su carácter objetivo de acción intelectual, posee una dimensión práctica con respecto a otras actividades expertas, denotada por su impronta de activación y plasmación de las políticas sociales.

III. Relevancia e impacto de la intervención y la acción social proyectada en España

Voy a intentar mostrar en este apartado la importancia e impacto que tienen dentro del Estado social en España los servicios, programas y agentes, tanto profesionales como voluntarios, que trabajan en el campo de la intervención social. No obstante, como se podrá pensar, no resulta fácil determinar hasta donde llegan los servicios y programas del Estado social que sin ninguna connotación son más “pasivos” –estando ocupados en la atención–, y dónde comienza el espacio de la intervención de la ASP, como forma de activar y plasmar las políticas sociales en sus diversas escalas y niveles. En el caso de los primeros, que no están en pleno sentido en la activación, los podemos identificar a partir de que sus principales diseños y cometidos son susceptibles de ser completados y concluidos dentro de las esferas de lo

¹¹¹ J. IBAÑEZ. *A contracorriente...* pp. 425-426.

¹¹² Ver desde una perspectiva en confluencia I. PARKER. “La deconstrucción de la psicopatología en la investigación-acción”, en: *Archipiélago*, (Tema general: Psicología crítica. Entre el malestar íntimo y la miseria social). Núm. 76. Barcelona: 1995. p. 66 y ss.

¹¹³ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 78.

técnico, lo administrativo o, en su caso, de los meros servicios de atención. En ese sentido, no desarrollan acciones de continuidad de desempeño de programas, o actividades, que, de variadas formas, implican –o pueden implicar–, una suerte de participación regular de los receptores iniciales de tales acciones. Así, por ejemplo, los servicios técnicos de atención de la seguridad social, los equipos de valoración de minusvalías, o, por supuesto, la mayor parte del sistema sanitario, aún formando parte del sistema de intervención social general que constituye el Estado social, no tienen el carácter de acción social proyectiva vinculable, dependiente, y relativamente continuada hacia los ciudadanos, desde objetivos sociales que suponen el diseño, coordinación y plasmación de servicios, programas, prestaciones y acciones así orientados. A partir de ahí, el hecho de que podamos hablar de servicios y programas estables u ocasionales, o de que tengan un carácter más general o más especializado, o de que hayan sido diseñados desde una perspectiva individual o colectiva –o ambas–, es el resultado de debates políticos y/o técnicos y de las correspondientes opciones, posibilidades estructurales o preferencias de los agentes, en el diseño, la planificación y la coordinación. Sin pretender realizar un análisis cuantitativo exhaustivo, sí queremos resaltar la importancia de la ASP en España, y por lo tanto seguir destacando la pertinencia y relevancia estratégica de su tratamiento sociológico, en el contexto de creación de una realidad social favorable hacia el Estado social como garante de la ciudadanía social. A través de algunos datos cuantitativos secundarios, junto a los ámbitos y áreas de bienestar en especial concernidas, vamos a detenernos en algunas variables que consideramos muy significativas para calibrar la extensión y el arraigo de los dispositivos –fundamentalmente locales–, que de forma clara están vinculados y forman la red de la ASP en España. Nos referimos a los profesionales y puestos de trabajo implicados, a los servicios y dispositivos de atención y acción existentes, y, eventualmente, a algunos de los programas de los que forman parte. Por otro lado, desde la perspectiva del nuevo Estado social, visto como garante del bienestar pero no como su productor, es importante también describir y dejar patente la importancia del llamado Tercer Sector en el desarrollo de las AP, que no están enmarcadas, en estricto sentido, dentro de los límites institucionales. Resultará, pues, también ilustrativo, a través de las principales cifras, ponderar la importancia y relevancia del sector no lucrativo en este campo también de proyección de las políticas sociales.

Buscaremos la relación entre la amplitud y variedad de los profesionales implicados, y abordaremos en un primer momento los **Servicios Sociales** a través del número de los profesionales y los puestos de trabajo vinculados estructuralmente a ellos, fundamentalmente en las corporaciones locales y el llamado ámbito comunitario. Dentro de los subsistemas o áreas de bienestar social, son los Servicios Sociales de las corporaciones locales quienes sin duda constituyen los dispositivos más claramente vinculados a la intervención, y los que son, con una significada primacía, cuantitativamente más importantes. Por ello, nos detendremos algo más en ellos que en el resto de sistemas o subsistemas. Con independencia de los

CUADRO 1
ASP EN SERVICIOS SOCIALES DE ATENCIÓN PRIMARIA: TRABAJADORES DE
PLANTILLA Y DE PRESTACIONES SEGÚN TIPO DE CENTRO*

Relación laboral	Nº trabajadores en Centros de Servicios Sociales	Nº trabajadores en albergues y centros de acogida	TOTAL	%
PLANTILLA	10.202	224	10.426	41,65
PRESTACIONES	14.606	–	14.606	58,35
TOTAL	24.808	224	25.032	100,00

FUENTE: Ministerio de Asuntos Sociales y elaboración propia. *Datos de 2003.

diferentes puestos de trabajo y de las orientaciones más o menos estables para la acción, con el Plan Concertado de Prestaciones Básicas se ha consolidado la red básica de los servicios sociales de atención primaria, cuyo equipamiento nuclear de carácter local es el Centro de Servicios Sociales. Estos centros están compuestos por equipos multiprofesionales con marcos de acción delimitados por programas y por las prestaciones básicas, extendiéndose al conjunto de la población que sea el caso, aunque “con una atención preferente a los ciudadanos que más los necesiten”¹¹⁴. Con independencia de las opciones metodológicas elegidas y aplicadas en los diversos niveles del sistema, la relevancia de la ASP es clara simplemente sabiendo que –en datos correspondientes a 2003–, se encontraban trabajando alrededor de 25.000 profesionales en albergues, centros de acogida y, sobre todo, en los equipamientos de Servicios Sociales de las corporaciones locales, que es donde mayormente se desarrollan estas actuaciones y programas (CUADRO 1). El Plan Concertado contempla dos tipos de trabajadores según pertenezcan a la estructura de los centros asimilados como plantillas estables, o aquellos contratados *ex profeso* para desarrollar programas concretos

¹¹⁴ El Sistema Público de Servicios Sociales. Plan Concertado de Prestaciones Básicas de Servicios Sociales en Corporaciones Locales. En: Internet <http://www.mtas.es/SGAS/ServiciosSocDep/ServiciosSociales/PlanConcertado/Memoria.pdf> p. 11 y ss. (Consulta, septiembre de 2006). Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Los datos y cifras que se aportan a partir de aquí se refieren a todo el territorio español, menos al País Vasco y Navarra que no participan en El Plan Concertado. Aunque disponemos de datos de Servicios Sociales de ambas comunidades autónomas, hemos decidido no incluirlos al no constar desagregados los profesionales adscritos a las corporaciones locales y, por lo tanto, no poder discriminar los que están más vinculados a los programas de acción, que son los que aquí nos interesan.

adscritos alguna de las prestaciones que habitualmente vienen desarrollándose en y desde los centros¹¹⁵.

De la importancia de profesionales asignados a prestaciones, da cuenta que en los últimos años su número ha superado al de los trabajadores estructurales, en correspondencia con el volumen de proyectos desarrollados a través de los mencionados Centros de Servicios Sociales Municipales¹¹⁶. La orientación hacia el desempeño de la AP, se manifiesta de forma elocuente cuando pasamos a considerar los puestos de trabajo y funciones existentes, también en datos de 2003. Apoyándonos en el CUADRO 2 y refiriéndonos a los trabajadores estructurales de plantilla, podemos comprobar la destacable variedad de profesiones y disciplinas. Bien es cierto que los Trabajadores Sociales, al ser dentro del sistema existente los profesionales básicos de las Unidades de Trabajo Social –como primer eslabón de los Centros de Servicios Sociales–, constituyen el grupo mayoritario en la composición de las plantillas –40,8%–, donde, además, hay una correspondencia total entre puesto y profesión. Sin embargo, aun partiendo de la importancia de esta cualificación, tanto desde una perspectiva cuantitativa como desde la implantación de sus concepciones técnicas y metodológicas en el sistema, es destacable la relativa variedad de puestos de trabajo existentes, todos ellos orientados a la AP en el ámbito local. En efecto, Educadores, Animadores y Monitores, Trabajadores Familiares o Auxiliares de Hogar, son profesiones que con independencia de la formación inicial de los trabajadores que las ocupan¹¹⁷, enuncian la necesidad de complementariedad y adecuación de la ASP a las situaciones de la vida social en las que se interviene, por lo que a menudo forman parte de los centros de zona y de sus equipos. En el resto de puestos de trabajo estructural, nos encontramos con las siempre necesarias profesiones de entorno técnico que apoyan la intervención desde la perspectiva administrativa –14,1%–, y Trabajadores Auxiliares/Oficios con tareas manuales también de apoyo, en el contexto de los equipamientos y programas que se desarrollan. Si hasta aquí el conjunto de los puestos mencionados tiene un matiz escorado más del lado del hacer que de la proyección, es decir, más cerca de la práctica y de las actuaciones en sí, los restantes puestos como Asesor Técnico, Coordinador de Programas o el mismo de Director de Centro, se sitúan en un plano de decisión, un plano proyectivo y coordinativo, y, por derivación, más teórico en el interior del binomio teórico-práctico. En lo que se refiere a los trabajadores de prestaciones de los Servicios Sociales, es destacable que al tratarse mayormente de

¹¹⁵ Las Prestaciones habituales son: Información y Orientación, Apoyo y Ayuda a Domicilio, Alojamiento, Actuaciones de Prevención, Fomento a la Cooperación y Coordinación de las Actuaciones de Voluntariado. *Ídem*: p. 94.

¹¹⁶ *Ídem*: p. 79.

¹¹⁷ *Ídem*: p. 83. Por ejemplo, educadores, animadores, trabajadores familiares y alguna otra, son nuevas profesiones cuya demanda se anticipó a la existencia de las correspondientes titulaciones oficiales. Por ello, no es raro que, además de las formaciones de origen, trabajadores con cualificaciones como Profesor de EGB, el mismo Trabajo Social u otras de similar formación, después de algún curso de adaptación ocupen los mencionados puestos de trabajo.

CUADRO 2

ASP EN SERVICIOS SOCIALES DE ATENCIÓN PRIMARIA: TRABAJADORES DE PLANTILLA Y EMPLEO EN PRESTACIONES SEGÚN PUESTO DE TRABAJO

Puestos de trabajo	Trabajadores		
	Plantilla %	Prestaciones %	Total %
(Bases)*	(10.425)	(14.606)	(25.032)
Director Centro	3,5	0,1	1,5
Coordinador Programas	4,3	0,4	2,0
Asesor Técnico	3,7	0,8	2,0
Trabajador Social	40,8	1,6	17,9
Educador	13,0	2,4	6,8
Animador/Monitor	4,12	9,9	7,5
Adtivo/Aux. Adtivo.	14,1	1,0	6,4
Aux. Hogar/Trab. Familiar	6,7	80,8	49,9
Servicios Auxiliares/Oficios	4,2	1,6	2,7
Otros	5,3	1,0	2,8

* Total de Trabajadores, y trabajadores según plantilla y prestaciones del Plan Concertado en el año 2003. FUENTE: Ministerio de Asuntos Sociales y elaboración propia.

contrataciones temporales para programas específicos, los puestos más frecuentes son Animadores y Monitores –en torno al 10%– y sobre todo los trabajadores que participan en el importante programa de Ayuda a Domicilio –Auxiliares de Hogar–, que junto a los Trabajadores Familiares suponen cuatro quintas partes del total de los profesionales de prestaciones. Esta alta presencia es determinante para que sobre el total de los puestos de trabajo –plantilla más prestaciones– supongan alrededor de la mitad, situándose en segundo lugar los Trabajadores Sociales con un porcentaje cercano al 18%. Si descendemos más al detalle es reseñable una relativa variabilidad en la presencia y frecuencia de los puestos de trabajo, y de los correspondientes profesionales en función de las comunidades autónomas. Así, los puestos de Trabajador Social aunque son prioritarios en todas ellas, son casi exclusivos en Aragón, Islas Baleares, Cantabria, Cataluña, Castilla-La Mancha, La Rioja, Madrid y Murcia. En lo que respecta a los Educadores sociales, si bien son puestos que suelen estar adscritos a la estructura de los centros, no ocurre así en algunas comunidades como Canarias, Castilla y León, La Rioja y la Comunidad Valenciana. En cuanto a los Animadores y Monitores, normalmente son contratados para programas específicos que no exigen continuidad. No obstante, es subrayable que en Islas Baleares, Castilla-La Mancha y Murcia

suelen ser habituales en la formación de las plantillas. Y dada la fragmentación establecida a partir de puestos estructurales de plantilla y de prestaciones, no es raro que entre los primeros predominen las contrataciones a tiempo total –83%– y los contratados laborales fijos, mientras que en los segundos son claramente mayoritarias aquellas formas de regulación contractual a tiempo parcial –70%–, que al mismo tiempo son de carácter temporal y más inestables con respecto al empleo.

En resumen, pues, los Servicios Sociales en España constituyen el conjunto más importante de dispositivos institucionales orientados globalmente a la “acción” y a la intervención, con una relativa variedad disciplinar y profesional, que contrasta con la exclusividad metodológica y técnica de su orientación global desde la disciplina imperante, el Trabajo Social. Las intervenciones en este ámbito se dirigen –sobre el papel, puesto que en la realidad no es así–, al conjunto de los ciudadanos desde unos principios universalistas, y al mismo tiempo tratan de adecuar sus acciones a sectores de población concretos –infancia, mayores, madres solas, etc. – pero también, hacia aquellas personas, familias o colectivos que por su situación necesitan ayudas de diverso matiz y calado, para reencontrarse en el proceso de inclusión social que faculta la ciudadanía.

Si los Servicios Sociales constituyen una agencia que por sus características, *a priori*, no está especializada en sectores poblacionales concretos, no ocurre así con las dos siguientes, Mujer y Juventud, de las cuales vamos a conocer las principales magnitudes, con el fin de seguir entendiendo la relevancia de la ASP en el Estado Social y en el ámbito societario. En esa línea que incide sobre algunas de las dimensiones cuantitativas justificativas de esta investigación, podemos ver puestos de trabajo y profesionales, como hemos hecho con los Servicios Sociales, o podemos acercarnos simplemente a la implantación de los equipamientos y centros ubicados en el ámbito local, en y desde los cuales se desarrollan las acciones que corresponden al sector de población de que se trate. Siguiendo esa metodología sencilla, en el caso de **Mujer** existe un conjunto de recursos que se extienden por buena parte del territorio español, lo cual viene a denotar la necesidad y relevancia de estas informaciones y acciones para las mujeres y personas que los utilizan¹¹⁸. Los equipamientos básicos son los Centros Asesores y de Información para la Mujer en los que, aparte de responder a la necesidad de facilitar información y asesoramiento rápido y gratuito sobre aspectos jurídicos, se incide en otras informaciones y acciones que tienen que ver con la orientación profesional y empleo, la salud y planificación familiar y, también, sobre los servicios sociales. Así, con datos de 2005, el número de centros asesores y de información era de más 640, donde, además de las correspondientes profesionales de la rama administrativa y jurídica, no era inhabitual que hubiera algunas otras profesiones –psicólogos, sociólogos, trabajadores sociales, educadores, etc.– aunque fuera con contratos a tiempo parcial. Tales ocupaciones y profesionales vienen incidiendo en el diseño y desarrollo de las políticas de género a través de

¹¹⁸ En Internet: <http://www.mtas.es/mujer/servicios/guia_recursos/index.html> (Consulta realizada en septiembre de 2006).

actividades de empleo, salud, bienestar social y en el desarrollo del asociacionismo como elemento transversal vertebrador. Por otro lado, como equipamientos también vinculados con la ASP y su entorno, es destacable que, además de los anteriores, existen también otros de carácter más especializado –como los Centros y Casas de Acogida–, para dar respuesta a las mujeres –en ocasiones con hijos– que se ven obligadas a salir de su domicilio, y que se encuentran en situaciones comprometidas y difíciles tan diversas como la violencia doméstica, las que atañen a las madres solteras, las derivadas de la prostitución, u otras de especial dificultad referentes a mujeres ex-reclusas, toxicómanas, etc. Así las cosas, en un total de 550 se cifra el número de estos equipamientos en toda España¹¹⁹.

En el caso de los jóvenes y la **Juventud**, también podemos calibrar la relevancia de la acción que constituye la ASP, sabiendo que en 2006 existían alrededor 3.000 Centros de Información Juvenil en toda España, dependientes de las Comunidades Autónomas, Ayuntamientos –sobre todo– y de diversas iniciativas sociales. En esta red de centros se aporta información sobre las actividades vinculadas a este sector social, relativas a la formación, al tiempo libre y al ocio¹²⁰. Pero además, son espacios que constituyen plataformas para la promoción de actividades culturales de los propios jóvenes, y para el impulso del asociacionismo juvenil, prestando especial atención a la gestión y difusión de actividades de formación y asesoramiento para el empleo, junto a otras como el fomento del turismo juvenil o los proyectos de cooperación internacional¹²¹. Es decir, de forma neta dentro de la ASP, a partir de la mayoría de estos centros se realizan trabajos de información, aunque en estrecha conexión con actividades de promoción, animación y educación sociocultural, y de calle, que denotan la importancia de esta clase de acción dirigida a este sector social.

Pues bien, al igual que lo señalado hasta aquí sobre Servicios Sociales, Mujer y Juventud, lo mismo se puede decir de otros ámbitos de actuación social que están claramente delimitados como tales, o que forman parte de otros subsistemas en el contexto del Estado social. Sirva como expresión de esto, los **Planes de Empleo y las Agencias de Desarrollo local**, cada vez más numerosos, o, en otro orden, los **Planes sobre Drogas**, cuyas actuaciones también se desarrollan, en gran parte, a partir de las corporaciones locales; sobre todo desde ayuntamientos de municipios que tienen un carácter más urbano. Por último, como participantes de otras áreas de bienestar, aunque siempre con pretensiones conectivas con los servicios y actuaciones mencionados, en **Sanidad** podemos hacer referencia –con datos de 2004¹²²– a los puestos cubiertos por trabajadores sociales tanto en los Centros de Salud –2.700– como en los hospitales –780– que tratan de contemplar y desarrollar la dimensión social que toda situación de salud o enfermedad tiene. Finalmente, hay otras áreas y servicios como **Educación y Vivienda** que, dentro de la diversidad existente en cada ámbito, proyectan

¹¹⁹ *Ídem*: p. 124. Hemos realizado un recuento del número de centros a partir del citado trabajo sobre Recursos y Centros de Interés para las Mujeres.

¹²⁰ En Internet:< <http://www.injuve.mtas.es/>>. (Consulta de septiembre de 2006).

¹²¹ INJUVE. *Informe sobre las políticas de Juventud...* p. 166 y ss.

¹²² En Internet:< <http://www.msc.es/estudios/Estadisticas/home.htm>>. (Consulta realizada en septiembre de 2006).

y realizan acciones de carácter social que van más allá de sus desarrollos normalizados de atención institucional, y que tienen el componente “activo” o de desarrollo de programas y proyectos con el que hemos caracterizado a la intervención social¹²³. De esta forma, al entrever la ASP con un corte transversal que resalta su diversidad, podemos caer en la cuenta de su capacidad real y potencial como plasmación de las acciones desarrolladas a partir de las políticas sociales. Son recursos y actuaciones que tienen un componente técnico, pero que, junto a otros instrumentos societarios y del mismo Estado social, incorporan una dimensión valorativa y moral porque aseguran, o pueden hacerlo, la profundización de la ciudadanía y la extensión de la justicia social.

Sin embargo, la ASP que tratamos de visualizar y explicar no sólo alumbra un componente estatal o institucional, pues existe un mundo asociativo –como parte del ámbito societario– que realiza intervenciones, y que está también orientado a la acción y al desempeño de actividades dirigidas a mejorar la situación social de las personas, de los sectores sociales, y en general de las poblaciones que constituyen el objetivo de sus actuaciones. Así, además del llamado **Tercer Sector**, es posible discernir dentro de él el subconjunto del **Tercer Sector de Acción Social**, que está circunscrito a aquellas entidades no lucrativas cuya actividad principal son los Servicios Sociales, comprendiendo también a otras entidades dedicadas de forma prioritaria a la Salud, al Desarrollo Comunitario y la Vivienda, a los Derechos Civiles, al Asesoramiento Legal, y a la Política y Actividades Internacionales..., si bien desarrollando como segunda actividad la intervención a partir de servicios sociales personales; en el sentido de tener como objetivo de actuación a un colectivo o sector social de población, como la familia, la infancia, la tercera edad, minusválías, etc.¹²⁴ Las Asociaciones, las Fundaciones, las Entidades Singulares –Caritas, Cruz Roja, Fundación ONCE–, las áreas sociales de las Cajas de Ahorros, las Cooperativas, las Sociedades Laborales y Mutualidades, todas ellas componen el Tercer Sector, desde una posición que nunca puede sustituir al Estado social pero sí complementarlo. En ese sentido, tienen un papel esencial tanto en la prestación de atención y servicios, como también en la proyección y desempeño de AP preventivas y correctoras¹²⁵. Es evidente que en muchas de ellas se reproducen algunos de los componentes clásicos de las políticas sociales institucionales que han caracterizado al Estado social, del cual, además, a menudo dependen económicamente. Pero otra de sus características es que suponen la manifestación de la diversidad social existente en nuestras sociedades, y de sus producciones emergentes, aportando soluciones o apoyos novedosos ante problemas sociales que ocurren en el ámbito en el cual trabajan.

¹²³ Nosotros aquí sólo hemos pretendido indicar la relevancia de la ASP a través de las principales áreas donde se encuentra presente. Pero, sin duda, está por hacer un análisis cuantitativo de la ASP.

¹²⁴ J. L. GARCÍA DELGADO (dir.) *Las cuentas de la Economía Social. El Tercer Sector en España*. Madrid: Ediciones Civitas. 2004. p. 39.

¹²⁵ V. MARBÁN GALLEGU. “Identidad y dimensión del Tercer Sector” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. p. 119.

Antes de las magnitudes indicadoras del Tercer Sector de Acción Social, como la clase de intervención que más se acerca a la ASP, conviene, en una mirada rápida, proyectar el conjunto del Tercer Sector, con el fin de entender su relevancia al ser un espacio de acción complementario del Estado Social, y desde el que entidades especializadas en la acción –o parcialmente dedicadas a ella–, desarrollan sus correspondientes actividades sociales. A través del CUADRO 3, podemos hacer una comparación entre cifras de 1995 y 2001, desde parámetros equivalentes de dos investigaciones distintas¹²⁶. Fijándonos en el último año, 2001, lo primero que destaca es el número de entidades del Tercer sector –cercano a las 165.000–, lo cual suponía un 6,5 % sobre el total de entidades que existían en esos momentos en España. Ello da idea de la vertebración extraestatal que, además, en su práctica totalidad tiene una orientación social, por más que en muchas de ellas sus objetivos iniciales no estén expresados en tal sentido. A partir de ahí, es subrayable el número de asalariados que alcanza este espacio del ámbito social: en 1995 suponían un 4,5% sobre el total del empleo en España –548.366 asalariados–, mientras que en 2001 su número había crecido hasta 835.409, alcanzando un 6,1% sobre el total de la ocupación en el conjunto del país. Si tenemos en cuenta que en estas entidades son frecuentes las regulaciones contractuales a tiempo parcial, el número de jornadas comprendidas a tiempo completo –es decir, el llamado empleo equivalente– reduce algo las cifras anteriores, pero da una idea cabal de su importancia. De hecho en 1995 significaban 475.179 empleos equivalentes –un 3,8% respecto al total de España–, mientras que en 2001 eran 721.639; por tanto, un 5,5% para las mismas magnitudes en el conjunto de la ocupación. Ahora bien, esta extensión en el ámbito societario, que denota tanto el número de asalariados como de empleo equivalente, no se agota ahí pues, como se sabe, una de las características del Tercer Sector es su capacidad de movilizar personas que prestan tareas de voluntariado en sus respectivos ámbitos. Así, es harto significativo que en el año 1995 hubiera 2.931.219 voluntarios¹²⁷, cuyo empleo equivalente – 253.599–, unido al ya señalado de los asalariados en estas entidades, venía a suponer un total de 728.778 puestos a jornada completa, es decir, un 6,8% con respecto al total de España. Para el año 2001, las cifras referentes al voluntariado siguieron la evolución lógica propia de un sector social dinámico, que consigue implicar y comprometer en tareas sociales a una población cada vez más amplia. Así, el número total de voluntarios, en sentido amplio, subió hasta 4.244.568 que traducido en términos equivalentes del empleo remunerado, suponen un total de 488.422 puestos de trabajo a jornada completa. Y al incorporarlos junto con el empleo equivalente del voluntariado, suponen 1.210.081 puestos a jornada completa, significando un 9% respecto al total del empleo en España –Ver CUADRO 3–.

¹²⁶ Bien es cierto que el número de entidades en 1995 fue contabilizado con un criterio más amplio –total de Entidades del Sector No Lucrativo– que el del Tercer Sector. Por tal causa, el total de entidades es mayor en 1995 –253.507– que en 2001 –164.916–.

¹²⁷ Voluntarios en sentido amplio. Si contamos sólo los voluntarios en sentido estricto, es decir, con una dedicación mínima superior a las cuatro horas semanales, serían algo más de un millón. Ver J. I. RUIZ DE OLABUENAGA. *El sector no lucrativo en España...* p. 147.

CUADRO 3
ENTIDADES, ASALARIADOS Y EMPLEO EN EL TERCER SECTOR EN ESPAÑA EN 1995 Y 2001.
TERCER SECTOR DE ACCIÓN SOCIAL Y PROPORCIONES RESPECTO AL TOTAL DEL
TERCER SECTOR

Años y Sectores	1995: Entidades del Sector No Lucrativo			2001: Tercer Sector			2001: Tercer Sector de Acción Social	
<div style="text-align: center;">Totales</div> <div style="text-align: center;">Magnitudes</div>	Total Sector No Lucrativo	Total España	%	Total Tercer Sector	Total España	%	Total TS de Acción Social	%*
Número de entidades	253.507	–	–	164.916	1.152.678	6,5	26.736	16,2
Número de Asalariados	548.366	12.041.900	4,5	835.409	13.612.400	6,1	78.029	9,3
Empleo Equivalente	475.179	11.587.900	3,8	721.639	13.021.700	5,5	–	–
Voluntarios	2.931.219	-	-	4.244.568	-	-	338.411	
Empleo Equival. Voluntarios	253.599	11.587.900	2,1	488.442	13.021.700	3,7	111.000	22,7
Empleo Equival. total (con voluntarios)	728.778	12.316.678	6,8	1.210.081	13.510.142	9,0	–	–

FUENTE: J. I. RUIZ DE OLABUÉNAGA; J. L. GARCÍA DELGADO¹²⁸ y elaboración propia. *Proporciones obtenidas en relación al total del Tercer Sector.

Cuando del total de entidades del Tercer Sector entresacamos las del Tercer Sector de Acción social, las magnitudes cobran más cercanía con la intervención social. En ese sentido, mirando la parte derecha del CUADRO 3, vemos que el número de entidades de este subsector era 26.736, es decir, un 16,2% respecto al total del Tercer Sector, y en el que los puestos de trabajo asalariados, relacionados con intervenciones dirigidas a colectivos, llegaban a 78.029; un 9,3% sobre el total. En cuanto al voluntariado concerniente a este segmento de actuación, las cifras eran elocuentes respecto a su calado en el conjunto de la sociedad y de la misma ASP. De los más de cuatro millones de voluntarios totales que hemos visto había en ese año de referencia, 338.411 desarrollaban –en este Tercer Sector de Acción Social– tareas en favor de colectivos marginados, y, en general, en el ámbito de la intervención. Y ello traducido a puestos de trabajo equivalentes, suponía 111.000 puestos de trabajo relacionados con los Servicios Sociales¹²⁹.

¹²⁸ Los datos referentes a 1995 han sido obtenidos de J. I. RUIZ DE OLABUÉNAGA (dir.). *El sector no lucrativo en España*. Bilbao: Fundación BBV. 2000. p. 140 y 150 y ss., respectivamente. En cuanto a los de 2001, lo han sido de J. L. GARCÍA DELGADO. *Las cuentas de la Economía Social...* p. 36. Asimismo, para el acercamiento y contraste del Tercer Sector de Acción Social nos hemos apoyado también en V. PÉREZ DÍAZ y J. L. PÉREZ NOVO (dirs.). *El Tercer Sector Social en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 2003. p. 146 y ss. y p. 211 y ss.

¹²⁹ J. L. GARCÍA DELGADO. *Las cuentas de la Economía Social...* pp. 37, 38 y 217, respectivamente.

En una recapitulación provisional, vemos que se trate de la ASP institucional del Estado Social, o del conjunto del Tercer Sector o, dentro de éste, de la acción del Tercer Sector de Acción Social –con profesionales y voluntarios–, no deja de sorprender la dimensión cuantitativa y social de la misma. Ya hablemos de puestos de trabajo, de profesionales, o de voluntarios, como que lo hagamos de recursos, centros o equipamientos, es elocuente su extensión, profundidad y distribución socioterritorial en nuestra sociedad, a través de su localización en ayuntamientos y entidades locales. Esto confiere a esta clase de acción objetiva, que desarrolla buena parte de las políticas protectoras, un protagonismo en la mejora y acometida de los problemas sociales, así como una cercanía e interacción con la ciudadanía que, a semejanza del Estado social, le sitúa en la estela del conocimiento sobre qué cualidades tendría que poseer la acción que necesitan los ciudadanos. Y del lado del nuevo Estado social –Estado social más mundo societario–, motiva e impulsa la búsqueda de un estatuto teórico y metodológico sólidos para la ASP, que, más allá de la diversidad de contenidos y objetivos según ámbitos, colectivos y disciplinas, fundamente unos principios básicos de acción comunes. El análisis y la reflexión sociológicas pueden y deben jugar un papel importante a la hora de elaborar una hoja de ruta que fortalezca y dignifique el estatuto de la ASP, pueden y deben proporcionar herramientas para los “viajes” de ida y vuelta siempre imprescindibles, que van desde el conocimiento a la acción o desde los enfoques generales a los más particulares y específicos.

IV. Análisis terminológico y conceptual de la acción social proyectada: hacia un enfoque sociológico

Ha llegado de nuevo el momento de volver a fijarnos directamente en la ASP, en su articulación social presente y en su mediato pasado. Y con una perspectiva enlazada con el mundo social –descriptiva, explicativa y normativa–, tratar de conocerla, comprenderla y también proyectarla hacia un diseño teórico básico que, yendo más allá de situaciones concretas –aunque apoyándonos en ellas–, constituya un esbozo de su sociología. Un acercamiento como forma de pensar y hacer de la sociedad sobre sí misma, o lo que es lo mismo como implementación de las políticas sociales buscando adecuarlas a las necesidades de los ciudadanos. Ya anticipamos en la Introducción que la Acción Social Proyectada es la denominación elegida para nuestro objeto de estudio, a diferencia de otras terminologías que vienen siendo utilizadas desde distintas orientaciones, o perspectivas institucionales y profesionales. Por ejemplo: acción, trabajo, intervención, implementación... Todas ellas tienen de primer y único apellido la palabra “social” –como la nuestra–, pero sabiendo que nosotros hemos añadido al término una segunda caracterización –“*proyectada*”–, intentando introducir la reflexividad a la vez que recordar la distinción con la acción y práctica social. En ese sentido, se trata que sea reconocida, y se reconozca, en una tradición de elaboración de pensamiento objetivado que si bien forma parte de la acción social general, no puede ser

confundida indiscriminadamente con ella. En la misma línea hemos querido realizar una declaración de intenciones tratando de redimensionar desde la sociología un objetivo analítico que debe dejar de ser abordado desde las estrechas fronteras en que frecuentemente se le considera, frente a la realidad social que tiene que acometer con sus actuaciones. Así, es menester que sea un objeto social de estudio con todas las consecuencias: globalidad, relaciones entre distintas dimensiones de la realidad social y entre diversos subsistemas, intereses creados, interacción y relación con la acción social en sí, consecuencias conocidas y desconocidas de sus acciones, evaluación, etc. Es decir, una atención que no solo quede formulada desde la sociología *a priori* –investigación, planificación– o *a posteriori* –evaluación–, sino que, como ocurre con cualquier objeto sociológico habitual, se centre en su carácter emergente y en su presente de AP. Y ello tanto desde la perspectiva de la relación institucional –considerada más habitualmente–, como desde la relación con la acción social en la que están involucrados la agencia social y los actores sociales.

A diferencia de otras ciencias sociales, como la economía, la psicología, o la política, que se especializan en subsistemas sociales concretos, la característica principal de la sociología es que constituye un saber que trata de conocer y comprender a la sociedad en conjunto y profundidad, con sus relaciones globales y particulares¹³⁰. Y, desde esa perspectiva, los objetos de observación y acción sociológicos, tienen las mismas características –profundidad, alcance, precisión– que el saber bajo el cual se intentan abordar. La ASP pensamos que constituye uno de ellos. Sin embargo, no nos podemos sustraer a las habituales denominaciones que, o bien [1] sólo acentúan un aspecto particular de lo que supone esta clase de acción, o bien [2] son confusas porque no distinguen entre distintas clases y formas de acción social, o bien [3] sesgan la aplicación de las políticas sociales hacia modelos muy caracterizados por las formaciones profesionales o disciplinas de origen. La idea de Estado social y agencias afluyentes, con sus formas de acción globales y específicas, temáticas o geográficas, que trata de abordar situaciones y necesidades ciudadanas, da cuenta de la ubicuidad de estas actuaciones que se encuentran ya muy presentes en nuestra sociedad, como una acción cada vez más conocida y aceptada. Incluso, en temas como el cuidado de mayores por parte de personas ajenas a la familia que no hace mucho era impensable. Pero no sólo es eso. Como hemos visto en el capítulo anterior, al Estado social se le exige una presencia indiscutible que entraña actuaciones que van más allá de la mera presencia de servicios de atención. Desde esa perspectiva, el problema parece radicar en que esta clase de acción ha devenido un asunto particular según los subsistemas que tienen presencia en ella –Juventud, Servicios Sociales, Sanidad, etc.–, y que se ciñen a orientaciones profesionales o a preferencias espaciales que priorizan unos ámbitos de actuación respecto a otros. Más allá del origen de las causas del problema –que son tanto de carácter endógeno como exógeno a la propia sociología–, no se pretende la exclusividad del enfoque sociológico sobre otros más

¹³⁰ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 18 y ss.

especializados, sino que lo que se quiere hacer notar es el carácter social relacional del objeto de observación y acción en su constitución y condición. En consecuencia, no solo los análisis deben ser abordados de manera sociológica, *sino también las proyecciones de acción tanto como las mismas acciones*. De manera habitual tales actuaciones se han venido asociando con lo concreto y con lo instrumental, o con algún subsistema que ha ido acotando su campo y márgenes de actuación frente a otros. A causa de ello, la mayoría tienen las pretensiones de universalidad que denota el término “social”, con el que se caracterizan –por ejemplo: “intervención psicosocial” o “educación social”–, para indicar esa pretensión que pretende aminorar el déficit –social–, mostrando que están al cabo de la calle de las implicaciones sociales que tienen sus actuaciones. Bien es cierto que ello también tiene su razón de ser, pues en sentido amplio toda intervención es social sea ésta, pongamos por caso, de carácter económico, psicológico, o educativo.

Nuestra propuesta no es tanto matizar a subsistemas de saberes y prácticas legítimos en sus análisis y actuaciones, cuanto evidenciar la necesidad de que exista un espacio global sociológico de la ASP, y de su investigación, en el que, como a menudo hace la sociología, las relaciones e implicaciones recíprocas con lo más específico estén contempladas: es decir con campos sociales, espacios sociales, y/o lapsos temporales concretos. La acción social y la sociedad están constituidas tanto por la agencia social –que denota una estructura social y un sistema de posiciones–, como por actores sociales –que ocupan, desarrollan e interpretan roles preexistentes asociados a posiciones–, como por personas –que articulan la condición básica de seres humanos y constituyen el sustrato básico de nuestras sociedades¹³¹–, y la sociología, en tanto que ciencia de la acción social y de las instituciones sociales debe contemplar esta pluralidad objetual y global. La relación escalar irreducible entre las partes que componen la acción social, es esencial en el caso de la ASP, ya que su campo de prácticas reales imperantes, muy a menudo, se encuentra roturado por enfoques de diferente nivel lógico que rara vez admiten gradaciones intermedias y cercenan su necesaria continuidad¹³². Por ejemplo, lo individual se establece contra lo colectivo, lo psicológico contra lo social, el hacer contra el decir, o lo económico frente a lo social, entre otros. Al final, lo que subyace es una lógica institucional –preexistente al nuevo Estado social, por el que se aboga, de relaciones más plurales y simétricas–, que se traduce en dar prioridad a lo propio frente a lo ajeno. Por lo tanto, una cultura de complementariedad subsistémica va en la misma dirección de contemplar en el análisis de la acción y en la misma acción, una visión global de las relaciones que se establecen entre la sociedad y la ASP. Pero también de ésta con el resto del Estado social y con los diferentes subsistemas más o menos especializados que lo componen.

Tras este interludio, debemos rescatar el tema de las denominaciones habituales de lo que nosotros llamamos ASP. Se entiende, que cuando hacemos mención a términos referidos

¹³¹ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* pp. 257 a 292.

¹³² P. ROSANVALLON. *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial. 1995. p. 214.

a lo social es muy difícil el ajuste entre lenguaje y mundo. No obstante, las denominaciones son referentes de lo que son, o quieren ser, aunque a veces existan déficits o excesos terminológicos que son muy explicativos. [1] Hay denominaciones como *implementación* o *intervención social* que suponiendo una parte de lo que constituye la ASP, son parciales porque sólo ponen de relieve alguno de los elementos del proceso de la acción, y cuando quiere connotarse con ellas globalidad o generalidad se hace de manera demasiado imprecisa. En efecto, en el caso de la *implementación* nos remite a instrumentalidad y realización en la parte final, cuando se materializan las acciones. Se trata de acabar un proceso que es más prolongado que lo que a ella compete, articulándose desde la visión fordista fragmentada de lo dominante intelectual frente a lo manual. Si se profundiza en el razonamiento, cuando hablamos de impulsos de conocimiento previos a la acción que ejecutan otros que no han pensado en ella (?), la implementación se adecua a este modelo, por más que sea muy utilizada en diferentes ámbitos¹³³. En cuanto a la *intervención*, se trata de un término significado por un concepto ambiguo aunque versátil, pero por ello fructífero desde el punto de vista de la explicación parcial de la ASP. En sentido lato, intervenir es participar junto con otras personas en actividades o acciones, y a ello nos remite su práctica institucional y social; al mismo tiempo el sustantivo, intervención, también es irrupción o allanamiento en los asuntos de otros¹³⁴. Por un lado, la denominación puede ser genérica y por eso nos sirve para utilizarla de forma global sin connotaciones negativas, por ejemplo cuando hablamos de la intervención del Estado o del Estado de bienestar en la vida social. Pasando de lo genérico a lo concreto, también se adecua para designar, indistintamente, alguna de las partes del proceso de la acción ASP; en especial, aquellas en las que tiene lugar la interacción de los profesionales con los ciudadanos. En otro sentido, su significado de irrupción en espacios y momentos ajenos, nos pone en guardia sobre las cautelas de conocimiento y acción que es necesario tomar en el desarrollo y realización de las políticas sociales. Por decantación, es útil para recordarnos que por mucho que se adecue esta clase de acción, siempre será una intervención, es decir, una actuación extraña a los ciudadanos, en el sentido de pertenecer al mundo objetivado, o intelectual, ajeno a la lógica práctica que ineludiblemente hay que mirar como una relación social. Sin embargo, las posibilidades genéricas y relativamente indeterminadas del concepto de intervención son también sus limitaciones. Aunque la apellidemos como social, intervención puede ser muchas cosas que no tienen nada que ver con lo que aquí tratamos: acciones en las que se integran capacidades, intenciones y conocimientos por parte de los actores. En ese sentido, el concepto bascula en demasía hacia la parte dependiente, física u operacional, que tan sólo es un elemento de las acciones¹³⁵. En definitiva, se trata de un término aprovechable y utilizable, aunque impreciso, que no acaba de

¹³³ Por ejemplo, en los países anglosajones.

¹³⁴ Ver M. MOLINER. *Diccionario de uso...* p. 158. La gran influencia que ha tenido el modelo médico en las ciencias sociales queda también denotado con este concepto.

¹³⁵ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 139 y ss.

dar cuenta de la riqueza y complejidad del desarrollo de las políticas sociales a través de esta clase de acción.

[2] Hay otras denominaciones habituales que llevan a confusión al posibilitar que se establezcan identidades y similitudes entre diferentes clases de acción: la social y “la proyectada”. Quizás la más utilizada sea la de *acción social*, cuyo intento de simpatía y resonancia con la práctica social no deja de ocultar la diferencia de condiciones en la que los actores se desenvuelven. En el contexto de la acción y de la realización de las políticas, el compromiso hacia los receptores de éstas ha venido intentado remedar la distancia, cuando no el desafecto burocrático en el que a veces se ha caído desde los dispositivos de bienestar institucional. Frente a la separación tecnocrática impuesta por investigadores, planificadores y altos responsables técnicos, respecto a los trabajadores de la acción y a los propios destinatarios de las políticas, las representaciones y prácticas compensatorias desde los lugares y momentos de materialización de las actuaciones, han buscado, *de facto*, una alianza no escrita entre las partes que son imprescindibles para plasmar las actividades proyectadas: técnicos y ciudadanos y, en su caso, el movimiento asociativo. Hay, por tanto, un objetivo simbiótico con la realidad social que busca suprimir las distancias, pensando que así se llegará a la comprensión y con ella a una mejor solución de los problemas sociales. En efecto, las actividades realizadas a partir del Estado social en todas sus versiones, son acciones sociales pero, como hemos visto más atrás, se trata de una clase de acción que no es irreducible al conjunto de la acción social –de la que forma parte–, ni a la práctica social de los ciudadanos. Desde esa perspectiva, las denominaciones que impliquen asimilaciones automáticas, aún sean bienintencionadas, corren el riesgo de imputar sus propios problemas y prejuicios a los destinatarios y, dada la irreducible diferencia entre ambas acciones, disminuir la potencia explicativa, afectiva y moral de la acción proyectada.

[3] Hemos agrupado otro conjunto de denominaciones en la realización de las políticas sociales, desde el criterio de que constituyen referencias profesionales –algunas más implantadas que otras– en la acción, cuanto que están sostenidas por formaciones profesionales o disciplinas de origen que se han esforzado por desarrollar un conjunto de saberes y técnicas específicas. Más que profundizar en ello aquí, nuestro interés se cifra en ceñirnos al sentido social de los conceptos y señalar, en este caso, la dificultad de articular un despliegue social coherente hacia esta clase de acción proyectada, cuando las diversas visiones existentes –antes que integrarse– se coordinan para la estructuración y posterior mantenimiento temporal de los espacios de la intervención¹³⁶. Bien es cierto que en los campos donde existen situaciones de monopolio, aunque se realice el mencionado ajuste entre las diversas técnicas de actuación, es la mirada dominante quien constituye la organización del sistema institucional, mientras que las otras disciplinas son segmentos que deben adecuarse a ella. Algunas ciencias especializadas en subsistemas de la sociedad –como la

¹³⁶ J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire...* p. 47.

psicología o la pedagogía— despliegan metodologías y técnicas de intervención, a saber, la acción o intervención psicosocial y pedagógica, respectivamente. Otras disciplinas como la educación social o la animación sociocultural —y sus variantes—, desde sus posiciones dependientes en el sistema de intervención, se debaten entre la búsqueda extraña y fructífera de referencias de conocimiento poderosas, junto a las presiones pragmáticas para adecuarse al papel de una tecnología práctica que corre el riesgo evidente de una pérdida del sentido de la acción. Sin embargo, siempre que se mantenga el interés por la concertación de saberes, metodologías y técnicas de intervención, el problema no lo encontramos en estas designaciones y sus contenidos, ya que al no tener pretensiones globales de dominación, sus denominaciones y prácticas se suelen articular desde la complementariedad. En ese sentido, mención aparte merece el “trabajo social” cuya denominación, habiendo sido expropiada de su sentido habitual, se ha venido articulando en los últimas décadas como identidad disciplinar y profesional. Desde el significado de trabajo —con referencia a la actividad y sus propósitos—, como cualquier actividad física o mental que transforma materiales en una forma más útil, proveyendo o distribuyendo bienes o servicios a los demás, y extendiendo el conocimiento y el saber humano¹³⁷; pero, también, con el añadido de social, es decir, significando una actividad dirigida a conocer, comprender y, en su caso, modificar el ámbito social. Pues bien, desde esos contenidos legitimadores se produce un desplazamiento metonímico por el que se pasa a otro significado que remite al conjunto de las tecnologías, prácticas y saberes prácticos —proyectados— necesarios para la intervención. A estas herramientas se las pretende unificar con una denominación en la que le quedan restos de aquella legitimada laboriosidad —“trabajo”—, y con la vocación de abarcar los diversos ámbitos de esta clase de acción social, desde los más individuales y personales hasta los más colectivos —“social”—. Al hacerlo así, se ha constituido, de hecho, en un incontrovertible monopolio de acción objetivada —material— sobre la intervención social que, paradójicamente, no es social en el sentido sociológico de alcance global y profundidad. Pues, ante todo, bascula hacia el componente tecnológico e instrumental de la acción proyectada, estando instalada en repertorios de actuación mayormente individuales, desde los cuales se pretende adecuar la acción social a su método específico.

Sin embargo, nuestro propósito sigue siendo contrastar términos y conceptos y su inmersión y significados en el mundo social cercano, antes que realizar evaluaciones críticas pormenorizadas de cada una de las disciplinas y prácticas de la acción, lo cual consumiría excesivas energías, resultando, a la postre, menos útil. Por ello, desde la premisa básica de la necesidad de articular la mirada social global en las actuaciones, nuestra propuesta comienza por trazar las bases para una ordenación espacial y conceptual mínima de esta clase de acción, que —no excluyendo la competencia y el reconocimiento de intereses creados—, pueda dar pie a las estrategias de cada una de ellas, si bien en un marco de complementariedad y

¹³⁷ Ver J. J. CASTILLO. *Sociología del trabajo. Un proyecto docente*. Madrid: Siglo XXI. 1996. p. 15 y ss.

concertación. Para ello, junto a un reconocimiento del papel y utilidad individual de cada disciplina de la acción, es primordial establecer un campo simbólico de actuación social –proyectada–, en el que haya una adecuación real de la intervención a los propios marcos disciplinares teóricos de cada una –aunque fuera de máximos–, con el compromiso de no validarlas e implantarlas más allá de los límites formales establecidos entre ellas. No es tanto una simple repartición de poderes en el espacio de la intervención, como la construcción de un marco cooperativo impulsado por el conjunto que evite, además, la inacción hacia las demás, de parte de aquellas que son disciplinas dominadoras¹³⁸. Partimos de que todos los enfoques son validos y necesarios para su específica acción y para la AP, en general, pero desde esa premisa cada dispositivo debe ceñir sus actuaciones al alcance real de su materia, de forma que la propia especialización denote la complementariedad teórica y práctica. A este respecto, la metodología del cambio hacia el estado de cosas que se propone, no aboga por la sustitución de los grupos técnicos y humanos pertenecientes a disciplinas no ceñidas a su espacio de actuación, o con déficit en las actuaciones sociales y en el tratamiento de sus consecuencias. Más bien, el salto debe producirse por el reconocimiento de las posibilidades y límites de las disciplinas, y, dado esto, por la recuperación del espacio social de la acción desde dos puntos de vista: a) rescatando la visión social sobre las consecuencias de las intervenciones que se realizan, y b) capacitando de manera explícita un enfoque social –sociológico– en las actuaciones.

a) Como hace cualquier disciplina de intervención en las actuaciones a realizar, estimar desde un sustrato de información social articulado, las repercusiones sociales globales, o sociológicas, de las acciones de las otras disciplinas implicadas, estableciendo una discusión técnica al respecto con el fin de decidir sobre la relación entre esa clase de actuaciones disciplinares y sus posibles consecuencias sociales. El objetivo será construir una abstracción sinóptica –actualizada en cada momento–, sobre las situaciones de los receptores de las acciones, sus propias acciones y las repercusiones provisionales desde el conjunto de las disciplinas y los saberes puestos en marcha. En la perspectiva de la sociología de la ASP y de la acción social, el asunto será observar cómo queda la situación después del final de la acción estipulada. Es decir, la situación –provisoria– de los ciudadanos pero también la de los dispositivos y agentes de intervención respecto a ellos, desde la necesidad del reforzamiento continuo de la legitimidad del Estado social. En definitiva, una nueva situación construida y pactada entre los conocimientos y campos de acción de la intervención, que resulta aún más esencial en el marco del nuevo Estado social por el que se aboga, donde se trata de que exista una reordenación hacia fuera –compartir responsabilidades con el mundo asociativo–, pero también hacia dentro: articulando un espacio coherente y eficaz, donde el respeto y la complementariedad interdisciplinar posibiliten la adecuación a las emergentes necesidades ciudadanas.

¹³⁸ J. ION. *Le travail social à l'épreuve du territoire...* p. 67.

b) Es necesario volver a restaurar en el marco de esta clase de acción, o, si se quiere, de la intervención, un espacio eminentemente social de actuación exclusiva y compartida que coexista con el de las otras orientaciones de intervención, y con las restantes disciplinas y dispositivos. Al articular la visión de lo general con lo particular, o de lo global con lo local, se presenta la posibilidad de ver las –posibles– repercusiones y consecuencias personales, grupales y sociales de las acciones. Por ejemplo, el impacto personal y social de un sistema de ayudas a madres solas de larga duración, desde la perspectiva de los propósitos de las ASP y de sus efectos en la vida personal de las afectadas¹³⁹. Pero también, en relación con los logros y consecuencias encontrados en los diferentes niveles relacionados de la acción social: como actores sociales en la ocupación de roles –empleo–; y, asimismo, en las capacidades y resultados a nivel agencial y estructural –evolución, material y simbólica, de su posición social–. Ahora bien, puesto que hablamos de acción y de su conocimiento y análisis para la acción, se entiende que no es sólo la investigación comprensiva de la acción social *a priori*, o la perspectiva evaluativa que analiza *post festum*. Antes que eso, lo que señalamos es que estas dimensiones analíticas se suman a un espacio de conocimiento y acción presentes, donde de continuo la proyección de la acción, su desarrollo y análisis –junto a las otras disciplinas implicadas en esa situación– contemplan y realicen de manera explícita, el contenido sociológico que asegure la dimensión y alcance global social en la acción que venimos sustentando.

Del análisis de las denominaciones de la intervención, hemos llegado a la necesidad de articular un campo de la ASP que tenga un origen y alcance sociológico, con todo lo que ello implica, y se sitúe en una posición de interdisciplinariedad con respecto a los otros saberes y prácticas de la intervención. Ello queda justificado en la misma pretensión homológica de la sociología con la sociedad que, si bien imposible de consumir, va más allá de una desdibujada o borrosa visión general o de concreciones de mediano y corto alcance. Un intento de mirada ajustada que reconociendo las deudas científicas con los razonamientos deductivo o inductivo, vaya más allá de ellos e intente un ajuste transductivo, manteniendo o aumentando la información que se posea¹⁴⁰. Un resbalón en el proceso de conocimiento de la ASP la ha venido dirigiendo a lo inductivo, fuera de la interacción que relaciona las conexiones sociales, temporales y topológicas, entre lo general y lo particular y, por lo tanto, haciéndola bascular a una posición más cercana a las disciplinas y prácticas de “lo concreto”. En el ruido de lo proyectado que se realiza desde una actitud objetivante, las intervenciones, las actuaciones, las actividades..., se han querido desarrollar desde proyecciones solventes con el mundo a

¹³⁹ M. ARENAS. *Las familias de madre sola en Avilés. Las estrategias de supervivencia adoptadas*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1993. p. 134 y ss.

¹⁴⁰ Cfr., IBÁÑEZ. *Del algoritmo al sujeto...* “La inducción supone usar menos información de la que hay. La deducción supone utilizar más información de la que hay. Sólo la transducción, lo mismo que la dialéctica, conserva o aumenta la información que hay”. p. 43. “...la transducción y/o la dialéctica (métodos de las ciencias menores o nómadas) son operaciones análogas... que permiten persecuciones itinerantes... La persecución itinerante es la búsqueda de singularidades en la materia –formas o informaciones del contenido–, hay intercambio de singularidades entre expresión y contenido, entre sujeto y objeto,...”. pp. 45 y 46.

intervenir: planificaciones y decisiones meridianas incidiendo en situaciones e individuos con observaciones y demarcaciones claramente estipuladas, para tratar de disminuir la angustia e incertidumbre que produce una actuación siempre extraña. Operaciones asignadas desde mundos controlados, que han venido analizando y actuando sobre el mundo social como si pudiera ser congelado. Empero, al mismo tiempo, la realidad social con sus diferentes manifestaciones ha venido echando abajo esas presunciones, haciendo emerger un mundo social irreductible, donde los atajos analíticos y de acción son raros, y donde la única solución –además de un bagaje profesional flexible y nómada– es afrontar la recurrencia informativa en el análisis de la acción social, y en el análisis y la acción –proyectada–. Nos atrevemos a decir que uno de los factores para que se produzca el ineludible ajuste entre ASP y mundo –estructuras sociales, actores y personas–, entre intervención y acción social, pasa, por la mirada sociológica de la acción social y proyectada. Pero nunca por la sociología absoluta de “la gran teoría” o por lo que ya Wrigth Mills denominaba *el empirismo abstracto*. Existe una conexión muy estrecha, como hemos visto, entre democracia, Estado y sociología y simultáneamente se produce el impacto social de una economía de mercado que se autorregula. En la perspectiva de que la sociología nace tratando de comprender y afrontar los cambios y consecuencias producidos en la sociedad moderna, se puede decir que es una disciplina de la crisis ocupada de los problemas de integración. Es decir, un asunto regio que incumbe al conjunto de la sociedad y a sus partes constitutivas, y que desde ese compromiso no puede ser aminorado. Además, en la medida en que estamos hablando de acción social y de clases de acción social como la ASP, y por lo tanto de racionalidad, se debe evitar la reducción a un formato pequeño o al aislamiento sectorial¹⁴¹. Aspectos como la reproducción cultural, la integración social y la socialización, que son esenciales en la acción y competen a la sociología, no han podido ser reducidos a interacciones especializadas, viéndose confrontadas con el espectro completo de los fenómenos de acción social¹⁴². Desde esta perspectiva, es necesario un desarrollo y realización de las políticas sociales con conocimientos de lo general y lo concreto, y sus relaciones, y que de inicio a fin actúen con la conciencia relacional de las implicaciones sociales que pueden tener esos actos sobre el conjunto de las acciones –sociales y proyectadas– implicadas.

Las matizaciones sobre las designaciones de las disciplinas que se ocupan de la realización de las políticas sociales, nos han servido para ir perfilando nuestra posición, pero también para justificar una perspectiva social genuina en la visión y desarrollo de las actuaciones. En suma, como fundamento de la existencia de un carácter social sociológico en la construcción y selección de las decisiones a tomar y desarrollar en esta clase de acción proyectada. Nuestro interés ahora va a ser justificar, de forma más pormenorizada, nuestra

¹⁴¹ Racionalidad entendida “como una disposición de los sujetos capaces de lenguaje y acción. Se manifiesta en formas de comportamiento para las que existen en cada caso buenas razones. Esto significa que las emisiones o manifestaciones racionales son accesibles a un enjuiciamiento objetivo”. Ver, J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* pp. 42 y 43.

¹⁴² *Ídem*: pp. 20–21.

denominación de Acción Social Proyectada. Al igual que hemos hecho hasta aquí, aprovecharemos el recorrido para ir avanzando en el análisis teórico de esta clase de acción, tratando de esculpir y matizar aún más sus contornos y las posibilidades que pensamos para ella en el nuevo Estado social. Un análisis en el que seguiremos avanzando, más tarde, a la luz del análisis empírico que realizaremos en los siguientes capítulos, sobre la incidencia de la ASP en la acción social y sus relaciones.

Acción, es el primero de los términos complementarios del triángulo que estamos significando, desde esta posición de la realidad del mundo objetivado. No cabe duda, que aquí tenemos un camino ya cubierto al haber ubicado de inicio, como sustrato básico, esta actividad de desarrollo de las políticas sociales –la ASP– en el mundo de la acción social. Bien es cierto que caracterizándola como una clase de acción específica. Frente a las otras designaciones, el término intenta ser consecuente con la ineludible complejidad de un proceso en el que están implicados la conciencia, la percepción y los propósitos, pero también la intención; además de la propia realización de la acción en el mundo y sus condiciones de satisfacción. Sin perder de vista su encuentro y dependencia triádica con los términos Social y Proyectada, *Acción* es entonces más que cualquiera de las otras denominaciones vistas para la aplicación de las políticas sociales, pero también menos que la acción social general aunque esté contenida en ella. Es más, y necesita ser más, porque en ella como en toda acción están implicados al menos dos agentes que en todas las partes del proceso perciben, conocen, se proponen acciones y tienen una idea de cómo realizarlas para que tengan éxito. Es cierto que podemos estar hablando de acciones sociales complejas enlazadas que pueden tener lugar en el seno de organizaciones e instituciones con fines sociales¹⁴³, pero al hablar de agentes y no de instrumentos de una cadena, y al hablar de acciones sociales y no de protocolos cerrados, están implicadas la conciencia y la voluntad de los protagonistas de la acción y su conocimiento del mundo que están trabajando. En la intervención social, o lo que responde a cualquiera otra de las designaciones conocidas, es habitual la división del trabajo entre tareas con resonancias intelectuales y manuales¹⁴⁴. Es una división ordenada de forma orgánica y asimétrica que se manifiesta en dos fases y dos formas superpuestas de enclasmiento técnico: por un lado, en un plano amplio, entre actividades y decisiones adscritas socialmente al conocimiento –planificación e investigación– frente a otras operaciones que están más conectadas a las actuaciones; y por otro lado, en un plano más concreto, en forma de numerosas subdivisiones equivalentes entre unas y otras actividades de conocimiento y acción, manifestadas en todas las partes del decurso fáctico. Además, como ya hemos señalado más abajo, estas bifurcaciones también tienen un carácter atributivo dinámico hacia

¹⁴³ Obviamente, aunque sean propias de ellas, las acciones complejas y las acciones enlazadas o encadenadas no son exclusivas de organizaciones e instituciones. Hay espacios sociales del mundo vital que accionan con su propia complejidad de complementariedad dependiente. Por ejemplo, las redes sociales de apoyo mutuo.

¹⁴⁴ Ver, L. LOCOCK; A. BOAZ. *Research, policy and practice...* p. 376.

uno u otro signo, ya sea el práctico, el teórico, o sus derivaciones. Son catalogaciones de otros –dependientes de las posiciones relativas ocupadas–, son acciones o trozos de acciones, y son agentes o conjuntos de agentes, que según el interés y el nivel del origen de las atribuciones, serán acusados de pertenecer a una parte del campo o a otra. Por lo tanto, a un plano objetivo de la estructuración y las posiciones también se le superpone un nivel más subjetivo o cultural, desde el cual tienen lugar un conjunto de luchas desarrolladas por actores sociales que tratan de mejorar, provisoria y relativamente, la situación de sus posiciones.

Desde esa concepción subyacente, existe una formulación más o menos explícita por la que se piensa que con inyectar de inicio conocimiento y pensamiento cualificado, será suficiente para que el proceso de la acción se aplique con suficiencia hasta los espacios y momentos finales. De esta forma, tales agentes sólo tendrían que poner en marcha unas actuaciones y decisiones desde directrices previamente estipuladas. Si esto es así, se pasan por alto al menos tres cuestiones que debemos señalar. La primera, atañe a lo incontrolable del medio social que exige una recreación constante del pensamiento y de la acción; por más que enfoques teóricos y proyecciones básicas de origen, puedan servir como sustrato y sostén de actualización informativa. Incluso, ciñéndonos al sistema observador organizado, sus enlazamientos y dependencias suponen una complejidad anidada con la singularidad de cada uno de sus agentes –para pensar y/o hacer– que lo componen. La segunda, se dirige a recordar las ineludibles características de autonomía personal y humana de estos actores, que forman parte del sistema observador y desarrollan las AP hasta el provisorio final. Así, tanto en el caso de implicación o pasividad, como en el de creencia o apostasía por las ideas y procesos vertidos en la acción global proyectada de la que forman parte, siempre van a poner *algo más* de sí, como reacción a sus necesidades presentes en la acción, y como consecuencia del bagaje científico, disciplinar y técnico en el que sustentan sus convicciones subjetivas al respecto¹⁴⁵. En cuanto a la tercera cuestión a matizar, alude al “momento de la verdad” donde acciones proyectadas y agentes del sistema observador, interaccionan las veces necesarias –estableciendo una relación social– con la parte más importante del incontrolable medio social: los ciudadanos que, eventualmente, son destinatarios de las acciones de las políticas sociales de turno. Observadores y técnicos activadores son actores sociales de un sistema de acción muy diferente al que participan los receptores de las políticas, de tal manera que cada uno de los niveles en juego –observador y observado–, tiene sus propias intenciones de acción, que por momentos van a contactar y a entrecruzarse. Empero, la peculiaridad del actor observador, que interpreta y/o actúa de forma proyectada, es que se concentra en un papel de entendimiento, despojándose de sus atributos de actor social normal. Se da, pues, la paradoja en la que interviene la necesidad de distancia, o alejamiento, y, en concurrencia, la necesidad de comprensión y acercamiento. Así, los protagonistas de la observación –interpretantes o actuantes–, deben ser capaces de representarse las razones implícitas que mueven a los actores

¹⁴⁵ F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 221.

sociales destinatarios a tomar las posturas que toman, e intentar ver el sentido de sus acciones. Es claro que en el caso de la ASP, existen dos o más intenciones y propósitos entre actuantes y “actuados” que pueden ser de expectativas recíprocas: ambos mundos esperan algo el uno del otro, pero al tratarse de acciones de diferente naturaleza, los intereses pueden ser, no obstante, divergentes o aún contrapuestos. De esta manera, sólo en el propio contexto de la acción, en el momento de su decurso y contacto con la propia acción social, se podrá saber si se ha comprendido al actor social en sí –a los ciudadanos– y si, por lo tanto, las acciones –proyectadas– están siendo convenientes.

La inyección exclusiva de conocimiento en los primeros estadios de la intervención, más allá de su conveniencia o pertinencia, articula *de facto* al resto del proceso, con sus propias acciones y agentes, hasta un plano instrumental dependiente y subalterno. Entendiendo que existe una racionalidad de la acción global, con propósitos, intenciones, y acciones generales que se desarrollan a partir de un gran decurso coordinado –por ejemplo: planes nacionales, autonómicos o locales dirigidos a la vejez y las personas mayores– que pueden concluir con actuaciones proyectadas; y existe también, si cabe, una racionalidad parcial que se especifica en propósitos, intenciones y acciones menos complejas con menor número de enlaces de acción –independientes o no de la primera–, el resultado va a cristalizar en dos movimientos ambivalentes, en la condición dada de dependencia estructural de ambas dimensiones de la acción. Desde el primero, la importancia material y simbólica de la gran planificación, o de la investigación de necesidades, o de la toma de decisiones a altos niveles en todo el proceso, posibilitan una situación prominente a estas actividades. Y, desde el segundo movimiento, devalúan a las de la acción –aplicada– y a aquellas otras actividades de su entorno, aunque sean las del pensamiento que así se muestran vacías de contenido. Desde el punto de vista material, hablamos de los puestos, de las retribuciones, de la capacidad estructural decisoria –información, recursos, autoridad–, o de la posibilidad de movilidad y conexión, tan valoradas en los últimos años, frente a los que no disponen de ellas¹⁴⁶. Y desde la relevancia simbólica, es el prestigio y estatus asociado que constantemente se actualiza a partir del reforzamiento clasificatorio efectuado desde el propio lenguaje de los que ya están, pero también por parte de los que no pertenecen a esas elites y aspiran a ello. En cualquier caso, la amplitud y superposición de los dos órdenes de enclasmiento técnico entre teorías y prácticas, entre pensamiento y acción –y todos sus pares equivalentes–, así como la intercalación de los dos niveles de acción, general y más específica, posibilita una distribución de oportunidades y recursos entre ambas, aunque consolide la desigualdad estructural. Por ello, lo que en principio es una fragmentación de la acción, se transforma en una repartición que asegura una distribución dinámica del poder material y simbólico. Desde esa perspectiva, es habitual que se desarrolle una economía de las prácticas relacionales en entornos corporativos por la que no se valora tanto el conocimiento situado o aplicado, como las

¹⁴⁶ Ver, L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* p. 466 y ss.

habilidades y destrezas políticas de carácter operativo o comportamental relativos a la supervivencia organizativa. Es decir, aspectos nada desdeñables pero más cercanos al tratamiento de entornos burocráticos controlados, que nunca pueden sustituir a la comprensión de acciones y necesidades de los ciudadanos y las subsiguientes actuaciones adaptadas. En cualquier caso, esa valoración de la habilidad para manejarse y conducirse de forma pragmática en organizaciones institucionales dirigidas a lo social, nos da pistas de la complejidad que entraña el desarrollo de acciones en formaciones con objetivos de conocimiento y acción social. Dicho de otra forma, observaciones y acciones que se mueven en dimensiones en las que, desde el plano de la observación, se piensa sobre el pensamiento o se habla de un habla que habla de un habla¹⁴⁷. Y, desde el plano de la ASP, se actúa sobre una acción con una conciencia reflexiva prediscursiva incorporada¹⁴⁸. Es decir, una acción que llega y conecta con la acción social en sí, solo que la primera, siendo una clase de acción social, se intenta disponer, articular y organizar dependiendo de los criterios selectivos y valorativos de sus componentes: los actores sociales de la AP. Pero, incluso, más acá de su encuentro con la acción social, es una acción que subraya y enaltece aquellos aspectos que denotan su pertenencia al mundo objetivado de la realidad social, y que, en consecuencia, ve lo que lo que tiene que hacer para comprender e, inmediatamente, ve lo que tiene que realizar y trata de realizarlo.

Desde esos pasos pensados y, relativamente, regulados en el tiempo, estamos ante un tipo de racionalidad que selecciona, en especial, algunos de los componentes de los conceptos básicos de acción de tradición sociológica¹⁴⁹. Por ejemplo, la intervención social tiene mucho de la (1) acción teleológica, en la medida en que a partir de ésta el actor realiza un fin o un estado de cosas deseado, eligiendo y aplicando los medios más adecuados para ello. Es más, la acción teleológica se convierte en acción estratégica cuando participan en ella al menos dos actores, y por lo tanto necesitan influirse recíprocamente consiguiendo un mínimo acuerdo – coordinación– para conseguir sus propósitos¹⁵⁰. A través de un proceso de decisiones entre alternativas, se trata, primero, de contrastar con el mundo a intervenir las percepciones y opiniones de los sujetos de la ASP en cuestión, y, segundo, de valorar la concordancia conseguida, a través de la acción, entre el específico mundo y las mencionadas intenciones y percepciones. Aquí, se puede hablar de formas objetivas de valoración de los resultados, preguntando si se está consiguiendo lo deseado –eficacia– y, asimismo, cotejando si los

¹⁴⁷ J. IBÁÑEZ. *El papel del sujeto en la teoría...* pp. 3-30.

¹⁴⁸ E. LAMO DE ESPINOSA. *La interacción reflexiva...* p. 415.

¹⁴⁹ Seguimos a J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 122 y ss. Las referencias para el concepto teleológico de acción las encontramos en los fundadores de la economía política neoclásica; el concepto de acción regulada por normas adquirió una significación paradigmática en la teoría sociológica con Durkheim y Parsons; el de acción dramática a través de Goffman; y el de acción comunicativa a través primero de Mead y después a través de Garfinkel. Ver op. cit. pp. 124 y 125. Por otro lado, son notorias las fuertes resonancias de las dos primeras –teleológica y regulada por normas–, con dos de los tipos clásicos de acción social conceptuados por M. Weber: la acción racional-instrumental y la acción sujeta a valores. Ver, M. WEBER. *Conceptos sociológicos fundamentales...* p. 101 y ss.

¹⁵⁰ Ver, F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* pp. 218 y 221.

presupuestos empleados fueron los correctos. Como vemos, pues, hay un espacio de correspondencia entre la acción teleológica/estratégica y los fundamentos bajo los cuales se configura la intervención –referentes a la, mayormente, asumida y utilizada razón instrumental–, si bien no podemos establecer una similitud absoluta entre ellas, pues en esta clase de acción social también se encuentran presentes aspectos relevantes de los restantes conceptos de acción.

En concreto, el siguiente concepto, (2) la acción regulada por normas, referida a la observancia de normas por los miembros de un grupo social que así orientan su acción por valores comunes, es útil de incorporar de manera explícita a la ASP en la medida que los aspectos normativos y valorativos, recreados y alentados por sus componentes, pueden facultar un funcionamiento consistente y complementarse con otras formas de acción. Y nos referimos tanto a las relaciones del equipo de trabajo, como a los objetivos a conseguir en el mundo –intervención social– con los destinatarios de las acciones planteadas en las políticas sociales. En la acción regulada por normas, los grupos sociales están formados por actores que hacen la acción social en sí, y que a partir de esa normatividad esperan que se cumpla una expectativa generalizada de comportamiento. Es un modelo de acción asociado con un modelo de aprendizaje desde el cual se interiorizan valores; y ellos representan los patrones con los que se interpretan las necesidades por los miembros del grupo social del que hablemos. En el caso de la ASP, cuanto que se trata de equipos o grupos de trabajo, fundamentalmente profesionales, aunque no sólo, no admite comparación con el establecimiento normativo en los grupos sociales. Sin embargo, al estar hablando de organizaciones especializadas en finalidades y objetivos sociales –por diferencia, por ejemplo, con las económicas– es útil denotar la importancia de la orientación –teórica e inducida en este caso–, hacia la formación y asunción reflexiva de normas compartidas y expectativas recíprocas, ahora trasladadas a los procesos de trabajo de la ASP. No es que queramos minusvalorar los necesarios procesos y dispositivos de poder y control, pero sí matizarlos y complementarlos a partir de la importancia de la participación de los componentes de los equipos y grupos de trabajo, tanto en los propósitos y objetivos finales, como también en la búsqueda de una normativa mediadora autónoma consistente, que –en buena parte recreada y actualizada por los actores de esta acción– asegure el acuerdo y vigencia normativa con los cursos de ASP orientados y emprendidos. Aunque eso sí, hasta que tales participantes decidan de nuevo el cambio hacia otras normas y expectativas de acuerdo y comportamiento. No es otra más que esta participación orientada, la que puede alentar la motivación hacia el comportamiento adecuado según las normas establecidas por los participantes en estos sistemas de acción complejos. Un proceso guiado que teniendo en cuenta la estructura social de los protagonistas de esta acción, establece transitivamente relaciones entre ellos hacia los valores provisionales acordados ya sean temas generales, objetivos o metas¹⁵¹. Como vemos,

¹⁵¹ Ver, F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* pp. 221 y 222.

se trata de una consecución de objetivos últimos mediante la conformación de normas mediadoras sostenidas por el conjunto de los actores participantes. Ciertamente, un proceso en el que se da una conexión y actuación conjunta entre el poder, el conocimiento y el establecimiento de normas intersubjetivamente legitimadas. Visto así, el concepto de acción regulada por normas presupone dos mundos que también encuentran resonancias en la ASP: el mundo objetivo y el social. Así, el actor social puede distinguir entre los componentes fácticos y los normativos de la situación, o lo que es lo mismo, entre las condiciones y medios existentes que trata de conocer o enfrentar, por un lado, y los valores negociados y compartidos con relaciones interpersonales legítimamente reguladas, por otro lado¹⁵². Es un complejo relacional entre actor y mundo que trasladado a la AP, nos vuelve a poner frente a la necesidad de contemplar tanto la perspectiva normativa y significativa –negociada y actualizada por los agentes de esta clase de acción–, como también otra mirada más material y objetivante que resulta de las posibilidades encontradas en el mundo específico en cuestión, a través de la condición y los medios existentes para llevar adelante las consiguientes políticas sociales.

Si los dos anteriores conceptos de acción presuponen una relación con el mundo social, el tercero, el concepto (3) de acción dramática, se especializa en aquella parte de la acción en la que el actor social –con mayúsculas– ve su mundo y se ve a sí mismo en él como actor, poniéndose en escena en la acción y situación que sea el caso. Hay una parte de esta acción que deviene de la interpretación de roles sociales realizada por los actores y, en esa línea, se destila una autoescenificación en las diferentes situaciones de interacción social. En éstas, los actores sociales participantes constituyen unos para otros un público hacia el que se representan los consiguientes papeles, tratando de suscitar una determinada imagen o impresión de sí mismo, y ser visto y aceptado de una determinada manera¹⁵³. No son por tanto comportamientos expresivos inconscientes pero sí que están incorporados en la acción social práctica de manera prerreflexiva, en el juego de las relaciones e interacciones sociales. Es decir, las representaciones que controlan el estilo de las acciones, se expresan e integran al modo de la acción social práctica: en la urgencia de la vida cotidiana y en el sentido de la lógica práctica, que conlleva más la participación anticipativa razonada que la reflexión controlada. La traslación de este concepto de acción hasta la ASP es asaz elocuente y explicativa, ya que ésta es de hecho un espacio de representación y proyección de impresiones que es susceptible de “actuar”, tanto desde el punto de vista de los otros actores de la intervención –observadores y agentes de la AP– como desde –y hacia– los mismos actores sociales ciudadanos a los que van dirigidos las políticas sociales. Desde luego, como la acción social la ASP es más que las interacciones sociales de la acción dramática, pero también es plausible que ésta constituye un espacio siempre presente en ambas. Al igual que Goffman

¹⁵² J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 130.

¹⁵³ E. GOFFMANN. *La presentación de la persona...* “La impresión cumple el papel de transmitir las impresiones de sí mismo”. Ver p. 260.

caracterizaba una representación teatral como un caso especial de representación social, nosotros aquí nos atrevemos a decir que en la ASP también se da un caso singular de representación social ligada a sus características como acción. La diferente naturaleza que sustenta frente a la acción social normal, constituyendo un marco social objetivante, es definitorio de ello. Bien es cierto, que ambas expresiones de acción escénica –de acción social en sí y de la ASP–, regulan el estilo de las acciones, y la segunda, a causa de la mencionada distancia respecto a la necesidad, es más intelectualmente consciente, disponiendo de espacios y momentos de control y proyección explícita, y, en determinadas circunstancias, puede desarrollarse tal como se había concebido. Pero, en efecto, sólo en situaciones en las que se dan acciones sencillas ligadas a interacciones simples, cuyo comienzo y final se puede realizar o forzar, por más que en el curso posterior haya repercusiones que en ese momento se desconocen. La observación de este concepto de acción dramática, nos hace conscientes de su existencia en la ASP, enriqueciéndola, siempre que la entendamos como una acción expresiva acompañante de acciones, que es de naturaleza intelectual y, por lo tanto distinta a la acción social normal.

En lo que atañe, finalmente, al concepto de (4) acción comunicativa “se refiere a la interacción de al menos dos sujetos capaces de lenguaje y acción que entablan una relación interpersonal”¹⁵⁴. Con este modelo queda introducido el entendimiento lingüístico como un mecanismo específico de coordinación de la acción, en el sentido de que se presupone el lenguaje de forma explícita como una forma de comunicación, en aras de conseguir definiciones de la situación que puedan ser compartidas por los hablantes. Los anteriores modelos de acción sólo privilegian un tipo de comunicación parcial, subalterna, en cada uno de ellos, ya sea que esté supeditada a los fines a conseguir –teleológica–, o que se dirija de forma especializada a consensuar acuerdos normativos –regulada por normas–, o que el lenguaje está supeditado a las funciones expresivas que buscan impactar en los espectadores –dramática–. En la acción comunicativa, en efecto, el objetivo principal es el entendimiento comunicativo y para ello se utilizan todos los instrumentos disponibles al respecto. Es decir, todas las funciones del lenguaje desde las que los hablantes reconocen las pretensiones de validez con se presentan unos frente a otros: pretensión de verdad para sus enunciados o para las presuposiciones de su existencia, pretensión de rectitud para sus acciones, en el sentido de ser correctas en relación al contexto normativo vigente, y pretensión de veracidad para la manifestación de sus vivencias subjetivas, de forma que lo que se dice y lo que se piensa es coincidente. Sin embargo, ello no quiere decir que actuar aquí sea sólo interacción, conversación o interpretación. Más bien, lo que se trata de no olvidar es que el entendimiento lingüístico, siendo esencial en este modelo de acción, es el medio de coordinación de las acciones y sus ajustes, y que, por lo tanto, el actuar no se agota ahí, sino que más bien constituye su comienzo.

¹⁵⁴ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 124, 136 y 377 y ss.

Sin duda resulta atractivo el trasladar la posible potencia comunicativa y analítica que sugiere la acción comunicativa a la ASP. Una interacción sin restricciones que explore todas las posibilidades de entendimiento de forma explícita –como acción en sí misma, y como medio para la acción–, resulta cuando menos atrayente y deseable. Sin detenernos ahora en las críticas recibidas, es destacable su interés para un segmento de la acción como la ASP, que en algún momento y sentido puede ser proyectada según las intenciones, percepciones y acciones de los sujetos de la observación, y/o acción, que participan en ella; incluyendo también a los ciudadanos destinatarios y a aquellas entidades asociativas y del tercer sector, en el marco del nuevo Estado social. Al modo de la formación de dispositivos conversacionales *ex profeso* como el Grupo de Discusión, es posible la formación de espacios comunicativos para la acción donde se puedan desplegar las diferentes funciones comunicativas, según los criterios de validez vistos más arriba. Las limitaciones las encontramos en la dificultad de proyectar en el curso de la acción, un espacio de comunicación plena donde los condicionantes usuales – poder, restricciones informativas y propiamente comunicativas, presiones organizativas, etc.– no interfieran más que el mencionado y proyectado objetivo de comunicación para la acción. Si se tienen en cuenta sociológicamente estas habituales constricciones presentes en la vida institucional y organizativa, la idea de acción comunicativa se torna útil para buscarla explícitamente cuando ciertas condiciones, que precisamente aseguren el cumplimiento de sus criterios de validez, apunten a ello. Es más, somos conscientes también que si bien la acción comunicativa es imposible de desarrollar siempre en el proceso de la ASP, hay lugares y momentos, susceptibles de una racionalización sociológica comunicativa, donde se pueden buscar unas condiciones óptimas para su desarrollo, asegurando las dosis necesarias de información y comunicación, en la búsqueda de las mejores acciones y decisiones para la adecuación de las políticas sociales.

El análisis justificativo para nombrar a la intervención social, en primer término, como *Acción* nos ha llevado por derroteros en los que ha sido contemplado su ambivalente estatuto, entre conocimiento, racionalidad e incertidumbre que denotan su carácter de acción. Cuanto que en ella están implicadas las relaciones existentes entre “observadores” actuantes, actores sociales y mundo, y sus consecuencias; estando también concernida una realización que, desde la perspectiva de entender para actuar y actuar entendiendo, se distancia de la actitud realizativa de la acción social, y se constituye como una clase de acción, condicionada y posibilitada desde esa situación. Acción, pues, pero una acción que, por momentos y lugares, puede ser racionalizada, ralentizada, impulsada, hasta que se incorpora al plexo de la vida social cuando actuantes y actores sociales interaccionan. Un concepto de acción, inserto en el significado de racionalidad, entendiendo por ella una pensada intervención en el mundo que sea el caso y que tiene sus consecuencias. Es decir, una acción que es social porque como en la acción social en sí, siempre están implicados al menos dos agentes y porque enuncia *de facto* una intervención social compleja, donde el conjunto de los participantes –observadores actuantes y observados actuados– se encuentran en una suerte de relación dependiente

coordinada. Como en la acción social, es por tanto una acción colectiva enmarcada en el proceso global de la acción que conecta con la racionalidad social global, pero que se mantiene desde una posición de teoría y abstracción y donde cierto nivel de actividad proyectiva –necesariamente recurrente– es posible. Vayamos, entonces, ahora con el término *Social* a significar el carácter sociológico de esta acción, y después pasaremos a conocer las consecuencias de lo que tiene de *Proyectada*, como final del recorrido por el concepto y las implicaciones explicativas y comprensivas que pretendemos extraerle; referentes a la realidad social del mundo y, en concreto, del mundo específico que en sentido lato podemos llamar de la intervención social.

El punto de partida para el término **Social** de nuestra ASP, es abordarlo desde las obligadas referencias sociales globales en las que podamos acomodarlo, tanto desde la perspectiva de la sociedad como de la acción social. Podemos partir desde un supuesto ontológico que da cuenta de las relaciones entre actores sociales y el mundo social, como componente constitutivo de la interacción social. Sin embargo, no hablamos de un mundo caracterizado por su unicidad sino compuesto e integrado, a su vez, por varios mundos, a los que los sujetos sociales capaces de lenguaje y acción se pueden referir desde sus contextos situacionales. De esta forma, al hablar, discutir y entenderse entre sí sobre algo en alguno de ellos, basan su comunicación y acción en un sistema compartido, a partir del cual surgen las distintas dimensiones de la realidad y las correspondientes variantes de acción social que aquí venimos utilizando: el mundo objetivo, el mundo social –ambos externos–, y de forma complementaria un tercero que es el mundo subjetivo –de carácter interno–. Son, por tanto, los ámbitos de la vida social en los que operan agentes y actores –sociales– y personas¹⁵⁵. Desde ello, el prerrequisito de imprescindible satisfacción de las necesidades que tiene toda sociedad, obliga a una acción y acciones coordinadas, lo cual sólo es posible de conseguir con la correspondiente comunicación entre los agentes y actores sociales. Es decir, es relevante la conexión y coherencia entre una teoría de la sociedad y la teoría de la acción social y, en ese sentido, se trata de un enfoque sociológico desarrollado a partir de las acciones coordinadas realizadas por actores, que por ello necesitan interaccionar y comunicarse entre sí¹⁵⁶. La acción es social porque incorpora las relaciones entre los diferentes ámbitos –objetivo y subjetivo– que denotan los contextos situacionales de los actores participantes, y constituye algo más que sus intenciones y acciones individuales dirigidas a fines, asimismo, individuales. Por lo tanto, se trata de una posición muy alejada de la teoría atomística de la acción en la que encontramos el modelo del actor solitario, descuidando los mecanismos de coordinación de la acción desde los que los sujetos interaccionan. Una concepción tan restringida de los actores y la acción implica “un mundo de estados de cosas existentes”, y pasa por alto aquellas otras relaciones entre actores y mundo que constituyen la interacción

¹⁵⁵ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* pp. 257 y ss.

¹⁵⁶ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 358 y 353, respectivamente.

social. “Como las acciones son reducidas a intervenciones en el mundo objetivo efectuadas con vistas a la realización de un fin, lo que ocupa un primer plano es la racionalidad de las acciones medio-fin”¹⁵⁷. En más, tampoco esta posición se preocupa de las consecuencias empíricas que estos supuestos esencialistas de la acción puedan tener en la vida social, a través de las intervenciones sociales.

De vuelta al término *Social* de la ASP, nos encontramos, entonces, con la perspectiva que aglutina conocimiento sobre la sociedad con acción social y, asimismo, con la necesidad de interacción y coordinación para su decurso¹⁵⁸, incorporando de una manera superpuesta, aunque no indiferenciada, los componentes de los mundos externos e interno. Es una mirada de la sociedad y la acción social que intenta una articulación que vaya más allá de las reducciones colectivistas, que sobredimensionan la determinación, a la par que descuida la necesidad de decisión personal; o también una perspectiva que pretende superar las reducciones individualistas, que conciben individuos y acciones aisladas y así tienden a preocuparse, sobre todo, por la racionalidad de las relaciones medio-fin o por la racionalidad de las acciones teleológicas. Como parte de un segmento de la acción social general, la ASP es social porque a pesar de los matices que le venimos haciendo como proyectada o controlada por espacios y momentos, en ella están también implicadas personas, actores y agentes sociales, que a fuer de realizar acciones coordinadas necesitan interaccionar y comunicarse entre sí. Como se ve, aunque acción y social no sean asimilables en su totalidad, son términos con un acusado compromiso entre ellos, de tal forma que la acción está vinculada tanto a las interacciones personales e interpersonales como a las relaciones entre actores y agentes sociales. Por resonancia, si la ASP es acción y es social sus movimientos y decursos, por más que muchas veces se pretenda, no pueden estar reducidos a actores aislados que pueden trazar líneas de transcurso con *un* principio y *un* final de la acción, como si siempre de *una* intención se desarrollara *su* correspondiente acción. Antes bien, como en la acción social en sí, las intenciones se confrontan con el mundo de las personas y las cosas, y al hacerlo se van adaptando y enriqueciendo de tal forma que los resultados no siempre son deudores de la percepción, propósitos e intención iniciales. A semejanza con la acción social, la necesidad de coordinación indica, asimismo, una cadena enlazada de acciones entre los actores participantes con conocimiento para ello; pero, al mismo tiempo, es posible que la realización de tales acciones trascienda sus capacidades cognitivas particulares. Y entre los ecos que podemos encontrar entre ambas acciones sociales, se encuentra la imposibilidad de considerar por las intenciones, decisiones, o planes, el conjunto del curso de la acción; pues es improbable la consecución de los resultados deseados si los proyectos no se van modificando sobre la marcha. Dicho de otra forma, la ASP, apoyándose en actividades de decisión y planeamiento, tampoco puede darse a un proyecto perfectamente reglado y desarrollar el

¹⁵⁷ *Ídem*: p. 352. Habermas se refiere aquí a la teoría analítica de la acción.

¹⁵⁸ F. FANTOVA; J. M. MORALES. “La gestión del conocimiento en las políticas sociales”, en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005. p. 212 y ss.

decurso de la acción sin modificaciones sobre lo previsto. Antes bien, si pensamos que muchas asunciones iniciales pueden ser incorrectas, o si novedosos aspectos situacionales imprevistos emergen en su transcurso, entenderemos la importancia de una suficiente retroalimentación entre los actores participantes, que permita afrontar tanto problemas referentes a contingencias situacionales, como las posibles dificultades de interacción entre aquellos¹⁵⁹. De forma paradójica, al ser la ASP una actividad en gran parte institucional, la necesidad de resultados y el interés por el control aunque no sea el único factor, puede favorecer la presencia de planes reglados estándares más allá de lo aconsejable, violentando así el proceso de la acción y las posibles *re-acciones* de retroalimentación hacia el cumplimiento de los planes decisorios¹⁶⁰. De tal manera, que sus principales puntos gravitaran hacia la lógica medio-fin, y ello tanto desde el objetivismo que presupone el mundo como un estado de cosas inmanentes, como también desde su complementario operativo, un solipsismo inspirador de acciones sin una relación abierta y regulada con el mundo aunque preparadas para cumplir unos resultados según los planes iniciales formulados. Se entiende, entonces, que desde estos supuestos el proceso real de la AP esté ahora balizado en varios niveles y escalas, a partir, primero, de la mencionada inyección de conocimiento inicial que debe ser suficiente para llegar a cumplir los objetivos finales, y a partir, segundo, del cumplimiento de un protocolo evaluador más o menos formal que se interroga por el logro de fines. En consecuencia, entre medias de los diferentes niveles y escalas sucesivas, se despoja al conjunto de las actividades actuantes de la relevancia simbólica y práctica que requiere un proceso tan complejo de relación con las personas, con su mundo y con las cosas. En ese desconcierto, las acciones se ciñen a protocolos, normas, estándares, procedimientos e individuación de la acción, encerrándola en un paradigma de control fijado en los destinatarios y subrayando en el trasfondo la devaluación de la actividad, y la desconfianza en los saberes y posibilidades de los agentes de la ASP.

Se plantea, entonces, una tensión entre concepciones y operaciones de acciones teleológicas volcadas en la orientación de la acción, frente a otras que con terminologías similares –necesidades, plan, proyecto, coordinación, acción, decisión, objetivo–, cambian sobremanera los contenidos y sus implicaciones pragmáticas: aquí, el punto de atención se enfatiza en los participantes observadores y actuantes, interrogándonos por los factores que les hacen embragar su proyecto de acción a la acción general que de forma tentativa y provisional se totaliza en un plan; aquí, el interés se concentra en estos agentes participantes porque, más allá de los necesarios organismos de coordinación y control de la ASP, es desde sus motivaciones participativas, sus conocimientos específicos en acción abierta al medio, sus saberes sobre los límites de la racionalidad y su capacidad de aprendizaje en el decurso, como se pueden afrontar las inconsistencias normales en las proyecciones y planes de acción. Para

¹⁵⁹ Ver F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 223.

¹⁶⁰ M. HERRERA GOMEZ; C. ALEMAN BACHO. “La intervención social en una sociedad reticular”, en: *Revista Española de Sociología*, núm. 8. Madrid: Federación Española de Sociología. 2007. p. 63.

una aproximación realista, fuera del fetichismo que proyectan las tecnologías y espacios anejos, es preciso asumir que tarde o temprano el proceso recursivo opera simultáneamente en varios niveles y entre diferentes estados del proceso de elaboración de políticas, y que por ello la actitud hacia la proyección interventora debe cambiar, haciendo bascular el énfasis puesto en la racionalidad medios-fines hacia la realización del mejor aprendizaje posible del –y *en el*– proceso de la acción experta¹⁶¹. Y más que realizar la “mejor” planificación anticipada hacia lo que queremos hacer y conocer, con sus consiguientes objetivos precisados, *tratar de ver la evolución desde lo que –ahora– realmente conocemos, comprendemos y estamos haciendo*¹⁶².

También *Social* de la ASP es social porque, además de sus agentes participantes y sus relaciones entabladas en el decurso, nos encontramos, de vuelta, con los actores sociales y las lógicas prácticas que denotan la acción social en sí. El mundo de la intervención por más que se mire internamente en un paradigma relacional complejo, nunca sería tan social sin el referente del mundo social que sea el caso y hacia el cual van dirigidas las acciones. Allí impera una actitud *especializada* de entendimiento utilizada para las intervenciones propias de las políticas sociales, y aquí una actitud *realizativa* que forma parte de una racionalización práctica, sustentada en un saber implícito alejado del “espectáculo” que denota el plano del hablante. Por ello, la ASP es social porque además de sustentar una endogamia compleja que necesita de la implicación y la coordinación de sus participantes –lo cual tiene resonancias con una parte del mundo social–, también acentúa su indeterminación al necesitar de una exogamia con la que se relaciona e interactúa con la acción social en sí, cuya lógica se encuentra en una latitud muy diferente. Frente a la racionalidad de la acción con respecto a fines que opera con los presupuestos de la conciencia de la realidad objetiva, tanto la ASP como la investigación social son actividades observadoras que están vinculadas, tratando de acceder a un ámbito de la vida social prerreflexivo. Y éste supone un trasfondo del sentido de la acción, donde existe un continente oculto al que sólo se puede acceder si se diseñan las metodologías apropiadas para que se desarrollen los dispositivos conversacionales, donde los hablantes puedan expresar y manifestar el horizonte contextual de su mundo vital¹⁶³. Siguiendo la estela de la acción teleológica, que sólo trabaja con el mundo objetivo de la conciencia, se puede plantear y realizar intervenciones a las que los destinatarios se tengan que adaptar, en aras de la extensión de esa suerte de racionalidad objetivista. En realidad, muchos de los desarrollos de las políticas sociales tienen ese problema: más parecen atender a la consecución de objetivos administrativos y de gestión, viendo a los destinatarios como meros receptores pasivos de las intervenciones, que en capacitar a los agentes, a las proyecciones y a los programas para relacionarse con los grupos sociales y ámbitos

¹⁶¹ *Ídem*: p. 227.

¹⁶² Cfr., T. S. KUHN. *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE. 1975. p. 263. Un cambio de actitud y modos de operar que según este autor de referencia debe extenderse al conjunto de la ciencia.

¹⁶³ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 431.

contextuales implicados¹⁶⁴. Es preciso, entonces, modular y adecuar la AP a partir del intento de acceso a esa parte del mundo social, y con ello realizar investigaciones sociales comprensivas que nos muestren las causas y derroteros de la acción social que sea el caso. O dicho de otra forma, que se intente comprender por qué los sujetos sociales de referencia – personas, actores y agentes– actúan de una determinada manera e insertarlo en su contexto de actuación.

Pero esa investigación que indague en el sentido de las acciones, y en su trasfondo, a través de dispositivos conversacionales que puedan captar ese continente vital, es necesario extenderla a la investigación de la acción –observadora–, es decir, a las actuaciones de las mismas políticas sociales en su relación con la acción social en sí. Una investigación comprensiva y una investigación comprensiva de la AP. El propósito es pasar de una ordenación de la acción objetivista, a otra donde, aprovechando las ventajas de la abstracción propia de la acción intelectual, se traslade la comprensión a los mismos dispositivos de acción, pensados y plasmados para actuar, evitando las actitudes “omnicomprensivas” anticipadas y asumiendo los aspectos generativos de la realidad social que sea el caso. Cuando hablamos de investigación comprensiva de la acción, lo que se propone es unir los “dos movimientos” de investigación –de la acción de los observados y de la acción que se desarrollará hacia ellos–, para después trasladar al plano de las actuaciones de las políticas sociales, y a sus instrumentos y metodologías, su potencia comprensiva. Los dos planos, el de los observadores y el de los observados y actuados, necesitan ser acompasados. Por un lado, la investigación, la coordinación, la toma de decisiones, la participación de los agentes de la acción, y la planificación; y por otro, el del mundo social al que van destinadas las actuaciones y donde las acciones se van decidiendo de una forma preconsciente, pues funciona como un dominio práctico que se va adquiriendo mediante la experiencia del juego¹⁶⁵. En consecuencia, las especializadas acciones observadoras del entendimiento y de la acción, deben tener como “materia prima” de trabajo no sólo el ámbito consciente que atañe a las percepciones y las intenciones de los actores sociales, investigados y destinatarios de las políticas sociales; deben, pues, prestar una atención preferente a los resultados reales de las acciones –en su decurso y final– y, según ello, obtener las consecuentes conclusiones que puedan ser de relevancia desde la perspectiva del comprender por comprender, del comprender para actuar y, finalmente, del comprender actuando. Esta suerte de modulación abstracta operada por parte de la acción observadora y actuante de las políticas sociales hacia la acción social en sí, observada y actuada, es la condición para una ASP que articule las necesidades administrativas y técnicas, con las necesidades ciudadanas que, en cualquier caso, nunca van a ser un reflejo de aquellas. Y al mismo tiempo, este cambio cultural así concebido,

¹⁶⁴ J. SUBIRATS. “Evaluación de políticas de intervención social. Un enfoque pluralista”, en: L. Moreno (comp.). *Intercambio social y desarrollo del bienestar*. Madrid. CSIC. 1993. p. 255. Ver también, J. GARCIA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 110.

¹⁶⁵ C. FLACHSLAND. *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*. Madrid: Campo de ideas. 2003. p. 54.

al volcar la atención hacia los ciudadanos sin desaprovechar los perfiles tecno-científicos, abre *de facto* su –imprescindible– posibilidad de participar, contestar y proponer en el decurso de la acción experta. De esta forma, tratando de evitar la amenaza de traspasar la delgada línea que hay entre la bondad de la totalización, sincronía y globalidad del pensamiento y acción científicos, y el esoterismo y desafecto al que pueden llegar en ocasiones las tecnologías sociales interventoras. En conclusión, hemos sostenido nuestra denominación de *social* de la ASP, en lo que tiene de relación del lado del pensamiento y acción observadores, que caracteriza a las políticas sociales, y lo hemos vinculado en un necesario paso de acompañamiento no identificador a la acción social en sí, desde la perspectiva –allí– de la ruptura de la proyección objetivista en la AP, y –aquí– desde la existencia de dominios prácticos razonados no racionales, que –allí– requieren observaciones y acciones que abran el espacio de la participación social de los provisionalmente –aquí– observados y actuados. El siguiente paso va a ser efectuar una operación analítica de orden restrictivo, pues vamos a matizar a *Acción* y a *Social* desde el término *Proyectada*. Como quiera que se trata del último término de la triada y mucho de lo que podamos señalar ya lo ha sido en las relaciones precedentes, para no ser reiterativos vamos a sustantivar aquellas intenciones y consecuencias contextuales novedosas que puede llevar anejas. Asimismo, indagaremos en nuestros motivos al buscar una denominación que, cuando menos, no es tan usual en el campo de las políticas sociales y su desarrollo práctico.

En efecto, después de los dos universalizados términos previos, y más allá de los contenidos que hemos desarrollado para cada uno de ellos, **Proyectada** constituye el signo distintivo de la propuesta que estamos intentando articular a través de las implicaciones recíprocas y consecuencias contextuales de las partes de la triada. Llegados aquí, es ocioso decir que el asunto de las denominaciones es importante para nosotros, en la medida que, además, las estamos utilizando para diferenciar la ASP pensada de otros análisis y prácticas. Pero también para delimitar los contornos de la acción experta que queremos, articulando asertivamente alguno de sus contenidos medulares, a través del diálogo y debate entre el mundo real y el mundo que puede llegar a ser, entre el estado de cosas en la intervención social y el estado de cosas posible. Es decir, de nuevo vemos que lo descriptivo –lo que es– y lo normativo –lo que debe llegar a ser– no ocupan lugares tan separados como a veces se piensa¹⁶⁶. En ese sentido, es menester volver a recordar que las referencias utilizadas, tanto las sujetas a crítica como aquellas en las que nos apoyamos para intentar aportar algo al mundo de esta peculiar acción, no sólo son valiosas sino imprescindibles para nosotros. Es preciso señalar que ha sido necesario un tiempo de sedimentación de las ideas, que al final nos ha llevado a la elección de *Proyectada*. El aprovisionamiento creciente de nuevas argumentaciones y utillajes, junto a la misma observación, han dado como resultado la

¹⁶⁶ T. S. KUHN. *La estructura de las revoluciones...* p. 315.

elección del concepto de “proyección”, frente a otros más específicos respecto de referencias tecnológicas –planificación–, o relacionadas con el Estado social –públicas–, que hubieran dado como resultado Acción Social Planificada o Acción Social Pública. Por tanto, las mismas iniciales –ASP–, pero distinta significación, aunque nunca opuesta. Conviene, pues, justificar nuestra elección final frente a *Planificada* y *Pública* en la medida en que son dos denominaciones plausibles para Acción Social que, en consecuencia, son a menudo utilizadas en el campo de las políticas sociales. En primer lugar, más allá de lo que se entienda por planificación y de lo que se haga a través de ella, es un estadio imprescindible en la concepción y aplicación de las políticas sociales. Se puede concebir en sentido laxo ceñida a un papel tecnológico formal, es decir, a modo de instrumento racional de la acción con destino a fines; y se puede entender en sentido fuerte desplegada a cometidos intensivos, es decir, a modo de una acción social completa pensada y adaptada al medio de actuación¹⁶⁷. Sin embargo, remitiéndonos a la totalidad del proceso de la ASP y en todo lo necesario para llegar a realizarla, vemos que la planificación aparece en una parte intermedia del decurso de la acción, y a partir de ahí –aunque siempre esté presente en la medida en que define contribuciones esperadas– la acción no puede ser totalmente traducida en planificación. Siendo un término inequívoco adscrito a una parte de la acción, si la situamos en la cúspide para describir y ordenar todo lo que tenemos que hacer, incluida a ella misma, se puede planificar todo. Pero, propiamente, la planificación se hace necesaria una vez que los propósitos y el conocimiento se deben traducir en un conjunto de objetivos y reglas, que delimitan las aportaciones de los actores participantes en una cadena de acciones, para obtener los resultados deseados¹⁶⁸. Desde ese momento y lugar, es un referente más o menos “ideal” pero nunca puede ser asimilada a la acción y a su decurso real, sea ésta concerniente a la acción social en sí o a la acción propia de sistemas especializados del entendimiento, como por ejemplo la ASP. Como quiera por tanto que cualquier concepción de la intervención social utiliza la planificación pero es más que ella, en el sentido apuntado, convenía seguir buscando un término que se atuviera más a nuestros propósitos de matizar a esta clase de acción social. Otra cosa es con *Pública*, ya que este término cubre las pretensiones denominativas que creemos necesarias para nombrarla, pues remarca el carácter de derecho universal y democrático hacia –y con– los ciudadanos que tienen las políticas sociales. Es evidente que *Proyectada* y *Pública* son intercambiables, cuanto que, además, ambas características deben estar presentes en el marco de un nuevo Estado social que, en efecto, ya no ciñe lo público a lo institucional, sino que lo ha ampliado a mundos vitales y societarios de la sociedad civil, y así se distancia tanto de la estatización como de la privatización de los

¹⁶⁷ Ver con respecto a la planificación algunos de estos enfoques diferenciados en: K. MANHEIM. *Diagnostico de nuestro tiempo...*; J. FRIEDMAN. *La planificación en el ámbito público...*; E. ANDER-EGG. *Introducción a la planificación*. Madrid: Siglo XXI. 1991 y A. REDONDO DE LA SERNA (Ed.). *Sociología y planificación de servicios sociales*. Madrid: Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. 1985.

¹⁶⁸ Ver, F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 221.

servicios¹⁶⁹. Es decir, la mayoría de la ASP debe estar bajo la cobertura de las políticas públicas, sólo que al realizar la tercera selección terminológica hemos pensado en resarcir aquello que, a nuestro entender, estaba más olvidado: el carácter *sui generis* de una acción que regulada y posibilitada por su condición objetivada, debe encontrar en cada momento un espacio entre compromiso y distanciamiento, y adecuar las actividades coordinativas que le caracterizan a las de la intervención en la vida social. Por ello, siendo conscientes de que la elección intensifica el perfil técnico del conjunto del concepto, lo cual es normal si pensamos el contexto académico investigador en el que se realiza este trabajo, al mismo tiempo no es tan críptico o esotérico como para que sólo sea accesible al entendimiento de los iniciados.

Una vez zanjada la pertinencia de *Proyectada* con respecto a *Pública*, queda profundizar un poco más en las posibilidades y consecuencias que esto lleva anejo. El punto de partida y anclaje es bastante sencillo, en la medida que desde una mirada general todas las acciones sociales son proyectadas, aunque lo sean, en muchas ocasiones, de la forma más intuitiva y espontánea. En el decurso de la vida social la proyección esta incorporada a la acción de forma, incluso, anticipada, como condición para una economía de las prácticas que proporcione garantía de éxito a los sujetos sociales en la urgencia de la cotidianidad. En la medida que sólo en determinadas ocasiones la acción social es individual, lo proyectivo está imbricado en el haz de recíprocos propósitos e intenciones que son necesarios coordinar y, acaso, planear para el desarrollo de las cadenas de acción. Las interacciones, relaciones y referencias en el mismo mundo social, van indicando a los actores sociales la pertinencia de las proyecciones, que sucesiva y alternativamente deben formarse en el desarrollo de los enlazamientos de la acción. Proyectar es una acción específica dentro de su decurso, y lo es en el sentido de lanzar o dirigir hacia delante, trazando o disponiendo los medios para la ejecución de algo que estamos pensando y comunicando. Por lo tanto, es un desempeño que se utiliza de una manera en extremo versátil en cualquiera de las dimensiones y estadios de la realidad y acción social. La actividad proyectiva tiene similitudes con el plan pero es más ágil e informal, y por ello más dado al aprendizaje en el proceso de la acción que de nuevo se necesitará re-proyectar según las nuevas relaciones, informaciones y situaciones – emergencia-. Al proyectar, los sujetos sociales interpretan y producen de forma coordinada algo nuevo en el mundo susceptible de crítica, huyendo de un comportamiento contemplativo que se fía al desarrollo “natural” de la sociedad. El entrelazamiento de la representación y el conocimiento de los estados de cosas, con la posibilidad de intervenir en el mundo y ser intervenidos por él mediante acciones orientadas de manera intersubjetiva, constituye la base para entender la necesidad estructurante que tienen los sujetos sociales sobre aquello que han de conservar¹⁷⁰.

Con estos presupuestos, el asunto radica ahora en contemplar la peculiaridad que subyace en la proyección, cuando se produce el paso desde el conjunto de la acción social a la

¹⁶⁹ J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social*...p. 123.

¹⁷⁰ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I*... pp. 494 y 506, respectivamente.

parte de acción social perteneciente al mundo objetivado que constituye la ASP. El tránsito inicial de una a otra nos ha llevado a destacar, forzosamente, lo obvio: que toda racionalidad social, sea lo que sea lo que entendamos por ella, y toda acción social comportan actividades proyectivas. De manera que fiándonos a la versatilidad del concepto, hemos querido así resaltar lo evidente como forma de recordar mediante esa “anomalía” que nos encontramos ante una actividad –la ASP– que está en el ámbito de la acción, con todo lo que ello supone. Y que, asimismo, está inserta en la vida social con las consecuencias que hemos explorado más arriba. Pero que sin embargo puede ser conocida, concebida y desempeñada con unas condiciones específicas diferentes a las de la acción social en sí, que se caracteriza por la actitud realizativa de los actores sociales implicados. La actitud observadora de los actores del desempeño de la ASP, se despliega en la comprensión y la acción pero es hasta cierto punto una actividad controlada. En el supuesto de una relación objetivante del sujeto con el objeto de observación y acción, podríamos hablar de un hacer no relativa sino totalmente impostado: “los capacitados” proyectos técnicos de acción contemplando todas las variables a partir de la inyección de conocimiento inicial sobre un mundo aprehensible y, en su caso, reaccionando ante algunas de las novedosas eventualidades que se puedan dar en el decurso. Sin embargo, constituye una actividad que para desarrollar toda su pujanza debe desplegarse –antes que por una relación de sujeto a objeto– en una relación estructurante-estructurada por la que los sujetos observadores son influenciados por los sujetos observados y actuados, y por lo tanto se convierten ellos mismos en observados y actuados. El mismo proyecto emergente de una nueva acción pública en la que participan los mundos societarios además del Estado, está en correspondencia con ello. Pero esto no quiere decir que el desempeño de la observación –para comprender y actuar–, deje de ser una actividad teórica sujeta a los privilegios de la globalidad de aprehensión, a la totalización o a la intemporalidad. Antes bien, la distancia respecto a la necesidad social posibilita unas capacidades que, cuando son bien calibradas con los sujetos a comprender e intervenir, ayudan a incorporar o potenciar aspectos sociales y vitales de los que carecen, y/o necesitan estabilizar o ampliar. *Proyectada*, entonces, está para recordar la diferencia de condiciones que le caracteriza como acción, cuando la sociedad actúa de manera objetivada sobre sí misma, y en suma para remitir de forma más concreta al control que por espacios y momentos conllevan sus actividades, antes de que los sujetos observadores accionen con el mundo social de los destinatarios. Al mismo tiempo, con *Proyectada* también nos queremos remitir a la necesidad de un proceso explícito de conocimiento, para que la acción desde el Estado social siga profundizando desde planteamientos cada vez más societarios, en la aminoración de las desigualdades sociales y en el desarrollo de la ciudadanía. Un proyecto consciente y reflexivo para la libertad que, sin embargo, supere las formulaciones racionalistas que supeditan la acción al conocimiento esencialista, así como las pragmáticas que establecen una relación indiferenciada entre saber y hacer cayendo en la vorágine de la actividad por la actividad. En el proceso global de la ASP el conocimiento que cuestiona la realidad social y da lugar al necesario proyecto y

planificación, interacciona y se integra de forma diferenciada y autónoma con la acción, y esa relación da cuenta de la emergencia de nuevos productos en el proceso.

V. A modo de conclusiones provisionales sobre la acción social proyectada

Tanto en el anterior capítulo, sobre la intervención social y la ASP en el contexto del Estado social, como en este mismo capítulo, hemos operativizado una mirada situada entre lo general y lo específico con el objetivo declarado de intentar conseguir un alcance ajustado que de otra forma no hubiera sido posible. Al contextualizar la ASP en el Estado social, no hay duda que la amplitud de foco disminuye porque tratan de visualizarse las orientaciones, políticas sociales y planes que, más allá de servicios de previsión y atención que son pasivos por su concepción técnica¹⁷¹, incluyen actuaciones en las que se contacta por parte de los equipos con los ciudadanos a los que van destinadas. Este pliegue supone pasar desde el siempre necesario enfoque de amplio espectro sobre el Estado social, sobre el bienestar y sobre las políticas sociales a otro que hemos sintetizado como de defensa crítica. Es decir, un acercamiento meramente institucional y de abstracción teórica sobre un dispositivo administrativo, se confronta con otro enfoque que vincula el Estado social a la pertinencia y adecuación de las políticas sociales en relación al conjunto de los ciudadanos que financian y reciben las protecciones, servicios y actuaciones. Un enfoque que, en suma, se preocupa por la realización de las políticas sociales no tanto una vez que se han aplicado –como suelen hacer las evaluaciones externas globales–, y sí enrocando el conjunto de las protecciones del Estado social con las formas concretas de su desempeño y aplicación, y en lo que aquí nos atañe con la ASP.

Sumergidos a menudo en este trabajo en asuntos y problemas de racionalidad social y acción social, no deja de resultar sorprendente el corte que se ha venido produciendo entre la gestión global del crecimiento, estabilidad o restricción del Estado social, y los problemas de eficiencia y, sobre todo, de eficacia en la aplicación y desempeño de las políticas sociales y servicios. Sabemos, y somos conscientes, que una eficacia disciplinaria hacia los receptores de las políticas y una gestión eficiente, de corte economicista, del Estado social, han sido demandadas por el neoliberalismo, y sus seguidores, cuando han surgido problemas financieros, intentando revertir la ideología sobre la gestión institucional hacia sus posiciones. Sabemos también, que tanto históricamente, desde la irrupción de la peste negra en la escena europea, como a más corto plazo, desde la posguerra –incluyendo el caso español–, ha habido una tendencia a que la protección social permaneciera en un espacio, hasta cierto punto, independiente de la economía e, incluso, de la política. Esta separación, fomentada tanto

¹⁷¹ En efecto, como ya se ha señalado en otros lugares más atrás, hay servicios del Estado social que aunque forman parte del entramado general de la AP, configuran modos de acción pasivos. Ver a este respecto, D. CASADO. “Conocimiento y acción formal pro bienestar”, en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005. p. 34.

desde ideas conservadoras como progresistas, ha tenido, –y tiene, pues aún se mantiene–, la bondad de asegurar la pervivencia de la provisión del bienestar sin ponerla en cuestión, pero, al mismo tiempo, ha conformado al Estado social como una estructura lenta, incapaz de adaptarse a las nuevas configuraciones y demandas sociales de los últimos años. Y ello tanto desde la perspectiva de la propia elaboración técnica de las políticas, es decir, de lo que atañe a su diseño y aplicación, como desde su relación y acompasamiento a las necesidades sociales de los ciudadanos; a saber, lo que atañe a la acción e implementación de estos dispositivos de observación social. La fragmentación entre lo intelectual y lo manual en el asunto que es el caso, el Estado social, va más allá de manifestar una oposición entre saberes, profesiones y posiciones, y por lo tanto tiene consecuencias que atraviesan diagonal y horizontalmente el diseño, la elaboración, pero también la aplicación o desempeño de las políticas, es decir la ASP. Más allá de que esa fragmentación clásica de la sociedad industrial se ha vuelto en los últimos años más evanescente, por el cambio hacia configuraciones postindustriales relacionadas con la información y la comunicación, sigue siendo identificable en el Estado social una ordenación de resonancias manuales e intelectuales que, como hemos intentado demostrar, constituye uno de los núcleos del problema: pues una vez establecidas las relaciones de posición y poder, la ASP se fragmenta hacia tendencias recíprocamente excluyentes entre las “teorías y las prácticas”. Esto trae como consecuencia que a la globalidad de los grandes diseños, cifras, ideas y configuraciones, se oponen los aspectos más concretos que se puedan pensar: la acción muchas veces aislada orgánicamente que, sometida a la lógica de la actividad por la actividad, obliga a encadenar acción tras acción con las consiguientes pérdidas de sentido, pues el conocimiento ya ha sido inyectado antes y desde arriba con lo que ahora solo queda encauzar la acción y aplicarla. Se entiende así que lo manual despojado del sentido y reconocimiento que le sería necesario, busque su legitimidad en aquello que constituye lo singular de su cometido, es decir, el contacto con los destinatarios de la ASP. Empero, esa instrumentación de los componentes realizativos de la acción observadora, no es suficiente para ocultar su evidente relevancia estratégica y la notable generación de expectativas que comporta toda plasmación de políticas, planes y proyectos. Una presión añadida que, dependiendo de las orientaciones marcadas en las políticas, se pueden traducir en exigencias directas hacia los trabajadores de la ASP, para que mediante los cometidos técnicos habituales, inyecten orden y control en la acción social en sí a través de los ciudadanos específicos a los que se dirigen. De esta manera, desde estas procripciones y prescripciones cruzadas en la intervención, se puede entender el malestar creado en los trabajadores de la ASP, que deja de tener un carácter subjetivo para constituirse en un problema identificado, bastante frecuente en las instituciones del bienestar¹⁷².

¹⁷² Cfr., F. ÁLVAREZ-URÍA. “La crisis del trabajo social”, en: *Claves de razón práctica*, nº 34. Madrid. Promotora General de Revistas. 1993 pp. 49-53. Fernando Álvarez-Uría partiendo de una mirada general, llega a analizar, y enfocar, con tratamientos sociológicos aspectos relevantes de la aplicación de las políticas sociales y, por lo tanto, de funcionamiento de los dispositivos del Estado social.

La superación de los enfoques generales que no establecen un nexo causal entre el mantenimiento y legitimidad del Estado social, y el desempeño o realización de las políticas, resulta esencial para abordar los problemas hasta aquí enunciados, y que, en una sola frase, atañen a la coherencia y continuidad entre su concepción, diseño e intervención. Tampoco la inercia contraria, bastante frecuente, de aferrarse a lo más concreto para compensar aquellos excesos generalizadores señalados, puede ser la solución. En realidad, como otras veces se ha señalado para problemas de naturaleza similar, existe una suerte de equilibrio sistémico entre el enfoque de “gran lente” y el de una extrema disminución focal, que si bien contrastantes aseguran su recíproca existencia autónoma, permitiéndoles desplegar desde sus posiciones su mutilada contribución al proyecto de la intervención. Por tanto, frente al objetivismo de las grandes palabras, la solución no puede pasar por la formulación *ex ante* de la práctica de la acción hasta en los ínfimos detalles, como forma de asegurar y disminuir el vértigo que produce el intentar solucionar con la intervención problemas sociales que sobrepasan con creces al propio contexto de la ASP. Y viceversa, frente a la entronización de lo concreto y de la especialización técnica, tampoco se trata de mantenerse a distancia, aprisionando los espacios del conocimiento y regular la acción según un pensamiento importante –pero anterior– que la abandone a su suerte cuando se necesite de nuevo, en el proceso de recalibrar el saber con el hacer. Si esto es así, se impone una reorganización de las configuraciones de las políticas sociales que, de una u otra forma, inciden en las propias situaciones sociales resultado de la acción social global. Desde esta perspectiva, nuestra elección pensada cuando hemos abordado este objeto de estudio, se ha condicionado a las premisas que acabamos de resaltar: situarla como una clase de acción en el Estado social, y, a partir de ahí, en el horizonte de su interacción con los ciudadanos a los que eventualmente se dirige, contemplarla como un objeto de investigación sociológico unitario que, si bien necesitado de la actualización que sea el caso, en buena parte está más acá de los ámbitos específicos de actuación, profesiones y disciplinas de origen. Aun conociendo que hay sistemas en la intervención muy importantes pero que no son los únicos –por ejemplo: Servicios Sociales–, y profesiones que son más frecuentes pero que coexisten con otras –por ejemplo: trabajo social y psicología–, hemos querido verla desde una perspectiva general, más allá de los diseños y resultados de las conformaciones institucionales específicas. La presunción ha sido –y es– que es posible encontrar un espacio de conocimiento sociológico para la intervención, pero sólo a condición de obviar, hasta cierto punto, la realidad institucional y reconsiderar el objeto de forma asertiva, sólo comprometido a la lógica en situación de los ciudadanos. Por supuesto, no se trata de una ignorancia presuntuosa con la realidad actual del desempeño y actuación de las políticas sociales. Antes bien, la nuestra es una pretensión heurística que trata de emerger tras la observación de los problemas específicos de los campos de actuación. Y sostiene la hipótesis de que los problemas y malestar de la intervención son observables, y susceptibles de ser mejorados en la dimensión operativa, a condición de abandonar los objetos “naturales” de observación impuestos por las lógicas construidas a partir de los campos, disciplinas y

especializaciones. Para ello, hemos pensado que es clave, como hemos visto, unir el destino de este objeto de estudio al de la acción social, y estructurarlo a partir de una dimensión más amplia que cada uno de los campos; una clase de *Acción* que es *Social* y que se matiza partir de un relativo control abstracto –observador– de sus previsiones –*Proyectada*–. Dicho de otra forma, hemos podido constituir nuestro objeto de estudio a partir de la observación de una dimensión unitaria, sostenida por las relaciones y coherencia de los significados y sentidos de los términos y conceptos de la triada terminológica elegida: Acción, Social y Proyectada. La mirada unificada más acá de cada ámbito o disciplina, no significa que se propugne su constitución canónica como objeto de observación, ni tampoco que obligue a mantener este alcance y profundidad de tratamiento según los perfiles y características apuntados, excluyendo la inmersión en lo específico. Podemos estudiar y observar, –para comprender y/o actuar– ámbitos, disciplinas, profesiones o, incluso, colectivos sociales concretos, siempre que se produzcan viajes de ida y vuelta en el análisis de las relaciones sociales comprensivas y operativas implicadas. Sólo de esta manera, manteniendo la vinculación y embrague de lo específico con lo unitario, se pueden evitar los deslindamientos que han llegado a borrar las dimensiones del entendimiento que pensamos más fructíferas. Tales brechas han abocado al espacio de la intervención social a una atomizada observación y a una acción fragmentada. Así, cuando se quiere rectificar debe abandonar en cada acto las lógicas institucionales de la actividad por la actividad, tratando de reconstituir otro espacio que busque hacer efectivos los derechos sociales de ciudadanía como objetivo principal de las políticas sociales.

Esa notoria tendencia al aislamiento de la acción en un contexto organizativo que la burocratiza y la cosifica, puede ser matizada a consta de grandes esfuerzos de crítica y concepción de todo el proceso de la ASP, por más que se sepa que tales iniciativas, en esa lógica, vayan a permanecer aisladas y con el paso cambiado frente a la corriente institucional que se deja llevar por “la fuerza de los hechos”. De esta forma, lo mismo que existen críticas observadoras que inciden desde la comprensión, por ejemplo señalando el malestar en el trabajo social, o la frecuente “arbitrariedad en la fijación de objetivos o en la elección de medios de intervención y las políticas sociales”¹⁷³, justo es resaltar también, desde el plano de la acción, aquellas actuaciones que contestan y rectifican, aunque sea parcialmente, las inercias institucionales desenfocadas y burocratizadas. Entendiendo las políticas sociales como un conjunto más o menos coherente de principios que determinan la distribución de los recursos, influyen en la cohesión social y realizan el control del bienestar de una población por vía política, se puede llegar a acuerdos sobre los problemas del Estado social –y por extensión de la ASP– que se acerquen lo más posible a la objetividad. Así, la misma conformación de las políticas sociales nos aporta indicios sobre el contraste de pareceres habidos para su elaboración, según los diferentes puntos de observación y posiciones con que se puede mirar la crisis de las instituciones protectoras. Sin embargo no se trata de llegar a

¹⁷³ F. ÁLVAREZ-URÍA. *La crisis del trabajo social...*, y D. CASADO. “Presentación”, en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005. p. 11.

pensar –más bien al contrario– que las políticas sociales y las acciones que las desarrollan, estén llamadas a concitar sólo la ideología frente al conocimiento objetivo de la ciencia¹⁷⁴, o sean –por diferencia con ella– una mera práctica. El innegable y creciente papel de los Estados sociales modernos, de las políticas sociales y de una parte de ellas, la ASP, ha ido fraguando la idea de que es posible afrontar científicamente su comprensión, ocupando además un lugar central teórico y metodológico como garantía y extensión de la ciudadanía¹⁷⁵. Por lo tanto, desde la lectura anidada de los problemas y posibilidades actuales del Estado social y de uno de sus segmentos más estratégicos transversales, la ASP, el asunto parece radicar en comprender el sentido y modo de ser de una nueva diferenciación de los (i) instrumentos de la política social y de los (ii) sujetos que puedan activarla, intentando encontrar una integración más calibrada y versátil entre los objetivos que se van planteando y sus resultados¹⁷⁶.

Para conseguir, pues, una efectiva vinculación entre conocimiento y acción, se deben encontrar unos nuevos (i) instrumentos de política social más flexibles pero también más rigurosos en las proyecciones realizadas, contemplando de forma explícita en sus tareas coordinativas la capacidad de incorporar informaciones objetivas en el proceso de la acción. Un proceso de aprendizaje que, además, no sólo sea cognitivo sino también afectivo y moral, en el sentido de comprender esta acción como medio y consecución de la solidaridad, la justicia social y la ciudadanía. Y a unos nuevos (ii) sujetos que, a través de la mediación transaccional desde el ámbito público, sean mucho más que los agentes institucionales tradicionales del Estado social, configurando así una política mucho más societaria que estatal. No obstante, hace falta que las políticas sociales, el conocimiento y acción que las articulan, salgan del racionalismo utilitarista y del estrecho pragmatismo por el que hoy están caracterizadas, que terminan explicando en parte su incapacidad para desarrollar algo más que un positivismo lógico, ante el cual –en segunda instancia– reacciona un incrementalismo incoherente. En efecto, esto es algo que tiene resonancias con lo que hemos visto más atrás, sobre la racionalidad social de la acción con respecto a fines que se transmite y traduce a la ASP. Existe un modelo racionalista de actuación que se despliega desde las decisiones de expertos que normativa, centralizadamente y con fuerte poder de decisión, elaboran sistemas de necesidades sociales para las poblaciones atendidas. En ese sentido, presuponen que existe una única y adecuada respuesta técnica a partir de la adecuada información manejada, obtenida de los procesos formales de investigación y evaluación. Mientras tanto, por contraste, la estrategia incrementalista es una reacción frente a las prescripciones y

¹⁷⁴ Véase, a este respecto, M. WEBER. *La acción social*...p. 121 y ss. Este razonamiento de Max Weber es coherente con la *acción social con respecto a fines*, en la que, partiendo de la orientación teleológica de la acción, se busca la idoneidad de los medios antes unos fines dados. Las políticas sociales, en ese sentido, no pasarían ese corte objetivo.

¹⁷⁵ G. RODRIGUEZ CABRERO. “Política social”, en S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004. p. 584.

¹⁷⁶ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas*... p. 35 y 16, respectivamente.

suposiciones del racionalismo, pues trata de adaptarse aceptando las reglas del juego impuestas por la realidad de la actividad, tratando de mitigar los posibles trastornos: “la realidad es como es” y por ello hay que adaptarse a ella utilizando la observación y la experiencia cotidiana como fuentes de información y decisión¹⁷⁷. Es decir, bajo estos modelos explicativos, se nos muestra un conocimiento separado de la acción –proyectada–, sólo que no hablamos de cualquier conocimiento sino de uno que se construye de forma ensimismada con preceptos normativos y “científicos”, que no contemplan los posibles usos y efectos posteriores desde la perspectiva de la ASP.

En principio, es fácil aseverar desde cualquier enfoque que la intervención debe concebirse y realizarse dependiendo del conocimiento, pero cuando éste se ha constituido mucho antes que la AP y, más aún, no ha contado con ella a la hora de desplegar su desarrollo metodológico y teórico, corre el riesgo de mostrarse como un saber lejano y extraño que no ha conseguido actualizarse en los agentes y en sus prácticas desde la ASP¹⁷⁸. Cuando esto pasa, como así parece ocurrir desde la actual configuración técnica, la acción se planifica desde un modelo rígido que es deudor de un conocimiento que no se encuentra presente, porque ha sido producido en un contexto distinto con una metodología contrastante y en un tiempo anterior. La reacción ante este estado de cosas tampoco es difícil de verla, en la medida que se le va a oponer un conocimiento –de corte fenomenológico– que va a derivar en exclusiva de la práctica y del plan de acción¹⁷⁹. En consecuencia, desde una previsión racionalista cerrada se pasa a un cuestionamiento de toda suerte de programa, con lo que se pierden las posibilidades que atesora toda elaboración intelectual sociológica sobre la comprensión o la acción, perdiendo el conocimiento tanta distancia con la praxis que al final se vuelve mera práctica, reeditándose continuamente en ella misma. De todo ello, aprendemos que debe existir un ajuste entre el conocimiento y la acción. Si en la acción social el conocimiento forma parte de la acción en sí, ello también debe ocurrir en la ASP, donde conocimiento y acción tienen que estar armonizados aunque evitando su solapamiento o confusión. Puesto que no hay conocimiento sin acción y viceversa, se trata de una relación de reciprocidad que debe ser ajustada en el Estado social tanto a nivel macro, en todo el trayecto de la concepción y acción de las políticas sociales, como a nivel micro, en los espacios específicos de la ASP. No se trata tanto de fusionar el saber y el hacer o combinarlos de manera indistinta e inconsciente, como conocer y actuar conjuntamente aunque sabiendo que sus momentos y espacios son autónomos, y no siempre tienen porqué coincidir en el tiempo. Es una interacción distintiva

¹⁷⁷ A. ROBERTSON. “La planificación de la política social”, en: *Política social y Estado de Bienestar*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992. pp. 45-65. Los enfoques racionalista e incrementalista siguen respondiendo a los tipos básicos y generalizados a los que pueden ser reducidas la mayoría de las políticas sociales en su concepción y aplicación.

¹⁷⁸ Desde Comte a Parsons se asume que plan e intervención se desprenden del conocimiento. Ver, M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 53.

¹⁷⁹ Una tradición de la acción cuyo origen lo encontramos en el pragmatismo filosófico de John Dewey, y que desde las tradiciones de la planificación se identifica con “aprendizaje social”. “El aprendizaje social empieza y acaba en la acción”. Ver, J. FRIEDDMAN. *La planificación en el ámbito público...* p. 206.

que sólo puede realizarse en el tiempo mediante fases sucesivas en las que la emergencia juega un papel fundamental. El bagaje sucesivamente adquirido se incorpora al proceso y se utiliza en el momento justo: el proyecto basado en el conocimiento interacciona con la acción y experimentación, y esa coimplicación hace emerger nuevos productos que son la condición para iniciar el ciclo sucesivo de la acción¹⁸⁰.

Pues bien, ha llegado el momento de que desde esta razón teórica tratemos ahora de conformar su correspondiente razón práctica con los discursos de jóvenes, personas mayores y minoría gitana. Tras un acercamiento al Estado social orientado a la ASP, y tras el establecimiento de sus bases conceptuales y analíticas, en los tres próximos capítulos es preciso contrastar empíricamente la pertinencia de nuestros supuestos de investigación, a partir de los discursos y narraciones de estos tres colectivos y sectores sociales característicos. Al mismo tiempo, en otro capítulo posterior, tal cotejo y prueba empírica nos ayudará a delimitar las cualidades de los factores transversales ineludibles en la intervención y la ASP, como son la definición y análisis de las necesidades sociales, las concepciones de planificación social tenidas y las visiones sobre la participación social.

¹⁸⁰ Ver, M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 53.

CAPÍTULO 3

¿QUÉ ACCIÓN DE APOYO A LOS JÓVENES?

I. Investigación sociológica de la comprensión y de la acción social proyectada

El propósito de los tres próximos capítulos empíricos, y concretamente de este que vamos a dedicar a los jóvenes, es completar la investigación teórica y conceptual que hemos avanzado hasta aquí en este trabajo, así como indagar, mediante la investigación sociológica de un colectivo social, en las relaciones complejas que entraña la ASP. Al menos en parte nuestro intento se traduce en investigar en los jóvenes la acción necesaria, mediante una sociología aplicada en el ámbito del bienestar en el que interviene el Estado social¹. Si buscamos y observamos la necesaria cooperación, coordinación y coherencia en la acción social y en la ASP por separado, del mismo modo debemos exigir y apreciar estas cualidades en sus relaciones. Es ahí, en ese espacio relacional en el que nos hemos situado desde la razón teórica, y también queremos hacerlo ahora desde la razón práctica. Nos mueve a ello el convencimiento de la necesidad de un avance desde el espacio relacional trazado entre ambas razones, lo que no quiere decir que nos encontremos, como ya hemos señalado, en un terreno yermo o completamente ignoto. Al recoger aportaciones tanto desde las dimensiones explicativas y comprensivas preocupadas por la ASP, como desde la acción social en forma de experiencia y acervo práctico, expresamos nuestro reconocimiento hacia ellas. Nos interesan sobremanera los abordajes que han ensayado el embrague entre la comprensión y la

¹ M. FERNANDEZ ESQUINAS. “La sociología aplicada”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 115. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2006. p. 17.

acción, entre el análisis y la acción proyectada, intentando la superación en la praxis de los paradigmas racionalistas, o de aquellos otros que sustentan el aprendizaje en la acción y la actividad. De la misma forma, nuestra deuda conceptual y práctica debe extenderse a las personas participantes en los grupos de discusión pues son ellas, y en concreto ahora los jóvenes, quienes nos han sugerido que las formas requeridas de actuación están expresadas, de forma desigualmente explícita, en los discursos y narraciones producto de aquellas conversaciones.

Realizar el análisis de la acción adecuada que se debe dirigir a los jóvenes, implica sincronizar varios niveles y dimensiones de investigación. En primer lugar, entraña un nivel sociológico comprensivo, en el sentido de acercarse al por qué de la acción social de los jóvenes investigados en su momento. El objetivo era encontrar pautas de acción traducidas en forma de proyectos y programas posteriores. Es decir, para la empresa que ahora emprendemos contamos con el bagaje acumulado de una investigación explicativa y comprensiva de la práctica social. Por otra parte, se trata de una investigación que siempre estuvo muy orientada a la dimensión operativa de las políticas sociales y al desarrollo de programas y proyectos, incorporando el interés por la adecuación de la acción especializada en el entendimiento a las necesidades de las personas. En suma, ya estaba presente la idea de que la comprensión está unida a la acción, y viceversa, tanto refiriéndonos a la acción social en sí, como a la racionalización que constituye la ASP y la intervención. En segundo lugar, queremos dar un paso adelante que vaya más allá de la investigación comprensiva, y llegar hasta la investigación de la acción requerida por los ciudadanos desde el Estado social². Para ello, se pretende poner en juego el bagaje apropiado en cada momento y lugar, desde la exploración teórica realizada hasta ahora: la contextualización de la ASP en el Estado social y la investigación teórica de la ASP orientada hacia la acción. Y desde ahora, con el análisis empírico de la ASP a través de los discursos, se desarrolla un nivel de investigación sociológica por el que se infieren características y necesidades de acción, que deben aproximarse ulteriormente a una comprensión renovada. En ese sentido, se trata de una exploración que separa en el tiempo de forma consciente la reflexión de la acción. Y viceversa, sabiendo que la reflexión se incorpora en la acción posterior, y que esta encuentra en su propio desarrollo “datos” que, asimismo, van a agregarse para su conceptualización y análisis. Ni es una estructuración por la que acción y reflexión, enrocándose, se confunden una en la otra, en el presente que sea el caso, ni tampoco se trata de una jerarquización racionalista de la reflexión a la acción, con lógicas sociales de funcionamiento segmentadas.

Además, al hacerla así, esta investigación impulsa y reconoce en los textos discursivos, la relación entre acción social en sí y las orientaciones de la acción racionalizada que supone la ASP. Y si ésta se vincula con la acción que encarnan los destinatarios en las

² Lo social va más allá de una sociología aplicada o de una praxeología. Hay que ver el “tratamiento social de la cuestión social”. Ver a este respecto, M. CHAUVIÈRE. *Le travail social dans l’action publique. Sociologie d’une qualification controversée*. Paris: Dunod. 2004. p. 30.

narraciones de los grupos de discusión —como situaciones sociales producidas por los investigadores—, podemos encontrar el compromiso entre reflexión y acción, así como las consecuencias de la relación entre ambas clases de actividad. Como en toda búsqueda sociológica, la investigación de la ASP se encuentra con el problema de dónde y cuándo concentrar los esfuerzos analíticos. El reto es producir o encontrar unidades de observación dinámicas que no fragmenten la comprensión de la acción, no las desarrollen separadamente, ni las enroquen en una confusa realimentación. Al mismo tiempo deben incorporar también la conectividad entre acción social y acción objetivada. Es así que la investigación de la ASP es más que aprehensión sociológica comprensiva, pero también más que el aprendizaje por la experiencia y el bagaje de la acción. Ambos caminos son imprescindibles e ineludibles, si bien el asunto es imaginar y provocar situaciones, donde estén presentes para ser analizados los promotores de la acción racionalizada, los eventuales sujetos sociales destinatarios —acción social—, y las vinculaciones establecidas entre ellos. De la misma forma, como para cualquier otro objeto de conocimiento social, acercarse a la ASP implica integrar la totalidad de miradas posibles, que se complementen y combinen con un fin comprensivo; incidiendo en la regeneración de las políticas sociales en el contexto del Estado social. En primer lugar, incorporar un socioanálisis que intervenga analizando la realidad institucional faculta aprendizajes en situación; en segundo lugar, desarrollar una reflexividad en el proceso de desempeño de programas y proyectos, incorpora la historia y la emergencia de las actividades y las necesidades sociales, propiciando avances comprensivos; y, en tercer lugar, poner en práctica una ulterior observación evaluativa, que integre los procesos institucionales y sociales, puede orientar sobre cómo enfocar y componer acciones posteriores proyectadas, desde la relativa incertidumbre que toda acción conlleva. Son operaciones metodológicas complementarias, que sustentan la necesidad de una actitud investigadora, cuando se están desempeñando y desarrollando programas de acción; si bien distinguiendo actividad y reflexión, por más que una y otra estén mutuamente incorporadas.

Estas operaciones especializadas en el entendimiento, las combinaremos con el análisis de discursos producidos en situaciones sociales controladas, que van a ser la cantera principal en la obtención de datos. En efecto, mediante el análisis de siete Grupos de Discusión realizados en el año 2002, en los que participaron 52 jóvenes, chicas y chicos, con toda la variedad estructural posible —educativa, residencial, laboral, formativa y de clase social—, a partir de un contexto social dado como es el de Gijón, en Asturias³, se pretende investigar la acción adecuada que se podría dirigir a este sector social, según sus narraciones y manifestaciones⁴. Para ser rigurosos, se trata de un análisis de los grupos de discusión efectuado en una “segunda lectura”, que busca complementar aquella visión comprensiva de

³ Ver, M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* en especial, Caps. I, II y III en los que se desarrollan diferentes aspectos contextuales específicos y generales.

⁴ Para una información detallada sobre el diseño metodológico de este trabajo, la selección de técnicas empleadas y la composición de los grupos de discusión, ir al Anexo Metodológico al final del informe.

los jóvenes, con una comprensión de la acción requerida en las políticas sociales, así como de sus principales características. De la misma forma, en el contexto del Estado social, se abordarán las cualidades necesarias requeridas en los programas y proyectos dirigidos a ellos, desde diversas agencias institucionales o sociales. Es notorio, que la vivencia de la teoría y de la práctica como “realidades fuertes”, responde a la clásica estructuración y división social del trabajo que sigue manifestándose en la intervención social. Sin embargo, ello no dice mucho de las necesidades de las personas afectadas por un sistema económico y social que sigue siendo profundamente injusto. Pretendemos mostrar que la interacción e interrelación del pensamiento y la acción⁵, primero, y de un pensamiento adecuado y de una acción adecuada, segundo, también puede ser vivida como una realidad identificable y remarcable, alejada del reduccionismo al que a menudo están expuestos los ciudadanos, cuando las políticas expresadas en acciones se dirigen a ellos. Así pues, el espacio que tratamos de llenar va desde el análisis sociológico de la acción requerida, hasta ese otro espacio en el que se componen planes, programas y proyectos, comenzándose a desarrollar e implementar. Pero, además, trabajamos con la hipótesis de que todo material narrativo y conversacional, contiene prescripciones e indicaciones de acción experta en dos sentidos: por un lado, muestra elementos de las características de la acción social en sí, que interacciona con situaciones propias y otras situaciones y acciones; y, por otro lado, se llega a expresar como acción requerida al Estado social y las políticas sociales, que reflexivamente se ha conformado una vez que diversas acciones institucionales se han interrelacionado a lo largo de los años con la acción social⁶. La investigación de la acción a través de los textos discursivos, solo será fructífera si desde ese contexto lingüístico se interpela al contexto existencial y se le relaciona con él⁷. En la medida en que hablar es hacer, tenemos la ocasión de explorar y descubrir condensados, las trazas de los efectos y consecuencias de anteriores acciones e intervenciones institucionales. Y aún más, podemos llegar a captar ineludiblemente las valoraciones más o menos explícitas sobre su bondad y, asimismo, las cualidades de la relación entre los programas expertos y la práctica social. Los grupos de discusión, además de posibilitar las dos operaciones comprensivas –de la comprensión en sí y de la acción–, mantienen el texto discursivo en condiciones de ser de nuevo analizado a través de una interacción analítica diferida. Como microcosmos del macrocosmos social, la cuestión es remitirlos al contexto existencial y social que sea el caso. Otra cosa es si sus condiciones constituidas y constituyentes, están ahora vigentes y podemos referirlos al contexto actual o, en su caso, trazar diferencias, contrastes y evoluciones entre situaciones precedentes y presentes. Las aproximaciones cognitivas, o léxico-semánticas, al estudio de los enunciados del discurso son

⁵ Ver, a este respecto, M. ARCHER. *Realist social Theory...* p. 132. Al igual que esta autora señala para estructura y acción, o acción y organización, estimamos que pensamiento y acción no es una combinación. Se trata, más bien, de una interrelación o una relación.

⁶ En general, la narratividad es un elemento constitutivo de las acciones humanas. Ver, F. GARCÍA SELGAS. *Análisis del sentido de la acción...* p. 495.

⁷ Sobre sociolingüística interaccional ver H. CASALMIGLIA; A. TUSÓN, *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel. 2007. p. 18 y ss.

importantes, pero carecen de valor si no incorporan, junto a un análisis pragmático referente del contexto sociocultural, una aproximación procesual e histórica que, además, está en buena parte presente en tales narraciones⁸. Así, al analizar las conversaciones, como una actividad que requiere la participación coordinada de varias personas, es preciso contextualizar los usos lingüísticos, de forma que permitan explicar qué quieren decir los hablantes, pero también qué quieren hacer y qué están haciendo en sus vidas cotidianas⁹. O, según nuestro objetivo, qué están haciendo respecto a las acciones y actividades que el Estado social dirige a ellos y, consecuentemente, qué otras acciones serían necesarias.

Abordar la acción necesaria, no quiere decir que vayamos a efectuar planificaciones o programaciones inmediatas a partir del análisis realizado. Más bien, queremos configurar las principales características de una acción media, a partir del contraste de las aportaciones discursivas, y de las manifestaciones de las personas participantes y de sus intereses. Tenemos que entender el bosquejo y diseño de esa acción, como un conjunto de prescripciones troncales y específicas adaptadas que al mismo tiempo que se dirigen al conjunto que sea el caso, saben orientarse a las singularidades colectivas o individuales encontradas. La exploración y regularización de una acción media requerida, se sitúa en un rango medio que tiene como fin, ya dentro del espacio operativo, de disponer de la suficiente perspectiva como para que acciones aisladas no comprometan o distraigan la orientación de la acción, y, asimismo, para que, en caso necesario, haya una retroalimentación que pueda aconsejar adaptaciones o, incluso, cambios estratégicos. Es preciso recordar que la acción social y la ASP se interpelan recíprocamente en una interacción creativa. Por ello, cuando, por ejemplo, en un proceso de acción se producen incidentes, como el rechazo de los vecinos a un centro de rehabilitación de toxicómanos, o hechos, como el vacío inicial, y aún hostilidad, de los jóvenes hacia medidas que fomentan el alquiler de viviendas, frente a su compra, el asunto no es remitirse de forma clausurada a tales acciones ciudadanas o a las actividades previstas en el programa. Deberemos resituarnos en la perspectiva en la que las relaciones internas y externas y las acciones –sociales y proyectadas– son más plausibles: es entonces cuando deberemos poner en marcha los binomios relacionales de la acción social –incorporando el análisis histórico– con la situación social y, respecto a la ASP, del conocimiento con la acción. Vista así, la planificación no es sino la expresión concreta de una acción media en perspectiva¹⁰. Como hemos visto en el capítulo anterior, un dispositivo en el que más allá de su simplicidad aparente, a partir de su tecnología –plan, programa, proyecto, actividad...– incorpora y constituye las acciones y operaciones proyectivas en toda su sencillez y riqueza. Y, por eso

⁸ *Ídem*: p. 23.

⁹ A. TUSÓN. *Análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel. 2003. pp. 34 y 35.

¹⁰ Hemos querido relacionar y vehicular a la ASP, en el Capítulo 2, como análoga a la acción social en muchos sentidos. Por ejemplo: “La acción social es la ejecución de un acto proyectado. (...) El significado de cualquier acción es su correspondiente acto proyectado”. Ver a este respecto, A. SCHÜTZ. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós. 1993. p. 90. El entrecomillado es nuestro.

mismo, un plan adecuado, es el que debe tener normalizada la capacidad de reorientación según nuevas informaciones y emergencias.

A las puertas del comienzo del análisis discursivo sobre los jóvenes y la acción inferida hacia ellos, es preciso efectuar algunas consideraciones sobre las relaciones de la juventud y los jóvenes con el conjunto de la sociedad y con el Estado social. Nuestro presupuesto es que para afrontar la investigación de la acción deseable, resulta ineludible discernir sus relaciones con la sociedad de la que forma parte. Pues son estas relaciones las que terminan configurando un estatus y rol social, explicativos de su posición y situación global en un contexto social dado, en relación a otros grupos o sectores sociales¹¹. Esas relaciones con la sociedad, influyen en las relaciones que se entablan con el Estado social. Pero también, debido a su poder de estructuración y legitimación social, las cualidades y características de la relación terminan por conformar la posición y situación social de los colectivos o sectores aludidos. Se trata, de nuevo, de una aproximación sociológica de carácter relacional, por la que se entiende que sólo es posible explorar la acción necesaria hacia los jóvenes –en este caso–, a condición de desentrañar las dependencias y posibilidades que tienen con la sociedad, con el Estado social y con sus agencias de acción e intervención¹². En consecuencia, tanto la situación de los jóvenes como la ASP necesaria hacia ellos, deben de definirse por la reacción social que resulta de las vinculaciones entre sociedad, jóvenes y Estado protector. Refiriéndonos a los jóvenes, sus relaciones con la sociedad están construidas socialmente, y partir de ahí se puede encontrar un sentido relativamente estable a tal relación.

Es preciso tener en cuenta que *la juventud* es una elaboración social moderna, cuyas características y relaciones sociales han ido variando a lo largo de los años. En cualquier caso, hay algo común desde su constitución como periodo de la vida reconocible a través de unos derechos, obligaciones y funciones sociales: ocupan una posición de dependencia admitida respecto a la sociedad. Ello está vinculado con los aprendizajes formales e informales que realizan a lo largo del periodo juvenil, con la socialización primaria, y también con las experiencias tenidas hasta su inserción social en el comienzo de la vida adulta. Cuando se han producido de forma exitosa, es que se ha conseguido un mundo autónomo a través de las relaciones personales, el ocio y la cultura, los estudios y la formación, los ensayos y definición del emparejamiento, el empleo, –que posibilita la autonomía económica– y la vivienda –que faculta la emancipación residencial–¹³. Inicialmente, hay una cierta confluencia entre la sociedad y los jóvenes pues se busca, después de un periodo más o menos largo, que asuman, junto a otras generaciones, la producción material de la sociedad y, en general, la reproducción social. Hasta hace algunos años, las características de su rol social general

¹¹ A. ALVAREZ SOUSA. “El constructivismo estructuralista: teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 75. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1996. p. 149 y ss.

¹² Cfr., S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid: Alianza Editorial. 2007. p. 51.

¹³ L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1996. p. 17 y ss.

imperante condicionaban a la juventud como una etapa de transición, cuyo fin principal era realizar las adquisiciones necesarias para llegar de la forma más ventajosa a la vida adulta¹⁴. Hoy esto sigue siendo así, pero con una importante matización que ha determinado notables cambios en el estatus de los jóvenes y en sus relaciones sociales. *La juventud* ya no se concibe sólo como una etapa de paso, que deba subordinarse a objetivos ajenos a ella misma. La nueva condición juvenil se estructura en torno a la necesidad de alargar la formación, el ocio, la experimentación, y todo tipo de aprendizajes formales e informales¹⁵. Aunque haya sido aprovechada para justificar el alargamiento de una injustificada dependencia y el bloqueo de su autonomía social –agravada en los grupos socioeconómicos menos favorecidos–, tiene sentido al posibilitar que accedan a los derechos sociales de la ciudadanía sin tener que esperar a la vida adulta. Tal condición, se inscribe en la dirección de su autonomía y autosocialización, si bien a partir de la experimentación, el ocio, la participación social, y la solidaridad, como algunos de sus contenidos principales¹⁶. Es cierto que se produce una confusión entre la necesidad de dilatar la formación, los aprendizajes y la experimentación vital, con la puesta en práctica de políticas económicas neoliberales, más o menos explícitas, que han provocado la disminución del número y alcance de las políticas sociales que contribuyen a su emancipación¹⁷. Y, sin embargo, lo segundo no se puede justificar con lo primero. Aún contando con la mencionada prolongación de la juventud, cada etapa vital debe ser vivida y, al mismo tiempo, esa vivencia debe implicar un tránsito flexiblemente ajustado en cada una de ellas. Aunque sea más dúctil y dilatado que nunca, sigue habiendo un tiempo para cada cosa y cada cosa debe ser vivida a su tiempo. Empero, aún aumentando la dependencia económica de la juventud respecto a sus familias, también se incrementa su autonomía en otros campos. Sin poder olvidarnos de los límites estructurales –empleo estable y vivienda– que impiden su plena emancipación, los jóvenes tienen, dentro de las posibilidades de cada grupo social, una capacidad de elección razonable en los demás ámbitos –amistades y relaciones de pareja, ocio, viajes y movilidad geográfica, estudios y formación, participación, conciencia de sus derechos individuales y sociales democráticos–, que les permite un ejercicio de la ciudadanía, como una cualidad estable y progresiva¹⁸. Ciudadanía, a modo de un complejo de derechos y obligaciones de los sujetos individuales y colectivos insertos en la comunidad política. Por contraste con la ciudadanía moderna, que se define como una pura atribución y confirmación de estatus, la nueva ciudadanía es una estructura por la que se vinculan entre sí los ciudadanos a través de sus obligaciones recíprocas. En ese

¹⁴ J. L. DE ZÁRRAGA. *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid: Ministerio de Cultura. 1985. pp. 4-34.

¹⁵ C. MARTÍ. “La nueva condición juvenil”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

¹⁶ D. FERNÁNDEZ. “Un nuevo modelo de intervención: las políticas afirmativas”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

¹⁷ M^a L. MORAN; J. BENEDICTO. *Jóvenes y ciudadanos. Propuestas para el análisis de las culturas ciudadanas de la juventud*. Madrid: INJUVE. 2000. p. 57.

¹⁸ M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 39.

sentido, los jóvenes estarían conformando también esa red de derechos y deberes recíprocos, a partir de la cual se ligan con la sociedad y, asimismo, la constituyen y la instituyen¹⁹. Y ello por más que en lo económico se trata de una ciudadanía por delegación de sus sustentadores – los padres –, hasta que alcanzan el estatus de ciudadanos de pleno derecho²⁰.

Por lo tanto, si bien la relación de *la juventud* con el Estado social no está caracterizada por una acción o intervención asistencial, precisa protecciones ante una economía capitalista de la que los jóvenes son damnificados antes de entrar en la esfera productiva. Frente a las políticas neoliberales que les dejan a la intemperie a la hora de acceder al empleo y la vivienda, las políticas sociales proactivas son imprescindibles en la consecución de una mayor autonomía social. De hecho, su ausencia llega a provocar dilatados retrasos en la emancipación con consecuencias biográficas negativas para las generaciones afectadas a lo largo de todo el ciclo vital –en forma de empleos y economías más inestables– y, ya en la vejez, con la disminución de la cuantía económica de las pensiones. Son penalizaciones sociales que, además de consecuencias materiales, tienen también consecuencias morales, acabando por afectar al estatus social. Asimismo, son procesos que si bien implican a la mayoría de los jóvenes, se aminoran en las clases altas y medias altas, acentuándose negativamente en las clases sociales más bajas. En suma, configuradas así las relaciones con la sociedad y el Estado social, se podría decir que la ASP requerida hacia los jóvenes se encuentra inscrita en el marco de políticas específicas, si bien con una fuerte orientación universalista cimentada en los aprendizajes vitales de los derechos sociales y la ciudadanía. Al respecto, la dependencia hasta edades muy avanzadas puede provocar un fuerte debate social, a veces confuso en sus planteamientos ya que se termina responsabilizando de ello a los jóvenes. Y, sin embargo, desde una perspectiva global, tal retraso de la emancipación social resulta socialmente admisible por dos razones. La primera, por el apoyo material y moral que las familias dan a los hijos mientras sea necesario, incluso a los ya emparejados y con algún hijo²¹. Y ello por más que en ocasiones se da la confusión entre un apoyo transitorio con uno muy prolongado, aprovechado después por los medios de comunicación para sacarlo a la palestra²². De esta forma, lo que en otras circunstancias provocaría una crisis social aguda, se atenúa y, en todo caso, se demora, por más que hogaño se genere un debate social al respecto. La segunda razón, porque aún siendo un colectivo que tiene dificultades de acceso a empleos estables y de calidad, su sentido social –más allá de

¹⁹ M. HERRERA GÓMEZ; R. Mª SORIANO. “De las versiones modernas de la ciudadanía a la ciudadanía de las autonomías sociales de la postmodernidad”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 112. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2005. p. 57 y ss.

²⁰ Mª L. MORAN; J. BENEDICTO. *Jóvenes y ciudadanos...* p. 58. De la cita de estos autores, *La ciudadanía por delegación*, es una elaboración y denominación de G. JONES; C. WALLACE. *Jouth, Family and Citizenship*. Buckingham: Open University Press. 1992.

²¹ L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España...* pp. 56 y 141.

²² En el modelo continental de Estado de bienestar, hay una predisposición hacia la familia y las soluciones que aporta, acentuada, como hemos visto en el capítulo 1, en un cuarto modelo, el latino, o de los países de la Europa del sur. Ver G. ESPING-ANDERSEN. *Los tres mundos...* y, del mismo autor, *Towards the good society...* pp. 12 y 16.

cada realidad personal y familiar— se conforma a partir de su disponibilidad y necesidad para el empleo y el trabajo. Es preciso recordar que desde la aparición del capitalismo los colectivos más vigilados y castigados han sido aquellos sobre los que había sospechas de abandono, huida o evitación del trabajo²³.

En referencia a las *políticas sociales* el Estado social sigue ocupando un espacio intermedio entre la sociedad y el mercado que, además de reaccionar ante problemas sociales, en el caso de los jóvenes puede proyectar políticas y acciones positivas que tienen como fin su inserción social. La tradición de la institución en los países europeos, hace que forme parte habitual de la vida social, de forma que siempre se espera algo de él: alguna política redistributiva, alguna acción preventiva, acaso alguna medida de justicia. En las políticas más universales que se puedan pensar —como la sanitaria—, el acceso y tratamiento es similar a todos los ciudadanos. Sin embargo, la complejidad de las situaciones sociales hace muy difícil unificar las acciones de política social. A lo largo de la historia, el Estado social ha sido desigualmente permeable a las necesidades sociales, tratando de armar políticas según iban surgiendo los problemas en la sociedad y aplicando sus medidas correctoras. Así, uno de los inconvenientes principales ha sido la incapacidad institucional para adaptarse a la diversidad social emergente de los últimos años, en las sociedades europeas y en la española. De estas reacciones y las configuraciones a las que han dado lugar, han ido surgiendo formas de relación específica con los colectivos apoyados que, de vuelta, también han recurrido a sus protecciones. Las políticas específicas dirigidas a los jóvenes, surgieron en los años cincuenta del pasado siglo como respuesta a la presencia generalizada de la juventud en la sociedad, pero también para dar respuesta a la incapacidad de entenderlos y comprenderlos, con las concepciones y dispositivos universalistas al uso. Son políticas que, más allá de su desigual plasmación integral o convergente, han sido desarrolladas con recursos y medidas adaptadas a los cambios de la juventud y, además, implementadas en lugares específicos. Sin estar ausentes las discrepancias y el consiguiente debate social, en todos estos años se han consolidado acciones que tienen un extremo cuidado en no presentar a los jóvenes como asistidos, aunque sí como dependientes, si bien, su dependencia se contempla como un mal menor que tarde o temprano se acaba, cuando se materializa su autonomía social definitiva. Este cuidado institucional tiene su correspondencia en la misma sociedad, que espera y alienta su emancipación como forma de reproducción social. Así, podemos decir que toda la panoplia de medidas y acciones que incorporan estas estrategias específicas, han manifestado un cuidado extremo en adaptarse a la cultura de los jóvenes, buscando cauces participativos donde ellos mismos pudieran apuntar, definir y satisfacer sus necesidades. La colonización de la sociedad civil a través de intervenciones paternalistas o burocratizadas, han sido insólitas en su caso y, más bien, lo que se ha pretendido es fomentar y estimular acciones pensadas y originadas en ellos mismos. Sin embargo, lo remarcable es que uno y otro son el mismo

²³ Ver R. CASTEL *La metamorfosis...* p. 172 y ss.

Estado social. En corto, esto nos enseña que en su momento se consiguió una relación no paternalista ni asistencial desde el Estado social, que fue materializada con estas políticas específicas juveniles. Desde esa perspectiva, la protección y las acciones a los jóvenes no les estigmatiza, sino que constituye un derecho que es reconocido socialmente. En largo, esto no ocurre con otros colectivos, como vamos a ver con mayores y gitanos, a los que el mismo Estado social confirma el estigma proveniente del mundo social. Podemos decir, en conclusión, que las relaciones sociales determinan las vinculaciones del Estado social con los sectores y colectivos a los que protege; y que, posteriormente, el poder de conformación social de la institución, autonomiza relativamente sus relaciones con ellos, si bien siempre apuntando en la dirección y orden de las relaciones sociales.

II. Horizonte y límites de las acciones de política social para los jóvenes

Más allá del carácter universalista de la relación entre el Estado social y los jóvenes, dando un paso más, conviene tener una perspectiva del arco de vinculación potencial que puede haber entre ellos. Una mirada general que nos ayude a conocer las diferentes políticas sociales y la consiguiente ASP posible. No es que todo mundo social deba ser intervenido desde los dispositivos de bienestar institucional. La postura de defensa crítica hacia la institución protectora en la que nos hemos situado, requiere su versatilidad y adaptación para recoger y anticiparse a las necesidades sociales, y a las demandas estables y contrastadas de la sociedad de la que forma parte. Es primordial discernir este imprescindible sistema institucional del sistema social o, si se quiere, distinguirlo del mundo de la vida habitual de los ciudadanos donde se dan las prácticas sociales. Al visualizar los posibles campos de actuación se ponen delante del Estado social espacios de la vida que son susceptibles de ser protegidos y activados, pero, al mismo tiempo, la misma idea de ciudadanía social puede aconsejar o una selección de la acción cuando no su misma restricción. Bien es cierto, que el diseño y desarrollo de protecciones universalistas no intrusivas en la vida de las personas, representan el éxito protector del sistema institucional a la hora de facilitar restauraciones sociales, sin los peajes de una adecuación normativa y normalizante. Al evitar leer, o interpretar, a la sociedad en función de una hegemonía política, el Estado social se pone en la mejor posición para conocer y comprender cuáles son los posibles campos de acción, para intervenir sólo dónde y cuándo sea necesario, y desde formas que sustentan diferentes intensidades y ritmos. De la misma forma, para dar el apoyo a una nueva esfera pública – sociedad civil– conformada por un conjunto de instituciones o entidades que realizan actividades no estatales en el ámbito de la asociación voluntaria, en la vida familiar, en la producción cultural y en parte de la producción económica²⁴. En definitiva, se trata de tener una visión del mundo social de los jóvenes que calibre acercamientos y acciones verticales

²⁴ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado relacional...* p. 14.

como periodo del ciclo vital –juventud–, diagonales –clase social y generación– y horizontales –campos y mundos de interés y edades–, efectuando cualificadas selecciones de AP, al mismo tiempo que se les dota del sentido comprensivo necesario para que estas se incorporen a la vida social de estos eventuales destinatarios.

Así planteado, este acercamiento podría parecer idealista. Sin embargo, a poco que pensemos en las políticas de juventud, vemos que en no pocas ocasiones han incorporado esa calibración entre enfoques y acciones de rango vertical, diagonal y horizontal, selecciones pertinentes de la acción necesaria, y aportaciones de sentido que han sintonizado con los jóvenes. Es verdad que las relaciones entre la ASP del Estado social y la juventud han distado de ser idílicas, pero lo que aquí queremos subrayar es el acierto de un buen conjunto de acciones y de las formas de interlocución desarrolladas. Nuestro interés no es tanto el de erigirnos en defensores de tales políticas, como el de realizar aprendizajes que contribuyan a la mejora de la acción dirigida a sectores y grupos sociales que no han contado con medidas públicas tan enraizadas en el universalismo, tan dirigidas a un sujeto activo y participante, y que, como tal, se hayan comunicado con los destinatarios y la sociedad en ese sentido. En suma, una relación que no les trate como categoría residual e intente huir de toda suerte de paternalismo –aunque sea compasivo–, o de tratamientos burocráticos hacia las personas, sectores y grupos afectados. Es preciso recordar que las contestaciones y revueltas juveniles ocurridas desde finales de los años sesenta, han contribuido decisivamente a considerar a la juventud y los jóvenes como un sujeto social en el pleno sentido de la palabra. Es decir, un espacio social formado por sujetos con voluntad de actuar y ser reconocidos como actores sociales²⁵. Las políticas específicas de juventud han sido en buena parte consecuencia de esas contestaciones, por más que sepamos que los jóvenes no encarnen por naturaleza el cambio social, ya que ello depende de las peculiares condiciones sociales generales, cruzadas con su específica conformación como generación, que influye en sus percepciones, valores y acciones históricas más o menos progresivas. No obstante, la relación del Estado social con los jóvenes nunca se ha salido del precepto básico de constitución de un universo público que ha materializado los derechos colectivos y sociales, sin entrar en contradicción directa con las exigencias del crecimiento económico privado y con las desigualdades económicas y sociales²⁶.

Con estas premisas, desde finales de los años setenta del pasado siglo, la instauración de las modernas políticas de juventud en el occidente europeo, han atinado no sólo en el trato dispensado a los jóvenes como un sujeto activo, sino también en la extensión de algunas medidas parciales que han incidido de forma positiva en los diversos espacios de su existencia. Pero, al mismo tiempo, tales políticas han orillado campos claves como el empleo y la vivienda que son determinantes biográfica y socialmente. Vinculado con ello, nos encontramos desde esos años con una situación económica, que soporta un paro estructural, y

²⁵ L. GAITAN. *Sociología de la infancia*. Madrid: Síntesis. 2006. p. 25

²⁶ Ver T. H. MARSHALL. *Ciudadanía y clase social*...p. 42 y ss.

que tiene consecuencias negativas en el acceso de los jóvenes al primer empleo. La consiguiente reestructuración del sistema económico, y la legitimación y extensión de las consignas y medidas neoliberales, han venido actuando como una pinza para estas generaciones, asemejándose su impacto tanto en tiempos de crecimiento como de declive económico. En la bonanza económica, confiando su inserción laboral y emancipación social al impulso del mercado, disminuyéndose algo los tiempos de aproximación sucesiva al empleo. Y en la recesión, se refuerza la adquisición de credenciales y formación, el acompañamiento laboral y, si cabe, la cualificación profesional, pero se alarga sobremanera el tiempo de espera “activa” hasta conseguir –en el mejor supuesto– la calidad y la estabilidad en el empleo²⁷. Tal situación en la que existe un ejército laboral de reserva –si bien con constantes entradas y salidas del empleo precario– viene afectando a todas las generaciones de chicas y chicos que desde los pasados años setenta se han encontrado en el periodo de juventud. En los años de bonanza la permanencia en el empleo es más dilatada, con una disminución del número de salidas y con un aumento del empleo estable, sobre todo una vez que en 2007 comenzó a subvencionarse. En un contexto de creciente fragmentación del mercado laboral en España, las organizaciones sindicales tienen muchas dificultades para conectar con los jóvenes –precisamente cuando más las necesitan–, en el largo e incierto peregrinaje hacia la consecución de un empleo estable²⁸. Ante esa ambivalencia, que extiende la ciudadanía a un amplio espectro de espacios vitales, pero que ignora los apoyos clave para la emancipación social en su momento, es la familia quien debe proporcionar los medios necesarios para su aproximación al empleo y a la emancipación social. Y ello por más que tal independencia se da a partir de unas biografías juveniles inciertas, vulnerables y, aún, reversibles²⁹. Además, puesto que no todas las familias tienen las mismas posibilidades materiales, culturales y simbólicas, y los bienes proporcionados son desiguales con respecto a los requerimientos de la sociedad, se comprenden las asimétricas trayectorias sociales cristalizadas. Por ejemplo, para los jóvenes de clase media-baja y baja las posibilidades y expectativas se ajustan de forma “sorprendente”, por lo que, en muchas ocasiones, quieren –y deben– abandonar cuanto antes los estudios y la formación, ingresando en un mercado de trabajo que para ellos está aún –si cabe– más desregulado; lo cual provoca la vuelta obligada a

²⁷ J. CASAL. “Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 75. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1996. p. 312 y ss. Sobre la adquisición y acumulación de credenciales orientadas al mercado de trabajo, ver el análisis clásico de R. COLLINS. *La sociedad credencialista*. Madrid: Akal. 1989. p. 59. Ver también, J. CASAL. “Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo en: *Cuaderno de Relaciones Laborales*, núm. 11. Madrid. Universidad Complutense. 1997. pp. 19-54.

²⁸ Sobre fragmentación ver, A. RECIO. “La segmentación del mercado laboral en España”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (coords.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. p. 141 y ss. Sobre las dificultades de conexión de los sindicatos con algunos colectivos ver, R. ESCUDERO. “Algunos retos actuales del sindicalismo”, en *Gaceta Sindical* (Tema general: Reflexiones sobre algunas cuestiones del sindicalismo del futuro), núm. 185. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras. 2000. p. 8 y ss.

²⁹ A. LOPEZ BLASCO [y otros]. *Informe juventud e España 2004*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. INJUVE. 2005. En especial, Parte I: capítulos 3 y 4.

un intento de recapitalización formativa que mejore sus oportunidades sociales³⁰. Es decir, si bien podemos hablar de un periodo juvenil para todos los jóvenes, existen diferencias respecto a las posibilidades de acceso a bienes primordiales influyentes en la posición social ocupada, en la misma juventud y en la vida adulta.

Para el análisis discursivo de la acción social y de las acciones requeridas a la intervención, debemos recorrer el camino más corto posible pero sabiendo que no se puede hacer a través de atajos equívocos. El mundo social y las medidas necesarias para su mejora, no se muestran con plena transparencia y cuando atisbamos una verdad –provisional– es a costa de pensamientos diversos y acciones variadas de los sujetos sociales implicados y de su comprensión. Por paradójico que parezca, la acción casi nunca es única sino una acción compleja que se realiza a través de la ejecución de otras acciones distintas³¹. Así, en analogía con la acción social, la acción requerida al Estado social por los jóvenes también debe ser explicada a partir de su situación en el decurso de la acción social, en un contexto de sentido que sólo puede conseguirse con la comprensión de la relación que establecen entre sus necesidades y aspiraciones –que deberemos deslindar de los deseos–, y las expresiones de un proyecto de la acción requerida más o menos patente.

No es casualidad que el primer trozo de discurso elegido –recurrente en el texto y connotado vigorosamente–, se esfuerce en hacer comprender a los otros, a los que no son jóvenes y a la sociedad, el carácter amplio, diverso y complejo de sus vidas. Se están refiriendo, en efecto, a un alargamiento del periodo vital juvenil, pero también a un ensanchamiento en cada uno de sus tramos, ya que las necesidades, las responsabilidades, los aprendizajes y experimentaciones son muy variados y requieren de estrategias vitales acordes con esa diferenciación dependiente. Al socaire de la prolongación general del ciclo vital y de su enriquecimiento, el *ethos* de la juventud se ha redimensionado hacia una variabilidad material y cognitiva, que si bien es flexible tiene sus límites temporales de cumplimiento. En los últimos años, el sistema de clasificación y reproducción social que naturaliza clases objetivas y orden social objetivo –la *doxa*–, esto es, la división por sexo, edad, o posición en el conjunto de la sociedad, ha experimentado algunos cambios que han afectado a la propia juventud. La prolongación del periodo juvenil se puede justificar de muchas maneras, pero desde las relaciones sociales objetivas el sistema productivo requiere que una parte importante de la fuerza de trabajo esté cualificada y ello repercute en el conjunto de la juventud. No se quiere decir que las relaciones subjetivas sean inútiles y estén plegadas a la dictadura de aquellas; más bien al contrario. De hecho, existe una interconexión entre capital económico y capital simbólico –prestigio– que no puede ser abordado desde términos puramente cuantitativos³². Las experiencias subjetivas están plenamente integradas en las

³⁰ INJUVE. *Informe anual jóvenes 2006*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. INJUVE. 2006. p. 17 y ss. Ver también, M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 76 y ss. Y p. 91 y ss.

³¹ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 141.

³² P. BOURDIEU. *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge: Cambridge University Press. 1977. p. 164 y ss., y 178, respectivamente.

categorizaciones sociales reconocidas y aprobadas, y las crisis económicas o sociales, así como las acciones de los agentes, han transformado en el último decenio algunas de las evidencias sobre *la juventud*. Hay elementos que subrayan los aspectos comunes de una única condición juvenil, pero en la paleta de la juventud podemos encontrar una amplia gama cromática que apunta su variedad vital y social. En general, los jóvenes de todos los grupos de discusión llamaban la atención contra el peligro reduccionista, ejemplificando de inmediato la variedad de vidas existentes en el lapso de tiempo juvenil. Por un lado, las edades marcan diferentes necesidades pero, por otro, hay acontecimientos como el término de los estudios, que actúan a modo de rituales de paso³³. Y vamos a ver como este despliegue epistémico es muy relevante desde el punto de vista de la acción, pues indica ámbitos de comprensión y de AP requerida que son dependientes y se pueden leer de forma conjunta. Así, del precepto comprensivo de la diversidad y pluralidad en los jóvenes, emerge de inmediato la necesidad de acciones flexibles y moduladas que eviten la tendencia a la uniformidad, reconociendo y actuando según los diferentes grupos diferenciados estructuralmente y, también, longitudinalmente; a tenor de la distintiva sustantivación de las actividades y estilos de vida en las sucesivas fases de la juventud.

Veamos, pues, un fragmento de uno de los grupos en el que participan varios jóvenes, chicos y chicas, y que muestra esa preocupación por la modulación de las atribuciones de los otros sobre los jóvenes y la juventud:

“– Las inquietudes de los jóvenes, pues son múltiples, muy variadas. (...) Yo que sé, veintiuno, después de haber acabado la carrera, y yo veintidós que estoy ya terminándola, tus inquietudes son diferentes que a lo mejor un tío de... que tenga veinte años, ¿no? Que yo que sé, el tío de veinte años la preocupación, o diecinueve años... ¡Jo! Pues de uno de 24 que no haya acabado... –Y esté en tercero en una carrera de ciencias... Y que, pues su preocupación, a lo mejor, también depende mucho de la persona. Yo que sé, pues mira: ¡estoy preocupado porque el sábado que viene no voy a poder salir por la noche y tal! Entonces a lo mejor, a lo mejor yo que sé, a lo mejor esa preocupación también la puedo tener, ¿no? La puede tener un tío de veintisiete años igual que la puede tener un tío de treinta y cinco. Pero a lo mejor ya preocupaciones, yo que sé, un poco más, digamos más serias, ¿no? Yo que se, que nos pongamos a decir, pues yo quiero buscar un trabajo, quiero encontrar un trabajo, mi carrera pues a lo mejor tiene más salida que otra, ¿qué hago?, ¿qué hago con mi vida?”(Grupo de Discusión nº 1, páginas 4 y 5. Clase social Media-Alta, 15-22 años). En adelante: (GD1, 4-5. MA, 15-22 años).

³³ Dependiendo de las edades y del contenido, tales experiencias actúan a modo de ritos preliminares, liminares o postliminares. Ver a este respecto A. VAN GENNEP. *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus. 1986. p. 78 y ss.

El notable alargamiento temporal de la juventud en los últimos años, nos informa de las diferencias y necesidades existentes a lo largo de un periodo tan prolongado, y ello tiene consecuencias sociales comprensivas y para la ASP. Al mismo tiempo que se plantea la comprensión de su práctica social realizativa, también se van tamizando exigencias de acción proyectada que deben ser incorporadas a las políticas sociales existentes o por emprender. Sin embargo, es preciso volver a recordar que de ello no se deducen programas, proyectos y acciones del Estado social para todas y cada una de las áreas estudiadas.

Entre el inicio y el final de la juventud existen notables diferencias a causa de edades tan separadas, pero también por las distintas vivencias generacionales que marcan su devenir como jóvenes: aspiraciones, propósitos colectivos y personales, modas, relación con los estudios y el empleo, entre otras. De igual forma, en un tiempo tan dilatado hay una acumulación de conocimientos y experiencias biográficas, y eso da la oportunidad a los jóvenes de más edad de incorporar las innovaciones que van de la mano de los de menos edad; como ejemplifica en el presente su fluida relación con las nuevas tecnologías. La prolongación de la juventud actúa como una sucesión de oportunidades para asumir y difundir las innovaciones que, de otra forma, sólo marcarían a las nuevas generaciones, en un proceso irreversible de imposibilidad de aprendizaje social. Así las cosas, hay una complejidad estructural y una acentuación distintiva de contenidos y actividades en el trayecto juvenil. Y no son tanto diferencias excluyentes como prácticas y caracterizaciones prioritarias en cada una de ellas. Los acercamientos científicos, institucionales y políticos, al guiarse por cortes de edad arbitrarios, ignoran que algunos ya han adquirido las coordenadas vitales completas de la vida adulta, sin apenas ningún resto y condición de vida juvenil. No obstante, sin olvidar la relación con esas emancipaciones, el enfoque sociológico debe tratar de contemplar variables sociales que interaccionan con lo subjetivo y lo individual, como, por ejemplo, el alargamiento de la juventud y la imposibilidad de emancipación plena hasta edades muy avanzadas, que obliga a permanecer con la familia de origen³⁴.

Con la relativa perspectiva que da el mayor tiempo vivido dentro del periodo vital, se reconoce un sustrato común pero al mismo tiempo se señalan los aprendizajes, prácticas y responsabilidades sucesivas, asociados a las edades. Así lo razona en el contexto conversacional una de las chicas participantes en los grupos de discusión, cercana a los treinta años:

“– Me parece que la gente que está ahora mismo en el margen de dieciséis, dieciocho años, creo que tienen una diferencia. Yo, por ejemplo, tengo treinta años, entonces hay una diferencia con nosotros yo creo que bastante grande, por lo menos conmigo. No sé, las cosas que observo, creo que no solamente ya por la forma de vestir; las actitudes yo creo que son un poquitín distintas. Hombre, tampoco se puede generalizar, yo creo que hay determinados

³⁴ Esto es así desde hace ya bastantes años. Ver, por ejemplo, P. CRUZ; P. SANTIAGO. *Juventud y entorno familiar*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1999.

colectivos, hay grupos, hay gente..., pues bueno que quizá es como una evolución personal. La gente de dieciocho, dieciséis o veinte años; pues lógicamente yo también tuve esa edad y siempre haces cosas distintas que las que puedes hacer cuando tienes ya, veintiocho o treinta años, veintiséis; ya te planteas otras cosas distintas” (Grupo de Discusión nº 4, página 1. Clase social Media-Baja y Baja, 23-30 años). En adelante: (GD4, 1. MB-B, 23-30 años).

Con el horizonte de la acción requerida desde el Estado social, es notorio que esa relación se constituye en potente oportunidad comprensiva para adecuar la ASP al mundo de la vida de los jóvenes ciudadanos. Sin embargo, para avanzar en el proceso dialógico entre las dos clases de acción, es primordial partir de un marco contextual elegido de un sistema de necesidades sociales universales y básicas. Las necesidades sociales universales –salud física y autonomía personal– como precondiciones básicas sociales, y las necesidades sociales intermedias –reproducción social, producción material, transmisión cultural, autoridad política– también precondicionales, pero más circunscritas en su expresión a nuestro ámbito cultural y social, constituyen nuestro referente normativo básico positivo, para adentrarnos en la comprensión de las necesidades de la ASP en la juventud y los jóvenes³⁵. Es decir, un referente ineludible para su construcción, según las posibilidades y registros que venimos planteando. En esa línea, vamos a utilizar como anclaje y guía referencial comprensiva el Gráfico 5.1, en que el hemos pretendido reflejar de una forma sencilla e intuitiva las dimensiones integradas más relevantes del curso vital juvenil³⁶. Tal representación ambiciona reflejar las expresiones concretas del trayecto juvenil, sin dejar de lado otras prácticas ajenas y, aún, contrastantes con ellas, pero que se encuentran presentes en nuestro sistema social e institucional. Aspira, pues, a mostrar elementos objetivos y subjetivos, así como a orientar sobre su relación e integración, en el decurso vital de los agentes sociales y personas en este periodo de la vida. En la juventud hay una combinación del conjunto de las manifestaciones de las necesidades sociales. Bien es cierto, que el proyecto y concreción de las necesidades va más allá de una etapa vital aislada y por ello tienen el carácter de sociales. Pero es en esta etapa del ciclo donde prácticamente todas ellas se activan y se encuentran presentes en las situaciones y propósitos de vida de las personas. La misma idea de un trayecto jalonado de adquisiciones, donde se va abandonando la dependencia para llegar a la emancipación³⁷, indica el paso por todos los estados posibles con respecto al proyecto de las necesidades sociales y, por lo tanto, en relación a las posibles formas de ASP que se pueden requerir. Por

³⁵ En el Capítulo 6, en relación a la ASP investigada en estos capítulos empíricos, se realiza un acercamiento a las necesidades sociales, a su detección y satisfacción.

³⁶ Página 184. Ver al respecto, M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 101.

³⁷ Una experiencia de difícil manejo que a veces tiene situaciones de una dependencia no completa y una autonomía que no acaba de completarse. Ver, a este respecto, M. MARTÍN SERRANO; O. VELARDE, *Informe de Juventud de España...* p. 25. Sobre las adquisiciones en los jóvenes ver, L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España...* p. 20.

ejemplo, una producción material óptima es esencial para el conjunto de la sociedad pues asegura una vida buena para todos, se participe o no en ella de una forma plena. La infancia y la vejez en su presente histórico no participan en esa producción material, al menos formalmente, –lo harán los niños y ya lo han hecho las personas mayores–, pero los jóvenes deben adquirir socialmente, e incorporar en sus vidas, el conjunto de las manifestaciones de las necesidades. La ausencia de alguna necesidad se corresponde con la situación de dependencia que, de inicio, les caracteriza como adolescentes que vienen de la infancia. Pero se espera y alienta que mediante acciones y actividades que contemplan lo institucional y lo subjetivo, realicen las adquisiciones necesarias para la emancipación social –estudios, formación trabajo o formación de nuevas familias–, y para los aprendizajes sociales y ciudadanos que allanen su autonomía: ocio y diversión, participación social, relaciones de amistad y pareja, etc.

Podemos decir que los casi tres lustros de la juventud se colman con contenidos diferenciados en cada uno de ellos, de los que las edades son hitos indicativos del paso y transición de un estado a otro. En los años ochenta del pasado siglo, aunque ya se estaba dilatando la juventud, se podían distinguir claramente dos etapas y situaciones en los jóvenes que se identificaban con el tiempo de los estudios, y/o el trabajo, que ocurrían en una secuencia lógica³⁸. Pero en la actualidad, al haber más cantidad e intensidad de los aspectos formativos, existe una fase intermedia en la que concurren los estudios, la formación y el trabajo, además de otros aspectos de carácter formal o relativo a los estilos y modos de vida más informales –ver Gráfico 5.1–.

De esta forma, realizando un corte arbitrario, pero necesario para aportar una fotografía referencial del curso vital juvenil, nos encontramos con tres fases que se corresponden, de forma aproximada, con cada uno de los lustros que lo componen. Dada la cantidad de variantes sociovitales que se dan, donde las diferentes etapas dependen unas de otras, y donde no existe una progresión tan clara como cuando la juventud era un tiempo sólo de transición social, resulta complicado reflejar de forma económica las situaciones y prácticas de los jóvenes a lo largo de los años. No obstante, optando por señalar las presencias más significativas en los discursos, y también punteando aquellas presencias menos notorias, podemos así indicar tres clases de cuestiones relativas a las edades, a las clases de edad y a las actividades de chicos y chicas en cada una de las fases.

En primer lugar, referente a las edades, lo más significado discursivamente y, por tanto, más cercano al eje de centralidad –ver el mismo Gráfico 5.1–, nos sirve como indicador de las actividades asociadas con las edades, en cada uno de los periodos del curso vital de los jóvenes. *En segundo lugar*, en paralelo también nos aporta una visión global sobre las clases de edad, tomando el mismo referente temporal y vital. Teniendo en cuenta que las clases de

³⁸ J. L. DE ZÁRRAGA. *Informe Juventud en España...* p. 30 y ss. En realidad, este autor distingue la juventud en cuatro fases, aunque la primera y la última son de transición desde la infancia, y hasta la edad adulta, respectivamente.

edad informan sobre las divisiones existentes en un grupo social y sobre los derechos, obligaciones y necesarias transiciones entre cada una de ellas en un momento dado³⁹, su efecto de estructuración secuencial sobre las actividades de las tres fases y tiempos son: a) estudios/estilos de vida –ocio, diversión, consumo–; b) estudios, formación, trabajo/estilos de vida; y c) trabajo, formación/pareja, comienzo de formación nuevas familias y declive de los estilos de vida. Aunque en la actualidad los deberes y derechos ligados con las clases de edad sean más flexibles, y no tan estrictos como hace años, existen secuencias y tiempos que no pueden dejar de ser cumplidos: todas las personas tenemos, en relación con nosotros y nuestro entorno social, ideas establecidas sobre los límites y posibilidades de nuestro tiempo y las acciones que podemos llevar a cabo. La sensación de llegar tarde en el trayecto vital, está fundamentada en la imposibilidad de emancipación ante la escasez de empleo, pero, sobre todo, ante su inestabilidad y su mala calidad. Así lo expresa un joven de veintiocho años participante en los grupos de discusión:

“– Entonces claro, digo yo, me estoy haciendo... antes de salir del instituto, estoy ya viejo ya, en comparación con el mundo laboral, ¿no? O sea, estoy ya caduco con lo que está ahora de moda, en auge en el mundo laboral. Entonces digo yo: soy un fracasao. Ya te ves tú ya mismo... Que ves que el tiempo te va pasando, te estás haciendo mayor y cada vez son..., las oportunidades son menos. Y luego yo, claro, no me queda más remedio que vivir con mis padres. Aunque me quiera independizar, aunque me quiera casar, o que quiera vivir con mi novia o con cualquiera, no puedo porque lo primero, los trabajos que hay, hay pocos, y los que hay están muy mal pagaos, muy mal remuneraos, los contratos son de risa. Los contratos son de puñetera risa” (GD4, 2-3. MB-B, 23-30 años).

Continuando con la explicación del gráfico, las clases de edad obligan y posibilitan diferencialmente dependiendo de las clases sociales, dando como resultado trayectorias distintas en tiempos y contenido, sobre todo en las actividades formales referentes a los estudios, la formación y el trabajo, entre otras. Aunque hoy la mayoría de los jóvenes estudian, se forman, e intentan trabajar, la importancia estratégica, el sentido y el tiempo en el que se cumple cada una de ellas, es distinta para los chicos y chicas de cada clase social. En este caso, tales clases sociales han sido agrupadas, en media-alta, media-baja, y baja, en correspondencia con los grupos de discusión realizados⁴⁰. La presencia más significativa, o menos notoria, de actividades no sólo indica su evolución global entre una fase y otra, ya que

³⁹ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo. 1998. p. 88.

⁴⁰ Ver, A. ORTÍ. “Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80”, en: *Revista de Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 88. Madrid: Cáritas. 1992. Estas elecciones de estratificación de clase se corresponden a unos agrupamientos jerarquizados, que pueden contemplar en cada uno de ellos, cuando sea necesaria, la diferenciación entre fracciones de clase.

también podemos leerla a partir de las diferencias entre clases sociales en los jóvenes. Por ejemplo, en las actividades formales y compartidas con respecto al empleo –o la presencia en el mercado de trabajo– en las edades más bajas, se trata de actividades poco realizadas que muestran a aquellos jóvenes de clase social baja, o media baja, que han abandonado los estudios y comenzado a trabajar a edades tempranas. Es una paradoja, pues en un contexto de paro y precariedad laboral estructural, estos jóvenes menos formados y que más apoyos requerirían, acceden precozmente al mercado de trabajo. En el otro extremo, esto contrasta con la trayectoria de los que prolongan su formación hasta edades más avanzadas –la mayor parte fuera del mercado de trabajo–, pero que tendrán más y mejores oportunidades en el acceso al empleo en su momento, y con más posibilidades de estabilidad. Tal relación inversamente proporcional entre acceso precoz al empleo y oportunidades sociales, requiere de una ASP que apoye a estos jóvenes de la primera fase juvenil, impulsando y facilitando flexiblemente aprendizajes educativos, formativos y relacionales.

Por último, *en tercer lugar*, se trata de que quede manifestada en el gráfico la concurrencia y contigüidad de las actividades compartidas y exclusivas de los jóvenes en cada una de las fases del desarrollo. Partiendo de que ambas clases de actividades, inclusivas o exclusivas, son fundamentales para la juventud, podemos observar en el tramo inicial juvenil una eclosión de las actividades exclusivas, y de los estilos de vida, por relación a las actividades inclusivas. Ello contrasta con el tramo intermedio donde se da una gran concurrencia de actividades de los dos tipos hacia el eje de centralidad. En lo inclusivo, no sólo porque a esas edades hay jóvenes que estudian, otros que están en periodo de formación o especialización, y otros en el mercado de trabajo –trabajando o buscando trabajo–, sino también porque chicos y chicas pueden pasar en ese lapso temporal simultáneamente por las tres situaciones, presentándose como un dilema vital. La presión formativa e informativa les impele a tratar de aprovechar el tiempo, acumulando los títulos de crédito y saberes que estén a su alcance, en una carrera sin final conocido que provoca altas dosis de desasosiego e incertidumbre:

“– Además yo, por ejemplo, yo tengo estudio empresariales, he hecho FP también. ¿Y qué es lo que pasa? Que por ejemplo para un auxiliar administrativo te piden ¡informática!, ¡tres idiomas! A ser posible tres idiomas: inglés, francés, alemán. No sé que, no sé cuanto, no sé cuanto más. O estudias una cosa o trabajas; o te dedicas a una cosa, o a otra. Y ahora mismo para trabajar, nulo. Por lo menos en mi caso nulo. ¡Harta estoy de echar curriculums a diestro y siniestro!” (GD4, 5. MB-B, 23-30 años).

Además, desde la perspectiva de las actividades exclusivas y los estilos de vida en esas edades intermedias, se mantiene la importancia y concurrencia de actividades que en el tramo inicial ya eran muy significativas: ocio y diversión, grupos de amistad, consumo, viajes,

experimentación, etc. En la tercera fase de la juventud, hasta los treinta años, las actividades inclusivas cada vez ocupan más tiempo y tienen mayor significado, sólo que ahora bajo el prisma de la creciente autonomía subjetiva y social, efectiva o deseada, de chicas y chicos.

Al ser la dependencia la situación que caracteriza a los jóvenes, los propósitos y acciones para su autonomía material y moral, pasan por construir espacios autónomos que conformen y asienten sus capacidades decisorias y resolutorias. El trayecto hacia esa facultad implica la capacidad para formular objetivos, deseos o creencias, y ejecutar acciones, pero también para comprender las constricciones empíricas que conllevan. Es decir, un aprendizaje social del que deviene la asunción de responsabilidad⁴¹. Aquí, el Estado social y la ASP entran en escena, al poder respaldar tal proyecto emancipador mediante acciones que faciliten sus aprendizajes sociales, o que prevengan y corrijan los efectos del mercado, acercando a los jóvenes a bienes esenciales para la independencia, como el trabajo y la vivienda. Si las relaciones entre la juventud y la sociedad, como hemos visto, se van construyendo desde la perspectiva del desarrollo de la ciudadanía, desde el Estado social no cabe una ASP paternalista que obstaculice sus procesos de aprendizaje, o fracase en el empeño de apoyar las condiciones para su autonomía. Al contrario, la acción debe dirigirse a sujetos activos y participantes en los procesos personales y sociales que les incumben. Si en conjunto se han conseguido formas de relación a través de la acción del sistema –Estado social– con la sociedad –la juventud– que han tenido globalmente un tono adecuado, uno de los problemas es olvidar la diversidad social existente entre los jóvenes. Una atribución generalista sobre un conjunto social lo cosifica y lo aleja de la sociedad conformándolo inaccesible y opaco⁴². Al contestar este estado de cosas –en este caso, a través de una chica participante en uno de los grupos de discusión–, los jóvenes emiten dos mensajes que incorporan dimensiones de comprensión y de acción, apelando tanto a la sociedad como al Estado social. El primer mensaje, para señalar el peligro de la pereza del pensamiento y la acción, llamando a un mayor conocimiento y cercanía hacia ellos. El segundo, para significar la autonomía y la iniciativa de los jóvenes, apuntando la necesidad de que las acciones estén proyectadas desde su implicación y participación como sujeto social:

“– Creo que la juventud sí se mueve, y que hay muchos grupos que no se conocen [por la gente]. Pero que realmente sí, sí hay grupos que se mueven. Y que están intentando hacer cosas que antes no me parece que hubiera...”
(GD1, 3. MA, 23-30 años).

En un contexto de ciudadanía social, la –auto– construcción de la autonomía de un sector o grupo social no puede imponerse ni tutelarse. Pero uno de los componentes consiste en el aprendizaje de la combinatoria de mensajes y contenidos contradictorios, situados entre

⁴¹ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 110.

⁴² Ver al respecto, D. COMAS. *Las políticas de juventud en la España democrática*. Madrid: INJUVE. 2007. p. 190 y ss.

la tutela inhabilitante y el fomento de las condiciones para el aprendizaje. Chicos y chicas tratan de aprender su autonomía con la herramienta del ejercicio autónomo de sus prácticas sociales cotidianas, pues, de otra forma, los procesos de responsabilidad social serían deficitarios y obtendrían resultados parcialmente válidos. El carácter de una comunicación dirigida a sujetos individuales y sociales, activos y responsables, no debe ser algo anecdótico sino estratégico y universal. En este caso por referencia a la familia, es decir, a una parte de la acción social, una de las chicas así trata de reflejarlo:

“– Tienes dieciocho años y eres muy infantil, eres que no sabes lo que quieres. Con dieciocho años yo era un crío, yo no sabía. ¡No, hombre!, hay gente con dieciocho años que realmente no sabe lo que quiere, que la tienes que guiar un poco más, que tienes que estar ahí. Pero, hay gente con dieciocho años que tiene la cabeza muy amueblada y que si te dice, quiero hacer esto, mamá, es que quiere hacer eso. No puedes comerle el tarro todo el día y amargarle pa que haga otra cosa, porque tú crees que es bueno para él, porque a lo mejor él sabe lo que quiere. – Claro. – Entonces, el problema es la comunicación bien entendida” (GD5, 67. B-MB, 22-30 años).

Visto así, si los espacios y momentos excesivamente tutelados son incoherentes con el propósito de consecución de autonomía, resultaría también una impostura que la ASP se dirigiera a ellos desde cualquier suerte de paternalismo, o proyecto mutilador de sus expectativas, intenciones y acciones. No queremos decir que tales mensajes dirigidos a ellos sean inexistentes en la sociedad, más bien se trata de propiciar sus oportunidades de elección y decisión y, con ello, de acertar, equivocarse y volver a intentarlo en el trayecto del aprendizaje vital. Pero la iniciativa y la libertad social no pueden ser confundidas con la iniciativa y la libertad económica que se convierten, de esta suerte, en una imposición de la lógica económica –capitalista– sobre el conjunto de la vida social⁴³. Más allá de las proclamas sobre la libertad, la iniciativa y la innovación económica individual, el sistema económico capitalista necesita de un conjunto de regulaciones públicas que son indispensables para su funcionamiento. Nos encontramos que el discurso neoliberal de la libertad y la iniciativa individual económica necesita la regulación pública aunque no la reconozca, y al mismo tiempo obstaculiza la acción estatal, en general, y la acción protectora del Estado social, en particular. Con independencia de que un sistema económico al servicio de las personas pueda, en ocasiones, confluir con los sistemas de protección institucionales, la disposición del entorno para la actividad económica no puede confundirse con las precondiciones sociales para que los jóvenes y otros grupos sociales puedan desarrollar sus capacidades. Para una verdadera equidad e igualdad social de oportunidades, son precisas unas condiciones universales, preparadas y mantenidas por el Estado social y la ASP, que aseguren las

⁴³ P. BOURDIEU. *Les structures sociales de l'économie...* p. 20.

capacidades electivas de las personas. Pues en efecto, una vez conseguidas y mantenidas, son los agentes, actores y personas quienes deben realizar sus específicas adquisiciones, sin que las burocracias estatales sustituyan su iniciativa o crítica social. En tiempos de crisis permanente donde el desempleo y el empleo inestable y precario afectan, entre otros, a los jóvenes, sitúan a éstos en permanente deuda social. Por otro lado, siempre se evocan otros lugares donde, en un juego especular, si funcionaría la actividad económica y con ella el conjunto social. Esos son los términos del debate en el grupo de discusión, donde unos jóvenes contestan a otros oponiendo las posibilidades –condiciones reales para la equidad– a la iniciativa –económica–:

“– Iniciativa para hacer cosas. No creo. – No iniciativa, si no... – Yo no me creo más tonto que a lo mejor uno de Pamplona o uno de Cádiz. O uno de Cádiz que sea más..., más tonto que yo o más listo que yo. O sea, todo el mundo tiene coco. Lo que pasa que unos tienen a lo mejor más oportunidades o les dan más facilidades que a lo mejor lo que hay aquí (...) ¿Entiendes lo que te quiero decir? – Sí, sí, sí. – Yo no creo que sea una cuestión de iniciativa como decía él. – No, no, no. – Yo creo que más bien es una cuestión de posibilidades. – Eso es” (GD4, 9. MB-B, 23-30 años).

Al seguir con la constitución de la autonomía personal y grupal de los jóvenes, observamos que desde los primeros años de la juventud está declinada a partir de tiempos contrastantes que deben ser tenidos en cuenta. Hablamos del tiempo como espacio temporal distintivo que se suele identificar con espacios físicos frecuentados y/o apreciados⁴⁴. Ocurre, por ejemplo, cuando se encuentran en momentos de diversión compartidos en exclusiva con los iguales, en la calle o en los bares, que se diferencian de los momentos y lugares compartidos con los adultos, en la familia o en las instituciones de socialización. Tener en cuenta estos usos, significados y funciones del tiempo, supone reconocer sus variadas realidades y representaciones, así como las consecuencias que ello debe tener a la hora de la planificación de los proyectos de acción dirigidos a ellos. Así, podemos proponer proyectos orientados a ambos tiempos y espacios sociales, pero sabiendo de sus características y límites y lo que se puede esperar de los mismos. Es significativo que esta pluralidad sociotemporal entre tiempos exclusivos y compartidos en la actual juventud, contrasta con la comodidad de la concepción del tiempo absoluto social, imperante desde el siglo XIX, hasta hace no mucho, cuando las metrópolis, en el proceso de colonización, impusieron la unificación formal del tiempo y el acercamiento de los espacios⁴⁵. Es decir, una concepción unidimensional que aún sigue inspirando gran parte de los planes y proyectos de acción. No obstante, desde hace algunos lustros, con la ruptura de los grandes relatos lineales, se ha quebrado esa

⁴⁴ M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 54 y ss.

⁴⁵ M. FEATHERSTONE. “Global culture(s): an introduction”, en: *Theory, culture & society*. Vol. 7. Nottingham: SAGE. 1990.

homogeneidad, resultando una diversidad –a veces acumulativa– de construcciones sociales sobre el tiempo: personal, interaccional, cronológica o cíclica, entre otras. Pero contra lo que pudiera parecer, el tiempo no es un producto social, ya que el ser humano proviene del tiempo, y además éste es siempre el mismo para todos⁴⁶. Otra cosa son los usos y significados que los sujetos sociales, individuales o colectivos, le damos. Es decir, observar los usos y significados que los jóvenes hacen de él, según sus actividades y distribuciones temporales⁴⁷. Esta consideración del empleo del tiempo, delimita que entre los mismos jóvenes existan diversas prácticas y connotaciones que se corresponden con la nueva condición juvenil: la juventud ya no es sólo un tiempo de paso sino también de realidad vivencial, aunque a superar en su momento. Por ello, es preciso señalar la significada división de la vida de los jóvenes entre tiempos inclusivos y tiempos exclusivos y, a partir de ellos, de las diferentes prioridades y acentuaciones que se van realizando dependiendo de las edades.

En el Gráfico 5.1, se han pretendido reflejar estos usos distintivos del tiempo. En la parte superior, encontramos una acotación de los espacios y principales actividades inclusivas en las tres fases de la juventud señaladas; y en la parte inferior, los espacios exclusivos, sobremanera estructurados por acciones inscritas en la esfera de los estilos de vida. Hay espacios de los jóvenes que son compartidos con la sociedad adulta que poseen diversos grados de formalización, y caracterizan un tiempo inclusivo: la familia, los estudios, la formación y el trabajo, la formación de nuevas familias, entre otros, son las esferas y actividades principales que lo componen. Todos ellos son aspectos que la sociedad ha considerado esenciales para su agencia y posición social. Aunque más adelante nos detendremos en ellos con más profusión, comenzaremos por la parte inferior del gráfico, concerniente a los espacios y tiempos exclusivos.

III. Las actividades de los jóvenes en tiempos y espacios exclusivos

En un periodo vital situado entre la infancia y la autonomía de los adultos, los jóvenes gestionan tiempos propios que son vividos al margen de la sociedad adulta y de otras etapas vitales. Son tiempos exclusivos con los grupos de iguales que son importantes en los procesos de búsqueda de identidad, en la construcción de la autonomía y en las estrategias de consecución y afirmación de estatus. El aprendizaje de la independencia requiere de la construcción de un mundo social propio, que se quiere mantener al margen de las miradas de los adultos. Mucho más, si cabe, en las edades más tempranas en las que *salir* significa vivir ese tiempo sin la vigilancia o límites habituales. Sin embargo, los tiempos exclusivos están relacionados con los inclusivos y deben ser aprendidos a calibrar por los jóvenes. Discutir y negociar las salidas –diurnas y nocturnas– con los padres –aún no habituados a la precocidad

⁴⁶ I. PRIGOGINE. *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets. 1991. p. 55.

⁴⁷ Ver, a este respecto, J. AGUINAGA; D. COMAS. *Cambios de hábito en el uso del tiempo. Trayectorias temporales de los jóvenes españoles*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1997. p. 216 y ss.

de hijas e hijos– ayuda e efectuar esa síntesis. Chicas y chicos de las cohortes más jóvenes así lo expresan en sus discursos:

“Pero ellos [los padres] piensan que por... – Ellos a nuestra edad estaban trabajando, no salían casi nunca. – Pero, la vida cambia ¿oíste? – Pero pa ellos no. Ellos siguen pensando que es la misma vida de antes y nos quieren atar como ellos estaban acostumbraos hace...” (GD7, 17. B-MB, 15-18 años).

Los tiempos de diversión y ocio con las misma interacción social, el consumo cultural –música y conciertos–, el consumo de ropa, los viajes, la estancia en los bares, y, en ocasiones, ciertos comportamientos arriesgados –alcohol, consumo de drogas, velocidad...– conforman una buena parte de los espacios y contenidos exclusivos en los primeros años de la juventud. Para la conquista y aprendizaje de la autonomía personal y social es ineludible estructurar, antes o después, un espacio autónomo, moral y material, que debe ser respetado y comprendido como tal por las personas adultas, empezando por las de la misma familia. Pero el espacio de la exclusividad es un territorio que también está más allá de aquellos adultos con disposición y actitud comprensiva hacia los jóvenes, pues la autonomía solo se puede construir de forma autónoma. No obstante, chicos y, sobre todo, chicas, agradecen la disposición a entenderlos. Los adultos que los escuchan suponen un pequeño resquicio por el que mirarse y comprenderse:

“– No nos quieren entender [los adultos]. – Con la única persona que puedo hablar así, contarle, o sea, todo y absolutamente todo, a lo mejor incluso más de lo que la gente ve normal que le cuentes, es a mi madre.

Y a lo mejor madres de escandalizarse y de decir: ¡pero bueno, eso mi hija, no sé que! Y a lo mejor, se enteraron de la mitad. Y mi madre cállase y dice: ¡Va mujer, pero tampoco pasa na! O sea, yo veo que los adultos, no sé, creen que los jóvenes son..., jóvenes, adolescentes, que no se preocupan por nada. – Sí, que lo hacemos por hacer. – Están en su mundo, tienen problemillas” (GD5, 51-52. B-MB, 22-30 años).

Hemos señalado que los estilos de vida y los tiempos exclusivos tienen en muchas ocasiones referentes espaciales privilegiados. Y, sin embargo, dadas las posibilidades de las tecnologías de la comunicación y la información, cabe la posibilidad de que no estén tan anclados a lugares concretos: conversaciones telefónicas, chats, o correo electrónico, son una gama de posibilidades interactivas que los jóvenes aprovechan para comunicarse, y, además, tienen una marcada prefiguración social⁴⁸. Este flujo de mensajes y espacios de encuentro está inserto en el proceso del consumo de dispositivos tecnológicos para la información y la comunicación, y todos los jóvenes de todos los grupos y clases sociales son el objetivo

⁴⁸ A. J. GORDO LÓPEZ (Coord.). *Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*. Madrid: INJUVE. p. 75 y ss.

privilegiado de este mercado. Como se podrá pensar, un consumo responsable y un aprendizaje de los límites resultan imprescindibles en estos años, y ello también forma parte de la calibración y modulación entre tiempos inclusivos y exclusivos:

“– Metí yo el viernes dos mil pelas y ya no tengo un duro, ¿oíste? – Y en una llamada puedo estar, ¡puff!, hablando y hablando y hablando... – Tú yes la leche. – Igual que me llaman, o que llame a alguien, estoy ahí horas y horas colgada al teléfono. Si tengo estao hablando y que se acabe la batería...”
(GD7, 27. B-MB, 15-18 años).

Frente al carácter iterativo de la vida cotidiana, sujeta en buena parte a los tiempos compartidos que se dan entre semana, los tiempos exclusivos están más relacionados con lo excepcional que puede acontecer los fines de semana⁴⁹. Pero no sólo. Sobre todo en los primeros años de la juventud, la autosocialización se manifiesta con grupos de jóvenes que se reúnen cualquier día; por ejemplo, en el parque, en un bar, o en otro lugar del barrio. Aquí funciona la información y la transmisión de gustos y valores, el testimonio sobre la situación de relaciones y amistades o, sencillamente, la expresión de opiniones sobre temas en los que se sienten implicados⁵⁰. El reconocimiento de esa exclusividad temporal en la que funcionan grupales no estructuradas, aboca a tenerla en cuenta a la hora de proyectos y actuaciones que, de otra forma, son ineficaces porque se dirigen al espacio formal de los tiempos compartidos⁵¹. El reto sigue siendo establecer una relación dialógica que promueva, y a la vez, matice, tales acciones, no transformándolas sino respetando su autonomía, sus eventuales modos organizativos y su específica producción de códigos. En cualquier caso, como ya se ha apuntado, la combinación de los ineludibles tiempos y actividades exclusivas y compartidas es fuertemente paradójica, presentándose como un doble vínculo de difícil solución para los jóvenes. Deben realizar y seleccionar, por ejemplo, los estudios o la formación y, al mismo tiempo, participar en la conformación de su identidad, a partir de las relaciones expresivas con los grupos de iguales. Dicho así, parecería que nos podríamos atener a un comportamiento racional y meditado en las elecciones de los jóvenes. Pero no ocurre de esta forma, pues todas estas disyuntivas son resueltas en la urgencia práctica de la vida cotidiana. En ese sentido, la juventud es también –y quizá antes que todo–, un ejercicio de aprendizaje práctico para saber elegir en cada momento entre los elementos y usos que componen una y otra esfera. Más allá de las eventuales soluciones encontradas, como, por ejemplo, polarizar las actividades de uno y otro tipo entre la semana y los fines de semana, en última instancia deben aprender a complementarlas. Por ello, la traducción de códigos y su integración paulatina a lo largo de la

⁴⁹ P. ORIOL-COSTA; J. M. PÉREZ TORNERO; F. TROPEA. *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós. 1996. p. 134 y ss.

⁵⁰ S. CRISTANE. “La juventud en la época de su reproductibilidad mediática”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998. p. 4 y ss.

⁵¹ J. AGUINAGA; D. COMAS. *Cambios de hábito en el uso del tiempo...* p. 236.

juventud, va a ser un indicador de madurez personal y social. Es en este marco en el que la ASP, en tanto que acción requerida y construida por esta dialéctica inclusiva y exclusiva, también podrá emerger, concebirse y planificarse desde la posibilidad de asentar la diversión y los aprendizajes informales y sus límites, dando paso a otras adquisiciones más estructuradas, cuyos diseños y desarrollos hay que contemplar a partir de la familia, de las instituciones de enseñanza/aprendizaje y de sus prácticas. Es decir, los proyectos deben distinguir unos tiempos de otros sin eludir el conflicto y sin dejar de abordar la progresiva complementariedad de espacios y tiempos.

Las acciones y sentidos que estructuran y conforman los tiempos y espacios exclusivos son similares a lo largo de la juventud, y lo que cambia es su relevancia en cada una de las fases que la componen. A partir del eje de significación, podemos seguir observando en el Gráfico 5.1, como en el primer lustro del periodo juvenil el ocio y la diversión, junto a las relaciones con los grupos de iguales, juegan un papel capital, tanto para distanciarse de la infancia, como para comenzar a delinear un mundo autónomo, personal y social. En los siguientes cinco años continúan esas tendencias, pero, además, tienen más relevancia las relaciones de pareja que se compaginan con las de amistad. En el último lustro, las relaciones de pareja se constituyen como prioritarias e importantes, mientras que las relaciones de amistad, y las prácticas respecto al ocio y la diversión, aún siendo imprescindibles en sus vidas, pierden frecuencia y significación.

Las actividades exclusivas señaladas hasta aquí se combinan con otras, también del mismo carácter, relativas a los estilos de vida. Y de nuevo es preciso subrayar que nos encontramos con contenidos similares a lo largo de todo el periodo juvenil, pero que según las edades adquieren más importancia con acciones que van siendo sustituidas por otras. Al respecto, la capacidad de diferenciar y apreciar algunas prácticas sociales respecto a otras –el gusto–, es fundamental para constituir el mundo social representado: es decir, el espacio de los estilos de vida. El gusto es la concreción práctica de la traducción de las cosas en signos distintivos, que constituyen a su vez distinciones significantes a nivel social⁵². Tanto en el terreno del consumo, como en la moda, las diferencias están en la oposición entre los gustos de lujo y los gustos de necesidad, que fundan diferentes estilos de vida. Las prácticas realizadas por los jóvenes, así como sus mismas percepciones, actúan como orden justificativo vinculado con las clases sociales en las que están posicionados los jóvenes. Pero también, conforman diferentes grupos sociales que utilizan como distinción y representación variados gustos traducidos en estilos de vida, tanto en sentido transversal como longitudinal. A través de los estilos de vida externos, se informa con flexibilidad y economía de los acelerados cambios del entorno que están viviendo y que ellos mismos están conformando. La propia biografía juvenil actual está exigida por la innovación permanente –en el consumo, en la moda, en los viajes, etc. – compartida con los grupos de amigos y contrastada con otros

⁵² Respecto a los estilos de vida, ver P. BOURDIEU. *La distinción...*p. 169 y ss.

grupos de jóvenes. De esta forma, las actividades están vinculadas a acciones y expresiones distintivas relativas a los estilos de vida, que forman e informan de las características de los jóvenes y de los grupos sociales a los que eventualmente pertenecen. En los primeros años del periodo juvenil, el ocio, la diversión y las relaciones con los grupos de iguales se expresan a través de los estilos de vida. Éstos están marcados por el consumo, la moda y otras actividades que tienen un alto componente de transgresión y experimentación. Veamos, al respecto, un discurso significativo en el que se expresan algunas cuestiones relativas a estos estilos de vida y experimentación social en los primeros años de la juventud, donde son más significativos:

“– Y me parece que precisamente los jóvenes tienen que vivir su época, ¿eh? Y su época también es la época... de salir por la noche, de desfasarse, de la música tecno, de la música underground, de, salir por la noche y conocer experiencias. (...) – Y yo lo que quiero vivir en mi juventud son experiencias personales y equivocarme y disfrutar de... Ser consciente de los errores que cometo para no volverlos a cometer” (GD3, 11. MB-B, 17-21 años).

En el tramo central juvenil, las actividades exclusivas siguen estando construidas en torno al ocio y la diversión, pero ya con una mayor relevancia de las relaciones de amistad y, sobre todo, de las de pareja. Al mismo tiempo, se abandonan las prácticas de transgresión, se mantienen el consumo y la moda, y se añaden también los viajes como otro elemento definitorio expresivo. Sin duda, las mayores cotas de autonomía material y moral conseguidas tienen que ver, en este periodo, con esa capacidad creciente. Por otro lado, la experimentación sigue siendo un aspecto importante en el aprendizaje y maduración de chicos y chicas en estas edades. En la tercera fase tienen lugar los ensayos mayoritarios de emancipación social, las relaciones de pareja son las más relevantes y con ella las actividades de los estilos de vida que las recrean: los viajes y, algo menos, el consumo y la moda. En cuanto a las relaciones de amistad siguen siendo muy significativas, y pierden importancia el ocio y la diversión, como actividades de corte expresivo más significadas en los lapsos de edad más jóvenes. Al conocer estas actividades de los estilos de vida en cada fase, y su evolución, podemos proyectar una ASP que combine los principios de realidad y posibilidad. Se pueden atender a sus prácticas actuales de consumo y moda, pero también tratar de ver sus usos y utilidades como reguladores secundarios de la conducta y, al mismo tiempo, escuchar las inquietudes y expresiones de otros grupos de jóvenes que contestan alternativamente sus exigencias simbólicas y mercantiles.

La trayectoria que estamos desarrollando para la comprensión de la acción adecuada y requerida hacia los jóvenes, –recíprocamente dependiente de su comprensión social facilitada por los estudios sociológicos sobre los jóvenes–, nos lleva ahora al conocimiento de sus formas sociales desplegadas, mediante las que se expresan, se comparan, se distinguen y

3. -CURSO VITAL DE LOS JÓVENES: ACTIVIDADES COMPARTIDAS Y EXCLUSIVAS.

ESTILOS DE VIDA

TIPOS DE ACTIVIDADES \ FASES	ENTRADA Y CONTINUACIÓN EN LA JUVENTUD (15-20 años)	CONFLUENCIAS EN EL TRAMO CENTRAL JUVENIL: VIVIR, ESTUDIAR TRABAJAR (21-25 años)	ENSAYOS DE EMANCIPACIÓN SOCIAL (26-30 años)
ESPACIO DE LAS ACTIVIDADES COMPARTIDAS O INCLUSIVAS	<p><i>Empleo</i></p> <p><i>Formación Ocupacional</i></p> <p><i>Estudios</i></p>	<p><i>Vivienda</i></p> <p><i>Formación de nuevas familias</i></p> <p><i>Empleo</i></p> <p><i>Formación ocupacional y profesional</i></p> <p><i>Estudios</i></p>	<p><i>Vivienda</i></p> <p><i>Formación de nuevas familias</i></p> <p><i>Formación ocupacional</i></p> <p><i>Empleo</i></p>
EJE DE CENTRALIDAD Y SIGNIFICACIÓN	<p><i>Ocio y diversión</i></p> <p><i>Grupos de iguales</i></p> <p><i>Consumo</i></p> <p><i>Moda</i></p> <p><i>Experimentación</i></p> <p><i>Alcohol(y otras Drogas)</i></p>	<p><i>Ocio y diversión</i></p> <p><i>Pareja</i></p> <p><i>Relaciones de amistad</i></p> <p><i>Consumo</i></p> <p><i>Moda</i></p> <p><i>Viajes</i></p>	<p><i>Pareja</i></p> <p><i>Relaciones de Amistad</i></p> <p><i>Viajes</i></p>
ESPACIOS DE LOS ESTILOS DE VIDA Y/O ACTIVIDADES EXCLUSIVAS	<p><i>Viajes</i></p> <p><i>Asociacionismo</i></p> <p><i>Pareja</i></p>	<p><i>Experimentación</i></p> <p><i>Alcohol (y otras drogas)</i></p> <p><i>Asociacionismo</i></p>	<p><i>Consumo</i></p> <p><i>Moda</i></p> <p><i>Ocio y diversión</i></p> <p><i>Alcohol</i></p> <p><i>Experimentación</i></p>

aprenden. Nos referimos a *formas de socialidad grupales* que dan soporte a actividades expresivas, pero también a otras menos conspicuas de carácter informal en las que no suelen estar presentes las personas adultas. En un contexto expansivo de individuación social, puede resultar lógico pensar a los jóvenes como individualistas, en concordancia con una sociedad en la que existe una invasión progresiva de todos los dominios de la vida, por las lógicas complementarias de la economía capitalista y la mercancía. La pretensión es que la mercantilización de la vida cotidiana se asuma como algo inevitable y normal. Desde esta lógica, parecería pues que los problemas económicos serían sus preocupaciones sociales principales. Los jóvenes estarían inmersos en una espiral de consumo sin precedentes, por la que se abandonarían a prácticas de interés egoísta y de repliegue ensimismado. Se presupone la ascensión del “individualismo liberal” en una sociedad postindustrial capitalista en la que el mercado sería algo anterior y superior a los hombres⁵³. Es preciso reconocer que, en apariencia, ésta sería una de las narrativas más extendidas, con sus formas de vida correspondientes, que se plasmaría en un conservadurismo liberal al uso. Sin embargo, este no es el único relato existente, por más que en la actualidad concurren variados elementos a su favor⁵⁴.

En consecuencia, no existe la uniformidad de los jóvenes sujetos por el consumo, y sometidos al interés egoísta que se repliegan sobre sí mismos, como manifestación del individualismo. Lo que parece darse es una complejidad subjetiva e individual, que se traduce en su singular socialidad, conformada creativa y adaptadamente a través de grupos, subculturas e identidades juveniles⁵⁵. No hay una traducción mecanicista de la economía liberal de mercado a la esfera social, y mucho más cuando la autonomía y complejidad de la sociedad actual abocan a transitar y vivir en espacios sociales diversos, en los que debemos adoptar mascarar sucesivas –identidades– y representar otros tantos papeles. Esto cuestiona a la, hasta hace no mucho, imperante identidad estable que carecería de la ductilidad necesaria en los escenarios cambiantes en los que vivimos. Si esto es así, nuestras vidas están articuladas a partir de varios círculos concéntricos a los que pertenecemos y que necesitan de “yoes” alternantes y/o sucesivos⁵⁶. Tal diversidad social y vital los jóvenes la viven a través de las experiencias con el grupo de iguales. Entre la creciente masificación y el individuo aislado, encontramos formaciones grupales en la que se privilegia lo colectivo, a partir de las sensibilidades vividas en común. El inicio de la constitución de un mundo autónomo, hace más relevante la importancia de los diferentes grupos sociales en los que –de variadas formas– se participa y se pertenece. Veamos una de esas manifestaciones a través de las palabras de uno de los jóvenes participantes en los grupos de discusión:

⁵³ J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* pp. 21 y 28.

⁵⁴ Ver L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* En especial, toda la SEGUNDA PARTE.

⁵⁵ P. PARRA CONTRERAS. *¿Estudiantes de psicología en los laberintos del yo?*, en: *Archipiélago* (Tema general: Psicología crítica. Entre el malestar íntimo y la miseria social), núm. 76. Barcelona: 2007. p. 86 y ss.

⁵⁶ J. ELSTER. *Egonomics*. Barcelona: Gedisa. 1997. p. 37 y ss.

“– Yo, ¡joder!, yo hago fiestas en mí casa, o en casa de los colegas. Y ahí estamos hablando, estamos desfasándonos, estamos divirtiéndonos y hablamos un poco de todo, ¿no? Hablamos de política, hablamos de sexo, hablamos de las tías que nos molan,... O traemos a tías para ligárnoslas en casa, que también lo hacemos, ¿no? O sea, intentamos buscarnos un poco el pan de la mejor manera posible, pero sin necesidad de tener que hacer casi como encaje de bolillos” (GD3, 8. MB-B, 17-21 años).

La autonomía del individuo por la que estamos abogando, confluye directamente con la pertenencia a grupos –o a bandas o tribus– que permiten mantener relaciones microsociales, y proporcionan un espacio reconocible, y diferenciado, respecto a los otros. Los motivos de identificación o distinción son muy variados, si bien los barrios son uno de los motivos más visibles a la hora de sentir la pertenencia y expresar la diferencia:

“– La Peña va por bandas tío. O sea, yo mira, yo viví en muchos laos: viví en Llano, viví en La Camocha y viví en el Coto. –Y tengo amigos en to los laos. Pero es que siempre van por bandas tío... – Los de la Camocha contra los de las Verjas. O sea, las Verjas contra no sé que, El Coto contra... – Sí, sí, siempre va ser igual” (GD7, 36. B-MB, 16-18 años).

Pertenecer a estas redes cercanas y sentirse en ellas, supone protección y posibilidad de reconocimiento e integración. Al contrario, a través de distintos modos de expresividad social como el consumo, en general, el consumo cultural, en particular, o la moda, existe también la oportunidad de discriminar y diferenciarse de otros grupos, cuando no de contestar al orden adulto, –familiar, social y académico– que se les impone, o que ellos lo perciben así⁵⁷. Ciertas expresiones y expresividades funcionan a modo de rituales que pretenden llamar la atención hacia los otros grupos, pero también ante la sociedad adulta que a veces sobreestima la rebeldía de estas manifestaciones cayendo, de vuelta, en falsas atribuciones. Por lo tanto, una ASP dirigida a ellos nunca puede ser una reacción aislada ante acciones expresivas concretas, que no son tanto fines como medios para hacerse comprender, o para fundamentar su autonomía hacia el ego y ante el alter ego. Esta clase de acción intelectual debe comprender y fusionar los principios de realidad y posibilidad, respetando las prácticas expresivas y distintivas de los jóvenes y, al mismo tiempo, saber escuchar su propia crítica y/o deseo de transformación.

A través de medios expresivos como la moda y la música, extendidos después a otros campos, estos chicos y chicas de las edades más jóvenes de la juventud refrendan los procesos de semejanza y distinción grupales:

⁵⁷ E. GIL CALVO. *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*. Barcelona: Anagrama. 2000. p. 227.

“– A mí también lo que me incumbe es también por la forma de vestir o por la música que escuchas. – Hay muchas movidas con el rap tío, hay... – ¡A mí me mola el hip-hop tío! – ¡A mí me mola escucharlo! Yo nunca lo, o sea, yo nunca bailé.

– En el Calderón están, o sea, todos, grunges o rockers, mezclaos con los raperos, y nos llevamos de puta madre. Pero a lo mejor la otra gente, pues piensa muy mal de nosotros, que si no sé que... O sea, lo mismo que por él que dice que escuchas rock, o algo así, y ya eres un maleante, ya eres un drogadicto, no sé qué. O escuchas también lo del bacalao duro así, y también eres un pastillero. – A no ser que escuches así las mariconadas esas. Pues claro, lo ven normal,... – ¡porque quieren vender! – ¡Claro! Lo ven más porque la tele... ” (GD7, 40. B-MB, 16-18 años).

El descubrimiento y reconocimiento de esas formas sociales grupales, ha llevado a la publicidad a alentar la compra de múltiples objetos, que buscan la identificación de los consumidores como miembros de tales grupos sociales⁵⁸. Los jóvenes representan la quintaesencia de ese proceder grupal, que alcanza su máxima expresión en lo público con procesos de semejanza y diferenciación.

La extensión y normalización de la ***lógica y práctica del consumo*** no es un fenómeno que haya llegado evolutivamente, a partir de los procesos técnicos y sociales modernizadores irreversibles en las sociedades occidentales. Antes bien, el capitalismo de consumo y el propio consumo, tan presentes en la cotidianidad de nuestras sociedades, y en la vida de los jóvenes, responde a unas causas históricas que tienen que ver con el agotamiento y saturación del primer capitalismo de producción que, por momentos, en las primeras décadas del siglo XX, hizo inviable esta versión del sistema económico capitalista. La salida sociotécnica a las amenazas permanentes de sobreproducción, fue aplicar la innovación no tanto al proceso productivo –como hasta entonces–, sino a las propias mercancías y objetos de consumo. El desarrollo y profundización de esa lógica aplicada al producto, fue determinando una necesidad permanente de cambios frecuentes, tanto en el aspecto exterior del objeto a consumir, como en la misma innovación en maquinaria e instalaciones que requerían estos procesos productivos para el consumo de masas. De esta forma, en Estados Unidos y Europa, hacia finales de los pasados años cuarenta ya había una gran diversificación de modelos que, a su vez, podían ser sustituidos rápidamente y en los que ya primaban –aunque rudimentariamente–, los elementos que hoy conocemos respecto a los objetos de consumo: presentación formal y atractivo superficial, situándose en un plano secundario su calidad, conveniencia o funcionalidad. Hablamos, pues, de un sistema económico de crecimiento autosostenido, ahora vinculado al encuentro de demanda efectiva para cada uno de los

⁵⁸ Ver, J. IBÁÑEZ. *Por una sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Siglo XXI. 1994. pp. 227 y 238.

productos –o de las clases de productos–, a partir de la articulación directa entre producción y consumo⁵⁹. Para que ello fuera posible y el circuito se realimentara, tuvo que darse, primero, una normalización y estandarización del consumo y, después, un desgaste relativamente rápido de los objetos a consumir, provocando su obsolescencia real y simbólica. En la profundización de esa lógica, muchos productos llegan a convertirse en meros simulacros a causa del contraste radical entre su estructura superficial –que actúa como señuelo– y su devaluado contenido real. Es decir, los objetos de consumo como signos de sí mismos, siendo así que los mensajes publicitarios ya no hablan del objeto en cuestión sino, más bien, de las características asociadas con sus consumidores como miembros del grupo de consumidores de la marca⁶⁰.

Esta nueva estructura del consumo, en la que el valor de cambio degrada al de uso, se fundamenta en la variada oferta y adquisición de antiguos bienes de subsistencia única –alimentación y consumos corrientes–, pero también en la novedosa propiedad individual de nuevas mercancías –automóvil, electrodomésticos, consumos duraderos, etc.– que antes no existían o eran consumos suntuarios de las clases más acomodadas, y que ahora son convenientemente abaratados y normalizados, aunque según criterios de orden social y grupal. En conjunto, nos encontramos con que las relaciones de producción capitalistas, proyectándose más allá de la fábrica tradicional, han penetrado en todas las esferas de la vida cotidiana, conectando los modos de producción material y reproducción social. Si en un principio es el espacio doméstico el que se ve colonizado por lo mercantil, progresivamente va a ser el espacio público de los estilos y modos de vida el que se proyecta a partir de esos consumos. La mercantilización del trabajo en el sistema de fábrica del siglo XIX se ha visto prolongada a la mercantilización del ocio en la sociedad de consumo del siglo XX. El consumo de marcas interviene como factor de intercambio simbólico y discriminante –prestigio y categoría social– entre clases y grupos sociales, como expresión de tal reproducción social⁶¹.

Es en este contexto en el que se han socializado los jóvenes actuales: ropa, música, artefactos relacionados con las nuevas tecnologías, conciertos musicales masivos, locales de diversión nocturna, entre otros, son algunos de los consumos que les caracterizan. Chicos y chicas son conscientes de la creciente invasión del mercado en lo cotidiano, sabiéndose objetivo prioritario de la publicidad, desde la fluidez y expresividad de sus estilos de vida. Saben que desde hace años –concretamente desde los pasados setenta– sus gustos son relevantes para el mercado, así como referencias estéticas susceptibles de ser seguidas. Una actitud selectiva discriminante ante la adquisición de objetos materiales y simbólicos, requiere

⁵⁹ L. E. ALONSO. “Los orígenes del consumo de masas: el significado de una transformación histórica”, en: *Estudios sobre Consumo*, núm. 6. 1985.

⁶⁰ Parafraseamos a J. IBÁÑEZ. *Publicidad: la tercera palabra de Dios...* p. 87.

⁶¹ L. E. ALONSO. “Las políticas del consumo: transformaciones en el proceso de trabajo y fragmentación de los estilos de vida”, en: *Revista Española de Sociología*, núm. 4. Madrid: Federación Española de Sociología. 2004. p. 34.

de aprendizajes más o menos dilatados. En ese sentido, los más jóvenes estarían más expuestos a la pujanza exponencial del mercado y más desprovistos de posibles contestaciones. Por ello, no es raro que los chicos y chicas que piensan saber manejarse ante el consumismo, se distingan de aquellos que aún estarían sometidos a su vorágine. En su opinión, el sometimiento creciente a los objetos mercantilizados no sería un acontecimiento pasajero en el trayecto de las edades, sino una práctica generacional que acompañaría para toda la vida a los más jóvenes:

“– Yo lo que veo en esto. Es que, o sea, ahora se comercializa sobre todo de cara a nosotros, a los jóvenes. Que ven que somos gente que al contrario que nuestros padres,... pues que salimos más, que nos gusta siempre estar en activo, en movimiento, ¿no? – ¡Porque es flipante! Pero bueno a nosotros nos gusta salir. Que si de casa rural, que si ir de deporte, que si de no se qué, que si un cursillo de no se que más, o sea, en continuo. Entonces que son muy listos... – A lo que dices ahora, se me acaba de ocurrir. Perdona que te interrumpa. Eh, tú plantéale a la generación que viene detrás nuestra irse de casa rural por ahí” (GD1, 22-23. MA, 15-22 años).

El consumo en los jóvenes, al no responder tanto a un sentido de necesidad o de utilidad como de significación, intercambio y competición entre clases y grupos sociales, se utiliza como canalizador de los estilos de vida. Por eso, lo significativo de un artículo de consumo es el sentido en que mediatiza a las otras personas. Y en ellos esto se potencia pues les sirve como medio para posicionar/se, identificar/se e interpretar y manejar un gran volumen de códigos: es decir, para *ego* y *alter*, por dónde van las cosas a nivel social y cuáles son las posibles elecciones, oposiciones y hechos que se van a discriminar. Así, salir es importante en la medida que es un tiempo compartido con los otros en los espacios públicos. Al mismo tiempo, salir se asocia cada vez más al consumo. Aunque en algunos casos se consume lo mínimo imprescindible, en los más jóvenes se manifiesta la contradicción entre la necesidad de salir y las limitaciones presupuestarias:

“– Yo creo que, lo que está claro es que si sales un fin de semana siempre te tienes que tomar algo. Es como una especie de obligación. No ya alcohol, sino que tienes que tomar algo. Porque no hay ningún sitio donde puedas estar tranquilamente oyendo música, en el que te dejen estar sentao en cualquier lao sin que te tomes nada. – Sí hombre, pero yo por ejemplo me tomo: un trina, trina de manzana, agua... –Sí, pero no, pero hablando ya del asunto del dinero, que si tú, por ejemplo, un día por la tarde te vas al cine y luego te apetece salir por la noche, pues te fundes, ¿cuánto puede ser? (...) Y conseguir un trabajo con diecisiete años como tengo yo, pues que quieres que te diga, mis padres tienen que estar largando dinero y a mí, no sé, igual es que no me gusta despendar de ellos en ese sentido. Pero a mí, no me no me hace ninguna

gracia, tener que decir, oye mira, que este fin de semana hago esto y entonces necesito dinero. Y yo al cine hace que no voy, pues si te digo cinco meses, no te estoy exagerando nada. (...) Porque vale, sí, sociedad consumista y todo lo que queráis pero, ¡joder!, es que es mi pela, mi pela, y se acabó. Y lo que tampoco vas a hacer es quedarte en casa” (GD3, 6. MB-B, 17-21 años).

No obstante, el mercado sólo quiere consumidores y desde aquí, por paradójico que parezca, pueden orientarse las políticas sociales: la ASP proveniente del Estado social debe propiciar análisis y aberturas críticas ante el fenómeno del consumo. Su propagación en buena parte de la vida cotidiana, determina el riesgo de la absorción y la manipulación por la lógica consumista. Pero, al mismo tiempo, dada su omnipresencia, también puede ser agenciado como oportunidad en la medida en que chicos y chicas sean creativos, críticos y maduros, controlándolo y manejándolo, sirviéndose de él como elemento a descodificar, o como un referente vital más, para sí y para los otros. Se trata de utilizarlo, en la parte que sea precisa, para satisfacer necesidades sociales, así como de utilizarlo, en la proporción necesaria, para asemejarse y diferenciarse de los otros. Es preciso tener en cuenta que los estilos de vida, como expresión de la cultura juvenil, están influidos por el contexto económico y el mercado, pero también es verdad que instalados en la precariedad muchos jóvenes deben ser fuertemente apoyados⁶².

En la misma línea, se observa que todos aquellos consumos relacionados con las nuevas tecnologías, tan normalmente utilizados por los jóvenes, están abriendo posibilidades inauditas para la comunicación, la información y la participación⁶³. Así pues, dados los modelos implícitos técnicos y organizativos sociales que contiene toda técnica y su utilización, asistimos cada vez más a crecientes demandas participativas de una parte de los jóvenes que reclaman sus derechos como ciudadanos –más que como consumidores– a participar en las elecciones de diseño tecnológico que atañen a sus propias vidas. Y no sólo como receptores pasivos o como contrapeso a los fabricantes y a las grandes organizaciones comerciales⁶⁴. Las tecnologías –señalan los jóvenes– históricamente han provocado posturas apocalípticas o de fascinación, pero las actuales –se apunta– suponen un salto que repercute en un consumo desbocado por sus niveles de obsolescencia precoz. En la búsqueda de posturas que integren ambos polos, y sin negar la necesidad de “estar al día”, es preciso ir hacia una toma de posiciones que conteste a esa lógica desbocada:

⁶² R. MARTÍNEZ SANMARTÍ. “Formas de vida y cultura juvenil hoy”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

⁶³ Ver el trabajo de referencia de M. CASTELLS. *La era de la información...* en especial el Cap. 1. A. J. GORDO LÓPEZ (Coord.). *Jóvenes y cultura Messenger...* p. 53 y ss

⁶⁴ L. E. ALONSO. “Proceso de trabajo y objeto de consumo. Apuntes de un análisis de su evolución conjunta”, en: *Sociología del Trabajo*, núm. 8. Madrid: Siglo XXI. 1989-1990. pp. 59-80.

“– Bueno, pero es que yo, ... Yo creo que es ya un problema muy viejo que ha ido arrastrando la sociedad de siempre. Es siempre el mismo tema. Es la tecnología al servicio del hombre, y no al revés: no el hombre al servicio de la tecnología. Yo creo que eso pasó en todas las épocas. Cada vez que había una cosa nueva quedaba toda la sociedad embobada mirando. ¡Oh, que bonito, que bonito! Y no hacían otra cosa. – Claro, son siempre radicalismos. (...) Pero es que estamos llegando a un momento... (...) –Ahora es que el despegue es brutal. ¡Es rapidísimo! Una cosa que hace un año era la madre del cordero seis meses después no vale para nada. Es una cosa: una antigualla” (GD1, 24. MA, 15-22 años).

La expresión cumple el papel de transmitir las impresiones de sí mismo, y la participación expresiva implica necesariamente el relacionarse en público con los demás, es decir con los otros jóvenes⁶⁵. En ese sentido, hemos visto como los consumos y los medios de comunicación que los publicitan son importantes en la expresividad social de chicos y chicas, les facilita actuar y comunicarse a un nivel simbólico, hacia sí y los otros, para existir socialmente e ir negociando y conformando una identidad biográfica en las sucesivas fases juveniles. Se trata de pasarlo bien y de divertirse, pero también de causar buena impresión y de intentar alcanzar posiciones deseadas con respecto a los otros jóvenes. Así, la moda instrumentaliza a los jóvenes, pero también es utilizada por ellos en sus aprendizajes y búsquedas de identidad grupal y social. Detengámonos brevemente en esto.

Cuando se habla de **la moda** normalmente nos referimos al vestido o al calzado, y, en general, a la renovación de la imagen corporal, siempre que no se señalen explícitamente otros tipos como la moda literaria, la artística o, por ejemplo, las tendencias en el mobiliario. Ya hemos señalado que de todos los consumos el de ropa, por su visibilidad, es el más útil para los jóvenes en la codificación y descodificación de sus mapas conceptuales y vitales. Para entender aspectos relevantes en los jóvenes actuales, nos interesa centrarnos en las funciones, regulaciones y significaciones que los jóvenes extraen y comunican con la moda, y no tanto en el contenido, usos o tendencias del vestido. Hablamos de la moda en su sentido más moderno: una gran variedad y pluralidad que, al igual que otros consumos, ha terminado por extenderse al conjunto de la sociedad y de los grupos sociales⁶⁶. Si hasta los pasados años noventa existían más interacciones sociales no mercantilizadas que ahora, también era posible encontrar formas y usos del vestir que no podían ser definidas a partir de la lógica de la moda, tal y como hoy la conocemos. Eran la no-moda, y contestaban esa lógica inicial mercantil enclasante –imprevisiblemente para las marcas–, estando al margen de las tendencias más o

⁶⁵ E. GOFFMAN. *La presentación de la persona...* p. 265 y ss. Ver también, E. GIL CALVO. “El big bang de la juventud: del relato a la red”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

⁶⁶ Ver, A. MARTINEZ BARRERO. *La moda en las sociedades modernas. Mirar y hacerse mirar*. Madrid: Tecnos. 1998. p. 25 y ss.

menos encorsetadas de aquella industria, dirigida a grupos sociales concretos. A partir de una mayor versatilidad y atención, la moda se ha ido extendiendo a todas las clases y grupos sociales. Tanto es así, que actualmente podríamos hablar de una multiplicidad de modas –más o menos jerarquizadas–, todas ellas reconocidas socialmente, aunque siempre a partir de unas bases comunes, de un “estilo” de nuestra época. Y, sin embargo, ese estilo se va estructurando a partir de series de elementos cambiantes –formas, colores, adornos– que en una sociedad como la nuestra, donde también los cambios son persistentes y acelerados, ayudan a la continuada aceptación de las innovaciones sociales⁶⁷. Desde esta perspectiva, es fácil entender la relación directa entre la moda moderna y la juventud, pues son los jóvenes quienes mayores posibilidades tienen de prefigurar, aceptar y promover las innovaciones sociales, que tienen un cierto correlato en los cambios de la imagen corporal⁶⁸. En la era de la moda no es la imitación de los antepasados lo más prestigioso, sino el culto a lo nuevo a través de la emulación de los modelos presentes. Es decir, algo que como vemos tiene resonancias con la juventud actual. En la línea evolutiva que hemos tratado de mostrar en el Gráfico 5.1, son las chicas y chicos de las edades más jóvenes, con independencia de la clase social, quienes más explícitamente se ocupan en las conversaciones de estos temas. Los consumos para las salidas y la diversión son importantes, pero la ropa, a pesar de las limitaciones negociadas y fijadas con los padres, es esencial y tiene un gasto preferente en el presupuesto personal:

“– Sólo puedo sacar cuando cobro, y sacar un tanto, no puedo sacar más. – Y yo el mes pasao armé una pifia que te cagas. Porque cobré el sueldo, y al tener domiciliada la nómina me dieron veinticinco talegos de crédito en el banco, y los veinticinco que me fundí también. Y porque no me dieron cincuenta de crédito que sino también. Ahora cobré, y cobré veinticinco talegos na más. – Pero yo solo puedo sacar diez mil, pa to el mes, no me dejan sacar más. – ¡Pa tol mes! – Porque luego dicen que se acabó aquí, que no tengo dinero que... – ¡Eso a la larga ye lo mejor tío! (...) – Además yo me lo gasto en ropa. No me lo gasto en nada más, ¿eh?” (GD7, 31. B-MB, 16-18 años).

A partir de los cambios sociales, en la moda hay un proceso de creación que lleva a la anticipación-imitación en el vestido de los colectivos y grupos sociales, llegando a fundamentar y articular valores sociales de adhesión o diferenciación –intercambio simbólico– y, asimismo, modelos de comportamiento. Asimismo, la cultura de la moda en las sociedades modernas contiene una conducta diferencial entre hombres y mujeres ya que éstas, con el objeto de resultar deseables, se adornan y exhiben más que los varones. Es decir, la

⁶⁷ *Ídem*: p. 18.

⁶⁸ J. C. REVILLA. “La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular”, en: *PAPERS* núm. 63/64. Barcelona: Universidad Autònoma. 2001. p. 119.

capacidad expresiva puesta al servicio de las relaciones de seducción y conquista predomina, por razones históricas, más en las mujeres que en los hombres⁶⁹.

La moda, como fenómeno colectivo, es un referente privilegiado para el conocimiento de los grupos sociales, al enunciar tanto los cambios como sus límites y ritmos. La moda ejerce una función de control social como regulador secundario de la conducta: es decir, se puede modificar en función de las informaciones transmitidas sobre el entorno. Empero, el contenido actual de la moda es muy diferente al de hace unos años pues desde la revolución industrial se expresó a partir de la superioridad y diferenciación de las clases altas con respecto a las bajas, que con el tiempo trataban de emularlas⁷⁰. Con el comienzo del ciclo postmoderno de la moda –aproximadamente a partir de 1945– ésta comienza a configurarse tal como hoy la conocemos, en el sentido de una competencia emuladora horizontal entre clases, y no un proceso imitativo en sentido vertical. En correspondencia con una sociedad de individuos reconocidos formalmente como iguales, se ha ido pasando de una estética de clase a una estética de grupos de edad. La estética juvenil, por la que se intenta parecer joven, implica un proceso de adquisición de valor y expresión del placer de sí mismo. En el caso de los jóvenes, que se caracterizan inicialmente por estar al margen del mercado de trabajo, la moda no deja de ser un sistema de competencia expresiva y seductora que les aporta y refuerza unas señas de identidad, amplifica sus oportunidades en el presente, pero también a la hora del acceso al mundo adulto. Así, los diferentes estilos juveniles –mods, rokers, teds, punks, technos, etc. – visualizados a través de las modas, son canales a través de los cuales los jóvenes quedan informados tanto de su situación respecto a la edad adulta, como de las relaciones mantenidas entre las diferentes identidades y grupos sociales que componen la juventud⁷¹. De otro lado, el vestido –el envoltorio–, es, además de un primer factor de discriminación respecto a los gustos o diferencias, una señal que después debe ser confirmada o desmentida, deshaciendo, en su caso, toda suerte de malentendidos. Este parte de conversación entre los chicos y chicas más jóvenes, es elocuente en todos estos sentidos que acabamos de señalar: identidad y diferenciación o información expresiva discriminante, confirmada o desmentida:

“– Hago una mezcla de ropa. (...) Yo soy más o menos grunge. Pero también visto a lo rapero, o sea, con pantalones anchos, camiseta larga y eso. Y según me enteré hace poco mi tía odia a los grunge. Entonces eso a mí, me pego un poco, porque a mí mi tía me quiere mogollón. Y, o sea, no tiene nada que ver que seas grunge con que seas ahí un maleante de la virgen. – ¡Qué va, tú no tienes pinta grunge! – No, ahora no. – Pero cada uno viste como quiere. – ¡No me viste los fines de semana cuando salgo!, flipas.

⁶⁹ A. MARTÍNEZ BARRERO. *La moda en las sociedades modernas...* p. 19.

⁷⁰ P. BOURDIEU. *La distinción...* p. 53 y ss.

⁷¹ C. FEIXA. *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel. 1998.

– Lo que pasa es que yo este año en el Vallín soy nueva, ¡no conocía a nadie! Bueno, a mis primos, pero son pequeños y claro. Y todo el mundo que me preguntaba, ¿dónde vives?; ¡na!, ¡tú eres una pija! ¿Dónde vives? – En Viesques. – ¡Ole, ahí! – Y joder, luego me oyen hablar... y dicen: puff, ¿en serio eres pija? – No tiene na que ver. – Antes vivía en el Llano. Y cuando fui a vivir para allí, aquello estaban construyéndolo todo nuevo, no había casi edificios. Que joder, aquello era barato, aunque ahora está por los cielos y tal, y mis padres todavía siguen pagando el piso, así que...” (GD7, 37-38-39. B-MB, 16-18 años).

En ese sentido, la moda más que un asunto de marcas significa, en el sentido goffmaniano, una forma de ser y una expresión de la propia personalidad, además de un aliviadero en relación con la ordenación producida por lo adulto y lo institucional.

IV. Las acciones y actividades de los jóvenes en los tiempos compartidos o inclusivos

El abordaje de las acciones y adquisiciones de los jóvenes en los tiempos compartidos, implica reconocer la constitución de las personas como actores y agentes sociales y la necesidad que se deduce de ello de adecuar las acciones del Estado social a estos niveles de pensamiento y acción. Es preciso tener en cuenta, que la juventud sostiene la doble faz, relacionada y combinada, entre los tiempos exclusivos que acabamos de ver, donde se realizan aprendizajes y prácticas diversas, y los tiempos y espacios compartidos, en los que se dan las adquisiciones que van delimitando sus capacidades como personas, actores y agentes sociales, es decir, donde se conforma una parte importante de las estructuras psicológicas en relación con los roles y posiciones sociales a desempeñar. Al hacerlo así, nos ponemos en el mejor lugar para abordar sus adquisiciones en los tiempos inclusivos, para poder constituirse autónomamente y con una identidad social propia. Y ello por más que la influencia de las desiguales posibilidades de partida enuncie trayectorias sociales diferenciadas⁷². Al igual que podemos suponer una pluralidad de ritmos en las capitalizaciones que los jóvenes realizan, éstas se encuentran balizadas por las propias exigencias temporales y semánticas de las instituciones, por las que chicos y chicas van pasando a lo largo de la juventud; sean de enseñanza, de orientación formativa y profesional, o referentes a la emancipación social, en las que el binomio empleo y vivienda son fundamentales. Al mismo tiempo, se supone que estas obligaciones institucionales están reguladas por necesidades sociales más generales que modelan, no sin conflictos, la condición y situación de los jóvenes en la sociedad. Como con

⁷² Ver, L. CACHÓN. *¿Movilidad social o trayectorias de clase?* Madrid: Siglo XXI y CIS. 1989. p. 539 y ss. El concepto de trayectoria incorpora el tiempo histórico y el espacio social como un trayecto. Las trayectorias individuales son sociales y de clase, porque incorporan las fuerzas estructurantes de regulación y reproducción, junto a la propia inercia del individuo en ese campo social específico, que viene dada por sus propiedades y por la específica estrategia de reconversión que éste desarrolla. Ver, p. 545.

los aprendizajes y actividades en los tiempos exclusivos, nuestro objetivo es, además de comprenderlos, establecer la relación entre tales contenidos comprensivos con la acción específica que constituye la ASP, a través de sus discursos en los grupos de discusión. La comprensión especializada en el entendimiento tiene como fin saber por qué los jóvenes dicen y hacen algo, mientras que con el entendimiento especializado en la ASP se pretende acceder a cuáles son las acciones adecuadas, estableciendo las relaciones que sea menester entre una y otra. El Estado social, sus políticas sociales y la ASP deben apoyar y reforzar las adquisiciones personales y sociales de chicos y chicas allí donde sea necesario, dejando de lado aquellos territorios y espacios donde su concurso no se requiera. Cuando los procesos de apoyo y protección se hacen necesarios, debe desarrollar un especial cuidado en la combinación de universalidad y flexibilidad, de forma que los sujetos sociales destinatarios no sean señalados, o ignorados, de diversas maneras o grados. Hemos visto que en el caso de los jóvenes muchas de las políticas desarrolladas hacia ellos en los últimos lustros, han acertado en su orientación general, al considerarlos como un verdadero sujeto social. Empero, este acierto ha coexistido con fuertes insuficiencias en aspectos estratégicos de los tiempos y espacios compartidos, conteniendo graves fallas reincidentes que han obstaculizado y retardado su emancipación social. Contra lo que pudiera parecer a una mirada superficial, sabemos que la necesidad de apoyos, protecciones y acciones hacia los jóvenes –a todos ellos–, no es algo excepcional sino muy frecuente, consecuencia de las deficiencias estructurales, económicas y sociales en nuestra sociedad.

El Estado social y la conciencia de las acciones que puede desarrollar, más las características y adecuación de las mismas, están incorporados a la vida social y en concreto están presentes en las vidas de los jóvenes desde las edades más tempranas de la juventud. Con los espacios sociales compartidos ocurre algo parecido a lo que pasaba con los espacios y actividades exclusivas: las aproximaciones sociológicas comprensivas están entremezcladas con nociones y pistas, más o menos explícitas, sobre la acción necesaria a desarrollar desde las agencias de bienestar social. Toda ayuda en cualquiera de las fases del periodo vital, es considerada primordial para la vida de los jóvenes, y en ese sentido es resaltable la percepción que tienen sobre su necesidad. En una sociedad que no acaba de responder al reto de la inserción y emancipación en su momento, ellos y ellas advierten la importancia de las medidas universales de apoyo, por más que sus familias actúen como colchón social del que se puede disponer, a veces durante un tiempo prolongado. Existe, pues, plena conciencia de las acciones del Estado social y de su necesidad, pero no sin contradicciones pues chicos y chicas también creen que su estatus personal no está determinado por su posición previa en el sistema de estratificación social, sino por sus decisiones individuales⁷³. Así, tal modelo puro de la iniciativa individual termina por quebrarse, coexistiendo con la creencia sobre la necesidad de acciones correctivas a través del Estado social. Lo cual, traducido, significa

⁷³ J. AGUINAGA; D. COMAS. *Cambios de hábito en el uso del tiempo...* p. 13.

apoyos y ayudas estratégicas dependiendo de las fases de la juventud en las que se encuentren, con un abanico de acciones que puede ir desde la información y orientación educativa, podría pasar por facilitar los aprendizajes sociales a través de actividades culturales o de ocio, y llegar hasta las medidas concernientes al acceso al empleo y la vivienda. En las clases medias-altas de ascendencia intelectual, como es el caso del chico emisor del discurso siguiente, también existe un conocimiento racionalizado de las protecciones del Estado social, expresándose la pertinencia de racionalizar al máximo la recogida de información sobre las necesidades sociales de los ciudadanos, y en concreto de ellos mismos los jóvenes:

“– Pues un plan del ayuntamiento para jóvenes fomentar el empleo, plan del ayuntamiento para jóvenes para encontrar vivienda barata, o cosas así. (...) – Yo soy de la opinión que primero, pues, habría que quizás saber: necesitamos esto y tal” (GD1, 4. MA, 15-22 años).

De esta manera, se comprende que la opinión de los jóvenes, y en general de la mayoría de los ciudadanos, sobre la extensión de la acción y la intervención desde las agencias de bienestar, vaya muy unida a cuáles deben ser las formas y cualidades que a los potenciales destinatarios les gustaría, o necesitarían, recibir, a partir de servicios o de programas explícitamente activos. Por tanto, la indagación sobre qué acción, constituye uno de los elementos principales en cualquier política o programa. Frente al echar mano de un repertorio de acciones variadas, aplicadas en función de la demanda, cobra un inusitado interés el interrogarse sobre las acciones necesarias según las situaciones, intereses y opiniones de los destinatarios. Un proceso de conocimiento intersubjetivo que no sólo contendrá elementos de intercambio cognitivos, sino también afectivos y morales⁷⁴, que se sitúa allende los arsenales o contenedores de acción rutinizados por las prácticas institucionales. A pesar de las fallas y espacios más debilitados del Estado social, su extensión, arraigo y profundidad en Europa, y en concreto en España, permite que los ciudadanos nos podamos hacer una idea sobre qué ámbitos de intervención vemos necesarios que cubra. De la misma forma, que tengamos nociones acerca de las cualidades buscadas, o esperadas, de los dispositivos interventores, lo cual debe servir para confeccionar los mismos proyectos elaborados desde cualquier escala. Es un camino que llega hasta la investigación de las formas de acción necesarias, pasando por la exploración comprensiva de las necesidades, poniendo a disposición de los ciudadanos los medios autogestionados de la transformación autónoma de sus condiciones de vida.

La fragilidad ideológica del Estado social y de su impulso de bienestar en los tres últimos lustros, junto a la consecuente remercantilización, a menudo ha hecho pasar por acomodamiento de los ciudadanos a las prestaciones lo que sólo eran deseos de equidad, consecución o mantenimiento de derechos sociales. Otra cosa son las formas concretas de

⁷⁴ M. HERRERA GÓMEZ. “La relación social como categoría en las ciencias sociales”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 90. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2000. p. 65.

expresarlo, que nunca pueden ser evaluadas al modo de un pensamiento intelectual donde estén desarrollados todos los matices y variables susceptibles de ser tenidos en cuenta. Es entonces cuando la investigación comprensiva y la investigación de la ASP se hacen más necesarias, desde la perspectiva de la producción de discursos y narraciones en los que queden significadas la extensión e intensidad de las prácticas o razonamientos de las personas. En todo caso, en los jóvenes como en cualquier otro grupo social, la ciudadanía a la que da lugar el Estado social, no se aminora en tiempos de crisis en la subjetividad de las personas. Bien es cierto, que el sentido de cada uno aconseja la aclimatación al contexto social de la recesión económica. Pero como siempre hay matices sobre su alcance y consecuencias, una forma de adaptación puede ser recordar y enunciar los derechos que, se piensa, están a punto de perderse. Y esto, en una mirada externa, se puede confundir con la querencia por recibir bienes gratuitos de acumulación del Estado social que irían en detrimento de los derechos del resto de los ciudadanos. Esto se corresponde con la retórica ideológica conservadora por la que el Estado de bienestar es acusado de socavar la iniciativa social, amenazando la prosperidad económica y creando una cultura de la dependencia, como si el mercado, la familia u otras organizaciones no pudiesen ser acusados de lo mismo⁷⁵. Así, no es raro que en esta confusión lleguen a caer hasta enfoques y orientaciones de investigación, que apelando al realismo de la crisis contrastan con una visión restringida los medios disponibles con las demandas supuestamente irreales que hacen los ciudadanos. A la luz de estas precisiones, la comprensión del Estado social es viable a partir del conocimiento de sus prestaciones que son cotejadas y comparadas por los jóvenes. El acceso a los derechos sociales implica el conocer la pertinencia de acciones y prestaciones, sean éstas materiales o morales. En ese sentido su comparación ayuda a evaluarlas en un intento de reequilibrio entre poblaciones que están cercanas y que deberían tener parecidas ventajas y derechos:

–Y por ejemplo, en Gijón eso yo lo echo mucho de menos. En Oviedo y en Avilés con el carné de estudiante te hacen descuentos del cincuenta por cien. En Gijón, no” (GD3, 5-6. MB-B, 17-21 años).

Al mostrar el conocimiento general de los jóvenes respecto al Estado social, y las acciones que desarrolla, así como de las cualidades necesarias de éstas, podemos ya adentrarnos en la exploración de los preceptos de acción necesaria en los tiempos y espacios inclusivos. De nuevo, para una primera aproximación vamos a echar mano, aunque sea fugazmente, del Gráfico 5.1 en cuya mitad superior podemos ver una evolución tentativa e indicativa de tales actividades⁷⁶. Recordemos que el eje de centralidad enuncia aquellas acciones más frecuentes y significadas, siempre en relación a cada fase de la juventud. Así, los estudios hasta los veinte años; así, la formación desde esa edad hasta los veinticinco años; así, el empleo en el último lustro del periodo vital. Pero tal evolución no puede funcionar

⁷⁵ S. KUHNLE; M. ALESTALO. *Growth, adjustments and survival of european welfare States...* pp. 9 y 10.

⁷⁶ Ver página 184 de este informe.

como una uniformidad desde la razón teórica o desde la razón práctica. En consecuencia, es preciso contemplar tanto las excepciones como la creciente incorporación de actividades de cada fase, y relacionarlo con la paulatina adquisición de posiciones y roles sociales.

Es notable, como ya hemos señalado, que lo excéntrico del empleo en el primer lustro, se refiere a aquellos chicos y chicas que han abandonado los estudios prematuramente, por lo que están expuestos a la precariedad laboral en el más amplio sentido de la palabra: rotación, descualificación, desprotección, ilegalidad... En un lugar intermedio, la formación ocupacional es una actividad creciente ocupada por jóvenes que han pasado a ella una vez concluidos los estudios, o que están de vuelta del mercado de trabajo intentando recualificarse en la medida de lo posible. En la segunda fase, indicativamente entre veintiuno y veinticinco años, los estudios siguen siendo relevantes pero ya junto a la formación profesional y ocupacional, como forma de transición entre la enseñanza y el trabajo remunerado. Mientras tanto, identificamos a aquellos que a estas edades están estudiando, realizan estudios universitarios o una formación profesional de segundo grado. En la última fase, a partir de los veintiséis años, es el empleo la actividad principal, por más que se trate de una aproximación sucesiva, donde los jóvenes con menos formación seguirán teniendo grandes dificultades para una inserción laboral exitosa que responda a los retos de la emancipación social. Por tanto, no es raro que la formación ocupe un lugar muy importante aún a estas edades, como forma de optimizar el acceso a un empleo estable. La intensidad y complejidad de los aprendizajes asociados a la juventud han provocado su prolongación, pero ello coexiste con el fracaso social del acceso de los jóvenes a dispositivos capitales de inserción, como son un empleo de calidad y una vivienda asequible. Así, la formación de nuevas familias no sólo está retardada en la fase anterior, sino también en esta última, con el consiguiente perjuicio para las personas afectadas y para la reproducción social y material general de la sociedad. Siguiendo, pues, con esta secuencia vamos a profundizar en cada una de estas fases, asociando la primera con a) los estudios y la formación, la segunda b) con la formación y la orientación formativa y profesional y la tercera c) con el empleo, la vivienda y los ensayos de emancipación social.

a) Estructuración social de los jóvenes desde los estudios y la formación: políticas, programas y formas de acción

De entrada, es preciso hacer notar el relevante efecto que instituciones como la enseñanza están produciendo en la construcción de las clases de edad y, asimismo, en la construcción política de los distintos grupos sociales de jóvenes, según su origen y situación, y dependiendo de las estrategias diferenciales que intentan. Ampliar un poco más el horizonte comprensivo de las acciones de los jóvenes, es abordar el sentido que para cada uno de estos grupos sociales tiene su relación con la escuela, con los estudios y la formación y, en general, con la cultura escolar como influencia reconocida de la trayectoria social posterior. Se trata de ponerse en el mejor lugar para pensar acciones y estrategias de acción con conexiones de

universalidad, pero también proyectadas desde la especificidad de los grupos y clases sociales con las que, por otra parte, los mismos grupos de discusión fueron planteados y estructurados.

En perspectiva, lo primero a tener en cuenta es que existe un acceso generalizado a los diversos sistemas de enseñanza por parte de los jóvenes, y, también, un crecimiento global de los niveles educativos obtenidos. La constitución de la juventud actual y su fragmentación en clases sociales es preciso entenderla, en parte, desde la específica relación que cada una de ellas entabla con los sistemas de enseñanza, pero también con los cambios institucionales producidos por la relación entre estos y el mercado de trabajo⁷⁷. Esto nos ayuda a comprender la descapitalización y devaluación de buena parte de las titulaciones que ha tenido lugar en los últimos años. Asimismo, las disposiciones de los grupos sociales concernidos también han cambiado, pues al aumento del crédito y expectativas meritocráticas en las clases medias-altas, se le ha unido el de las clases medias-bajas y bajas; por más que sus situaciones y estrategias sean distintas. Entendiendo que los caminos y elecciones de los jóvenes, tanto en los estudios como en la formación, son consecuencia y causa de la pertenencia a grupos sociales, vamos a ir deteniéndonos en cada uno de ellos.

La necesidad de una instrucción formal, en una sociedad cada vez más exigente para una gran mayoría de las salidas profesionales, ha terminado por asumirse en las clases populares, adecuando también sus expectativas a una buena preparación en alguna de las instituciones de enseñanza y formación existentes. Sin embargo, esta racionalidad no siempre tiene bases reales, y una parte de los jóvenes de estos grupos sociales, de *clases bajas* se debate entre el convencimiento de la necesidad de la preparación para acceder a un empleo y unos sistemas de enseñanza demasiado abstractos, por los que pasan con todas las dificultades imaginables, con el lastre adicional que ello supone: fracaso escolar, control disciplinario, expulsiones, etc. En definitiva, un “estar fuera de lugar” elocuente que es manifestado por un joven que en el momento de la celebración de los grupos pasaba por una situación similar:

“– Para mí estudiar es todo negativo, ¿oíste?, o sea que chungo. –Tenían que programar cursos para la gente de menos nivel. O sea, como lo de Garantía Social, pero hacerlo un poco más guay, que consigas algo más un ciclo más...”
(GD7, 2-3. B-MB, 17-21 años).

A pesar de la necesidad de preparación, es bastante frecuente que los jóvenes de las clases bajas abandonen la ESO antes de completarla, o una vez que lo han hecho no prosigan los estudios⁷⁸. Es decir, en coherencia con disposiciones prácticas que –hasta hace no mucho– aconsejaban su salida al mercado de trabajo para el aprendizaje de un oficio, la mediata

⁷⁷ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 37.

⁷⁸ Educación Secundaria Obligatoria que va de los 12 a los 16 años y, como máximo, hasta los 18 años. Es elocuente que en España entre los 18 y 24 años un 7,3% de la población no tiene el título en ESO y no sigue ningún tipo de formación. Se trata del grupo que experimenta una *vulnerabilidad educativa severa* que, también significativamente, afecta al 9,8% de los hombres y al 5,5% de las mujeres. Ver al respecto, OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009*. Barcelona: Fundació Caixa Catalunya. 2009. p. 195.

emancipación de la familia de origen, y la formación de otra nueva. Además, una coyuntura económica favorable donde se demanden empleos de carácter manual poco cualificados, siempre es un factor concomitante para la salida prematura de la enseñanza y la formación⁷⁹. De hecho, el que estos jóvenes ingresen en el mercado trabajo, no significa que permanezcan definitivamente en él, pues cuando la formación es baja la extrema precariedad laboral a la que están abocados les hace cambiar de opinión⁸⁰. A pesar de la inmediatez que piensan entre trabajo y dinero para disponer de algo de independencia, la realidad es que los empleos son de ínfima calidad y los sueldos muy bajos:

“– Lo que está claro es que como no asientes guay tu formación y tal, al final lo vas a acabar pagando el resto de tus días” (GD5, 65. MB-B, 16-21 años).

Además, la llegada a los veintiún años imposibilita la relación contractual en formación, con lo que la contratación se encarece más y las dificultades para encontrar y mantener un empleo se acrecientan. Por otro lado, hay trabajos –como los de fines de semana– que sólo son una solución temporal. Para intentar dejar el círculo vicioso de la precariedad es preciso prepararse a más largo plazo.

La opción, entonces, aunque relativamente forzada en este grupo social, es intentar acrecentar la formación ya sea a través de los planes de Garantía Social, –para aquellos que no han completado la ESO o la Formación Profesional–, ya sea a través de otros cursos de Formación Profesional Ocupacional. Como apunta una de las chicas, éstas son algunas de las escasas oportunidades de continuar su formación:

“– Pero, cuando tienes dieciséis años y eso, que te pueden hacer un contrato de mierda: curras que te cagas. – Cuando cumples los veintiuno: se jodió” (p. 7).

– Pero no sé, es muy complicaao, es muy complicaao. Yo tengo amigas que han dejao de estudiar y están haciendo... O sea, lo que hago yo los fines de semana, a veces, pues ellas siempre. – Pues, yo pienso que lo de Garantía está muy bien porque yo si este año no llego a entrar en Garantía, no puedo entrar en ningún otro lao” (pp. 4-5) (GD7.B-MB, 16-18 años).

En el contexto de estos descapitalizados itinerarios educativos y formativos, hay planes como los de Garantía Social o, incluso, Escuelas Taller que si bien no pueden solucionar esos desajustes de trayectoria educativa-formativa, sí mejoran los capitales relacionales, la autovaloración y el sentido de utilidad social. En última instancia, en muchos casos los intentos de retomar la formación no impiden el acceso temprano al mercado de trabajo. Por lo que sin ningún título ni crédito que presentar, las posibilidades de una trayectoria laboral sumida en la precariedad serán muy altas:

⁷⁹ E. SILIÓ. El abandono escolar ya pasa factura. Madrid: El PAÍS. 2008. pp. 26-27.

⁸⁰ J. F. TEZANOS. *El trabajo perdido ¿Hacia una nueva civilización postlaboral?...* p. 107.

“– Estoy estudiando ahora mismo un módulo de garantía social, de fotografía. Y bueno, yo entré ahí por hacer algo, por no estar parao en casa. Estoy esperando, a ver qué me pongo a estudiar. Estoy a ver si decido lo qué quiero, porque tampoco lo tengo muy claro” (GD5, 30-31. B-MB, 16-21 años).

Por lo tanto, a partir de lo visto en jóvenes de estas clases bajas, parece que sigue siendo pertinente y necesario el debate sobre la consideración institucional y docente de los diferentes grupos y clases sociales que se encuentran presentes en la escuela. Es decir, de la consideración comprensiva de su *ethos* social y del sentido práctico tenido, con el fin de impulsar unas estrategias adaptadas que incidan en la disminución del fracaso y el abandono escolar. Sin embargo, más allá de esta reforma sistémica en la institución por la que abogamos, debe haber un esfuerzo por parte del Estado social para discutir y aclarar con los agentes sociales interesados, la importancia que la enseñanza tiene para todos los grupos sociales en el momento actual. Hablamos de una estrategia de acción universalista y participada por los destinatarios que, sin perder nunca la referencia de los derechos sociales, se focalice en aquellos que menos capitales de partida tienen, pero que poseen inclinaciones prácticas –adecuadas a exigencias precedentes– hacia el ingreso rápido en el mercado laboral. Programas que efectúen una apertura comprensiva desde la que se discutan las posibilidades y encrucijadas según continúen o no los estudios y la formación, y las consecuencias probables en las trayectorias vitales.

El problema de fondo es la prioridad que ocupa la formación en una sociedad y, en concreto, aquella que va dirigida a los grupos más desfavorecidos, cuyas expectativas y disposiciones se corresponden con una entrada rápida en el mercado de trabajo⁸¹. Una acción de fondo debería acometer la formación sin que suponga un coste para las personas y familias incumbidas. Lo deseable sería comenzar a contemplar globalmente las trayectorias sociales administradas por las personas interesadas, eligiendo según sus encrucijadas vitales el tiempo de ocio, de formación, de empleo, o simplemente de trabajo solidario⁸². Si esto no puede ser, habría que articular soluciones parciales pero que vayan en el mismo sentido. Las modalidades pueden ser varias pero, en general, se trataría de llegar a un contrato de intercambio por el que el estado social aportara tiempo y medios materiales para tal formación, sin penalizar a sus familias, contemplando su devolución en el futuro desde diversas modalidades, cuando se haya producido una inserción laboral estable. Sólo si se

⁸¹ En España los jóvenes que no llegan a obtener un título en la educación secundaria posobligatoria es más alto que en otros países de la OCDE. Este abandono educativo prematuro –vulnerabilidad educativa moderada– supone que, según datos del Ministerio de Educación y Ciencia, en 2007 el porcentaje de personas de 18 a 24 años se encuentra en tal situación. Esta vulnerabilidad también es sobremanera masculina: afecta al 36,1% de los hombres frente al 25,6% de las mujeres. En ese sentido, la influencia de la estructura productiva, el desarrollo económico, y la demanda de mano de obra no cualificada, son determinantes para que en la franja mediterránea y en los archipiélagos se den los mayores porcentajes de abandono prematuro. Ver, OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009*. p. 196 y ss.

⁸² Cfr. A. SUPLOT (dir.). *Au-delà de l'emploi...* p. 71.

entiende que tal formación es una prioridad para la sociedad, la valoración e identidad social de los jóvenes afectados y de todos los jóvenes, en general, se verá reforzada.

Hay otra fracción de jóvenes de clase baja, que comprendiendo la creciente importancia material y simbólica de los estudios y la formación, nada más terminar la ESO siguen su aprendizaje en la Formación Profesional, realizan algún módulo formativo específico, o acceden a la Formación Profesional Ocupacional, en concreto Escuelas Taller y Casas de Oficios. No obstante, si bien aquí el interés por continuar los estudios y formación está más asentado, las condiciones no dejan de ser parecidas. Influyen, en ese sentido, las disposiciones familiares, pero también el deseo de conseguir a través del trabajo los medios económicos y sociales para disponer lo que se estima necesario. De esta forma, la confianza en las inversiones formativas debe ser a menudo reforzada, pues no es tanto una prolongación de la enseñanza realizada por el convencimiento de su necesidad, como una obligación. En esta tesitura, la alternativa parece ser –incluso en estos grupos sociales–, acrecentar lo antes posible los capitales escolares y formativos con la esperanza de ir mejorando la posición en el mercado de trabajo. Se trata de estudiar pero, llegado el caso, cuando se compatibilizan estudios y trabajo, proseguir la formación que después podrá dar acceso a un empleo de calidad. Una de las chicas participantes, con 19 años, plantea estos dilemas y soluciones en el puzzle de sus actividades diarias: trabajar, estudiar, ayudar en casa...:

“–Yo sigo estudiando. O sea, yo pensé muchas veces tirar la toalla y decir: a la mierda. (..) Lo que pasa es que no me mola tener que llegar de trabajar a las dos de la mañana, tener que levantarme a las seis y media, siete de la mañana para ir a estudiar a Roces. Salir de Roces a las dos y veinte y no poder echarme la siesta porque mi madre se pone de mala ostia porque no la ayudo a hacer nada en casa. Pues es una putada. Y luego encima te pones a pensar: bueno, vamos a ver, si dejo de trabajar, de estudiar ¿En que trabajo me puedo meter? En nada. O sea, en nada” (GD5, 21.B-MB, 16-21 años).

En la búsqueda de formación para adquirir esas cualificaciones, existe el riesgo de desorientarse y perderse. Incluso, aún teniendo de inicio unas preferencias profesionales, acceder a planes o cursos, por ejemplo, del INEM, o a módulos formativos, que sin estar relacionados unos con otros, aboquen a trayectorias laborales erráticas relativamente irreversibles. En este contexto, sería muy necesaria no sólo una orientación formativa, sino también un acompañamiento y asesoramiento laboral continuado para estos jóvenes, mediante apoyos que permitan una seguridad económica y social a las familias y jóvenes afectados.

Las incertidumbres y dilemas que provoca la prolongación de los estudios y la formación en las clases bajas y, en concreto, en los jóvenes de ese grupo social, no se manifiestan en el mismo sentido en las clases *medio-bajas*. Lo que allí eran dudas entre el trabajo y el estudio, aquí está polarizado entre la ilusión meritocrática, fundada en la prolongación educativa como inversión para acceder a un puesto de trabajo mejor, y la

desilusión y escepticismo provocados por el persistente desempleo juvenil sufrido desde los pasados años ochenta. La prolongación de la formación supuso para estos grupos sociales la posibilidad de realizar estudios universitarios de Grado medio o Superior o, en su caso, de acceder a estudios técnicos superiores de Formación Profesional. En la perspectiva de una sociedad igualitaria, en la que el mérito debería ser el factor esencial para articular los merecimientos, la acumulación de capital escolar que intentaron los jóvenes de estas clases sociales resultaba una estrategia coherente. El producto del largo y sostenido esfuerzo por dotarse de una cualificación acorde con las exigencias formativas que nuestra sociedad estaría demandando, no viene siendo el que se esperaba. La acción combinada de la precariedad laboral y el desempleo, junto con la devaluación de los estudios realizados –o que realizan–, está provocando desde hace años la frustración de estos jóvenes. La depreciación de los títulos y la ruptura de las expectativas creadas, ha quebrado la fe en los mecanismos igualitarios al caerse en la cuenta que los mismos o parecidos créditos no tienen el mismo valor, pues ahora están más expuestos a la lógica mercantilista. Al intentar encontrar explicaciones y causas se hacen evidentes los mecanismos inductores que les llevaron a tanta inversión en un proyecto que no está llegando a lo que esperaban. La sociedad, los medios de comunicación, los padres, sus mismas preferencias y expectativas contribuyeron a ello⁸³. La duda es si con menos esfuerzo hubiera sido suficiente, pues todos y todas conocen a otros jóvenes que, según su opinión, han ajustado con más tino sus preferencias a las posibilidades reales del empleo existente. Son también jóvenes de clase media-baja que, como muestra de la diversidad de trayectorias, en su momento escogieron la vía técnica de cualificación (F.P.2 y Formación Profesional de Grado Superior):

“– ¡Todo el mundo tenía que tener una carrera! (...) Yo veo a muchas madres... ¡Sobre todo las madres son las peores!, porque yo lo tengo comprobao. Mi hijo tiene que ser médico, o mi hijo” (GD6, 10. MB-B, 23-28 años).

“– Hay gente joven que conocemos todos que desarrolla puestos que no necesitan una titulación alta, y que tienen trabajo y tienen de todo” (GD4, 16. MB-B, 22-30 años).

Al hablar en los grupos se enfatiza la formación de corte más técnico cualificado; es decir, los llamados “oficios” como fontanero, electricista, técnico informático, etc., por comparación a los estudios universitarios que ni siquiera terminan por garantizar un empleo estable y de calidad. Y no cabe duda que al relacionar las inversiones realizadas y los logros obtenidos, estas afirmaciones cobran sentido, al menos transitoriamente. Pero sí es importante

⁸³ D. COMAS; O. J. GRANADO. *El rey desnudo: componentes de género en el fracaso escolar*. Madrid: Plataforma de Organizaciones de Infancia. 2002. Según la información que proporciona el informe de estos autores, tomando como referencia 2001, el 51% de los padres quería que sus hijos sean universitarios, frente al 83% de 1989.

significar que estas dos formas de aproximación al sistema escolar, diferencian a estos grupos sociales de clases medias-bajas a partir del par trabajo intelectual/trabajo manual estructurando el mundo social, y que aquí –en este ámbito discursivo–, suponen una cierta inflexión a favor de lo manual. Es decir, “oficio” cualificado frente a “carrera”⁸⁴.

La depreciación de los capitales escolares está relacionada con la explosión demográfica, que provoca desde hace años el gran tamaño de las cohortes de jóvenes. Asimismo, también está vinculada con la inflación de títulos cuyo valor siempre es inversamente proporcional a su número. No obstante, si pensamos un poco, en las clases sociales más altas no quedan desvalorizadas de la misma forma. Todo lo contrario. Dado que la educación es hoy un instrumento fundamental en la pugna entre los grupos sociales para obtener ventajas relativas, son las clases altas y medias-altas quienes por sus posibilidades materiales y simbólicas –traducidas en la relación entre capital económico y otros tipos de capital–, desarrollan estrategias de revalorización de su formación, lo cual conecta con la devaluación de los títulos escolares de estas clases medias-bajas. Por ejemplo, estrategias que van por la elección de escuelas y carreras con un fuerte componente selectivo, la mayoría privadas, o por la asistencia a masteres de alto coste económico y valor crediticio, que contrastan con otros muchos –de desigual valor crediticio– que existen en el mercado de la formación⁸⁵:

“– Porque das una patada y salen cuarenta. ¡Los que pueden hacer un master! Pero los que no, ¡a nada!” (GD6, 13. MB-B, 23-28 años).

“– A lo que voy, luego terminé, hice el Master de ESADE, en Barcelona; que ese también me lo tuve que pagar yo. Y empecé a trabajar en Barcelona...” (GD2, 19. MA, 23-30 años).

Por tanto, la formación es un producto socialmente definido valorado desigualmente según el tiempo y el grupo social poseedor. En la medida que sepamos que existe una apropiación diferencial de capitales escolares y económicos, podremos llegar a comprender las desigualdades en las posiciones ocupadas y el sentido de lo que dicen y hacen los jóvenes⁸⁶. En concreto, los de estas clases sociales medias-bajas que podrían ver compensada la desigualdad de partida en forma de acceso a capitales formativos valiosos. Se trata de poner en práctica mediante agencias, servicios y proyectos de acción, contrapesos a la inercia social explicable de desigualdad social, de forma que el resultado de la relación de esas medidas con las propias estrategias sociales de los jóvenes, suponga mayor igualdad en las oportunidades sociales para todos. Productos formativos públicos de calidad pero también de alto poder

⁸⁴ Ver, P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 417 y ss.

⁸⁵ P. BOURDIEU. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal. 1999. p. 78 y ss.

⁸⁶ P. BOURDIEU. *La distinción...* pp. 78-79.

credencial y de prestigio, que puedan competir en el mercado de trabajo, en condiciones de igualdad con aquellos otros más mercantilizados.

Por las causas que estamos viendo, en estos grupos sociales el acceso al empleo de calidad se configura como una aproximación sucesiva que llega a prolongarse varios años⁸⁷. Las posibilidades entonces pasan por formarse lo más y mejor posible y, en ocasiones, alternarlo con trabajos que aporten bagaje relacional y un “saber hacer” sobre las materias concernidas. Pero no es tanto de acumular como seleccionar, eligiendo los contenidos apropiados y que más valor simbólico poseen. Estos jóvenes, dentro de las posibilidades a su alcance, optan, entonces, por acrecentar su formación y, también, en muchas ocasiones, por diversificarla. Intuyendo que se demandan trabajadores cualificados y versátiles, intentan controlar el azar acentuando las máximas probabilidades de formación para acceder al empleo pensado. No obstante, en la urgencia de la vida cotidiana con las que se viven estas situaciones, –con el horizonte de la prolongación indefinida de su dependencia social–, el peligro sigue siendo desarrollar trayectorias dispersas, con las que se pierdan las referencias formativas y profesionales.

Uno de los jóvenes, quizás un caso extremo pero ilustrativo por su carácter de tipo, habla del esfuerzo aplicado en la formación y de la necesidad de moverse y formarse, como estrategia para conseguir, una salida profesional acorde con sus expectativas sociales. Las preferencias y los gustos son importantes –se apunta– pero lo es mucho más conseguir un empleo:

“– Yo sé que voy a tener muy difícil trabajar de lo que a mí me gusta. Porque las castañas no te las va a sacar del fuego nadie. (...) Yo cogí, y estudié administrativo. Acabé administrativo y ahora estoy estudiando informática. – Y dentro de lo que cabe, espero que si en un futuro no puedo trabajar de profesor de inglés, puedo ser administrativo o informático. Lo que pasa, que claro, ¡no ye fácil! Y jode bastante, porque claro tienes que estudiar una cosa, otra por la mañana, por la tarde” (GD6, 11-12. MB-B, 23-28 años).

En la parte del contexto existencial narrado por este joven, como muestra de discursos similares en todos los grupos de discusión, son evidentes los preceptos de acción requeridos: acciones de orientación formativa y profesional continuada que pongan orden y sentido. En la confusión de la formación por la formación, es necesario profundizar en las trayectorias prioritarias según las adquisiciones educativas e inclinaciones de partida, sin excluir adquisiciones complementarias a la principal que sean por sí mismas una alternativa profesional. Es paradójico que una mayor inquietud y actividad de adiestramiento formativo y profesional puede ser contraproducente por la dispersión que produce. Por tanto, sería preciso

⁸⁷ J. CASAL. *Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo...* p. 48 y ss.

articular formas accesibles de orientación que puedan ser desarrolladas a nivel institucional, pero también a través de la misma familia o de otras relaciones más informales.

Teniendo en cuenta que los jóvenes son uno de los principales colectivos damnificados por la adaptación a las nuevas condiciones económicas y de desigualdad, para gran parte de estos grupos sociales medio-bajos los estudios y la formación no significará cumplir sus expectativas sociales. Y cuando se llega a conseguir la inserción laboral es a condición de constricciones materiales en los puestos, de inferior calidad a los previstos, de constricciones sociales, al rebajar el sentido del propio valor laboral, y de graves constricciones temporales, al eternizarse la dependencia social⁸⁸. No obstante, aunque sea con estas fuertes correcciones, la prolongación de la escolaridad y la formación facilita el acceder a puestos de trabajo de más calidad y, con ellos, a posiciones sociales que tienen menos probabilidades de caer en la vulnerabilidad. Ahora bien, desde esta perspectiva la sociedad no es la meritocracia anunciada y pensada. De hecho, el acceso a los empleos estables por parte de estos jóvenes –y dado el mapa de preferencias difusas de los empleadores– no se consigue tanto por el nivel de conocimientos conseguidos en sus estudios, como por factores relacionados con el prestigio y el crédito, dentro de las titulaciones exigidas de partida. Pero también, más allá del mérito, parecen ser importantes ciertos aspectos –también difusos– de la personalidad, que se encontrarían en aquellos aspirantes a trabajos con trayectorias escolares prolongadas: por ejemplo, autodisciplina y, en general, estilos culturales disciplinados⁸⁹. Es preciso, pues, sin emitir juicios de valor de orientación instrumental, informar de estos conocimientos a los jóvenes en proceso de formación, de forma que les sean útiles en el acceso al empleo, si bien no perdiendo el referente de una formación sólida, crítica y profunda.

En cuanto a los *estratos sociales superiores*, en correspondencia con los grupos de discusión diseñados y realizados en su momento, hemos optado por focalizar nuestro análisis en jóvenes de las clases medias-altas, obviando a las clases altas, en la hipótesis de que las estrategias formativas son similares. Eso sí, con marcadas diferencias cuantitativas, económicas y crediticias, a favor de estas últimas. En todo caso, los contrastes más importantes tienen lugar en las formas de aproximación a lo laboral que en las clases altas – como la burguesía terrateniente y capitalista –, pasan por estar ligadas a la pertenencia a consejos de administración de medias y grandes empresas, a equipos de alta dirección, a accionistas y altos gestores de empresas, y al capitalismo financiero, entre otras. Es interesante analizar las estrategias escolares y de capitalización de los estudios de las clases medias-altas, por referencia a las mismas estrategias de acción y ASP buscadas, que apoyen la igualdad en el acceso a la satisfacción de necesidades, más allá del grupo social concernido. Su seguimiento puede ser ilustrativo, para discernir los criterios de universalidad a utilizar,

⁸⁸ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 245.

⁸⁹ R. COLLINS. *La sociedad credencialista...* p. 24 y ss.

entendiendo que la satisfacción de las necesidades en los que fundamentarlos, deben estar alejados de los parámetros mínimos o miserabilistas que a veces se manejan.

Es en estos grupos sociales medio-altos donde tiene lugar el proyecto escolar por excelencia. Más allá de los capitales económicos, que no tienen porque ser excepcionales, precisamente por eso las estrategias pasan por asegurar una educación de calidad, extendida hasta los estudios de primer ciclo universitarios y, sobre todo, hasta los de segundo ciclo. Es sintomática, en ese sentido, la incorporación en los últimos veinte años a la formación superior universitaria de chicas de estos grupos sociales, lo cual ha contribuido, entre otras cosas, a que las mujeres sean más de la mitad de los estudiantes universitarios⁹⁰. Las familias de estos jóvenes son poseedoras de variadas especies de capital como son los culturales, los sociales –para la obtención de recursos a través de relaciones sociales– junto al mismo prestigio social o capital simbólico⁹¹. Pero al estar relativamente limitadas en el capital económico –que no deja de ser importante–, la condición de partida pasa por contar con un capital escolar sólido, para poder desplegar estos otros recursos mencionados que están relacionados entre ellos. En ese sentido, ya desde la enseñanza primaria y secundaria se procura la asistencia de estos jóvenes a colegios y centros privados:

“– En general el nivel económico de un colegio privao como media, yo no hablo de mí, como media en un colegio privao no es bajo. – ¡Va! Bueno, bueno. – ¡Bueno! (...) – Como media, estoy hablando” (GD1, 33. MA, 15-22 años).

Como se sabe, desde hace años se está extendiendo la opinión sobre el deterioro de la escuela pública en la enseñanza secundaria. Sea esto cierto o no y con independencia de las causas que lo hayan provocado –como, por ejemplo, el abandono presupuestario, organizativo o de significación social–, la estrategia de estos grupos sociales medio-altos pasa por procurar la asistencia a esos centros privados donde la organización, los medios, y los métodos se acercan más a sus exigencias escolares, asegurando más fácilmente el éxito social y profesional. Pero no sólo se trata de las actividades académicas, pues los centros privados tienen una oferta cultural y social más englobante y amplia que los públicos en actividades extraescolares, incluidas las culturales:

“– Yo estuve estudiando [en la enseñanza pública] y luego me pasé a los jesuitas. (...) – No me quería ir del público, porque no quería. Pero noté muchas diferencias cuando llegué. Y no ya en el nivel académico ni nada de eso. Pero en lo que es, la formación como persona sobre todo y formación cultural, que eso sí que se nota muchísimo” (GD3, 25. MB-B, 17-21 años).

⁹⁰ P. BOURDIEU. *La distinción...* pp. 290 y ss., 117 y ss. y 588 y ss.

⁹¹ Por ejemplo el capital lingüístico sería una subespecie del capital cultural. Ver E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 72 y ss.

En todo caso, la diferencia de estos jóvenes con relación a sus padres y a la posición familiar transmitida, es que se encuentran con una novedosa inflación de titulados y titulaciones que les preocupa, aunque nunca sea con la misma intensidad que en los de clases medias-bajas y bajas. Por un lado, existe más competencia en los estudios que realizan o ya han concluido, pero, además, ante los dilemas de posibilidades de estudio, formativos y profesionales, manifiestan una cierta desorientación sobre el trayecto a seguir; lo cual es novedoso tratándose de perfiles sociales en los que siempre ha existido claridad acerca de la carrera escolar y profesional. A su vez, ello también contrasta con el modelo transmitido desde sus familias que ha ido por una continuidad encadenada entre unos estudios lo más productivos posible y el acceso al trabajo, en coherencia con las titulaciones obtenidas. Y, mediatamente, por la emancipación social y residencial con la constitución de nuevas familias. Reconociendo que cuentan con más recursos y capitales que otros grupos sociales, no dejan de señalar la necesidad de adaptación a las nuevas condiciones, que probablemente pasan por la inestabilidad laboral y un horizonte posible de cambio de empleo:

“– O sea, venimos inculcaos de nuestros padres. De que bueno pues afortunadamente la mayoría de ellos, yo creo, el caso mío es este, pues con un trabajo fijo, formar una familia, comprarse una casa, y no se que. Qué pasa, que yo ahora... que ahora, o sea, yo lo que veo que encontrar un trabajo fijo es como encontrar un tesoro” (GD1, 13-14. MA, 15-22 años).

La inflación de titulaciones y titulados, su consiguiente desvalorización en el mercado laboral, y el incremento de la competencia generada a partir de ese proceso, está terminando por inquietar a estos jóvenes, a pesar de sus bagajes y recursos escolares, culturales y sociales. Por otro lado, la apreciable fluidez desde hace años de entrada a los estudios universitarios, no deja de ser una muestra de las aspiraciones para la igualdad de oportunidades. La elección de estudios tiende a reflejar las pretensiones sociales de posición y estatus que, frente a otros estudios, significan más posibilidades de escapar a altos grados de desigualdad social. No es tanto la posibilidad de acumular poder o capital económico, como de escapar ante las situaciones desventajosas, consiguiendo mayores cotas de autonomía social. El trabajo no sólo es obtención de recursos, también es una articulación de relaciones sociales donde se delimita el valor y la identidad social de los individuos⁹². En realidad se trata de la reedición del viejo debate entre acumulación y disposición de los bienes necesarios –materiales y morales– para llevar una buena vida, que es por lo que se decantan estos jóvenes. En ese sentido, pueden ser un referente en la extensión y adquisición de capitales hacia los grupos sociales más desfavorecidos.

La opinión sobre los estudios está escorándose en los últimos años hacia la idea de que “*hay demasiados universitarios*”, pero los otros caminos, más técnicos, más manuales y

⁹² E. DE LA GARZA TOLEDO. “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en: J. J. CASTILLO (ed.). *El trabajo del futuro*. Madrid: Editorial Complutense. 1999. p. 24 y ss.

menos cualificados, no dejan de provocarles también incertidumbre; tanto sobre el acceso al empleo como sobre la posición y estatus conseguidos a través de ellos. Es decir, o cambia la consideración social sobre el valor escolar y profesional de los estudios técnico-manuales, o será difícil, en general, –y en estos grupos sociales en particular–, que las inclinaciones en los estudios y elecciones profesionales cambien sustantivamente. Con su tradición intelectual y profesional, donde las trayectorias profesionales han estado ligadas a componentes vocacionales, técnicos e intelectuales, resulta muy significativa la inflexión hacia valores instrumentales que suponen un ataque directo a la línea de flotación de sus trayectorias precedentes: es decir, hablamos de la pérdida de la cultura como fin en sí misma. No es raro, entonces, que al mismo tiempo que analizan la situación, intenten explorar otras posibles trayectorias escolares, buscando encontrar otros caminos que sin disminuir la calidad académica aporten alternativas, frente a la saturación y depreciación de las titulaciones. La FP, al menos hasta hace no mucho, siempre ha sido un camino muy devaluado, escolar y socialmente, al que accedían las clases bajas y medias-bajas “negadas” de la trayectoria legítima, como el Bachiller. Uno de los jóvenes, que pasó temporalmente por ella y acabó realizando estudios universitarios medios y otros cursos de postgrado, así lo señala. Sin embargo, –apunta también– si se realiza un análisis objetivo fuera de la imagen estereotipada de esta enseñanza, se ve que los cambios y reformas habidos la han mejorado notablemente. Por ello la FP, incluso para ellos mismos, puede suponer una alternativa al poder cursar estudios de grado superior, acrecentándose las probabilidades de acceder a un buen empleo:

“– Cuando yo estaba estudiando FP era muy distinto. (...) Estaba muy mal organizao... – Ahora está muchísimo mejor porque tú vas haces un ciclo... no sé como se llama el primer ciclo – Ciclos formativos. – Y después haces uno superior. Y después haces otra cosa... – Y tienes trabajo seguro... – Tienes trabajo, seguro. – Porque se demanda eso” (GD1, 45. MA, 15-22 años).

Y sin embargo puede que esto no sea suficiente. Sea por la inercia social de mantenimiento de las posiciones conseguidas a través de la familia, sea porque las disposiciones están muy delimitadas hacia los estudios superiores universitarios, o sea porque la FP sigue generando incertidumbres de diverso matiz, esta enseñanza sigue sin verse como un camino legítimo:

“O sea, que nos ven un poco como más..., como si tuviéramos más nivel. Y entonces ellas yo creo que se ven así, un poco... ¡jo, meca, voy a tener que hacer un módulo [de FP]!, – Es que no sé por qué tiene que ser un horror” (GD1, 48. MA, 15-22 años).

Ante tal desconfianza hacia opciones que no aportan trayectorias escolares sólidas, es comprensible que los jóvenes de cualquier grupo social traten, como mínimo, de mantener las

posiciones, escolares, culturales y económicas conseguidas por sus familias de origen, lo cual estará mediatizado por las mismas posiciones de partida.

En conclusión, el abordaje de la enseñanza y la formación desde los discursos y narraciones de las clases y grupos sociales de los jóvenes, nos ha llevado a ver que, por un lado, los estudios y la formación sirven para adquirir y, en su caso, reforzar capitales y recursos intercambiables en este específico mercado, influyentes en sus trayectorias vitales y sociales: relaciones y participación social, identidad social, prestigio, recursos económicos... Aunque también, en conexión con ello, hemos visto que para realizar esas específicas adquisiciones se necesitan bagajes previos que, dadas las estructuraciones sociales existentes, se encuentran más presentes en los grupos sociales más altos, con unas predisposiciones y unos recursos más ajustados a la realidad de la enseñanza y la formación. De esta forma, si no se tienen en cuenta las dos aportaciones, aunque funcione la igualdad de oportunidades formal, la igualdad de oportunidades real, evaluada al final del proceso, se torna un objetivo inalcanzable. Si esto es así, se terminará reproduciendo la desigualdad entre unos y otros grupos sociales respecto a la enseñanza y la formación, que tendrá repercusiones sociales allende el propio sistema escolar.

El papel del Estado social y de la ASP, es reforzar y apoyar tales adquisiciones con medidas universales, sabiendo que los esfuerzos deben focalizarse en los estratos más desfavorecidos pues son ellos los que se ven más relegados. Es preciso tener en cuenta que éstos parten con desventajas de variada índole relativas, precisamente, a parte de las dimensiones sociales que funcionan como capitales sociales y que necesitan adquirir. No es tanto la carencia de relaciones, participación social, identidad social, prestigio o recursos – materiales y no–, como reconocer que son precisas inversiones morales y materiales orientadas, al menos en una parte, a asegurar su variada adquisición. De esta forma podrían constituirse como seres sociales autónomos en nuestra sociedad, y tener posibilidades de que no se reproduzcan las desventajas sociales precedentes. Aunque en última instancia son las personas quienes tienen la palabra y la decisión, la acción del Estado social debe reducir la incertidumbre y asegurar la accesibilidad de los jóvenes a tal suerte de adquisiciones, más allá de la familia y las relaciones informales.

b) Elecciones formativas y profesionales: acciones de apoyo y orientación

Además de la necesidad de formación continua en toda la vida laboral, la tardanza en el acceso al empleo de calidad, aconseja seguir fijando nuestra atención en el tiempo que va desde el fin de la enseñanza reglada hasta la estabilización en el mercado laboral. La hipótesis es que tal lapso temporal –junto a la enseñanza y el empleo– constituye un espacio delimitador de las trayectorias y estructuraciones de los jóvenes, con sus diferentes niveles formativos y, asimismo, con sus desiguales recursos culturales, económicos y sociales. El interés es remarcar la influencia de los diversos bagajes –con el escolar a la cabeza–, hasta

que los jóvenes acceden al mundo laboral, siendo éste lapso temporal formativo –novedosamente– una parte importante por el que pasan la mayoría. Hay que considerar que las trayectorias lineales –en objetivos laborales y contenidos de los trabajos–, son ahora una excepción. Así, la causa de nuestro acercamiento a esta etapa formativa y de definición profesional, no es otra que comprender las constricciones antecedentes a la propia inserción laboral que terminarán por reproducirse en forma de competencias desiguales en el mismo mercado de trabajo⁹³. Al igual que ocurre con la enseñanza, el campo formativo es un espacio de relaciones de fuerza en el que se tratan de obtener ventajas, mediante la construcción material y simbólica de los grupos sociales. Es decir, a partir de formas objetivadas, de estructuras de formación y cualificación más legítimas y competentes, por comparación a otras. De la misma forma, se trata de un espacio social donde tienen lugar dinámicas materiales –como los recursos económicos y relacionales–, al mismo tiempo que dinámicas morales, en las que se ponen en juego tanto el valor e identidad social de los sujetos, como el valor social de los objetos implicados: los productos de formación a los que se accede⁹⁴.

Es notorio que hacia la veintena, chicas y chicos ya conocen sobradamente las dificultades de inserción en el mercado laboral. A lo largo del tiempo tales problemas, conocidos de viva mano o por interacciones, actúan como una caja de resonancia a través de sus mismas familias, de los medios de comunicación y de la opinión pública. Esto tiene la consecuencia de ponerlos en guardia aún mucho antes de acceder al empleo. La inmersión en la realidad de las dificultades de acceso al mercado de trabajo, acrecentadas en cada recesión económica, aconseja tener una buena formación para facilitar las probabilidades de encontrar un empleo. En un mercado de trabajo como el español, con deficiencias estructurales severas, que desde mediados de los pasados años setenta no puede acoger a toda la población activa⁹⁵, los jóvenes intentan cualificarse lo más y mejor posible. Ya sea por su iniciativa o empujados por la presión social, intentan acrecentar sus posibilidades a través de la formación profesional, los estudios o los cursos formativos. Se entiende, entonces, la preocupación por haber acertado en las elecciones de estudios y formación, o por el posible fracaso en la inserción laboral. Tales incertidumbres les provocan inseguridad e, incluso, angustia:

“– Todo el mundo dice... – Las que más salidas tienen... – ¡Estas, éstas y éstas! Y todo el mundo va para allá. Y se colapsa. Y se colapsa. Y luego hay otro tipo de carreras que, como hay pocos, hay más trabajo. (...) – ¿Será el pánico a quedar sin trabajo? A lo mejor es pánico a quedar sin trabajo, ¿no? – Sí. – Porque, a lo mejor estás estudiando, una cosa que no te gusta. Pero como tiene futuro” (GD4, 20. 22-25 años).

⁹³ J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* p. 60.

⁹⁴ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* 1998 pp. 92 y 143.

⁹⁵ L. F. SANGLAS; L. TOHARIA. *Las causas del paro en España. Un punto de vista estructural*. Madrid: Fundación IESA. 1987. p. 110 y ss.

Lo azaroso de la pertinencia de las elecciones a efectuar, lleva a los jóvenes a demandar orientación formativa y profesional. Tal preocupación tiene una base objetiva y responde a una necesidad real, en la medida que existen múltiples posibilidades para los estudios, la formación y las mismas pasarelas que les conectan. Por otro lado, como acabamos de ver, entienden que las expectativas de los padres, las de otros jóvenes y las de ellos mismos, abocan a realizar estudios que antaño puede que tuvieran salida pero que ahora ya no la tienen. Ante este laberinto en el que se presentan variadas posibilidades, se necesita apoyo y acompañamiento continuado tanto para la orientación escolar y formativa, como para la orientación laboral y profesional. Y más teniendo en cuenta la relativa irreversibilidad de las elecciones que se toman⁹⁶:

“– Tienes dos horas el último año... – Vengo, pa que me orientes, ¿no? (...) – Y no solamente los planes de estudio, ni que asignaturas hay, ni cuantos años son, ni... ¡Ay, es que ahora están cambiando los planes y no sé cuando cambiaran, cuando no!” (GD6, 63. 23-28 años).

“– Porque es ir a una asignatura, a otras, que no tienen ni siquiera conexión unas entre otras. Y a mí me parece, que no sé, que hacen falta un poco de cursos orientativos. (...) Claro, yo hice derecho, que es una carrera tan general y salen tantas cosas y puedes hacer tantísimas cosas, que luego acabas y no, y no sabes que hacer” (GD 2, 4. 23-30 años).

Resulta incluso apreciable que ya en el mismo mercado laboral, uno de los problemas observados sea continuar con trayectorias laborales caóticas, provocadas por el afán de aprovechar las oportunidades formativas y laborales que se van presentando. Cuando no existen dispositivos sólidos de orientación y se valora más la acumulación que el sentido de la formación, el carácter errático de las elecciones puede dispersar los esfuerzos sin llegar a adquirir la necesaria experiencia respecto a la formación a la que inicialmente se dedicó la mayor energía. La novedad es que tal confusión no es exclusiva de los niveles de estudios bajos sino también, en no pocas ocasiones, de los altos. Las expectativas sociales que enriquecen la enseñanza pero también la desgarran, terminan por conformar un laberinto formativo y profesional que sume a los jóvenes y sus familias en el estupor. Las alternativas entre enseñanza y aprendizaje, conocimientos globales o especializados, y orientaciones instrumentales o comprensivas, suponen debates con una presencia ineludible en las elecciones de los estudios y la formación. Tales dilemas son traducidos después según las diferentes ofertas y posibilidades de elección existentes, produciendo –además– la necesidad de un triple aprendizaje de los jóvenes: nos referimos a la adquisición de capacidades

⁹⁶ Ver, J. CASAL. . *Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo...* p. 48 y ss.

cognitivas, organizativas y expresivas⁹⁷. Las dificultades inherentes al actual mercado laboral empujan hasta esa dispersión, si bien una orientación laboral y profesional sólida podría paliar estos problemas. No obstante, es preciso tener en cuenta que tal guía debe incidir tanto en las informaciones formales, relativas a la formación y a las posibilidades profesionales, pero también en las propias capacidades y aprendizajes de los jóvenes para procesar y optimizar esas informaciones. Se trata de que sean apoyados y puedan tomar las decisiones que más se adapten a sus posibilidades, por encima de las inercias sociales o las expectativas sobredimensionadas. En definitiva, destrivializar la información y la orientación profesional, darle continuidad, de forma que asumiendo la complejidad de la producción social y material, reconozca el múltiple laberinto formativo y sus posibles utilidades.

Para el conjunto de los jóvenes se trata de un proceso bastante dilatado que yuxtapone la formación con la entrada en el mercado laboral, hasta conseguir la permanencia en el trabajo remunerado mediante empleos estables⁹⁸. Bien es cierto que existe una minoría con una integración precoz exitosa, y que pasa directamente desde los estudios al empleo estable de calidad. Este interregno instructivo, por el que se buscan los aprendizajes y disposiciones prácticas de los empleos, es en gran parte responsable de la expansión de la juventud hasta aproximadamente los treinta años. A partir de ahí, se dan vías y elecciones de integración como las inversiones crediticias para ejercer de profesional liberal, o el formarse para el trabajo profesional por cuenta ajena, para empresas o para el estado. Este es el caso de una de las chicas participantes que, además, no duda en postergar otros proyectos vitales hasta la consecución del empleo estable buscado:

“– Porque yo sé, que estoy estudiando unas oposiciones, me considero que no estoy perdiendo el tiempo, porque estoy estudiando. Pero bueno, puedo aprobarlas o puedo no aprobarlas. Entonces si las apruebo fenomenal, seré una funcionaria, y si no, pues, pues claro, tendré que intentar buscarme la vida” (GD2, 3. MA, 23-30 años).

Es importante subrayar que por más que la juventud se haya alargado a causa de necesidades reales de aprendizajes vitales y formación, chicos y chicas están sometidos a unas exigentes condiciones de acceso al empleo, y esto les está impidiendo hacer las cosas en su momento para conseguir la emancipación social. Aunque los márgenes de flexibilidad en las clases de edad sean más amplios que nunca, las oportunidades no son siempre las mismas y esto se deja sentir material y moralmente. Si se van cumpliendo los tiempos de las etapas vitales y se accede a un empleo estable en su momento justo –flexiblemente considerado–, es

⁹⁷ E. MORÍN. *La mente bien ordenada. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Barcelona: Seix Barral. 2000. p. 101 y ss.

⁹⁸ J. M^a GARCÍA BLANCO; R. GUTIERREZ. “Inserción laboral de los jóvenes: entrada al mercado de trabajo y movilidad inicial”, en: *Revista Asturiana de Economía*, núm. 2. Oviedo: Asociación Asturiana de Estudios Económicos. 1995. p. 56 y ss.

posible llegar a la independencia económica y asentar la autonomía relacional. Es decir, los pasos sólidos para la adquisición de la identidad social y el refuerzo de la subjetividad de las personas:

“– Estudié una cosa que hay que estar siempre encima de ello y siempre al día. Entonces, digo yo, soy un fracasao. Ya te ves tú ya mismo... Que ves que el tiempo te va pasando, te estás haciendo mayor y cada vez las oportunidades son menos” (GD4, 2-3. MB-B, 22-30 años).

El problema de los cambios sociales ajenos a la subjetividad cercana, son las inadaptaciones producidas en las personas afectadas, que deben afrontar individualmente sus consecuencias y posibles soluciones. El Estado social, como refuerzo de los derechos sociales, debe anticiparse promoviendo iniciativas que apoyen las acciones de los jóvenes hacia su emancipación social. La formación ocupacional y profesional y la adquisición de disposiciones prácticas hacia los potenciales empleos a desempeñar, se configuran en la actualidad –después de la formación reglada y antes de la inserción laboral definitiva–, como una etapa identificable en el trayecto de chicos y chicas. La complejidad de la producción material en la sociedad ha provocado múltiples posibilidades en ese sentido, y por tal causa los jóvenes precisan ser orientados en sus elecciones y decisiones, con una información de calidad en la continuación y asentamiento de sus trayectorias formativas. Chicos y chicas ante esa novedosa situación, abogan por articular dispositivos continuados e insistentes de orientación formativa, ocupacional y profesional a todos los niveles formativos. Recursos que ante todo acompañen en las encrucijadas que toda trayectoria dirigida a la emancipación social debe resolver.

c) Las dificultades de emancipación social de los jóvenes: políticas y acciones de empleo y vivienda

En el contexto de los espacios y tiempos compartidos con la sociedad adulta, y según la estructuración y clases de edad que conforman hoy la juventud, es en torno a los veinticinco años cuando la mayoría de los jóvenes realizan las acciones y actividades que más específicamente se ocupan de su emancipación social. Aquellos que no continuaron los estudios y la formación a edades más tempranas, entrando en el mercado de trabajo, intentan ahora asegurar y estabilizar sus empleos con el fin de mantener su independencia. Esto no es nada fácil, pues, como hemos visto, los jóvenes con una formación escasa tienen grandes dificultades para conseguir el objetivo de la estabilidad laboral. El resto, con más estudios y formación, comienzan a trabajar o a buscar trabajo, o tratan de completar sus capitales formativos mediante algún curso de ampliación de estudios o especialización. Resulta apreciable que, excepto para una minoría que pasa directamente de los estudios al empleo

estable, la inserción laboral es un proceso que puede prolongarse varios años. El significativo aumento de las oportunidades educativas coexiste con una fuerte caída de las oportunidades laborales y los trabajos de calidad, consecuencia de las reformas laborales desreguladoras que tuvieron lugar en los años ochenta y noventa del pasado siglo en el mercado de trabajo⁹⁹. Esta transformación ha dado como resultado el provocar acusadas segmentaciones entre trabajadores estables y temporales, y entre empleos de calidad y empleos precarios, con manifestaciones añadidas al propio desempleo: rotación, subempleos, empleo sumergido e ilegalidad¹⁰⁰. Parece, entonces, que no sólo se trata de un problema de paro, o desempleo, sino de una estructura ocupacional basada en el empleo precario que afecta sobremanera a los jóvenes.

Pero el bloqueo sistemático hacia el empleo de calidad, no supone que los modos de aproximación al trabajo remunerado sean uniformes. Esas diferencias implicadas en las formas de acceso y mantenimiento del empleo, configuran una diversidad de trayectos que – para minimizar las desigualdades –, implican necesidades de actuación diferenciadas desde el Estado social. En una prolongación no trivial, ni automática, con las trayectorias escolares y formativas crediticias, es necesario fijarse en las propias diferencias de integración en el empleo que delinean la estructuración y ordenación de los jóvenes en la esfera productiva y en el nivel social general¹⁰¹.

La primera vía de aproximación la encontramos en los trayectos de *éxito precoz*, correspondientes a aquellos jóvenes en los que se enlazan varias circunstancias positivas respecto al empleo y que son difíciles de observar en la mayoría: acceden directamente, con apenas tiempo de espera en el paro, a empleos estables y a empleos de calidad. Son jóvenes con credenciales académicas brillantes, o reconocidas, que realizaron estudios universitarios superiores, aunque también estudios universitarios medios, muchas veces completados con cursos de postgrado. De igual forma, en menor medida realizaron estudios de FP de Grado Medio con posibilidades de empleo de calidad en momentos oportunos y sectores estratégicos; como, por ejemplo, agentes de ventas o empleados de banca. Tal éxito profesional, estable y continuado, significará un posicionamiento social elevado, si bien matizado por los diferentes niveles de cualificación conseguidos y por la clase social de origen. En ese sentido, aunque los jóvenes de clases altas y medio-altas tienen más probabilidades de ocupar esos puestos de elite, son reseñables las incorporaciones de jóvenes de clases medio-bajas a través de la vía universitaria –superior o media–, o de la profesional, mediante la FP de Grado Medio o Superior. Dentro de estos trayectos de integración exitosa – aunque diferida –, podemos también incluir a aquellos jóvenes que con ayuda de sus familias

⁹⁹ J. O. REBOLLO; F. MIGUELEZ. “Negociación colectiva en los años noventa”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (coords.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. p. 330 y ss.

¹⁰⁰ A. RECIO. *La segmentación del mercado laboral en España...* p. 135 y ss.

¹⁰¹ Seguimos las aportaciones de Joaquín Casal, y colaboradores, sobre las modalidades de transición profesional de los jóvenes al empleo. Ver, J. CASAL. *Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo...* p. 48 y ss.; y *Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI...* p. 307 y ss.

invierten unos años en preparar oposiciones para acceder a algún cuerpo administrativo o profesional superior –como judicatura o notarías–, para ejercer la profesión por libre o como funcionarios del estado. La última modalidad de inserción de éxito hacia el empleo es la de los empleadores. Se trata de jóvenes empresarios que, atesorando una acreditada formación, consiguen la inserción laboral a través de su propia empresa, con capacidad de contratación de varios trabajadores. Así, no deja de haber una fragmentación bastante profunda entre la ideología económica emprendedora que suele acompañar a estos perfiles –inversión, riqueza, riesgo, arrojo económico–, como contrapunto a las ambiciones puramente profesionales de los otros trayectos de éxito.

Existe otra forma de inserción que constituye una segunda forma exitosa –por rápida y estable– de integración laboral, aunque con contenidos diferentes a las anteriores. La identificamos en los jóvenes cuyos trabajos están vinculados a pequeños negocios o explotaciones familiares que no tienen normalmente trabajadores por cuenta ajena. Esta inserción de *integración familiar* está protagonizada por una pequeña burguesía patrimonial de clase media-baja, donde se produce un traspaso automático de la clase social de la familia de origen hacia los jóvenes. En lo formativo suele estar asociada con niveles escolares básicos u obligatorios. Para anclarla en el contexto, podemos pensar en explotaciones familiares del sector agrícola-ganadero, o en pequeños comercios y talleres de reparación o servicios¹⁰². Aunque no sea una modalidad cuantitativamente relevante, su aumento y significación es directamente proporcional al crecimiento de las dificultades de inserción profesional. Así, con más expectativas laborales, muchos jóvenes hubieran prolongado sus estudios e intentado definir un trayecto profesional al margen del pequeño núcleo económico parental. En tercer lugar nos encontramos con una trayectoria medularmente diferente de las precedentes: la *trayectoria obrera*. Por un lado, se trata también de una entrada precoz al mercado laboral y al empleo pero con unos resultados muy distintos: la inestabilidad y precariedad laboral llegan a situar a estos jóvenes en riesgo y situación de vulnerabilidad. Son chicos y chicas de clases bajas con bagajes escolares muy básicos, determinantes para que en el actual mercado de trabajo estén más al albur de las ofertas de empleo disponibles que de sus propias elecciones profesionales, por muy modestas que fueren. De la misma forma, hablamos de trabajadores particularmente expuestos a los cambios del mercado de trabajo y a los reajustes en las empresas y de sus políticas de temporalidad o rotación. Estos jóvenes poseen las disposiciones heredadas de la cultura obrera tradicional, asociadas con las empresas de servicios, con la construcción y con el empleo industrial. A tenor de las laxas mediaciones y protecciones del mercado de trabajo y con las actuales normativas laborales, su inestabilidad laboral puede perpetuarse sin límites.

Los siguientes tres tipos de transición hasta la inserción laboral, aunque no sean absolutamente novedosos se han configurado desde los pasados años noventa como la forma

¹⁰² J. CASAL. *Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo...* p. 30.

emergente y frecuente para la mayoría de los jóvenes. Son recorridos que están en consecuencia directa de la inestabilidad, la segmentación y la movilidad resultante en el mercado laboral. El primero de ellos es el de *aproximación sucesiva* que –ya desde hace años–, constituye la modalidad de transición dominante en el contexto europeo. Sin embargo, el caso de España es muy reseñable en la medida que los modos, y resultados, de contratación estable y de calidad son muy inferiores. Hablamos aquí de jóvenes de clases medias-bajas que tienen niveles de formación y cualificación altos y medios, lo cual es importante para entender cómo la realidad del mercado laboral no deja de provocar una continua adaptación a la baja de sus expectativas materiales y morales. Así, han debido asumir que los logros van a ser mucho menores a las expectativas forjadas, al menos durante un tiempo bastante prolongado.

La siguiente modalidad, la de *precariedad*, constituye una forma radicalizada con respecto a la anterior, la de aproximación sucesiva, afectando a jóvenes de clases bajas que poseen diferentes niveles formativos, aunque sobre todo a los más escasos. Aspectos ya tan conocidos, y no por ello menos graves, como el paro intermitente sistemático, la fuerte rotación laboral y la presencia de subocupaciones –propias del mercado secundario de trabajo–, suponen obstáculos casi insalvables en la transición a la inserción laboral¹⁰³.

Finalmente, el contrapunto al éxito precoz lo encontramos en jóvenes sin estudios con *trayectorias de desestructuración*, que ven sistemáticamente bloqueado su acceso al empleo y sólo consiguen empleos de ínfima calidad en el mercado de trabajo secundario. Aquí el paro es casi crónico y el trabajo, cuando existe, es más bien fugaz determinando situaciones de vulnerabilidad y exclusión, acentuadas por su aislamiento social, la violencia frecuente en sus conductas, o la simple acomodación a esa existencia precaria. En ese sentido, una de sus escasas salidas posibles la constituyen las iniciativas promovidas desde la administración, o asociaciones promotoras, que intentan incidir directamente en la prevención de estas dificultades o tratan de corregirlas a través de su incorporación a los ya mencionados Planes de Garantía Social, Escuelas Taller o Casas de Oficio.

Con esta perspectiva efectuada, la emancipación e independencia social de los jóvenes se configura normativamente como un proceso compuesto y jalonado por varias partes necesarias, que tienen una relación entre ellas aunque sus hitos temporales no sean cerrados. Consiste en la consecución de un mundo autónomo a través variadas adquisiciones: en las relaciones personales, en el ocio, en la cultura, en los estudios y la formación, en los ensayos y definición del emparejamiento, en el empleo –que posibilita la autonomía económica–, y en la vivienda que faculta la emancipación residencial¹⁰⁴. En ese sentido, las variaciones y modalidades pueden ser diversas y dependen de la encrucijada de las iniciales posiciones y oportunidades sociales, con las disposiciones y elecciones personales y grupales. Sin

¹⁰³ A. RECIO. “La situación laboral de los jóvenes”, en: *Arquitectura, Ciudad y Entorno*, núm. 5. Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña. 2007. p. 421 y ss.

¹⁰⁴ Ver, L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España...* p. 17 y ss.

embargo, en los jóvenes que no consiguen emanciparse a edades avanzadas, es destacable como cumplen con creces todos los requisitos del sistema de emancipación, salvo dos que son la llave hacia los otros: el empleo y la vivienda.

“– Pero es que yo creo, que el principal problema con el que te encuentras cuando llegas a determinada edad es, primero, encontrar un trabajo que te permita lo que más o menos todo el mundo quiere, que es llegar a tener una vida en cierto modo independiente. (...) Es decir, bueno hay que encontrar primero un trabajo con una estabilidad suficiente pues, pa que te permita pedir un crédito, comprarte un piso o, bueno, pagar un alquiler todos los meses” (GD6, 3. 23-28 años).

Es un trastorno que contrasta con la madurez en las relaciones sociales, con la general y destacable formación y cualificación, y con la existencia de parejas ya consolidadas cuyos miembros deben seguir habitando en las casas de sus familias. En efecto, el problema es la carencia de empleo, pero más la existencia de empleos precarios y de la alternancia situacional a que dan lugar –paro e inestabilidad–, que no permiten concebir proyectos estables de emancipación. De hecho ocurre que está preparado para todo, pero si no hay empleo –y además empleo de una cierta calidad–, tampoco habrá posibilidades de adquirir o alquilar una vivienda. El resultado es, junto al desánimo, la imposibilidad de planificación de sus vidas, pero también la acumulación errática de la formación. Al final, se trata, de igual forma, de la ineficiencia del sistema productivo que desaprovecha estos cualificados capitales formativos y profesionales¹⁰⁵. Por tanto, el camino hacia la emancipación y la autonomía social de la mayoría de los jóvenes es una senda alargada, angosta y retorcida, llena de importantes obstáculos que se vuelve más impracticable según avanzan las edades. Una experiencia vital de difícil manejo, en la que la discontinuidad del empleo y la propia inestabilidad laboral le aboca a una dependencia incompleta y a una autonomía que no acaba de completarse: es decir, a una emancipación discontinua¹⁰⁶:

“– No me queda mas remedio que vivir con mis padres, aunque me quiera independizar, aunque me quiera casar o que quiera vivir con mi novia o con cualquiera, ¿eh? No puedo porque, lo primero, los trabajos que hay, hay pocos, y los que hay están muy mal pagaos, muy mal remuneraos; los contratos son de risa... los contratos son de puñetera risa. Trabajas mal a gusto en cosas que no te gustan porque no te queda otro remedio, y te apuntas a lo que sea pa tener cuatro duros en bolso” (GD4, 3. 22-30 años).

¹⁰⁵ A. HIDALGO; S. PÉREZ. *Aspectos salariales de los jóvenes trabajadores*. Madrid: Instituto de la Juventud de España. 2004. p. 17 y ss. Ver también, L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España...* p. 52.

¹⁰⁶ M. MARTÍN SERRANO; O. VELARDE. *Informe de Juventud de España...* p. 25.

La quiebra de las expectativas y su ajuste a un nivel más bajo afecta por igual a la mayoría de los jóvenes, pero el desengaño es más acusado en aquellos que las tenían más elevadas y que no han conseguido una inserción laboral exitosa, por rapidez en el acceso y calidad en el empleo. Pues si bien no estamos hablando de procesos y oportunidades sociales absolutamente ordenados e irreversibles, resulta necesario hacer las adquisiciones dentro de unos tiempos, y sujetadas a una cierta ordenación: conocimientos y habilidades, relaciones sociales, empleo estable, pareja, autonomía residencial, emancipación social, descendencia...:

“– Y con veintiocho o treinta años nos hemos quedado descolgados. Porque, cuando ya estaba despuntando otra vez la economía, cogen a los recién salidos. – Eso, la gente ahora va tener... más posibilidades. – Claro. – Esos contratos en prácticas que había, y decían: hay que terminar en menos de cuatro años. Y claro, yo había terminao con veinte años, y ya tenía veinticinco. Ya me había pasao la época y estaba todavía sin trabajo. O sea, ¡es que no te pillan nada! Llega un momento que...” (GD4, 21. 22-30 años).

El ritmo de las diversas emancipaciones parciales debe cumplirse, de lo contrario la angustia de “perder el tren” puede llegar a tener consecuencias sociales, morales y psicológicas a causa de estas demoras. La imposibilidad de concebir proyectos vitales autónomos aboca a los jóvenes a seguir viviendo en casa de los padres durante mucho más tiempo de lo que sus suposiciones más dilatadas hubieran concebido¹⁰⁷. A pesar de las provisionales mejoras económicas que los empleos temporales proporcionan, la inestabilidad de las ocupaciones es decisiva para que la emancipación residencial sea minoritaria. Y esa misma excepcionalidad ha ido reduciendo la presión social para abandonar la casa de los padres, provocando que la condición de dependiente haya sido admitida como un mal menor, tanto por los chicos y chicas como por la sociedad. Sin embargo, el que se hayan adaptado al refugio que ofrece el hogar familiar, y el que sus relaciones con los padres sean buenas –sin ruptura generacional–, no implica que se hayan acomodado y quieran ser eternamente dependientes:

“– Yo sigo viviendo en mi casa, me llevo muy bien con mis padres. No estoy en casa por gusto, si no porque no me puedo plantear la independencia. Estoy preparando oposiciones y a lo que salga” (GD2, 7. 23-30 años).

Es cierto que sus relaciones son óptimas y respetuosas, pero sabiendo que no se pueden traspasar determinados límites en algunos temas conflictivos. Respecto a la acomodación, no puede haber ni siquiera debate cuando los jóvenes están con demasiada frecuencia en el paro. Y tampoco la emancipación ha sido posible para aquellos, chicos y

¹⁰⁷ P. CRUZ; P. SANTIAGO. *Juventud y entorno familiar...* p. 51 y ss.

chicas, que tienen trabajos inestables o de poca calidad¹⁰⁸. Es paradójica su situación pues deseando la autonomía, la emancipación social y la independencia, se ven imposibilitados de llevarla a cabo a causa de la inestabilidad y la precariedad laboral, y, también, por la inaccesibilidad económica de la vivienda, estando obligados a permanecer con los padres¹⁰⁹. Por eso, las opiniones, a veces muy divulgadas, que presentan a la actual juventud como un colectivo parasitario y sin voluntad para la autonomía son contestadas con rotundidad:

“– Que sí, que yo tengo veintiséis años y bueno, ¡me gustaría echar a volar!, por decirlo de alguna manera, ¡ya! Porque, ¡ya vale!, ¡ya está bien! He estado ya veintiséis años chupando del bote, como se suele decir, y ya llega un momento en que no es ni porque estorbes, ni porque bueno... haya que alimentarte, haya que vestirte. Sino porque llega un momento que dices: hasta aquí llegué y hasta aquí vamos. Tengo que echar a volar, pero ya. Es una necesidad que tienes.

– No estoy mal a gusto, pero sí creo que necesito dar un paso más. (...) Más que el hecho de que puedas decir: oye, es que mis padres ya me ponen mala cara cuando me ven por casa. No, no es eso. Pero necesitas más”. (GD4, 41-42. Chico 26 años y chica 30 años).

De esta forma, la emancipación –en confluencia con la inserción laboral–, es un proceso retardado en exceso que se complica, aún más, con la inaccesibilidad residencial. La inestabilidad laboral impide la obtención de créditos bancarios y, en ese sentido, los jóvenes conocen muy bien ese círculo vicioso que les aboca también a la dependencia residencial. Aunque existan ayudas de carácter municipal, saben de las limitaciones de los ayuntamientos en esta materia. Hasta hace no mucho, han sido muy restringidas tanto en lo que se refiere a la cuantía de las viviendas como en los ingresos de los posibles beneficiarios y, en ese sentido, no responden a la realidad del mercado inmobiliario como, tampoco, a las propias necesidades expresadas de emancipación de los jóvenes¹¹⁰. Los apoyos del Estado social respecto a la vivienda distan mucho de sus necesidades, y el mercado –los bancos– exigen la seguridad de ingresos mediante un empleo estable. Precisamente, lo que la mayoría no tiene y cuando es así lo es en edades muy avanzadas que superan los treinta años:

“– Al final al Ayuntamiento cuando él solicita una subvención para comprarse un piso, pues se lo rechacen. Y el banco, claro, ¡tanto de lo mismo!,

¹⁰⁸ R. ALVAREZ; M^a J. AZOFRA y M^a CUESTA. *Economía y juventud*. Madrid: Instituto de la Juventud de España. 1999. p. 15 y ss.

¹⁰⁹ Contra lo que a veces se dice, de todas las generaciones de jóvenes de las que se tiene información, desde los años 60, las actuales son las que más deseo muestran de dejar sus familias de origen. Cfr., M. MARTÍN SERRANO; O. VELARDE, *Informe de Juventud de España...* p. 34.

¹¹⁰ En realidad hasta 2006, no ha habido medidas de ámbito estatal respecto a la emancipación social de los jóvenes, acordes con la gravedad del problema. Aún así una sola medida, con ser importante y acertada, puede ser insuficiente. En Internet: <http://www.emancipacionjoven.es/>

¿entiendes? –Claro. – ¡Porque el banco como no tengas algo con lo que te pueda pillar!” (GD6, 49. 23-28 años).

Lo cierto es que el nudo planteado impide que existan situaciones y soluciones intermedias entre la dependencia y la independencia residencial, tanto desde el punto de vista institucional como familiar. Desde la familia, la solución transitoria, otrora relativamente frecuente de la convivencia de nuevos cónyuges en casa de los padres, ha disminuido notablemente y no suele entrar en el proyecto vital de los jóvenes que prefieren esperar hasta tanto no acaban de conseguir la vivienda propia. Existe, pues, una fuerte vinculación entre la emancipación residencial y el matrimonio o la, minoritaria, convivencia en parejas de hecho¹¹¹. La familia y los jóvenes abogan por no pasar a una situación peor de la que se tiene en el domicilio familiar:

“– Yo, toda la gente que conozco que se casó, se caso con el piso. – Sí, sí. – Todo, todo. Tenía que estar todo y luego ya se casaban. – Sí, sí. Es una pasada. Es una pasada. – Una vez que empiezas, para ir a vivir peor de lo que estabas...” (GD2, 35. 23-30 años).

Los jóvenes que, por ejemplo, han acabado los estudios encontrándose en torno a los veinticinco años, siguen abogando por soluciones intermedias que les permitan emanciparse residencialmente, antes del paso más fraguado de la convivencia en pareja. Además, luego están los aprendizajes morales y materiales que siempre posibilitan una vida autónomamente vivida. De esta forma, también aquí el precio de mercado de la vivienda, en alquiler o propiedad, sigue imposibilitando el emprender formas graduales de emancipación residencial y logro de domicilio que en otros países europeos son tan frecuentes:

“– A mí me encantaría ser totalmente independiente, y poder pagarme un alquiler de un apartamento y decir, bueno, ir a ver a mis padres, si me apetece entre semana, y comer con ellos los fines de semana. Pero no puedo hacerlo”.

– Y bueno, en cuanto a la independencia, pues a mí me parece una utopía, pues como muy grande. O sea, a mí me encantaría ser independiente, pero es que no es que no quiera, es que no puedo” (GD2, 3-4. 23-30 años).

En conjunto para los jóvenes de estas edades la presión es muy alta ya que deben afrontar todos estos problemas, pese a sus expectativas previas y, además, deben intentar no caer en el victimismo y en la queja constante. La capacidad de remar contra el viento se manifiesta al intentar que esos problemas no arrastren al resto de vidas y experiencia vital. Otra cosa es que la juventud actual prevea unas mínimas condiciones de partida antes de dar los pasos para la emancipación. En efecto, han sido socializados con unas expectativas de

¹¹¹ L. GARRIDO; M. REQUENA. *La emancipación de los jóvenes en España...* p. 151.

calidad de vida y consumo que no pueden desaparecer de la noche a la mañana. Los avances relativos de posición social conseguidos por sus familias, se conciben como derechos consolidados y no como mejoras coyunturales. En consecuencia, se intentan mantener –y mejorar– los niveles de calidad de vida de la familia de origen, y los mismos padres no suelen alentar la independencia hasta que los hijos van a vivir con una pareja estable, o –sobre todo– se casan. Estas medidas precautorias de las familias y los jóvenes son comprensibles en la medida que la persistencia de la inestabilidad laboral, cuando ya se ha producido la formación de la pareja en una unidad residencial independiente, significa un añadido de incertidumbre y angustia que pueden evitar –como un mal menor– permaneciendo por más tiempo en las respectivas familias de origen¹¹².

Por supuesto, como contraste, y como conocimiento de las situaciones que la mayoría quiere evitar, hay jóvenes que intentan la emancipación a partir de la arriesgada relación entre la constitución de la pareja, la autonomía residencial y el empleo inestable. Sus testimonios son harto elocuentes respecto a la incertidumbre que generan estas situaciones, mucho más si estas parejas tienen hijos. El riesgo de una posible “vuelta atrás” está siempre presente en sus narraciones:

“– Porque doy clases y si no hay alumnos yo este año me voy fuera. O sea, que es una cosa que depende de las circunstancias. (...) Porque bueno, yo he tenido cuatro trabajos distintos. Trabajo desde los veintuno o así. ¡Bueno con el paro por medio y cosas de estas! Porque ninguno va enlazado con otro. (...) Pero yo estoy casada y tengo dos hijos. Pero claro, es súper difícil... Claro una vez trabaja mi marido, otras trabajo yo, otras estamos en paro los dos, otras no sé qué. Y llevamos así nueve años, ¿eh? (...) Y tengo una casa propia, que la estoy pagando y me cuesta un montón. Pero claro, la casa es sin ascensor, en un barrio... (...) Lo típico, que intentas hacerlo por lo menos” (GD4, 11-12. 22-30 años).

A pesar de que la situación objetiva empuja a permanecer en la casa de los padres hasta que se den mejores condiciones, y a pesar, también, de que exista una cierta comprensión social de este estado de dependencia, se terminan desencadenando costes morales. Los retardos de la emancipación hacen que las palabras de los jóvenes estén salpicadas de esporádicas autoinculpaciones –individuales y colectivas–, como reflejo y consecuencia de esa situación de dificultad prolongada. Y requiere un aprendizaje emocional y moral que aminore el efecto de las propias condiciones materiales, de inestabilidad y dependencia, y frene las infundadas atribuciones sociales de acomodación.

¹¹² El 51% de los jóvenes entre 18 y 34 años vive en el domicilio familiar. Ver, INJUVE. *Informe anual jóvenes 2006...* p. 24.

Cuando aparecen estas autoinculpaciones son contestadas por los otros chicos y chicas desde las propias evidencias materiales, desde sus intentos de emancipación y, por ende, desde el interés de algunos de ellos en la formación de nuevas familias:

“– Nosotros somos también una generación que somos muy cómodos. Lo tenemos todo, vives con tus padres, terminas cada vez más tarde, te casas cada vez más tarde, tienes hijos cada vez más tarde. – Pero eso a lo mejor no es porque tú no quieras, es porque te vienen así.

– ¡Hombre!, sí, pero... – Porque a lo mejor a mí me gustaría tener ahora tres hijos – Sí. – Y estar casado hace ya: ¡dos años! – Sí, sí, sí. – Pero, ¿de dónde? (GD4, 4. 22-30 años).

Por eso, para algunos jóvenes que podrían intentarlo y conseguirlo, las expectativas fuerzan a permanecer con los padres, esperando a que su situación en el mercado laboral mejore, permitiendo el salto definitivo a la emancipación en mejores condiciones. A veces, se trata de un cálculo mal realizado ya que la situación sólo da para mantenerse, en el mejor de los casos. Y, sin embargo, las exigencias de calidad vital no deberían anular la distinción que debe existir entre las dificultades objetivas para acceder al empleo y la vivienda, y el criterio de calidad de vida asumido en los jóvenes y en el conjunto de la sociedad. Al final, lo que se produce es una frustración social de los que ya están cerca de los treinta años, pues no basta su madurez en la mayoría de las facetas vitales, si fallan factores como el empleo estable que les permita llevar adelante sus proyectos vitales. O, en paralelo, el precio de la vivienda es tan inaccesible que se constituye en un obstáculo insalvable, en combinación con el empleo inestable. Una política social correctora debería fijar su atención en estos jóvenes que están viendo, y verán, tantos años retrasados sus proyectos de vida.

Así las cosas, un balance concluyente de lo acontecido respecto a la emancipación social, nos orienta sobre su prolongada dificultad debido a la presencia de condiciones adversas en el mercado de trabajo y en el acceso al uso y disposición de la propia vivienda, sea en alquiler o en propiedad. En el ámbito del empleo, lo que comenzó desde finales de los años setenta siendo un grave problema de desempleo y paro, ha continuado combinándose con la precariedad laboral, afectando sobremanera a la juventud como colectivo social. En sus discursos y narraciones los jóvenes expresan las dificultades y trastornos, materiales y morales, que tales fenómenos provocan en sus vidas. Así, los textos emitidos, con sus nociones, pistas y sentido práctico manifestado, pueden ser vistos como anticipación y expresión de la quiebra del óptimo de sus necesidades y derechos sociales. Pero también, como indicaciones y expresiones de las formas de acción, necesarias y posibles, previsoras y correctoras del Estado social, de las políticas sociales y de la ASP. Más allá de las formas anticipadas, que requerirían una investigación longitudinal sistemática de largo alcance, lo

cierto es que las sucesivas generaciones de jóvenes vienen manifestando, desde hace muchos lustros, elementos de conocimiento y comprensión para diagnósticos y acciones posibles.

Frente a las preocupantes señales y evidencias vistas, lo cierto es que –antes de la crisis de 2008–, aquella bonanza de los indicadores económicos y la economía dejó su emancipación social al mercado, confiando en que el proceso mercantilizador sería suficiente. La evidencia nos dice que no ha sido así, ya que sus adquisiciones sobre empleo y vivienda se han visto obstaculizadas durante muchos años, a pesar de la mayor flexibilidad existente en los tiempos de las trayectorias vitales. Ello, sin duda, tiene, y tendrá, consecuencias materiales, morales y sociales para su presente y futuro generacional. Y cuando la crisis se ha manifestado con toda su crudeza en 2009, ha impactado aún más –si cabe– en los jóvenes en forma de paro y desempleo, abocándoles a una situación de “crisis sobre crisis”. Esto puede parecer retórico pero –como hemos visto–, tal expresión apenas llega a traducir sus dificultades perseverantes de emancipación social.

Desde la perspectiva de una acción proyectada que retome la urgencia de estos menoscabos, pero que no caiga en la precariedad e inmediatez de la propia desregulación social existente, es preciso fijarse en las trayectorias de éxito en la aproximación al empleo y poner los medios para que el resto de modalidades converjan con ellas. No se trata de mimetizar o traspasar los comportamientos y actitudes –como a veces se hace– de unos grupos sociales a otros. Más bien, debería consistir en facilitar las adquisiciones de enseñanza, formativas y profesionales, alentando su acceso al empleo y aminorando la precariedad, mediante la reforma del mercado de trabajo y mediante un control efectivo de su práctica. Por ello, con ser imprescindibles, son insuficientes medidas correctoras ceñidas y focalizadas en el empleo. Las trayectorias sociales actuales de los jóvenes parecen estar mayoritariamente delineadas –por no irnos más atrás– desde la enseñanza, la formación ocupacional o profesional, y el acceso al empleo. Y estas actividades se relacionan con cada uno de los tres lustros que la componen de los dieciséis a los treinta años. Dentro de las posibilidades y preferencias de cada grupo social y de cada uno de los jóvenes, es claro que existe una mayor necesidad de enseñanza reglada y formativa, y los grupos sociales que eligen, o se ven impelidos a hacerlo, trayectorias cortas de enseñanza y formación son zarandeados por la desregulación existente: idas y vueltas y pasos entre empleos precarios. Es significativo que las excepciones de las actividades en las edades más jóvenes –como trabajar frente a estudiar o formarse–, requieren de una atención preferente ya que están indicando aquellas personas y grupos que necesitan más apoyos. Ayudas que, por otra parte, deben evitar ser colonizadores de su mundo vital y de sus prácticas de aprendizaje. En ese sentido, las modalidades de transición obreras, desestructuradas, y, aún, precarias, requieren cuanto antes de orientación formativa comprensiva continuada, además de apoyos temporales económicos que vayan más allá de la mera subvención de la formación. El objetivo es capitalizarles y dotarles de recursos sociales y profesionales –legitimados con la calidad y el poder de lo público– en aquellas formaciones prelaborales y profesionales hacia las que muestren predisposición e interés y

profundicen en la línea de los Planes Ocupacionales, las Escuelas Taller y de Oficios, o los Planes de Garantía Social. Al mismo tiempo, deben facilitarse las pasarelas oportunas a los diferentes niveles, para aquellos chicos y chicas que pretendan reengancharse a la enseñanza reglada. Desde una dimensión correctora ejemplar, es clave dotar a estas enseñanzas y formaciones de una legitimidad pública vigorosa para que las posibles profesiones a desarrollar sean, a su nivel, valoradas y respetadas técnica y profesionalmente. No obstante, esto aún es insuficiente pues consagra la desigualdad social, afectando casi siempre a los mismos grupos sociales. En consecuencia, es prioritario actuar en las edades más tempranas y aún en la misma escuela, sin presuponer las inclinaciones escolares y formativas en todos los grupos sociales. Aunque no sea nuestro objetivo detenernos en ello, una labor comprensiva y de apoyos materiales debe ser contemplada desde la enseñanza primaria, hacia aquellos alumnos de grupos sociales en los que la escuela no es aún pensada como funcional para sus intereses y aspiraciones sociales.

La aproximación sucesiva es la modalidad mayoritaria de transición al empleo estable en los jóvenes. Aunque, en general, los niveles y logros formativos han aumentado en los últimos años, no es raro que algunos chicos y chicas hayan pasado desde tal situación –ya asumida socialmente– a trayectorias precarias e, incluso, desestructuradas. Es el problema de una aproximación que puede durar varios años, donde las posibilidades son desiguales y aparecen y desaparecen según coyunturas concretas; como las crisis económicas que impactan negativamente en el empleo. Además, cuando el cumplimiento de expectativas queda muy por debajo de lo imaginado, la frustración puede ser aún mayor. Tres grupos de acciones son necesarias para facilitar el movimiento con sentido en estas trayectorias: i) acentuar los procesos de orientación comprensiva formativa y profesional, subvencionando y apoyando los procesos formativos más allá del cubrimiento de gastos, de forma que todos tengan las mismas posibilidades más allá de las familias; ii) al mismo tiempo, debe haber un reequilibrio de los productos formativos, dotándoles con un marchamo de calidad; iii) finalmente, es necesaria una mayor regulación en el mercado de trabajo, en concreto cuando se accede al empleo, buscando el compromiso de los empleadores para una contratación más estable y controlada desde la perspectiva de los derechos.

La pujanza económica de los últimos años –antes de la “crisis” de 2008– y los conspicuos estilos de vida de los jóvenes, junto al ejercicio de la ciudadanía efectiva en la mayoría de los ámbitos vitales, han velado que la construcción de la emancipación y de los derechos sociales no estaría conseguida sin la presencia de todos ellos en su momento. Y, más aún, de la producción material a través del trabajo y el empleo, junto a la independencia residencial conseguida con la emancipación del hogar de origen. Un doble muro combinado frente a los jóvenes. Por tal causa, no es raro que muchos de ellos prefieran dilatar la emancipación esperando el cambio de situación. El problema es que en muchas ocasiones todo ha seguido igual y la autonomía se ha seguido postergando por tiempo indefinido.

Se demuestra, entonces, que la construcción semántica y significativa del mundo social no se puede dejar formar espontáneamente, pues ello equivale a dejarla en las manos más poderosas e influyentes. Desde el Estado social hay que coparticipar en la construcción de la realidad social mediante elementos comprensivos que contesten, por ejemplo, atribuciones infundadas sobre los jóvenes. Es cierto que algunos aúnan el empleo de calidad con variados apoyos desde el ámbito familiar, pero se trata de la menor parte. Por tanto, las medidas de acción señaladas respecto al empleo, deberían calibrarse con una panoplia de recursos de acceso a la vivienda según las edades y necesidades de los jóvenes. El resultado es que la emancipación se verá favorecida y con ella la formación de hogares independientes en su momento necesario. La combinación de medidas de alquiler, con otras de carácter intermedio, como el alquiler con derecho a compra, o con líneas de adquisición de vivienda en propiedad, debería estar contemplada. Al mismo tiempo, mientras que la juventud tenga la actual configuración, es preciso reconocer diferentes fases y actividades realizadas en ellas, en su construcción y su conformación social: estudio, formación y orientación, y emancipación.

CAPÍTULO 4

CAMBIO SOCIAL E INICIATIVAS VITALES EN LAS PERSONAS MAYORES

I. La recreación social de la vejez

Si los jóvenes encarnan el apoyo del Estado social en las diferentes adquisiciones que realizan para experimentar y vivir la juventud, y para adentrarse con garantías en la vida adulta donde tiene lugar la producción material de la sociedad, las personas mayores simbolizan la tensión social e institucional por la creación de políticas, medidas y servicios para vivenciar la vejez como una oportunidad, es decir, para mantener y mejorar las expectativas y realidades vitales tenidas a lo largo de la vida. La orientación que proponemos en este trabajo –de apoyarse en la comprensión para orientarse en la acción experta– y la misma investigación de la acción a través de los discursos y voces en los materiales empíricos cualitativos, nos interroga sobre las posibilidades y mejoras que puedan profundizar la recreación social de la vejez. Sin duda, este empeño se ve favorecido a partir de la democratización social y económica propiciada por el Estado social, que ha supuesto la prolongación de la vida y la novedosa irrupción de las personas mayores en la sociedad y en el ciclo vital. En efecto, las políticas desarrolladas por los Estados de bienestar, han ejercido una influencia importante en la organización biográfica, contribuyendo a parcelar de forma generalizada la vida de las personas en cuatro etapas claramente diferenciadas: la infancia, la juventud, la vida adulta y la ancianidad. Estos periodos condicionan las trayectorias individuales, fijando un calendario de transiciones vitales con pasos relativamente flexibles, pero también de horizontes temporales como objetivos hacia los que encaminar los trayectos a

lo largo de la vida¹. Pero esta influencia no es sólo de esta índole –afectando al conjunto de la estructura del ciclo vital y las relaciones entre las etapas del ciclo–, sino que también se delimita en cada periodo a través de las políticas, medidas y acciones que tratan de preservar o restituir las capacidades de las personas o grupos sociales que por alguna razón –social, económica o biológica–, hayan necesitado esos apoyos. O, sencillamente, para sentirse protegidos por esa malla de seguridad de la que poder echar mano en momentos concretos. Al abordar en esta investigación de tesis doctoral dos de esas etapas, juventud y vejez, como periodos caracterizados de ciertas políticas y acciones del Estado social, lo que intentamos es significar cómo las medidas proyectivas o correctoras están estructurando el mundo de la vida de las personas concernidas. Mas concretamente se pretende mostrar que tales acciones expertas interactúan y se relacionan con la acción social, en donde se están encarnando sus necesidades, cambios y adaptaciones sociales.

Esta primera aproximación, ya nos da idea de que las políticas sociales responden a concepciones, diseños y desarrollos explícitos, formulados por un conjunto de agentes a diversos niveles, que son implementadas para tratar de influir, de forma más concreta o más general, en el aumento del bienestar de las personas y grupos sociales. A nuestro juicio tanto para la concepción, el diseño y la aplicación de las políticas la investigación sociológica, el razonamiento sociológico es esencial. En un sistema social y económico en el que imperan las desigualdades, apenas contenidas por las políticas del Estado social, y en el que tales discriminaciones pueden reproducirse a partir de las mismas acciones expertas, resultará ilustrativo analizar tales políticas a la luz de uno de los periodos del ciclo vital y de uno de los grupos que, en principio, más “necesitan” del Estado social: la vejez y las personas mayores. Pero esa necesidad de apoyo no solo cristaliza en asegurar su independencia personal y social, o los efectos de las relaciones desiguales, económicas y de orden y poder, sino también en los mismos cambios sociales y familiares que trastocan las relaciones y equilibrios entre las fases vitales, resultando transformaciones que en el caso de las personas mayores –mujeres y hombres–, son de gran calado pues afectan al conjunto de sus vidas que precisan, como vamos a ver, de tales apoyos. En el contexto de la prolongación de la vida hasta edades muy avanzadas, la disminución de las capacidades físicas y a veces mentales, interroga de forma directa a medidas y actuaciones objetivas desde el Estado social que aseguren, hasta donde sea posible, la independencia de las personas mayores y de sus familiares. Pero lo que queremos remarcar es que las formas de vivir la vejez, y las maneras de desarrollar tales prestaciones sociales, no son ineluctables, pues no estando sujetas a la propia conformación biológica de la vida –como nacimiento, plenitud, declive y muerte–, sino que dependen tanto

¹ OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2008*. Barcelona: Fundació Caixa Catalunya. 2008. p. 27. Hemos añadido un cuarto periodo vital, la juventud, a los tres que consideran los autores del trabajo citado, al ser una etapa suficientemente significativa, prolongada y reconocible en la dinámica del ciclo vital en las sociedades occidentales. Ver el primer apartado del Capítulo 3 de este trabajo.

de la organización social como de la libertad relativa que tienen las propias personas mayores para asumir sus vidas. Por un lado, sería inconsistente que la construcción social de la vejez ignore que la materia prima del curso vital es biológica, pero también lo sería desconocer que en el envejecimiento hay una interdependencia de procesos fisiológicos, psicológicos, sociales y culturales, cuyo resultado –antes que con la edad cronológica– tiene que ver con las posiciones, los roles asignados y conseguidos, que están entrecruzados con las características y estratificaciones generacionales². Si la sociedad puede definir las atribuciones y responsabilidades de la vejez en un momento histórico, más allá de los elementos fisiológicos, eso significa que las personas mayores tienen mucho que manifestar al respecto en la conformación de la vejez, y, como tal, también querrán decir y hacer cómo quieren ser tratadas por el Estado social, qué políticas sociales precisan. En ese sentido, para la delimitación de un espacio de unión entre la investigación sociológica comprensiva, –y de otras exploraciones que ilustren a ésta–, y la acción o desempeño de programas y servicios, resulta conveniente volver a escuchar a las personas mayores. Con ello se busca afinar una acción social proyectada –ASP– que responda al objetivo de mantener y, si cabe, aumentar los niveles de bienestar, pero también sus capacidades sociales para ser sujetos activos en la definición personal y social de sus propias vidas.

Es notorio, que con cierta frecuencia la concepción fisiológica que asimila el declive físico al declive social, sigue instalada en la sociedad y también entre algunas personas mayores. A pesar del reconocible avance efectuado en los últimos años, como resultado de los mismos procesos de racionalidad y de acción social, tales marcos reductores siguen orientando algunas políticas y acciones, confirmando a la vejez como un colectivo protegido y asistido, pero que tendría poco que decir sobre la definición de su vida y sobre la estructuración ejercida en ella por parte de los dispositivos de bienestar. Si el declive y la dependencia física no pueden ser las únicas condiciones que sirvan para categorizar al conjunto de las personas mayores, será menester no asimilarlas a meras receptoras pasivas de servicios que esperan las acciones y colonizaciones vitales, de parte de la acción sistémica de las medidas de bienestar. Y, sin embargo, desde una postura de defensa crítica del Estado social, es reconocible la dificultad de este empeño, pues existe la necesidad de disponer de una panoplia de ayudas, prestaciones y servicios hacia las personas mayores. Pero, sobre todo, se trataría de que incidan en relaciones e interacciones que ayuden a prolongar y asegurar la independencia vital y social, que es, además, la situación más deseable y valorada por ellos. Al mismo tiempo, deben diseñarse políticas sociales lo suficientemente versátiles para ir adaptando sus servicios y prestaciones a las necesidades de la evolución de los apoyos en el transcurso de la vejez, retrasando la dependencia física y social, y seguir considerando su

² M. LEVET-GAUTRAT. “Ciclo de vida y envejecimiento”, en: FUNDACIÓN LA CAIXA. *Cooperación intergeneracional*. Barcelona: Fundación la Caixa. 1994. p. 38. Ver también, M. DIAZ CASANOVA. “Envejecimiento de la población y conflictos entre generaciones”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas* núm. 45. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1989. p. 86.

relevancia psicológica y social para aquellas personas que sigan disponiendo de sus capacidades mentales. En conclusión, un colectivo caracterizado en sus relaciones con el Estado social por ser el que puede necesitar más diversidad y amplitud de políticas, servicios y prestaciones, no debe resultar engullido por ellas como receptor objeto que confirmen una dependencia social; y, al contrario, que sirvan para apoyar su autonomía y consideración social, como condición ineludible para la búsqueda de nuevos roles sustantivos que jugar en nuestra sociedad. Cuando nos referimos a –auto– consideración social entendemos la capacidad manifiesta de los sujetos sociales de expresar distancia y autonomía en lugar de conformidad o satisfacción de las expectativas de los demás, que es a lo que responde la autoestima. Deriva de la validación que el sí mismo puede experimentar cuando se convierte en algo con lo que es menester contar –incluso, aunque no sea aprobado por los demás–, convalidando de este modo su autonomía³.

Nuestra orientación de partida se apoya en la convergencia entre las teorías del ciclo vital y las generaciones, reconociendo que si bien el presente está influido por el pasado, la vejez actual –a partir de los avances sociales protagonizados por el Estado social–, podría y puede ser vivida como una oportunidad, siempre que se cuente con las capacidades que las personas mayores puedan desarrollar, entre las que se cuentan sus mismos bagajes generacionales. Para ello, es importante la incorporación del contenido comprensivo y conceptual en uso sobre la ASP, que siempre tiene en su horizonte la relación e interacción entre acción social y acción experta. En ese sentido, se trata de volver a releer los textos discursivos producidos para investigaciones sociológicas comprensivas sobre las personas mayores. Como hemos señalado, ese metanivel analítico presupone que donde hay elementos y estructuras comprensivas del mundo de la vida de las personas participantes, –que representan un macrocosmos social–, también existen preceptos de acción con sentido. Y que en el contexto del crecimiento y reconocimiento del Estado social, ambos núcleos de interés – acción social y acción experta–, vinculados y entrecruzados, aportan herramientas suficientes para abrir y desarrollar un ámbito de reflexión realizativo, que debe ayudar a forjar un espacio de entendimiento entre la reflexión y la acción. Se trata, por tanto, de ajustar y afinar, en este caso, las características principales de una intervención y acción experta hacia las personas mayores, sabiendo que los utillajes y herramientas para armar una buena ASP deben ser diversos, tal como lo intentamos ejemplificar aquí. Nos proponemos por tanto no solo escuchar los discursos de las personas mayores, sino también realizar una segunda lectura de los enunciados para ver qué acción plantear y desarrollar hacia las propias personas mayores. Es un proceso de investigación de la acción media resultante –contrastada en el contexto conversacional y discursivo amplio–, donde se exponen, matizan y alternan diferentes ideas y prácticas, y que también es calibrada con el contexto existencial de las personas participantes y con el contexto social –autorreferente– de los analistas.

³ Ver al respecto, A. GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental...* p. 200.

Los seis grupos de discusión de los que nos vamos a servir datan de dos épocas diferentes, 1995 y 2005, y, en complemento con otros abordajes y técnicas cuantitativas, fueron originalmente diseñados y celebrados para dos investigaciones sociológicas sobre personas mayores, en las que participamos, en el ámbito local y regional, respectivamente⁴. Recordamos que del primer estudio utilizamos dos grupos, uno compuesto por mujeres y otro por hombres, y del segundo cuatro, tres de ellos de participación mixta y un último grupo formado por mujeres mayores de 69 años que vivían solas, pues a causa de su acrecentada relevancia numérica se trataba de advertir lo mejor posible sus necesidades sociales, así como las características materiales y morales de sus demandas explícitas o implícitas de acción. Al utilizar dos oleadas de textos discursivos distanciados por una década, queremos señalar las diferencias entre las mismas personas mayores que tienen componentes generacionales distados, resultando, por ejemplo, diversas capacidades de versatilidad y adaptación a los cambios sociales y familiares. Al mismo tiempo, pretendemos también observar la posible evolución de su opinión sobre los servicios y acciones de bienestar, una vez que fueron tomando cuerpo y diversificándose en el marco de un Estado de bienestar en España. Es notorio, como vamos a ver, que la interacción de sus políticas y acciones con las propias iniciativas de las personas mayores, está creando un marco activo novedoso por comparación a hace unos años. Tales innovaciones conceptuales y realizativas tratan de recomponer y redefinir el papel de las personas mayores en la sociedad.

Como en el caso de los jóvenes en el capítulo anterior, al abordar lo que podríamos denominar de forma genérica las necesidades de las personas mayores sobre la acción, no pretendemos hacer un recorrido por todas y cada una de las políticas, medidas, servicios, programas y prestaciones. Estas son innumerables y muy diversas y van desde la ayuda a domicilio hasta los centros de personas mayores, pasando, por ejemplo, por los centros de día; por no hablar del conjunto de derechos y prestaciones que se están intentado desarrollar y plasmar con la Ley de la Dependencia⁵. Lo que aquí queremos, es hacer mención a esas prestaciones y actividades de bienestar y a los sentidos y significación en la estructuración de su vida cotidiana, de las novedosas posibilidades que les aportan y, en qué sentido –si cabe–, necesitarían ser adaptadas para servir a sus pretensiones de autonomía social, constatadas en

⁴ M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés. La generación de la inmigración*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1995. pp. 41-42 y 203, respectivamente. Ver también, J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias...* p. 20. Para una información detallada y justificada sobre el diseño metodológico de este trabajo, la selección de técnicas empleadas y la composición de los grupos de discusión, ir al Anexo Metodológico, al final del informe. Recordamos que ambas investigaciones fueron publicadas en 1995 y 2005, respectivamente, y a partir de tales años serán identificados, más adelante, los grupos de discusión realizados.

⁵ R. DÍAZ; R. HERRANZ; A. MADRIGAL; M. FERNÁNDEZ. “Servicios Sociales para las Personas Mayores en España. Enero 2008”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. p. 331 y ss.

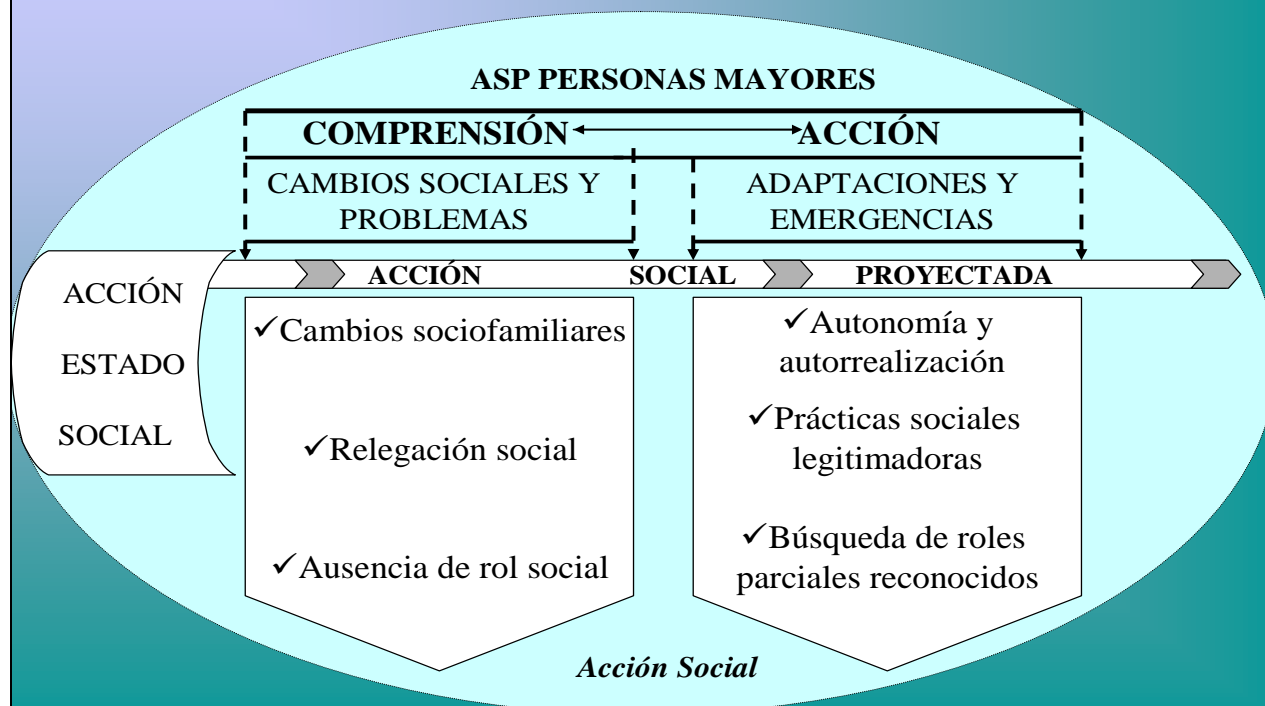
los materiales empíricos de diversas investigaciones⁶. Mediante el análisis de ámbitos clave de sus vidas –significados en los discursos y narraciones–, podremos comprobar, en primer lugar, el impacto en sus vidas de los cambios familiares y sociales que más directamente les afectan, y, en ese sentido, orientaremos nuestra mirada a discernir lo que pueden ayudar las medidas de bienestar en la adaptación y abordaje de tales transformaciones en sus vidas. La ASP puede encauzar mediante la implantación y mejor adecuación de los servicios, apoyos y protecciones que hasta hace unos años, aún en 1995, les proporcionaban sus familias y más concretamente las mujeres. En cualquier caso, es relevante también que las actuaciones expertas ayuden a contrastar y armonizar los valores vividos generacionalmente –sustentados en el curso vital durante la etapa adulta–, con aquellos otros que imperan en el presente de su vejez, y que están en la base de los cambios sustitutivos de la reciprocidad familiar por los servicios del Estado social. En ese sentido, advertiremos un contraste entre dos polos discursivos cuyas mayores diferencias estriban en las capacidades de adaptación y comprensión ante tales mudanzas.

En segundo lugar vamos a ver como, al hilo de los cambios de género habidos desde hace casi tres décadas, sugeridos también en diversas investigaciones, y por la misma influencia de las actividades del Estado social en sus vidas, las personas mayores han ido produciendo innovaciones vitales, aún emergentes, en las prácticas sociales cotidianas de carácter público. Esto, siendo novedoso en el caso de los hombres, pues ha ampliado su geografía vital activa, lo es mucho más en el caso de las mujeres de esas generaciones, cuyos componentes de género nos hablan de un rol casi en exclusiva adscrito al mundo interno familiar, incluyendo como algo fundamental la socialización de la infancia. Asimismo, veremos la relevancia de actividades y medidas proactivas que están apoyando su llegada al mundo social diverso, por contraste con otras de corte paternalista que llevan implícitas propuestas de relegación compasiva en sus espacios y lugares homogéneos.

El tercer y último ámbito clave que vamos a observar se refiere propiamente a las actividades de las personas mayores para el encuentro de un rol social global que jugar. Apercibiéndose de la pérdida de sentido de la vejez en nuestra sociedad, las personas mayores han emprendido –mediante acciones hasta cierto punto deslavazadas–, diversas iniciativas con el fin de mostrarse funcionales y útiles al resto de la sociedad. Pretenden, con ello, aproximarse a un estatus reconocido en un complejo de responsabilidades y posibilidades sociales. Es ineludible entonces, al igual que, por ejemplo, se hace con los jóvenes, tratar de seguir implantando aquellos recursos que les permitan el desarrollo de estas capacidades.

⁶ Ver a este respecto, L. PÉREZ ORTÍZ. *La estructura social de la vejez en España. Viejas y nuevas formas de envejecer*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2006. p. 20. Ver también, J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias...* p. 150, y M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés...* p. 101.

4. COMPRENSIÓN Y ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA HACIA LAS PERSONAS MAYORES. INFLUENCIAS DEL ESTADO SOCIAL



Al abordar este haz tripartito de ámbitos clave para la explicación y conceptualización de la acción necesaria, mantendremos formas explícitas de mirar apoyadas en las aportaciones de la sociología de las generaciones, siempre en confluencia con la sociología de las clases de edad. A su vez, ambas se encuentran en estrecha vinculación con las teorías de la corriente psicológica del ciclo vital y del desarrollo humano⁷. La idea de que las personas coetáneas envejecen colectiva y socialmente vinculadas –como generaciones–, convive y conecta muy directamente con la concepción de que cada época de la vida –como la misma vejez–, se construye socialmente a partir de una continua y diferenciada socialización. Como intentaremos demostrar, estos enfoques informan y transforman la geografía de las prácticas expertas de las políticas sociales, en la medida que deben contar con el contraste entre el aporte generacional de las personas mayores, en relación a las otras generaciones, y desde ahí

⁷ Sobre generación ver la aportación clásica de K. MANNHEIM. “El problema de las generaciones”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 193 y ss. Sobre vejez bajo el enfoque del desarrollo humano ver, por ejemplo, J. M. ARAGÓ. “Aspectos psicosociales de la senectud”, en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. p. 289 y ss.

desarrollar acciones que faciliten nuevas adquisiciones en el, cada vez más dilatado, tiempo de la vejez.

Al adentrarnos en estos dos bloques conceptuales –edades y generaciones– no sólo se busca una diversidad de miradas sobre la cuestión de la vejez, sino también explorar dimensiones que faciliten relaciones más dinámicas y más libres de estereotipos. En consecuencia, esto debe tener repercusiones inmediatas –como de hecho ocurre desde hace años– en el tratamiento conceptual y práctico de la ASP dirigida a ellas. El planteamiento general de que cada vejez es diferente, a causa de los elementos generacionales adquiridos en el tiempo de socialización fundacional privilegiada de cada generación, coexiste con la visión de cada etapa del ciclo como un periodo de adquisiciones. Una acción cabal, en ese sentido, debe incorporar en su dinámica la tensión entre el tiempo generacional y el tiempo presente del periodo de la vejez.

Comenzando por la acepción sociológica de generación –por contraste con su acepción de filiación, o con la histórica o la demográfica–, se refiere a un conjunto de personas que tienen más o menos la misma edad, pero cuya principal identificación estriba en experiencias históricas compartidas, a partir de las que se han formado una visión del mundo común⁸. Nos encontramos, entonces, ante un enfoque comprensivo que advierte de la importancia de la contemporaneidad a la hora de recibir influencias similares y de sostener opiniones aproximadas; pero también, con una afectación similar de los tiempos interiores de las vivencias, que les une entre ellos y les diferencia de otras generaciones. Aunque el tiempo presente condensa y hace confluir a todas las generaciones presentes en la sociedad, ésta se revela como una polifonía de experiencias históricas diferenciadas según cada uno de esos estratos generacionales. Ello abre el camino para la captación del tiempo interno específico de cada una, y en concreto de aquellas que se encuentran en la vejez. Comprender el tiempo de la vida para cada generación se muestra como una información relevante para el análisis de la acción necesaria. Y, además, esto lo unimos a los acontecimientos sociopersonales vividos por las personas que las forman –migraciones, educación, formación y ocupaciones, entre otros–, y que han ido conformando su trayectoria social, tendremos un buen caldo de cultivo comprensivo⁹. En correspondencia con nuestro interés por componer y desarrollar una ASP que vaya dirigida a sujetos sociales –y no tanto a individuos ensimismados y aislados–, el concepto de generación es muy similar al de clase social, en la que es ineludible que las posiciones, roles y estructuras psicológicas sean pensados como parte de tales sujetos sociales. Ello se muestra especialmente fructífero y a considerar, en la medida que nos informa de personas y grupos sociales influenciados no sólo por su voluntad, sino también por condiciones que están roturando su vida cotidiana. Bien es cierto, que no se trata de sucumbir

⁸ Cfr., C. ATTÍAS-DONFUT. “Sociología de las generaciones”, en: Fundación La Caixa. *Cooperación intergeneracional*. Barcelona: Fundación La Caixa. 1994. p. 46.

⁹ K. MANNHEIM. *El problema de las generaciones...* pp. 199 y 200. Ver también, I. SANCHEZ DE LA YNCERA. “La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de k. Mannheim”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. p. 154.

ante tales regulaciones sino tenerlas en cuenta a la hora de la proyección e implementación de medidas. En ese sentido, al igual que se pertenece a una clase social, también se está sujeto a una generación no por propia elección, sino porque el destino vital de cada uno está vinculado a un grupo generacional concreto. De hecho, las personas o grupos sociales coetáneos y participantes no tienen por qué ser conscientes que lo están conformando, ni su pertenencia tiene que estar basada en una adhesión elegida. Sólo cuando se hace explícita y voluntaria, se puede decir que se está articulando un grupo generacional específico. Asimismo, la posición de una generación, entre las restantes, está determinada por el sentido de las relaciones que se van entablando con otras presentes en la sociedad y que, a su vez, influyen en la posición de las personas y grupos que la componen. Y al igual que la posición de clase, la posición ocupada por cada generación es difícil de ser cambiada y, en todo caso, existen tendencias ascendentes o descendentes de movilidad social en las personas componentes¹⁰. Por lo tanto, el conjunto de la estructura social es un agregado de sucesivas generaciones coexistentes que van progresivamente envejeciendo y renovándose sin poder confundirse, y que van pasando por los periodos continuados del ciclo vital. Pensado, desde una perspectiva histórica, se asegura la entrada de nuevas unidades vitales portadoras de cultura que van sustituyendo a las antiguas, asegurando un cierto grado de renovación y cambio social que no tiene por qué impedir una buena convivencia intergeneracional¹¹. En conclusión, tanto en lo individual como en lo colectivo, hay clases de edad correspondientes a los periodos del curso vital, como una visión sincrónica, y también hay generaciones sucesivas, que se ajustan a una visión diacrónica. Las personas mayores de nuestro análisis han ido cambiando de clase de edad a lo largo de la vida pero, sin embargo, siempre han pertenecido a la misma generación¹².

De esta forma, se proyectan dos unidades de análisis posibles en la vejez, y ambas son susceptibles de ser extendidas hasta el mismo análisis de la acción experta, con el fin de ser aplicadas y desarrolladas en los potenciales programas hacia las personas mayores. Una es transversal, referente al periodo vital y a las clases de edad, y a través de ella además de poder indagar en comparaciones y posibles concurrencias con otras unidades vitales –como por ejemplo la juventud–, se podrá ver cómo la vejez supone en la actualidad nuevas conductas y socializaciones, y nuevos procesos de adquisición que se derivan de las posibilidades actuales de la sociedad, muchas de ellas originarias del Estado social. El otro foco analítico implica tener en cuenta la visión longitudinal, y con ella se trata de poner en marcha los componentes generacionales asociados a la vejez, analizados en los grupos de discusión. Aunque los elementos generacionales más relevantes se pondrán en práctica después, en el curso del análisis discursivo de la acción, con el fin visibilizarlos podemos nombrarlos, como una

¹⁰ P. BOURDIEU. *La distinción...* p. 99 y ss. y L. CACHÓN. *¿Movilidad social o trayectorias de clase?...* p. 539 y ss.

¹¹ I. SANCHEZ DE LA YNCERA. *La sociología ante el problema generacional...* p. 160 y ss.

¹² E. GIL CALVO. “Participación laboral de la mujer, natalidad y tamaño de las cohortes”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 47. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1989. p. 139 y ss.

aproximación generacional inicial de las actuales personas mayores. En ese sentido, hablamos de la generación de la postguerra, sobre todo, y también de la generación de los años cincuenta, del nacimiento de muchas de las personas mayores en zonas rurales o semirurales, de las migraciones a las zonas urbanas o industriales, de niveles de estudios relativamente bajos, de ocupaciones de carácter manual no cualificadas o semicualificadas, la mayoría de ellas situadas en el sector industrial, y de unas ideas religiosas que se incardinan, fundamentalmente, tanto en un catolicismo practicante como no practicante¹³.

La visión sincrónica de las personas mayores que pondremos en liza en el análisis, se refiere a la perspectiva psicológica de los cursos o ciclos de vida, en unión de la sociología de las clases de edad. Así, la idea fundamental es que el envejecimiento humano es un proceso de continua evolución psicológica y social a lo largo de la vida, y si bien se producen disminuciones físicas evidentes ello no impide un continuo cambio y adaptación a las nuevas situaciones¹⁴. Mucho más en una sociedad como la actual en que estas transformaciones e innovaciones se constituyen como un valor en sí mismo. La vieja psicología cognitiva entendía el curso de la vida como una campana convexa en la que había un primer ramal ascendente –infancia, pubertad y adolescencia–, después una etapa de vitalidad plenamente desarrollada y madura –juventud y primera adultez–, y, finalmente, un continuo e irreversible proceso de declive –adultez madura y la progresión de la vejez–. Es decir, se aportaba una visión en la que la construcción social y psicológica se supeditaba totalmente a lo biológico¹⁵. Sin embargo, el curso de la vida es una sucesión de periodos regulados sobre todo socialmente, pues a partir de la edad se asignan relaciones y posiciones interdependientes que al mismo tiempo están institucionalizadas. En nuestro caso las personas que se encuentran en la etapa de la vejez, además de ser padres y madres, abuelos y abuelas –con sus obligaciones y derechos como tales–, son personas mayores que tienen derechos y deberes, objetivos y recursos, expectativas y oportunidades, medios y fines, y posiciones y roles que jugar. En suma, se trata de un proceso de socialización continuada con un crecimiento sostenido que es relativamente independiente del paso físico del tiempo, en el que los factores ambientales, psicológicos o sociales llegan a ser muy importantes en el envejecimiento y en las formas de salud y enfermedad¹⁶. Desde la perspectiva del ciclo vital, la vejez es una fase evolutiva más, en la que se producen algunas desvinculaciones pero también nuevos lazos selectivos de las personas mayores, y donde la edad solo tiene una función referencial que además es bastante flexible. Se entiende, que a partir de las construcciones sociales específicas elaboradas sobre

¹³ E. GIL CALVO. *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez...* p. 116 y ss. M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés...* p. 53 y ss.

¹⁴ M. DIAZ CASANOVA. *Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones...* p. 87

¹⁵ E. GIL CALVO. “La emancipación de los ancianos”, en: L. MORENO; M. PÉREZ IRUELA (Comps.). *Política social y Estado de bienestar*. Madrid: Ministerio de Asuntos sociales. 1992. p. 209.

¹⁶ F. LOPEZ. “Identidad sexual y de género en la vida adulta y vejez”, en: J. FERNÁNDEZ (coord.). *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*. Madrid: Pirámide. 1988. p. 72 y ss. Ver también, A. BLANCO ABARCA. “Factores psicosociales de la vida adulta”, en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. p. 246.

la vejez, acaban por generarse las expectativas que se tienen sobre ella y, desde luego, las imágenes y opiniones que las personas mayores tienen de sí mismas. En ese sentido, ya hace tiempo que las investigaciones menos artificiosas y más ceñidas a la misma escucha de la vejez, han entendido la vida de las personas mayores de forma más enriquecedora y plural. Así, el declive intelectual y psicológico no parece estar asociado al envejecimiento, pues ciertos aspectos de la inteligencia nunca cesan de aumentar: parece haber un leve y progresivo decrecimiento de la *inteligencia fluida*, asociada a aprendizajes espontáneos en la vida, pero un incremento continuado de la *inteligencia cristalizada*, derivada de procesos intencionales de enseñanza y aculturación¹⁷. Por otro lado, si en las personas de edades más avanzadas hay más dificultades ante tareas que exigen una alta atención, flexibilidad mental o ante nuevos procesos de reorganización vital, bien es cierto que el interés y conocimiento de una persona sobre un tema en concreto, se muestra fundamental para valorar y recordar algo del pasado o resolver un problema en el presente. También, los modos de evaluación de la inteligencia, de la atención, de la memoria o de la reorganización emergente, deben ser realizados en situaciones de la vida cotidiana y no con dispositivos artificiosos formales, donde los procesos no cognitivos —como la motivación, la ansiedad o la precaución—, suelen tener una influencia negativa determinante y contribuyen muy poco a la búsqueda de nuevos espacios y relaciones en las personas mayores¹⁸.

Se comprende, entonces, que la proyección social de imágenes deficitarias sobre la vejez no tiene bases sólidas en las que sustentarse, mucho más cuando en esta etapa de la vida tienden a flexibilizarse los roles de género, tan tipificados en la etapa adulta en estas generaciones. Desde la perspectiva de la ASP, lo importante a considerar es que tal visión no deficitaria de la vejez, aunque está cada vez más implantada en las acciones, programas y medidas de bienestar —o sanitarias—, dista mucho de figurar como una situación homogénea. Es cierto que, en general, existe un proceso de sensibilización sobre la necesidad de los cuidados y atención respetuosa a la vejez, pero, como vamos a poder advertir, esta protección se enmarca más en un proceso de acompañamiento amable que termina religando la capacidad social y psicológica de la vejez a la evolución del imponderable fisiológico. La conceptualización y desempeño de las múltiples acciones y servicios que interactiva y materialmente se dirigen a ella, pierden la oportunidad de apoyar procesos de autonomía y valoración que, al mismo tiempo que colaboren a la adquisición de una identidad social, faciliten y den pie a las contribuciones de una parte tan importante de la sociedad, desde la perspectiva de la sabiduría

¹⁷ J. PALACIOS; A. MARCHESI. “Inteligencia y memoria en el proceso de envejecimiento”, en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. p. 266.

¹⁸ M. AVIA ARANDA; J. MARTÍN CORDERO. “Cambio y continuidad en la personalidad”, en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991.

vital, de la gestión de las emociones y la experiencia del mundo de la vida¹⁹. Vamos entonces, a través de ámbitos sociales que son clave de bóveda en sus vidas, a desentrañar cómo las personas mayores han ido planteándose las innovaciones sociales encontradas al llegar a la vejez, y cómo están intentando resolver los problemas derivados de tales mudanzas sociales. Las tres esferas implican a las relaciones familiares, a la ocupación del mundo social público y al estatus y consideración social de los mayores en la sociedad. No obstante, como se podrá pensar son interdependientes en la medida que su evolución, la adaptación provocada en las personas mayores y el efecto producido en la sociedad no se podría entender en la ausencia conectiva entre ellas.

II. Cambios sociales y familiares

Al explorar y analizar los textos discursivos de los grupos de discusión utilizados para este capítulo, se observaba que una de las informaciones más relevantes encontradas en tal información cualitativa se refería a las consecuencias de los cambios familiares acontecidos en los últimos lustros, pero también a las adaptaciones e iniciativas que han realizado las personas mayores. Es decir, además de constatar algo que es perceptible en la materialidad de la vida cotidiana, se estaban expresando y articulando formas de reorganización vital, desarrollos y salidas posibles ante tales transformaciones. Por un lado, las personas mayores han debido afrontar los cambios sucedidos en el seno de los otros periodos del ciclo vital o, lo que es lo mismo, en sus propias familias. Así, es elocuente que cuando la vejez mira a sus descendientes, se encuentra con un panorama muy distinto al que ellos conformaron y vivieron. Por ejemplo, el descenso numérico de la infancia o el alargamiento temporal de la juventud, tienen para ellas unas implicaciones sólo indirectas, por más que en no pocas ocasiones, discrepen sobre las formas de educación y permisividad social hacia las generaciones más jóvenes. Sin embargo, otras mudanzas de la vida adulta sí les afectan de inmediato. Hablamos de la creciente y novedosa inestabilidad en las relaciones personales que induce a nuevas formas de familia y convivencia, que poco tiene que ver con lo que ellos conocieron y protagonizaron. Los matrimonios y uniones trabados por las personas mayores eran permanentes e implicaban un compromiso contraído para toda la vida. Estaba cimentado en una clara responsabilidad moral de los cónyuges hacia un proyecto a largo plazo, y vinculado con el apoyo recíproco pero, sobre todo, con la crianza, educación e integración social de los hijos. El correlato era que los empleos, más allá de su cualificación o dureza, eran muy estables, y permitían una continua permanencia espacial y temporal allí donde existían oportunidades laborales. A diferencia de esto, las familias de los actuales adultos, las

¹⁹ B. PASCUAL. “El ciclo vital y sus etapas. Problemáticas asociadas a los grupos de edad”, R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. p. 171.

de sus hijos, están constituidas por relaciones menos durables, o al menos los presupuestos son totalmente diferentes²⁰. Así, el aumento de las separaciones y divorcios, junto a las diferentes maneras de relacionarse y a las variadas formas de convivencia, suponen una pluralidad de formas de familia y composición de los hogares. Como ya es conocido, además de las familias nucleares con y sin descendencia, encontramos familias monoparentales –sobre todo de madre sola–, hogares formados por parejas de hecho con y sin hijos, familias reconstituidas después de la separación o divorcio –más en el caso de los varones–, y hogares unipersonales; entre otras formas, cuyo criterio de constitución no tiene por que ser la parentalidad o las relaciones de pareja. Pero, además de esta diversidad, en las últimas décadas nos encontramos con una creciente heterogeneidad en el alcance del cambio de los roles de género, así como en el reparto del trabajo remunerado y no remunerado entre los miembros de la familia. Sin embargo, tal incorporación al empleo por parte de las mujeres sigue siendo inferior en España al resto de los países de la Unión Europea, y de ello da una idea el que –comparativamente–, sea menos de la mitad el número de hogares en los que ambos padres están trabajando²¹. En cualquier caso, estos factores, junto con la creciente inestabilidad laboral que obliga a cambios de empleo y lugar de trabajo, han sido suficientes para que se diera una ruptura material y simbólica de los compromisos implícitos esperados en la cadena de cuidados, desde los que, hasta hace no mucho, las generaciones descendientes atendían en la vejez a los descendientes.

Las transformaciones sociales y familiares tienen una manifestación diáfana en las interacciones de los grupos de discusión. En estas conversaciones analizadas, se advierte una contraposición entre las familias más y menos tradicionales. Es decir, entre las que representan sus familias y las familias de los adultos actuales, como sus hijos, que se encuentran en el centro geográfico del ciclo vital. Ello supone el dibujo de dos modelos bien reconocibles: el de los mayores, más cerrado pero con obligaciones y derechos de edad y sexo meridianamente establecidos –en una sociedad más tradicional y autoritaria– y el de las generaciones posteriores, más plural y fragmentado y ya sólo reconocible en una diversidad de formas familiares. En la base de tales cambios se encuentra la transformación radical de los supuestos sobre los que se apoyaban, hasta apenas un cuarto de siglo, tanto las clases de edad como los roles y diferencias de género. Ese modelo de familia, hoy claramente en transición, se responsabiliza del cuidado de sus miembros, jugando el Estado de bienestar un papel secundario. Y esto se traduce en el compromiso del cuidado y atención a la vejez. Dentro de las diferencias y división de roles de sexo y género, son las mujeres quienes han debido asumir la tarea de atender a los mayores, padres y “padres políticos”, subordinando su derecho de autorrealización personal a las necesidades de la institución familiar. De esta forma, a pesar de las ralentizaciones mencionadas, parece que asistimos al paso que va de una

²⁰ E. GIL CALVO. *Nacidos para cambiar. Como construimos nuestras biografías*. Madrid: Taurus. 2001. p. 158 y ss.

²¹ G. MEIL. *Padres e hijos en la España actual*. Barcelona: Fundación La Caixa. 2006. p. 17 y ss.

sociedad de familias a una sociedad de individuos, en la que cada persona puede intentar, al menos, hacer efectivas sus elecciones vitales²². La paradoja es que el acceso de las mujeres al empleo las está obligando a “doblar” y a “triplicarse”: trabajando, cuidando a los otros e intentando vivir su propia vida. Por tanto, los mencionados cambios deben ser matizados, puesto que en muchos sentidos aún nos encontramos en una sociedad “familiarista” típica de las sociedades mediterráneas del sur de Europa, que sigue conservando un importante papel, aunque también el Estado de bienestar vaya asumiendo algunos de los cometidos que en otro tiempo estaban plenamente encomendados a la familia²³.

La cuestión ahora es intentar analizar cómo han impactado estos cambios en la vejez y, algo muy importante, cómo se devuelven a sus familias –a sus hijos e hijas– y a la sociedad. Se entiende que en la medida que sepamos comprender su reconstrucción creativa ante estas transformaciones de gran calado, llegaremos a acceder a las cualidades y necesidades de acción desde el Estado social y la ASP. Así, siendo consecuentes con la visión generacional, proponemos una mirada desde la perspectiva de la vejez, y no tanto desde el curso central de la vida. Lo observado a través del análisis discursivo, confirma que gran parte de los logros de las personas mayores en la vida social se deben, precisamente, a las relaciones familiares: primero adaptándose y queriendo comprender qué es lo que estaba pasando; después, haciéndose necesarias y oportunas para sus descendientes; y, tercero, intentando conseguir, a través de estas prácticas, un mayor prestigio como colectivo social identificado²⁴. Esta mirada figurada y paradójica es útil en la medida que nos da la oportunidad de repensar a la familia como institución sólida y dúctil, en la que se manifiesta el pluralismo de intereses individuales –característica de la sociedad de individuos–, los derechos y deberes diferenciados de cada una de las personas que la componen, y, finalmente, cómo termina afectando esto a la vejez²⁵.

Para las personas mayores, todos estos cambios suponen repercusiones directas en sus vidas, provocando una reacción polarizada hacia dos posturas discursivas claramente diferenciadas. La primera, se articula a partir de un discurso defensivo sedimentado en la pensada ausencia de reciprocidad de la sociedad hacia los mayores, y, por ende, de los hijos hacia los padres. Cuesta comprender las para ellos confusas mudanzas que están ocurriendo en los últimos años. Están dolidos por la ruptura –real o simbólica– de las obligaciones anteriormente contraídas por la familia y la sociedad hacia la vejez, y esto terminan relacionándolo con la disminución, o desaparición, del respeto social, en general, y hacia la vejez, en particular. En este segmento de las personas mayores hay una concepción de familia más rígida, producto de una sociedad más tradicional y autoritaria, que termina por chocar

²² E. GIL CALVO. “La estrategia progenitora”, en: L. GARRIDO; E. GIL CALVO (eds.). *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial. 1997. p. 193 y ss.

²³ M. FERRERA. *Los Estados del bienestar del sur en la Europa social...* p. 87 y ss. Ver también, ESPING-ANDERSEN, G. *Towards the good society...* p. 16 y ss.

²⁴ M. ARENAS. “Familia y sociedad: mirar y ser mirado desde la vejez”, en: *ÁBACO. Revista de cultura y ciencias sociales*, núm. 29-30. Gijón. 2001. p. 96.

²⁵ P. DONATI. *Manual de sociología de la familia...* p. 31.

frontalmente con algunas de las prácticas de las familias actuales formadas por sus descendientes. En última instancia, la resistencia a los cambios y el conflicto provocado entre esa concepción y la realidad presente, es lo que termina manifestándose en el discurso de ese polo más regresivo. Por el contrario, en la segunda postura mantenida, aunque sus causas y fundamentos son parecidos a los de la primera, sus implicaciones en la conformación emocional de la vida cotidiana difieren notablemente. Pues, si bien, se trata del mismo sector social, con una trayectoria vital similar, y experiencias generacionales comparables con respecto a la familia y a su ubicación en el espacio social autoritario de la dictadura franquista²⁶, el resultado es diferente, ya que se intentan aceptar y asimilar los cambios familiares y sociales que se han venido produciendo. Los términos del debate entre las dos concepciones, más tradicional o más progresiva, se expresan a partir de diversos contenidos: si por un lado el modelo más homogéneo de familia está desapareciendo, con las crisis referencial y de valores que ello supone para algunas personas mayores, para otras, más pragmáticas con la realidad vivida, no se puede hablar de una sola familia y, en todo caso, el cambio desde la familia tradicional hasta otros modelos no haría mas que reconocer, una realidad anterior ya existente:

“– La familia se ha destrozao – ¿Pero quien? – Quien haya sido, se ha destrozao, es un hecho. En este momento la familia que existía anteriormente no existe – ¿Dónde existió que ahora no existe?, ¿Dígame cual? – La familia – Pero como familia, yo he conocido miles de familias que vivían el marido y la mujer y tenía una amante el marido, pues ahora lo que hacen ye divorciarse” (grupo de discusión número 2, año 2005, página 23). En adelante: (GD2/05, 23)²⁷.

Para el polo más progresivo no es tanto que se aprueben o comprendan en profundidad las transformaciones señaladas –que también ocurre–, como el propósito de aceptarlas, asumirlas e incluso terminar por defenderlas. Bien es cierto, que surgen fuertes incertidumbres al respecto, y no se comparten algunas de las formas de relación personal de índole afectiva en las que están involucradas las generaciones posteriores de adultos y jóvenes, es decir, las que de nuevo encarnan sus hijos y nietos. Esta diferencia entre ambas concepciones respecto a los cambios familiares, y la consiguiente situación resultante para las personas mayores, tiene una presencia frecuente e intensa en las conversaciones. Tan clara como para poder expresar esas dos posiciones que, en sus posturas más divergentes, manifiestan el estupor y la amargura, frente a la pretensión de afrontarlos y comprenderlos,

²⁶ J. M. DE MIGUEL. *La sociedad transversal*. Barcelona: Fundación “La Caixa”. 1994. p. 67 y ss.

²⁷ La identificación de los seis grupos de discusión que vamos a utilizar en este capítulo se hará de la siguiente forma: de la primera investigación, de 1995, el de mujeres será identificado con el número 1 y el de hombres con el 2, y, asimismo, en la referencia se incorporarán las dos cifras finales del año de celebración, 95. De la misma forma, los grupos de la segunda investigación serán identificados del 1 al 4 –oriente, centro, occidente y mujeres mayores–, seguidos de las dos últimas cifras del año de celebración, 2005.

aunque no terminen por compartirse. En consecuencia, por el lado del polo progresivo se quieren discernir los problemas con el afán de evitar causalidades arbitrarias, mientras que en el polo regresivo se mezclan los problemas y contenidos de forma indiscriminada, relacionando el abandono familiar de la vejez con las rupturas familiares por separación o divorcio. Así ocurre en el siguiente párrafo de discurso en el que dos interlocutores varones, situados en las primeras edades de la vejez, manifiestan su disconformidad con el olvido que, en su opinión, tienen los hijos hacia los padres:

“– Que los hijos atiendan a los padres, que ahora se ha olvidado totalmente, e incluso hay desagradecimiento, un montón de desagradecimiento, enorme desagradecimiento de hijos a padres (...). – Porque sí, porque muchas [familias] se destrozaron por lo que fuera porque no quieren atenderlos [a los mayores], porque tienen otros medios, por lo que sea...” (GD2/05,24).

Las enormes dificultades para la gestión moral de los cambios, junto a la amargura que genera no comprenderlos ni entenderlos, no implica que las situaciones de desagradecimiento y abandono de los hijos se hayan vivido en primera persona. Más bien, lo que se producen son consideraciones globales respecto a la “sociedad”, que rápidamente se contrastan con la situación y acciones de la propia familia. Es la inseguridad e incertidumbre que supone la caracterización de la vejez como un problema social –y más concretamente su atención y cuidado–, a lo que siempre ayuda el conocimiento directo de casos –excepcionales– de desamparo e, incluso, abandono de alguna persona mayor por su familia. De hecho, tanto en las posturas más regresivas como en las más progresivas, cuando se habla negativamente de los hijos, las referencias siempre van dirigidas a los hijos de los otros. En ese sentido, se diferencia entre el espacio cercano familiar protector –del que las personas mayores se sienten en buena parte autoras–, frente al amenazador espacio social. Pues el problema no lo encuentran tanto en sus propios descendientes como en la sociedad que “ya no quiere saber nada”, quebrándose –precisamente ahora– la cadena de cuidados, cuando ellas están en la vejez.

Perciben con nociones y conocimientos meridianos que en su actual situación las dotaciones económicas provenientes de las pensiones son insuficientes, cuando lo que está en juego es su posición y consideración social, por más que valoren positivamente el acceso a servicios y prestaciones de cuidado y atención sustitutivos de la familia, aportándoles seguridad y confianza. Ni para los hombres la jubilación, con las dotaciones materiales que procura, es una garantía frente a cierto rechazo social, ni para las mujeres su dedicación a los otros a lo largo de la vida tampoco constituye un aval moral contra la incomprensión hacia las personas mayores:

“– Y, sin embargo, hoy con la jubilación ni con nada pues no nos quieren, nos rechazan, nos rechazan ¿eh? –Yo ya digo, usted... – La sociedad, más que

incluso los de casa ¿eh? – Yo cuidé a mi padre, cuidé a mi madre y cuidé a la madrastra” (GD1/05, 7).

No obstante, el acentuado carácter familista de nuestra sociedad y la sustantivación de las relaciones familiares por parte de las personas mayores, lleva a pensar que por mucho que estuvieran implantados los dispositivos de atención y cuidado, la opinión seguiría siendo la misma: la extensión de las políticas públicas no es válida si supone la debilitación o ruptura de las relaciones familiares con sus componentes afectivos y emocionales. Es significativo que en aquellas personas mayores con un pensamiento más tradicional, la normalización de los servicios de bienestar aún encuentre resistencia, pues como hemos visto se asocian los cambios familiares con la desatención familiar y social. Pero también las personas mayores con posturas más progresivas no dejan de señalar y enfatizar la importancia de la familia. Por eso, el interrogante que explícita o implícitamente todos se hacen –y hacen– en las conversaciones, con una contestación ya sabida de antemano, es si existe alguna alternativa a las relaciones familiares. Los cambios están teniendo consecuencias para todos, pero no deben suponer la desaparición de las relaciones entre hijos y padres, vienen a decir. Una de las mujeres participantes manifiesta la inseguridad y el vértigo que producen tales mudanzas, interrogándose por sus consecuencias:

“– Y, y si no pueden dedicarles el tiempo que quisieran a sus hijos, ahora, a los abuelos... ¿qué va a pasar?” (GD1/05, 35).

La importancia de la familia llega hasta el punto de articular en torno a ella las relaciones más básicas y relevantes, por contraste con las etapas vitales posteriores²⁸. De esta forma, se entiende que aparezca y se tema a la soledad, en especial cuando faltan las relaciones más cercanas con hijos, nietos o hermanos. Es decir, para ellos el fantasma de la soledad aparece cuando no se tiene familia o, en su caso, no está cerca para relacionarse con ella más o menos cotidianamente. Esto que parece una evidencia, pues todo el mundo valora las relaciones familiares, nos ayuda a comprender el plusvalor del que están dotadas frente a otras, y de paso explica las resistencias y temores ante unos cambios que, según ellos, estarían erosionando la preeminencia que esas relaciones otrora tenían²⁹. El conflicto y las maneras de afrontarlo, mediante estrategias de negación –polo regresivo– o de adaptación –polo progresivo–, marcan las diferencias entre las personas mayores. En las primeras, se piensa que las hijas, o nueras, son las que deben ocuparse del cuidado de los mayores. De hecho, la sensación de seguridad y confianza en la vejez se posee en la medida que haya mujeres en la familia para seguir el enlazamiento de reciprocidad en los cuidados. En este párrafo del grupo

²⁸ L. PÉREZ ORTÍZ. *La estructura social de la vejez en España...* p. 54.

²⁹ Habría algunas características generacionales, como la escasa formación escolar y profesional, que irían asociadas a una mayor influencia y densidad de las relaciones familiares. Ver, J. SUBIRATS. *La vejez como oportunidad*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992. p. 45.

de discusión de varones de 1995, así lo es razonado por dos interlocutores. Si el discurso del primero es inequívoco al respecto, el del segundo es más fragmentado y despliega claramente una hipotética diferencia entre sus expectativas y los comportamientos de los hijos, más en concreto de las hijas. Existe, un esfuerzo de aceptación de la autonomía de sus descendientes, y al mismo tiempo, con dudas razonables sobre su proceder, se espera que éstos muestren una disposición potencial para acogerles, compartir la vida y cuidar de ellos:

– Yo creí que... Yo tengo dos hijos casados, y dije bueno nosotros no nos vemos solos porque tenemos hijos. Y díjome la mi mujer, ¡ahí, si tuviera una fillina! (...) – Escucha, a ver, si yo voy a casa de las hijas, muy bien, me atienden, charlan conmigo, lo que sea y eso. Pero yo comprendo que ellas tienen su vida. No me dicen, oye papá vente por aquí, tienes una habitación aquí (...). Tienes una habitación para todo uso” (GD2/95, 18).

Las segundas, las personas mayores situadas en el espacio más progresivo, son las que dan un salto cualitativo en los planteamientos conversacionales, con respecto a otras personas mayores presentes y precedentes, abriendo la puerta a la solución transitoria del conflicto al señalar el derecho de sus hijos o hijas –sobre todo– a vivir su propia vida y el recíproco derecho de la vejez y las personas mayores a su autonomía, articulándose para ello los medios públicos necesarios. Dicho de otra forma, se trata del reconocimiento a convivir y a relacionarse con la intensidad que se decida, pero también al derecho y responsabilidades subsiguientes, que se derivan de la autorrealización personal y colectiva de los sexos y etapas vitales, y, de entre ellas, de la cada vez más dilatada, compleja y variada vejez. De los reproches y la inseguridad ante los cambios producidos, se pasa a valorar que la mejora de la situación de las personas mayores no puede ser a costa de las otras generaciones más jóvenes. Así lo apunta una de las personas mayores participantes:

“– Bueno, eso de encontrarse solos parte de una causa, nosotros no podemos frenar la juventud pa tenerlos en casa, ellos tienen su vida, tienen que abrirse a la sociedad, nosotros lo que tenemos que pretender es que a nosotros no nos falte de nada. – Eso mismo” (GD3/05, 21).

Por tanto, en un primer balance, desde la mirada de la vejez este ha sido el panorama creciente encontrado: compromisos sociales más perecederos y nuevas situaciones familiares y sociales con las que enfrentarse. Por eso, ante la mirada de sus descendientes las personas mayores se han ido mostrando como figuras disponibles y constantes –oportunas para la ayuda–, significándose como un espacio social de estabilidad al que pueden recurrir de forma relativamente frecuente. El único requisito ha sido una relación sin condiciones de partida con los hijos y nietos. Es decir, sin perder la propia identidad ha habido adaptación y

versatilidad, procurando aportar el contrapunto de equilibrio ante los novedosos cambios y trasiegos que conllevan las biografías actuales. El logro de ser y sentirse útiles hacia la familia contiene, además de la gratificación emocional que facilita estas relaciones, una potencial solidaridad de vuelta que, con independencia de que se vaya a necesitar, aporta un añadido de seguridad y confianza en sus vidas³⁰.

Al hilo de los interrogantes e incertidumbres que se plantean las personas mayores, cabría preguntarse sobre las alternativas de cuidado y atención que complementen o sustituyan a la propia familia, y sobre las formas y filosofía que requeriría la ASP dirigida hasta ellas. Al seguir con los dos polos o espacios de referencia discursiva, que han cristalizado las opiniones más o menos progresivas sobre los cambios familiares y sus consecuencias, nos podemos acercar al estado de la cuestión sobre cómo deben ser abordadas por las agencias del Estado social, las acciones de complemento y/o sustitución de cuidados y atenciones de la familia de origen. En ese sentido, es remarcable que en el desarrollo de los grupos de discusión el propio debate lleve a algunas de las personas mayores, con opiniones más regresivas, y sujetadas a la visión de la vejez como un problema para la sociedad, a plantear su propia postergación hacia espacios donde no se les moleste, pero sobre todo donde no molesten a la sociedad: “– [las personas mayores] *tienen que estar en los hospitales*”. Esta opinión, reactivamente expresiva, las ubica en los espacios de atención menos queridos y separados de sus necesidades: así, para no ser una carga deberían –auto– recluirse en los dispositivos de cuidado convenientemente preparados para ellas. Una afirmación como ésta, sin matices, es polémica y provoca las reacciones de los interlocutores, pero no deja de ser también representativa de posiciones presentes en la sociedad y, por tanto, en las mismas personas mayores:

“– Falta el espíritu familiar, que se veía a un padre enfermo y se le ayudaba y ahora se le da la espalda. – ¡No, no, no! Ahora lo que hay son hospitales pa recogerlos, que ye donde tienen que estar, en los hospitales, no cargando sobre los hijos” (GD2/05, 24)

Por el contrario, aquellas personas de opiniones y valoraciones más progresivas, aceptan y comprenden los apoyos públicos que complementen el cuidado de los hijos y nietos. Sin embargo, la familia tiene sentido si se encuentra disponible para el apoyo y la ayuda en momentos clave, cuando la necesiten material y moralmente; y mientras tanto debe ser el Estado social quien facilite la vida de las mismas personas mayores pero también la de sus familiares, mediante una atención y apoyo regular. Al mismo tiempo, no dejan de expresarse los temores a unos mecanismos sustitutivos de atención despersonalizados y burocratizados, donde los descendientes, fiados a ellos, les abandonen a su suerte. Sostenemos

³⁰ M. D. PUGA. “Redes sociales y salud”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *A propósito de las condiciones de vida de las personas mayores. Encuesta 2006*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007. p. 32 y ss.

la hipótesis, en gran parte motor de todo este capítulo, de que nos encontramos desde hace algunos años en la búsqueda de las mejores alternativas de acción proyectada, cuidados y apoyos desde el Estado social hacia los ciudadanos. Así, en lo que respecta a las personas mayores, cabe preguntarse si es posible evitar los errores en los que cayeron algunos de los servicios sociales de los Estados de bienestar pioneros: burocracia y despersonalización, homogeneización social, institucionalización, y aislamiento, entre otros³¹. Ahora bien, ni la negación de los cambios sociales y familiares en curso, ni la mencionada retirada de las mayores fronteras adentro de un Estado de bienestar omnipresente, aunque bien pertrechado, pueden ser argumentos desde los que comenzar a discutir sobre la pertinencia y adaptación de las políticas sociales, las acciones consiguientes y las prestaciones dirigidas a las personas mayores. Por parecidas razones, se trata de un falso dilema –en el que cayeron algunos de los Estados de bienestar europeos con más tradición–, plantear la familia y las prestaciones sociales como alternativas excluyentes. Bien es cierto, que para que esto sea posible debe plantearse, en toda su radicalidad, no sólo la repartición entre los sexos de las tareas de ayuda, cuidado y atención, sino también la distribución y asunción de la responsabilidad moral que implica esta necesaria reciprocidad familiar y social³². De la misma forma, en lo que respecta al Estado social hoy más que nunca es preciso una reconversión sustantiva de la intervención pública que la haga más rigurosa, a la par que más flexible y adaptada. Desde la perspectiva de las personas mayores, ello ayudará al fortalecimiento de sus protecciones y al mismo tiempo se beneficiarán los colectivos receptores de tales acciones. Entre la dependencia, que hipoteca las vidas de los demás y la reclusión institucionalizada, que descarga a la familia pero también la excluye, existe un espacio donde las personas mayores pueden ser cuidadas y atendidas solidariamente por los servicios sociales, y al mismo tiempo sentir que los conectores de afectividad de ida y vuelta con sus familiares siguen abiertos³³.

Cuando existe la oportunidad de hablar y discutir, se afianzan argumentaciones que van en el sentido ya señalado del derecho de todas las personas –mayores o no– a la autorrealización personal. Sin embargo, sobre todo son las mujeres quienes analizan los obstáculos existentes, pasando a realizar algunas propuestas para intentar el desbloqueo del conflicto de intereses entre ellas y las personas mayores³⁴. A modo de espejo donde reflejarse, se buscan similitudes entre las vidas de las generaciones consecuentes, y las de algunas mujeres mayores que necesitaron abarcar tanto el mundo interno familiar como el externo laboral. De esta forma, la monoparentalidad con motivo de la viudedad, la separación de hecho, o por ser madre soltera, al suponer –en el mejor de los casos– un descenso

³¹ M. CASTELLS; L. PÉREZ ORTÍZ. *Análisis de las políticas de vejez en el contexto europeo*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992.

³² M. ARENAS. *Cambios reciente en la condición juvenil...* p. 70 y ss.

³³ M. ARENAS; A. NOVO. “Cambio social e iniciativas de las personas mayores. Pasos hacia un nuevo rol social”, en: *Revista de Antropología Experimental*, núm. 8. Texto 23. 2008. p. 321. En Internet: <http://revista.ujaen.es/rae>

³⁴ L. FLAQUER. “La familia como arena de contienda”, en: *Claves de razón práctica*, núm. 46. Madrid: Promotora general de revistas. 1994. p. 64 y ss.

pronunciado de los ingresos, obligaba a la actividad laboral por lo que estas mujeres debían buscar la ayuda de los abuelos para el cuidado de los hijos, como ocurre ahora con frecuencia. Desde esa ocupación de los dos mundos, más o menos fragmentada o integrada, estas mujeres de las clases populares fueron precursoras de situaciones que hoy son más frecuentes³⁵. Las fuertes resonancias con el actual escenario son evidentes, por cuanto las personas mayores están siendo cuidadoras habituales de sus nietos:

“Yo me quedé viuda hace veintisiete años con tres hijos pequeños, y luché, pero mucho, mucho, porque tienen todos estudios universitarios, y yo me puse a trabajar, porque si me voy a quedar con la paga que quedó de mi marido...Pero usted era moderna, se puso a trabajar, no dependía de nadie. – Me puse a trabajar. – Como los de ahora, que dejan a los niños a los abuelos para ir a trabajar” (GD4/05, 18).

Dentro del contrato implícito del cuidar antes, para ser protegido y atendido después, hasta ahora las mujeres han dedicado literalmente su vida al cuidado de los otros: de los padres, de los padres políticos, del cónyuge, entre otras personas. Y esto quiere decir que han cumplido su parte del contrato por el que podrían solicitar la correspondiente compensación diferida que cerraría el círculo de la reciprocidad. Pero pronto caen en la cuenta de que tal dedicación hacia las vidas de los otros, ha supuesto para ellas “una esclavitud” que no desean para sus hijos, y más en concreto para sus hijas. En las actuales circunstancias, se apunta, es preciso no volver a caer en los mismos errores:

“– Yo cuidé a mi padre, cuidé a mi madre y cuidé a la madrastra. – Sí la mujer mía (...) cuidó a los padres míos. Vino pa la mi casa de dieciocho años, tien sesenta y tres años, haz poco todavía que murieron y estuvieron enfermos, y ella fue verdaderamente una esclava de todos allí. Sí, sí, naturalmente” (GD1/05, 8).

Más allá de la relevancia de la norma en las relaciones familiares, en la que está implícito el cumplimiento del “contrato” de devolución diferida de afecto, cuidado y atención en la vejez, las personas mayores se encuentran con la materialidad de su vida cotidiana que se estructura, y estructura, desde el contexto social actual. Partiendo de tal principio de realidad, se reconoce que las vidas de las hijas, e hijos, son muy diferentes con respecto a lo que ellas vivieron, y que, en su caso, se entenderían algunas de sus ausencias y omisiones. Son conscientes del conjunto de cometidos y responsabilidades que se les acumulan a sus descendientes, denotando la complejidad biográfica en la que están comprometidas sus vidas,

³⁵ M. ARENAS. *Las familias de madre sola en Avilés. Las estrategias de supervivencia adoptadas*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. p. 75. Para ver el proceso, en una investigación cualitativa seminal, sobre las formas y grados de ocupación de los mundos privado y social ver, I. ALBERDI; P. ESCARIO; P. HAIMOVICH. “Actitudes de las mujeres hacia el cambio familiar”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 27. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

y en particular las de sus hijas: la identidad y vida social pública junto a la ocupación laboral, el mundo privado familiar más el trabajo y recreación de lo doméstico, o la socialización y educación de los hijos. Es fundamental la distinción entre vivir la propia vida, de lo que supone el abandono familiar de las personas mayores, pues la elección del destino personal, dentro de las posibilidades de cada uno, no es excluyente con unas relaciones fluidas y satisfactorias entre padres, hijos y, en su caso, nietos:

“– Yo no te voy a decir en contra de los hijos, ¿eh?, que los tengo maravillosos, pero es que no pueden aunque quieran. – No hombre. – Están trabajando, ¿Qué hacen?, ¿Dejan el trabajo pa atendernos? Ya sé que hace más quien quiere que quien puede. Pero lo veo difícil para ellos y pa nosotros de mayores” (GD1/05, 6).

De igual forma, apoyarse en los servicios sociales para el propio cuidado y atención, no debe ser incompatible con la afectividad y el apoyo moral y material³⁶. Antes al contrario, los apoyos y prestaciones de los servicios de bienestar pueden liberar más tiempo, facilitando una mayor vinculación emocional y relacional entre la familia. Los descendientes no pueden abandonar el núcleo argumental de su vida por ellos. Sin embargo, no se quiere ocultar que existen incertidumbres y dificultades para llegar a una ajustada articulación vital que necesariamente debe contemplar cuatro esferas relacionadas: las vidas de sus hijos, el afecto y apoyo que necesitan de ellos, los posibles cuidados y atención personal que requerirán en caso de discapacidad o dependencia, y finalmente la novedosa presencia de sus propias necesidades de autonomía e independencia vital, que pasan por habitar en el propio entorno hasta cuando sea posible. La pretensión de permanecer en el propio hogar, es indicador de su deseo de independencia, pese a las incertidumbres que aún existen sobre la conformación de los apoyos de la familia, y sobre la calidad y cantidad de la cobertura de los dispositivos de atención públicos o concertados:

“– No está fácil. – No está fácil. – No está muy fácil. – Es que a las personas mayores si nos saquen ya del entorno parez que la cabeza también se marcha. – Es que, además, ¿Dónde estaríamos mejor que en la casa nuestra?” (GD1/05, 8).

Al intentar comprender las diferencias generacionales y vitales que les separan de sus hijos, las personas mayores se ponen en la mejor disposición para afrontar las repercusiones sociales de los cambios comentados. De inmediato, queda de manifiesto que si bien la cadena

³⁶ Aunque aquí no podemos ocuparnos de ello, nos podemos preguntar quién dispensa y cómo se dispensan los cuidados a las personas mayores. El cuidado de los otros corre el riesgo de sumergirse en un contexto de mercadotecnia, con trabajos en extremo precarizados y vulnerables que terminarán afectando a las personas que reciben tales servicios. Ver a este respecto, A. L. LARA; A. ÁLVAREZ. “Gubernamentalidad, precarización y nueva servidumbre. Agenciamientos a partir de los circuitos de producción mercantil de cuidados y subjetividades”, en: *Sociología del Trabajo*, núm. 66. Madrid: Siglo XXI. 2009. p. 123 y ss.

de cuidados y reciprocidad familiar directa ha quedado cortada, la paradoja es que no sólo han sido cuidadores de sus ascendientes, sino que también lo están siendo —otra vez—, de sus descendientes: directamente de sus nietos e indirectamente de sus hijos, a partir de los diversos apoyos prestados que no son excepcionales, sino una verdadera necesidad que se traba con una frecuencia prolongada. La vinculación entre abuelos y nietos siempre ha sido una de las más celebradas, al propiciar la diferencia de edades unas relaciones fluidas entre los mismos³⁷. No obstante, sin ser algo novedoso, sí lo es su frecuencia e intensidad, como lo es el tiempo que pasan juntos, sin los padres de los niños, constituyéndose en figuras de amplios y profundos significados vitales y afectivos recíprocos³⁸. La convivencia necesaria para estos contactos abre oportunidades que, en sí mismas, no requieren ningún tipo de justificación siendo beneficiosas y gratificantes para abuelos y nietos. A pesar de que, las influencias generacionales tienen importancia en la propia vejez, hay un factor inédito que además se refuerza con la jubilación: se trata del aminoramiento o ruptura —según los tipos de vejez— que propician un cierto distanciamiento. Así, cuando los mayores se adaptan y van reinvirtiéndose en la nueva vida, esa distancia ayuda a provocar y acrecentar la memoria y la reflexión. Es decir, facilita el entendimiento del propio pasado con relación al presente. Si se supera el retraimiento y la amargura y se logra una explicación conectiva entre el antes y el ahora, la comunicación de estos bagajes a los más jóvenes, constituye a la vejez, por sí misma, en un lección moral. Sólo con pensar en la combinación del recuerdo y la reflexión personal con las experiencias históricas y los cambios que acumulan estas generaciones, es suficiente para comprender su importancia. Y, en esa línea, se trata de reconocer y aprovechar hacia los más jóvenes y chicos, las capacidades que muchas personas mayores desarrollan de manera cotidiana: el consejo y la ayuda en la toma de decisiones, la comunicación de sentimientos y emociones. Como también se deberían hacer valer sus capacidades a la hora de abordar, contestar y explicar las actitudes de arrogancia en el ejercicio de la autoridad y el poder.

Empero, en el contexto de las recíprocas relaciones entre mayores y familia, no podemos olvidar que cuando la solidaridad decidida y deseada pasa a convertirse en obligación, sin posibilidad de ser elegida, se cortocircuita la autonomía de las personas y los grupos sociales. Ni los adultos, y en especial las mujeres, deben ver hipotecada una parte de la vida por realizar el cuidado de los mayores sin apoyos, ni, de la misma forma, la vejez tendría que estructurar toda su vida según las necesidades de sus familias. Antes bien, lo deseable sería que ambos colectivos pudieran realizar sus elecciones sin caer en la subordinación. Así, la primera condición es que las políticas y acciones del Estado social profundicen en aligerar

³⁷ P. ARIES. “¿Una historia de la vejez?”, en: *Archipiélago (Tema general: Vejez, divino tesoro)*. núm. 44. Barcelona. 2000. p. 52 y ss. Ver también, G. MINOIS. *Historia social de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea. 1989. p. 330 y ss.

³⁸ L. PÉREZ ORTÍZ. *La estructura social de la vejez en España...* p. 54. Ver también, V. PÉREZ DÍAZ. “Ancianos y mujeres ante el futuro”, en: *Claves de razón práctica*, núm. 83. Madrid: Promotora general de revistas. 1998. p. 5.

las situaciones individuales de dependencia, tanto desde la perspectiva de las personas dependientes como desde la de las personas cuidadoras que precisan ser apoyadas en los cuidados³⁹. En ese contexto, deben seguir potenciándose las acciones que facilitan mantener a los mayores en su medio y refuerzan los vínculos entre estos y sus familias:

“– Criaron a los hijos y ahora, como los hijos tienen que trabajar, pues tienen que ir, tienen que cargar sobre los güelos. Si tenéis la curiosidad, cuando se va a los centros comerciales a primeros de mes, veréis a pensionistas, al padre y a la madres con los carros cargaos de dodotis, de cereales, de colacao, de cosas así (...) porque trabajan los padres” (GD4/05, 10).

La última parte del hilo conductor seguido con el habla de las personas mayores con respecto a la familia, y a cómo han afectado los cambios sociales habidos, y qué aspectos y preceptos de acción habría que priorizar, nos lleva al –auto– reconocimiento de su propia necesidad de independencia y autonomía como colectivo social, lo cual no está exento de coraje y valentía. Pues al asumir los propios derechos y obligaciones se da la primera condición para poder elegir y decidir, o al menos para comenzar a intentarlo⁴⁰. No cabe duda que esto comporta más riesgos que si permanecieran resignados en un estado de amargura por no recibir la consideración, la atención y los cuidados esperados por parte de las hijas, e hijos. O, de igual forma, implica más incertidumbres que si permanecieran en una situación subalterna de débito continuo con la sociedad y con sus descendientes, en un eterno hacerse valer desde su pasado de trabajo y ocupación laboral, ahora reeditado por los servicios instrumentales que prestan a sus familias:

“– Yo cuando quedé viuda (...) yo siempre dije que la vida de los hijos es algo sagrao. – Y la [vida] nuestra también ¿eh?” (GD4/05, 34).

“– Siempre en una reunión p’aquí, otra reunión p’allí, que si un taller literariu, que si esto que si lo otro. Y préstame, y tengo yo satisfacción porque ellos no tengan que preocuparse de mí” (GD4/05, 29).

Por tanto, de manera novedosa, además de afrontar los cambios sociales que comportan la autonomía de sus descendientes, liberándolos de las ataduras cotidianas e incapacitantes que pueda traer su vejez, están haciendo mucho más. Con especial mención a las mujeres, están afirmando el derecho de la vejez a ser libre, a decidir por sí misma, y a celebrar la independencia respecto a los otros, con todas las posibilidades y riesgos que ello conlleva.

³⁹ A pesar de las dificultades para su implantación, la Ley de la Dependencia como derecho universal de desarrollo paulatino, está suponiendo un hito en el acceso a los derechos sociales de personas dependientes y cuidadoras.

⁴⁰ E. GIL CALVO. *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez...* p. 256 y ss.

Son diáfanas las consideraciones que podemos entresacar sobre la ASP en este apartado, apoyándonos en las narraciones de las personas mayores y en el acercamiento comprensivo que supone fijarnos en el componente realizativo que implican tales discursos. Lo primero de todo remarcar la brecha existente entre las familias y las generaciones que llegan a la vejez, pues la progresiva incorporación de las mujeres al mundo externo, y dentro de él al empleo, supone de inicio una ausencia temporal de la función protectora y cuidadora hacia los padres, hacia las personas mayores. Este desajuste intenta ser resuelto por las agencias del Estado social, sobre todo a los niveles local y regional. Sin embargo, aquí parece comenzar el primer problema en la medida que hay un lapso temporal no cubierto entre la ausencia de cuidados y su necesidad. Y cuando comienza a existir una sincronía entre servicios y necesidades, las personas mayores no alcanzan a entender porqué tiene que ser el Estado social y no sus familias quien les cuide y les atienda. Pero también se podría ver de otra forma: no ha habido ni esta habiendo suficiente acción comunicativa hacia las personas mayores, dedicada a difundir, explicar y debatir tales cambios con sus variantes y vertientes. Es ilustrativo que servicios que hoy se encuentran ya muy implantados y normalizados en sus vidas, como la ayuda a domicilio, hace diez años aún planteaban recelos y resistencias en no pocas de ellas. Así, el deseo de autonomía e independencia hasta donde fuera posible, se combinaba con la resistencia más o menos explícita a la intromisión de personas ajenas a la familia:

“– Pero es que los mayores, después que somos mayores y nos quedamos un tiempo solos, no queremos que entre nadie porque dice, a lo mejor me llevan algo, o me quitan las cosas de su sitio” (GD2/95, 18).

Y es que, en efecto, hay que tener en cuenta que la prestación de servicios no es una mera dispensación técnica o mecánica, sino que se desarrolla por comunicaciones y mensajes que pueden ser rutinarios, o pueden implicar una propuesta para el cambio conceptual y valorativo en los ciudadanos receptores. Junto a la existencia de servicios y prestaciones, sería necesaria una comunicación e implicación emocional y afectiva que potencie la relación entre el mundo social y el mundo sistémico. Por lo tanto, las acciones comunicativas, no verbalizadas como mera aplicación, sino en todas sus dimensiones explicativas e informativas, deben ser la parte más importante de las prestaciones como podría ser, por ejemplo, la ayuda a domicilio. Pero también la comunicación puede ser la única parte cuando la interacción es tanto el medio como el fin. La interacción relacional constituida en objetivo, cuando se trata de destacar contenidos y comprensiones que ayuden a explicar las causas de los cambios, y las soluciones sustitutivas, que nunca pueden ser excluyentes con la familia⁴¹. Frente a concepciones de menor calado comprensivo de parte de las personas mayores, y teniendo en cuenta las posiciones sustentadas con respecto a los cambios, es posible la

⁴¹ CHAUVIÈRE, M. *Le travail social dans l'action publique...* p. 33.

interacción y el debate entre ellas, como también lo son las medidas dialógicas con el resto de la sociedad en los centros de mayores, en los centros cívico-sociales transversales, y en el mundo social y de los medios de comunicación.

Es preciso transmitir que las relaciones familiares no desaparecen por el desarrollo de los servicios del Estado social, sino que más bien son facilitadas al liberar tiempo y esfuerzo. En consecuencia, no existe exclusión entre familia y Estado social sino que debe haber convergencia en sus acciones, siempre a condición de que los hombres asuman por fin sus responsabilidades morales y materiales. La cuestión es ver qué pueden hacer los familiares por las personas mayores y viceversa, pues son elocuentes las interdependencias existentes entre ellos. De la misma forma, es preciso comunicar a las generaciones descendientes cómo las personas mayores comprenden las iniciativas de los hijos y en concreto de las hijas. En ese sentido, el Estado social y la ASP, en confluencia con los descendientes, debería apoyar la reinención que se está operando en la actual vejez hacia la autonomía y la autorrealización y, de paso, como grupo social que se valida ante la sociedad, reconocer su papel de prestadores de servicios y de cuidadores de los otros en sus familias. Hay una potencial actividad y apoyo en ese sentido, siempre que tales cometidos no sean obligados sino elegidos, y para ello son necesarios servicios concretos, como guarderías, que posibiliten su liberación de tareas demasiado onerosas hacia las otras generaciones. En esa línea, el enfoque general del Estado social y de la sociedad hacia las personas mayores, debe valorar estas iniciativas y por lo tanto llegar a ver a la vejez y trabajar con ella como un grupo sujeto, que a la par que ser valida mediante acciones concretas, pueda tener su propia identidad y ámbito de expresión reconocido. Si los hijos viven su propia vida y no abandonan a los mayores, y éstos –con la ayuda del Estado social–, son autónomos, están dando un paso decisivo y valiente para avanzar en la responsabilidad y consideración social de sus familias y la sociedad.

Veamos en el próximo apartado como estas iniciativas e innovaciones, no se limitan al ámbito de las relaciones familiares, sino que también se despliegan hasta el mundo público social.

III. Estructuración de las prácticas cotidianas de las personas mayores

Otro de los contenidos nucleares explorados en los discursos, se refiere a las actividades sociales que realizan como constatación de la conquista de espacios públicos antes impensados. Por un lado, tanto hombres como mujeres ocupan el mundo social externo de una forma más asidua y variada que en las edades adultas, con actividades de ocio, participativas e, incluso, formativas; siendo fundamentales las acciones proyectadas, organizadas y ofertadas desde el Estado social. Y, por otro lado, una parte significativa de las mujeres mayores se han sentido influenciadas y aludidas por los cambios emprendidos por sus hijas y nietas, ocupando y prefigurando nuevos espacios y prácticas allende el mundo interno-privado. En ellos ya pueden expresarse y buscar la consideración social que, aún hoy, siguen

echando en falta⁴². En efecto, la familia tiene un lugar preferente en las vidas de todas las personas mayores, más allá de que por distancia o accesibilidad pueden o no disfrutar de tal universo relacional, tan vigorosamente sustantivado en sus discursos y narraciones. Pero las relaciones familiares no son las únicas que articulan su vida, pues existen otras relaciones extrafamiliares –sociales–, con una presencia creciente en sus vidas y tiempos. Por eso, aparte de las relaciones familiares, es importante saber cómo resuelven las personas mayores la cuestión de qué hacer con su tiempo, el sentido y utilidades que pueden encontrar en estas otras actividades, y, finalmente, dónde realizarlas. En suma, cómo contextualizarlas en su universo vital teniendo en cuenta que nuestro objetivo es vislumbrar las acciones que están facilitando su reconocimiento en nuestra sociedad.

Cuando hablamos de las actividades extradomésticas de las personas mayores, nos referimos aquí a aquellas actividades de ocio y tiempo libre, de carácter social de ámbito público –y, por lo tanto con componentes expresivos⁴³–, organizadas o espontáneas, realizadas fuera del espacio privado-familiar con amigos, conocidos o simplemente con otras personas con las que se puede coincidir en ocasiones. En ese sentido, es menester entender que el ocio moderno ya no es subsidiario del tiempo de trabajo y que su funcionalidad descansa en la contribución al desarrollo personal y, por ende, al social. Su ámbito es más restringido que el del tiempo libre, –orientado, sobre todo a las motivaciones recuperadoras–, de manera que toda actividad de ocio lo es de tiempo libre, pero no todo el tiempo libre es ocio⁴⁴. Por otro lado, en la vejez, tanto para los varones como para las mujeres trabajadoras, el cambio es muy claro pues la jubilación modifica las actividades y hábitos cotidianos, así como el ritmo de la vida que han desarrollado desde el periodo adulto. Entre quienes no han tenido una actividad remunerada regular, el cambio puede ser menos radical pero la jubilación afecta a todo el entorno relacional cercano y, además, muchas mujeres modifican sus actividades cuando los esposos se jubilan⁴⁵. De esta manera, al hilo de las conversaciones de los grupos de discusión, nuestro propósito es vincular la realización de actividades de ocio con la diversidad de centros sociales existentes, y con la participación en actividades organizadas y ofertadas por las asociaciones de personas mayores. Es en centros y asociaciones, que suelen tener sus propios locales, donde se forma la mayor parte de su mapa activo externo y donde, además, se suelen realizar propuestas, planes y actividades que tienen lugar más allá de su estricto marco físico. Vamos a detenernos en algunas de las connotaciones que las personas mayores dan a estas prácticas, y, al mismo tiempo, vamos a abordar la significación que, desde una dimensión colectiva, tienen en la estructuración de la vejez como periodo vital. Más allá de la importante constatación del acrecentamiento y

⁴² J. PÉREZ DÍAZ. “Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 104. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2003. p. 105 y ss.

⁴³ Con acciones “expresivas” se quieren significar aquellas en que el actor trata de proyectar hacia fuera los contenidos de su conciencia, con el fin de comunicarlos a otros. Ver, A. SCHÜTZ. *La construcción significativa del mundo social...* p. 145.

⁴⁴ L. PÉREZ ORTÍZ. *La estructura social de la vejez en España...* p. 197.

⁴⁵ L. PÉREZ ORTÍZ. *Íbidem*. Ver también, M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés...* p. 143.

aumento de estas actividades estructurantes, pretendemos mostrar que estamos ante uno de los indicadores que más pueden aportar en la vejez, en tres aspectos que, por otra parte, están relacionados entre sí: los cambios de las relaciones de género, el papel de los centros sociales como constituyentes de las actividades y relaciones públicas de las personas mayores, y, finalmente, la influencia, más o menos directa, de estas actividades en su situación y estatus en la sociedad.

La búsqueda y ocupación de nuevos espacios públicos se encuentra en relación con el impacto de las *transformaciones de género* impulsadas por las mujeres y los movimientos feministas en las últimas décadas, que han cambiado definitivamente tanto su posición como su rol social. Por tanto, son acciones protagonizadas por las hijas y nietas de las mujeres mayores que –en una parte importante de ellas–, han conseguido acceder al empleo y a otros lugares y espacios de la vida social. Constituyen innovaciones sociales que están alterando las relaciones de los mayores con sus descendientes, en especial con las mujeres que se encargaban –y aún lo hacen– de su cuidado. Son cambios sociales que han transformado las relaciones familiares en su conjunto, provocando una renovación de más calado de las relaciones sociales. Así, proponemos utilizar algunas resonancias generacionales con el fin de delimitar, hasta la jubilación y hasta edades avanzadas, la trayectoria de los modos y estilos de vida de los mayores que no sólo divergen con los de las cohortes de las generaciones más jóvenes, sino también con las formas de vida que muchas de ellas están teniendo en el presente de su vejez. De esta forma, cuando concentramos nuestra mirada en algunos cambios que informan de los contrastes entre sus formas de vida adulta, en relación a sus actuales prácticas y novedosos estilos de vida, podemos entender el significado e importancia de esas actividades de carácter público y expresivo. Basándonos en sus propios discursos nos referiremos, primero, a la atenuación de la división de roles de género; segundo, a la consiguiente aminoración de la “propiedad territorial” de los espacios de género; y, tercero, a la ampliación del ámbito público de la mujer.

En primer lugar, hablamos de la atenuación de los roles de género, porque, como se sabe, son generaciones en las que la división social con respecto a lo que los hombres y mujeres podían, debían y querían hacer, estuvo muy marcada. Mucho más, si pensamos en el contexto social y político autoritario de la postguerra, en cuyo estancamiento prolongado, social y económico se sentaron las bases sociales autoritarias de la dictadura, en las que vivieron e hicieron sus adquisiciones valorativas y morales las actuales personas mayores⁴⁶. La amortiguación de los roles conformados la podemos atribuir a la relativa relajación de las prácticas acontecida una vez que los hombres se jubilan, produciéndose una cierta feminización de sus prácticas dentro de esa etapa⁴⁷. Pero también a las adquisiciones

⁴⁶ Autarquía económica, política y social, valores sociales conservadores y autoritarios, férreo control político y social, aislamiento y nulo dinamismo social. Tales son las bases sociales de la dictadura a las que nos referimos. Ver, P. VILAR. *Historia de España*. París: Librairie Espagnole. 1975. p. 158 y ss. Ver también, J. M. VIDAL “La economía y el franquismo”, en: *El Viejo Topo Extra*, núm. 1. Barcelona: El Viejo Topo. 1976. p. 30 y ss.

⁴⁷ J. PÉREZ DÍAZ. *Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España...* p. 109.

efectuadas ya en la vejez, en el contexto de una sociedad más democrática y más permisiva, en donde cambia la situación de las mujeres gracias a sus propias iniciativas, junto a las actividades reivindicativas de los movimientos feministas. En consecuencia, se celebra la independencia y la posibilidad de elegir cómo se quiere ir articulando la vejez:

“– Que bien que no tien nadie que venir a hacerme nada, que puedo yo hacer les cosas de casa, que..., que quedé en tal sitiú pa una reunión y que voy a un museo, que voy a una exposición, que voy a una conferencia” (GD4/05, 29).

En segundo lugar, hablamos de la *aminoración* de la propiedad territorial *de los espacios de género*, porque aún siendo consecuencia de la mencionada atenuación de rol, nos informa del cambio hacia la participación creciente en actividades y prácticas que vertebran la vida cotidiana: de salud, de utilización de servicios públicos, de viajes, de ocio y tiempo libre, de convivencia y encuentros con otras personas mayores, de cooperación intergeneracional, entre otras. Es notorio que para las mujeres supone una significativa ampliación de campo de actividad y actuación, pero también para los hombres que hasta esos momentos –aún ocupando el mundo externo–, disfrutaban de un tiempo libre en el que las actividades eran limitadas y repetitivas, de corte pasivo, casi siempre relacionadas con el bar y el café. En cualquier caso, tal ensanchamiento del horizonte de las prácticas sociales, no solo responde a las iniciativas de las personas mayores, sino también al fuerte impulso del Estado social en el desarrollo de planes y proyectos, en los que se recogen, ofertan y proponen diferentes actividades en las que pueden participar:

“– Lo que decías tú, señoras que a lo mejor no salían de casa ahora se arreglan, se visten y van a la peluquería, les apetece comprar una ropa, y eso ya les hace sentirse mejor. Y su problema es igual que el de otra [persona mayor], y aquel señor también va a jugar al bingo o al parchís (...)” (GD2/05, 18).

En tercer lugar, se trata también de la *ampliación del ámbito público* de estas mujeres mayores, porque a su relegación en el mundo interno le sucede, una gran aplicabilidad de todas las habilidades y capacidades desarrolladas a lo largo de la vida en el ámbito reproductivo. Así, mientras que los hombres poseen habilidades relacionales y profesionales que ya no son aplicables en la vejez, las mujeres no sufren el cambio ya que pueden seguir desarrollando lo que siempre han hecho: las relaciones informales, el mantenimiento de los apoyos familiares y las tareas cotidianas de la casa⁴⁸. Pero no sólo se trata de un mejor aterrizaje a partir de esa continuidad funcional. Al mismo tiempo, también le sucede un despliegue sin precedentes hasta espacios externos en los que antes “no debía estar”, según la mencionada división de roles. No sin dificultades –con amistades, solas, o acompañadas por

⁴⁸ *Ídem*: p. 108 y ss.

el cónyuge—, una creciente parte de las mujeres mayores de las clases populares van recreando estilos de vida que ya no se articulan sólo desde lo doméstico interno, sino también, de forma extensa y diversa, desde lo público haciéndolo converger con lo privado:

“— Antes las mujeres no se llevaba eso, pero ahora ya una mujer puede ir a una cafetería a tomarse un café y no pasa nada, no se ve mal. — No se critica ni mucho menos como antes, luego se ve que la sociedad evoluciona. — Hay grupos de senderismo, al que yo pertenezco, de gimnasia, de natación, un aula cultural. — Grupos de teatro, música, coros, lecturas. — Lo que decía, hay teatro, si la gente quiere, que no tuvo conocimientos anteriormente y ahora le apetece...” (GD2/05, 18).

Con estas tres innovaciones convergentes en las vidas de las personas mayores, no pretendemos decir que se hayan liberado de sus trayectorias vitales y de su experiencia social pretérita, de la que son resultado su universo valorativo, sus criterios morales, o la misma posición social de las generaciones que forman la actual vejez⁴⁹. Más bien, por lo que significa de novedosa, se quiere resaltar que más allá del peso gravitatorio del pasado, una parte emergente está dando un giro sustantivo a sus formas de vida, lo cual es aún más notorio en el caso de las mujeres. Sostenemos que lejos de ser convencionales ampliaciones participativas en actividades concretas, significan el desarrollo hacia nuevas prácticas, nuevos espacios sociales, y, también, nuevos aprendizajes y compromisos con uno mismo y con el entorno.

Para poder hablar de esa expansión de campo hacia prácticas novedosas de carácter expresivo y público en sus vidas, es obligado referirse a la diversidad de *centros sociales* como espacios neurálgicos de convivencia, realización de actividades y recepción de servicios⁵⁰. Hablamos tanto de centros públicos como privados, o de otros pertenecientes a asociaciones de mayores o, incluso, de asociaciones inespecíficas — como las de viudas— en las que estas cohortes tienen un peso significativo⁵¹. Pues bien, aunque son los centros públicos los que por sus recursos y capacidad aglutinan a más personas, todos ellos se constituyen como lugares reguladores del mundo social expresivo de la emergente franja de mayores de las clases populares a las que nos referimos. Un centro social constituye además de un factor acrecentador de las relaciones sociales, una oportunidad de participación en actividades de ocio. Así lo manifiestan en nuestras investigaciones explícitamente hombres y

⁴⁹ J. RODRIGUEZ LOPEZ. “El futuro del pasado. Notas sobre sociología de la vejez”, en: *Archipiélago (Tema general: Vejez, divino tesoro)*. núm. 44. Barcelona. 2000. p. 26 y ss.

⁵⁰ En España en 2008 había 4.452 centros —hogares y clubes— para personas mayores, con más de tres millones y medio de personas asociadas. Es decir, el 57'2% de la población de 65 y más años. No obstante, estas cifras hay que tomarlas con cautela ya que resulta difícil contabilizar los centros y asociados en centros privados o de entidades locales. Ver, R. DÍAZ; R. HERRANZ; A. MADRIGAL; M. FERNÁNDEZ. *Servicios Sociales para las Personas Mayores en España. Enero 2008...* p. 336.

⁵¹ Los centros de la Caja de Ahorros constituyen un ejemplo de centros privados de amplio y diverso uso que funcionan de forma muy parecida a los públicos. Por otro lado, las asociaciones de personas viudas aunque no son específicas, tienen una alta presencia de mujeres mayores.

mujeres y lo hacen tanto en una fase menos avanzada de su implantación, 1995, como una década después, ya asumidos como equipamientos imprescindibles en sus prácticas activas de ocio y socialidad:

“– Centros recreativos de pasar un rato, por ejemplo, los señores como nosotros de la tercera edad. (...) Da gusto porque pasas ahí unas horas estupendamente” (GD2/95, 6).

“– Tener un centro apropiado para la cultura de los viejos, para las reuniones, para los bailes, para los ensayos, para la convivencia, o sea eso... – Eso es fundamental. – Coincidimos todos” (GD3/05, 15).

Los centros sociales más significados son los que tienen carácter específico. Bien es cierto que existen equipamientos cívicos de iniciativa municipal con espacios y actividades para diversos sectores sociales, –infancia, jóvenes, vejez– donde, al menos, existe un contacto visual entre ellos. Pero son los de personas mayores los que parecen contar con el mayor beneplácito. Articulan espacios de una segregación hasta cierto punto deseada, pues en ellos hallan la seguridad y comprensión que en otros lugares parecen echar en falta. De esta forma, la vinculación a estos equipamientos se traba desde la posibilidad de encuentro con las otras personas, pero también con la participación en diversas actividades como juegos colectivos de mesa, ofertas y demandas de acciones formativas y de ocio más exigentes, –de informática, historia, teatro, grupos corales, entre otros–, o de cursos relacionados con la salud y del cuidado de sí –gimnasia, yoga, abordaje emocional de situaciones conflictivas, entre otros⁵²–. De vuelta, todas estas actividades nucleadas en torno a los centros, suponen la oportunidad para convivir y acrecentar o ampliar las relaciones con otras personas mayores, pues, en última instancia, se adecuan a sus ritmos, tiempos y contenidos, lo cual de por sí ya es algo apreciable para ellas, y en concreto para las mujeres mayores:

“– Muy bien, muy bien, la verdad. –Bien, y acude la gente, allí hay gente, ahí charlamos, ahí reímos, ahí la costura, pa pintar, bueno pa lo que bueno..., pa lo que quieras” (GD1/05, 20).

En suma, se conforman como lugares de confianza entre iguales, en los que se desarrollan prácticas legitimadoras para sí y para los otros que terminan por constituirse también en lugares privilegiados de sociabilidad. El conjunto de acciones desarrolladas en ellos facilita el salto desde las relaciones familiares hasta actividades compartidas con otras personas, creando un espacio social propio de referencia desde el que partir y con el que contar en cualquier momento. Centros sociales como recursos cercanos para mitigar la soledad, pero también como forma de incorporarse a un tiempo estructurado por actividades

⁵² ELENA DEL BARRIO. “Vida cotidiana: aportaciones y actividades”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *A propósito de las condiciones de vida de las personas mayores. Encuesta 2006*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007. p. 86.

sociales útiles, que les ayudan a establecer compromisos con sí mismas y con las otras personas:

“– A mi me parece que estos centros, (...) son estupendos para esas cosas, para hombres y mujeres, no hablo sólo de mujer. – Exactamente, hay hombres también. – Para personas que se reúnan. – Para mitigar allí su soledad” (GD2/05, 18).

Al constituirse como espacios donde se pueden desarrollar actividades y relaciones diversas pero complementarias, cobran más importancia, si cabe, en el medio rural donde los momentos de encuentro suelen ser más insólitos. El aislamiento social y espacial, junto a la dispersión de la población mayor en las zonas rurales, hace más necesaria una política equilibrada para la localización de centros sociales por la que se tengan en cuenta tanto los recursos existentes en un espacio dado, como las necesidades para acceder a ellos que tienen las personas mayores:

“– Y por allí arriba, p’allí no van a bajar, porque hay mucha distancia y son pueblos de aldea grandes con una casa aquí y otra a un kilómetro y claro hay un problema allí con la gente mayor” (GD1/05, 38).

Para los mayores que concentran gran parte de sus relaciones públicas en los centros sociales, éstos son vistos como “de primera necesidad” y, además, reflexivamente, se solicitan por relación a otras zonas –urbanas o rurales– donde ya existen. Tanto es así, que al conocerlos y ser visitados para realizar actividades de ocio y diversión, son comparados en el intento de informarse sobre los que están mejor dotados para la satisfacción de las necesidades a las que nos estamos refiriendo: relacionales, de ocio e identidad social. En última instancia, son centros que constituyen una red de la que se hecha mano cuando se viaja o se realizan actividades fuera de las poblaciones y centros de origen:

“– Maravilloso. – Yo estuve en ese sitio el año pasao o hace dos años que fuimos de excursión” (GD1/05, 20).

Pero, como ya se ha apuntado, los centros sociales así entendidos no dejan de ser una manifestación ambivalente de la situación de las personas mayores en nuestra sociedad. El avance general consolidado de las prestaciones del Estado de bienestar les permite agruparse en estos espacios sociales de confianza. Más, al mismo tiempo, consideran que no sólo se les aparta de los centros de decisión y participación, sino también socialmente. En su opinión, existe un confinamiento compasivo relacionado con la retirada de la vida activa, y sobre todo con la presunción de que al no haber recibido la formación necesaria durante la juventud, se encuentran incapacitados –y esto se les atribuye indiscriminadamente a todos los campos– para comprender y decidir en nuestra sociedad. La cuestión es que ningún colectivo puede salir indemne ante tales atribuciones y los mayores no son una excepción por más que se

pertrechen en su “sociedad de mayores”, en sus espacios y tiempos. Nadie como ellos sabe que están pero que no están. Y, por eso, en muchas ocasiones se manifiesta un punto de amargura por el que al final se desliza la confirmación de la sospecha: “*puede que no estemos suficientemente preparados*”⁵³. Si embargo, ello no les hace perder la conciencia de los derechos adquiridos por toda una vida de condiciones sociales extremas y duro trabajo.

Aunque se saben relativamente apartados socialmente, ello no significa que abandonen el intento de mantener y mejorar las prestaciones de las políticas sociales, mediante un asociacionismo casi específico. La constatación del desfase entre los altos niveles educativos y formativos actuales, y los de la sociedad que ellos conocieron –determinante de sus bajos niveles educativos reglados–, les aboca aún más a organizarse y asociarse para reivindicar los recursos y necesidades que ellos consideran justos para su vejez. Y si no lo hacen, nadie lo hará por ellos, vienen a decir⁵⁴:

“– *Se nos tiene apartaos como si fuéramos ahí... Y creo que las personas mayores no estamos preparadas, porque yo a los trece años estaba en una mina y no pude estudiar más. – Como no nos movamos nosotros, a casa nadie nos trae nada ¿eh? Tenemos que movernos y quejarnos de los..., de las necesidades que tenemos*” (GD1/05, 31-32).

No es sólo que las personas mayores pertenecientes a asociaciones, o que son más participativas, sean conscientes de la capacidad del conjunto de la vejez para influenciar y, aún, determinar unas elecciones políticas en cualquier ámbito. Más que esa potencial capacidad de influencia macropolítica, se trata de una concurrencia que se pretende nexo de los mayores con la sociedad y con la parte del Estado de bienestar que tiene las competencias de mayores. Y por otro lado, es un asociacionismo con un sentido de autorrealización personal y de cuidado de sí, tanto psíquico como físico. También esta participación es una vía

⁵³ El empeño en valorar los recursos educativos, en este caso, o los relacionales, laborales o económicos en función de su utilidad para los jóvenes y los adultos, resulta inadecuado cuando las personas ya no tienen esas edades. Ver, J. PÉREZ DÍAZ. *Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España...* p. 103. A pesar de su capacidad de adaptación e innovación, las personas mayores, por supuesto, tampoco están libres de caer en patrones analíticos inadecuados que a la postre les perjudican.

⁵⁴ Es importante señalar como las contribuciones de las personas mayores que estamos apuntando, se realizan en un contexto en el que la situación económica de muchos de ellos dista mucho de ser satisfactoria. Así, la distribución de las pensiones por tramos de cuantías sigue mostrando una concentración importante en los importes más bajos, pues más de la mitad de las pensiones en vigor –57,1%– son de rentas de hasta 600 euros mensuales. Y todavía por debajo de los 500 euros había más de dos millones de pensiones, el 28,5% del total. Cfr., L. PÉREZ ORTÍZ. “Protección social a la vejez”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Informe 2008. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 140 y 141.

Por otro lado, esas cifras sobre la cuantía de las pensiones las podemos complementar con el indicador de pobreza que utiliza la Unión Europea, la *tasa de riesgo de pobreza*, que es el porcentaje de personas con ingresos inferiores a un umbral de rentas que establece en el 60% de la renta mediana equivalente de cada país. En España, según este indicador la pobreza, alcanza al 20% de la población de todas las edades, pero al 31% de los mayores. Ver, L. PÉREZ ORTÍZ. “Situación económica y relación con el mercado de trabajo”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Informe 2008. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. p. 182.

de conexión con el contexto, a través de las personas que participan en las directivas de las diversas organizaciones de mayores, u otras inespecíficas en las que se encuentran presentes. Pero no es sólo un contacto técnico para, por ejemplo, pedir y recibir subvenciones, sin más. Es también –dado su relativo aislamiento– una suerte de intercambio social que reivindicando lo que son las personas mayores y sus merecimientos, pretende obtener los medios necesarios para seguir manteniendo, pongamos por caso, las actividades en los hogares y centros de jubilados, y acrecentar servicios como, por ejemplo, el servicio de ayuda a domicilio o de teleasistencia. Pero también es un intercambio hacia adentro. Para la mayoría de las personas mayores que van a los centros sociales, es una participación reforzadora de su identidad social mediante múltiples actividades que, completan su ausencia de formación, y los introduce en la para ellos novedosa esfera de la preocupación de sí, y de la autorrealización personal. Bien entendido, son actividades de carácter público que tienen sentido en la medida que se comparten con otros mayores. Podría hablarse de una deuda consigo mismo, contraída desde la corta infancia y la adultez –pues no tuvieron juventud–, y que ahora, con disponibilidad de tiempo, ellos quieren saldar utilizándolo de esta manera. En ese contexto de sentido conversacional, la vejez es vista por uno de los interlocutores como una posibilidad de realizar acciones que antes no pudieron llevar a cabo, un compromiso consigo mismo y con los otros, es decir, con el resto de la sociedad:

“– A eso me refería yo cuando hablaba del segundo aspecto, primero aceptarse, segundo buscar dentro de sí ese complemento que a uno le falta, que no puede realizar, que es el asociacionismo, que es ayudar a los demás, el educarse a sí mismo, el culturizarse” (GD2/05, 19).

Por todo lo visto, es elocuente que estas personas mayores más que desimplicarse adaptativamente después de la llegada de la jubilación y la vejez, lo que están haciendo es, precisamente, lo contrario: una activación que los compromete consigo mismos y con el entorno, haciéndoles sentirse y ser útiles socialmente. Aprovechar el tiempo en actividades valoradas siempre que se pueda, recreándose en el mundo social mientras que la salud y la autonomía lo permita. Así lo señala una de las mujeres mayores:

“– Y lo que tenemos que hacer es ocupar el tiempo en todo...” (GD4/05, 18).

Un activismo bien temperado, lo suficientemente diverso como para que algunas personas mayores –las más cualificadas– puedan continuar, de alguna manera, las profesiones y actividades realizadas antes de la jubilación que conformaron su identidad social. Pero también lo suficientemente variado para que otras, con una vida de trabajo más dura –la mayoría–, puedan simplemente pasar el tiempo y convivir con los demás, o realizar nuevas adquisiciones sugeridas, o actividades que un día quisieron realizar y no pudieron hacerlo.

Aunque es innegable la influencia de precursores y planificadores de actividades en la vigencia de este modelo activo –con las luces y sombras vistas–, lo cierto es que se trata de

una elección de las personas mayores, sostenida a lo largo del tiempo. Una opción que además capacita de manera creciente y cotidiana en las propias elecciones selectivas de las actividades. Un modelo activo, que tiene la virtud de adaptarse a las posibilidades y necesidades de la vejez en nuestra sociedad. De forma alternativa y simultánea, adaptación al relativo confinamiento social global, pues su novedosa supervivencia y presencia extensiva e intensiva –sin modelos de conducta posible de los que ya han transitado el camino–, determina, de vuelta, un reconocimiento como sujeto de derechos y dotaciones en el Estado de bienestar⁵⁵.

IV. El estatus social de las personas mayores y la protección social

El estatus social de cualquier generación, grupo, o periodo vital, de los que se pueda hablar en nuestra sociedad, está relacionado con la posición que ocupa con respecto a otros y, en consecuencia, forma parte de la ordenación existente en la estructura social. Sólo desde ahí es posible entender los roles sociales jugados y las oportunidades sociales conseguidas. Es notorio que el estatus social de la vejez y las personas mayores en nuestra sociedad es cuando menos ambiguo y no está claramente reconocido⁵⁶. Desde la perspectiva sociológica de las clases de edad y del ciclo de vida, se observa que si bien el contenido de cada uno de los periodos vitales ha ido cambiando, sus roles característicos permanecen: reproducción física y social en la infancia, experimentación, formación, aprendizaje y prácticas ciudadanas en la juventud, y producción material y social en la fase adulta. Sin embargo, en lo que respecta a la vejez, atendiendo a la construcción en nuestra sociedad de las formas concretas de ser mayor, tenemos dificultades para advertir cuál es su rol social en nuestra sociedad o, lo que es lo mismo, para reconocer funciones sociales específicas que sean dignas de ser llamadas como tal⁵⁷. Es verdad que en esa búsqueda podemos encontrar méritos contraídos, habilidades que son cada vez más apreciadas, y, en fin, roles sociales que, si bien fragmentados, recuerdan a otras épocas en las que la función social de la vejez era más clara y reconocida⁵⁸. Pero nos equivocariáramos si creyéramos que la agregación de todos ellos es suficiente para conformar un rol social global. Lo cierto es que la sociedad actual no ha sabido o no ha podido encontrar un cometido que dé identidad social a la vejez, estructurándola en relaciones de dependencia y diferenciación con respecto a otros periodos del ciclo vital.

Al saber y reconocer la naturaleza fragmentada y desigual de este estatus social, nos ponemos en la mejor disposición para comprender la situación general de la personas

⁵⁵ J. MCLNNES; J. PÉREZ DÍAZ. “La tercera revolución de la modernidad; la revolución reproductiva”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 122. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2008. p. 107.

⁵⁶ A. M. GUILLEMARD. *Análisis de las políticas de vejez en Europa*. Ministerio de Asuntos Sociales. 1992. p. 157 y ss. E. GIL CALVO. *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez...* p. 177 y ss.

⁵⁷ M. J. MIRANDA. “Aportaciones sociológicas a la gerontología y geriatría”, en: INSERSO. *La tercera edad en Europa. Necesidades y demandas*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1985. p. 249.

⁵⁸ G. MINOIS. *Historia social de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento...* p. 330 y ss.

mayores, y trasladarse al nivel de situaciones más concretas de la vida cotidiana que afectan a su consideración y trato político, social o institucional. Se trata de un estado ambivalente que tiene fallas y pliegues pronunciados, pero también prominentes salientes y cimas, pues además de dar cuenta de sus expectativas con respecto a un conjunto limitado de oportunidades, al ponerlas en relación con sus acciones y logros parciales pueden ser valoradas y ponderadas en su justa medida⁵⁹. En el debe, nos encontramos con que las personas mayores están apartadas o relegadas en nuestra sociedad, lo cual provoca que sea más un grupo receptor que un grupo sujeto⁶⁰; y, en el haber, se han conseguido, mantenido, y aumentado –y siguen haciéndolo– los niveles de protección social por más que aún no sea en la proporción necesaria. Es en la manifestación de esta confusa vinculación entre las justas dotaciones materiales de bienestar y las criticables constricciones morales y políticas hacia las personas mayores, donde residen la mayor parte de los problemas de apreciación, entendimiento y acción que podemos encontrar respecto a la vejez en nuestra sociedad. El desmantelamiento de una economía preponderantemente agraria, la autosuficiencia de los jóvenes –sus hijos– prontamente asalariados, junto al abandono general del mundo rural con las intensas migraciones hacia las ciudades, rompieron los fundamentos del ciclo vital y familiar de las personas de edades avanzadas. Como si fueran representantes de un tiempo pasado, y sin funciones claras en el presente, la visión de sus derechos sociales en nuestra sociedad se solapa a veces, ambivalentemente, con la de merma y devaluación social. En consecuencia, al tiempo que se implementan acciones que apoyan su emancipación e iniciativas, en otras ocasiones se refuerza su condición de colectivo protegido y tutelado, pero sin derecho a decidir sobre su presente y su futuro inmediato. Es decir, una vejez resignada a su suerte que, en todo caso, mantiene esperanzas de mejora encarnada en los otros.

Pero todo ello no significa que la sociedad deba esperar, o que las personas mayores deban esperar, a que les sea otorgado, mediante un proceso espontáneo de evolución cultural, un rol social sustantivo que determine un estatus social que haga justicia a sus obras y merecimientos. Al aceptar tal espera se estaría renunciando –para el futuro inmediato– al legítimo derecho de identidad que la vejez y las personas mayores necesitan. Y, al tiempo, ello vendría a tener un efecto confirmatorio de aquellas voces interesadas en la prolongación de su actual situación de relegación social. Por otro lado, aunque en cada generación existan trayectorias diferenciadas con distintas prácticas sociales, sería erróneo pensar en términos de borrón y cuenta nueva con respecto a la contribución de las nuevas generaciones que conformarían un rol social para la vejez. Más bien, parece que las experiencias y aprendizajes de las generaciones precedentes no caen en saco roto, siendo incorporados por las posteriores. Aunque el contexto social influye y estructura las vidas de las personas, también éstas pueden

⁵⁹ J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias...* p. 224.

⁶⁰ Recordemos que sujeto, individual o colectivo, se refiere a la voluntad de actuar, ser reconocido como actor y sostener un proyecto cultural propio que supone innovaciones y transformaciones sociales. Ver, L. GAITÁN. *Sociología de la infancia...* pp. 25 y 28.

influir con sus acciones, por más que los resultados muchas veces no sean los previstos. O lo que es lo mismo, aunque la situación de las personas mayores sigue estando sujeta por la carencia de rol, asociada con su postergación en muchas vertientes sociales, mediante sus acciones pueden influir en la mejora de la situación general de la vejez. Así, sostenemos que desde hace años las personas mayores, mediante estrategias de reconversión por las que buscan un cambio de su estatus social –tratando de rectificar la posición ocupada para no perder los derechos adquiridos y merecidos–, están cambiando el actual estado de cosas a través de roles parciales reconocidos para desempeñar en nuestra sociedad: cuidado y guarda legitimados socialmente, educación y responsabilidad moral, habilitación legal e institucional de la figura de los abuelos, transmisión de la experiencia vital y la memoria personal a las nuevas generaciones, entre otras⁶¹. De la misma forma, las personas mayores al estar variando profundamente las formas de verse y ver a las otras personas –intentando participar en la definición de la realidad que la sociedad tiene sobre ellas⁶²–, realizan la inversión principal necesaria para su autonomía personal y social: el reconocimiento del derecho a la independencia y la propia autorrealización y, por ende, a la de los otros. Partiendo de esas dificultades de identidad colectiva, se advierte un bloque de necesidades, medidas y prestaciones, orientado a la acción que va más allá del acceso a los recursos, inscribiéndose en el contexto de un relato de ASP que debe encontrar sentido en el propio argumento vital que las personas mayores expresan. El reforzamiento de medidas de búsqueda de identidad colectiva, de realización de sí y responsabilidad social, incidentes en su rol general, junto a la acentuación de medidas que acompañen, apoyen y refuercen sus iniciativas emergentes, son prestaciones morales e interactivas que deben complementar a aquellas que tienen un diseño más material de acceso a los recursos.

Si nos concentramos en los datos cualitativos y ajustamos el campo de mira, tenemos la oportunidad de fundamentar lo dicho hasta ahora –sobre la consideración y el estatus social de las personas mayores–, como aportaciones nucleares de lo que en su momento dijeron en los grupos de discusión, pero también de lo que callaron y se autocensuraron, por ejemplo, sobre el desafecto y el desdén social que por momentos sienten se les dispensa. Las frases no terminadas y el clima discursivo o conversacional son, como vamos a ver, suficientes para percibir una tensión emocional que nace del contexto social y debe devolverse hasta él: en forma de concepciones y acciones expertas que teniendo en cuenta la necesidad de un trabajo interactivo y relacional emancipador, apoye y escuche sus iniciativas con el objetivo de llegar a ser un grupo sujeto en la sociedad.

Es aclarador que en este tema sobre el estatus atribuido y percibido, la consideración dada y sentida, y el papel jugado y reconocido socialmente que hemos considerado como el eje de fuerza discursivo, se desarrolle desde la relación y distinción establecida entre familia y

⁶¹ M. ARENAS. *Familia y sociedad: mirar y ser mirado desde la vejez...* p. 99.

⁶² I. BRUNET; A. MORELL. “Sociología e historia: Norbert Elias y P. Bourdieu”, en: *Sociológica. Revista de Pensamiento Social*, núm. 4. La Coruña: Universidad de la Coruña. 2001. p. 129.

“sociedad”, determinando unas veces una fragmentación radical entre una y otra, y solapándose entre sí en otras ocasiones. Hemos de entender que la “sociedad” es para las personas mayores –por exclusión– todo lo que no es la familia, donde además se desarrollan las múltiples relaciones e interacciones sociales y los procesos de opinión pública, entre los que se incluyen los medios de comunicación. De esta forma, a causa de la sustantivación de las relaciones familiares que las personas mayores realizan, valoran el bienestar que supone la familia, extendiéndolo hasta la dimensión social más general. Pero en segunda instancia, ante los matices y contestaciones de las otras personas participantes en los grupos, se deja de asimilar sociedad a familia, cambiándose el signo del discurso: una cosa son las relaciones familiares y el bienestar que procuran, y otra la sociedad de la que no se percibe la consideración social necesaria que sí existe en las relaciones cercanas con los hijos, nietos o, por ejemplo, hermanos⁶³. Como es lógico, estas últimas siempre van a ser más intensas en cualquier circunstancia, pero lo relevante es que se contrapongan con las relaciones más amplias, resaltándose cierto desafecto social. Existe la percepción de que no se considera de la forma necesaria y justa a las personas mayores:

“– (...) y me digan ahí: abuelita haces arroz con leche pa catorce o haces pollo frito pa diecinueve y soy feliz. – Pero eso no es la sociedad, es la familia. – Yo hablo de familia” (GD3/05, 34).

En algunas críticas, propias y ajenas, realizadas a su actual situación, hay a menudo resonancias de un supuesto pasado caracterizado por el respeto social a la vejez, en cuanto depositaria y transmisora del saber social y la experiencia vital. Una suerte de consideración situada por encima de otras –*primus inter pares*– que denotando el imprescindible papel de la edad, les facultaba un papel reconocido y un trato respetuoso. Por contraste, hoy la sociedad sería un meritocracia del presente que, como la moda, por diferencia con la costumbre, valora el culto a las novedades y la emulación de modelos presentes, olvidando el saber de la experiencia⁶⁴. En realidad, no es que de principio sientan que hay hostilidad hacia ellas, sino, más bien, una indiferencia que los ubica en espacios sociales de circulación restringida. Sienten esta devaluación vinculándola a la pérdida de respeto, en general, que de inmediato lo relacionan con el cuestionamiento de la autoridad digna de ser considerada a partir de la edad y la experiencia. Y, como veremos más adelante, serían los jóvenes, en una imagen abstracta y forzada, quienes sobre todo encarnarían tal desconsideración:

“– Nos tratan con indiferencia. Somos uno más. – Ahora que, bueno, tratan igual a los viejos que a los jóvenes. – No respetan ni las edades ni el pelo

⁶³ L. PÉREZ ORTÍZ. *La estructura social de la vejez en España...* p. 54. Ver también, M. T. BAZO. “La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas”, en: *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, núm. 26. Barcelona: Sociedad Española de Geriatria y Gerontología. 1991. p. 64 y ss.

⁶⁴ A. MARTÍNEZ BARRERO. *La moda en las sociedades modernas. Mirar y hacerse mirar...* p. 28.

blanco ni nada. (...) Ni a los profesores respetan, cuando menos a los viejos”
(GD3/05, 36).

El cuestionamiento social de la vejez y de las personas mayores, siempre termina emergiendo en los grupos de discusión. Si acabamos de ver que, en primera instancia, la sociedad se asimilaba a las relaciones familiares más cercanas y queridas, –como si sólo existieran ellas–, ahora ocurre lo contrario: los cambios familiares no comprendidos, o causantes del abandono de las personas mayores, provocan una reacción defensiva. Y con ella el sentimiento de que la sociedad –además de indiferencia– incorpora un rechazo hacia la vejez. Por tanto, es plausible pensar que la calidad de las relaciones familiares y su eventualidad es harto influyente para su bienestar personal, pero también para sentirse más o menos cómodos, integrados y respetados en el mundo social. Aquel que se materializa desde relaciones más amplias que las de la propia familia:

“– No nos quieren, nos rechazan, nos rechazan. – La sociedad más incluso que los de casa” (GD1/05, 7).

No obstante, de la misma forma que manifiestan sus reservas y muestran su estupor ante algunos cambios sociales que les sumen en la incertidumbre, cuando se apela al conjunto de la sociedad y a las principales fuerzas e impulsos que la mueven y la configuran, a estas personas les preocupa el quedarse atrás. Y no sólo materialmente, respecto a los medios e ingresos económicos disponibles, sino también en lo social, entendido como la disposición de un lugar en el que poder estar y relacionarse con los demás y desde el cual –a su modo y tiempo– se suban al tren de los cambios que marca el progreso, en ocasiones representado en los cambios tecnológicos, en especial los relacionados con la sociedad de la información. Pero más allá de la voluntad de incorporarse a las últimas y principales tendencias que impulsan la sociedad, cada grupo o colectivo social –apuntan– tiene que tener el derecho y la posibilidad de modelar, al menos hasta cierto punto, los tiempos y contenidos de las acciones a sus necesidades. Hay, por tanto, un intento y preocupación de acompañarse a los cambios y transformaciones sociales, pero promoviendo modos, ritmos y comprensiones específicas para sus pensamientos y acciones desde la vejez. Y tal consideración no sería un bien gratuito o un regalo sino la recompensa merecida por el trabajo realizado:

“– Pero esto es el progreso, si no fuera así..., el progreso que avanza y estamos integraos. – Trabajamos muchísimo para levantar España de la ruina, y ahora justo es que a la vejez nos den algunas facilidades pa poder pasarlo un poco mejor” (GD3/05, 37).

Al hablar de esta forma, las personas mayores manifiestan que por una vida de trabajo en difíciles condiciones se han hecho ahora merecedores de un trato y consideración respetuosa. Pero al tiempo, tratan de que el aprecio no devenga sólo de los méritos pasados

sino también por sus obras y merecimientos en el presente de su vejez. Cuando comparan sus circunstancias y trayectoria pasada con su vida en la vejez, la situación actual siempre termina ganando. El arco de prestaciones provenientes del Estado de bienestar les asegura una calidad de vida que les lleva a mostrarse agradecidas, pues las difíciles condiciones del pasado les hacen apreciar aún más, si cabe, las ventajas actuales. Y más cuando los medios que se tienen son más bien escasos, funcionando como una suerte de propiedad social compartida de la que pueden disponer y disfrutar⁶⁵. En la investigación y los grupos realizados a mitad de la década de los noventa, en los que participaban las generaciones de la guerra y, sobre todo, de la postguerra, se expresaba incluso más vivamente el contraste entre las condiciones pasadas y la, aún incipiente, generalización de los servicios y prestaciones del Estado de bienestar. Por un lado, se tenía la esperanza de mejorar pero, por otro, su situación en la vejez estaba superando las expectativas y, en ese sentido, se expresaba un enorme agradecimiento ante estos apoyos y servicios –relativamente– inesperados:

“– Muy bien, muy bien, no tengo ninguna queja. Al contrario, siento que los que se marcharon pal otro mundo nunca supieron lo que era vivir. ¡Es que trabajar de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, y esclavos! (GD1/95, 6).

– Es muy de agradecer que la sociedad no nos dé de lao” (GD1/95, 17).

Es reseñable, entonces, que poco a poco las personas mayores han ido admitiendo que no sólo es la familia la única fuente de bienestar y protección para ellas. Así, mientras que el Estado de bienestar no se utilice como justificante para la disgregación familiar y el abandono, real y/o simbólico, de las personas mayores, y sus intervenciones se ajusten a esta premisa, sus apoyos y cuidados parecen ser bien entendidos y aceptados. Por otro lado, ante el funcionamiento y correcto trato percibido hacia la mayoría de las personas conocidas, las reservas hacia el Estado social terminan por desaparecer:

“– No, no, si las personas mayores yo creo que están bien atendidas. Por lo menos en mi concejo no hay queja ninguna. – Y en el mío tampoco. – No la encuentro, yo no la encuentro. – Yo aquí tampoco, la gente mayor está bien atendida” (GD3/05, 38).

Al igual que unas buenas relaciones familiares no implican mecánicamente un trato social amplio deferente y adecuado, la atención correcta de las agencias de bienestar a las personas mayores tampoco tiene por qué suponer el mismo trato y, en ese sentido, no se olvida la indiferencia y en ocasiones el sentido rechazo social. A pesar de la poderosa

⁶⁵ R. CASTEL; C. HAROCHE. *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo. Conversaciones sobre la construcción del individuo moderno*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones. 2003. p. 39. Ver también, F. ÁLVAREZ-URÍA. “Por una escuela pública, laica, republicana”, en: F. ÁLVAREZ-URÍA (ed.). *Sociología y educación. Textos e intervenciones de los sociólogos clásicos*. Madrid: Morata. 2007. p. 128.

capacidad performativa del sistema institucional protector, y del mencionado contraste entre las carencias de la vida pasada con la creciente calidad que permiten las prestaciones sociales dispensadas, de nuevo se diferencia entre su mundo y las relaciones sociales más generales – de “la sociedad”– menos satisfactorias para ellos. La aceptación significativa de los apoyos institucionales conlleva que su universo de socialidad se estructure a partir de las relaciones familiares, pero también, y novedosamente, desde las relaciones vinculadas con el Estado de bienestar y sus prestaciones y servicios: hogares y clubes, actividades de ocio y tiempo libre, centros de día, servicios sociales, ayuda familiar, etc.:

“– Hoy pasaron los años y fue mejorando mucho, hubo una transformación en España hasta el día de hoy, donde nos sentimos a gusto y bien. Pero vas por ahí, y claro, esto ya es harina de otro costal” (GD3/05, 36).

La juventud parece simbolizar el mencionado descontento con la sociedad, pues se estima que les relega a espacios y tiempos secundarios y devaluados. A nuestro entender, la explicación más plausible que encontramos para comprender este desafecto, es la que relaciona y contrasta la *necesidad*, experimentada por la mayoría de las personas mayores y entendida aquí como la adaptación a los bienes básicos disponibles e imprescindibles para la vida⁶⁶, con la aparición de los *estilos de vida* –a los que están asociados los jóvenes–, entendidos por las distinciones manifestadas de grupos sociales con diferentes posiciones en el espacio social y por la misma distancia respecto a otros estilos de vida⁶⁷.

Hay un momento de la historia de nuestra sociedad, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, en el que el nivel de vida se hace más soportable, despegándose hasta cierto punto de la necesidad y la disposición de lo inevitable e imprescindible. Y, de esta suerte, llega a ser posible realizar elecciones sobre los modos y formas de vida que incluyen su expresión en el mundo público y social. Las personas mayores, por sus condiciones de vida en el pasado, representarían la necesidad, mientras que los jóvenes personificarían los estilos de vida, por la utilización de variados canales de expresividad pública de su identidad y diferencias con los otros⁶⁸. De esta forma, la brecha existente entre ambos grupos generacionales supone su distanciamiento simbólico que, excepto en las relaciones de los abuelos con los nietos de menor edad, sanciona su separación real existente en la sociedad. Muchas de las cosas que los jóvenes hacen y piensan terminan por percibirse como un derroche que contrasta con sus vidas, tan sujetas en el pasado al máximo aprovechamiento de las oportunidades presentadas. Y al tratarse de una cultura caracterizada por la disciplina y la ética del trabajo y el esfuerzo, las energías empleadas por los jóvenes en el desarrollo de una parte de sus estilos de vida –la relacionada con la transgresión, la diversión y la experimentación vital– no estarían, a su entender, bien encauzadas.

⁶⁶ Q. RACIONERO. *Necesidad y libertad...* p. 66.

⁶⁷ P. BOURDIEU. *La distinción...* pp. 169 y 247.

⁶⁸ MARTINEZ BARRERO, A. *La moda en las sociedades modernas. Mirar y hacerse mirar...* p. 192.

El resultado de todo esto acaba siendo paradójico, pues las personas mayores se emplearon a fondo para que sus descendientes tuvieran una vida más fácil que la suya. Y lo consiguieron, pero uno de los efectos no buscados de sus acciones, son esos jóvenes –sus nietos– a los que, en no pocas ocasiones, identifican como los causantes de buena parte de los problemas que ven en la sociedad. No obstante, esa expiación hacia la juventud actual termina contestándose por algunos de los interlocutores de los grupos de discusión, pues –parafraseándolas– si se ha querido una vida mejor para sus familias, no se puede pedir que los jóvenes vivan igual que ellas en su corta juventud y su difícil adultez:

“– Mira lo que te digo: si hay un concierto que se suspende (...), vuelen sillas, rompen lo que sea y eso. – ¿Por qué no se concentren igual pa pedir un puesto de trabajo delante del gobierno autónomo? – La juventud es juventud, señora, usted también vivió su juventud. – No la viví, yo la juventud no la viví. – Oiga, ¿Y qué culpa tienen los de ahora? Claro, ¿Vamos a estar todos igual?” (GD4/05, 11).

Pero contribuir a mejorar la vida de las generaciones más jóvenes –apuntan–, no tiene nada que ver con los comportamientos que cuestionan y que pueden resumirse en la *“falta de respeto”*. Es lo que más les preocupa, reflejando sus disgustos más profundos con la sociedad, y lo que termina representando la relativa separación social en la que están inmersas⁶⁹. Olvidada y dejada atrás la ruptura generacional de los años sesenta y setenta, hoy las personas mayores afirman que las relaciones con sus hijos e hijas no suponen ya una preocupación –como consecuencia directa de sus habilidades educativas e instructivas–, sino que el problema lo encuentran en la educación que aquellos están dando a sus descendientes, a sus nietos. No obstante, abordado desde una perspectiva cíclica, es bastante probable que a una sociedad autoritaria con un modelo de educación rígida y en extremo disciplinada, le suceda, como contrapunto, una educación acentuadamente permisiva y laxa. Mucho más si se piensa que las actuales generaciones de jóvenes se socializaron íntegramente en el marco de la nueva sociedad democrática, una vez superada formalmente la sociedad autoritaria en la que vivieron y fueron instruidos sus padres. Visto así, habría un inapreciable hilo conector entre las personas mayores y la educación de sus nietos, en la que indirecta e involuntariamente han tenido su cuota de participación:

“– Las personas mayores nos llevamos bien con los hijos, pero no son precisamente hoy, ¡la juventud! Los hijos están enseñaos de la forma que les

⁶⁹ En las encuestas casi la mitad de la población, general, considera que el trato que reciben las personas mayores es regular, y una cuarta parte opina que el trato es malo. Sin embargo, la población mayor se muestra algo más optimista en este sentido: un 30% opina que la sociedad se comporta bien con las personas mayores, ocho puntos porcentuales más que entre los menores de 65 años. Ver, L. LORENZO; P. CASTEJÓN. “Formas de convivencia, relaciones personales y la experiencia de envejecer”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. p. 235.

hemos enseñao nosotros, pero ahora son los nietos los problemáticos” (GD1/05, 34).

“– Y, en general, entre la juventud hay poco respeto, en general, (...) muy poco respeto, es una pena” (GD3/05, 21).

Así, se enuncian los extremos que encarna el movimiento pendular encarnado en la fuerte normatividad de su generación, frente a la permisividad de la que disfrutaban sus nietos:

“– Yo creo que entre lo de antes y lo de ahora, hay demasiado. Pasamos de ir pa casa al toque de oración (...) a ir pa casa [los jóvenes] al toque de oración de la mañana” (GD1/05, 36-37).

La crítica de los mayores a la juventud y en relación a esto al trato recibido en la sociedad, no es algo anecdótico pues los jóvenes terminan por aglutinar buena parte de su descontento social. Su reprobación es sostenida y redundante en los textos discursivos, sobre todo una vez que las personas participantes dejan de resguardarse en el discurso normalizador de las que tienen más competencia comunicativa, y se implican en la discusión. De la misma forma, esa tacha a la juventud la podemos vincular con la práctica totalidad de los perfiles sociales de nuestros protagonistas. Tanto es así, que para las personas mayores el origen de los conflictos que puede presentar su consideración social, no se encuentra tanto en el poder político —que se relaciona con el sistema y prestaciones de bienestar recibidas—, como en el trato de los jóvenes a los que se vincula con la irreverencia social hacia la vejez:

“– Porque el problema de arriba abajo no lo tenemos. Los de arriba trátannos bien, lo que decían aquí es los de abajo arriba, que nos insultan y nos desprecian” (GD3/05, 37).

Es una tendencia que, con matices, se da desde la década pasada, pues a pesar de que se trata de distintas generaciones la reprobación de las personas mayores hacia los jóvenes es algo sostenido en el tiempo. La desconsideración hacia el saber de la experiencia y la falta de respeto, también eran presentadas a mediados de los años noventa como factores que fragmentaban los espacios sociales entre mayores y jóvenes:

“– Es que ellos creen, se creen que la juventud es eterna y no se dan cuenta que van a llegar como nosotros. –Es que ahora no se respeta a los mayores. Los jóvenes antes a un mayor se le respetaba más, ahora a los mayores no. ¡Y no les diga nada!” (GD2/95, 4).

Sin embargo, prosiguiendo con esta lógica discursiva, a nuestro entender los jóvenes no son tanto la causa real del malestar social de las personas mayores como la representación y encarnación de esa inquietud. Y esto no es raro en la medida que su subrayada expresividad social, muy relacionada con la transgresión y diversión en la primera juventud, contrasta con

la apostura esperada por los mayores. Por eso, más allá de las buenas relaciones que puedan existir entre abuelos y nietos de edad juvenil en la familia, la separación radical de la infancia que realizan, junto a los rituales de experimentación colectiva en los espacios públicos, terminan por provocar el estupor de las personas mayores que no llegan a comprender tales demostraciones. Para los jóvenes el asunto consiste, precisamente, en traspasar ciertos límites, en establecerse retos, en vulnerar el control social dirigido a ellos, e incluso en mostrar una cierta irrespetuosidad hacia todo lo que encarna la ordenación social de la que quieren liberarse⁷⁰. Lo importante es que estas expresiones no pueden ser tomadas como dirigidas contra nadie, pues sólo constituyen un espacio de búsqueda, una forma de controlar la cultura del propio límite y de reconocerse y reconocer a los otros⁷¹. Las manifestaciones del explicado contraste entre la adaptación a lo imprescindible por parte de las personas mayores, y los actuales conspicuos estilos de vida de los jóvenes, hace más elocuente la brecha vital y social que existe entre unas y otras generaciones. Por tanto, no es extraño que aquellas terminen encontrando en los jóvenes lo que menos les gusta y, en consecuencia, les vinculen con las causas de su malestar. Es decir, con el distanciamiento y la devaluación social en las que se perciben inmersas. Sus apelaciones abstractas al contagio virtuoso de la energía y pujanza transformadoras de la juventud que toda sociedad necesitaría, más que a la realidad apelan al deseo de tener en cuenta sus realizaciones pasadas y presentes y se les termine poniendo en el lugar que merecen:

“– Y la juventud al pie nuestro, pues nos animan muchísimo. – Hombre sí. – Es la vida la juventud es la vida. Si no hay juventud no hay vida” (GD1/05, 39).

El conflicto planteado sólo parece existir para las personas mayores y nunca para los jóvenes. Desde esa perspectiva se descarta el conflicto generacional. Al contrario, pues en una comparación de los medios sociales detraídos para su emancipación, la juventud podría sentirse perjudicada en relación a otras etapas vitales, incluida la vejez. En definitiva, habría que elucidar porqué las personas mayores actuales materializan su descontento social en la juventud y los jóvenes. Por un lado, no es sólo que ocupen lugares públicos de exclusión recíproca, sino que tal separación física y social termina por simbolizar sus espacios sociales exclusivos, por los que se desencuentran y hasta se oponen en la sociedad. Es decir, el espacio social que los posiciona, aislándolos y separándolos, se retraduce en el consiguiente espacio físico público, más allá de sus relaciones en las familias⁷². Aún sabiendo que existen elementos reales que justifican sus diferencias, no es menos cierto que su separación espacial y social es el origen de gran parte de las incomprensiones y carencias en su entendimiento comunicativo. La visión estereotipada que se deriva de su alejamiento, junto a la acusada

⁷⁰ M. ARENAS. ARENAS, *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 104 y ss.

⁷¹ E. GIL CALVO. *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías...* p. 111 y ss.

⁷² P. BOURDIEU. “Efectos de lugar”, en: P. BOURDIEU (ed.). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal. 1999. p. 120.

expresividad social juvenil con la que se informa de sus estilos de vida –desconcertantes para las personas mayores–, terminan por explicar las causas para encarnar en los jóvenes su malestar y desplazamiento. Por las mismas razones, la misma apariencia externa de una y otra parte, con *hexis* corporales notablemente contrastantes⁷³, al denotar la distancia tampoco facilita una comunicación espontánea entre ellos.

En ese contexto de malentendidos y desencuentros, sería preciso impulsar y profundizar en una ASP que facilite el acercamiento no excepcional entre las personas mayores y los jóvenes. Tal aproximación estaría fundamentada en las aportaciones instrumentales y expresivas, tangibles e intangibles, que recíprocamente se pueden hacer pero que aún hoy no se reconocen. Así, como vamos a ver, las personas mayores aciertan cuando señalan la comunicación como algo imprescindible para cualquier grupo social que quiera ser reconocido y reconocerse. Pero no sólo, también es una precondition para avanzar en el desencuentro de los mayores con los jóvenes –que es producto de atribuciones y generalizaciones injustificadas–, así como para el abordaje de la incompreensión social que venimos señalando:

“– *Es lo que necesitan los mayores, que hablemos, que hablen con nosotros. – Si, si, que hablen con nosotros, sí*” (GD3/05, p. 3).

Es conocido que la incomunicación que se deriva de la distancia física y social, provoca malentendidos y conflictos que no por muchas veces analizados y desvelados causalmente terminan por afrontarse. La tendencia a la división social en compartimentos estancos, asegura espacios propios a los colectivos y sectores sociales pero impide la comunicación y, por tanto, la convivencia. Cuando esto es así, se fomentan unas relaciones distantes y desapegadas que, al tiempo que evitan posibles conflictos, producen un extrañamiento entre personas y grupos. En el caso que nos ocupa, la juventud ensimismada en sus experiencias vitales de aprendizaje, en su formación y en su aproximación a la inserción laboral, y la vejez intentando revertir el vacío existencial que ha pergeñado para ellas una sociedad que en el mejor de los casos las mira como receptoras pasivas de las prestaciones del Estado de bienestar⁷⁴. Y esto, sin duda, no es poco si pensamos en su pasado, pero en el presente se necesita bastante más.

En cualquier caso, para comprender a los otros –lo que hacen y por qué lo hacen– es imprescindible abrir canales de comunicación que favorezcan la difuminación del estereotipo formado en el curso del alejamiento recíproco, cuando lo que se sabe de ellos no está basado en relaciones directas sino en informaciones sujetas a las actitudes defensivas que fomenta el pánico del aislamiento. Ésta es la primera condición, y desde ella se puede desligar la

⁷³ *Hexis* corporal como un conjunto de actitudes, representaciones y percepciones que los sujetos tienen sobre el cuerpo. Ver, P. BOURDIEU. *¿Qué significa hablar?...* pp. 59 y 60.

⁷⁴ El presupuesto de pasividad y relegación que a veces se impone ya está presente en nuestra sociedad desde la modernidad industrial. Ver, A. M. GUILLEMARD. *Análisis de las políticas de vejez en Europa...* p. 146 y ss.

responsabilidad de las carencias del estatus social de las personas mayores, de la relación específica –con sus ausencias– que tienen con los jóvenes⁷⁵:

“– *El problema de los jóvenes es que tenía que haber más comunicación entre las generaciones, porque claro, el problema generacional es universal*” (GD3/05, 38).

Asimismo, reconocer que lo que ven en los jóvenes no termina siendo más que un reflejo de sus disgustos con la sociedad, de sus desacuerdos con ella que, a su vez, están condicionados por la situación de paternalismo compasivo y relegación social a la que son desplazadas. Pero, como apuntaba una de las interlocutoras en el contexto conversacional, para que los jóvenes lleguen a conocer sus méritos pasados y la recreación actual de su presente, debe continuarse profundizando en acciones intergeneracionales que impliquen el conocimiento y la relación entre ellos. Las personas mayores, como memoria viva y capacitado sujeto reflexivo de sus vidas, pueden ayudar a los jóvenes a trazar una línea entre el pasado y el presente.

Pero también ellas mismas al escuchar a los jóvenes, podrán comprender mejor a esta sociedad, así como el papel que están jugando y que debían jugar en ella. La transmisión de los afectos, emociones y sentimientos, y la mejor forma de afrontar los aprendizajes emocionales del curso de la vida, debe ocupar un lugar sustantivo en el espacio de interacción fomentada entre mayores y jóvenes⁷⁶. Es una posibilidad comprensiva que se apunta no sólo como un aspecto transversal, sino también como un objetivo, por sí mismo, que puede aportar aprendizajes impagables a los más jóvenes y al tiempo ayudar en la legitimación social de las personas mayores. En ese sentido, no es casualidad que en las personas de edad avanzada los sentimientos positivos se generalizan frente a las pérdidas que presiden este período⁷⁷.

Aunque lo visto hasta aquí se puede hacer extensible a las *personas mayores del mundo rural*, es necesario comentar algunas cuestiones específicas sobre ellas⁷⁸. El estatus social de las personas mayores, como el de cualquier otro grupo social, se estructura en forma de actitudes, creencias, normas, y sus relaciones, siendo relativamente independiente de su ubicación ecológica o espacial. Desde nuestro interés por comprender la situación de las personas mayores que no habitan en un entorno urbano y vislumbrar orientaciones de acción, –antesala de actividades concretas dirigidas a ellas– nos vamos a referir ahora a personas que

⁷⁵ La comunicación y la relación entre mayores y jóvenes existe, sea del tipo que sea. Uno de los axiomas de la comunicación es que dejar de comunicar es imposible. Ver, WATZLAWICH, P.; BEAVIN, J. H.; JACKSON, D. D. *Teoría de la comunicación humana...* p. 49 y ss.

⁷⁶ E. BERICAT. “La sociología de la emoción y la emoción en sociología”, en: *PAPERS*, núm. 62. 2000. p. 147 y ss.

⁷⁷ L. PÉREZ ORTÍZ. “Comportamientos y actitudes políticas”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. p. 286.

⁷⁸ Siguiendo el caso de Asturias, entresacamos algunas aportaciones y aproximaciones que, pensamos, se pueden hacer extensibles al conjunto de la vejez. Ver, J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias...* p. 235.

se dedican, o lo hicieron en su momento, a labores agrícolas o ganaderas en espacios y asentamientos relativamente alejados de los núcleos urbanos. Es preciso reconvenir que algunas de las transformaciones de los últimos años, como la organización y vertebración territorial, la interpenetración comunitaria, la dotación de equipamientos, la implantación de tecnologías de la información y la comunicación, el fomento del turismo, y la creciente influencia de los *media*, entre otras, no han conseguido anticiparse a la sangría migratoria y demográfica. En cualquier caso, tales cambios han supuesto la transformación de lo rural en una suerte de continuo rural-urbano, arrinconando la clásica dicotomía ciudad-campo tantas veces fructífera⁷⁹. Conviene aclarar que esto no significa que, a partir de tales mudanzas, lo rural se haya convertido en un apéndice de la ciudad sin distinciones posibles con ella. Antes bien, lo que viene ocurriendo es una adaptación original a las nuevas situaciones sin perder algunas de sus características esenciales. Así, podemos hablar de lugares en los que se dan procesos de acción a distancia, con interactuaciones entre fuerzas globales y condiciones locales que se comprenden en su contexto estructural y territorial⁸⁰.

Desde esta perspectiva, es significativo que en los textos discursivos que hemos venido manejando, con ser significativa la distancia social de los mayores en el medio rural, asociándose en muchas ocasiones lo envejecido con lo rural, nunca es tanta como la distancia física que condiciona la retraducción entre una y otra. En esta ocasión, más que la complejidad del problema o la necesidad de un análisis profundo, lo que muestran las narraciones es la sentida indefensión generada cuando la vejez va unida a la homogeneidad demográfica, a la devaluación del espacio rural y a la vida tradicional a él vinculada, así como al relativo abandono social causado por las migraciones:

“– Y tenemos lo que hablamos, el campo que no nos vale pa na. No nos ayudaron, en eso estamos completamente arruinados porque francamente no tiene vida. (...). La cuestión que hablamos de los viejos, ya está, pero este problema es de todos, que tenemos tantos hijos y todos están...” (GD3/05, 25).

Si hoy los enfoques sobre la vejez fueran los meramente biológicos, como hasta hace pocos años, la situación de las personas mayores en ese medio estaría aún más balizada de dificultades. De un lado, porque a pesar de la mejora de las comunicaciones geográficas y virtuales, la distancia física marca la sensación de aislamiento, y, de otro lado, porque las personas mayores se han quedado solas, entre ellas. Ahora bien, sin querer esconder los límites existentes, sabemos que la vida es una continua adaptación psicológica y social a las nuevas situaciones que, además, es relativamente autónoma del paso físico del tiempo. En consecuencia contemplar la readaptación de la vejez en ese medio tan diferente al que

⁷⁹ R. GUBERT. “Campo”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dirs.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. p. 209 y ss.

⁸⁰ G. DEL CERRO. “Ciudades y globalización: un enfoque teórico”, en: *Revista Española de Sociología*, núm. 4. Madrid: Federación Española de Sociología. 2004. p. 200 y ss.

conocieron y vivieron durante toda su vida, implica considerar en los planes y actuaciones del Estado de bienestar, tanto el aislamiento social como el físico y su relación con el éxodo de las jóvenes generaciones⁸¹. Es paradójico, ya que donde más se requiere la participación de la familia es allí donde se advierte que las personas mayores se han quedado solas, pues los más jóvenes se han ido marchando. Y no es sólo que echen en falta las interacciones sociales cercanas intra o interfamiliares y vecinales, sino que también extrañan la ayuda que requiere la supervivencia en tal medio, cuya carencia ahora en la vejez provoca un cierto sentimiento de desamparo. Además, la marcha de la juventud ha provocado la homogeneidad demográfica limitando la posibilidad de reproducción biológica y en gran parte también de la social⁸²:

“– Es que entonces somos cuatro viejos los que quedan, y dentro de ocho años o diez años no hay ninguno. – Es que en esos pueblos ya no quedan más que viejos” (GD3/05, 25).

Constatando que las evidentes transformaciones habidas en los últimos años no han conseguido frenar el éxodo del mundo rural, se esgrime un sentimiento de frustración y reproche al pensarse que de haber hecho las cosas a tiempo sus descendientes no se hubieran marchado. Más lo peor de todo es que puede tratarse de un proceso irreversible, pues saben que la vida en el campo no es muy apreciada por las jóvenes generaciones. En concreto, por aquellos que, como sus propios nietos, un día podrían haber vuelto. Al buscar explicaciones de lo que está pasando, las personas mayores recuerdan que –doblegando sus expectativas a sus escasas oportunidades– ellas no tuvieron posibilidad de elección y, por tal causa, con gran esfuerzo intentaron que sus hijos tuvieran más posibilidades que ellos para decidir lo que querían hacer. Al tener éxito en este empeño, las pretensiones resultantes de sus descendientes o bien ya no coinciden con sus expectativas de continuidad de un modo de vida, o bien la ampliación de las posibilidades de elección les ha llevado a otros lugares donde tienen más posibilidades de ejercer las ocupaciones para las que se habían preparado:

“– Nosotros los estudiamos pa que no trabajaran tanto como nosotros. Y todos tienen una profesión u oficio. Nadie, nadie quiere volver al campo, están esperando su oportunidad” (GD3/05, 27).

En cierto modo, es un efecto perverso del esfuerzo por proporcionar una educación a sus hijos. Y lo es porque, como apuntan, el problema no estriba en la transformación de los

⁸¹ Aunque el efecto de la distancia física y social es similar en cualquier ámbito, la mayor o menor complejidad orográfica es un factor a tener en cuenta en la planificación de los servicios. La concentración de la población, aunque sea en municipios pequeños, y la accesibilidad –por ejemplo en las dos Castillas– contrasta con la dispersión poblacional y la dificultad de acceso en todas las comarcas de montaña. Ver, P. RODRIGUEZ. “Envejecimiento en el mundo rural: necesidades singulares, políticas específicas”, en: *Boletín sobre envejecimiento. Perfiles y tendencias*, núm. 11. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2004. p. 4.

⁸² Según datos del padrón municipal de 2007, el 27,4% de las personas mayores viven en hábitats rurales, de las cuales un 10,5 % lo hacen en hábitats rurales de menos de dos mil habitantes, y un 16,9 % en hábitats intermedios. Fuente: INE.

trabajos agrícolas o ganaderos a causa de la mecanización, o por la utilización de las nuevas tecnologías, o por su sustitución por otras ocupaciones ajenas al campo, sino porque tal formación y cualificación ha significado el éxodo de sus descendientes, que han sido atraídos y abocados a buscarse la vida en otros lugares donde hubiera más oportunidades. De esta forma, el traslado de las generaciones más jóvenes ha provocado que las personas mayores se perciban aún más aisladas:

“– Pero yo me refiero a que en el pueblo había más gente, más juventud; y no diecinueve viejos que vivimos uno en cada casa y los fines de semana nos vienen los nietos si tienen ganas” (GD3/05, 27).

Es la constatación de la irreversibilidad del proceso por la que los jóvenes se siguen marchando, mientras ellas se quedan hasta el final donde siempre vivieron y trabajaron, sin atisbar, siquiera, una posibilidad para que cambie la tendencia y comiencen a volver otras gentes, generando nuevos recursos, actividades y ocupaciones:

“– De donde somos nosotros, de los viejos, nun marcha nadie de allí” (GD1/05, 8).

“– Claro los que morimos somos los viejos, y los jóvenes vanse” (GD3/05, 27).

El éxodo de las generaciones más jóvenes, de sus hijos y nietos, y la imposibilidad del contacto más o menos cotidiano con ellas, dificulta los procesos de búsqueda y forja de identidades de las personas mayores. Dado que las situaciones ocupadas y la autopercepción social dependen de las relaciones con los otros, y de los sentidos construidos en los cursos relacionales⁸³, corren el riesgo de perderse al no tener referentes de socialidad directos en los que apoyarse, sean o no conflictivos. Es cierto que los contactos esporádicos con la familia, junto a la nada desdeñable socialización parcial de los medios de comunicación pueden paliar esto, en cierta medida. Sin embargo, no es suficiente pues todas aquellas personas y sujetos sociales para los que podrían ser algo desde su vejez y desde su vinculación espacial, no forman parte de ese mundo de referentes cotidianos, sólo a partir de los cuales –y más aún en estas generaciones– se pueden tejer los procesos de identidad y diferenciación social. Si esto es así, parece evidente la necesidad de una doble readaptación de las personas mayores en el medio rural o, si se quiere, en este continuo rural-urbano, pues además de la que en sí misma constituye la vejez, deben hacerla en un clima de homogeneidad social, con una presencia desproporcionada de personas mayores en relación a las otras generaciones y periodos vitales. En las condiciones de penuria económica y social en la que vivieron su juventud y adultez, las consecuencias de una situación parecida, hubiera sido el paulatino abandono y la asunción de la fuerza de los hechos, por no hablar del incierto traslado a otro lugar. Pero lo extraordinario es que hoy esto no tiene por qué ser así, pues la implantación creciente de las agencias del

⁸³ M. WOLF. *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra. 1982. p. 54 y ss.

Estado de bienestar correspondientes, además de suponer atención o dotación de recursos materiales, constituyen un factor de dinamización social a partir de la mera presencia de los profesionales y personas que trabajan en él, que, en lo que cabe, palian el problema de la uniformidad sociodemográfica. En cualquier caso, en ese doble proceso de readaptación no podemos olvidarnos de las propias personas mayores, ni de las interacciones y vinculaciones que establecen entre ellas. Y no sólo nos referimos a las consecuentes de la vecindad, sino también a las que resultan de la activación impulsada desde el Estado de bienestar:

“– Creo que lo ideal para todos nosotros es convivir, ayudarnos unos a otros. Es lo principal, es lo que es” (GD3/05, 26).

Una vez que se constata y lamenta la partida de las generaciones más jóvenes, que imposibilita unas relaciones más cotidianas con ellas, la postura parece ir por la reagrupación, la sociabilidad y la ayuda mutua entre las propias personas mayores. En definitiva, hacer de la necesidad virtud, aceptando la situación, y, partiendo de ahí, tratar de aprovechar las oportunidades que desde ella se vayan presentando.

Por lo tanto, vemos que existen componentes distintivos vitales y sociales apreciables en las personas mayores alejadas del medio urbano. Por un lado, la construcción de su devenir extradoméstico y público es muy similar, traducándose en la convivencia y actividades que se van articulando al socaire de los cada vez más implantados equipamientos y servicios de bienestar social. Pero más allá de esto, el importante éxodo de sus descendientes, rompiendo la lógica del ciclo vital y la reproducción material de la sociedad, provoca que las diferencias sean sustantivas, pues las mujeres y hombres que siempre han vivido y trabajado en el campo, encuentran dificultades referenciales para armar los necesarios procesos de estructuración y reciprocidad social.

Volviendo a la generalidad de nuestros protagonistas, lo que se deduce finalmente de este acercamiento parcial a través de los contenidos y sugerencias encontradas en los textos discursivos, es que las salidas a la cuestión social de las personas mayores y la vejez en nuestra sociedad son forzosamente fragmentadas. No obstante, ello no quiere decir que debamos sustraernos a la perfección y globalidad de relatos utópicos que no pueden advertir las contribuciones sociales específicas. Al contrario, en nuestro trayecto en este capítulo hemos tratado de ver cómo las personas mayores, con especial mención y comprensión a las mujeres, en condiciones no precisamente fáciles, están intentando reinventarse a sí mismas. En ese sentido, hay que reiterar que su vida está dejando de ser una vejez resignada, frente a la ambivalencia social que los protege como receptores de servicios del Estado de bienestar, pero los relega como protagonistas sociales y de sus vidas. Intuyendo y sabiendo de las dificultades para un cambio general inminente de este proceso, de mano intentan mejoras parciales que, sobre todo, tratan de incidir en la mejora de la convivencia intrageneracional; al hilo de los aprendizajes asociados con la realización de actividades culturales y de ocio. Y desde esa perspectiva, con su reconocimiento y apreciación de tales activaciones, ponen la

atención en el agrandamiento y recreación progresiva de sus espacios de autonomía social en la gestión cotidiana de los asuntos que les interesan⁸⁴. Constituye, pues, una forma y una suerte de establecimiento de relaciones binómicas entre responsabilidades y derechos, que al tiempo les aleja de la infantilización patológica a la que estaría abocada una vejez modelada según los clichés del declive y muerte biológica y social. La condición de su participación y aprendizaje es imprescindible cuando hablamos de la vejez, ya que por sus características siempre va a tener relaciones cercanas con el Estado de bienestar en su más amplia acepción:

“– Sí, que tuviesen un contacto entre ellas y que se enseñaran las cosas, pero no que estamos aquí digamos, que nos meten así, nos encajonan en el salón de baile, en el salón de este...” (GD4/05, 39).

Hoy la vejez ya no es sólo un periodo vital necesariamente mirado sólo hacia atrás, hacia el pasado. En la medida que se trata de un lapso prolongado de tiempo que, además, puede ser vivido con una razonable calidad de vida, es preciso arrinconar las metafóricas vinculaciones reductoras y devaluadoras que a veces se establecen con ella. Pues, en efecto, para cambiar las maneras en que la sociedad ha hecho a las personas mayores, ellas intuyen que es necesario cambiar la visión de resignación y pasividad que una parte de la sociedad aún tiene sobre ellas. El compromiso con la vida supone hacer un reconocimiento de los propios límites, sabiendo que se trata de un proceso construido que desde unas condiciones mínimas depende en buena parte cómo se intente vivir. Por tanto, se trata de capacidad de adaptación, pero también de proyectarse biográficamente en un tiempo que es lo suficientemente amplio para reforzar y recrear nuevas estrategias de vida:

“– Y porque me muevo mucho en sitios. No me quiero quedar... Yo tengo setenta y siete años ya, no soy una cría. – Y yo setenta y dos, y cómo te desenvuelves de bien, ¿Eh? – Y yo no me quiero quedar...” (GD4/05, 16).

Y de eso precisamente se trata. De vivir lo mejor posible el tiempo que se pueda, pero sin olvidarse nunca de aquellas personas que no pudiendo valerse por sí mismas, total o parcialmente, necesitan de los apoyos materiales y morales del Estado de bienestar. Para estas generaciones que han vivido condiciones muy duras y, en el caso de las mujeres, han debido subordinar sus vidas a las vidas de los otros, la vejez como periodo vital constituye una nueva oportunidad para desarrollar un proyecto de vida que resulte atractivo. Por sus acciones comunicativas en ello parece que están:

“– El vivir solas a una edad, por ejemplo de sesenta años pa arriba no es tan difícil. Si, es estupendo se vive de maravilla. – Según como sea la compañía. – Mira, nadie te da la vara, estás en la gloria” (GD4/05, 16).

⁸⁴ DUTOIT, M.; SAINT-PÉ, M-C. *Une forme inédite de participation des usagers...* p. 251.

“– Porque siempre estoy en algún sitio. Aquella señora me conoce y del barrio, y eso, y dice siempre está en, siempre está en una reunión p`aquí, otra reunión p`llí” (GD4/05, 29).

Más allá de un rol social global con funciones reconocidas y legitimadas socialmente, los intentos van por encontrar espacios sociales parciales donde en la cotidianeidad de las relaciones familiares y sociales, y desde la conquista de espacios públicos novedosos mediante actividades diversas, sean reconocidas y se reconozcan entre sí. Y tales contribuciones por muy fragmentadas que sean, significarán un aprendizaje impagable para las próximas generaciones de personas mayores que están por venir.

A modo de conclusión, en el espacio anterior y preparatorio de proyectos y actuaciones dirigidos a las personas mayores, nos encontramos con un arsenal de preceptos de acción, de argumentos y relatos, que nos sugieren potenciales grupos de actividades y sentidos para una ASP que se incardine en las necesidades materiales y morales, que manifiestan y tienen. Es patente que una lectura comprensiva de los enunciados discursivos favorece de inmediato la lectura realizativa de la acción necesaria, siendo posible establecer una continuidad objetiva entre la comprensión y la acción. Con la posibilidad de llegar hasta bloques de acciones concretas que podrían ser inscritas en un ámbito institucional, organizativo y técnico. Estamos, pues, ante un triángulo relacional, acción social, acción experta, e instituciones y organizaciones de bienestar, que debe mantener un equilibrio para producir una ASP que sea lo más posible acorde con las necesidades de los ciudadanos y adaptada al trato –como instrumento y objetivo– de tales interacciones y relaciones. Cuando se pierde la relación entre acción experta y acción social en sí, asentándose a lo largo del tiempo la inercia organizativa y burocrática, se tiende a perder la realidad y necesidades de los ciudadanos. Si dejamos de lado la elección y diseño concreto de cada acción, lo cual no es nuestro propósito aquí, el asunto consiste en asentarnos en un territorio para la acción de las personas mayores en nuestra sociedad. Hemos analizado sus discursos precisamente con ese objetivo: destacar componentes argumentales de ASP. Al respecto, es preciso recordar y tener en cuenta que la acción no es sólo el acto físico o interactivo que la cumple, y provoca otras nuevas acciones propias o ajenas, sino también el proceso de su concepción, proyección y desarrollo.

Más allá de otras consideraciones, las acciones de apoyo hacia las personas mayores deben comenzar a sostenerse a partir de la constatación de su descapitalización social y la ausencia de un rol y estatus social en nuestra sociedad. Un papel social legitimado y reconocido que jugar. Esto traducido a la vida cotidiana significa un cierto desapego y desconsideración social hacia ellas. Por tanto, en el horizonte de la acción es preciso tener en cuenta este punto de partida transversal. Sin embargo, este hecho general como encauzador de acciones, no debe ocultar que las personas mayores son sujetos de derechos sociales que se concretan a través del acceso creciente a conjuntos de prestaciones y servicios que les aportan

seguridad y confianza, actuando como restitución social ante toda una vida en difíciles condiciones materiales y morales. Empero, si miramos al conjunto de necesidades sociales que las personas y los grupos necesitan satisfacer, existe un problema que está directamente relacionado con la ausencia de un rol general que jugar: nos referimos a ser sólo objeto de prestaciones sociales, a ser más receptores de servicios que definidores de ellos, en definitiva, a ser más grupo objeto que sujeto. A pesar de la creciente calidad de las prestaciones y servicios recibidos, estructurados como un verdadero derecho social, están diseñados para asentar un espacio propio aunque apartado y relegado socialmente, a modo de un desplazamiento de calidad en su espacio social que no está interpenetrado por otros, excepto desde el punto de vista de las propias familias. Esta construcción deficitaria se extiende y manifiesta en cada acto, en cada acción y en cada servicio, devolviéndose así elaborada a las mismas personas mayores.

En efecto, el canal de nexo con la sociedad general es la familia, además del Estado de bienestar, en un sentido amplio. Es elocuente que al ser la familia la pequeña constelación relacional más importante y donde, en general, se sienten más queridos y considerados, se diferencie de “la sociedad” donde por el contrario, tiene lugar el desapego, la desconsideración y hasta una cierta hostilidad. Y no es que ellas no intenten incorporarse al presentismo social, a la rapidez y a los flujos sociales que caracterizan a la sociedad actual, sino que lo que ocurre es que la sociedad juega con imágenes enquistadas, imágenes detenidas en un supuesto tiempo que ya no tiene mucho que ver con ellas. En cualquier caso, reivindican la necesidad de que la sociedad se pluralice en los actos concretos y, como cualquier otro grupo o sector social, demandan que no uniformice a las personas con la justificación de que existe una forma de vida mejor que otras. Pero el aislamiento y la separación no sólo exponen a las personas mayores a recibir imágenes discordantes de su realidad y obras, pues también existe el riesgo contrario, en el sentido de que ellas mismas reencarnen el malestar y desapego de la sociedad en la juventud y los jóvenes, como de hecho así parece ocurrir.

Ante todo esto, la vejez actual, con generaciones que vivieron su juventud en la postguerra y en los años cincuenta, ha dejado atrás la resignación y la aceptación pasiva de lo que otros han decidido por ella. Pero no se trata de una irrupción general o fuertemente expresiva y conspicua, sino que se va desarrollando en pequeños actos que, mirados en conjunto y profundidad, suponen un cambio sustantivo que debe apreciarse y reforzarse desde las formas de acción e intervención en el Estado social. En definitiva alentarlas respetando su iniciativa, identidad y autonomía. Así, no basta con que la sociedad y, sobre todo, sus familias reconozcan sus difíciles condiciones de vida y méritos del pasado, sino que es preciso que también se descubran sus contribuciones, iniciativas y méritos del presente. La familia y el Estado social como los elementos estructurantes y nucleadores de sus vidas, contrasta con la sociedad como el espacio de amplio espectro donde no se sienten tan a gusto, pues ésta les devuelve una imagen devaluada. Los proyectos de acción deben contemplar esta doble

articulación, buscando actuaciones concretas que desentrañen el que las personas mayores encarnen en los jóvenes su malestar con la sociedad. Su expresividad social y unos estilos de vida que contrastan con la austeridad con la que han llegado a la vejez las personas mayores actuales, son causantes de que la falta de respeto social sentida quede representada para ellas en los jóvenes. Se advierte, entonces que los ineludibles pasos de búsqueda y estructuración material de funciones que jugar, van unidos al apoyo de acercamientos y comunicaciones entre unos y otros donde, en el proceso, los aprendizajes recíprocos y la comprensión del mundo social actual, tienen que ocupar un lugar axial para construir un espacio común que respete las particularidades respectivas.

En el mundo rural, conformado ahora como un continuo rural-urbano, el éxodo de las generaciones más jóvenes ha determinado que las personas mayores hayan tendido a quedarse solas, sin sus familias. La importancia del Estado social aquí es capital, pues no sólo provee de recursos sino también de identidad social, entre ellas, aportando al menos mayor heterogeneidad demográfica y social a partir de los agentes que trabajan en él. Se impone entonces profundizar en el trabajo de apoyos, observación y traducción de sus iniciativas, en un trabajo promocional que, al tiempo que facilite la fluidez demográfica y social, frene la devaluación a la que está vinculada el mundo rural, a su vez ahora forzosamente asociado a las personas mayores.

Se impone entonces continuar profundizando en la estructuración de los servicios, centros y equipamientos para la vejez, favoreciendo su conformación intergeneracional, si bien con una acción construida bajo el principio de la sustantivación de sus iniciativas. En realidad el horizonte de la ASP debe conformarse a partir de la premisa de que los recursos, servicios y actividades inspirados en la progresiva ampliación del mundo social de los mayores deben servirles como apoyos materiales y morales. Fijarse en sus prácticas, observar como recomponen progresivamente su rol social a través de acciones parciales que adquieren dimensión sociológica y les legitiman crecientemente ante al sociedad, debe ser el objetivo transversal que impulse una ASP para las personas mayores.

CAPÍTULO 5

SOCIEDAD, ACULTURACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL: LA MINORÍA GITANA

I. Apertura a la cuestión gitana: mundo social, comprensión y acción sistémica

Tras los jóvenes y los mayores, la minoría gitana es uno de los colectivos más característicos en las relaciones establecidas entre el Estado social en España y por las formas de acción social proyectada –ASP– implicadas en ellas. Si el universalismo del bienestar supone una creciente articulación de medidas orientada hacia todos los sectores, colectivos sociales y personas, con la *minoría gitana* pretendemos completar el arco de las cualidades de gran parte de las políticas sociales y, en consecuencia, de las formas de acción sistémica del bienestar social intentando aportar un enfoque diferenciado que en gran parte atañe a su vulnerabilidad social¹. Hemos visto políticas que abordan la especificidad de los jóvenes, políticas diversas hacia las personas mayores y la vejez y, finalmente, ahora abordaremos enfoques de orientación inclusiva que tratan de apoyar la restauración de recursos y capacidades en las personas, grupos, y su entorno, con el fin de facilitar el acceso a la ciudadanía social y a los derechos que conlleva². Dicho de otra forma, políticas de lucha contra la exclusión y por la inclusión social en las que este colectivo ha estado involucrado a

¹ Minoría social incorpora una valoración substantiva o cualitativa de relación asimétrica de poder, desventajosa, frente a la sociedad dominante. Cfr., T. CALVO. “Minoría”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. p. 1093 y ss. La condición de minoría social comporta una discriminación en materia de derechos, acceso al poder, bienestar y prestigio, además de la subordinación al grupo dominante. Ver. L. GAITAN. *Sociología de la infancia...* p. 20.

² M. CHAUVIÈRE. *Le travail social dans l’action publique...* p. 143.

partir de sus propias demandas o por requerimientos de las agencias de bienestar que, con más o menos fortuna, se han dirigido y han accionado sobre ellos.

Al abordar tal pluralidad en las formas de acción, pretendemos recoger, hasta el nivel que se pueda, las principales cualidades y variantes que conlleva la ASP, siempre en relación a la información e investigación comprensiva desde la que se obtienen conocimientos útiles para el proceso proyectado de la acción. Por ello, aunque toda implementación deba ser tratada originalmente en su entendimiento y realización³, al fijarnos en jóvenes, mayores y gitanos, como conjunto característico de sus relaciones con el Estado social y, aún, con la sociedad, podemos encontrar resonancias ilustrativas de razón teórica y práctica con otros contenidos de políticas, colectivos y sectores. Por ejemplo, las políticas dirigidas a los jóvenes con marca universalista pero reforzadoras de su inserción social y ciudadanía, han encontrado eco en otros ámbitos en los se ha considerado parcial o totalmente la necesidad de una sustantivación específica. Podemos poner como ejemplo las políticas específicas dirigidas a la infancia. Al mismo tiempo, es reconocible que tales líneas de acción han debido yuxtaponerse a políticas transversales de género, o a otras políticas inclusivas diagonales enfocadas a los apoyos a las personas o grupos más necesitados y en riesgo de exclusión social. Si miramos a las personas mayores, sus características como etapa vital, novedosa e incierta en el rol social a jugar en nuestra sociedad, en su duración y en el número de personas que la forman, determina una gran variedad de políticas que inciden desde las rentas e ingresos hasta el refuerzo de la autonomía personal y social. En consecuencia, vemos en ellas similitudes que aportan bagaje sobre lo que hay que evitar y, al mismo tiempo, proyectar y alentar en las políticas sociales del Estado social. Encontramos, por ejemplo, resonancias con las políticas de rentas que también se aplican a otros colectivos y etapas vitales, en las dirigidas a mantener o reconstituir el capital social y la socialidad, y también en las de accesibilidad espacial, autonomía y dependencia, que al igual que atañen a las personas mayores están siendo desarrolladas con otros grupos y sectores sociales –por ejemplo, personas con discapacidad–. Por fin, el tratamiento de la ASP en la minoría gitana, concita a todas las políticas que están cortadas al talle de colectivos cuyo riesgo es el alejamiento casi total o parcial de la participación social. Abordan formas de reconstitución social y personal y, cada vez más, buscan enfatizar los apoyos a las propias capacidades de manera que grupos y personas las pongan en marcha de forma autónoma. Hay algunos colectivos que ejemplifican más que otros estas líneas de acción contra la exclusión y por la inclusión, si bien en cualquier sector o colectivo social podemos encontrar fracciones más necesitadas de apoyos, con el fin de detener o aminorar el viraje hacia la separación y la distancia social.

Con todo, en la inclusión como política dirigida hacia la parte de la minoría gitana atañida, suele haber un acuerdo sobre la concurrencia de factores sociales unidos a los culturales en las causas de la exclusión y, asimismo, este acuerdo también debería extenderse

³ B. REVUELTA VAQUERO. “La implementación de políticas públicas”, en: *Dikaion. Revista de Actualidad Jurídica*, núm. 16. Bogotá: Universidad de la Sabana. 2007. pp. 139 y 149.

a algunas medidas a proyectar y desarrollar. No es tanto que las políticas inclusivas y sus consecuentes acciones dirigidas a los gitanos deban ser especiales o estar separadas de otras encaminadas a otros colectivos, como el tener en cuenta que los procesos de identidad étnica y aculturación social –culturales–, a veces se manifiestan junto a los estructurales o de clase social. Sin embargo, cabe decir que cualquier política contra la inclusión y por la exclusión está sustentada en principios y desarrollos similares, que después se recrean originalmente en cada uno de los grupos o colectivos implicados. Así, al abordar a la minoría gitana como representativa en sus relaciones con el Estado social y el impacto de la exclusión en ella y de las políticas inclusivas posibles, se piensa en una ASP convergente con otros grupos pero que reconoce la especificidad cultural como una información relevante a la hora de actuar y desbloquear barreras en la educación, el trabajo, o la consideración global de una cultura que desde la igualdad enriquece al conjunto en el contraste⁴. En una sociedad y economía que producen estructuralmente la exclusión o su riesgo, el acercamiento analítico a la minoría gitana concita variables sociales inclusivas que dependiendo de las coyunturas atañen a personas de cualquier edad, y también a variables culturales que pueden ayudar u obstaculizar la pertenencia social. Y por equivalencia y semejanza, tal proactividad sirve de aprendizaje en una sociedad cada vez más multicultural en la que se están definiendo las formas de incorporación y acceso a la ciudadanía de las personas inmigrantes que aportan un añadido cultural a la sociedad de acogida⁵.

Aunque, como estamos viendo en este trabajo de tesis, en la concepción e implementación de las políticas sociales no son posibles los atajos, con la minoría gitana se ponen a prueba múltiples factores sociales y culturales que indican sobre la justicia de las medidas de política social, sobre la adecuación del conocimiento empleado en la acción, y sobre la cualidad y persistencia metodológica. El planteamiento de justicia, la epistemología, y las formas contempladas de relación a la hora de implementar las acciones, definen el interés institucional para el acceso a la ciudadanía social de este colectivo. En ese sentido, se puede decir que abordar la “*cuestión gitana*” en el marco de la *cuestión social* constituye una de las pruebas de fuego de las políticas sociales y de la intervención social. Hemos sostenido que más allá de la investigación sociológica comprensiva, también es posible tender a la objetividad y el conocimiento científico propio de las ciencias sociales. Hemos visto, asimismo, que si bien las políticas sociales ocurren en un contexto ideológico y valorativo, como afirmaba Max Weber⁶, es posible entablar una conversación reflexiva con la situación y con los actores para plantear su comprensión y transformación mediante el conocimiento

⁴ R. FLECHA. “Racismo moderno y postmoderno en Europa: enfoque dialógico y pedagogías antirracistas”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 94. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2001. pp. 80 y 85.

⁵ J. F. TEZANOS. “Nuevas tendencias migratorias y sus efectos sociales y culturales en los países de recepción. Doce tesis sobre inmigración y exclusión social”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 117. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2007. p. 21 y ss.

⁶ M. WEBER. *La acción social...* p. 121 y ss. En esta concepción sujeta a valores de incierta objetividad, está implícita la misma concepción weberiana de la acción con destino a fines.

técnico y científico, a la par que con la participación de los implicados en la definición de sus propios riesgos. Como cualquiera otro, entendemos que el mundo de la acción especializada en el entendimiento está envuelto de intereses e ideología, y por eso intentamos contribuir a una epistemología de la ASP materializada en el curso de la acción en la que siempre hay personas y grupos sociales, se encuentren o no presentes. Una reflexión en interacción reconstructiva presente con la acción y la situación, pero que no se enroque y confunda con ella dando así lugar a un desbocado activismo conceptual y práctico⁷. Si en la realidad de la intervención la sujeción de la acción a los valores en ocasiones se cumple, ello se acrecienta en el caso de la minoría gitana. Más aún, si pensamos que una fracción importante de ella se encuentra en proceso continuado de exclusión social, una situación que es producto a su vez de una relación social condicionada por la situación antecedente⁸. Por otro lado, no hay que olvidar que es determinante la propia relación entablada con los dispositivos de bienestar, siendo en parte responsables de la actual situación de la minoría ante la sociedad y su etiquetamiento como colectivo dependiente⁹. Es notorio que los gitanos casi siempre han quedado al margen de las políticas universales, han estado sometidos a diferentes vaivenes según los intereses de la política de turno. Algunos de los hitos identificables han sido: a) una equívoca y discontinua línea de implementación social llevada a cabo sobre todo desde los servicios sociales –como agencia fundamental de atención e intervención– que ha ido desde el clientelismo paternalista hasta la vigilancia y el control; b) la utilización de medidas y prestaciones erráticas y hasta contradictorias entre sí; c) la impermeabilidad de la investigación, comprensiva o aplicada, y sus hallazgos hacia la intervención y la acción, que ha acentuado los estereotipos y las desconfianzas; d) y la imposibilidad sistémica de pensar y ver a estas personas como capaces de ser sujetos sociales activos.

El agotamiento relacional recíproco, consecuencia de todos esos procesos, sume a la minoría gitana en una relación enquistada con los servicios que es pareja a su atribuida inmovilidad social, aunque hayan ido accediendo a recursos básicos de bienestar, al mismo tiempo que se ha reforzado su dependencia y el desconocimiento social hacia ella. La reconstrucción paulatina de una implementación que responda a la prueba de fuego de una acción adecuada hacia la minoría gitana, sólo puede comenzar mediante dos tipos de crítica, relacionada y recíprocamente dependiente: la epistemológica y la social. En consecuencia, al no estar sometida a ningún mandato ni débito, salvo las propias argumentaciones, la sociología de la ASP debe constituirse mediante la negación de la demanda social de instrumentos de legitimación o manipulación política y técnica en los que a menudo se encuentra¹⁰, y que identificamos en los servicios donde son asistidos y contruidos como tal: sobremanera los servicios sociales. No es posible dar respuestas acabadas, pero dados los

⁷ Ver, M. CHAUVIÈRE *Le travail social dans l'action publique...* p. 40. Ver también, M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 71.

⁸ M. ARCHER. *Realist social theory...* p. 166.

⁹ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 52.

¹⁰ P. BOURDIEU. *Lección sobre lección*. Barcelona: Anagrama. 2002. pp. 11 y 30, respectivamente.

resultados dispares y desalentadores históricamente obtenidos, un acercamiento desgajado del prejuicio técnico y político con el que la mayoría de las veces se nubla su condición de colectivo intervenido y actuado, será un paso decisivo a la hora de intentar armar las bases para una acción adecuada.

Al nivel metodológico, mediante tres grupos discusión y una entrevista en profundidad realizada a una mujer gitana, correspondientes a dos investigaciones distanciadas por quince años, 1990 y 2004, se realiza ahora una segunda lectura facilitadora de un metanálisis que apoyándose en la aproximaciones comprensivas realizadas en esos años, indague en algunos elementos para la acción institucional necesaria y posible hacia la minoría gitana. Del trabajo del año 1990 utilizamos un grupo de discusión con varones, así como la mencionada entrevista en profundidad, mientras que del de 2004 echamos mano de los otros dos grupos de discusión, uno relacionado con “convivencia y participación social” y otro cuyo contenido principal fue la “vivienda”¹¹. Estimamos que su contraste será fructífero, ya que algunas atribuciones hacia los gitanos tienen que ver con su estancamiento y permanencia al margen de los cambios sociales. Al partir de una concepción que sustantiva la diferencia frente a la igualdad y la interculturalidad, se les sitúa equívocamente en un espacio absoluto de identidad contrastante, generalmente ligada a un “reproduccionismo” tradicional capaz de sustraerse a las transformaciones sociales y, por lo tanto, sin aportaciones como sujetos sociales a cualquier suerte de innovación o cambio social¹². Más allá de este prejuicio existente, nos concentraremos en el cotejo de estos textos discursivos distanciados en el tiempo, que contienen una narratividad social constatativa de sucesos y hechos socioculturales “verdaderos”, a modo de acontecimientos, normas y vivencias del mundo de su vida¹³. Y asimismo, nuestro interés tratará de ver la capacidad de estructuración performativa de las medidas del Estado social y en concreto de los Servicios Sociales, fijándonos en las acciones de la minoría sobre las acciones sistémicas que van siempre más allá de una mera reacción.

El hilo conductor es la delineación de una acción adecuada que contribuya a cambiar el signo habitual de las relaciones de los gitanos con la estructura de bienestar, e incida en su capacitación social, sabiendo que sólo los –iniciales– destinatarios pueden interiorizar y activar las decisiones acordadas¹⁴. Mucho más, cuando son pensados como la quintaesencia de la dependencia institucional y social. Pero no se tratará de trayectos lineales sino compuestos por varios puntos en el espacio –algunos aún desconocidos– que uniremos entre sí y a los que en algún caso accederemos después de trayectorias curvas. Nos acercamos por

¹¹ M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés. Pervivencia cultural e integración social*. Avilés: (Inédito). 1990. p. 141 y ss., y E. AGULLÓ [y otros]. *Erradicación del chabolismo e integración social de los gitanos de Avilés. Investigación, evaluación y propuestas*. Oviedo: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Avilés. 2004. p. 160 y ss. Para una información detallada sobre el diseño metodológico de este trabajo, la selección de técnicas empleadas y la composición de los Grupos de Discusión, ir al Anexo Metodológico al final del informe.

¹² O. PRIETO FLORES. *Sobre la identidad gitana y su construcción panétnica: el caso gitano en Barcelona*. Universidad de Barcelona. 2007. En Internet: <www.tdx.cat/TDX-0724107-083533> p. 55 y ss.

¹³ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus. 1988. p. 193.

¹⁴ M. HERRERA GÓMEZ. *La relación social como categoría en las ciencias sociales...* p. 66.

tanto a la comprensión de la minoría gitana con el ánimo de contribuir a investigar políticas sociales y, en concreto, formas de ASP que sean comprensivas y constitutivas de sociabilidad. Al hacerlo, nos interesa cubrir un enfoque específico dentro del Estado social que indaga en la interdependencia entre hechos y medidas sociales y culturales, si bien llegando a la diferencia a través de la igualdad. Con este principio, se pretenden orillar concepciones etnocéntricas segregadoras que ahondan las desigualdades, la discriminación o formas de racismo laxo, justificando medidas especiales e insolidarias basadas en un supuesto respeto a la diferencia¹⁵.

II. Clase social, cultura y exclusión en la minoría gitana

La fracción de la minoría gitana a la que nos referimos estaba, y está, en proceso y situación de exclusión social. Si bien aquí los componentes culturales están más presentes que en otros colectivos sociales, la exclusión tiene unas características que no se definen y comprenden a partir de una población o un grupo social concreto. Más bien, por la no pertenencia y por la imposibilidad e incapacidad social de poner a disposición de las personas o grupos las formas habituales de participación social, en definitiva, por la separación de los vínculos sociales primordiales en un contexto dado¹⁶. Así las cosas, la exclusión se manifiesta a partir de la acción y sus enlazamientos, desde los vínculos sociales y las instituciones antes que desde los individuos aislados¹⁷. Bien es cierto, que existen factores relacionales emergentes identificables, entre lo individual y lo colectivo, que se deben tener en consideración. Aunque aquí estudiemos la exclusión social y las posibles acciones inclusivas a través de la minoría gitana, esta relación es anecdótica en el sentido de que no hay una relación intrínseca y global. Pero es un acercamiento oportuno, pues una porción importante de este colectivo sociocultural está apartada, en su trayecto histórico y en el presente, de las formas de participación y relación con el conjunto social. Cuando consideramos la exclusión o cualquier curso de vulnerabilidad que desconecta con la vida social, no existen equivalencias intercambiables con un grupo o colectivo como una propiedad característica. Si se hiciera así, se estarían estableciendo unas vinculaciones estructurales obtusas, ignorantes de la capacidad de acción, creación y adaptación de los sujetos sociales. Y no es baladí que en este caso se trate de la minoría gitana, pues a menudo se producen con ella dos operaciones yuxtapuestas: en la primera, la relación parcial de asistencia entre una parte de los gitanos y la sociedad de la que forman parte, se sustancia hasta la totalidad, imaginándolos anclados en una tradición inmovilista al margen de los cambios sociales; en la segunda, sigue imperando una visión viciada y etnocentrista afectada por la visión “paya” del mundo gitano, por la que

¹⁵ Cfr., R. FLECHA. *Racismo moderno y postmoderno en Europa...* p. 91.

¹⁶ J. SUBIRATS (dir.). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Barcelona: Fundación “la Caixa”. 2004. p. 17 y ss. Ver también, R. CASTEL. *La metamorfosis...* Ver Capítulo 8, p. 389 y ss.

¹⁷ K. VLEMINCK AND J. BERGHMAN. “Social exclusion and the welfare State: an overview of conceptual issues and policy implications”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. p. 36.

vive y se reproduce en la marginalidad y la exclusión social. Se trataría de ocupar un espacio marginal fuera de la competencia con “los payos” en los diversos ámbitos vitales: en las relaciones sociales, en las actividades económicas, en las culturales o, por ejemplo, en el trabajo¹⁸. Es un rumbo sugerente y provisoriamente fructífero que vinculado sin matices a un colectivo excluido se constituye en una propiedad inmovilizante. Su capacidad de supervivencia, su cultura –figuradamente sólo adaptada a la marginalidad económica– que aprovecha los intersticios y reductos que la sociedad mayoritaria no controla o descuida¹⁹, le separan *de facto* y por propia elección, de la centralidad social con tal de poder llevar una existencia con menos ataduras y obligaciones. Más cuando vemos que la participación económica y social de los gitanos excluidos, o en vulnerabilidad, ha estado condicionada por las coyunturas económicas estructurales y por el estado de las relaciones con la sociedad mayoritaria, podemos llegar a comprender que su elección de la marginalidad no es tal y que los límites sociales cambian²⁰.

En investigaciones sociales renovadas, se demuestra que ni la identidad gitana esta asociada en exclusiva a la marginalidad social, ni la ubicación en ella de la fracción considerada ha sido una elección romántica. Si, como muchas veces se piensa, la “auténtica cultura gitana” no se alimenta de la marginalidad, la minoría ocupa diversos lugares sociales con una pluralidad que nunca es estática, sino con movimientos sociales ascendentes o descendentes similares a los que se dan en el conjunto de la sociedad, y está afectada por los cambios sociales que han supuesto el paso de la sociedad industrial a la postindustrial o de la información²¹. Una observación científica, sin prejuicios, pone en el punto de mira, además de a los gitanos excluidos o en proceso de vulnerabilidad, a los que pertenecen a las clases medias: sea porque estén ahí ubicados durante generaciones –comerciantes, vendedores, artistas, etc.– o porque hayan experimentado una movilidad social ascendente en los últimos años –aunque sean una excepción–. En un continuo de falsas evidencias, se podría también pensar en un modelo canónico de asimilación por el que aquellos que se mantienen en las clases medias –o ascienden a ellas– pasan desde la cultura tradicional hasta la asimilación, perdiendo la identidad cultural. Si esto fuera así, la única forma de reproducir la identidad gitana sería permaneciendo en la cultura tradicional, al abrigo de los cambios sociales y culturales, presuponiendo que tal cultura debilitada no tendría posibilidades de supervivencia y creación social si se abriera y arriesgara en un mundo abierto y con flujos continuos²².

¹⁸ O. PRIETO FLORES. *Sobre la identidad gitana y su construcción panétnica...* p. 54 y ss. Ver también, S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 19.

¹⁹ T. SAN ROMAN. *Entre la marginación y el racismo. Reflexión sobre la vida de los gitanos*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. p. 194.

²⁰ M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* p. 101. Los límites sociales –boundaries– no son inmutables y están condicionados por las necesidades económicas –de una participación económica más central de los excluidos– o por las sociales –atribuciones y ayudas que conforman y definen a “los otros” con unas determinadas características desde la sociedad mayoritaria–. Pero el establecimiento de límites no es sólo reactivo sino que también puede ser creativo, como producto de las propias elecciones del grupo minoritario.

²¹ Ver, M. CASTELLS. *La era de la información...* Cap. 4.

²² O. PRIETO FLORES. *Sobre la identidad gitana y su construcción panétnica...* p. 58 y ss.

Aunque entre los excluidos y pobres hay más personas gitanas, su identidad no se define desde la exclusión social, pues la movilidad ascendente implica cambios pero no su pérdida. Al contrario, lo que parece ocurrir es que aquellas personas gitanas que están ubicadas en las clases medias y medias bajas, con mayores ingresos y mayor educación reglada, tienden a identificarse más constitutiva y electivamente con la cultura gitana. Es decir, expresan su etnicidad favoreciendo la demolición de los estereotipos, lo cual supone que la identidad es un fenómeno complejo situado entre una asimilación constrictiva –identidad no exteriorizada, vivida en la trastienda de la vida social– y otra que más bien es producto de las propias dinámicas creadas y generadas por los actores sociales, es decir, por las personas gitanas. A partir de la mutua interpenetración continuada de símbolos y tradiciones culturales²³, estamos en un proceso de doble o, incluso, de múltiples identidades no excluyentes: entre la cultura gitana y la cultura mayoritaria y, desde otro sentido, entre la identidad “española” y la “gitana”²⁴. De hecho, para los grupos que suelen tener menos poder en la sociedad –como es el caso– la etnicidad no siempre es voluntaria sino que está al socaire de las atribuciones de la mayoría social que socavan su imagen social, debilitándola y desarmándola. Como testimonio del diferencial de poder, se trata de un proceso asimétrico de cohesión e integración que afianza la posición de los integrados y debilita la de los excluidos y “extraños”²⁵. En ese sentido, no es raro que las mismas acciones sistémicas de bienestar, desde su posición experta, contribuyan a tal devaluación mediante trayectorias que, por ejemplo, confirman el etiquetaje, aíslan espacialmente a los excluidos en modernos *ghettos* “sociales” sancionados técnicamente, y, en última instancia, legitiman la distancia social²⁶.

Estas argumentaciones comprensivas vistas, que interrogan directamente a los procesos de acción social en sí, son imprescindibles a la hora de construir –dando un paso más–, una acción social experta que se separe del etnocentrismo y el prejuicio, para partir de una concepción no viciada por lo que a menudo se cree ver: una cultura y minoría social estancada, en todos los sentidos, y, lo que es peor, sin visos de iniciativa y transformación. En efecto, cuesta romper ese sólido molde largamente cimentado y endurecido en múltiples acciones y relaciones sociales, que aún superando eventualmente tal arbitrariedad, es

²³ R. E. PARK. *Race and culture*. Glencoe, IL: The Free Press. 1950. p. 116.

²⁴ K. DÓRA TÓTH. “Comparative study on the identity types of 'successful' gypsies/travellers in Hungary and in England”, en: *European Integration Studies*, núm. 2. Volume 4. Miskolc: EIS. 2005. p. 129.

²⁵ Ver, N. ELIAS. “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 104. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2003. p. 226 y ss. Ver también, N. ELIAS; J. L. SCOTSON. *Logiques de l'exclusion. Enquête sociologique au coeur des problèmes d'une communauté*. Paris: Fayard. 1997. p. 37 y ss.

²⁶ Uno de los más renombrados sociólogos de la Escuela de Chicago, R. E. Park, desarrolló el concepto de distancia social que se refiere a la distancia geográfica pero sobre todo a la social, la cual es más bien simbólica, asumiéndola las personas influenciadas por los prejuicios que tienen sobre los demás. En cualquier caso, como reproducción de la propia cultura, la distancia social se da entre los grupos mayoritarios y minoritarios y no siempre es hostil, sino también de tolerancia mutua. Cfr., L. WIRTH. *The Ghetto*. Chicago: IL. The University of Chicago Press. 1928. p. 288. Wirth, discípulo de Park y también conocido autor de la Escuela de Chicago, realizó este estudio de referencia sobre los inmigrantes judíos en Norteamérica.

confirmado de nuevo y sometido al etiquetaje. No es tanto lo que dice y manifiesta la corrección política y técnica, como las actuaciones reales en la urgencia de la política y el trabajo técnico que, finalmente, suelen angostar la intervención técnica hacia el control de las poblaciones asistidas, sin oportunidad para preguntarse por qué las personas y grupos siguen estando como están y qué habría que hacer para facilitar su autocapacitación social. Es más, cuando se reflexiona mediante la investigación se hace desde un marco racional objetivista que suele tener muy poca influencia en el devenir institucional y técnico de los servicios sociales, como una de las agencias de relación habitual con la minoría gitana. Al hacer ver la pluralidad comprobada en la minoría e identidad gitana, se quiere sustantivar una realidad social multilineal que va más allá de la marginalidad y la exclusión, aunque sepamos que hay en ellas una parte muy significativa. Pero sobre todo, se pretenden subrayar las propias acciones y capacidades de los sujetos sociales –gitanos– con situaciones que, sin ser idílicas, son diversas y en muchos casos han llevado a procesos inclusivos de empoderamiento y de igualdad de oportunidades. Trayectos de preservación del estatus social que en otro orden se combinan con la gestión compleja de la identidad cultural en un contexto de posibles y nuevas identidades yuxtapuestas²⁷. Si la ruptura de la asimilación automática entre lo gitano y la exclusión social interpela directamente a la comprensión de la acción social en sí, dando la relevancia adecuada a las interacciones, acciones y relaciones de los gitanos, en lo aquí nos interesa, *interroga también a la acción social experta* para la construcción de una ASP cuyas reconceptuaciones y planificaciones deben dirigirse a sujetos sociales activos, promoviendo la participación en la definición de su inclusión. Y lo que es más, resulta ineludible pensar que si existen situaciones diferentes, y formas sociales diversas de sentirse gitano o gitana, ello debe ser explorado cuidadosamente en las formas de acción, observando las potencialidades que se encuentran en el espacio, en otras geografías y en el tiempo, en momentos pretéritos.

Sin embargo, no pretendemos ocultar o maquillar la situación de marginalidad y exclusión del pueblo gitano. Es ineludible el conocimiento y comprensión rigurosa de su situación económica y social, constatando que por parangón con otros grupos sociales tiene una presencia desproporcionada en el territorio de la exclusión²⁸. Al hablar que un colectivo está apartado de la sociedad o que tiene cortados con ella los vínculos de pertenencia primordiales, estamos cristalizando una realidad que es producto de acciones y relaciones precedentes, propias y ajenas, y que se mantendrá o cambiará a partir de otras acciones y relaciones de las personas, actores o agentes sociales que la conforman directamente o no²⁹. Es decir, con independencia de una objetivación más o menos rigurosa, la exclusión y la vulnerabilidad son el resultado de dinámicas sociales desarrolladas en el tiempo. Desde esa premisa, hay que acometerlas como relaciones sociales, pues son conceptos relativos,

²⁷ O. PRIETO FLORES. *Sobre la identidad gitana y su construcción panéptica...* p. 18 y ss.

²⁸ Según este informe el 34% de los gitanos está en exclusión severa. Respecto a la población general, el porcentaje es del 3'5%. Ver, FOESSA. VI. *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008. Conclusiones*. Madrid: Fundación FOESSA y Cáritas. 2008. p. 70.

²⁹ M. ARCHER. *Realist social theory...* p. 209.

implicando que una persona no es como las otras en la sociedad en la que vive³⁰. Y tal separación supone ser situado en un no-lugar, pero cumpliendo un rol de interdependencia respecto al conjunto de la sociedad. Un espacio definido desde la negación que constituye una parte de la organización del todo, caracterizada por la asistencia individual dispensada que sólo abarca necesidades particulares, y que se distingue de otros instrumentos colectivos de rango universalista. Es así que la relación de asistencia, en un utilitarismo primario, supone un medio de la sociedad para autoprotegerse y justificarse³¹. Ante este conflicto implícito, es necesaria la tensión entre el reflejo fidedigno de la realidad de los procesos y situaciones excluyentes de los gitanos y su traducción a políticas y acciones, en las que se proyecten caminos de restablecimiento de las capacidades de las personas, atendiendo también a su reconstitución como actores y agentes sociales. Respuestas que al nivel político y técnico, se tratan de impulsar desde el nivel europeo, mediante los planes nacionales, regionales y locales de inclusión, buscando la implicación de los estados miembros de la Unión Europea³².

Es necesario no olvidar que el paso desde el análisis de la exclusión hasta el proyecto inclusivo y su desarrollo, sólo puede ser completado con la participación de las personas y grupos implicados. Bien es cierto que en muchas ocasiones tal concurrencia no existe o es contemplada sólo formalmente. En este territorio, parece pesar más la dificultad, la impotencia, el estancamiento, la burocracia y el control, actuando como aliados casuales que velan los caminos de apertura, que por otra parte reconocemos sujetos siempre a la incertidumbre. En efecto, la primera barrera es ver a las personas totalmente desprovistas de algunas de las capacidades para comenzar a tener otras. Una planteamiento de la acción que se articula, antes del principio, con tales limitaciones, está imposibilitado para apoyar la provisión de poder y capacidad mediante las consiguientes metodologías que hagan a las personas protagonistas de sus vidas. Para cualquier grupo social pero en concreto para la minoría gitana, es necesario volver a recordar sus vinculaciones a las dinámicas sociales generales, que al mismo tiempo hay que interrogar en la medida que los penaliza de una forma desproporcionada. La conexión entre factores objetivos –educación, empleo, ingresos, vivienda– y subjetivos –interacción y participación social, comprensividad de la acción, iniciativa y elaboración cultural– llevan a la conclusión provisional de que avistar la vulnerabilidad y la exclusión no se contradice con su movilidad y pluralidad y, por lo tanto, ello debe suponer la ruptura de la visión estática inmanente, incluso biológica de su identidad. En suma, apartar el comportamiento contemplativo de pura aprehensión teórica –racionalista– de los objetos y valorar la importancia que tienen las acciones de los sujetos³³. Desde ese yacimiento conceptual es desde el que partimos para elaborar formas de ASP dirigidas a la minoría gitana, un filón del que es posible extraer la acción e instigar a ella. En otro sentido,

³⁰ K. VLEMINCK AND J. BERGHMAN. *Social exclusion and the welfare State...* p. 34.

³¹ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 54 y ss.

³² Ver, J. SUBIRATS (dir.). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea...* Cap. II.

³³ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 494.

se trata de una concepción demostrativa de que las formas estables de interacción y relación de la ASP con los ciudadanos en la exclusión, son cruciales cuando se sostienen en reconceptualizaciones –su pluralidad social– apoyadas en datos empíricos como causa y consecuencia de su posible iniciativa y protagonismo, casi nunca contemplados. La realidad social, sea cual fuere, es en parte producto de las iniciativas y acciones de los sujetos, así como de las mayores o menores posibilidades de intercambio de sus capitales en el mercado –económicos, relacionales, educativos, formativos, profesionales..., –. Es notorio como una fracción de los gitanos ha conseguido a través de sus acciones una movilidad social ascendente o, cuando menos, mantener su estatus social.

En la oscilación analítica que efectuamos entre clase y cultura, las políticas sociales y la ASP no deben ser hechas o dirigidas especialmente a ellos. La razón y la práctica deben partir de la igualdad y al hacerlo serán políticas contra la exclusión, es decir, emplazadas a restablecer los vínculos con la sociedad de los que eventualmente se carecen. Se trata de líneas inclusivas troncales de búsqueda de la participación general en la sociedad, que deben mejorar la posición y consideración relativa de la minoría gitana. Y ello es preciso que ocurra a través de su vuelta al núcleo social amplio y plural, aunque sea en un espacio fronterizo. Sólo cuando se parte desde la igualdad se pueden contemplar algunas líneas específicas diferenciales inclusivas hacia grupos o colectivos, minorías o condiciones que terminen de facilitar la inserción e integración social. Por lo tanto, se trata de la universalidad que después se combina con la selectividad, y tales proyectos nunca pueden perder la referencia de las actividades y situación de las otras personas y grupos de la sociedad, buscando la convivencia y la interpenetración recíproca entre la cultura mayoritaria y la minoritaria³⁴. Esto nos lleva a abordar la exclusión de esta franja de la minoría con instrumentos y utillajes que tengan en cuenta la estructuración social, pues se persigue la igualdad, pero también elementos de entendimiento cultural que, en una línea convergente, sirven al respeto de las identidades y a la relación igualitaria entre ellas. En última instancia, compromete elementos de *clase social* y *cultura* de los que habrá que desentrañar qué vinculación conviene mantener entre ellos, para facilitar unos análisis e intervenciones, más comprensivos y socialmente útiles³⁵. Esto es, preguntarse cómo en la situación específica de la minoría los factores culturales se relacionan con los de clase, para detener o, por el contrario, impulsar elementos inclusivos puestos en juego por la acción experta y las personas implicadas.

Es observable que tanto en las conversaciones, juicios y conclusiones profanas de la vida cotidiana, como en aseveraciones, juicios y argumentaciones especializadas en el entendimiento, se puede constatar la relación entre la clase social y, en un sentido laxo, la cultura. Así, las situaciones explicadas a partir de lo económico, el patrimonio o los ingresos se esclarecen también con la ayuda de la específica pertenencia a formas de vida entrelazadas –obrera, de cuello blanco, manual, intelectual, etc.– que añaden matices de carácter cultural,

³⁴ P. ROSANVALLON. *La nueva cuestión social...* 180.

³⁵ M. CHAUVIÈRE *Le travail social dans l'action publique...* p. 32.

organización social, costumbres, normas, pautas de conducta, o lengua, entre otros, singularizando y enriqueciendo la vida cotidiana de grupos sociales, grupos socioeconómicos y clases sociales. Son variaciones interrelacionadas, yuxtapuestas en la vida de las personas, y desde esa premisa ayudan a constituir flexiblemente identidades sociales³⁶. Tales formas y caracteres desarrollados, pueden sustantivar y sustantivarse a partir de diferentes componentes como las condiciones económicas comunes, los proyectos políticos compartidos, o también desde el acrecentamiento de la singularidad cultural o etnicidad. Cuando esto último ocurre, estamos ante grupos sociales, como la etnia gitana, poseedores de una identidad que emerge y contrasta culturalmente en la sociedad y con respecto a otras identidades socioculturales presentes. El componente cultural forma parte de la propia estructura social –de las clases, estratos y grupos– y, como ocurre en la relación de clase social, la conciencia es construida como colectividad, siendo transformada como acción social primaria en el interés promocional de tales grupos sociales. Así, la minoría gitana está inserta en condiciones estructurales y culturales que mediante la interacción humana dan lugar a elaboraciones y situaciones sociales y culturales, irreductibles a las prácticas presentes³⁷. Sujetada, entonces, a la estructura pero productora de ella en la parte que le toca, su identidad varía al unísono de la sociedad siendo dependiente de los procesos históricos, como cualquier otro grupo social. En consecuencia, vistas las ineludibles vinculaciones entre cultura y clase debe resultar útil desentrañar, hasta donde sea posible, la naturaleza de esa relación.

Con una pretensión heurística, al discernir y descartar enfoques que consideramos desacertados pero reconocibles en la vida social, podemos aproximarnos a aquellos que estimamos con más potencia comprensiva –argumentativa y realizativa–, engranando la clase social y la cultura como factores incorporados, productores –entre otros muchos– de la estructura social³⁸. Así, a) aquellas miradas que ensalzan la clase social en detrimento de la cultura, reducen la cuestión gitana a una mera dinámica de desigualdad social, omitiendo la discriminación cultural y la singularidad de su identidad. Otros modelos b) utilizan el argumento contrario: al existir una irreductibilidad entre cultura y clase, esta última no se estima relevante para la explicación de la primera, dando como resultado su alejamiento de la estructura social, y en su particularidad situándose fuera de los cambios de la sociedad global. Es decir, en una vida social, un tiempo y unas relaciones sociales autónomas que incluso históricamente son anteriores a las relaciones de clase. Si estos dos primeros enfoques se desarrollan por la anulación de uno de los dos términos en liza –cultura o clase– sin relacionarlos, existe un tercero, c) utilizado con cierta frecuencia en la vida social, que sin reducir uno a otro, tampoco busca vincularlos en un análisis estructural donde queden especificados los niveles de relación. Ambos son contemplados como fenómenos de distinta

³⁶ Cfr., P. BOURDIEU. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa. 1988. p. 72 y ss. En el análisis, ya clásico, de Pierre Bourdieu es notorio el esfuerzo por analizar en relación los factores sociales y los culturales.

³⁷ M. ARCHER. *Realist social theory*... p. 191 y ss.

³⁸ Cfr., H. DIAZ POLANCO. “Etnia, clase y cuestión nacional”, en: *Viejo Topo*, núm. 59. Agosto. 1981. p. 16 y ss.

naturaleza, que evolutivamente harán desaparecer los particularismos por el efecto modernizador y de aminoración de las desigualdades en nuestra sociedad. Visto así, la singularidad cultural de la identidad gitana es ineludible pero debe sustraerse a relaciones estructurales de clase, a partir del proceso de desarrollo modernizador y de homogeneización de nuestra sociedad. En consecuencia, una vez superadas las carencias extremas de los gitanos, pasarían a formar parte de la sociedad mayoritaria, siendo a partir de ese momento la relación clasista quien definiría el grado de inserción social a que se pudiera llegar³⁹. El cuarto enfoque reconocible, d) sostiene que cultura y clase son fenómenos de diferente rango y que, por lo tanto, no vale la pena intentar una vinculación que a la postre caería en un reduccionismo –como en los dos primeros– o en un evolucionismo, como en el tercero. Según esto, no son susceptibles de relación y, a fin de sustantivarlos en su justa medida, es preferible mantenerlos separados. El problema es que al no definir un campo de relación dinámico entre ellos, acaban por desvincularse totalmente y así lo cultural se desancla de la estructura social, convirtiéndose en una entidad ahistórica sustantivada que delinea a las personas implicadas como extrañas y mixtificadas, por lo que la diferencia se impone definitivamente sobre la igualdad social.

Es paradójico que el enfoque emergente resultante de la negación razonada de todos los anteriores, contiene, en principio, un menor utillaje conceptual o teórico al exigir una dedicación aplicada progresiva a las relaciones históricas entre cultura gitana y clase social. En la línea mantenida desde el principio de este capítulo, el asunto consiste en definir lo cultural en relación a la estructura y composición de la sociedad. Pues existiendo la singularidad cultural del pueblo gitano, es necesario ver cómo se encuentra afectada por el proceso social, económico y cultural, qué adaptaciones y reacciones de la minoría ha implicado y, en última instancia –teniendo en cuenta su específica relación con los dispositivos de bienestar– qué ASP se podría plantear al hilo de sus discursos y narraciones.

Pues bien, como parte final de la propuesta de vinculación sostenida entre cultura y estructura, queda por profundizar, antes del análisis empírico, en la exclusión. Y ello aún más si se tiene en cuenta que una parte muy significativa de la minoría gitana vive estos procesos desintegradores con respecto a la sociedad global. Es preciso analizar la exclusión en sus principales características, para establecer posteriormente su interacción con respecto a la parte de la minoría gitana afectada. Al hilo de sus propias contribuciones, se trata de ensayar una ASP inclusiva de corte genérico que tienda a delinear un lugar social con las otras personas y en proximidad con ellas⁴⁰. Asimismo, es preciso vincular su situación en la estructura social con su identidad, pero también con las reacciones producidas desde la sociedad y el sistema de bienestar que incluye los servicios sociales de base o municipales.

³⁹ Hemos visto en las investigaciones citadas más arriba que precisamente ocurre lo contrario: los gitanos de clase media tienden a identificarse más electiva y selectivamente con la cultura e identidad gitana. Ver, K. DÓRA TÓTH. *Comparative study on the identity types of 'successful' gypsies/travellers...* p. 127.

⁴⁰ M. REGLERO. “Pobreza y exclusión social”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.) *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. p. 244.

Frente a la concepción de *la exclusión* en el mundo anglosajón, que la interpreta en términos individuales como resultado de las relaciones e intercambios de los individuos, aquí se aboga por aquella que pone de manifiesto la ruptura de los lazos entre las personas –el individuo– y la sociedad. De acuerdo con el rumbo que hemos tomado hacia el lado de la acción, la exclusión supone el fallo de algunas de las instituciones sociales, pero se concreta por el acto de un agente o agentes –personas y sujetos sociales colectivos– que se autoexcluyen de ámbitos de la vida social, o son excluidos por otros como pueden ser empleadores, bancos u organizaciones sociales, por citar algunos. Incluso, cuando se reconoce y encarna en personas, abarca al conjunto de relaciones de las que son responsables⁴¹. En consecuencia, se manifiesta por la acción y sus enlazamientos y a partir de colectividades e instituciones antes que por individuos. La exclusión lleva implícito a nivel individual el peligro de desafiliación y a nivel social el aislamiento de los grupos de la corriente de oportunidades que la sociedad ofrece. Para la parte de la minoría gitana afectada, casi todas estas condiciones se cumplen, pues hay una ruptura colectiva e individual con la sociedad a la que pertenece. Al mismo tiempo, su situación en los márgenes se ve reforzada por fallos de las instituciones que son necesarias para una plena participación: el Estado social promoviendo una educación igualitaria, el mercado de trabajo promoviendo la integración económica, y las relaciones sociales promoviendo la integración interpersonal. En ese sentido, son excluidos por agentes que refuerzan y concretan materialmente la imposibilidad participativa en esos ámbitos, debilitándose las vinculaciones de algunas de estas dimensiones correlacionadas que por su posición estratégica –por ejemplo, educación y formación– son capitales desde la perspectiva inclusiva. El resultado es un proceso de empobrecimiento por el que las personas y familias han permanecido por largo tiempo en esa situación, una privación que afecta a sus condiciones de vida para satisfacer las necesidades materiales y sociales, y la corriente de oportunidades que procura⁴².

La exclusión es objetivamente la misma para cualquier persona y grupo social y constituye una síntesis sociológica única, pues en ella se indiferencia a colectivos con características diversas que sólo tienen en común sus dificultades de participación general en la sociedad⁴³. Cuando se relaciona con problemas como la drogadicción, el desempleo, o el déficit educativo –como factores que coadyuvan a esa separación de varios ámbitos sociales importantes–, la exclusión no está tan vinculada a tipos de personas y colectivos como al nombrar a los gitanos y a las características que pretendidamente les acompañan. Bien es

⁴¹ K. VLEMINCK AND J. BERGHMAN. *Social exclusion and the welfare State...* p. 36.

⁴² *Ídem*: pp. 31 y 37. Más allá del criterio operativo de pobreza, una parte importante de la minoría gitana ha sufrido un empobrecimiento secular que a su vez ha generado “una cultura de la pobreza”, aunque no necesariamente circunscrita a los gitanos. Si bien nuestro interés principal radica en investigar la acción inclusiva contra la exclusión en la parte de la minoría gitana concernida, en la medida que la pobreza puede ser vista como un ámbito de la exclusión, en ocasiones nos vamos a referir a ella. Para ver la distinción entre ambos conceptos y lo que ello supone tanto en el ámbito conceptual como en el práctico ver también, J. SUBIRATS (dir.). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea...* Cap. I.

⁴³ R. CASTEL; C. HAROCHE. *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo...* p. 87.

cierto que la sospecha sobre las supuestas incapacidades sociales de cualquier grupo excluido siempre está presente, pero en el caso de los gitanos se produce un salto automático desde las causas denotadas de las dimensiones sociales de las que se carece —o van a ser difícilmente materializadas—, hasta la fijación absoluta en sus características socioculturales que los estima incapaces de incorporarse al tren de la sociedad. Es una desvinculación intensa que se ha mantenido durante muchos años reeditándose de continuo, lo cual históricamente les ha supuesto no sólo su separación sino, por momentos, su reclusión social⁴⁴. Los gitanos, al igual que todas las personas y colectivos que están situados en la parte más baja de la estructura social, han padecido con frecuencia problemas identificados de desarraigo y marginación como la drogadicción, la delincuencia o, en general, conductas desviadas⁴⁵. Cuando pasamos desde esta dimensión problemática y queremos nombrarla, observamos que los problemas se incorporan —en su sentido más literal— al conjunto, pasando a ser el problema todos los gitanos. Como hemos visto más atrás, la palabra *gitano* debería designar una realidad compleja y variable, una multiplicidad de realidades referente a la diversidad de sus situaciones en el tiempo y en el espacio⁴⁶: la evolución histórica de la minoría al socaire de la sociedad y la diversidad de realidades socioeconómicas y culturales que tienen en Europa y aún en España. El discurso sobre la palabra gitano está dominado por la uniformidad discursiva que lo designa como un colectivo imposibilitado de salir de la situación de marginalidad y exclusión. Se producen así dos operaciones ideológicas: en primer lugar, las características de los problemas que designa la exclusión pasan a ser propiedades y condición de las personas y el grupo minoritario y, en segundo lugar, se adscriben a todo el grupo como una categoría social⁴⁷. Ambas son inapropiadas al no conjugar las perspectivas que pueden poner en juego la riqueza modal y reflexiva que necesita el estudio de la cuestión gitana, pues sucesivos anidamientos de conocimiento errado están aminorando sus posibilidades y capacidades.

La exclusión es un hecho pero revestido de potentes significados que pueden amplificarla atribuyendo, más allá de las causas, propiedades negativas a los sujetos que la sufren, la mayoría relativas a los ámbitos concretos de privación y separación social. Por tal causa, un tratamiento “multicausal” no puede ser una mera agregación sumativa de las áreas sistémicas del bienestar, o de actividades de la acción técnica o experta⁴⁸. Debe ir más allá. Es menester que tenga el sentido unitario y expandido que poseen las personas, en los que la suma de los elementos no da el mismo resultado que sus interrelaciones. Unitario, como seres

⁴⁴ Cfr., J. P. LIEGEOIS. *Tsiganes et voyageurs*. Estrasburgo: Consejo de Europa. 1985. p. 92 y ss.

⁴⁵ G. DE LA FUENTE. “La desviación. Lo que la sociología revela sobre la conducta desviada”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.) *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. p. 269 y ss.

⁴⁶ J. IBÁÑEZ. *A contracorriente...* p. 425.

⁴⁷ G. RAVEAUD; R. SALAIS. “Fighting against Social Exclusion in a European Knowledge-based Society: What Principles of Action?”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. p. 47.

⁴⁸ J. SUBIRATS (dir.). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea...* p. 16.

sociales aglutinantes de la vida que no puede fragmentarse en los mismos trozos analíticos de la comprensión y entendimiento de la exclusión social; y expandido, puesto que las personas son sujetos sociales que se proyectan y son proyectados en pertenencias individuales y participaciones colectivas⁴⁹. La palabra gitano ha perdido su referente, inicial o evolucionado, proyectándose como el ejemplo negativo de que los programas y atenciones sociales no son aprovechados por aquellos que los reciben, sobre todo desde los servicios sociales de base. También la palabra proyección es aquí clave, al traer sentidos y acciones problemáticas que sancionan desde el sistema de bienestar los prejuicios sociales sin ponerlos a prueba, materializando la idea del donante frente a la del receptor, sin considerar su participación⁵⁰. Pero no sólo se trata de ser instrumentalizado por las inquietudes sociales colectivas, ya que la acción sistémica ha contribuido decisivamente a construir la representación minusvalorada que la sociedad tiene de la minoría gitana. Si las últimas denominaciones tienden a no asimilar el problema, o factor causante, con las personas que la sufren, –así, por ejemplo, persona con discapacidad frente a persona discapacitada–, es notoria la vuelta atrás en el caso de la minoría gitana, pues se confunde el sujeto del enunciado con los problemas enjuiciados. Sin duda, el círculo vicioso de la rutinización de las acciones, la persistencia de las situaciones de exclusión, la incapacidad de armar una razón teórica y práctica renovada junto a la constatación de que los programas no funcionan en la medida necesaria, son factores que envuelven al problema y certifican la idea del poco aprovechamiento que la minoría hace de las medidas y prestaciones desarrolladas hacia ella. Y ello por más que los servicios sociales de base han tratado de definirse como universales, y en los últimos lustros han ampliado sus cometidos y funciones tratando de plasmar una relación menos residual y más integrada con el conjunto de la sociedad y sus públicos.

La situación de los gitanos, y en general de los excluidos, en gran parte deviene de su relación de asistencia por la que la sociedad se obliga a atender a aquellos que no contribuyen al régimen general. Pero ello no se traduce en un verdadero derecho, pues los receptores no disponen de ningún recurso posible cuando tal asistencia es rechazada. Si bien existen modos –y modas– de intervención social que traducen los tratos resultantes con los intervenidos, en la actualidad su situación se suele desgarrar entre la exclusión social que soportan –con el trato minusvalorado implícito– y la querencia de los servicios sociales de base por encontrar personas y colectivos ya devueltos a la normalidad, de forma que, por ejemplo, no tengan asociados los elementos propios de la “*cultura de la pobreza*”. Es preciso recordar que la cultura de la pobreza se adquiere a lo largo del tiempo y se debe entender como un sentido práctico defensivo que despliegan las personas en exclusión, y los más pobres de entre los

⁴⁹ M. LAPARRA [y otros]. “Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión. Implicaciones metodológicas”, en: *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 5. 2007. p. 27 y ss.

⁵⁰ Cfr., G. SIMMEL. *Les pauvres*. París: PUF. 2005. p. 47 y ss.

pobres para sobrevivir⁵¹. Hay, entonces, un paradigma de intervención y acompañamiento social que se da por supuesto en el sistema actual, pero que en la práctica no recibe la suficiente consideración dejándolo a la responsabilidad de profesionales aislados, que, mediante la atención, tratan de acometer problemas sociales, manifestados más allá del espacio interior o individual de las personas. Si bien en los servicios sociales de base la capacidad de generación de interacciones sociales entre los interventores y los intervenidos es fundamental para estos últimos, pues constituye ya de por sí un auténtico recurso social⁵², el lugar de la acción interventora permanece difuso al priorizarse lo social de la gestión frente a lo social de la intervención. Y, de la misma forma, se encuentra fiada a las dinámicas profesionales y técnicas espontáneas tanto como a las formas organizativas jerarquizadas y mecanicistas⁵³.

En ese sentido, para revertir este proceso el asunto no sólo consistiría en conectar a los ciudadanos con los recursos, sino en construir y profundizar con un trabajo de restauración de las posibilidades de las personas intervenidas por el que, partiendo de las capacidades encontradas, se les ayude a ampliarlas y expandirlas. Es decir, apoyar al otro a constituirse como persona en todos los sentidos de la palabra. En lo que respecta a la intervención con los gitanos –como con otros colectivos– existe una caja negra situada entre las necesarias normas y protocolos de las instituciones y sus prácticas vitales. Estas últimas, al estar inscritas en su contexto de sentido evolucionan hacia formas de supervivencia que, en ocasiones, son inasibles y no coinciden con las esperanzas de “cura rápida” de lo social depositadas en las intervenciones. El abandono de los instrumentos y utillajes metodológicos y técnicos que permitirían profundizar en los modelos y métodos de acción proyectada posible, en los que además pueda estar presente el aprendizaje, hace pasar por intervención lo que no son sino meras aplicaciones. Partes de un proceso institucional, por el que las personas de la minoría gitana van pasando, impelido a gestionarse día a día, caso por caso, sin visión de conjunto ni base colectiva, pero en el que no existe una nueva relación instituyente⁵⁴. De vuelta, más allá de las pretensiones sujetas al pragmatismo y a la nominación prestigiosa, el doble vínculo establecido entre los servicios sociales y la minoría gitana se mantiene: al mismo tiempo que son servicios y protecciones imprescindibles para acceder a recursos que de otra forma no tendrían, la relación de asistencia es clave y definitoria, pues al ser juzgada la pobreza como intolerable por la colectividad, es combatida pero su estatuto social sigue siendo

⁵¹ Ver, J. LADÁNYI; I. SZELÉNYI. *Patterns of exclusion. Constructing Gypsy Ethnicity and the Making of an Underclass in transitional Societies of Europe*. New York: East European Monographs. Columbia University Press. 2006. p. 5.

⁵² F. FANTOVA. *Sistemas públicos de servicios sociales. Nuevos derechos, nuevas respuestas*. Deusto: Instituto de Derechos Humanos Padre Arrupe. Universidad de Deusto. 2008. pp. 42 y 48. Ver también, J. ION. *Le travail social au singulier. La fin du travail social*. Paris: Dunod. 2006. p. 99 y ss.

⁵³ A. LASCORZ; M. PARDO. “La organización en la práctica de los Servicios Sociales”, en: T. FERNÁNDEZ GARCÍA y A. ARES PARRA (coords.). *Servicios Sociales: dirección, gestión y planificación*. Madrid: Alianza Editorial. 2002. P. 50.

⁵⁴ *Ídem*: p. 129.

desvalorizado y estigmatizado⁵⁵. La profundización a lo largo de los años en estas situaciones, aboca a un creciente aislamiento pero con la particularidad de que la minoría gitana vive integrada hacia adentro y en exclusión hacia fuera⁵⁶. Es decir, con respecto al conjunto de la sociedad de la que forma parte y de la que es separada sin ser dueña de su propia finalidad⁵⁷. Esta doble faz entre integración interna y exclusión hacia fuera, añade una mayor exigencia a las formas de intervención desde el punto de vista de la sociedad global. Pero también, porque las acciones inclusivas del Estado social, de los servicios sociales de base, no pueden extenderse indiscriminadamente hacia el interior de la minoría pues, en general, en ella existe un mundo de la vida con matices diferenciados, pero que tiene los atributos de integración y estructuración familiares y sociales. En ese sentido, cuando hablamos de franja de la minoría gitana que sufre la exclusión social y cultural, hacia adentro funcionaría a modo de una pobreza integrada, la más pobre de ellas, aunque hacia fuera tenga las características carenciales, morales y materiales, que imposibilitan la participación social. Es decir, pobreza integrada como incorporada al propio sistema social interno del grupo gitano, constituyendo un destino más o menos aceptado donde está normalizada y no escandaliza. Tal privación es persistente en el tiempo, como también limitado es en ella el impacto de los sistemas de protección social. Así, al tener altas probabilidades de reproducirse de generación en generación se suele percibir como una herencia. Y si hacia adentro tiene unos mecanismos integradores relativos, termina provocando en las personas que la sufren la sensación de marginación, impotencia, dependencia, así como la interiorización del estigma de inferioridad que les afecta⁵⁸.

III. Hacia una acción social proyectada para la minoría gitana en exclusión.

Con el objetivo de investigar la acción necesaria, la ASP, en las páginas precedentes hemos intentado demostrar la importancia de la reconceptualización de la cuestión gitana como forma de llegar a la exclusión. Un análisis influenciado por enfoques generales, incluyendo a toda la sociedad y a toda la minoría, que deben ser tenidos en cuenta en las estrategias de acción diseñadas desde las agencias del Estado de bienestar. El estudio de la ASP sobre la exclusión en la minoría gitana es el punto de destino buscado para comenzar su tratamiento empírico, valiéndonos de la hipótesis metodológica por la que las formas de acción técnica necesarias están contenidas en los discursos de las personas, como cualquiera otro contenido comprensivo especializado en el entendimiento.

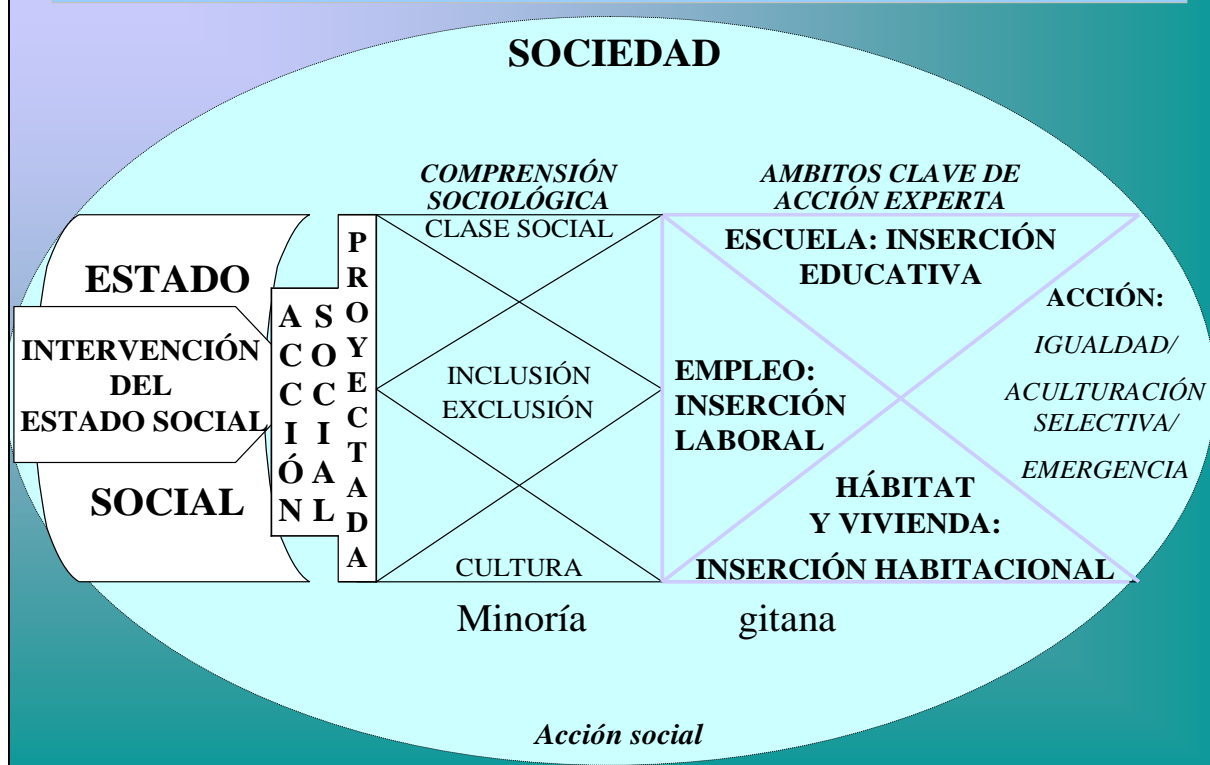
⁵⁵ G. SIMMEL. *Les pauvres...* p. 97.

⁵⁶ S. PAUGAM; F. SCHULTHEIS. "Introduction: Naissance d'une sociologie de la pauvreté", en: G. SIMMEL. *Les pauvres*. Paris : PUF. 2005. pp. 17 y 18.

⁵⁷ G. SIMMEL. *Les pauvres...* p. 55 y ss.

⁵⁸ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 108 y ss.

4. ELEMENTOS A CONSIDERAR EN LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA HACIA LA MINORÍA GITANA



Es preciso recordar que la investigación de la acción institucional que aquí efectuamos, se apoya en investigaciones comprensivas precedentes que ahora son utilizadas en específico para orientarse en los factores relevantes desde la perspectiva de las políticas sociales. Bien es cierto que una gran parte de las aportaciones de la investigación sociológica comprensiva puede servir a la investigación de la ASP. Sin embargo, en aras de una economía de la intervención traducida a acciones, deben priorizarse y seleccionarse aquellas elaboraciones que resulten más relevantes para el desempeño de proyectos y programas que apoyen a las personas y grupos sociales. Con el horizonte de *qué* acción contra la exclusión y por la inclusión social, y de *qué* acción inclusiva hacia la minoría gitana en exclusión, hemos utilizado las investigaciones comprensivas de tal forma que ellas nos han orientado para el acercamiento empírico, con la idea de priorizar aquellos resultados analíticos que podrían ser transformados en proyectos.

Al recapitular sobre las aportaciones significativas para una acción inmediata, las relaciones de interdependencia social nos han mostrado que la pobreza y la exclusión, social o cultural, juegan un papel distintivo en el interior de nuestra sociedad, pero con una lógica que

deviene del conjunto social y no tanto de la oposición binaria entre los pobres y el resto de la sociedad, como quiere una concepción residual y asistencial⁵⁹. Esto nos ha llevado a constatar a la minoría gitana como sujeta a la estructura social general, a su estabilidad y cambio. Siendo consecuentes con este razonamiento, su observación comprueba esa pertenencia mediante la desigual movilidad social ascendente y su ubicación diversificada estructural en Europa y España; por más que la pobreza y la exclusión les afecte de una forma desmedida. De esta forma, queda en evidencia la impostura de asimilaciones automáticas, que intercambian indiscriminadamente pobreza o exclusión con identidad gitana y unen su ascenso social a la asimilación cultural. Al partir de los presupuestos de la igualdad social en las explicaciones, procesos y resultados a conseguir, no se quiere ignorar la presencia y relevancia de la cultura gitana. Dicho de otra manera, el asunto consiste en abordar de una forma plausible las vinculaciones entre la clase social y la cultura, al ser relaciones y factores que necesariamente deben ser contemplados en las acciones expertas emprendidas. De entre las dos, nuestra variable explicativa es la de estructura y clase social, pues el marco estructural amplio es el más determinante. No obstante, debe ser advertida la relevancia comprensiva y práctica de la identidad cultural gitana y, en otro sentido, el rol jugado por los factores culturales en la reproducción de la pobreza. Se reconoce, pues, que los mecanismos culturales son reales en sus consecuencias y relativamente autónomos de las fuerzas estructurales que les afectan: por ejemplo, la desindustrialización o las transformaciones habidas en los últimos años hacia la sociedad de la información⁶⁰. Por otro lado, es preciso tener en cuenta la influencia en las formas de vida y en la conformación de la exclusión que tienen los dispositivos de bienestar y en especial la agencia más especializada: los servicios sociales de base. La existencia de modelos técnicos objetivistas y mecanicistas desempeñados como aplicaciones recursivas e iterativas, dificultan nuevos marcos de relación y acción con esta franja excluida de la minoría.

Visto así, el éxito de una acción interventora pasa por aprovechar al máximo las posibilidades que devienen de su carácter intelectual, sin estar sujeta a la necesidad y a la urgencia vital –tiempo controlado, totalidad, esquemas globales, sincronía, entre otras–. Cuando hablamos de exclusión y de sujeciones a una relación de asistencia con el resto de la sociedad, es preciso, en todos los casos, pero más en la minoría gitana, aprovisionarse de elementos orientados a la comprensión de la acción social en sí, que al mismo tiempo sean relevantes para la investigación *de la* ASP y de la misma investigación *en la* ASP. Si estimamos que una actitud contemplativa de corte racionalista es insuficiente para la investigación de la acción y de una práctica consecuente con ella, de la misma forma es menester que se dé el paso desde una actitud meramente realizativa de la acción hasta una actitud investigadora de la acción. Al añadir nuevos elementos comprensivos de las estructuras generales de los mundos de la vida de las personas sobre las que se interactúa, y al

⁵⁹ S. PAUGAM; F. SCHULTHEIS. *Introduction: Naissance d'une sociologie de la pauvreté...* p. 14.

⁶⁰ J. LADÁNYI; I. SZELÉNYI. *Patterns of exclusion...* p. 2.

interrogarse por el significado de las emergencias a que dan lugar las diferentes relaciones puestas en juego en su momento –con los destinatarios y la sociedad, entre los equipos de la ASP, con las cosas..., – se puede detener la inercia burocrática y técnica. Con todo este bagaje vamos a desarrollar el análisis discursivo sobre la acción necesaria para abordar la exclusión en la minoría gitana concernida. Nos detendremos en el trayecto en tres ámbitos clave específicos, la escuela, el empleo y la vivienda, y a través de su análisis nos seguiremos interrogando sobre una ASP que ayude a impulsar la incorporación social de los gitanos en proceso de exclusión social.

Las formas pensadas de racionalización de la acción social en sí, influyen en la concepción de las formas de acción experta desde el Estado social. Por tanto, si queremos apartarnos de una concepción de acción social instrumental, deberemos realizar una mirada diferente, tratar de plasmarla en la ASP propuesta, y hacerla plausible y posible. Para ello, es menester intentar un ejercicio de comprensividad a la luz de sus discursos y narraciones. Como todas las personas, colectivos y grupos sociales, la minoría gitana en exclusión se encuentra ante el dilema sobre cuáles son las implicaciones y consecuencias si se reciben apoyos y ayudas desde los servicios sociales u otras agencias del bienestar. Cuando durante un tiempo prolongado faltan los medios necesarios para llevar una vida buena, por la imposibilidad de acceder a los recursos de bienestar habituales, comienzan a manejar la idea de ser apoyados hasta que se consigan de nuevo las capacidades que les permitan disponer por sí mismos de esos recursos. Esta asunción de la ayuda exterior conlleva un proceso de valoración de los propios límites, así como de aceptación de una protección extraña a las propias dinámicas familiares y vitales, de carácter institucional y del ámbito público, que, saben va a tener consecuencias en profundizar –si cabe– su desvalorización social. La aceptación de los apoyos institucionales supone aceptar la idea de la incapacidad de salir por sí solos de tal situación. En el caso de los gitanos en la exclusión, es conocido –por ellos, por los sistemas de bienestar y por la sociedad–, que no es una situación excepcional sino largo tiempo presente en sus vidas:

“– Si nos echan una mano, claro. Pero si no nos echan..., pues estamos igual”
(Grupo de Discusión 1990, página 12). En adelante: (GD90, 12)⁶¹.

En más, cuando en el año 1990 fue diseñado y realizado el grupo de discusión que citamos, el concepto de exclusión social apenas se estaba abriendo paso en las políticas sociales. Los referentes conceptuales y prácticos eran entonces la pobreza, la marginación y la desintegración social, pero aún lastrados por teorías de la subclase –o infraclase– conductuales que culpabilizaban a la víctima, ignorando los procesos de desigualdad que

⁶¹ La identificación de los tres grupos de discusión que vamos a utilizar en este capítulo se hará de la siguiente forma: el de la investigación de 1990 será el número 1, con las dos últimas cifras del año de referencia. De los de 2004, el número 2 será el de “Convivencia y participación social”, mientras que el número 3 será el de “Vivienda”, ambos con las cifras finales del año de referencia. En cuanto a la entrevista en profundidad será identificada como E/90.

mantienen atrapadas a las personas en la parte más baja de la sociedad –de entre la más baja–, durante generaciones. Bien es cierto, que la perspectiva de la exclusión social intenta subsanar esa mirada al situar como más determinante al marco social amplio a través de las deficiencias manifestadas en los diversos ámbitos de vida de las personas que provocan los factores de exclusión social⁶². Es significativo que en los grupos de discusión de principios de este siglo, el discurso se estructura en términos muy parecidos al de finales del pasado, aunque con algunos matices dignos de comentar. La aceptación de la ayuda externa es un recurso retórico, en la medida que a lo largo de los siglos una fracción importante de la minoría ha sido objeto de las diferentes formas de asistencia: desde la mendicidad graciable y particular hasta el bienestar actual, proyectado desde el prisma de los derechos sociales de ciudadanía en el ámbito público⁶³. Así las cosas, el tipo de intervención define la relación con los servicios sociales y el sentido que se da a esta experiencia. La provisión de asistencia conlleva varias etapas anidadas en los destinatarios –también durante generaciones–, que designan y definen el estatus social del asistido: fragilidad, dependencia y ruptura de vínculo social⁶⁴. En tal relación entre acción experta y acción social, se han superado, por así decir, las dos primeras fases: la primera, caracterizada por la conciencia de la separación, la disminución del estatus, la dignidad social –como *fragilidad*–, y la segunda por la aceptación plena del estatus de asistido –como *dependencia*– por más que se aún se conserven vínculos de enganche social. Pero desde la perspectiva de los prepuestos de una ASP realista, es preciso tener en cuenta su ubicación en la tercera –como *ruptura del vínculo social*– donde la acumulación de fracasos al intentar la autonomía, junto a la sensación de inutilidad social, se encuentra muy presente. No obstante, como ya hemos señalado más atrás, su exclusión respecto a la sociedad global no puede ser pensada y hecha hacia el interior del grupo como desestructuración, pues los componentes familiares y parentales, en sentido amplio, refuerzan sus cohesiones y apoyos, junto a los componentes de defensividad social. En última instancia, la percepción de no pertenecer a la sociedad como miembro de pleno derecho es muy similar a la de 1990. Se acepta tal situación y se muestra la disposición a recibir ayudas externas, si bien reconociendo de forma implícita que la sociedad ha cambiado, siendo precisa una preparación formativa en diversos campos. Las mismas ideas de exclusión e inclusión, que contemplan causas y dimensiones variadas, tienen presencia en el discurso. El resultado es la separación de la sociedad pero a través de diversos ámbitos que deben abordarse desde la ASP –estudios, formación trabajo–, teniendo en cuenta la disposición inicial que se tiene a participar en procesos de adquisición de capacidades:

⁶² Ver, J. LADÁNYI; I. SZELÉNYI. *Patterns of exclusion...* pp. 1 y 5. Utilizamos indistintamente subclase o infraclassa como traducción del concepto inglés de *underclass* que desarrolló Gunnar Myrdal, con particular atención a la minoría gitana. El concepto describe a los que están atrapados en la parte más baja de la jerarquía social, y cuya pobreza tiene muchas posibilidades de pasar de generación en generación.

⁶³ R. CASTEL. *La metamorfosis...* p. 235 y ss.

⁶⁴ Cfr., S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 70 y ss.

“– Es que además los gitanos que no tenemos carrera, que no tenemos estudios, que no tenemos... que no estamos con la sociedad, por decirlo así, bueno estamos espabilados por decirlo así y tenían que darnos posibilidades de ayuda, de trabajo” (GD2/04, 15).

La acción dirigida a la minoría gitana se ha estabilizado y tecnificado en los últimos lustros, con el afianzamiento y expansión sistémica del Estado social. Por un lado, su atención y tratamiento desde las agencias de bienestar –sobre todo, desde los servicios sociales de base–, se ha normalizado y regularizado al socaire de su propia modernización y estabilización. Ha habido momentos puntuales en los que el auge y dinamismo económico y las políticas sociales, reforzadoras de las líneas inclusivas en el empleo y la vivienda, han facilitado que algunos de ellos hayan conseguido introducirse en la vía contributiva y acceder a un estatus social de clase baja⁶⁵. Cuando no ha sido así, las rentas mínimas de inserción, o medidas equivalentes que les precedieron, han supuesto un alivio y una cierta resocialización. Estas mejoras son apreciadas y notadas, pues se sienten más integrados, aunque no hayan significado una participación social regular como miembros de pleno derecho de la sociedad:

“– Yo ahora por lo menos notamos un cambio. De hace unos años para acá notamos un cambio muy importante... Porque estamos más integrados, nos atienden un poco más, no digo mucho, un poco más” (GD1/04, 16).

Sea por la distancia que se produce entre los principios de las protecciones y su plasmación en las personas⁶⁶, o sea porque ciertos sectores y organizaciones del bienestar son más impermeables a los cambios de orientación de las políticas, sigue existiendo un componente estigmatizador condicionante que es mantenido a pesar de las orientaciones más progresistas contra la exclusión en las políticas sociales. No es ajeno a ello, que al ser la atención individual la forma técnica predominante del trabajo de lo social, se produce una iteración de las prácticas profesionales que, en ese marco burocratizado, tienen dificultades para proponer y encontrar nuevos marcos de relación con los ciudadanos que más apoyos precisan⁶⁷. En más, entre la atomización de enfoques técnicos espontáneamente manejados, terminan predominando aquellos que mejor se adaptan a la inercia organizativa –mecanicista– técnica: la atención a individuos y la modificación de conductas.

⁶⁵ El dinamismo económico y las políticas sociales asimilacionistas del Estado social facultan la entrada en el sistema de clase (baja o media-baja) a algunos miembros de la minoría o, por el contrario, fuerzan su permanencia en el espacio de la subclase o infraclase. Ver, J. LADÁNYI; I. SZELÉNYI. *Patterns of exclusion...* pp.16 y 17.

⁶⁶ Hablamos de la *histéresis* en las prácticas de bienestar, cuando el sentido del futuro probable propuesto es desmentido de forma persistente con las prácticas actuales de desempeño de las políticas sociales y los servicios sociales. Ver, P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 107. Ver también, F. VAZQUEZ. *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón*. Madrid: Montesinos. 2002. p. 80.

⁶⁷ J. SUBIRATS (dir.). *Los Servicios Sociales de Atención Primaria ante el cambio social*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007. p. 50 y ss.

En esa línea, las acciones hacia la minoría gitana en exclusión, similares a otras acciones con otros colectivos excluidos, se siguen focalizando en el cambio de valores conductuales y de cultura de la pobreza. Los contextos históricos son diferentes y, en consecuencia, las flechas causales de la situación de la minoría también van cambiando. Cuando existe crecimiento económico y demanda del factor trabajo, algunos miembros del grupo más preparados y habilidosos para los empleos que se ofertan se incorporan al ritmo de la sociedad mayoritaria, y con ello sus vidas también experimentan una mejora de las condiciones de vida:

“– Hay más trabajo y los payos no andan que si eres paya que si eres gitana. Tú si quieres hay trabajo allí es así. – No, por esa parte es verdad, no te miran si eres payo o eres gitano” (GD1/04, 10).

Cuando la crisis económica aflora los primeros –de entre los primeros– en perder el empleo son los gitanos que antes estuvieron en la exclusión. Sin embargo, tanto en momentos de bonanza como de declive, lo habitual es que haya una fracción importante que no puede traspasar la línea que da paso a la inclusión, siquiera eventual. Es una tendencia mantenida desde la instauración de los Estados sociales europeos de la postguerra, que mantuvo a los gitanos –entre otros grupos de la subclase–, fuera del crecimiento de la riqueza y las oportunidades. Este proceso aboca a hacerles parecer en constante inmovilidad social, reproduciendo una y otra vez –en apariencia– las pautas que les mantienen anclados a la pobreza y exclusión. Sin embargo, hay movimiento y la comunidad gitana no está sujeta a leyes sociales diferenciadas al resto de las personas y grupos sociales, y ese sigue siendo el resquicio que debe aprovechar ASP. Por más que puedan ser exiguos, se trata de mirar los capitales potenciales a la par que se les comienza a considerar como sujetos participantes, cuyas propuestas son discutidas y debatidas en un marco igualitario y dialógico.

En general, con la minoría gitana la intervención opera extrayendo información e inyectando control⁶⁸. Por orientación y equivalencia de la acción experta, en la práctica las intervenciones institucionales, y muchas del mundo societario, terminan actuando como un control más o menos difuso sobre estos colectivos. Es la otra cara de la moneda del necesario despliegue de actuaciones desde el Estado social, servicios sociales de base, fundaciones y asociaciones del ámbito público más o menos específicas⁶⁹. Suponen una actuación ambivalente: resultan necesarias y beneficiosas para la minoría en la medida que permiten mantener el nivel de vida que posibilitan las diferentes prestaciones y programas; y, al mismo tiempo, provocan y son percibidas como redundantes e insuficientes para comenzar a avanzar fuera del surco de la exclusión social. Sus manifestaciones son indicadoras de que está aún

⁶⁸ J. IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto...* p. 2.

⁶⁹ De entre ellas la Fundación Secretariado Gitano es una de las más específicas. Desde los años sesenta del pasado siglo y como Fundación desde 2001, presta servicios para el desarrollo de la comunidad gitana en todo el Estado español, en los diferentes niveles desde el local al estatal, y el ámbito europeo. En: Internet <http://www.gitanos.org>

por construir una estrategia de integración cuyos contenidos concretos no se articulen desde la presunción de incapacidad⁷⁰, y apoyen al mundo gitano a definirse él mismo y empujarle – orientarle– hacia sus propios recursos⁷¹. Es decir, identificar su identidad social y tratar de que acceda a ella: ensayar una ASP que produzca una relación instituyente en la comunidad gitana, basada en presupuestos diferentes a los que se han venido dando hasta ahora:

“– Nos conocen nuestra vida mejor que nosotros. – Claro que sí, pero quieren reprimirla. – Exactamente. La gente nos ve y llevamos ya desde generaciones aquí. Nos conocen más que nosotros mismos. Lo que pasa, piensan que no nos conocen, nos hacen ver que no nos conocen, pero nos conocen. – Saben nuestra vida, los payos tapan muchos huecos, y nosotros los dejamos tapar. – Eso también” (GD1/04, 15).

Desde la perspectiva de la acción experta, hay una diferencia de matiz radical entre priorizar en exclusiva esos factores culturales –que cargan el peso de los problemas en las personas–, o calibrarlos con un enfoque y prácticas estructurales que saben de la necesidad de una acción no condicionada referente a los ingresos, la educación, la formación y el empleo, entre otros. Al hacerlo así, no se pretende anular la importancia del cambio social en las pautas culturales defensivas para la incorporación a la sociedad. Antes al contrario, en un plazo razonable, una actuación inspirada en esa línea sería más plausible en la medida que, partiendo del reconocimiento de esas dimensiones estructurales trabajadas, se centraría en la búsqueda de disposiciones de reconstrucción de las propias capacidades necesarias para la participación social. Cuando no es así, las mediatizaciones son tan fuertes que todo objetivo comportamental a conseguir se muestra como imposición a los destinatarios, concentrando una atención inmerecida que deja de lado otros aspectos fundamentales. La implantación de rentas mínimas en diversas comunidades autónomas, han intentado paliar esta confusión separando los ingresos de otros campos de actuación⁷². Es un avance, pues tratan de articularse como un derecho para satisfacción de las necesidades básicas, sean físicas o sociales. Pero en la medida que una renta mínima no es una renta básica –que sí se percibiría con pleno derecho de ciudadanía–, y está gestionada en el espacio no contributivo de los servicios sociales de base, en demasiadas ocasiones tiende a convertirse en moneda de cambio condicionada⁷³. En ese sentido, termina dándose un desfase entre las intenciones innovadoras

⁷⁰ FOESSA. VI. *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008...* p. 85.

⁷¹ J. ION. *Le travail social au singulier...* p. 101.

⁷² Ver, A. ARRIBA; L. MORENO. “Spain – Poverty, social exclusion and “safety nets””, en: M. FERRERA (ed.). *Welfare State reform in southern Europe. Fighting poverty and social exclusion in Italy, Spain, Portugal and Greece*. Oxon: Routledge, 2005. p. 192. Ver también, G. RODRIGUEZ CABRERO. *Valoración de los programas de rentas mínimas en España*. EU Network of independent experts on social inclusion. European Comisión DG Employment, Social Affaire and Equal Opportunities. Octubre 2009. p. 9 y ss.

⁷³ A. SERRANO; A. ARRIBA. *Los ‘usos’ de las rentas mínimas de inserción en España*. Madrid: Instituto de Estudios Sociales Avanzados. (CSIC). 1998. p. 6 y ss. M. LAPARRA. “La travesía del desierto de las rentas mínimas en España”, en: *Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 135. Madrid: Caritas. 2004. p. 64 y ss.

–metodologías participativas, acompañamiento social, derecho y responsabilidad social– y las prácticas concretas que están mediatizadas por los procedimientos residuales y condicionados⁷⁴. El nuevo marco relacional, interactivo y aún contractual, que debería haberse iniciado entre los ciudadanos implicados y los servicios sociales con el fin de avanzar hacia su autonomía, no puede llegar a producirse. Se confirma otra vez la idea de que la asistencia es la única rama de la administración en la que los interesados no tienen ninguna participación, y su concurso es sólo como meros usuarios asistidos pero no como sujetos sociales con su propia finalidad⁷⁵.

Desde una perspectiva de más largo aliento, conviene ser conscientes de dinámicas sociales más globales que mediatizan la relación entre los ciudadanos en exclusión y la intervención. En efecto, cuando se cruzan los límites a que da derecho la vía contributiva, que incluye la misma prestación por desempleo, se entra en el terreno de una relación de asistencia –siendo los servicios sociales uno de sus dispositivos importantes de aplicación–, que no está basada tanto en principios instituyentes como en concepciones y prácticas ya existentes de los servicios –iterativas y burocráticas–, y de la misma sociedad que los legitima para que cumplan esa función. Son prestaciones con un carácter diferente a las universales, dirigidas a individuos que por esa relación de asistencia son catalogados como diferentes, y donde la sociedad entera apoya intervenciones hacia una fracción de sus miembros⁷⁶. La minoría gitana, como los otros pobres y excluidos, pasa a formar parte de ese grupo heterogéneo, por más que en segunda instancia en ocasiones tenga una consideración diferenciada. El proceso de la acción debe partir del sentimiento de separación secular a que llevan las diferentes formas, históricas y actuales, de discriminación sufridas: pobreza, exclusión, cultura, etc. Una separación que por supervivencia conlleva también una reacción disgregadora y ampliada hacia el grupo mayoritario. Tal desvinculación puede verse como inamovible, porque una y otra vez los factores negativos relacionales terminan tapando las relaciones fructíferas y solidarias entre las personas de la mayoría y la parte de la minoría en exclusión. La constatación de la separación excluyente de la minoría con el conjunto de la sociedad, se afianza simbólicamente cuando los términos técnicos tantas veces esgrimidos se convierten en papel mojado por el paso del tiempo y la dificultad de formas plausibles de trayecto a la inclusión. Tal como en la mayoría de las ocasiones se plantea, las protecciones sólo abarcan las necesidades particulares, individuales, y todo lo más familiares y en lapsos temporales muy concretos. A diferencia de los instrumentos colectivos universalistas, tales intervenciones parecen planteadas, sobre todo, para servir de justificación y autoprotección a la sociedad⁷⁷:

⁷⁴ Como en el País Vasco, en Asturias el Salario Social Básico trató de articularse como un derecho, buscando además la participación de las personas y familias receptoras en los planes de acompañamiento social. En: Internet <http://www.asturias.es>

⁷⁵ G. SIMMEL. *Les pauvres...* pp. 51 y 55.

⁷⁶ S. PAUGAM; F. SCHULTHEIS. *Introduction: Naissance d'une sociologie de la pauvreté...* p. 23.

⁷⁷ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 57.

“– Siempre nos hemos sentido discriminados, no ahora, desde hace muchos años, ya. Discriminación siempre la hay, siempre la ha habido entre gitanos y payos, o entre payos y gitanos, como sea. Siempre la ha habido y existirá” (GD1/04, 9).

“– ¿No usáis esa palabra con nosotros?, sí marginaos. Yo he ido a mogollón de reuniones y todo el mundo... que somos marginaos” (GD2/04, 15).

Retomando el concepto de exclusión, no cabe duda que constituye un avance con respecto a la teoría de la subclase, o infraclass, que exagera la mirada hacia el comportamiento, más o menos adecuado, de las personas y grupos implicados. Por contraste, la exclusión no tiene connotaciones negativas y al estar incluida en el análisis de las desigualdades sociales, capturando la jerarquía social desde arriba hasta abajo, nos obliga a recordar la sujeción de la minoría gitana en exclusión a la estructura social en su parte más baja, por comparación con otros niveles sociales⁷⁸. Pero si estos presupuestos de política social no se traducen en la acción de los programas y servicios, los “planes de inclusión y de lucha contra la exclusión” serán un factor marginal dentro de la intervención, aunque provean del efecto simbólico prestigioso de las políticas –muchas veces impulsadas desde la Unión Europea–, y supongan, por sí mismas, un factor productivo por el efecto de aplicación para los agentes y destinatarios de los proyectos⁷⁹.

Desbloquear estas situaciones en las que la exclusión –en concreto la de la minoría gitana– se encuentra estancada, exige un movimiento reconceptualizador, teórico-práctico, que no puede estar limitado, como ahora ocurre, al plano decisorio o de la alta planificación, sino que debe ser recreado y elaborado en todos los niveles, donde ineludiblemente se lleve a cabo la acción y las actividades inclusivas concernidas⁸⁰. Tal modelo en red, participativo pero también de responsabilidad compartida según niveles y flancos de la acción, sólo puede tener sentido si ejemplarmente es traducido en la relación con los ciudadanos destinatarios: buscando métodos e interacciones que se acerquen más al mundo de la vida en el que tienen las relaciones sociales habituales. Por ello, no puede ser una operación ensimismada de búsqueda de conocimiento, sino de indagación de la cualidad de las metodologías empleadas en la misma acción. Como todo colectivo social, los gitanos en exclusión tienen interacciones y relaciones satisfactorias hacia el interior y el exterior de su comunidad, basadas en la búsqueda del entendimiento y el acuerdo. Sabiendo de la diferencia de posiciones entre la

⁷⁸ J. LADÁNYI; I. SZELÉNYI. *Patterns of exclusion...* p. 10. Ver asimismo, M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* p. 100.

⁷⁹ Y. CHASSARD. “European integration and social protection: from the spaak report to the open method of co-ordination”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. p. 300.

⁸⁰ Ver el Capítulo 6 de este trabajo, en concreto la parte referente a la planificación como propuesta después del análisis empírico, y como nexo entre la razón teórica y la práctica; incluyendo la necesaria participación de los agentes de la acción para la crítica y cambio del modelo racionalista de acción imperante.

acción experta y la acción social en sí, deben servir como modelo para la ASP pretendida, como expansión de las prácticas sociales en las que los ciudadanos se sienten reconocidos.

El estudio de la exclusión tiene presupuestos objetivos ineludibles –leyes, garantía de ingresos, contratos, accesos a recursos, etc.– pero también componentes subjetivos que añaden cualidades a las metodologías de intervención. Así, la separación social secular de la minoría gitana en exclusión debe ser abordada: a) con la visión amplia que aporta su sujeción a la estructura social y a la contingencia de las posiciones ocupadas, como cualquier otro colectivo, b) con los utillajes conceptuales sobre la clase, la cultura e identidad social y sus relaciones, c) con un sentido epistemológico que, bregado en el mundo de la vida, se abra paso sin los velos ideológicos que produce la iteración de las prácticas técnicas y expertas, y d) debe producir espacios en los que las relaciones sociales en pie de igualdad sean posibles, viabilizándolos con metodologías que encarnen la participación reflexiva. Es decir, procurar la posibilidad inmediata de ser sujetos sociales, al mismo tiempo que su misma concurrencia en los procesos va ampliando su conocimiento y autoridad⁸¹.

En los pasados años ochenta en España, el armazón de las políticas sociales dirigidas a la minoría gitana no tenía la amplitud y diversidad actual y, como consecuencia de los procesos de desigualdad, la distancia física y social era ostensible. Sin embargo, existían expectativas de integración sostenidas en la promesa de las políticas sociales que entonces se estaban poniendo en marcha. En ese contexto, los padres de los niños gitanos abogaban por el aprendizaje relacional, vislumbrando –incluso–, la aculturación selectiva que ineludiblemente conllevan las relaciones sociales que parten de una igualdad razonable:

“– (...) Y el día de mañana cogen unos niveles y costumbres culturales que se van modificando. Porque un niño piensa de una manera, y ve que dos piensan que tal... Y entonces recapacita y dice: pues yo creo que también es así porque... Entonces ese el día de mañana no va a tener complejo”
(GD90, 2).

Las políticas sociales y los servicios sociales, deben poner las condiciones para que sean las mismas personas y grupos sociales quienes ejerciten sus capacidades mediante las acciones correspondientes. Ante el hecho de la separación de la sociedad –económica y cultural– se proponía comenzar a afrontar ese problema por la búsqueda de momentos y lugares comunes con la sociedad mayoritaria, donde las personas pudieran entablar de forma espontánea las relaciones sociales típicas. Aún más, intuían que tal avance relacional sería mucho más sólido en el caso de los niños, pues en ellos aún no están cristalizados los prejuicios ni los estereotipos. En esta situación social de conversación y entendimiento que fue aquel grupo de discusión, incluso se asumía la hibridación cultural como algo propio de las relaciones entre colectivos sociales y culturas. En los grupos de 2004, realizados con los

⁸¹ J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica*. Barcelona: El Roure. 2006. p. 47 y ss.

hombres y mujeres que entonces eran niños, se percibe una mayor cotidianeidad de las relaciones sociales con la mayoría. Al afirmar de nuevo la necesidad de favorecer tales vinculaciones, se dice que la tarea está inconclusa, aunque certificándose que las relaciones del grupo, de clase y cultura, ya no son tan excepcionales y constituyen una realidad, más acá de las generalizaciones a que dan lugar los discursos y conversaciones políticas e institucionales. Pero también, a pesar de los conflictos difundidos a través de los medios de comunicación, que hacen aparecer a las personas de la minoría como distintas, que no están dispuestas a adaptarse, y que son potencialmente peligrosas para la cultura y bienestar mayoritarios⁸²:

“– Nosotros sí. Nosotros queremos estar con payos y estar con gitanos. – Y Yo también. – Yo he estado viviendo con los payos ahí cinco años. Nunca hubo problemas con ellos. Ni yo con ellos ni ellos conmigo” (GD1/04, 8).

Se advierte la alta calibración en estas manifestaciones, que debe ser tenida muy en cuenta a la hora de armar al ASP. La separación y exclusión relacional es inaceptable y deben ponerse los medios para solucionarla. Más allá de las necesarias medidas que se deben tomar en la sociedad, la minoría se muestra disponible a la convivencia y para ello saben que no pueden estar en el lugar apartado al que a veces se les aboca, fuera de las relaciones sociales expandidas de la sociedad entorno, y por siempre en sus relaciones intracomunitarias. Pero la solución tampoco es una asimilación que los despoje de su identidad cultural gitana, y, en consecuencia, se habla de conservar los lazos sociales necesarios que posibiliten las relaciones internas. Como hemos visto más atrás, se trata de una aculturación selectiva en la que las elecciones prácticas que se van tomando definen los olvidos, mezclas e incorporaciones de los elementos que están configurando su evolución cultural:

“– Yo también para estar así entre gitanos, prefiero estar entre los payos, sin ofender, o sea estar mezclados un poquitín con los gitanos (...). – Yo sobre todo con mis hijos a que se adapten a todo, porque siempre con gitanos...” (GD2/04, 8).

La misma idea de aculturación selectiva sugiere que la inclusión es un proceso interactivo, que descarta la sola causalidad de las relaciones autoprotectoras y del estado de sus filiaciones primarias –familiares y comunitarias intragrupo–, y pasa a interrogarnos por el funcionamiento de la sociedad mayoritaria. El asunto es si los distintos ámbitos de la vida social están en condiciones de ofrecer las mismas oportunidades a todas las personas, y la capacidad y voluntad que se tiene para ofrecer oportunidades de integración a aquellos que están atrapados en la parte más baja de la estructura social, como los gitanos, o a otros que son recién llegados, como los inmigrantes. Esto que debe ser contemplado al nivel

⁸² L. ZANFRINI. *La convivencia interétnica*. Madrid: Alianza Editorial. 2007. p. 95.

macrosocial, también tiene presencia al nivel del mundo cotidiano donde se recrean, confirman o desmienten las relaciones sociales. De esta forma, además de la necesaria adecuación institucional a tales exigencias inclusivas, la ASP debe apoyar las interacciones entre los originarios y los recién llegados, entre las mayorías y las minorías sociales:

“– Si usted y yo vivimos en el mismo bloque, si usted me da confianza y quiere ser mi amigo, yo lo acepto en mi casa si es amigo, ahora si usted no quiere ser mi amigo, ni me acepta, ni quiere hablar conmigo, pues yo lo haré igual” (GD2/04, 22).

De modo análogo, al tratarse de un proceso interactivo, la inclusión no puede ser un desarrollo unilateral por el que la minoría adopta, sin más, los preceptos de la sociedad, pues lo que se juzga es la voluntad y capacidad de ofrecer oportunidades de integración a partir de los diversos ámbitos que definen la inclusión y la pertenencia social⁸³. En una sociedad compleja con diversas dimensiones sistémicas diferenciadas cuya carencia o déficit de participación –de una o varias– puede suponer un proceso de separación social, la inclusión surgirá de la oportunidad de la interacción comunicativa, pero también de la participación en esas dimensiones que marcan la presencia en un territorio compartido; a partir de ellas –empleo, formación, vivienda, etc.– los hombres y las mujeres gitanas –como en el segundo texto presentado– pueden comenzar a elegir y decidir:

“– Mejores viviendas, mejores trabajos, mejores puestos de trabajo, la gente nos mira mal, luego desde la crisis de Asturias para acá...” (GD1/04, 10).

“– Si pudiéramos trabajar, si tuviera un trabajo, yo sí me defendía si tuviera trabajo” (GD1/04, 18).

La observación sobre las cualidades básicas de la acción dirigida a la minoría gitana excluida, que nos proporciona el análisis de la acción en los discursos de los grupos de discusión, refuerza las contribuciones precedentes vistas traídas de otras investigaciones que focalizan las variables inclusivas. Más allá de esto, los hechos políticos y técnicos, y la implementación correspondiente en forma de programas, proyectos y acciones, validan la hipótesis de que las referencias de reconstitución social e integración tienen dificultades en abrirse paso en la intervención, permaneciendo los procedimientos iterativos de la práctica institucional, política y técnica. La visualización de los problemas y posibilidades a través de las narraciones de las personas, nos permite aportar informaciones concretas sobre las necesidades de acción, así como indicaciones sobre *qué* ASP para esta exclusión social que

⁸³ En el caso de los inmigrantes, la interiorización de los objetivos de logro ya no puede considerarse una condición suficiente para su ascenso en la estructura social. El problema son los obstáculos y discriminaciones presentadas en los diversos ámbitos institucionales –trabajo, formación, vivienda...– según el puesto “determinado” para ellos. Ver, L. ZANFRINI. *La convivencia interétnica...* p. 22.

aunque se deba puntuar por momentos de una forma particular, no difiere sustantivamente de otras cuya matriz es muy similar. De esta forma, puesto que la referencia es la sociedad y las dimensiones de participación que facilitan la integración, el camino inclusivo es parecido para cualquier persona o colectivo social. Empero, la propia detección de necesidades y sus características resultantes, el periodo vital en el que se encuentren las personas, o las dimensiones sociales horizontales concernidas –como puede ser el género–, van a ir delimitando cualidades específicas y particulares para la ASP. Nuestra idea es que la intervención social, y dentro de ella la intervención con la minoría gitana en exclusión, necesita de una reflexión y de un debate político-técnico generalizado, fundado sobre nuevas bases conceptuales, metodológicas y de implementación social⁸⁴.

Al señalar la necesidad de desarrollar un espacio intermedio –de análisis sobre *qué* acción–, entre la investigación-planificación-decisión y la misma acción e implementación, se pretende subrayar, primero, la necesidad de ser más eficiente en la receptividad recíproca de descubrimientos y aportaciones –del pensamiento a la acción y viceversa– sobre el desarrollo de las políticas sociales que de esta forma se pierden, y, segundo, se pretende hacer notar que las innovaciones conceptuales y prácticas que necesita toda acción –al hilo de las emergencias de los sujetos sociales destinatarios–, o son relegadas o ignoradas, o ni siquiera llegan al lugar en el que pueden ser tenidas en cuenta. De modo análogo, los requerimientos y necesidades de la acción, demandando información cualificada, conceptual y práctica sobre algunos aspectos comprensivos y de implementación a la investigación, la planificación y la política, se quedan en la misma actividad, suponiendo –en ambos casos– un corte en el proceso de las políticas como etapas o fases que se deberían transitar hasta la terminación de una iniciativa política concreta⁸⁵. El caso de la minoría gitana en exclusión es especialmente sensible a estas brechas en el proceso, y se salvan siguiendo la inercia institucional o cumpliendo las exigencias que la rutina de la propia actividad exige. Todo ello en la medida que estamos hablando de un “material de trabajo sensible”, como son las prestaciones sociales que las personas en exclusión necesitan –con más o menos premura– para poder vivir y ser.

Cualquier resultado de elaboraciones comprensivas, más las propias observaciones empíricas que añaden fluidez y cercanía –poniéndole cara a las necesidades y posibilidades sociales–, son herramientas que nos aportan preceptos casi inmediatos para la acción, como predisposición informativa para la tecnologías de la planificación y la programación. En este caso, estamos ya en condiciones para incorporar a tal tecnología proyectiva, algunos reguladores de la acción significativos vistos en sus discursos y narraciones, cuanto que pueden ayudar a cambiar y enriquecer su orientación. En cualquier caso, no se trata de preceptos basados en conocimientos o descubrimientos extraordinarios, sino en

⁸⁴ Cfr.: F. VIDAL. “La investigación social: agenda, método y comunidad de conocimiento en exclusión social”, en: F. VIDAL; V. RENES. *La agenda de investigación en exclusión social y desarrollo social*. Madrid: Cáritas. 2007. p. 104 y ss.

⁸⁵ P. DE LEÓN. “Una revisión del proceso de las políticas: de Lasswell a Sabatier”, en: *Gestión y Política Pública*. Vol. VI, núm. 1. Madrid. CIDE. 1997. pp. 6 y 7.

recomendaciones articuladas desde la escucha de lo que dicen y hacen las personas; lo cual ha sido velado, permaneciendo oculto, al mismo tiempo que las regulaciones organizativas han divergido de las necesidades de estos ciudadanos en exclusión. Es decir, tomar en serio la racionalidad que la minoría gitana en exclusión reclama para sus manifestaciones, y a la vez tratar de someterlas a un enjuiciamiento crítico⁸⁶. Desde esas premisas, el requisito es partir de su condición de ciudadanos con todos los derechos, que han perdido su papel de sujetos sociales desde hace ya mucho tiempo⁸⁷. Al entender su situación en un proceso de exclusión sociocultural, sabemos de la necesidad de su reconstitución social y, además, también se debe ser consciente que tal acumulación de desventajas hace difícil que la vuelta a la ciudadanía la puedan conseguir en solitario, desde un individualismo que les mantenga y les aboque a permanecer aislados. Para realizar una acción formal externa en el mundo de su vida, hemos de saber de su disposición a recibir ayudas, servicios o prestaciones, dialogando con ellos y dándoles las explicaciones correspondientes que incluyen la necesidad de salvaguardar los derechos de los más débiles –infancia, personas con discapacidad, etc.– Esa es la primera acción: no dar por supuesto lo que la presunción técnica muestra linealmente como inevitable, pero que, bien entendido, significa la diferencia entre tener o carecer de apoyos de reconstitución social. En ese sentido, definimos las ayudas como las acciones globales o específicas, proyectadas y desempeñadas con sentido según las características de la ASP y la acción social en sí, que intentan poner los medios para la restauración paulatina de sus capacidades vitales o sociales, y son así comprendidas por los sujetos sociales destinatarios. Tal apoyo se concreta en recursos o prestaciones y en ambos casos deben estar dotados de una significación interpersonal con valor intangible⁸⁸.

En efecto, a través de sus manifestaciones, en este análisis de segundo nivel centrado en la acción, hemos visto que existe la disposición a recibir los apoyos del Estado social, de los servicios sociales y, en general, del ámbito público. Sin embargo, en ninguna parte de lo que dicen se evidencia que recibir una ayuda implique la sumisión a fines heterónomos a su propia vida, siendo mero medio para otros. Por tanto, la ASP debe hacer siempre un esfuerzo para confluir con los intereses de reconstitución de las personas y grupos, y no tanto con los requerimientos parciales de un devenir organizativo o técnico manifestado arbitrariamente como normalidad. Se debe advertir de la relación de asistencia, de sus efectos estigmatizadores directos o indirectos, y de las influencias que tanto a nivel colectivo como individual puede tener en el desarrollo de la acción. La minusvaloración atribuida a nivel social global y el impacto de su interiorización en la parte de la minoría excluida, son factores a tener en cuenta en el núcleo emocional desarrollado en la programación y no tanto en su tecnología⁸⁹. Por otro lado, teniendo en cuenta su particular historia de relación con la acción

⁸⁶ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* 182.

⁸⁷ M. CHAUVIÈRE. *Le travail social dans l'action publique...* p. 30.

⁸⁸ F. FANTOVA. *Sistemas públicos de servicios sociales...* p. 53.

⁸⁹ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 70.

técnica, es preciso fundar nuevas bases relacionales instauradas desde la ciudadanía y la responsabilidad compartida, que, sin caer en la falsa ilusión de la igualdad entre técnicos y ciudadanos, hagan desaparecer paulatinamente las reticencias y actitudes defensivas tanto tiempo asentadas. Desde estos presupuestos, se estará en mejor disposición para que se lleguen a comprender cuáles son los límites y las posibilidades del Estado social y de los servicios sociales, y qué corresponde aportar o no dentro de sus prestaciones y protecciones. Es decir, profundizar en la idea de que a las instituciones protectoras, en una limitación consciente, les corresponde llegar hasta la implantación de los medios necesarios para que los ciudadanos que, eventualmente, no puedan desarrollar sus capacidades y elecciones lo hagan en un tiempo prudencial.

Cuando estas nuevas relaciones se consiguen llevar a la práctica, con un sentido y un nivel de coherencia mantenido en el tiempo, las prácticas iterativas actuales se vuelven obsoletas en la medida que ya no pueden responder a las exigencias de una acción que confía en las sugerencias y participación de las personas destinatarias; esforzándose en visualizar sus trayectos e intereses de emancipación, y acompasando de esta forma sus fines técnicos o expertos. Sin embargo, la constitución de un marco de acción diferente sólo puede progresar en la medida que los diferentes tipos de prestaciones satisfactoras de las necesidades sociales, sean reconocidas y diferenciadas a la hora de su concreción. Los servicios sociales de base, o municipales, son los servicios de carácter social más cercanos a los ciudadanos, pero también los que encarnan la relación de asistencia que deviene de apoyos extraordinarios, no contributivos, a las personas. Bien es cierto que en los últimos años se han intentado articular como un derecho para el conjunto de la población, desde los que acceder a recursos que no son obligadamente asistenciales. Un problema histórico ha sido la confusión y ambigüedad entre las prestaciones sociales y económicas y, de esta forma, el condicionamiento más o menos explícito de las unas a las otras. Si se pretende articular un sistema que no sólo sea categorizador y sí más vinculado a la autonomía social, se necesitaría discernir cuáles son las prestaciones propias de la intervención inclusiva y los servicios sociales.

Un primer paso sería llevar la compensación de ingresos a que todo ciudadano tiene derecho, a otro lugar con el fin de evitar factores condicionantes entre ambos tipos de prestaciones. Entendemos que el objetivo de la ASP, de la intervención social y de los servicios sociales, debería ser la consecución de la autonomía personal y de la integración relacional de las personas, y el ajuste entre ambas. La interacción humana y las relaciones sociales serían consideradas como la finalidad específica de referencia, una prueba de sociabilidad en la que la subjetividad no sea aprehendida como una entidad psicológica pura, sino como la búsqueda de una identidad colectiva, de un lugar de reconocimiento social⁹⁰.

⁹⁰J. ION. *Le travail social au singulier...* pp. 100 y 101. Ver, asimismo, F. FANTOVA. *Sistemas públicos de servicios sociales...* p. 39 y ss.

El segundo paso, sería situar en otro sistema del Estado social la compensación de ingresos, proyectándola como un verdadero derecho universal, garantizándolos y homogeneizándolos para todas las personas con independencia de las coberturas colectivas de seguro. De esta forma, se suprimirían los espacios en los que se producen estos menoscabos materiales, evitándose tanto las discontinuidades distributivas, como la posible arbitrariedad a la hora de su concesión. Formarían, pues, un verdadero sistema integrado de derechos con las otras prestaciones no económicas, pero evitando que su concesión fuera realizada en razón de una inferioridad legitimada y grabada en las relaciones sociales, por motivo de la misma relación de asistencia⁹¹. Continuando con las propuestas de acción y, más aún, con la forma de llevar a cabo la ASP, incluyendo su desempeño, hemos de recordar de la importancia de implicar tanto una actitud realizativa de la acción pero sobre todo una actitud investigadora en situación de la acción. En efecto, pensamos que una gran parte del conocimiento de la acción técnica no nace y se intercambia indistintamente con la acción, sino que las acciones son deudas de la innovación conceptual y metodológica, y que, por lo tanto, sólo una actuación con sentido tiene la posibilidad de incorporar y producir nuevos conocimientos y aprendizajes al *corpus* teórico de la acción. Es en esa línea como entendemos la actitud investigadora de la acción.

El siguiente paso, se centra ahora en el plano metodológico, sustantivando las formas de llevar a cabo las propuestas de implementación. Para tratar de practicar una acción técnica en el sentido planteado, es menester utilizar desde el principio métodos participativos y dialógicos. La minoría gitana, al partir de la aspiración a constituirse como sujeto social que pretende actuar y ser reconocido como tal, es menester que la acción se apoye en metodologías que garanticen el diálogo, la versatilidad, el análisis y la reflexión, y la incorporación al decurso fáctico de conocimientos científicos y viceversa: aprendizajes de la acción al ámbito conceptual⁹². Si bien, para poder llevarla adelante debe haber un compromiso político y técnico previo; es decir, forjar un contexto favorable que *garantice* las formas organizativas necesarias que la puedan materializar: consejos asesores, grupos de investigación, formación de grupos operativos de trabajo, etc. Inspirándonos en los discursos de las personas gitanas en exclusión, al plantearlo de esta forma se propone que, con un solo movimiento desde la ASP, –y, en cierto modo, *olvidando* la carga social invalidante que acompaña actualmente a la exclusión–, se conciba a los destinatarios como sujetos sociales que acuerdan de manera equilibrada –obligándose libremente– sobre un proyecto de restauración de las capacidades, sobre una temporalidad y unos medios, y sobre las condiciones de verificación de los resultados obtenidos. Y, al mismo tiempo, en caso de

⁹¹ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 97.

⁹² Jugando con el supuesto de la participación e implicación de los agentes de la acción experta, hay propuestas de implicación participativa de los destinatarios que si bien presentan matices distintos son confluyentes. Ver en ese sentido, T. RODRIGUEZ VILLASANTE. “Procesos para la creatividad social”, en: T. RODRIGUEZ VILLASANTE; M. MONTAÑÉS; P. MARTÍN (coords.). *Prácticas locales de creatividad social. Construyendo ciudadanía/2*. Barcelona: El Viejo Topo. 2003. Ver, también, J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica...* En especial, el Capítulo I.

incumplimiento, tendrá que contemplar las correspondientes sanciones y modalidades de denuncia del acuerdo⁹³. Más allá de esta incorporación incluyente, se profundizará en ella aportando elementos asertivos que, en la misma práctica, comiencen a romper el estigma y minusvaloración sobre la identidad gitana. Para ello, comprender la exclusión social y la exclusión cultural desde la igualdad, debe ser el objetivo intermedio compartido y construido comunicativamente a través de las interacciones entabladas. Si desde aquí nos podemos aproximar a los preceptos de actividad en la intervención a través de un análisis de conversaciones grabadas, que contienen diferentes voces interactuando, en la acción –en la ASP– el asunto será la construcción situada de los objetivos de conocimiento y actuación, a través de las interpretaciones y reflexiones de las personas que hacen y viven la realidad que se quiere transformar. Una dinámica que en contextos y sectores desfavorecidos favorece los aprendizajes en el diálogo y la interacción. Es decir, junto al conocimiento científico traído significativamente, utilizar el dialogo y la discusión como instrumentos para comprender e interpretar la realidad. De esta forma, el mismo método incorpora los significados que se van construyendo comunicativamente mediante la interacción entre las personas⁹⁴. En última instancia, queda por incorporar a la acción, la necesidad de pasar en la minoría gitana desde las filiaciones familiares y parentales, como instrumento de cohesión y de integración fundamental, a los ámbitos de inclusión de la vida social que, ahora sí, están definiendo, no sólo hacia fuera sino también hacia adentro, la pertenencia y la participación social⁹⁵. Dicho de otra forma, además de ser importantes las relaciones cercanas intragrupo como factor aglutinante hacia el exterior, también lo son las diferentes dimensiones de pertenencia – educación, empleo y formación, hábitat y vivienda– y la misma capacidad que la sociedad tiene para incorporarlas a la vida social. En este sentido, ello ha sido señalado y reivindicado en sus discursos, pues son conscientes de la importancia que tiene cada uno de estos segmentos, comunes a todos, para poder pertenecer a la sociedad de pleno derecho. Así, abordaremos algunos de estos ámbitos para lo cual vamos a seguir utilizando, como punto de partida y llegada, las mismas conversaciones de los grupos de discusión.

a) Hacia la inserción educativa de la minoría gitana en exclusión

Uno de los puntos de acuerdo sobre la minoría gitana, y más sobre aquella que soporta la exclusión social y cultural, tiene que ver con la ineficacia de las acciones emprendidas para su inserción educativa en la escuela. Más allá de comprobar tales hechos, vamos a tratar de discernir algunas de las acciones y orientaciones que, en caso de su generalización y extensión, podrían apoyar su inclusión educativa. Como venimos haciendo, nos inspiraremos en los preceptos de acción que se deducen de sus narraciones, apoyándonos en

⁹³ M. CHAUVIÈRE. *Le travail social dans l'action publique...* p. 213.

⁹⁴ J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica...* p. 33.

⁹⁵ L. ZANFRINI. *La convivencia interétnica...* p. 22 y ss.

reconceptualizaciones y actuaciones que, a la par que desechan enfoques y prácticas que se siguen mostrando ineficaces y discriminantes –como la separación diferenciada, el control burocrático, la asimilación cultural pasiva o no, en la escuela– realizan propuestas en confluencia con el sentido general de este trabajo. Así, a la par que se reconoce la importancia de la influencias estructurales del sistema educativo, otorgamos una importancia capital a la acción y su sentido, traducida en las iniciativas técnicas y sociales de las personas –incluyendo a los gitanos– para la transformación de la escuela y, en corto, acciones que incidan –en general– en la inclusión y, en particular, en los cauces inclusivos de la minoría gitana en exclusión. Se parte de la constatación del alto nivel de abandono y absentismo escolar de los niños y niñas gitanas –más precoz aún en el caso de éstas– que continúa siendo uno de las manifestaciones de su exclusión social, y en consecuencia uno de los motivos principales para permanecer atrapada en la parte más baja del sistema social. Empero, un factor preocupante es que cuando la sociedad, los padres y la escuela consiguen que estos niños y niñas permanezcan en ella, el rendimiento académico obtenido dista mucho que desear⁹⁶. Así, pierden fuerza las presunciones generalizadas que vinculan su éxito escolar a completar los ciclos educativos correspondientes, situando el llamado “fracaso escolar”, es decir, el abandono y absentismo, en el espacio de las consecuencias y no tanto los factores explicativos de las causas⁹⁷. Aún sabiendo de la existencia de más factores causales, es importante interrogarse por qué los niños y niñas gitanas no obtienen parecidos resultados a otros niños que no proceden de familias gitanas, o en exclusión; y si esto tendrá algo que ver con un contexto sociocultural general notablemente jerarquizado, que se corresponde con un enfoque educativo monocultural generador de exclusiones en aquellos colectivos que, precisamente, están ya excluidos de la vida social⁹⁸. La metódica confirmación con el paso del tiempo de la desigual insuficiencia generalizada de la inserción escolar de la minoría gitana y, sobre todo, de la que sufre la exclusión; y, por otro lado, la observación al respecto de los distintos resultados sobre el éxito escolar en diferentes países, nos emplaza a verificar que la situación no es inalterable y que existen políticas –sociales y escolares– que consiguen mejores niveles de inserción educativa de los gitanos en la escuela, siempre que unas y otras se coordinen y se incorporen recíprocamente⁹⁹. Así, la perspectiva asimilacionista clásica en la escuela, entendida como un proceso unilateral de adaptación de los niños y familias al sistema, se muestra como insuficiente en la medida que aún consiguiendo bajos niveles de

⁹⁶ OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009...* p. 182.

⁹⁷ C. ELBOJ; M. J. VICEN. “Brudila Calli: las mujeres gitanas contra la exclusión. Superación del absentismo y fracaso escolar en las niñas y adolescentes gitanas”, en: *Flumen*, núm. 10. Huesca: Revista de la Escuela de Magisterio de Huesca. 2007. p. 46.

⁹⁸ A. GARCÍA GUZMAN. “La educación con niños gitanos. Una propuesta para su inclusión en la escuela”, en: *Revista Electrónica Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en la Educación*, Vol. 3. Núm. 1. 2005. p. 438.

⁹⁹ Por ejemplo, en Inglaterra incluso los gitanos con éxito social no forman parte de la sociedad y, en general, la escolarización no está solucionada. En Hungría, aún reconociéndose desequilibrios, existe una integración de los gitanos en la sociedad húngara que se ve reforzada e impulsada en el mismo sistema educativo. Ver, K. DÓRA TÓTH. *Comparative study on the identity types of 'successfull' gypsies/travellers...* p. 128 y ss.

absentismo y abandono en los niños y niñas de la minoría —el cual con frecuencia parece el objetivo principal—, sigue habiendo un bajo rendimiento escolar y, por lo tanto, una baja capacidad para una educación de calidad hacia los niños y niñas gitanas. Por el contrario, esto nos lleva a pensar las situaciones de absentismo y abandono como procesos sociales dinámicos y multiformes, resultado de una interacción de factores que se concretan en la biografías de cada alumno y que evolucionan en el tiempo hacia nuevas situaciones: abandono, reingreso, permanencia, inserción laboral, etc., u otras formas de adquisición de estatus en la edad adulta¹⁰⁰. Frente a la comprensión de sus diferencias y de la necesidad de una adaptación progresiva a la enseñanza para justificar un trato diferenciado, la única forma de romper los estereotipos y los falsos presupuestos sobre los gitanos y la escuela, es demostrando que la educación escolar de calidad es posible en estas niñas y niños, y encauzar de inmediato experiencias compartidas donde haya una notable exigencia educativa reglada; como mínimo la misma que para otros alumnos. Al mismo tiempo, se trata de arrinconar la emisión de mensajes ambiguos y formales sobre la “igualdad de oportunidades”, que en la práctica se contradicen con juicios y aseveraciones sociales persistentes que les siguen desvalorizando, aislando, y excluyendo. Realicemos, pues, un mapa significativo sobre algunas cuestiones que estimamos relevantes para la ASP con la minoría gitana, resaltando qué piensa y qué no piensa sobre la escuela; si bien teniendo en cuenta que muchas de las falsas aseveraciones sobre los gitanos sí son reales en sus consecuencias y negativas para su inserción educativa.

Manejando la idea de que algunos de los que eran niños en 1990 —y se hablaba de ellos en las conversaciones—, en 2004 eran padres que, asimismo, hablaban de sus hijos y la escuela, vamos a intentar ver las diferencias y semejanzas más notables de su despliegue discursivo, así como las concepciones axiales indicadoras de preceptos para acciones aconsejables, y cómo se podrían comenzar a articular metodológica y prácticamente. En aquellos años, en los noventa, era notorio que los padres gitanos, más allá de las urgencias prácticas concretas que materializaban la vida cotidiana, tenían ya una idea bastante clara de la importancia de la escuela a la hora de conseguir algunos aprendizajes imprescindibles que proporcionarían más oportunidades sociales a sus hijos. Sea por el convencimiento absoluto sobre la necesidad de los aprendizajes reglados, o sea por la convicción de la utilidad de algunos adquisiciones parciales que redundaran en las posibles actividades sociales y económicas de sus hijos, es remarcable que el valor escuela se encontraba presente. Por otro lado, no es descartable que a causa de las prestaciones económicas condicionadas a la asistencia al colegio de los menores, tuviera lugar una adaptación discursiva frente a la autoridad política y técnica representada en los preceptores de los grupos de discusión. Bien es cierto, que el pensamiento y la acción comunicada sobre estos aprendizajes se desplegaban

¹⁰⁰ M. GARCÍA. “Claves para el análisis y la intervención contra el absentismo escolar”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 344 y 345.

como verosímiles en la estructura narrativa, tanto por lo que se refiere a su frecuencia como por ser desarrollados en diferentes situaciones contextuales planteadas¹⁰¹. Por tanto, las habilidades que procura la escuela son valoradas por la comunidad gitana en parecido sentido a como lo son para la sociedad entorno. Asimilar identidad gitana a ausencia de aprendizajes formales, es olvidar los procesos sociales generales de no hace tantos años, en los que no existía una educación reglada para la mayor parte de las capas populares. De la misma forma, es también olvidar el carácter dinámico e interactivo de las culturas, lo cual puede explicar, por ejemplo, las diferencias intergeneracionales de los gitanos hacia la institución escolar y la incorporación progresiva a sus vidas¹⁰²:

“– Esos siete u ocho hijos, cuando tengan un tiempo ¡oye!, pues da alegría que sepan escribir, que sepan leer” (GD90, 2).

Es cierto que en aquel momento no dejaba de ser un discurso de reafirmación inicial sobre la necesidad de la escuela en los niños y niñas gitanos. En este caso, el contexto cercano del texto discursivo, estaba fraguándose con el comienzo de una intervención social en diversos ámbitos de sus vidas, de tal forma que las expectativas reales o inducidas sobre tal acción y las potenciales posibilidades de una escuela más acogedora, se encontraban muy presentes, enunciando las esperanzas de relación e incorporación social hacia los niños gitanos por parte de sus padres. Durante largos años la desintegración, la distancia social y el aislamiento han sido las situaciones habituales. Se explica que las esperanzas de los padres se cifren en la adquisición, por parte de los hijos, de las habilidades técnicas e intelectuales que pueda procurar el colegio, pero también en el crecimiento de la socialidad y la interacción con aquellos que han estado tan alejados. Tales relaciones les ayudarían a estar más integrados en la sociedad. Así, la misma escuela era vista como un agente privilegiado de socialización igualitaria que se desplegaba hacia lo intercultural, hacia una aculturación inscrita en la cotidianidad. Un remedio que contrastaba con su vida social habitual, donde no habría tal sensibilidad y facilidad para entablar relaciones provechosas. En consecuencia, las expectativas relacionales de los padres, más que en ellos mismos, estaban inscritas en sus hijos y en su inmediato futuro, a través de su inserción educativa y las relaciones que se pudieran facilitar con ella:

“– Los niños gitanos deben estar asociaos con payos, es una opinión mía, ¿Eh? – Sí, – Sí. – Pues oyes, se van asociando y al día de mañana cogen unos niveles y unas costumbres culturales que se van modificando” (GD90, 2).

La cuestión es ver si los que eran niños en 1990 pudieron cumplir aquellas expectativas depositadas en ellos por sus padres, teniendo en cuenta que en 2004,

¹⁰¹ VALLÉS, M. S. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis. 1999. p. 373 y ss.

¹⁰² M. GARCÍA. *Claves para el análisis y la intervención contra el absentismo escolar...* p. 343.

aproximadamente quince años después, participaron en nuevos grupos de discusión en los que se volvía a hablar sobre los problemas y posibilidades de la minoría gitana, y sobre la inserción social de los niños en el contexto educativo. Así, lo primero que se advierte en estos últimos textos, es que la presencia de la escuela está mucho más regularizada en sus vidas. De esta forma, se habla del pasado como del tiempo en el que la educación de los niños gitanos se desarrollaba en un entorno práctico e informal, en unión de otros niños y bajo el control de los de más edad, pero sin aprendizajes formales como los desarrollados por la institución escolar¹⁰³.

Tales relaciones y formas de socialización exclusivas eran enunciadas como el pasado, teniendo lugar una naturalización de la escuela en su vida cotidiana, que se continuaba viendo desde las posibilidades relacionales e interactivas que aporta a niños y niñas. Por tanto, las estrategias de acción cara a una plena integración educativa –es decir, que no sólo tenga reflejo en el absentismo y el abandono sino en el rendimiento escolar final– deberían contemplar tal incorporación. Y a partir de ahí incidir en factores que pueden ser resumidos en dos bloques de contenidos: por un lado, la adaptación de la institución a los niños y niñas cuyas familias están excluidas, transmitiendo mucho más que unos conocimientos “suficientes”; y por otro lado, con respecto a las familias, profundizar en la comprensión sobre las utilidades de la escuela, a corto y medio plazo, para la superación de la exclusión social¹⁰⁴:

“– Con los niños gitanos con los niños payos, y van a la escuela (...). Antes no había escuelas y los niños se criaban unos con otros” (GD2/04, 22).

Sin embargo, como se podrá pensar, el que la escuela estuviera dentro del interés de las familias gitanas en exclusión¹⁰⁵, no significa que su estancia en ella se concretara en todo el trayecto educativo necesario para obtener unos resultados óptimos, o al menos los suficientes para llegar a una educación igualitaria. De hecho, aquellos niños en quienes fueron depositadas las esperanzas educativas, ahora como padres, en 2004, volvían a insistir en la necesidad de que sus hijos realizaran, por fin, la inserción escolar que ellos mismos no habían podido cumplir, a pesar de las esperanzas depositadas en ellos –en aquel momento– por sus padres: vivir la escuela como un espacio propio, completando los hitos y metas que se van formulando en ella. Pero las exigencias y expectativas son mínimas, y como pasó con las generaciones precedentes, con ellos mismos, y como parece corresponderse con la misma institución escolar, el objetivo que parece prioritario es la asistencia regular y a partir de ahí, secundariamente, se piensa que ya vendrán otros aspectos que la demuestren más funcional para unos y otros. La cuestión es si se conseguirá una inserción educativa óptima para sus

¹⁰³ M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* p. 108 y ss.

¹⁰⁴ C. ELBOJ; M. J. VICEN. *Brudila Callí: las mujeres gitanas contra la exclusión...* p. 55.

¹⁰⁵ En el 85% de los casos, es la familia la que tiene mayor interés en la escolarización. En el otro 15% se produce por agentes externos. Ver, A. GARCÍA GUZMAN. *La educación con niños gitanos...* p. 439.

hijos, que les posibilite su plena participación en la sociedad realizando unas trayectorias sociales diversas que no sólo sean comprendidas e interiorizadas bajo mínimos; justificando de nuevo las situaciones objetivas y subjetivas de minusvaloración y déficit social en las que se encuentran. El asunto, pues, parece estar en lo que se haga, por parte de unos y otros, una vez que los niños y niñas ya están en la escuela y continúan en su trayectoria educativa:

“– Mandar a los niños al colegio (...). Porque a mí no me mandaron al colegio, me mandaban al colegio y estaba a diez días sin ir. Ahora ya pensamos un poco. Yo no sé leer, pues mando a mis hijos para que sepan leer”
(GD1/04, 16).

Si en la actualidad los niveles de asistencia, al menos en la educación primaria, han aumentado y se han estabilizado respecto a épocas precedentes, una de las causas importantes para la continuidad de fracaso educativo de la minoría gitana en exclusión, podría estar en los preconceptos manejados por distintos agentes sociales, –escolares, de bienestar social, participativos– hacia los gitanos, que terminan actuando como una profecía que se autocumple, pues son desarrollados en las prácticas habituales institucionales en relaciones indirectas o directas con ellos. Hablamos de la supuesta falta de interés de las familias por la educación de sus hijos, de las tradiciones culturales y de socialización que les alejarían de la escuela poniendo a los niños en contra de ella, o hablamos, en definitiva, de su sentido y experimentación práctica que –hipotéticamente– justificarían su menor capacidad cultural e intelectual, resultando que todo ello les abocaría al absentismo, al fracaso escolar y a la exclusión social. Como se ve, argumentaciones a las que la minoría prácticamente no puede contestar, pero que estarían velando y ocultando no sólo su propia impostura, sino también la incapacidad secular de acogimiento del sistema educativo hacia los niños y niñas gitanos y, en general, hacia aquellos que no se adecuan a los preceptos intelectuales, simbólicos y prácticos de una media social, materializada en los valores y racionalidad de las llamadas clases medias. Por el contrario, es preciso señalar que si bien la asistencia ha aumentado y el absentismo ha disminuido, continúa habiendo un conjunto de factores obstaculizadores cuyo origen lo encontramos en el propio sistema educativo, en las relaciones y regulaciones desarrolladas en su cotidianeidad institucional que, siendo como una caja negra que oculta los hitos de una relación que influye en el fracaso y deficiente rendimiento escolar, propicia, junto a otros factores que mencionaremos, el abandono posterior a edades tempranas y más en el caso de las niñas¹⁰⁶.

En efecto, se trata de dimensiones que siendo analizadas críticamente desde hace bastantes años, no acaban de ser materializadas en el curso habitual organizativo, en el

¹⁰⁶ La distribución del absentismo por sexo parecer ser prácticamente equitativa tanto en la Enseñanza Primaria como en la Enseñanza secundaria. En cualquier caso, hacia los 15 años se produce un abandono generalizado que es más algo más precoz y mayor en las niñas. Ver, A. GARCÍA GUZMAN. *La educación con niños gitanos...* p. 439. Ver también, M. GARCÍA. *Claves para el análisis y la intervención contra el absentismo escolar...* p. 347.

currículo escolar, en las relaciones explícitas entabladas por la institución, y en los principios pedagógicos de los centros educativos.

a) Aunque la escuela no puede ser vista como un campo de luchas entre las diferentes culturas presentes en una sociedad, sí es importante desde la perspectiva de una minoría cultural que se produzca su visibilización en el currículo escolar y en la formación del profesorado. Antes bien, lo que viene ocurriendo con la identidad gitana es su invisibilidad o, incluso, un tratamiento anecdótico y reforzador de los estereotipos y generalizaciones sociales.

b) Hay factores como el clima y funcionamiento escolar existente, junto a los principios pedagógicos de los centros que sea el caso, que al suponer modos de interacción con los alumnos gitanos, influirán para el reforzamiento del rendimiento educativo, o propiciarán desencuentros iniciando trayectorias de desafección y absentismo. Así, la presencia o ausencia del respeto a la diferencia a través de la igualdad, del acogimiento personalizado de alumnos de otras culturas y sensibilidades, de la existencia de un número de alumnos adecuado en las aulas, de la distribución equitativa de los que –en principio– van a requerir más atención, o la incorporación de los apoyos más importantes al ritmo habitual de las clases –como factores principales–, estarán decidiendo el signo de las interacciones y con ello reforzando en tal trayectoria los aspectos inclusivos o, por el contrario, de exclusión educativa. Para los padres de las familias gitanas que soportan situaciones de exclusión social, la escuela, por su propia experiencia, no puede articular simplemente una educación convencional, donde los niños que no sigan el paso sean apartados tempranamente del funcionamiento educativo habitual¹⁰⁷. Son precisos apoyos y mediaciones explícitas que les ayuden a incorporarse a la vida habitual del aula –social y escolar–. En ese sentido, tales ayudas son las que precisamente deben contrastar con respecto a aquellos intentos de inserción educativa precedentes, en los que los padres de los actuales niños participaron pero que no pudieron completar y culminar:

“– Yo ahora llevo a mi niño al colegio, y sé que hay unos estudios, y que puede llevar unos estudios, una ayuda. Pero es que antes...” (GD1/04, 14).

Pero además de estas dimensiones más propiamente académicas, hay otras que también contribuyen incesantemente al conjunto interactivo que define las trayectorias escolares, y que en el caso de las familias gitanas en general, y de aquellas excluidas en particular, son importantes en la medida que significan el mayor o menor interés de la institución hacia los niños y niñas, y sus familias.

c) Así, es imprescindible establecer una relación formal entre las familias y el profesorado, construyendo explícitamente puentes comunicativos regulares donde se traten

¹⁰⁷ M. FERNÁNDEZ ENGUITA. *Alumnos gitanos en la escuela paya. Un estudio sobre las relaciones étnicas en el sistema educativo*. Barcelona: Ariel. 1999. p. 170. Ver, de igual forma, F. ALVAREZ-URÍA; J. VARELA. *Sociología de las instituciones...* p. 65 y ss.

los contenidos habituales del acogimiento y el rendimiento escolar. De esta forma, los niños, pero también sus familias, irán sintiendo la escuela como un espacio propio, en el que cualquier tema que les interese o les preocupe podrán hablarlo buscando las soluciones pertinentes. Como uno de sus objetivos principales, tales relaciones deben incluir la transmisión a las familias y a los padres de mensajes que valoren la escuela en su justa medida, indicando sus utilidades en el desarrollo de las competencias instrumentales necesarias para subsistir en la sociedad informacional, y transmitiendo los valores requeridos para afrontarla de una forma solidaria¹⁰⁸. Por eso mismo, es preciso romper las formas de relación que, muy a menudo, sólo se establecen en sentido negativo, para comunicar las quejas y faltas de comportamiento a las familias. Una relación habitual comprensiva, desde luego, puede incluir este tipo de comunicaciones, pero nunca en exclusividad. Es un lugar común que los padres de estos niños sientan que no sólo se les convoca desde este signo comunicativo, que va desgastando el crédito mutuo entre las familias y la escuela¹⁰⁹:

“– Son muy quejicas por allí, en el colegio. Te llama la directora, mira tu hijo hizo esto, se porta mal. Otras veces no puedes ir” (GD1/04, 13).

d) Finalmente, hay otro factor referido a la transmisión de normas, valores y creencias, que acompañan tanto a los contenidos educativos formales como a las interacciones sociales y, en ese sentido, está regulando a la baja el nivel de expectativas y exigencias del profesorado con la comunidad gitana, en concreto con la que está en exclusión. Así, inicialmente podríamos comprender el nivel de expectativas de las familias gitanas respecto a sus hijos que, como hemos visto, están cifradas en sus relaciones –lo cual es ambicioso– pero también, más limitadamente, en aprender a leer y a escribir. Ya sea por desconocimiento de los contenidos y trayectos educativos, o ya sea por el nivel escolar interiorizado y deseado para los hijos, en el que influyen las expectativas sociales y profesionales, sus exigencias parecen ceñirse a un aprendizaje básico; al modo de la sociedad en los comienzos de la extensión educativa a las clases populares, donde lo importante era el papel regulador de las conductas y las relaciones de sumisión, más que los aprendizajes de contenido¹¹⁰. En efecto, como una parte del currículo oculto identificado, parece haber un ajuste implícito de consecución de niveles mínimos hacia la educación de los niños y niñas gitanas, que resulta perjudicial cuanto que, en un círculo vicioso, influye reforzando tal presunción devaluadora en el conjunto de los agentes escolares y en los mismos niños y sus familias. Tal ajuste que tiene algo de condescendiente y afectado hacia sus supuestas limitaciones académicas y escolares –justificadas en sus problemas sociales–, al final, como todo currículo oculto en ese

¹⁰⁸ J. VARGAS; R. FLECHA. “El aprendizaje dialógico como “experto” en resolución de conflictos”, en: *Contextos Educativos. Revista de educación*, núm. 3. Logroño: Universidad de la Rioja. 2000. p. 86.

¹⁰⁹ M. FERNÁNDEZ ENGUITA. *Alumnos gitanos en la escuela paya...* p. 176.

¹¹⁰ Para una comprensión del entramado social del que han emergido los modernos modos de educación hacia las capas populares, sobre los que se asienta el sistema escolar, ver J. VARELA. *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*. Madrid: La Piqueta. 1984. p. 255 y ss.

sentido, actúa reforzando las desigualdades sociales y la exclusión social; y tiene efectos perversos sobre la interiorización de los niveles de autoexigencia en las mismas familias. Desde la perspectiva de la acción, se debería ser consciente del juego de estas formulaciones implícitas, cambiando al alza las expectativas, las exigencias y las prácticas, al menos en el mismo sentido y nivel que para otros grupos de alumnos¹¹¹.

En conclusión, la ausencia de inserción en la escuela de la comunidad gitana es un problema objetivo, que tiene vinculaciones bastante directas con las relaciones intersubjetivas que cada día se entablan y que se están reforzando mutuamente. Las constricciones sociales de carácter más objetivo que afectan a la comunidad gitana en exclusión, interaccionan y se relacionan con los propios procesos biográficos de socialización que en este caso, como hemos visto, no parecen ser un obstáculo para la plena inserción educativa de los niños y niñas gitanas. Antes al contrario, la socialización en el seno de las familias ya parece incluir en su imaginario educativo la inserción en la escuela, como una de las formas preferentes de aprendizaje para la vida social y personal. En ese sentido, la imagen a menudo divulgada de que las familias no se implican, ni participan en la educación de sus hijos, o en la marcha de los centros escolares, es un obstáculo –injustificado por irreal– para desarrollar y facilitar su participación¹¹². En esta tesitura, aunque no se pueden hacer aproximaciones reductoras y exista una interacción de todos estos factores, en este momento los mayores problemas para una escolarización con rendimientos plausibles parecen encontrarse en la propia institución escolar: en la inflexibilidad del sistema educativo, en el clima escolar y los principios pedagógicos de los centros poco favorecedores de relaciones instituyentes, y en la falta de relación y comunicación formal e informal de los profesores con los niños gitanos. Asimismo, como consecuencia, se da una falta de representación de la minoría gitana en el proceso educativo, que es paralela a la falta de mediación en las aulas hacia las minorías socioculturales, y en particular hacia la gitana. Por tanto, todas estas vinculaciones relacionales entre las dimensiones más objetivas y subjetivas, lo que nos sugieren es que la intervención socioeducativa debe incorporar tanto las herramientas propias del conocimiento científico, puesto a disposición de los agentes participantes, como otras que resultan de metodologías comunicativas basadas en el aprendizaje que el mismo debate y diálogo igualitario van propiciando en el debate y la acción. Como toda ASP, el objetivo es la transformación social –igualitaria e inclusiva– que pueden impulsar los diferentes agentes que participan e intervienen en el proceso: profesores y educadores, agentes de bienestar social y

¹¹¹ C. ELBOJ; M. J. VICEN. *Brudila Calli: las mujeres gitanas contra la exclusión...* p. 63. Nos hemos apoyado en estas autoras para desarrollar los factores y dimensiones a tener en cuenta en una intervención socioeducativa incluyente.

¹¹² Más allá del capital cultural –capital lingüístico, ambición de excelencia cultural, o bienes culturales, como la afición a la lectura– los padres de la minoría gitana –sobremedida las mujeres– sí parecen poseer ya, como hemos ido viendo, la mayoría de los factores para la tenencia de un capital social, tan importante para la inserción educativa: es decir, comunicación y atención sobre aspectos de la educación de los hijos en la escuela e implicación en los asuntos escolares a través de sus conversaciones con tutores y profesores. Ver a este respecto, OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009...* pp. 183 y 185.

Servicios Sociales, las familias y los niños gitanos, y los mediadores y personas que les puedan representar. La presunción es que puede haber explicaciones y reconceptualizaciones plausibles e innovadoras, que si no son llevadas al desarrollo institucional mediante métodos dialógicos igualitarios –asegurando procesos con pretensiones de entendimiento y validez– pueden caer en saco roto¹¹³. Es de nuevo una actitud investigadora de y en la acción, que al mismo tiempo que se alimenta del conocimiento previo, lo desarrolla en su decurso aprendiendo de los elementos emergentes que resultan de la interacción y relaciones de los agentes, en una suerte de comunicación y actuación conjunta¹¹⁴.

En la medida que estamos hablando de la inserción educativa de la comunidad gitana en exclusión, sabemos de los obstáculos y dificultades que presenta este objetivo que a los problemas habituales une resistencias devenidas del desgaste de una situación en extremo detenida, a la que la misma minoría no puede sustraerse, figurando como principal responsable de tal estancamiento. Una ASP que se precie de serlo, tiene que hacer incorporaciones de alcance medio a su *corpus* de conocimiento y acción, y reconociendo la desigualdad sociocultural existente debe afanarse en desmontar los falsos prejuicios y organizar un clima de acogimiento óptimo para todos los niños y niñas en la escuela. Los sociólogos de la educación que han estudiado el fracaso y el abandono escolar, por ejemplo los estudios realizados por Basil Bernstein, pueden en este sentido ser de gran utilidad para crear un clima cultural en el que participen los agentes sociales y personas involucradas, incorporando nuevos elementos informativos en el proceso según las opiniones y situaciones vayan manifestándose. Al mismo tiempo, reconocer, por fin, las principales formas de vulnerabilidad educativa y los factores socioeconómicos que las provocan¹¹⁵. Para ello, por supuesto, debe haber un mantenimiento en el tiempo de tal orientación socioeducativa. Sin embargo, con ser esto esencial, la ruptura debe producirse ignorando y no dando pábulo a los atribuciones más asentadas que toman cuerpo en el devenir institucional, y en los concepciones y prácticas de algunos agentes sociales y educativos. Así, por ejemplo, frente al desinterés por la escuela en las familias gitanas, se debe abrir paso su manifestada pretensión de ser parte de ella y de que ésta forme parte de sus vidas desde la educación de sus hijos. Frente al alejamiento de la comunidad gitana se abre paso, y más en la mujer gitana, la idea de que la educación en la escuela es importante como forma de orillar la exclusión social¹¹⁶. Frente a la idea adaptativa de una educación de mínimos y conocimientos básicos, es menester que se abra paso la idea transformadora de un aumento de las expectativas y

¹¹³ “Aunque acción comunicativa y acción estratégica comparten la estructura teleológica de toda acción social, en la primera los propios objetivos de los agentes están subordinados al entendimiento y a su consecución. En la segunda, la coordinación se establece mediante la influencia”. El entrecomillado es nuestro. Ver, M. HERRERA GÓMEZ; A. TRINIDAD REQUENA. “La teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas: lenguaje y acción”, en: J. IGLESIAS DE USSEL; M. HERRERA GÓMEZ (coords.). *Teorías sociológicas de la acción*. Madrid: Tecnos. 2005. pp. 216 y 217.

¹¹⁴ J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica...* p. 32.

¹¹⁵ OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009...* p. 200.

¹¹⁶ C. ELBOJ; M. J. VICEN. *Brudila Callí: las mujeres gitanas contra la exclusión...* p. 65.

exigencias, que propicien en estos niños y niñas un rendimiento escolar medio y alto. Como hemos visto para jóvenes y mayores, se trata de concebir e impulsar un ASP que al mismo tiempo que se apoya en los conocimientos objetivos, se *desarrolle* en la acción de las personas y agentes sociales. Visto así, la concepción implicada es que si bien la escuela tiende a reproducir y a justificar las desigualdades sociales presentes en la sociedad, también puede ser una de las herramientas que ayude a romper el círculo de reproducción de las desigualdades sociales y culturales, como de hecho ocurre en no pocas experiencias y situaciones.

b) Algunos apuntes para la inserción laboral de la minoría gitana

Con respecto la inserción laboral, ya hemos señalado que una pequeña parte de la minoría gitana consigue ascender socialmente –de manera estable o circunstancial– situándose en unos niveles estructurales que van desde las clases medias hasta las bajas, pasando por las medias-bajas. Sin embargo, lo más usual es permanecer atrapadas en la parte más baja –de entre la baja– de la estructura social a partir de su ubicación en el segmento marginal del mercado de trabajo. Frente a la concepción asociológica de un mercado laboral plenamente abierto, con una libre concurrencia de la oferta y la demanda, la teoría de la segmentación postula la existencia de segmentos conformados por mercados de trabajo internos. Así, existe un segmento primario, dividido en superior –con mayor estatus, formación y retribuciones– e inferior –con profesiones y empleos de rango inferior, o en ascensión, con estabilidad y derechos sociales–; existe también un segmento o mercado de trabajo secundario, formado por ocupaciones más bien manuales, no sujetas a aprendizajes, cuya seguridad es baja y variable, dependiendo de la coyuntura económica. Este segmento secundario de trabajo está subdividido, y contiene en la parte más inferior un segmento marginal, con los empleos de más rotación, más inestables y más desprotegidos¹¹⁷. Se compone de un empleo marginal sustituible y prescindible con ingresos muy irregulares y bajos, al que, incluso, sólo en condiciones muy favorables puede acceder la minoría gitana en exclusión. De tal forma, que sus trabajadores suelen figurar en las estadísticas oficiales como inactivos o parados crónicos. Tal acceso al empleo en el mercado secundario, está ya muy determinado por los cambios estructurales que han supuesto la desregulación de las relaciones de trabajo en el capitalismo informacional, acrecentando la vulnerabilidad. Con las crisis económicas periódicas, como la de 2009, se agudizan estas condiciones que de inmediato golpean a los más débiles, llevándolos al desempleo y al paro, y arrinconan y aíslan, aún más, a los grupos que acumulan dificultades como la minoría gitana¹¹⁸. Desde la perspectiva de las

¹¹⁷ J. CASAL. “La inserción laboral y profesional”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. p. 365. 2007.

¹¹⁸ Ver, OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2008...* p. 120 y ss.

políticas sociales y la intervención social, la alta volatilidad e inestabilidad del trabajo, contrasta con la inexistencia de movimientos de ingresos en la parte baja de su distribución – incluyendo las transferencias sociales–, lo cual es un indicador de alto riesgo de pobreza crónica y deprivación, concentradas, sobre todo, en minorías sociales como la gitana¹¹⁹. La transición desde la escuela y la formación al trabajo en el capitalismo informacional, está revestida de una complejidad inédita, como causa y efecto de las nuevas desigualdades sociales en el mercado de trabajo, que también afecta a las personas de la minoría que intentan acceder al empleo. En ese campo abierto por las políticas sociales y la intervención social, con el fin de apoyar los procesos de formación y empleo para los más desfavorecidos, es preciso incidir en itinerarios que permitan construir “oficio” o instruirse con provecho en el manejo de técnicas valiosas para el acceso al empleo y su estabilidad¹²⁰. Por tanto, más allá de la importancia fundamental de la inserción educativa en la escuela, son precisas acciones protectoras y de capacitación que aseguren una entrada en igualdad de condiciones de las personas de la etnia con un capital escolar medio y medio-bajo, como a aquellas otras que han tenido un abandono escolar precoz y que necesiten ser apoyadas en su formación y vías de ingreso al empleo.

Vinculado con el advenimiento del capitalismo informacional y la globalización económica, en apenas dos décadas se ha producido la transición desde la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento, perdiendo valor y vigencia los oficios tradicionales del pueblo gitano. El comercio se orienta a las grandes superficies y la venta callejera está siendo asumida por inmigrantes no regularizados, mientras que otros oficios han ido desapareciendo o especializándose a través de la formación¹²¹. De hecho, desde el punto de vista de la presencia cultural, se ha pasado a una situación en España donde los gitanos ya no son la única minoría étnica con la notable llegada de inmigrantes de diverso origen en busca de oportunidades, planteándose una nueva realidad de competencia a partir de la coexistencia de diferentes culturas¹²². Aunque las familias gitanas siempre han prestado atención a la diversificación de sus recursos económicos, hasta hace no mucho, en la sociedad industrial, algunos oficios y ocupaciones tradicionales aún resultaban funcionales en la medida que ocupaban nichos económicos no aprovechados por la sociedad mayoritaria. En un contexto de menor nivel económico generalizado, pero también de actividades económicas, espacios y

¹¹⁹ OECD. *Growing Unequal? INCOME DISTRIBUTION AND POVERTY IN OECD COUNTRIES*. France: OECD Publishing. 2008. p. 168. Recordemos que deprivación se acerca a la matriz multidimensional equivalente a la exclusión social, pero desde una consideración más estática. Hablamos de deprivación cuando no se tienen condiciones de vida aceptables, o son insuficientes –dieta, comodidad, estándares y servicios– para jugar los roles y participar en la relaciones sociales habituales esperadas por pertenecer a una sociedad. Ver, K. VLEMINCK AND J. BERGHMAN. *Social exclusion and the welfare State...* p. 39.

¹²⁰ J. CASAL. *La inserción laboral y profesional...* p. 374.

¹²¹ J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica...* pp. 114 y 115.

¹²² I. R. MENA. “Una aproximación a la venta ambulante como economía étnica gitana”, en: *Sociología del Trabajo*, núm. 64. Madrid: Siglo XXI. 2008. p. 98. Es además reseñable, en ese sentido, que una parte de la inmigración de los países del este de Europa es de origen gitano, sobre todo de Rumanía, y de las clases más bajas.

tiempos menos colonizados por las relaciones capitalistas de consumo, las posibilidades de éxito para la subsistencia eran plausibles:

“– Que antiguamente esos paisanos na más que nacieran, ya sabían un oficio colega (...). Pero mi padre hacía albardas (...). Pues hacía de eso, hacía sus cestas, sus canastos, había más dinero. Yo que sé por lo menos vivías” (GD2/04, 20).

Si miramos el grupo de discusión de 1990 y observamos lo dicho con relación a las actividades económicas, al trabajo y al empleo, se advierten varias cuestiones reseñables para un mejor conocimiento, y, en concreto, para una mejor comprensión de las necesidades de acción e intervención para la minoría gitana excluida respecto a este ámbito. Con alguna excepción coyuntural, el alejamiento de los gitanos del empleo regularizado ha sido una constante, primando formas como el comercio ambulante, la informalidad económica y el autoempleo, lo cual puede ser visto como estrategia de mantenimiento de especificidades en relación a la homogeneización cultural y económica. Sin embargo, la imposibilidad de mantener esas actividades, o la misma competencia con otros grupos sociales, les ha llevado a verse desempeñando un trabajo regularizado. Es cierto que valoran el trabajo independiente, que compatibilizan o alternan con las prestaciones sociales del Estado social y Servicios Sociales, incluyendo la formación, la adquisición de hábitos prelaborales, o el acompañamiento laboral, pero, antes y ahora, el empleo regularizado lo han calibrado como una alternativa viable y deseable¹²³. Una posibilidad que es contemplada a partir de la estabilidad económica que aporta, aunque también –al igual que la escuela para sus hijos–, como la oportunidad de convivir con los otros, con la sociedad general, facilitando las relaciones:

“– Entonces queremos un trabajo, aunque trabajemos más. Pero que nos den algo para convivir también nosotros con los demás” (GD90, 11).

En ese sentido, es preciso vincular la exclusión generalizada de la minoría gitana en el mercado laboral, de mujeres y hombres, desde una perspectiva transversal que relacione la educación, la formación y el empleo. Tal como se ha apuntado en el apartado anterior, es primordial conseguir de inmediato unos resultados óptimos escolares, a partir de una escuela más incluyente, porque en la sociedad del conocimiento el éxito o fracaso escolar está condicionando cada vez más las posibilidades de acceso al mercado laboral, y de participación general en la sociedad¹²⁴. Incluso ya en 1990, una vez que el sistema escolar no había producido los resultados esperados, veían la necesidad de una formación encauzada a partir de sus querencias y habilidades. Sabían que los oficios tradicionales enseñados y aprendidos de padres a hijos ya no iban a ser posibles. En suma, conocían de la necesidad de

¹²³ *Ídem*: p. 100.

¹²⁴ C. ELBOJ; M. J. VICEN. *Brudila Calli: las mujeres gitanas contra la exclusión...* p. 62.

aprendizajes cualificados que pudieran garantizarles unas ciertas posibilidades de éxito para cualquier ocupación o actividad, ya fuera por cuenta propia o ajena:

“– Los niños que ya no tienen edad de escolarización (...) se les puede dar unos pequeños niveles de estudio, más o menos, ¿No? Para que se orienten un poco, que haya unos cursillos o unos talleres para que vayan aprendiendo algo (...). Que vayan aprendiendo un pequeñín oficio, que haya un taller un pequeño taller” (GD90, 11 y 12).

Pero en 2004 la tónica discursiva era de muy parecida factura. Si ya hemos visto que la inserción educativa dista mucho de haberse producido a pesar del tiempo pasado, tienen la conciencia de que solos no podrán acceder a una formación de garantías y a un empleo. Al asumir que la escuela no proporcionó las oportunidades requeridas, se autoproyectan en un proceso de formación práctica y de acceso al trabajo remunerado en el que se necesitan los apoyos públicos¹²⁵. Tienen la conciencia de que hasta que no puedan hacer cosas parecidas a otras personas de la sociedad –“*un oficio como ellos*”–, no dispondrán de los derechos para su participación efectiva en ella:

“– Hombre, muchas cosas, por lo menos tener un oficio como ellos, a los que no nos dieron esa oportunidad” (GD2/04, 14).

Si volvemos de nuevo al primer año de referencia, la entrevista en profundidad de 1990, también en esos momentos el sentido de la iniciativa y responsabilidad de las mujeres gitanas, se manifestaba de forma clara, confirmándose que gran parte de los modos de innovación vital y aculturación selectiva iban a ser, y vienen siendo, protagonizados por ellas. Significa un proceso transformador relativamente dilatado en el que su rol está cambiando, influyendo en el conjunto de las relaciones sociales internas del grupo. Ya en aquel momento era reseñable, su capacidad para observar el agotamiento de los recursos laborales tradicionales y –dentro de la misma línea de las actividades desempeñadas antes–, resultaba proverbial la forma de tomar la iniciativa para tratar de disponer de recursos económicos más regulares¹²⁶. Más allá de los roles atribuidos, se trataba de un atrevimiento y destreza que, no sin dificultades, anunciaba su relevante papel en las innovaciones sociales de la minoría y su posible mediación en las propuestas y pactos a establecer en la intervención y en la ASP referidas a las actividades económicas y el empleo:

“– Porque yo me lo saco [el carnet de conducir] no pa pasearme. Yo quisiera emplearme en algo, en unas cosas, zapatos o medias, lo que fuera. Para poder ir a vender algo por las calles, pa tener algo pa venderlo” (E/90, 9).

¹²⁵ El programa ACCEDER, del Fondo Social Europeo, intenta facilitar la integración en el empleo de los colectivos con dificultades tal incorporación laboral, como la comunidad gitana.

¹²⁶ M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* p. 77.

Pasando ahora a los grupos de discusión de 2004, en los que ya participaron mujeres, el texto discursivo vuelve a confirmar su papel de innovadoras sociales –frente a los hombres de la etnia y frente a la misma sociedad mayoritaria–, mucho más si tenemos en cuenta el punto de partida, en una comunidad cuya organización social es la familiar y parental, y donde, desde una posición socialmente subordinada, tienen la misión de conservar la tradición y la estabilidad del grupo. El interés por asegurar la economía de la unidad familiar anuncia cambios significativos, pues si habitualmente la mujer gitana se ha responsabilizado de disponer, o de completar, una parte importante de los recursos de la familia, es destacable el paso adelante dado, en la medida que expresa claramente que tener un empleo compensaría, al asegurar unos ingresos periódicos y reducir la incertidumbre con la que viven habitualmente estas mujeres:

– Yo sí me defendía, si yo tuviera un trabajo..., Yo hablo por mí, por mi marido no. Yo por mí, sí. Yo si tuviera un trabajo, no me hacía falta marido. Yo digo la verdad (...). – A mí me gustaría encontrar un trabajo. Por lo menos al mes tienes ahí tu sueldo” (GD1/04, 18).

Nos encontramos con disposiciones para la formación en aquellos que no poseen suficientes capitales escolares, con el fin de intentar acceder al mercado de trabajo regularizado. Vemos, asimismo, que a sus preferencias habituales adaptativas para el autoempleo, el comercio ambulante y la continuidad de las ocupaciones tradicionales –necesariamente recapitalizadas–, se le une el interés por entrar en el mercado de trabajo por cuenta ajena. Las mujeres, además, lo ven como una forma clara de asegurar la economía y la manutención familiar, asegurando unos ingresos regulares. Tal entrada al empleo se había producido predominantemente en momentos muy señalados de expansión económica, determinando un crecimiento de la población que participaba en el trabajo. Pero ahora, a pesar de las dificultades de acceso, se esgrime como una solución para sus economías y su participación en la sociedad que facilite las relaciones sociales. Sin duda, el sistema de protección social es fundamental, pues tiene la capacidad de facilitar el acceso a diversos planes de empleo, generales y específicos, que además de proporcionarles esos ingresos regulares apoya los aspectos inclusivos, proporcionando pistas para el empleo de estas personas así como para el restablecimiento de habilidades y capacitación social¹²⁷. Sin embargo, la misma idea de la necesidad de apoyos sociales para la formación y el acceso al trabajo y al empleo, nos remite a la realidad de la discriminación y segmentación en el mercado de trabajo. Es decir, a la constatación de que sin apoyos las personas que trabajan, o lo van a intentar, en el segmento secundario de la estructura laboral, tarde o temprano tienen dificultades de diversa índole: para su entrada inicial, para el mantenimiento del empleo, o

¹²⁷ I. BEGG; J. BERGHMAN. “The Future Role of de EU in Dealing With Social Exclusion: Policy Perspectives”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. p. 322.

para el reingreso, una vez que se supone que la coyuntura económica ha mejorado¹²⁸. Más allá de la disposición de la minoría hacia la incorporación al empleo, nos encontramos con que gran parte del problema reside en los factores discriminantes y obstaculizadores a través de diversas maneras:

“– Pero es que te lo digan a la cara (...). Porque que te digan: “ya te llamaremos”, pero que te lo digan a la cara (...) ¿a ver porqué un gitano no puede trabajar?” (GD1/04, 11)

La particularidad es que los gitanos, mientras esto ocurre, intentan encontrar otras vías de manutención y estabilidad económica al advertir la extrema dificultad de tal empeño. Lo cierto es que los prejuicios y los estereotipos sociales siguen vetando su entrada al mercado laboral y ello tiene efectos sobre la ocultación de sus destrezas, habilidades y competencias que, de otra forma, podrían ser bien valoradas. La exclusión social es un proceso que afecta a la imposibilidad participativa en varias dimensiones. Sin embargo, para poder contribuir a la producción material de la sociedad, siendo reconocido por ello, es necesario acceder al empleo y al trabajo reconocido. Por ello, la inserción educativa es fundamental pero debe relacionarse con la formación y el empleo. En el caso de la minoría gitana en exclusión, lo primero de todo es desarrollar unas relaciones sociales instituyentes que permitan reconocer sus posibles destrezas y habilidades, que son requeridas y son viables en la sociedad del conocimiento: habilidades cooperativas y comunicativas, trabajo en grupo, negociación y consenso, adaptación a los cambios, creatividad y habilidad intercultural, que atesoran el conjunto de las personas de la comunidad, pero que son harto reconocibles en las mujeres¹²⁹. Así, además de los empleos manuales no cualificados, para los que se deben poseer unas adecuadas actitudes prelaborales, es una vía a explorar la continuidad de ocupaciones tradicionales que deben estar más especializadas y cualificadas, promoviendo una formación de calidad –como la recuperación y venta de objetos antiguos, o el diseño del metal a través de la forja–. También, se debe fomentar su inclusión en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y, en general, promover acciones afirmativas en el mercado de trabajo que mejoren sus posibilidades de empleabilidad y autoempleo. En cualquier caso, como ya hemos visto en el caso de la educación, son ineludibles componentes participativos,

¹²⁸ En España, la inestabilidad, temporalidad y precarización laboral remiten a la verdadera crisis del empleo. Como consecuencia, las crisis económicas, como la de 2009, afectan de inmediato a las personas que trabajan en el segmento secundario del mercado, mediante los despidos y el paro. El hecho de que a principios de 2010 se haya llegado a los cuatro millones de personas desempleadas, da idea de la gravedad del problema y sobre todo del dramático impacto en sus vidas y las de sus familias. Y ello cuando desde todos los ángulos se reconoce, quizá por primera vez, que los trabajadores y el factor trabajo, en general, no han tenido nada que ver con sus causas desencadenantes. Pero el hecho es que las crisis cargan sobre los trabajadores el peso de la incertidumbre del proceso, y que desde los pasados años 70, a través de las estrategias empresariales, suponen reestructuraciones que han ido debilitando la representación colectiva de los trabajadores, las condiciones de trabajo, y han implicado la sustitución de la fuerza laboral. Y, cada vez más, sin incidir en la seguridad en el empleo, o en un subsidio de desempleo adecuado, o en el reciclaje y recolocación. Ver, F. MIGUELEZ. *¿Por qué empeora el empleo?*... p. 160 y ss.

¹²⁹ J. GÓMEZ; A. LATORRE; M. SANCHEZ; R. FLECHA. *Metodología comunicativa crítica*... p. 121 y ss.

dialogicos, y de investigación de la acción en la propia actuación, que ayuden al discernimiento y elaboración de medidas hacia los colectivos en exclusión, en general, y comiencen por fin a impactar contra la exclusión económica en la parte de la minoría gitana afectada.

c) Elementos para una acción social proyectada sobre hábitat y vivienda

Desde el punto de vista de la AP, el hábitat y la vivienda constituyen una de las dimensiones sociales más importantes a la hora de fomentar la inclusión social, y, en concreto, la inclusión social de la minoría gitana. Por el contrario, por el carácter del tema tratado, la inacción o acciones erróneas pueden hipotecar actuaciones y enfoques posteriores, dificultando “la vuelta” a preceptos de acción equilibrados, que atiendan las necesidades de las personas y grupos involucrados en procesos de realojamiento, convivencia e inclusión social. Es fundamental que a través de las agencias del Estado social se tenga en cuenta el interés general, frente al de aquellos que más poder e influencia tienen en la conformación de planes de urbanismo, áreas urbanas y entornos residenciales. En cualquier caso, el tema de la vivienda y del realojo, en general, constituye un material de trabajo en especial sensible y hasta cierto punto paradójico, porque sus decisiones y acciones –de la política, de la planificación y técnicas– aunque comprometen a otras acciones y planes a medio y largo plazo, son de inmediatez puestas a prueba mediante la convivencia entre las personas y las relaciones sociales emprendidas en estos procesos. Se comprende entonces que un plan de alojamiento, sea del tipo que fuere, no debe limitarse al espacio habitacional de la vivienda, sino que, incluyéndolo, es menester contemplarlo como un decurso donde está entrañado el entorno inmediato. Tal dominio más extenso se refiere a los espacios comunes de gestión y convivencia en los edificios, así como al entorno mediato de la vecindad, espacios urbanos y el barrio, donde se desarrolla la vida cotidiana de las personas. En consecuencia, hablamos de hábitat y vivienda como un todo relacionado y dependiente.

Para desarrollar este apartado, vamos a apoyarnos en algunos elementos del caso de la ciudad de Avilés –Asturias–, origen de las investigaciones para las que se diseñaron los grupos de discusión aquí utilizados¹³⁰. Presuponemos que en esta experiencia existen elementos de inserción, alojamiento y erradicación del chabolismo paradigmáticos, que al ser contrastados con los textos discursivos de los propios grupos, serán elocuentes para mostrar vías de acción orientadas a la minoría gitana en exclusión. Sin embargo, al igual que con la escuela y el empleo, con la vivienda es preciso estar atentos tanto a factores objetivos como a otros más subjetivos. Por un lado, es claro que unas condiciones deficientes de la vivienda y del entorno residencial son factores determinantes –sin matices– en la desigualdad social y, como hemos visto, educativa, apuntando a problemas de salud infantil y asistencia a la

¹³⁰ Ver, M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* Cap. V, y E. AGULLO [y otros]. *Erradicación del chabolismo...* p. 171 y ss. Y p. 246 y ss.

escuela¹³¹. Y por otro lado, en el ámbito más subjetivo, es observable cómo la representación y formas de imaginarse lo gitano –en exclusión– contribuye a la conformación de la identidad de la sociedad mayoritaria. Dicha representación, más que una explicación de la vida gitana, en gran parte constituye una manifestación de las tensiones y crisis que se abren en la sociedad. Una proyección que se superpone y oculta la fisonomía real del grupo minoritario gitano, de tal forma que son las propias carencias, problemas y miedos de la sociedad mayoritaria los que quedan reflejados y, aún, grabados en la imagen tenida sobre aquél. Por otro lado, esto confluye con el estado de tensión –más o menos latente–, en la distribución de los recursos públicos de programas de realojamiento y vivienda dirigidos a los estratos más bajos, ya que al ser un recurso social escaso de difícil acceso, tiene un alto contenido simbólico desde el punto de vista del consumo¹³². En consecuencia, cualquier evento relacionado con el realojamiento o inserción del grupo gitano en exclusión, está envuelto en un clima social local, denso y confuso, que corre el riesgo de distorsionarse con facilidad. Y no es infrecuente que influya en los propios procesos de decisiones políticas y técnicas, tomando opciones que a corto plazo pueden responder a los intereses dentro del grupo mayoritario, pero que tarde o temprano saldrán de nuevo a la palestra –como problemas mal resueltos–, además de lo que tiene de privación de la ciudadanía política y social del grupo gitano.

Es sintomático que al igual que ocurre con todas las dimensiones claves para la inclusión e inserción de la minoría –véase la escuela y el empleo–, la proyección de imágenes persistentes obstaculizadoras, más el fracaso de las actuaciones inclusivas dirigidas al grupo gitano en exclusión, constituyen verdaderas barreras que impiden no sólo el pensamiento y diseño de acciones sino también su propia puesta en marcha. Bien es cierto, que los procesos de alojamiento e integración, aún en el supuesto de seguir la línea más adecuada, son difíciles tanto para las personas que reciben a los recién llegados, como para estos mismos. Sin embargo, en el caso de los gitanos en exclusión los procesos de alojamiento e integración se cargan de una extrema dificultad. Así, por ejemplo, esto se puede comprender esgrimiendo tres supuestos muy extendidos que se les atribuyen: deben vivir en casas de planta baja –con hogar–, para poder conservar su cultura y formas de vida, o deben vivir juntos para facilitar su cohesión social y cultural, o, una vez realojados, todos ellos dan los mismos problemas –ruidos, suciedad, rareza de costumbres, entre otras–. Por otro lado, es preciso tener en cuenta que al igual que en algunas porciones de la sociedad mayoritaria la igualdad y la diferencia se utilizan y aplican de forma confusa, esto mismo puede ocurrir con la minoría en la que, por ejemplo, algunas personas pueden asociar su identidad gitana con la pobreza o con la permanencia en las chabolas, pensando que de otra forma su cultura se extinguirá. Pero lo interesante de las conversaciones y narraciones de los grupos de discusión, es que permiten

¹³¹ OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2009...* p. 182.

¹³² M. LOPEZ VARAS. “Los gitanos en el epicentro de los discursos de exclusión”, en: *Archipiélago. (Tema general: Pobreza y peligro)*, núm. 21. Barcelona. 1995. pp. 73 y 75.

valorar en un contexto discursivo amplio tales argumentaciones, pudiendo contrastarlas con otras más sostenidas o, incluso, remitirlas al contexto existencial. Como vamos a ver, la incertidumbre que conlleva un proceso de realojamiento puede llevar a tales razonamientos por parte de los realojados, –incluso planteados políticamente–, cuando se consideran que los apoyos no son suficientes en una situación de nuevas obligaciones y gastos inéditos en el realojamiento. La cuestión es que las opiniones sobre hábitat y vivienda por parte de la minoría siempre han mostrado una clarividencia ejemplar. Frente a la distorsión que los presenta voluntariamente desagregados y ensimismados, ya en 1990 ellos abogaban por la convivencia en la sociedad y por las relaciones sociales en el ámbito cercano donde se desarrolla la vida cotidiana. Por tanto, se trataba del deseo de formas de vida no sujetadas a la separación y la homogeneidad social que supone el aislamiento en un espacio concreto y exclusivo:

“El gitano tiene que vivir con los demás, con payos” (GD90, 12).

A pesar de la claridad y expresividad del texto sobre las preferencias para convivir con los otros, transmitida no solo en las intenciones manifestadas sino en la propia estructura de expresión lingüística¹³³, a través de los diferentes ámbitos vitales –escuela, empleo, y ahora vivienda–, no es infrecuente que las acciones de realojo hayan ido en el sentido contrario: agrupando a las familias en espacios separados con el resultado acrecentado de la distancia social y espacial. Sea por falta de conocimiento y comprensión sobre las necesidades tenidas y expresadas por esta minoría social, sea por la insuficiente elaboración y decisión en el ámbito político y técnico, o sea por justificar la idea de la bondad del aislamiento como forma de asegurar la identidad gitana y, de paso, evitar las intromisiones y molestias hacia la mayoría, se fueron realizando este tipo de acciones que profundizan en la fragmentación social e hipotecan las políticas sociales en el ámbito local durante largos años. En el caso de la ciudad que estamos utilizando como ejemplo, cuando se debatía en la opinión pública qué acciones y planes de realojamiento e inserción serían los más apropiados, la minoría gitana rechazaba la idea de enclaves apartados y homogéneos que iban a profundizar más en la exclusión y en su separación social. Además, su discurso se desplegaba hacia la idea de que cuando no hay mezcla no hay aculturación, y los procesos de entendimiento y soluciones creativas no pueden tener lugar. Es decir, sólo se puede llegar a la diferencia a partir de la igualdad de partida y nunca al contrario, ya que de lo contrario se ahonda en procesos y representaciones sociales de inmovilidad y reproducción de las prácticas que inciden en la desigualdad. Y ello constituye el caldo de cultivo para que los grupos sociales se ignoren y vuelvan la vista para otro lado. En más, para la minoría gitana, que desde luego posee sus propias estrategias defensivas, no hay otra posibilidad que la identidad social a través de la mixtura y la

¹³³ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 354.

hibridación, si bien a partir de las propias elecciones y soluciones creativas que se puedan ir tomando en esa aculturación selectiva:

“Estamos encerraos ahí y el día de mañana se puede formar un guetto. Y si se forma un guetto estamos fuera de la sociedad, ¿No? No nos mezclamos y la sociedad paya no se mezcla con nosotros. (...) No se va llegar a nada seguirá siendo lo que es” (GD90, 13 y 14).

Cuando ignorando tales expresiones, así como las recomendaciones e informes al respecto, se construyen poblados alejados de la vida habitual de las poblaciones, lo más seguro es que tiendan a justificarse mediante el paradigma educativo, con todo lo que ello implica. En el caso de nuestro ejemplo, el proyecto se concibió como una *Ciudad Promocional* para 34 familias como paso temporal, educativo y de adquisición de hábitos adecuados, hasta la incorporación definitiva a una vivienda “normalizada”¹³⁴. Se ignoraba así el precepto básico de que los aprendizajes vitales, de vivienda y de hábitat, deben realizarse en el contexto real pretendido para las relaciones sociales buscadas, si bien con los apoyos e informaciones públicas necesarias en tal proceso. De esta forma, el resultado fue un enclave muy distanciado social y simbólicamente, cuyas únicas relaciones externas, más o menos habituales, devendrían del equipo institucional desplazado para realizar el trabajo técnico, social y educativo, tal como se había planteado:

“– Normalizar al gitano, vale, pero no me metas a todos los gitanos, y a todo un barrio en un mismo sitio. Y encima, apartado. Como en la Ciudad Promocional” (GD1/04,4).

Por otro lado, es importante reseñar que una medida de este calibre, tan sensible a la opinión pública, a la misma política y a la acción experta, no sólo compromete las acciones futuras, sino que tiene el efecto de implicar a la mayoría de los agentes sociales atañidos, pues se trata de una apuesta en toda regla que debe ser respaldada ampliamente, en la medida de lo posible. En más, se trata de actuaciones que por su envergadura sientan ley, de tal forma que el resto de medidas pendientes deben estructurarse con la misma orientación –disgregadora y discriminante–, cuanto que está basada en las pautas educativas dadas en una burbuja vital, desde una mayoría social, implícitamente superior, hasta una minoría, que debe ser educada. Sin embargo, es preciso hacer notar que siempre se tratará de la adaptación a otro hábitat y vivienda que, eso sí, debe ser muy apoyada e informada en cualquier caso desde el ámbito experto de los servicios sociales. De esta forma, por tal constelación de causas, las opiniones discordantes que tratan de manifestar lo inadecuado de tales medidas tienden a ser ignoradas y no se les concede crédito, sobre todo una vez que ya están en marcha. Pero el recurso principal de la crítica social es, precisamente, contribuir a dar visibilidad a las injusticias

¹³⁴ Ver, M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* p. 88. E. AGULLO [y otros]. *Erradicación del chabolismo...* p. 75 y ss. La llamada Ciudad Promocional fue inaugurada en 1996.

sufridas por las personas, con una forma discursiva que convierta una pluralidad de quejas, quizá dispersas, en un único clamor. Así, como mínimo, el sentido de la crítica debe estar inscrito en la vida de las personas compartiendo con ellas los principios normativos que la fundamentan, pues no se puede construir con una exterioridad absoluta. Al mismo tiempo, las situaciones sufridas no conducen automáticamente a una crítica articulada, pues necesita de un apoyo técnico y de argumentaciones para dar voz y traducción al sufrimiento individual en términos de un bien común¹³⁵.

Así las cosas, con el paso del tiempo la exposición y debate desde posiciones críticas de soluciones que, en principio están ahí pero que están veladas y ocultas por el peso de las atribuciones discriminantes hacia la minoría, consiguen remover algo el estado de cosas técnico y de opinión pública, legitimador de un proceso que retarda a la consecución de la ciudadanía, con las consecuencias en la convivencia y la vida de las personas. Un razonamiento que no se despojara de los prejuicios sociales y técnicos hacia los gitanos en exclusión y sus supuestas incapacidades sería, a su vez, incapaz de llegar a la solución más sencilla y económica. Y, al contrario, sólo un proyecto adscrito al conocimiento social y a la escucha de todas las necesidades, y sobre todo las de la minoría, arribando a la diferencia a través de la igualdad, podía llegar a ver “lo evidente”: que las familias gitanas en exclusión debían convivir con otras familias no gitanas en parecidas condiciones y posibilidades, y cuyo alojamiento debía estar realizado con un criterio de distribución equitativo, que fomentara la incorporación en la pluralidad de las viviendas, entornos cercanos y barrios. Es decir, favoreciendo un lugar social para la minoría con los otros y en proximidad con ellos¹³⁶. Un proyecto que no se quede en el mero realojo, sino que redunde en la información, apoyo y responsabilidad de las familias alojadas, pero también en las mismas acciones con la comunidad receptora. Una actuación que incida en la inserción social y la solidaridad hacia aquellos que son iguales¹³⁷, pero que también sustentan diferencias de ingresos, de formas de vida y cultura¹³⁸. Lo cierto es que, ya fuera por efecto de la crítica, que cada vez fue contando con más apoyos, y/o ya fuera por el conocimiento del fracaso de experiencias similares en el resto de España, el proyecto inicial se transforma, pasando a ser contemplado como una suerte de dispersión de los realojamientos por toda la ciudad, en casas alquiladas y gestionadas por una fundación de carácter público, con medidas educativas y favorecedoras del acogimiento

¹³⁵ L. BOLTANSKI; E. CHIAPELO. *El nuevo espíritu del capitalismo...* p. 435 y 83 y ss.

¹³⁶ T. CHOFFÉ. “Social Exclusion: Definition, Public Debate and Empirical Evidence in France”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. p. 208.

¹³⁷ *Ídem*: p. 229. La exclusión también puede ser vista como un fenómeno de solidaridad social deficiente.

¹³⁸ En aquellos momentos, desde posiciones críticas, inicialmente minoritarias, tratamos de contribuir al debate aportando las opciones alternativas comentadas. Cfr., M. ARENAS. “Vivienda, hábitat y exclusión social: los gitanos en el centro de la polémica”. *Jornadas sobre: Viviendas sociales y realojamiento. Debate, propuesta y alternativas*. Casa de la Cultura de Avilés (Asturias). 12 y 13 de diciembre de 1997. Federación de Asociaciones de Vecinos de Avilés y Comarca. 1997.

de las familias realojadas¹³⁹. En cualquier caso, ya antes de ese giro copernicano, el deterioro del enclave era visible y en pocos años –al igual que en otros de parecidas características–, había pasado a representar el fracaso de una política segregadora, aunque estuviera justificada en un proyecto educativo que nunca tuvo lugar como tal. A principios de 2003, el seguimiento y control de los primeros años había dado paso a un deterioro palpable. Si esta medida tenía un rechazo generalizado por parte de la minoría, con los años incluso adquirió para ellas una significación social más negativa. Un espacio y hábitat degradado en constante deterioro del cual se responsabilizada a la propia administración:

“– No. Yo creo que es eso, ahí [en la Ciudad Promocional] no hay nadie que ponga un poco de orden, y ahí lo que hay es un desorden. Eso es lo que ocurre, y es lo que vosotros tenéis que hacer, poner un poco de orden” (GD1/04, 5).

En este recorrido realizado de decisiones, acciones y reconsideración de la misma acción, que esperamos ejemplar desde la perspectiva de la intervención, quedarían por relatar y explicar algunos de los factores y consideraciones de actuación que habría que tener en cuenta en el proceso de realojamiento y actuaciones concluyentes con él, una vez que se abandona la idea de enclaves especiales, abogando por incorporar a la población gitana excluida –en este caso–, en la vida habitual de la ciudad¹⁴⁰. Podríamos explicarlo como un proceso de diseminación y dispersión en los diferentes barrios de la ciudad, en varios años, que debía contemplar acciones de incorporación social atinentes a varias de las dimensiones y factores a considerar, además de la vivienda, en los procesos inclusivos: educación y escuela, trabajo y formación, garantía de ingresos, entre otros.

Lo primero que llama la atención es que la medida más sencilla, el alojamiento en la pluralidad social que significa la ciudad, parece tener un efecto beneficioso, en general, para la comunidad gitana. Esto es elocuente, en la medida que los discursos y la expresión lingüística remiten al contexto existencial, comunicando lo que se hace y lo que los otros hacen con el que comunica. Un malestar regular a partir del alojamiento y la convivencia quedaría reflejado en los grupos de discusión, como expresión de las formas en que fueron acogidas en el vecindario las familias gitanas, o como testimonio del clima de convivencia habitual una vez que llevaban viviendo varios meses o años después del realojo. De esta forma, la solución velada y ocultada por los prejuicios y estereotipos –profanos y expertos–, se dibuja en principio como la más sencilla; mucho más cuanto que las personas inmersas en

¹³⁹ El cambio de estrategia que lleva a la Ciudad Promocional de ser punta de lanza, a contemplarse como un reducto que debe desaparecer lo antes posible parece comenzar a tener lugar en el año 2000. Ver, E. AGULLO [y otros]. *Erradicación del chabolismo...* p. 78.

¹⁴⁰ La Ciudad Promocional fue dejando de ser utilizada paulatinamente, siendo finalmente demolida en diciembre de 2007. Es significativo, que el cambio de política por parte del Ayuntamiento de Avilés y el Plan consiguiente de Erradicación del chabolismo, Realojo e Integración Social en los barrios de destino, ha tenido en dos ocasiones el reconocimiento externo de Naciones Unidas. En 2002 fue seleccionada como GOOD en el Concurso Internacional de Buenas Prácticas. Ya, en 2006, fue destacada como BEST por el jurado internacional. Cfr., M. ARENAS. *Cuatro años en el camino hacia el bienestar social. Política social y Servicios Sociales Municipales*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 2007. p. 73.

procesos de estas características, con el cambio de vida desean hacer un esfuerzo de incorporación. Sin tener que perder la identidad gitana, la posibilidad de ver y experimentar al hilo de tu propia vida cómo viven los otros, ser protagonista de un proceso de convivencia como una oportunidad para la comprensión y el entendimiento. Esto es lo que es sustantivado y señalado significativamente:

“– A mí me acogieron bien. A mí de maravilla. No tuve problema ninguno ni con el vecindario ni nadie de allí. Eso también es importante, conocer la convivencia de otros, ¿Me entiendes? (...) – Saber convivir con los vecinos” (GD1/04, 3).

Con independencia de los matices y críticas que se puedan realizar a un proceso de realojo, nos encontramos con la posibilidad de observación del mundo de la vida de las personas que, por palabras, consigue transmitir los efectos del encuentro entre las personas que venían de habitar en infraviviendas, con la comunidad de acogida que siempre había vivido ahí. Al hacerlo así, como relatores de un decurso que resume las decisiones, los conflictos, las acciones y la salida provisional resultante –es decir, el realojo inserto en la comunidad–, podemos entender el camino de la acción y, asimismo, las propias sugerencias emergentes de actuación que resultan de este alojamiento en el marco de la diversidad social de una ciudad. Acabamos de ver que conocer cómo viven con los que vamos a vivir –para saber convivir con ellos–, se muestra como un filón a la hora desarrollar políticas y acciones. Pues más allá del realojamiento y apoyo en el periodo de adaptación, podría ser un punto de partida para profundizar en una inclusión y autonomía social real, a partir de la adquisición de las capacidades definidas en los diferentes segmentos sociales y vitales: ingresos, educación y escuela, empleo, convivencia intercultural, entre otros. Sin embargo, habría que distinguir el manipular y dispersar a las personas en nombre de la mixtura social, de la necesidad de facilitar su movilidad y su *empoderamiento* mediante el acceso a alojamientos variados en precios y estilos, o asegurando la calidad y variedad real de los medios de transporte, y combinando estas medidas con otras de fomento de la contratación e inversión en barrios desfavorecidos¹⁴¹.

Al satisfacer la necesidad básica de una vivienda digna inserta en una pluralidad social, se esta ya dando pie a un conjunto de posibilidades que apuntan directamente a la autocapacitación de las personas, aunque se encuentren en exclusión social o, más bien, por eso mismo. Los encuentros y relaciones en el vecindario en una diversidad social cotidiana nunca antes experimentada, es un paso inclusivo que no por básico debe ser minusvalorado. El vivir con los otros sin perder las referencias propias, es el inicio para que las personas

¹⁴¹ J. DONZELOT. *Quand la ville se défait. Quelle politique face à la crise des banlieues?* Paris: Seuil. 2006. pp. 19 y 147.

puedan comenzar a sentirse parte de un todo social, que es más que el grupo de identidad próximo. En suma, es la condición para compartir la vida en sociedad¹⁴²:

“– Allí como nosotros, cada uno está en su casa, si lo veo en la calle hablamos... En el vecindario no hay quejas, eh, nada, nada de nada. (...) Por ejemplo, en el bloque que estoy yo, son abogados, policías, guarda civiles, son todo así, de categorías altas. – Así es mejor todavía, donde está esa gente” (GD1/04, 4).

Sin embargo, un realojamiento de estas características siempre implica incertidumbres, mucho más, cuando siempre se ha vivido en agrupaciones de familias y se pertenece a un grupo minoritario en exclusión social, con todo lo que implica de dificultad para entablar las relaciones más cotidianas, sustitutivas de aquellas. Es un proceso de transición que algunas personas o familias pueden afrontarlo mejor que otras por sus posibilidades de movilidad, por las características del barrio de destino que la facilitan, o por las mismas capacidades de adaptación de cada persona y cada familia, que están indicando la necesidad de apoyos y comunicaciones explícitas en ese sentido.

Bien es cierto, que se observa un corte significativo entre las opiniones de los hombres y las de las mujeres, ya que éstas tienden a valorar mucho más la mejora de condiciones que supone una vivienda frente a una chabola, o una infravivienda, y las repercusiones positivas inmediatas que esto tiene para los niños. Parece determinante su anclaje más cercano a la estructuración de la vida cotidiana, en la que se recrea incesantemente la socialización de los hijos y la provisión material y emocional. Al igual que parece ocurrir en la sociedad general, la responsabilidad moral de las madres, jóvenes en su mayoría, contrasta con una vivencia más distanciada de los varones en el marco amplio de la reproducción social¹⁴³:

“– Claro, yo estaba acostumbrada a estar toda la vida con la familia, muchísima familia y ahora me veo sola. (...) – A mí prefería mejor estar en las chabolas, porque ahí felices. Lo único que tienes en una casa que tienes más limpieza, que los niños están más calentines y están más limpios” (GD2/04, 4).

La población gitana en exclusión que antes del realojo habitaba una infravivienda, ha ido articulando durante generaciones sus costumbres según el hábitat y entorno en el que han vivido, acompañando a sus pautas culturales más profundas. Así algunas personas pueden asociarlas con la cultura gitana, incluso utilizándola como manifestación contrastante respecto de los otros, del conjunto de la sociedad. Al igual que la vinculación entre precariedad, o pobreza, con la identidad gitana es falsa, ciertas costumbres o hábitos parciales no pueden

¹⁴² G. RAVEAUD; R. SALAIS. *Fighting against Social Exclusion in a European Knowledge-based Society...* p. 59.

¹⁴³ A. NOVO; M. ARENAS. “Mediaciones sociales que comprometen al amor en los jóvenes”, en: *Revista Digital Universitaria*. Vol. 9. México: UNAM. Noviembre 2008. En Internet: <http://www.revista.unam.mx/vol.9/num11/art88/int88.htm>

marcar la autenticidad de una cultura. Antes al contrario, la capacidad de adaptación y la movilidad espacial son ventajas que pueden ayudar en las nuevas formas de vida que se necesitan desarrollar en una vivienda normalizada, donde no todo el grupo parental puede estar reunido:

“– Aquí quieren quitar la costumbre del gitano [el disponer en la vivienda de una chimenea o un lugar donde hacer fuego], no pueden, no se puede quitar la costumbre que tenemos ya no se puede quitar. Queremos estar todos juntos” (GD2/04, 7).

Como ya hemos señalado, el paso desde una chabola hasta un piso de altura conlleva un periodo de adaptación en el que las familias tienen que ser apoyadas. La mejora radical de condiciones supone también un cambio espacial, ya que desde el territorio abierto de la infravivienda se pasa un piso de altura, donde el espacio es más exiguo y las normas de convivencia son diferentes. En más, el modelo de familia en la sociedad ha ido cambiando y con ella su tamaño hasta reducirse el número de hijos a uno, sobre todo, o dos, lo cual no ocurre en la misma medida en las familias gitanas, en las que su número más frecuente es de dos, tres o incluso cuatro¹⁴⁴:

“– Pues tenían que haber pensado que tienes críos, y tenían que haberte dado un bajo. – Un bajo, eso lo he pensado a veces. Eso estaba claro. Tengo a veces bronca con la de abajo. Y seis críos que son pequeños. Y donde hay críos, hay ruido. Y como vive gente ya mayor, no quieren críos (GD1/04, 2).

En un proceso de realojamiento caracterizado por el paso desde un espacio de extrema precariedad hasta un hábitat y vivienda dignos, es preciso ser muy cuidadoso con los realojos. Debe haber un equilibrio interno entre ambos: un hábitat adecuado por sus equipamientos y servicios y cuidados urbanos, debe corresponderse con una vivienda cuyas condiciones de habitabilidad sean las exigibles según los estándares sociales. Al mismo tiempo, el espacio también debe ser el adecuado según el número de miembros de la familia y sus posibles necesidades excepcionales –por ejemplo, por presencia de personas con discapacidad–. Cuando no es así y la premura política y técnica se impone a la calidad y la satisfacción de las necesidades alojamiento, los efectos negativos se producirán de inmediato pues en un hábitat ya degradado no puede haber aprendizaje cívico y valoración del bien común. De la misma forma, una vivienda de realojamiento que no está en condiciones, además de los inconvenientes e incomodidades para las familias, implica lanzar un mensaje –interno y externo– de acumulación de precariedad sobre precariedad, olvidando que hablamos de un

¹⁴⁴ Ver, G. MEIL. *Padres e hijos en la España actual...* p. 12 y ss. Aunque la tendencia hacia la reducción del tamaño de las familias llegó a su fin hacia el año 2000, los hijos únicos están aumentando cada vez más, pasando hasta el 54% en 2002. No obstante, para ese mismo año, los segundos hijos suponían el 35%, mientras que el de hijos de rango tres era del 8%.

colectivo que sufre la exclusión social y cultural. El cambio de condiciones radical que significa acceder a una vivienda digna queda así eventualmente anulado. Esto supone una frustración social pero también dar pie a la posibilidad de confirmación del prejuicio social sobre el malgasto de los recursos que se dirigen a la población gitana en exclusión:

“– Yo hombre, con el tema de la zona yo estoy contenta porque lo tengo todo a la vera, estoy contenta con el sitio que estoy, pero en cambio con la vivienda no, porque es una humedad. La habitación de las crías no la puedo utilizar, estamos durmiendo los cuatro en la misma cama porque no me coge una cuna en la habitación. La cría tiene tres años y medio, la cría tiene un año, yo y mi marido en la misma cama” (GD2/04, 24).

Partiendo de esta realidad social de exclusión y de la carencia de planes inclusivos y de inserción eficaces –sociales y educativos–, es preciso recordar que el acceso a una vivienda digna, más que un punto de llegada, debe constituir un punto de partida para ir accediendo a las capacidades y recursos, que indican que los segmentos y ámbitos vitales que caracterizan una buena vida están siendo restaurados e instituidos. Acceder a ella es un proceso de adaptación colectivo que ya de por sí necesita tiempo y apoyos continuados para que emerja la responsabilidad cívica. Significa también un conjunto de nuevas obligaciones y gastos que son asumibles pero que requieren también un periodo de adaptación y apoyos, incluidos los de ingresos¹⁴⁵:

“– No llegas ni a final de mes, pagas la casa, que si pagas comunidad, que si pagas luz, que si pagas algo, que si pa gasoil, que si pal bocadillo pa comer, que si... Llega a una semana, semana y media y digo ¡joder, si yo no tengo dinero!, ¿Dónde voy a buscar más?” (GD2/04, 3).

Así, como final de este apartado y con el fin avanzar hacia una ASP necesaria en el tema de la vivienda, es preciso señalar la importancia de prestar atención al significado de las acciones de la minoría gitana en exclusión para, en última instancia, intentar comprender el sentido vivido por las personas¹⁴⁶. Tal como hemos ido viendo, conviene volver a subrayar brevemente algunos preceptos de acción que pueden recrear los pasos de una posible proyección dirigida a constituir este derecho ciudadano y necesidad social básica –alojamiento adecuado–. Hablando de la minoría gitana en exclusión, lo primero de todo es despojarse de la carga de prejuicios que la iteración de la práctica experta sobrelleva, por falta de una nuevas relaciones con la minoría gitana. Mediante las referencias a la ciudad de nuestro caso, hemos visto que quiere convivir, mezclarse con la sociedad mayoritaria y desde ahí avanzar en lo que hemos entendido como una aculturación selectiva. Esta práctica de

¹⁴⁵ La dispensación de rentas mínimas en las comunidades autónomas facilitan esa adaptación, incluida la económica.

¹⁴⁶ L. E. ALONSO. *La mirada cualitativa en sociología...* p. 211.

aculturación no debe ser impuesta a partir del papel que ahora se le asigna de contrapunto de la centralidad de la sociedad integrada y mayoritaria. Ello es elocuente desde la perspectiva del hábitat y la vivienda, pues si escuchamos y analizamos las voces de los gitanos –con todas sus variantes– el asunto no consiste en soluciones especiales que les aíslen o les hagan vivir más ensimismados, sino incorporados a la diversidad social y formando parte de ella. Por ello, estos son preceptos claros para la acción proyectada que podrían influir sobre varias escalas de la acción: en la decisión, en la planificación y llegando hasta la implementación y desempeño. Es importante tener en cuenta que, como hemos visto, cuando imperan las pretensiones instrumentales y de poder, –sin aportaciones del conocimiento científico, sin discusión ni participación de los agentes y personas afectadas, sin actuaciones que definan los aprendizajes a realizar en el proceso–, sólo la crítica es capaz de desarticular las falsas atribuciones en que se basan las decisiones erróneas tomadas, y, al mismo tiempo, sólo la crítica es competente para esbozar y delimitar alternativas concretas que inspiren nuevos planes institucionales. Otra cosa es que después el pensamiento y acción sedentarios se reapropien de su trabajo, legitimándose a través de los cambios que aquella propició.

Este caso sobre hábitat, realojo, vivienda esta hecho al talle para desarrollar la idea de que el trabajo técnico con la minoría gitana en exclusión necesita una reflexión sobre la acción de un profundo calado y una continuidad constante. Es decir, sin vaivenes, debe haber unas relaciones instituyentes constantes que se funden en la ciudadanía y sus derechos, y en la legitimación de la acción experta. De esta forma, despojados de los prejuicios, vemos que la solución no había que ir a buscarla muy lejos: inserción en la diversidad del mundo de la vida de la ciudad, prestando atención para no sobrecargar la homogeneidad social y, como fin más ambicioso pero necesario, tener en el horizonte la movilidad social de las personas a través de medidas de vivienda, transporte y comunicaciones o empleo–. Desde ahí se vislumbra un proyecto de solidaridad social con potenciales prismas inclusivos –tantos como ámbitos, dimensiones y vertientes sociales existen–, que pueden traducirse a planes de inclusión atinentes a las dimensiones sociales que definen la inserción social. Es la idea de que el acceso a un barrio y a una vivienda aporta la posibilidad –de un solo golpe de vida– de ver cómo viven los otros para comprenderlos y, subsidiariamente, aprender de ellos y hacerlo recíprocamente. Y el constatar la eficacia de esa sólo medida, debe ser entendido como la posibilidad de profundizar en acciones inclusivas comprometidas en las dos direcciones: de la sociedad a la minoría, y viceversa, hacia la restauración de su participación en la sociedad. Más allá de esto, los procesos informativos, de apoyo técnico, de ayuda a la adaptación, de mediación en la comunidad, son esenciales y necesarios, siempre que no se confundan con el control de las características del modo de vida y los valores morales de las personas. Es preciso tener un extremo cuidado en ello¹⁴⁷. En el caso de la minoría gitana en exclusión, el control social de su supuesto proceder y fines, ya es de por sí un factor alterador de cualquier

¹⁴⁷ S. PAUGAM. *Las formas elementales de la pobreza...* p. 172.

acción, pues vuelve a fijar los presupuestos inmovilizantes de la actual relación. En última instancia, las acciones de realojo deben tener cuidado en presentar el acceso a la vivienda como un verdadero derecho, demostrado tanto por su estado óptimo y el de su entorno, como por la existencia de los complementos y ayudas que deben aligerar la carga material y moral de nuevos gastos a los que inicialmente no se está acostumbrado. Cuando es así, los beneficios son percibidos por todos pero sobre todo por las mujeres gitanas, como principales re creadoras y sustentadoras del amplio mundo de la reproducción social.

CAPÍTULO 6

NECESIDADES SOCIALES, PLANIFICACIÓN Y PARTICIPACIÓN SOCIAL: HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA

I. Los factores transversales en la acción social proyectada: compromiso y posibilidad

Partiendo del análisis de los dos primeros capítulos y, sobre todo, de los resultados del análisis empírico de los tres siguientes, se han desprendido algunas consideraciones sobre la ASP que aconsejan reflexionar sobre los pasos a los que obliga esta actividad experta. La necesidad de que las metodologías y técnicas empleadas sean rigurosas y estén sostenidas desde ideas, valores de progreso y proyectos comprometidos en tal sentido, junto a las enseñanzas del mismo análisis comprensivo realizado, nos sitúa ante los factores transversales que se encuentran presentes facilitando la interacción entre acción experta y acción social. Dos de ellos, la *detección y desarrollo de las necesidades sociales* y la *planificación social*, son partes del proyecto y de las operaciones comprendidas en la totalidad de la acción y deben contribuir a su sentido general. El tercero, referente a cómo es contemplada la *participación social*, indica las disposiciones hacia las iniciativas y propuestas del mundo social y hacia los diferentes agentes, expertos y no expertos, concernidos. A modo de pasos obligados, siempre existe una idea sobre “necesidad social” que tiene la sociedad a la que nos dirigimos; existe, también, una concepción sobre la “planificación social”, en tanto que conocimiento y tecnología específica en la que nos apoyamos para coordinar la acción; y, por último, al dirigirnos a la realidad social siempre está contenida la pregunta sobre las posibilidades o cauces para la “la participación social” de los sujetos sociales, que nos interrogan sobre la pertinencia de nuestras construcciones objetivas y sobre cuáles son sus intereses. Por tanto,

aunque de distinto cariz, los tres apartados son ineludibles en el proyecto y en el trayecto global de esta clase de acción especializada en el entendimiento, sea a la escala que sea. Las iniciativas sociales, la variabilidad social y la emergencia de propuestas contenidas en los materiales cualitativos obtenidos a partir de las conversaciones y discursos son sugerencias y puntos de encuentro en los que, además de los contenidos comprensivos, están implícitas recomendaciones sobre las formas y cualidades necesarias para unir la acción experta a la realidad social. La propuesta de este capítulo se centra en aspectos que conciernen a la relación establecida entre conocimiento y mundo o, dicho de otra forma, a la relación entre una acción construida de forma proyectiva, que necesita anclajes iniciales en las acciones y situaciones de los ciudadanos a los que se dirige, pero que también debe articular una relación continuada con ellos para una reformulación apropiada de las propuestas sucesivas de acción.

A poco que se supere la teoría y la práctica de las concepciones residuales protectoras y de gran parte de la intervención social actual, que simplifican los actos para aplicar las políticas sociales, nos damos cuenta de que la acción social proyectada –ASP– es siempre un proceso donde tienen lugar diferentes perspectivas y tiempos, que en su parte fundamental está protagonizado por las personas, actores y agentes de la acción social a los que de inicio se dirige. Pero esa complejidad no la convierte en algo inextricable, ante lo cual lo mejor que se puede hacer es encastillarse en saberes previos racionalizados –adecuando el mundo a ellos–, o dejarse llevar en la intensidad de la acción por las obligaciones que sobre la marcha va imponiendo la propia “realidad”. Los componentes políticos y, más allá de éstos, los metodológicos y técnicos son irreductibles unos a otros, y las distinciones y selecciones que se hagan a esos niveles –y entre ellos– van a ser decisivos para la claridad y eficacia en la configuración de las políticas sociales. La ignorancia o ausencia de alguna de las partes –política o técnica– tiene consecuencias, provocando un deterioro realizativo que redundará en el descrédito y devaluación de las políticas que abordan la cuestión social: es decir, las desigualdades sociales y la exclusión social frente a las formas posibles de reconstitución y restauración.

Es notorio que aquí el componente político es fundamental, al significar un ámbito de decisión democrático donde las políticas sociales son el resultado del debate de objetivos y fines políticos en liza, a diferentes escalas. Por ello es importante no perder de vista el referente de constitución de una “buena sociedad”, en la que se deben distinguir las necesidades y aspiraciones del hombre social, de aquellos otros intereses que se derivan del actual sistema económico, cada vez menos caracterizado como una economía social al servicio de las personas. Los aspectos técnicos de la ASP –teóricos, metodológicos y técnicos– están influenciados por la política, al ser insustituible el debate sobre cómo plasmar las políticas solidarias elegidas, teniendo en cuenta el horizonte de la ciudadanía social. Cuando no es así y ocurre una acentuación excesiva de alguno de ellos, se producen consecuencias negativas en la concepción y desempeño de la ASP. Aventurándonos en un juicio, lo que parece acontecer es que la primacía del componente teórico conlleva políticas

abstractas y racionalizadas, que van a ser compensadas priorizando el componente tecnológico que, cuando menos, se justifica en *la atención* a los ciudadanos en exclusión o en riesgo de ella. De esta forma, se consolidan espacios desigualmente ordenados entre la teoría y la parte final de la acción –la actividad, en detrimento del componente metodológico más apropiado para un pensamiento en situación y procesual. Desde esta perspectiva, habría que volver a recalibrar lo político con lo técnico, y lo técnico entre sí.

Además de las relaciones entre la acción especializada proyectada y la acción social en sí, hay un segundo plano de carácter relacional –anidado con el anterior– que opera en clave interna, leyéndose a partir de la dialéctica establecida entre los ámbitos de la ASP con el Estado social. De un lado, es fundamental evitar que tal acción técnica esté desasistida desde el medio institucional del que forma parte; y, por otro lado, su capacidad de incidir dependerá de la adecuación y distancia de esa regulación. Una teoría del Estado social debe contemplar la intervención social. Pero también un acercamiento a la ASP pasa por señalar la autonomía de los trabajos políticos y técnicos que lleva anejos, junto con la búsqueda de un constante sentido que evite a dicha acción caer en el aislamiento orgánico y social. Al contener los factores transversales efectos y consecuencias derivadas de las concepciones asumidas, la ASP debe prestar especial atención a las configuraciones organizativas y técnicas que las conciben y desarrollan.

Necesidades, planificación y participación suelen ser conceptualizadas y formuladas en momentos anteriores a la actividad propiamente realizativa. Es fundamental, al igual que ocurre con la misma ASP, que sus condiciones sean actualizadas en cualquier parte del curso de la intervención, aportándole claridad y un sentido renovado. Por lo tanto, en la línea de todo análisis sociológico, se deben aprovechar las bondades específicas que caracteriza también al análisis y a la proyección de esta clase de acción –distancia, totalización, sincronización, comprensión–, y utilizarlas política y técnicamente en la mejora de la situación de la generalidad de los ciudadanos. Así, el conocimiento y la práctica deben estar recíprocamente incorporados, superando la clásica y exclusiva racionalización inicial a la que normalmente estamos acostumbrados. La idea es que, como mínimo, algo relacionado con la necesidad, la planificación y la participación “va a ser requerido” en cualquier parte del curso activo, y mucho más en el momento clave, cuando se produzca el contacto entre razón objetivada y mundo, entre profesionales y ciudadanos. Incluso, en lo que respecta a la planificación, que se muestra más proclive a ser pensada y efectuada en los momentos iniciales, por ello mismo es conveniente resaltar la importancia de su actualización y flexibilidad en el curso activo. Lo que interesa remarcar es la consistencia confluyente de estos tres factores transversales, a condición de que siempre sean actualizados según el caso, recreándolos desde la perspectiva específica de los momentos de la acción cuando se desempeñan las actuaciones. Es decir, un pensamiento en situación habitual que vaya más allá de la ordenación sistemática y técnica de las actividades del proyecto sea este cual sea. Desde una reflexión general de segundo orden, se trata de ir incorporando nuevos instrumentos que

posibiliten otros encuadres, y que desplazando los conocimientos tácitos precedentes, puedan aportar algunos elementos añadidos a la comprensión y a la acción de la ASP. Más allá de una reflexión en la acción –como quiere la teoría de la estructuración– que provoca interferencias y una eterna regresión que resulta baldía, conocimiento y acción se calibran a partir de tener diferentes tiempos y espacios, pero ambos poniéndose en juego: la materialidad de la acción orienta al conocimiento incorporado y este influye en la acción¹.

La ASP, como espacio con el que se plasman las políticas sociales, resulta clave para la valoración de su pertinencia. En la presunción de que hay métodos mejores que otros, se deben combinar varias aproximaciones que *grosso modo*, a nuestro entender, coinciden con los movimientos efectuados en este trabajo. Yendo de lo general a lo particular –teórico– delinear y poner en marcha el conocimiento experto y profesional sobre la ASP. A partir de ahí, el siguiente movimiento ha ido por una aproximación de lo particular a lo general, abordando el análisis empírico de la AP desde las narraciones de la vida cotidiana de las personas a quienes se dirige la acción. Ambos movimientos –de lo teórico a lo práctico y viceversa– son imprescindibles y no tienen sentido el uno sin el otro. Por fin, este capítulo es compromiso y gozne entre una y otra parte, con la salvedad de que está elaborado a partir de una selección de fuentes secundarias seleccionadas según los aprendizajes del análisis empírico. Sin embargo, debemos siempre tener presente que en las sociedades democráticas hay aún una tercera parte que resulta imprescindible desde el punto de vista de las decisiones sociales: una resolución política democrática e informada de los inevitables desacuerdos que resultan de las dos primeras aproximaciones, teórica y empírica².

II. Un acercamiento a las necesidades sociales en relación a la acción social proyectada

Nuestro propósito no es realizar una exploración exhaustiva sobre el tema de las necesidades sociales, ni siquiera desde su significación en el contexto del Estado social, sino que más bien pretendemos llegar, partiendo de las imprescindibles referencias troncales que atañen a este concepto, a las consecuencias que se derivan para el desempeño de las políticas sociales y sus actuaciones. Partimos de la idea de que la teoría del sistema de necesidades puede incorporarse de forma útil y explícita a la acción especializada que constituye la ASP. En concreto, en este trabajo de tesis doctoral, el acercamiento a las necesidades sociales está orientado especialmente por el análisis de los principales problemas y posibilidades contenidas en las narraciones y discursos de los jóvenes, de las personas mayores y de la minoría gitana.

Para una fundamentación básica de las necesidades sociales podemos partir de un postulado de objetividad –crítica–, el cual nos sitúa en la perspectiva de que los seres

¹ Ver, a este respecto, D. A. SCHÖN. *El profesional reflexivo. Cómo piensan los profesionales cuando actúan*. Barcelona: Paidós. 1998. pp. 246–247.

² I. GOUGH. *Capital global, necesidades básicas y políticas sociales*. Madrid: Miño y Dávila. 2003. p. 25.

humanos existen en la medida que realizan y persiguen un proyecto. Nos referimos a la existencia del ser humano en tanto que agente. Pero al hablar de seres humanos y de las sociedades que conforman, debemos considerar de inmediato que la prosecución de estas aspiraciones no tiene un propósito característico y, por lo tanto, es inexistente para una sola verdad objetiva. Así, las acciones y discursos puestos en marcha para llegar a conseguir lo que se quiere, están asociados al conocimiento, pero también a los sistemas de valores. Sin embargo, la verdad objetiva y la teoría de los valores no son terrenos opuestos. La acción pone en juego –y en cuestión– tanto el conocimiento como los valores, y al realizarla se expresa una ética que implica escoger o rechazar algunos de ellos. Por otra parte, como ya hemos visto, el conocimiento está incorporado a toda acción, y ésta constituye una de las fuentes ineludibles para el conocimiento. El paso a la necesidad lo podemos realizar en la medida que conlleva un propósito y una acción, aglutinando en ella la ética y el conocimiento. Es aquí donde los valores y la verdad asociados –pero nunca amalgamados o confundidos– revelan su entera significación. Y es también aquí donde encontramos una referencia para la necesaria autenticidad del discurso de la acción³.

a) Definición y conceptualización de necesidades: acción social y justicia social

Al intentar conformar una base para el conocimiento objetivo sobre la necesidad, podemos ver que implica varios significados que de inmediato nos van a ser útiles en este desarrollo, siempre desde el horizonte de la ASP. Podemos comenzar diciendo que la necesidad es aquello imprescindible para vivir y, por lo tanto, es concausa del bien. Es cierto que desde otras acepciones utilizadas, *necesidad* es también lo que incluye algo inevitable o lo que acontece bajo coacción. Resulta aleccionador contrastar estos significados en un marco de razón práctica; es decir, con referencia a la acción social humana e interrogarse por la libertad o, lo que es lo mismo, ver la posibilidad de sustraerse a la barbarie y a la coacción –política o física– como forma de vida del que quiere cumplir su fin. De esta forma, la libertad supone un acto de decisión consciente, una autoposición de la voluntad o una necesidad en positivo. En consecuencia, lo que entendemos por necesidad está bajo la rúbrica de la libertad, mientras que su contrario supone la sumisión a lo irracional, a una felicidad sólo aparente y alienada del que está fuera de sí, fuera de la conciencia. Esto nos lleva a considerar que entre los posibles sistemas de necesidades existentes –conscientes o *de facto*, en positivo o en negativo–, la pretensión es buscar y llegar a una concepción afirmativa de aquél o aquellos sistemas que estén actuados por la libertad, entendida esta en el sentido de buscar y encontrar alguna forma social universal, que permita determinar y seleccionar algún modelo de

³ J. MONOD. *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Barcelona: Tusquets Editores. 1981. p. 31 y 184 y ss., respectivamente.

necesidad construido con ese motivo positivo⁴. Un sistema que refluendo sobre la acción y la praxis, evite toda construcción esencialista, o natural, en favor de un concepto de libertad concreta –aunque importante– que nos permita avanzar. Así, recurrimos al concepto de necesidad desde una comprensión racional incorporada como posibilidad, frente al dominio de lo forzoso y donde las acciones pueden causar resultados definidos⁵. Conectar esta construcción de necesidad afirmativa con la acción y la libertad, supone pensar las necesidades como condicionales: en el sentido de que nada es necesitado, excepto en virtud de ser indispensable para la consecución de ciertos fines. Las consecuencias son claras, ya que para el ser humano no existe la necesidad en estado puro –o abstracto– sino más bien la *necesidad de* algo que se refiere, en todo momento a algún objeto material y/o a una actividad concreta. En ese sentido, en muchos casos las personas necesitan cosas no por sí mismas, sino en la medida que son precisas para conseguir fines determinados. Por ejemplo, la mayor parte de las necesidades son susceptibles de ser satisfechas a partir de otras necesidades intermedias, manifestadas en cada sociedad y según el caso. Por el contrario, las falsas necesidades al no estar sujetas a mediación son prescindibles, excepto en la medida en que son creadas por el deseo⁶. Esta consideración de la necesidad nos lleva a señalarla –como medio o fin–, según su articulación desde criterios concretos de utilidad. En tal sentido, debemos llegar a conocer algún método distintivo para discernir de forma objetiva y ética –analizando lo que es una buena sociedad–, lo que es de lo que no es necesidad, así como el compromiso social para ayudar a la satisfacción de lo considerado como necesidades verdaderas.

La continuidad del origen biológico y social de la necesidad social supone intentar definiciones que incorporen la libertad, la acción positiva y la condición de no dar por hecho –de una forma esencialista– algo para los seres humanos, sino que debe ser puesto en marcha de forma concreta y material. Las necesidades serían entonces los factores objetivos indispensables para la supervivencia y la integridad psicofísica de los seres humanos y, por lo tanto, tal supervivencia, integridad y proyecto implicados deben ser vistos desde las condiciones estructurales óptimas para la vida en sociedad de los seres humanos, es decir, desde una realidad social en la que puedan actuar en plenitud⁷. Al contrario, las necesidades no pueden ser contempladas desde el rasero de lo mínimo o lo negativo, en una aproximación de carácter biológico que nos indica que existe una carencia. Bien es verdad, que en momentos de dificultad colectiva puede haber en la sociedad un límite mínimo inferior

⁴ Q. RACIONERO. “Necesidad y libertad”, en: Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropolos. 1988. p. 665 y ss. y 671 y ss.

⁵ P. T. LANDSBERG. “La búsqueda de la certeza en un universo probabilístico”, en: J. WAGENSBERG (ed.). *Proceso al azar*. Barcelona: Tusquets Editores. 1986. p. 27.

⁶ H. G. FRANKFURT. “Necessity and desire”, en: G. BROCK (ed.). *Necessary goods: our responsibilities to meet others' needs*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, INC. 1998. p. 21 y 27 y ss.

⁷ J. RIECHMANN. “Necesidades: algunas delimitaciones en las que acaso podríamos convenir”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. p. 12.

acordado –material y moral– de necesidad para todos. Lo que se deduce de todo esto es que la necesidad se distingue de la valoración material en términos de cantidad absoluta de bienes poseídos, asentándose en un bienestar material y moral relacionado con una norma social de bienes que los individuos deberían poseer. Surge del proceso por el cual los seres humanos se mantienen y reproducen como individuos y como individuos sociales en un marco social e histórico concreto⁸. Estos componentes sugieren que la necesidad surge a partir de una estrecha relación, o combinatoria, entre lo individual y lo social. En efecto, podemos pensar que la satisfacción material, concreta y última de algunas necesidades –o partes de ellas–, se realiza a través de seres humanos concretos diferenciados de los otros –pensemos, por ejemplo, en una vivienda adecuada–. Al mismo tiempo, a poco que se reflexione sobre el proceso de producción y satisfacción de cualquier necesidad, llegamos a inferir que tiene sentido en un marco normativo de referentes con los otros seres humanos, que involucran al conjunto de la sociedad.

Desde una perspectiva ontológica, las necesidades preceden a toda preferencia e intención de satisfacción, y no se pueden elegir, sencillamente están ahí, aunque se puedan determinar –al menos hasta cierto punto– las formas específicas de su satisfacción en una sociedad histórica. La necesidad es anterior a toda acción, pero son los seres humanos con sus aspiraciones, propósitos y acciones quienes las concretan empíricamente, con el referente de que deben suponer una respuesta proporcionada a la situación-necesidad que se pretende reproducir o completar⁹. Por ello, sólo las necesidades que se explicitan sin ser suscitadas por dispositivos de inducción programados, pueden ser consideradas como verdaderas. En caso contrario, el objeto dejaría de constituir una necesidad real y sería, por lo tanto, inducida o alienada¹⁰. Al seguir hablando de necesidades reales, y no de una reducción que dé cobertura al consumo, nos referimos a estados de tensión orientados a poner en acto un modelo que permite mantener, o reconquistar, el equilibrio comprometido y buscado. Por ejemplo: en el consumo de comida, en las relaciones sociales de amistad o en la participación política¹¹. Aunque dependan del grado de libertad del que goza cada uno de los seres humanos concernidos, son realizadas en un referente y un marco social común que nos involucra a todos: sostenemos y mejoramos la satisfacción de nuestras necesidades a través del aprendizaje con *alter*. O, dicho de otra forma, la concepción personal de nuestras necesidades se fragua mediante la interacción con los otros y a través del aprendizaje con ellos, y de esta forma llegamos a saber cuáles son nuestros límites y posibilidades, lo que se puede y no se

⁸ L. E. ALONSO. “La producción social de la necesidad y la modernización de la pobreza: una reflexión desde lo político”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. pp. 142 y 148, respectivamente.

⁹ A. GASPARINI. “Necesidad”, en: *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. p. 1164.

¹⁰ Fue Marx quien descubrió el problema de las necesidades manipuladas. Ver a este respecto, A. HELLER. *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona: Ediciones Península. 1978. p. 58.

¹¹ A. GASPARINI. *Necesidad...* p. 1164.

puede hacer¹². Por supuesto que las necesidades fisiológicas son importantes, pero tanto o más lo son las que nos permiten reconocernos ante los otros, asentando nuestra propia identidad personal como seres humanos y ayudándonos a llegar a identificaciones culturales de rango más amplio: el sujeto humano se constituye a partir de la vida social y es en buena medida causa y efecto de la propia estructura social que los agentes sociales vamos conformando¹³. Existe no obstante un espacio ineludible para la personalización de las necesidades que queda denotado por la personalidad afectivo-comunicativa y subjetiva de los seres humanos, y ello se expresa en un conjunto de derechos y responsabilidades individuales que se comparten con los otros.

Llegamos, pues, a la conclusión de que las personas por sí solas son incapaces de producir y satisfacer sus necesidades. Ya sea que pensemos en precondiciones elementales para llevar una vida social plena –como la autonomía y la supervivencia personal–, o ya sea que pensemos en necesidades sociales básicas –como unas condiciones óptimas de producción social o una autoridad justa y susceptible de crítica–, estamos hablando de relaciones que tienen una dimensión colectiva al no poder ser producidas y satisfechas aislada o individualmente. La cuestión es crear un marco –o seguir creándolo– con el que los individuos –en lo que significa su personalización– puedan hacerse responsables de sus propias necesidades. Es decir, un rango colectivo completo de cometidos que aseguren su provisión y satisfacción. Se trata de una socialidad radical por la que las responsabilidades individuales están relacionadas con las colectivas, y en las que tal poder común es imprescindible e inevitable, si bien siempre permaneciendo el espacio para la responsabilidad individual¹⁴.

Si la producción y satisfacción de la necesidad es colectiva, en su generación están implicados el conjunto de los seres humanos que pertenecen a la sociedad. En consecuencia, las necesidades humanas son comunes y al serlo implican un derecho positivo de mantenimiento o reparación tendente a una situación de plenitud o capacidad de cumplimiento. Son bienes o estados valiosos para todos que, bajo circunstancias dadas, resultan imprescindibles para preservar o restablecer la integridad de la persona o la comunidad. Hablamos de necesidades humanas básicas comunes, lo cual de por sí designa una clase concreta de características objetivas y universales del agente humano. Aunque el marco sociohistórico de referencia de las necesidades es ineludible para materializarlas y debatirlas, al ser caracterizadas como comunes y básicas se puede pensar que no conciernen

¹² L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 110.

¹³ “¿Por qué el sujeto niño está sometido al Otro y no tanto a los alimentos? Para ser y conseguir la identidad por medio de Otro, y esto supone la demanda de amor y reconocimiento”. Ver, F. PEREÑA. “Crítica al concepto de necesidad”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. p. 165 y ss. Ver también, E. FROMM. *El miedo a la libertad*. Madrid: Paidós. 1977. p. 42 y ss.

¹⁴ J. BARKER y C. JONES. “Responsability for needs”, en: G. BROCK (ed.). *Necessary goods: our responsibilities to meet others' needs*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, INC. 1998. p. 220 y ss. y 230, respectivamente. Hay una relación entre la necesidad social y la personal. Ver A. HELLER. *Teoría de las necesidades en Marx...* p. 170.

sólo a una sociedad, sino a cualquier ser humano: son universales y proveen una medida moralmente obligatoria de bienestar, por la que está comprometida la garantía de su satisfacción a todos los seres humanos de todas las sociedades¹⁵. A este respecto, podemos pensar, por ejemplo, en las implicaciones que esta concepción tiene desde la perspectiva de la desigualdad producida entre las sociedades del primer mundo con el resto, y la creciente inmigración hacia ellas, que puede ser vista como el intento de llevar una vida acorde con el criterio de necesidad y optimo vital que aquí estamos esgrimiendo¹⁶.

Las necesidades preceden al ser humano concreto pues son la expresión de su relación con la naturaleza y con el mundo social y cultural. A partir de tal vinculación, el hombre encuentra una confirmación de sí mismo, posibilitando su desarrollo personal y autorrealización como origen de sus acciones: alimento, vestido, casa, educación, salud, igualdad, autonomía, solidaridad y participación social, entre otras¹⁷. Así, no existen necesidades en abstracto o en estado puro, pues sus formas concretas manifestadas están construidas social y culturalmente. Es decir, las necesidades humanas elementales – supervivencia y autonomía– y las precondiciones sociales universales –producción y reproducción social, transmisión cultural y autoridad política– incumben a todos los seres humanos y son universales, pero las formas de satisfacción están socialmente definidas en los actos concretos de cada sociedad y de los individuos que las conforman¹⁸. Desde la mejora de las maneras y los medios utilizados para su satisfacción, el conocimiento experimental de la vida cotidiana es importante, si bien teniendo en cuenta que tal experimentación nunca asegura haber descubierto todos los aspectos relevantes en un contexto determinado. Por otro lado, para mejorar las formas de satisfacción algunos métodos son mejores que otros, por ello el conocimiento científico se muestra tan fundamental como el buscar situaciones de participación y discusión social que dispongan de la mayor y mejor información posible. Sólo de esta forma, se puede ir actualizando el conocimiento sobre cuáles son los mejores medios para conseguir la satisfacción de las necesidades, y evitar su presentación como una utopía integral absolutizadora que tendría poco que ver con las necesidades reales de las personas¹⁹.

Hemos visto una concepción afirmativa respecto a las necesidades, para llegar a su universalidad situada que incumbe a todos los seres humanos. Pues bien, ahora es preciso discernirlas de otros aspectos como los deseos, los intereses o las preferencias individuales que de hecho se prestan a confusión con ellas. Un acercamiento riguroso al concepto de

¹⁵ R. ZIMMERLING. “Necesidades básicas y relativismo moral”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. p. 122 y ss.

¹⁶ Si bien la norma social sobre los niveles de vida son un referente para los inmigrados en los países de destino, el propósito inicial a la hora de emigrar no tiene tanto que ver con aspectos de acumulación y cantidad de bienes y sí, más bien, con conseguir un optimo vital de necesidad –cuantitativo y cualitativo– que les posibilite una vida digna y “buena”.

¹⁷ A. GASPARINI. *Necesidad...* pp. 1162-1163.

¹⁸ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...* p. 200. Ver también, J. RIECHMANN. *Necesidades: algunas delimitaciones...* p. 17.

¹⁹ L. E. ALONSO. “La producción social de la necesidad...” p. 145.

necesidad es consustancial a su diferenciación de estas manifestaciones, que no inciden en el desarrollo personal, sino que vienen inducidas a través de comportamientos de cobertura del consumo, en tanto que expansión ilimitada en la adquisición de gamas de productos que poco tiene que ver con la satisfacción de las necesidades. No obstante, se trata de una relación confusa en la medida que es reconocible que todo deseo tiene un origen más o menos remoto en la correspondiente necesidad: cada acto de consumo –por muy sofisticado que sea– tiene resonancias con una necesidad inicial, lo cual puede actuar como justificación de su existencia social²⁰. De la misma manera, esta relación ambigua es perceptible en el hecho de que el sistema económico capitalista en occidente, al satisfacer deseos de muchos millones de personas, también puede satisfacer necesidades –al menos en parte– aunque sea secundariamente y sin constituir su objetivo principal²¹. Al contrario, la gran proliferación de productos en el actual capitalismo de consumo no pretende satisfacer las necesidades mayoritarias de la población, y mucho menos las de aquellos grupos menos favorecidos en la estructura social de clases. El concepto de necesidad desaparece sustituido por el de *deseo* –ligado a preferencias e intereses individuales–, o se reduce a la mera necesidad económica en una sociedad, cuyo objetivo es su satisfacción mediante la forma de la demanda solvente de productos para el consumo²². Así, mientras que la verdadera necesidad es objetiva y depende del mundo –en el que se entrecruza lo individual con lo colectivo–, el deseo, basándose en intereses y preferencias, es eminentemente individual. De la misma forma, mientras que la necesidad supone una constante búsqueda del equilibrio y la solidaridad para que pueda ser satisfecha, el deseo –a través de la publicidad– promete goces inalcanzables, siempre situados en el futuro y sólo satisfechos cuando ya no seamos vida²³. Esa es la paradoja: el enorme impulso de la producción, y el enorme impulso actual de los deseos a través de la compra de múltiples objetos de consumo, envuelto como libertad individual y como acto soberano del consumidor, está desarraigado de la necesidad y en las antípodas de su satisfacción. Mediante la explotación intensiva de los deseos y las emociones, la incesante creación de productos tiene como fin objetivos económicos y de posicionamiento y diferenciación social: la marca de un producto ya no se refiere al producto sino al consumidor como miembro del grupo de consumidores de la marca²⁴. De un lado, la inflación de nuevos productos muy pocas veces tienen un valor de uso original con respecto a otros semejantes, resultando bienes superfluos, aunque imprescindibles para la expansión de los mercados económicos. De otro lado, se puede hablar de una utilidad enclasante de estos consumos, porque sirven a la dinámica de distinción social y facilitan un fuerte efecto de demostración de estatus. El sentido mecanicista con el que actúan estas inducciones de comportamiento, buscan la transformación

²⁰ *Ídem*: p. 138.

²¹ I. GOUGH. *Capital global, necesidades básicas...* p. 36.

²² A. HELLER. *Teoría de las necesidades en Marx...* p. 29.

²³ El contenido de esta promesa irresuelta está resumido en la frase de Pierre Legendre “Mañana, cadáveres, gozareis”. Ver, P. LEGENDRE. *Jouir du pouvoir*. Minuit. 1976. Citado por J. IBÁÑEZ. “Publicidad: la tercera palabra de Dios”, en: *Revista de Occidente*, núm. 92. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset. 1989. p. 78 y ss.

²⁴ *Ídem*: p. 87.

constante de la necesidad en la necesidad de tener, y al inyectarla en el horizonte de los deseos la simplifican hasta reducir su potencialidad.

En las clases altas la relación entre la necesidad y los deseos ha cambiado poco con el paso de la modernidad a la postmodernidad. En la primera, el primer capitalismo de producción, consistía en una necesidad cada vez mayor dirigida a la posesión de propiedad privada y de dinero, mientras que en una segunda etapa, correspondiente al capitalismo de consumo, lo anterior se anuda con los fuertes consumos, como afirmación lógica, coherente y fomentada de la desigualdad social. Por el contrario, en los trabajadores y otros colectivos, o clases sociales, el primer capitalismo productivo reduce la necesidad de tener a una mera supervivencia, a lo mínimo para vivir. Así, hasta la consecución de las instituciones del bienestar, después de la segunda gran guerra, no se puede hablar de satisfacción de las necesidades en las clases populares. Mientras, en esta segunda época del ciclo capitalista, correspondiente a la postmodernidad, el consumo está actuando como afirmación continuada e ilusoria de ganar puestos en una carrera de estatus que nunca tendrá fin. En definitiva se intenta hacer pasar por necesidad lo que no es sino deseo. Es paradigmática la reducción histórica hasta los niveles básicos –y muy básicos– de la supervivencia y de la satisfacción de necesidades realizada con las clases sociales populares, por comparación a la abundancia disfrutada por las clases altas²⁵. Pretendemos señalar que el tratamiento de las necesidades está muy lejos de ser baladí para conseguir mayores cotas de justicia social, y más aún en una sociedad con una gran potencia productiva y abundancia de productos, pero que es incapaz de satisfacer las necesidades de un gran número de personas²⁶. No pretendemos presentar a la teoría del sistema de necesidades como una propuesta integral de liberación, capaz de arrinconar a otras utopías gastadas. El estudio de las necesidades es relevante en cuanto es, y puede ser, un referente más para el desarrollo de la ciudadanía y la justicia social, al mismo tiempo que ayuda a poner en evidencia que gran parte de la producción y el consumo actual son ineficaces para su satisfacción.

La consideración de que la necesidad va ligada a los seres humanos y a la sociedad, pues gran parte de sus propósitos, afirmaciones y acciones están motivados en ella, constituye el sustrato de una capacidad y libertad no vacías. A partir de los dos nacimientos de los seres humanos, biológico y social, vemos que la necesidad nos implica individual y colectivamente en su producción y satisfacción, y en una respuesta proporcionada de civilidad. Por tanto, postulamos que hay necesidades frente a aquellos que no las reconocen y son adeptos a los deseos, intereses y preferencias individuales²⁷. Abogamos por ellas porque pensamos que un proyecto social adecuado, puede satisfacer mucho mejor las capacidades y potencialidad de los seres humanos que los deseos e intereses particulares. Argumentamos también que son

²⁵ L. E. ALONSO. *“La producción social de la necesidad...”* p. 134. Y A. HELLER. *Teoría de las necesidades en Marx...* p. 65.

²⁶ I. GOUGH. *Capital global, necesidades básicas...* Ver Cap. 2 completo.

²⁷ En general toda la corriente neoliberal y toda la vertiente dominante de la economía neoclásica. Ver, por ejemplo, F. A. HAYEK. *Camino de servidumbre...* p. 90.

básicas y universales –frente a los relativistas²⁸–aunque situadas histórica y socialmente, y de ello dan cuenta las formas de satisfacción específicas. Razonamos que las necesidades son distinguibles en un sistema de necesidades, pero todas ellas –primarias y relacionales– son igual de importantes, aunque históricamente pueda haber prioridades. Y, finalmente, intentamos alejarnos de toda concepción esencialista de la necesidad subrayando su carácter inacabado, pues son los seres humanos concretos y/o los movimientos sociales en los que participan como individuos sociales, quienes deben ir decidiendo sobre las mejores formas para su satisfacción, en confluencia con el bagaje científico objetivo adquirido²⁹.

La necesidad tiene un sustrato biológico-social pero su concreción siempre es social, por lo que la discusión sobre las necesidades y qué necesidades, está relacionada con la discusión sobre qué formaciones sociales son más eficaces y apropiadas para garantizarlas. En ese sentido, se trata de encontrar, progresivamente, las mejores configuraciones sociales para su satisfacción. Abogamos por una definición social de necesidad básica universal que profundice y desarrolle la ciudadanía social, sin olvidar a los seres humanos que no están en nuestro entorno. Una construcción social fundamentada, y operativa, de necesidad en el contexto del Estado social, y del nuevo Estado social, es imprescindible como referente para las políticas sociales y la ASP. Es reconocible que las garantías de las instituciones públicas hacia un desarrollo económico regulado, salvaguardando los derechos civiles, políticos y sociales para todos, ha significado para las sociedades la presencia de los mayores logros de avance y justicia social³⁰.

Hasta mediados de los años setenta del siglo pasado, el acercamiento a la necesidad fue arrinconado al pensarse “innecesaria” en un contexto de capitalismo de producción relativamente regulado, con el que se había conseguido una relativa redistribución de los recursos materiales y simbólicos en las sociedades occidentales. No obstante, la reestructuración económica que resultó de la crisis económica de principios de los años setenta, tuvo consecuencias tan negativas para los trabajadores y las clases populares, que se volvió a plantear la pertinencia de una teoría de las necesidades que ayudara a restaurar un referente de justicia social. Surge entonces –con diversos enfoques y concepciones– desde los Estados sociales más proactivos un interés por fundamentar un mapa de capacidades de necesidad a mantener y, en su caso, a restablecer. Pero tal reconocimiento no ha conducido directamente a las necesidades básicas universales por las que aquí abogamos para toda la república humana. Por un lado, observando las trayectorias y tradiciones de los Estados de bienestar, parece haber existido una correlación entre configuraciones de bienestar residuales o “rudimentarias”, y concepciones y desarrollos de la necesidad quebradas y jerarquizadas

²⁸ R. ZIMMERLING. *Necesidades básicas y relativismo moral...* p. 105 y ss.

²⁹ L. E. ALONSO. “Necesidades”, en S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004. p. 57.

³⁰ Son las conclusiones generales de una investigación de Ian Gough –en coautoría con Theo Thomas– sobre necesidades, realizada en todas las naciones del mundo. Ver, I. GOUGH. *Capital global, necesidades básicas...* Cap. 5.

entre lo biológico y lo relacional. Y, al contrario, la misma vinculación parece establecerse entre Estados sociales claramente universales y una construcción de las necesidades sociales humanas básicas universales³¹. Pero la definición de un campo objetivo al respecto, choca con la ignorancia de las necesidades o con la frecuente quiebra entre lo biológico y lo social que viene llevando a una consideración diferenciada entre lo “básico y lo completo”, entre la “carencia y la afirmación” o entre la “supervivencia y una vida social optima”. El que para nosotros cualquier visión de un mundo deseable debe sostenerse desde la consideración de las necesidades humanas, encuentra también cualificadas resistencias en un relativismo moral, expresado bajo múltiples formas, como no podía ser menos. Para no pocos marxistas, las necesidades humanas sólo pueden ser inherentes al capitalismo en la medida que en una “nueva sociedad” más justa no habrá que apelar a ellas; para no pocos antiimperialistas culturales, las necesidades sólo se pueden ceñir a grupos específicos según género, sexo, étnia, etc., ya que las necesidades sólo pueden ser conocidas por los propios colectivos en cuestión, pues sino se trataría de un autoritarismo objetivador; para algunos fenomenólogos e investigadores, sólo pueden ser construidas socialmente sobre la marcha, y no ha lugar a un objetivo común al respecto; y, finalmente, para los críticos postmodernos y “demócratas radicales”, las necesidades no existen independientemente de la conciencia de los seres humanos³². En suma, si hiciéramos caso a alguna de estas perspectivas de relativismo moral, sería imposible ponernos de acuerdo sobre alguna concepción compartida de las necesidades, sobre construcciones y configuraciones igualitarias del bienestar o sobre formas objetivas de ASP en nuestra sociedad. Cuando, como es el caso, se rechaza cualquier restricción a la libertad desde distintas formas, esta postura se convierte en un “absolutismo de la libertad”, lo cual no deja de ser una contradicción evidente desde los propios postulados relativistas³³.

b) El reconocimiento de las necesidades

A partir de la perspectiva planteada, estamos ya en condiciones de decir y justificar acuerdos sobre la visión de un mundo deseable, en el que las necesidades jueguen un papel primordial, junto a otras propuestas parciales liberadoras y las consiguientes objetivaciones del conocimiento social³⁴. En principio, se podría pensar que todas las necesidades sentidas y reconocidas por las personas y sujetos sociales son dignas de ser satisfechas, y que habría que intentar llevar a cabo su satisfacción. Pero ello no siempre es posible porque en cualquier sociedad siempre ha habido más necesidades de las que realmente pueden ser satisfechas. En consecuencia, sería preciso disponer de un sistema objetivo que en cada momento histórico

³¹ *Ídem*: p. 30. Respecto a la primera relación, nos detendremos en ella más adelante, cuando vinculemos necesidad y ASP. En la segunda, Ian Gough destaca a Suecia, con un Estado social ejemplarmente universalista, como la sociedad donde mejor tiene lugar la producción y satisfacción social de necesidades.

³² Seguimos a I. GOUGH. *Capital global necesidades básicas...* p. 57.

³³ Ver R. ZIMMERLING. *Necesidades básicas y relativismo moral...* p. 105 y 123 y ss.

³⁴ S. CANO. *La vejez: integración o exilio*. Gijón: Fundación Pública de Servicios Sociales Municipales. 1990. p. 83 y ss.

jerarquice, guíe, y garantice, la satisfacción de algunas con respecto a otras. El más adecuado sería un sistema institucional que “alcanzara la decisión a través de alguna forma de debate público democrático, donde las fuerzas sociales que representaran necesidades decidirían – siempre una y otra vez a través del consenso– qué tipos de satisfacción de necesidades habrían de ser preferidas en su satisfacción, frente a otras igualmente reconocidas”³⁵. La cuestión es dilucidar qué necesidades son dignas de ser reconocidas como tal, quién y cómo decide sobre ellas y sobre el sistema desde el cual puedan ser objetivadas y distinguidas.

Como vemos de nuevo, emerge el Estado –de seguridad– y, más en concreto, el Estado social en conexión con el mundo globalizado y la sociedad de los que forma parte, que está sometido a un control democrático e impulsa la participación social en las decisiones a tomar. La continuidad y profundización de las acciones del Estado de bienestar clásico, es la garantía para asegurar la presencia del sistema de necesidades que las personas, grupos y pensamiento objetivo especializado hayan seleccionado y determinado. No obstante, el asunto es discernir con criterios de justicia y razón práctica el camino para llegar a las necesidades sociales humanas básicas, y al sistema que constituyen o pueden ir constituyendo. Sin embargo, el reconocimiento de las conquistas del Estado social, y del papel progresista que durante años jugaron algunos organismos internacionales creados para favorecer la solidaridad a escala mundial, no debe hacernos caer en la ingenuidad de ignorar la inercia de toda estructura de poder social –aún “democrática”–, al contener de forma inherente la preferencia interesada por sistemas de necesidades concretos. Si los métodos institucionales son autoritarios o paternalistas, o simplemente normativos –a partir del exclusivo dictamen de “los expertos”–, se sitúan de forma inadecuada por encima de la sociedad de la que forman parte, y se abre el camino para la manipulación del sistema de necesidades: la distancia entre las opciones de la gente y las necesidades instituidas se hace inabarcable y el Estado social, entendido en sentido amplio, lo que implica a los acuerdos de Bretón Woods, termina deslegitimándose.

En consecuencia, el reconocimiento de necesidades no puede entrar en conflicto con las necesidades de todos los otros, por lo que es preciso separar todo aquello que suponga explotación y opresión. Desde la norma ética que afirma que “el hombre no ha de ser mero medio para el hombre”, han de excluirse del reconocimiento las necesidades que impiden que todas sean reconocidas y, más aún, satisfechas. Por lo tanto, “todas las necesidades han de ser reconocidas y satisfechas con la excepción de aquellas cuya satisfacción haga del hombre un mero medio para otro”³⁶. Desde este principio que construye pero también discierne qué necesidades –excluyendo las que son meramente cuantitativas y alienadas–, aparece con más sinsentido el jerarquizarlas –por ejemplo entre las de “supervivencia” o relacionales–, puesto

³⁵ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades*. Barcelona: Paidós. 1996. pp. 61 y 62. El entrecomillado es nuestro.

³⁶ *Ídem*: pp. 66 y 67. Seguimos aquí la extraordinaria secuencia reflexiva de Agnes Heller que adopta el imperativo kantiano “¡El hombre no ha de ser un mero medio para el hombre!” para definir y conceptuar las necesidades sociales.

que todas ellas aparecen en la vida y la actividad humana y se refieren a la globalidad de un *sistema de necesidades*. Es decir, no puede analizarse aisladamente una necesidad y no puede acotarse y responder a conclusiones de certeza absoluta; más bien, cada una de ellas debe interpretarse desde el complejo de necesidades que está relacionado con la dinámica social³⁷. Por ello, incluso dentro del sistema por el que se ha optado, las objetivaciones no son para siempre, y deben estar sometidas al debate público. Las necesidades son históricas y deben ir alumbrándose en el devenir social, y por ello es normal que existan preferencias de las personas por algunas formas de vida con respecto a otras³⁸. En las sociedades democráticas modernas son reconocibles formas de vida plurales que están guiadas por valores igualmente plurales y, en ese sentido, existen rivalidades y conflictos entre valores, formas de vida y opciones de necesidades³⁹. Por otro lado, es reconocible que en la medida que las sociedades son más complejas se observan cambios en nuestras necesidades: se incrementan y con ello los medios para satisfacerlas. No es tanto que la riqueza y diversidad de la vida moderna las transforme en cuantitativas, sino que los cambios sociales estructurales suponen, por ejemplo, que el transporte se constituya para muchos como un elemento fundamental en la mayoría de las necesidades y de su satisfacción⁴⁰. Hay, entonces, una suerte de actualización que debe apuntar a la correspondencia entre el sistema de necesidades instituido y aquél por el que la gente ha optado: la influencia social en el sistema institucional “actual” de necesidades es fundamental para su desarrollo, siendo la crítica social la garantía para su renovación.

Sin embargo, la forma y nivel de conciencia en las necesidades no es homogénea al poderse manifestar como *deficiencia* o como *proyecto*. Cuando existe la conciencia social respecto de una necesidad no satisfecha hablamos de deficiencia. Cuando la expresión se concentra en la existencia de las formas de satisfacción de las necesidades, y en una actividad consciente respecto a ellas, estamos hablando de la necesidad como un proyecto⁴¹. Ambos niveles –conciencia de la deficiencia y proyecto activo– son en buena parte dependientes de las instituciones sociales correspondientes. Una adecuada actualización entre mundo social y sistema de necesidades implica que, una vez que se reconoce la deficiencia, se impulsen y reconozcan los planes activos que buscan corregirla y consumir su satisfacción. Utilizando un lenguaje más convencional desde un acercamiento canónico, se trata de que la necesidad percibida se transforme en necesidad normativa, constituyéndose en un problema social con la suficiente entidad para ser abordado. Es fundamental que el problema social se construya socialmente según los actores y fuerzas sociales que participan en la dinámica social que sea el caso⁴², evitándose los análisis esencialistas u orgánicos que más parecen resaltar las

³⁷ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales. Teorías y conceptos básicos*. Madrid: Síntesis. 1999. p. 163.

³⁸ P. BOURDIEU. *La distinción...* p. 382.

³⁹ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 69.

⁴⁰ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales...* p. 143.

⁴¹ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 71.

⁴² L. E. ALONSO. “Problemas sociales”, en S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004. p. 603.

patologías sociales. Pensemos, por ejemplo, en la inseguridad e inestabilidad laboral de los últimos años cuyo origen lo encontramos en la exigencia de liberación de los mercados – incluido el de trabajo–, y en los pasos seguidos desde que los trabajadores y la sociedad sufren y perciben esa deficiencia hasta que se reconoce como problema social, una vez que las acciones de la sociedad civil entablando proyectos de satisfacción de la deficiencia empujan y negocian para ello. El proceso hasta su enfoque institucional normativo es un trayecto que traduce la acción y la demanda de satisfacción emprendido antes desde la sociedad civil. Se entiende que cuantas más objetivaciones institucionales haya en el Estado y el Estado social, mayor será la posibilidad de solucionar la deficiencia y que nuevas necesidades básicas y universales sean reconocidas y satisfechas⁴³.

La formación y satisfacción de necesidades es un proceso social, y como tal no es independiente de las influencias del marco social objetivo; así la estructura de poder apunta de forma inherente a la preferencia sobre sistemas concretos de necesidades. Aunque las vertientes de necesidad son vividas según hombres y mujeres experimentan las relaciones sociales y conforme sienten situaciones concretas, se despliegan dentro del conjunto de las relaciones sociales y ello subraya la posibilidad del éxito o fracaso para su satisfacción. La definición y análisis como problema social, dependerá de la evolución, cambio y conflicto en el proceso de concurrencia de grupos y posiciones, con muy desiguales capacidades de percepción y acción sobre ellos mismos y sobre otros grupos socioeconómicos. Cuando faltan las suficientes objetivaciones e instituciones sociales para garantizar y guiar la corrección de las deficiencias y activar el reconocimiento y satisfacción de la necesidad, o cuando el sistema se anquilosa y se aleja de las personas, se produce una manipulación refinada: se reconocen las viejas necesidades pero se niegan las formas alternativas que la sociedad civil y el mundo social están reclamando, y las deficiencias se acumulan. Como vimos en el Capítulo 1, podemos pensar en las dificultades de adaptación de los Estados de bienestar tradicionales a los nuevos problemas generados por las configuraciones postindustriales en nuestras sociedades, que, en combinación con controvertidas decisiones políticas, detuvieron la evolución del sistema de necesidades y por lo tanto la satisfacción de otras nuevas⁴⁴. Ahora bien, si reconocemos que el Estado no puede producir ni colonizar los mundos vitales, sociales y asociativos, lo mismo podemos decir con respecto a la producción de las necesidades. Incluso, en lo que significan se trata de una relación más delicada aún, si cabe, que ha de mantenerse en los términos adecuados si no se quiere llegar a su manipulación o a una dictadura sobre las mismas. En la medida en que el origen está en el reconocimiento de las necesidades que son sentidas como tal por los seres humanos –excepto aquellas cuya satisfacción hagan del hombre un mero medio para el hombre–, su fuente no puede estar en el Estado democrático pluralista, como tampoco éste puede ser el productor de nuevas necesidades y nuevas formas de vida. Su papel es esencial, pero debe circunscribirse a

⁴³ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 82.

⁴⁴ Ver al respecto, P. PIERSON. *Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States...* p. 83 y ss.

establecer una estructura de reconocimiento objetivo para el sistema, garantizando institucionalmente la erradicación de aquellas que hacen del hombre un mero medio para otro. En conclusión, significa una suerte de profundización democrática desarrollada mediante uno de los elementos básicos del Estado social: la garantía y regeneración del sistema cuyo origen lo encontramos en la sociedad civil⁴⁵.

Por lo tanto, nada más lejos por nuestra parte que señalar aquí las bases últimas del sistema de necesidades “necesario”. En cualquier caso, es claro que en el conjunto de este trabajo de tesis hemos mantenido *de facto* una idea más o menos explícita sobre ellas, o, incluso, una propuesta sobre el sistema histórico que estimamos conveniente. A partir de aquellos investigadores que han indagado en el tema, elaborando y componiendo el correspondiente sistema de necesidades *sentido*, proponiendo que fuera reconocido en el nivel institucional, nos hemos vinculado con un sistema de necesidades sociales humanas básicas, que pretende conjugar aspectos objetivos e históricos, y con el que tratamos de alejarnos tanto del esencialismo como de la fenomenología⁴⁶.

El sustrato básico objetivo que constituye la necesidad como forma de evitar la fatalidad y la barbarie, la implicada autopoiesis hacia una buena vida, y lo que significa para evitar y corregir problemas a raíz de ciertas carencias, se combina con que los bienes responden a ciertas normas sociales y los perjuicios —en su caso— están contextualmente basados⁴⁷. Lo que confiere valor a la necesidad no es su misma existencia, sino el fin o la meta que se alcanza al satisfacerla, y por eso puede ser vista como una interpretación estratégica en la que siempre hay elementos contextuales definitorios que aportan sentido a lo que se quiere conseguir. Así, la necesidad percibida siempre busca referentes en un discurso normativo, que permite identificar una situación concreta como situación de necesidad. Al entender lo normativo como la dimensión reguladora —y regulada— de las relaciones humanas y sociales, en la que confluyen el derecho, la ética, las costumbres y hábitos sobre prácticas sociales, las necesidades pueden reconocerse y fundamentarse. Frente a la idea de que son ellas las que constituyen el derecho y lo normativo, lo que parece ocurrir es lo contrario: el derecho y la norma social las fundamentan y reconocen, una vez constatados estados de cosas que deben ser corregidos o activados⁴⁸. El reconocimiento y definición de las necesidades es importante en la medida que, junto con el derecho, suponen una referencia de satisfacción para la vida y condición social plasmada en el conjunto del Estado social y las agencias que lo conforman. Si hablamos de satisfacción, es porque ésta concierne a la vida de las personas como una continuidad y porque las necesidades señaladas y a señalar, apelan a las capacidades tenidas para desarrollar actividades personales y colectivas. Cuando existen

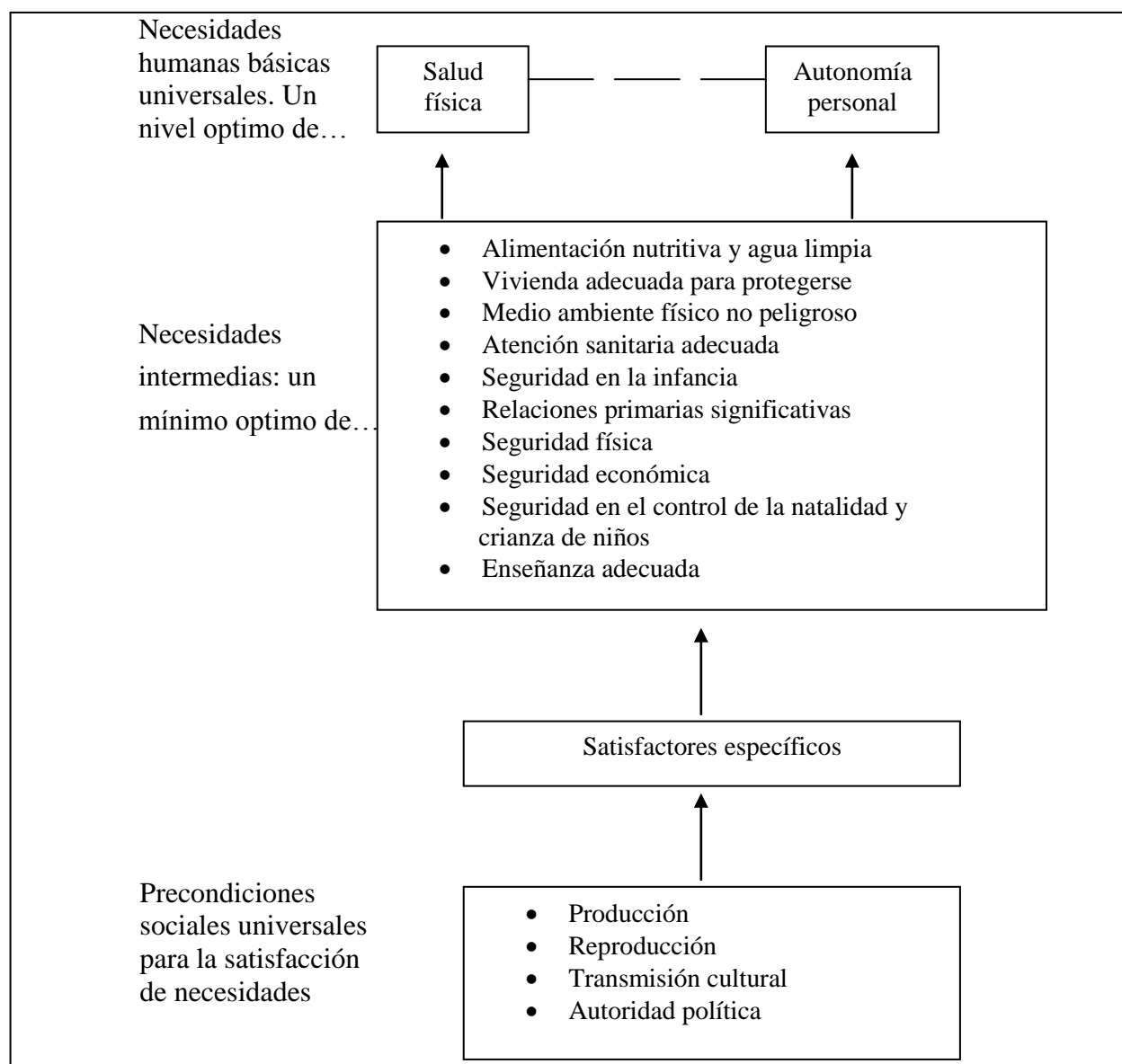
⁴⁵ Ver A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 81.

⁴⁶ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...*

⁴⁷ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales...* p. 137 y ss.

⁴⁸ *Ídem*: pp. 178 y 186.

FIGURA 7: Matriz de las necesidades humanas*



* Tomado de I. GOUGH. *Capital global, necesidades básicas...*p. 22. Ver también L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...*Cap. 2 y J. RIECHMANN. *Necesidades: algunas delimitaciones...* p. 14.

obstáculos serios para este desarrollo, se producen perjuicios dirigidos al individuo, tanto como a la sociedad. En la figura 4.1 presentamos la matriz inicial de las necesidades humanas, en la que nos hemos basado e inspirado a lo largo de esta parte del capítulo. Partiendo de la base de la figura, encontramos las cuatro premisas sociales que constituyen precondiciones sociales universales para la satisfacción del conjunto de las necesidades. Se entiende que hablamos de un proceso por el que se deben asegurar socialmente las aptitudes y valores

necesarios en la mayoría de la población para que haya **producción** –material–, y un nivel adecuado de **reproducción** biológica y socialización de la infancia. Pero además de la difusión y **transmisión cultural** de esos valores que suponen la participación cultural de los individuos, existe la también la necesidad de instituir un **sistema de autoridad**, que garantice el respeto a las reglas y prácticas satisfactorias respecto a esos valores mencionados. Es fundamental, pues, el contemplar estas precondiciones sociales universales en el proceso de emergencia de la satisfacción de necesidades, cuanto que son la condición para una producción de satisfactores –necesidades intermedias– suficiente que asegure niveles mínimos de **supervivencia y salud**⁴⁹. Por lo tanto, desde estas precondiciones sociales universales llegamos a las necesidades humanas básicas universales, mediante un conjunto de satisfactores o necesidades intermedias que son más específicas porque, aún siendo también medios universales y transculturales, su manifestación concreta está condicionada culturalmente; es decir, muchos de los bienes que se requieren para satisfacerlas varían según las culturas y contextos⁵⁰. En fin, más allá de la manifestación relativa de los satisfactores, lo importante es que en cualquier cultura se llegue a asegurar la salud física y la autonomía personal. Estas dos, como necesidades humanas básicas, objetivas y universales son las condiciones previas de toda acción individual en cualquier cultura, y “han de ser satisfechas antes de que los agentes puedan participar de manera efectiva en su forma de vida, con el fin de alcanzar cualquier otro objetivo que crean valioso”⁵¹.

c) Estado social, necesidades y acción social proyectada

Es claro que la visión, tratamiento y desarrollo del sistema de necesidades institucional, acompasado con el sistema de necesidades sentidas, es fundamental en el Estado social. Ya sea desde el tratamiento de la deficiencia o ya sea desde proyectos que traten de promover y optimizar su satisfacción, un Estado social proactivo se muestra fundamental para el mantenimiento de la justicia y la ciudadanía social. A partir los elementos analíticos que hemos seguido y manejado, parece plausible pensar que las agencias y agentes que lo componen tengan una idea relativamente desarrollada de los sistemas de necesidades –institucionales y sentidos en el mundo social– ayudando a encontrar sentido y legitimidad a tales intervenciones. Incluso, aunque no exista un sistema institucional expreso, conviene tener algún criterio sobre ellas que, al menos, actúe como guía y referencia en las políticas e intervenciones sociales. La cuestión es que resulta habitual que tanto en los niveles políticos como en los administrativos y técnicos más altos, las decisiones se apoyen en investigaciones que de alguna forma abordan el proceso de satisfacción de necesidades, pero que sin embargo no tienen su correlato en los restantes niveles, incluido el de la acción técnica, es decir, el de

⁴⁹ Por supuesto seguimos a L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...*p. 114 y ss.

⁵⁰ *Ídem*: p. 200 y J. RIECHMANN. *Necesidades: algunas delimitaciones...* p. 13.

⁵¹ L. DOYAL; I. GOUGH. *Teoría de las necesidades humanas...*p. 85 y ss.

la ASP. Sin embargo, lo cierto es que cualquier idea y nivel de intervención se apoya – explícita o implícitamente –, en una concepción de necesidad con algún tipo de criterio comparativo o normativo⁵². Por equivalencia con las políticas sociales y la ASP, nuestra hipótesis sobre las necesidades apunta a lo ineludible de un pensamiento en situación no sólo antecedente. Asimismo, la idea de necesidad, como propósito y acción, siempre aflora en las diferentes escalas de la intervención social, con lo que más vale tener un criterio sobre ella. No es suficiente con que el sistema institucional esté claro desde arriba, pues la recreación de la necesidad se muestra incluso más imprescindible en el desempeño de los programas, allí donde interaccionan sistema y sociedad, y se conforman nociones para decidir sobre la deficiencia o la capacidad de necesidad, y lo aconsejable de emprender proyectos en tal sentido. Es evidente que lo deseable es que, bien entendido, exista una sincronía y acompasamiento entre quienes investigan, deciden, planifican y desarrollan los programas y actividades. Pero es claro que entre las herramientas y utillajes para la acción, se deben encontrar algunos criterios “básicos” de las necesidades que permitan su aplicabilidad reflexiva de forma que estén incorporadas a la metodología de la ASP.

En consecuencia, si hemos querido evitar un sustancialismo en el planteamiento de las necesidades, es porque la ASP tiene que contribuir y participar en su reconocimiento y satisfacción práctica. Al mismo tiempo, debe abanderar el fortalecimiento del sistema institucional prestando especial cuidado a su desarrollo continuado e integral y a su despliegue en torno a proyectos que, además de promover satisfacerlas y optimizarlas, detecte los cambios sociales históricos concernidos. Es preciso, recordar que cuando algo es “necesario” es porque hay sujetos sociales que buscan que ello se reconozca, en función de sus aspiraciones vitales o intereses instrumentales.

Sin llegar a un orden de directrices y tareas inequívocas que la naturaleza valorativa y preferencial de las necesidades no permite, el referente de precondiciones universales y necesidades objetivas –básicas e intermedias– es de gran ayuda en la ASP. La aparente contradicción entre lo objetivo y lo concreto, entre lo individual y lo colectivo, entre lo histórico y situacional, no parece existir. Hay necesidades objetivas y la condición para materializarlas es su reconocimiento, que nunca es individual sino colectivo. Pero esa emergencia colectiva, como expresión de la objetividad de las relaciones sociales, nunca puede constituir las, al ser los individuos concretos quienes las conforman y desarrollan⁵³.

El tratamiento de las necesidades sociales en relación a la ASP, permite constatar la irracionalidad de su fragmentación y discontinuidad, en la medida que la vida social humana incorpora crecientemente diversos ámbitos dependientes, necesarios para la vida y la actividad humana. Ha sido y es relativamente frecuente que en el plano de la acción de las políticas públicas, las deficiencias de ciertos colectivos “necesitados” sean abordadas

⁵² F. FANTOVA. *Manual para la gestión de la intervención social. Políticas, organizaciones y sistemas para la acción*. Madrid: Editorial CCS. 2005. pp. 22 y 23.

⁵³ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales...* p. 204 y 271, respectivamente.

primando la impronta de lo biológico, o priorizando el criterio de supervivencia física guiado por los preceptos maslowianos, frente al plano relacional que ha sido ignorado y no reconocido. Con solo tener en cuenta el concepto de necesidades humanas básicas y la relación y dependencia entre salud física y autonomía personal, se podrían evitar las concepciones y prácticas que trasladan la deficiencia social a quienes van dirigidas las acciones, reforzando políticas sociales carenciales desde el sistema institucional. Al no hablar de necesidades cuantitativas alienadas que nunca pueden ser satisfechas, resulta cuando menos curioso que algunas actuaciones institucionales las desvaloren reduciéndolas, al separar las necesidades fisiológicas de las sociales y se utilicen justificaciones cuyo resultado es la devaluación de los intervenidos. Si el mismo concepto de necesidades básicas implica una relación entre consumo y producción necesaria para su satisfacción, el mantenimiento y recreación en los diversos niveles del Estado social y de la ASP, podrían ayudar a evitar esas imputaciones individuales de la deficiencia a personas o colectivos. La acción objetiva conveniente aunque pueda dirigirse a individuos concretos, se debe desplegar después hasta el plano colectivo en el que están fundadas las necesidades, asumiendo la dualidad creativa entre lo objetivo y lo concreto. Como acción intelectual objetiva, la ASP al incorporar el concepto de necesidades básicas a los otros instrumentos teóricos y metodológicos, se pone en la mejor disposición para rechazar las concepciones paternalistas o residuales de la intervención y de la ASP. La distinción entre a) necesidades sociales, b) sistema institucional de necesidades, c) el reconocimiento institucional –y social– de la deficiencia respecto a la necesidad, d) junto a los impulsos institucional y social de proyectos de satisfacción de las necesidades, indica y resume un espacio para las relaciones entre acción social y ASP. Dicho de otra forma, el reconocimiento social de las necesidades sentidas que no impidan el reconocimiento y satisfacción de las necesidades de todos los otros, se combina con su reconocimiento continuado para su satisfacción y con la garantía del Estado social. A partir de ahí se justifican los planes objetivos correctores, desarrollados con acciones, que impulsan o guían la realización de proyectos de aumento de las capacidades de los sujetos sociales con respecto a la necesidad y a la vida social.

Si estas relaciones y espacios socioinstitucionales están claros, la ASP no será una mera comparsa de directrices externas, pudiendo asumir el protagonismo que le corresponde en la consecución de la justicia y la ciudadanía social. Sin embargo, parece que no es suficiente con “gestionar” el sistema de necesidades institucional y, en todo caso, restituir el equivalente a la “carencia” individual encontrada, como tratan de hacer las intervenciones residuales. Es preciso no olvidar que las necesidades emergen socialmente y que, por lo tanto, debe haber “algo más” que conecte con los problemas e injusticias sociales. Por su carácter histórico, para abordar las necesidades es ineludible partir de la realidad social donde extraen su legitimidad del discurso normativo que delimita unos valores y prácticas sociales. Al tiempo, el anclaje a la misma realidad social contiene el germen del cambio social pues los individuos, aunque están regulados por el orden normativo e ideológico presente, son también

capaces de cambiarlo en un proceso social que los interpela y en el que los diferentes discursos ideológicos compiten entre sí⁵⁴. La coexistencia del principio de realidad que denota las limitaciones en el presente, con la aspiración a la justicia que conlleva la orientación a la satisfacción de necesidades, se muestra como un criterio metodológico asumible desde la ASP: el reconocimiento de la deficiencia pero también desarrollo de proyectos de satisfacción de necesidades ciudadanas, entroncando con la crítica al sistema instituido que se haya vuelto ineficaz. Es un trabajo nunca concluido, que supera el mero dominio técnico y que tiene el referente de moverse hacia ideas y prácticas guiadas por la disminución de la subordinación y dependencia de las personas. Resulta fundamental entender que la garantía, o restauración, de la autonomía de los intervenidos sólo se abre paso –a partir de la comprensión en la acción–, con el respeto a su específica interpretación y práctica, como elementos que llenan de contenidos las necesidades: su emergencia colectiva y su inicio abstracto se combina con una acción concreta para alcanzar las metas fijadas por cada uno. Así, desde el sistema institucional de necesidades sólo se debe proteger lo “necesario”, de forma que las personas y colectivos tengan posibilidad de actuar para alcanzar las metas que se hayan fijando⁵⁵. A ese objetivo de autonomía de los receptores, con sus acciones orientadas a la satisfacción de las necesidades, debe encomendarse la ASP.

Por lo tanto, la satisfacción de necesidades no es un trabajo perfecto al estar sometido al principio de realidad o, más bien, de realidades existentes en la sociedad. Y la ASP debe respetar las prácticas, tiempos y ritmos sociales que delimitan lo que las personas y colectivos consideran. Las intervenciones siempre lo son porque significan una acción intelectual externa –e institucional– en la acción social en sí, y su propia necesidad de existencia y operatividad se debe combinar con su autolimitación, reduciendo y ajustando su irrupción en la vida social. Sabemos que cuantas más objetivaciones institucionales haya para las nuevas necesidades, mayor será la posibilidad de que sean reconocidas y satisfechas. Aún así, la adscripción social e institucional no oculta que sigan siendo personales y dependan de sus acciones y decisiones, muchas veces en interacción con la ASP.

Así, podemos entender que, en ocasiones, no exista la conciencia de una necesidad y las consiguientes actividades que tratan de satisfacerla. O que existiendo la conciencia de ella y las correspondientes acciones para satisfacerla, no sea posible. En ambos casos, cuando se llega a tener un conocimiento parcial –institucional y/o social– de que existe una disminución de las capacidades de los sujetos sociales que sea el caso, se produce una demanda de acción y entra en escena la ASP. Sin embargo, en toda demanda siempre hay un requerimiento explícito –por ejemplo, corregir un problema– y, al tiempo, una demanda implícita –por ejemplo, reconducir la deficiencia hasta un plano individual restringido y tratar de

⁵⁴ *Ídem*: p. 228.

⁵⁵ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 110 y ss.

solucionarlo ahí⁵⁶. La demanda implícita siempre suele expresar el desajuste entre las relaciones sociales y el estado de la producción: se está de acuerdo en que algo no marcha bien, pero las posibles soluciones se quieren pasar por el tamiz de la realidad condicionada que ha creado la misma deficiencia que se está tratando. “Las necesidades” no son las mismas para todos y la demanda implícita puede implicar la idea de adecuar unas a otras; incluso, a veces, con buena intención. En cualquier caso, al igual que ocurre en la investigación social, se impone un análisis social de la demanda que la transforme desde sus planteamientos implícitos hasta un requerimiento explícito para la ASP, a través de las preguntas en el nivel epistemológico *–a quién y para qué–* metodológico *–por qué, hacerlo así–* y técnico *–cómo, se hace–*⁵⁷. Dado que en no pocas ocasiones se le pide que conozca o haga por los intervenidos, o actuados, lo que ellos mismos no ven o no pueden hacer, es muy fácil sucumbir ante las exigencias de esa pretensión y, por tanto, entrar en el terreno de la manipulación de necesidades. Por el contrario, si las cautelas epistemológicas mencionadas consiguen ser eficaces, una vez desentrañada la demanda implícita se puede llegar a discernir y diagnosticar, desde el nivel técnico y el metodológico, si el “silencio sobre las necesidades” se da por desconocimiento o por imposibilidad de su satisfacción. Las limitaciones del presente y los desajustes entre producción y satisfacción, provocan injusticias que, paradójicamente, se manifiestan a través de la ausencia de manifestaciones al respecto. Así, diferenciar i) entre quienes no saben y no pueden expresar y ii) entre quienes saben y no expresan, es el punto de partida para el tratamiento institucional y social de esos problemas⁵⁸.

En el primer caso, i) se quiere señalar que la raíz del problema es exterior a los individuos afectados, de tal forma que el sistema de necesidades institucional y, en su caso, las organizaciones sociales correspondientes, no han producido la suficiente intensidad y extensión de las objetivaciones, fines e instituciones sociales para que las personas reconozcan y se reconozcan en las necesidades. Esta situación es identificable en las sociedades que tienen Estados sociales con un fuerte componente residual, donde hay sujetos sociales que responden a tales problemas. Pero tampoco es descartable que articulados los dispositivos necesarios, y de forma adecuada, el tiempo haya sido insuficiente para que se llegue a producir el cambio, y se de un retraso entre esas disposiciones y el tiempo preciso para que esos cambios sociales tengan lugar. Sea lo que sea, la tentación de concentrar “la falta” en los colectivos o personas, debe dar paso a la interpelación por las carencias institucionales y sociales en el sistema de necesidades, ya que sin reconocimiento objetivo no es posible el reconocimiento individual con sus formas de expresión. Sin embargo, el precepto objetivo nunca puede, por sí mismo, constituir a la práctica social, pues son los individuos concretos quienes lo hacen desarrollando la dualidad de las acciones y situaciones sociales.

⁵⁶ J. IBÁÑEZ. *Perspectivas de la investigación social...* p. 32 y ss. Ver también, T. HERBERT. “Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social”, en: J-A. MILLER y T. HERBERT. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. Buenos Aires: Siglo XXI. 1971. p. 65 y ss. y 73.

⁵⁷ T. HERBERT. *Íbidem*.

⁵⁸ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales...* p. 271.

Un Estado social proactivo que se precie de serlo y la correspondiente ASP, que tiene la responsabilidad concreta de facilitar el acceso a las personas y sectores que no reconocen y expresan la necesidades, debe realizar procesos informativos en los que haya diálogos de reciprocidad, con el fin de facilitar el acceso al reconocimiento y satisfacción de las necesidades a sectores sociales y personas que no lo tienen habitualmente⁵⁹. Tales comunicaciones para salir de los circuitos informativos y de decisión dominantes, tienen que articularse desde el principio de la norma moral restrictiva en la evaluación de necesidades, por la que el hombre no puede ser un mero medio para el hombre. Pero la existencia de instituciones de garantía, reasignación y redistribución de las necesidades, tiene sentido precisamente a partir de la insustituible presencia y protagonismo del mundo asociativo intermedio. En la sociedad moderna, la sociedad civil al estar constituida por el conjunto de los grupos que se autoatribuyen necesidades y las correspondientes demandas para su reconocimiento y satisfacción, es un importante vehículo para la justicia social⁶⁰. Las organizaciones colectivas y los nuevos movimientos sociales tienen un papel de escucha y de producción de argumentos y, por tanto, de reconocimiento de las necesidades de aquellos a quienes representan o participan en ellas.

En relación al segundo caso, ii) los que saben pero no expresan las necesidades, parece que la exterioridad del problema a los propias personas es mas clara que en el anterior. De esta forma, aquí el “silencio de las necesidades” tiene un origen institucional por insuficiencia de sus objetivaciones, dándose una distancia excesiva entre las necesidades de la sociedad y el sistema institucional. O dicho de otra forma, el problema puede consistir en que sólo se reconocen necesidades cuantitativas de determinados grupos sociales privilegiados, en detrimento de otras necesidades democráticamente expresadas de otros grupos sociales con menos poder. Cuando esta situación se enquistada, es posible que aquellos que perciben y sientan las necesidades no las expresen o las elaboren sólo en la medida de las probabilidades de realizarlas en las condiciones actuales⁶¹. Es decir, la claridad de las específicas necesidades sentidas y reconocidas por los sujetos sociales en cuestión, contrasta con la situación inabordable de carencia de las objetivaciones sociales institucionales, a la que provisoriamente aquellos se adaptan hasta que se de un cambio con condiciones más favorables.

En conclusión, existe confluencia de la ASP con la intervención social que específicamente se ocupa del desempeño de las necesidades sociales. Como factor transversal las necesidades deben estar explícitamente incorporadas al Estado social y a la ASP con unas “instrucciones de uso” no triviales. Y, de nuevo, la relación entre mundo social y acción objetivada intelectual resulta clave. Es indudable que, desde una razón práctica, la indicación de que el hombre no puede ser un mero medio para otro se constituye en argumento

⁵⁹ L. E. ALONSO. *La producción social de la necesidad...* p. 145.

⁶⁰ A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 101.

⁶¹ L. BALLESTER BRAGE. *Las necesidades sociales...* p. 271.

importante para guiar las concreciones de las políticas sociales y de la misma ASP, además de lo que en sí mismo tiene de legitimación del Estado social. En ese sentido, para la determinación de prioridades es obligado que se institucionalice alguna forma de debate público democrático, donde participen las fuerzas sociales que representan necesidades reconocidas⁶². En consecuencia, con este bagaje, la autonomía y la responsabilidad de los sujetos sociales resulta reforzada. Y al mismo tiempo que es ineludible un nuevo Estado social proactivo con la correspondiente ASP, nadie tiene derecho, en nombre de cualquier institución y de sus fines, a solucionar problemas sociales sin la participación de los afectados, o a obligar condicionalmente al reconocimiento y satisfacción de necesidades, o a suplantar y producir el mundo vital. Para la ASP es importante fundar un compromiso entre el reconocimiento de la realidad y la búsqueda de la justicia social a través, entre otras, de tales acciones sociales expertas desarrolladas. No se puede negar el presente social y de los sujetos sociales que estamos implicados en él, pero sí se puede tener un horizonte de posibilidades para la abolición de la subordinación. Son sólo las personas implicadas las que deben dar los pasos hacia la solución de los problemas, o el reconocimiento y satisfacción de necesidades. La información, el debate, la comunicación dialógica en espacios igualitarios expresamente buscados, la investigación..., son medios para aproximarse a ello. En última instancia, la crítica directa –personal o colectiva– que apele a los otros, a sus problemas y necesidades, pero que nunca ponga en cuestión los derechos sociales o la misma satisfacción de necesidades, son elementos a considerar en una ASP consciente de sus límites y oportunidades.

III. Planificación y acción social proyectada: engarces y relaciones recíprocas

Apoyándonos también en el análisis empírico realizado en los tres anteriores capítulos, pretendemos acercar las formas requeridas de planificación a las necesidades de la acción objetiva que constituye la ASP. En sentido lato, se trata de un intento de acople racional entendido como la adecuación de los medios disponibles empleados, a los fines percibidos para valores y a los fines calculados según las condiciones del marco social que sea el caso⁶³. Sin negar la relevancia de estas importantes concepciones de racionalidad con *destino a fines* y *a valores* a las que tanto debemos, se pueden hacer serías matizaciones desde la perspectiva de sus implicaciones prácticas⁶⁴, discutiendo las visiones teórico-prácticas de planificación que se decantan de esas tradiciones de racionalidad. Lo primero que es necesario señalar, es que al solipsismo implícito del actor en estas concepciones, se le puede oponer la necesidad

⁶² A. HELLER. *Una revisión de la teoría de las necesidades...* p. 62.

⁶³ Como afirma la importante tradición sociológica de racionalidad, desde Weber a Kuhn, de la acción racional con arreglo a fines y de racionalidad normativa referente a los valores. Ver J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 223.

⁶⁴ Desde nuestro interés e implicaciones respecto a la ASP, tales matizaciones se pueden encontrar en el capítulo 2 de este trabajo.

de que cualquier acción –que suponga algo más que un mero movimiento físico– sea compartida, coordinada y comunicada con los otros, es decir, como comunicación interpersonal. En segundo lugar, al presupuesto sobreentendido de un mundo de estados de cosas existentes e inmanentes, se le puede argumentar el cambio de los estados de cosas donde tienen un protagonismo principal las acciones de los agentes. En tercer lugar, el desdén de las relaciones entre actor y mundo es preciso contrastarlo con la racionalidad práctica y saber preteórico de los agentes, actores y personas en la constitución de la acción social. Y en cuarto lugar, a la presentación en primer plano de las relaciones medio-fin se le pueden argumentar otras alternativas que van más allá de las actividades teleológicas: hablamos de coordinación concertada y por reciprocidad entre los agentes, de aprendizaje en el camino y ajuste proposicional compartido, de discusión sobre el dinamismo o estaticidad de los valores o, finalmente, de pretensiones de validez susceptibles de crítica⁶⁵. Es decir, pretendemos reconocer y hacer emerger varias formas de racionalidad social, que dan lugar a otras tantas formas de acción social, seguramente yuxtapuestas y combinadas.

Cuando el foco de atención deja de ser provisionalmente la acción social en sí y los procesos de racionalidad enhebrados en ella, y nos concentramos en la dimensión social objetiva de la realidad social, emerge la planificación como un saber técnico y metodológico proyectivo que forma parte de la intervención social y de la ASP. Si en la vida social hay formas de racionalidad, que se entienden, en general, mediante el ajuste entre los medios y los fines, y hay también anticipaciones razonables de los sujetos sociales, es en el mundo objetivo de la ciencia y de las elaboraciones intelectuales y de la técnica donde, en principio, existirían más posibilidades de llevar a cabo la relación directa entre medios y fines. La aparente certeza de un quehacer intelectual controlado y provisto de los dispositivos técnicos necesarios, que está confiado a la transparencia, estabilidad y acierto de los objetivos operacionales declarados, se encomienda, asimismo, a la complicidad inmanente de los actores, suponiendo disponer de toda la información necesaria del proceso de esta racionalidad de la acción. Dicho de otra forma, la distinción entre la acción social en sí y la acción objetiva, científica, intelectual o técnica, en el sentido de su alejamiento de la necesidad, o de su mayor posibilidad de controlar y adecuar tiempos y espacios, o de mantener actitudes objetivantes de saber y poder hacia el “objeto” de atención y de acción, debe mantenerse si bien significando que tal separación no supone –aparte de una diferencia de condiciones– un control infinito de los procedimientos, de los procesos y, aún, de los sujetos sociales. Antes bien, como vamos a ir viendo, la actual planificación, sin poder renunciar a predecir conductas o acontecimientos, debe limitar las expectativas que ha tenido en las dos últimas centurias –y sobre todo desde los años cuarenta del pasado siglo–, afrontando objetivos más humildes, una vez comprendida la dificultad de producir y predecir esquemas o modelos futuribles desde la acción social.

⁶⁵ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 377 y ss.

Para situar la planificación partimos de una concepción general de racionalidad en la que está involucrada la acción social y, en concreto, uno de sus segmentos como es el perteneciente a su dimensión objetiva. Hablando en un sentido amplio, en la vida social todos proyectamos y tenemos planes y propósitos sólo que éstos están incorporados a nuestras acciones de una forma intuitiva, funcionando, más bien, como anticipaciones razonables basadas en nuestra historia personal y social y siendo utilizados según las necesidades que se nos van presentando en la vida cotidiana. Cuando tales proyecciones se desarrollan como una actividad técnica formal, normalmente desarrollada en organizaciones y/o instituciones, con actividades dirigidas a ordenar y coordinar estados de cosas hacia un futuro más o menos próximo, estamos hablando expresamente de planificación. Se puede observar que cualquier iniciativa institucional, organizativa u asociativa, conlleva actividades más o menos explícitas planificadoras que forman parte de unidades de acción, más sencillas o complejas según el caso. Así, toda suerte de intervención social o ASP incorporada a las políticas sociales, utiliza distintos niveles de planificación social, entendiendo que una parte de ellas se traduce en planificación, como un conjunto de tareas técnicas con el fin de prever y proponer sus decursos según acontecimientos esperados. Es decir, contiene e implica actividades formales que buscan anticiparse con la esperanza de producir unos efectos, incluso cuando tiene lugar el encuentro con la acción social en sí. Al detenernos en la planificación, son reseñables algunos elementos comunes que siempre vamos a encontrar en ella: a) hay una enunciación de valores objetivo para delimitar y apuntar lo que se quiere conseguir; b) para ello es necesario conocer el estado de cosas de partida; c) es preciso conocer los recursos de los que se dispone para llevarla a cabo; y d) habrá que elucidar las estrategias racionales para distribuir y coordinar los recursos del modo más adecuado según los valores objetivo antes enunciados. Con estos presupuestos comunes, su conformación final va a depender de dónde se pongan los acentos en cada uno de ellos y de qué tipo de planificación estemos hablando, sea urbana, económica o social. Desde luego la que aquí nos interesa es la planificación social y, por supuesto, aquellas otras que, como la económica, tienen influencia en la misma acción y situación social, y, en cualquier caso, reconocerla como una actividad consustancial a la sociedad moderna, teniendo en cuenta que una de las características de todo sistema social formal es intentar realizar planes fijando objetivos progresivos y decursos de acción para plasmarlos.

Nos interesa apuntar ahora algunas cuestiones sobre planificación que pensamos conciernen a la ASP y a su explicación sociológica. En la medida que se trata de una actividad técnica común a todos los sistemas controlados y a las organizaciones, la sociología está interesada en esos procesos racionales de producción de esquemas y modelos y, asimismo, en los resultados que se van produciendo según los esquemas de percepción, pensamiento y acción de los agentes participantes. En ese sentido, es importante observar las diferencias entre las proyecciones de planificación realizadas y los resultados conseguidos, tanto en el decurso como en el final de la acción. Es decir, como otras muchas actividades sociales, la

planificación no puede ser mirada únicamente por sus valores de uso explícitos o por sus utilidades procedimentales declaradas. Al constituirse en una actividad técnica con poder y prestigio, en un mito y valor social incorporado a todo nivel de gobierno y de administración, implicando al conjunto de los niveles técnicos de diversas escalas y a la toma de decisiones, es obligado fijarse tanto en sus contenidos y resultados formales y reales como en los procesos sociales relacionales a que da lugar. En ese sentido, constituye una manera indispensable y frecuente de hacer y desarrollar la esfera política⁶⁶. Estos criterios de valor basados en la aplicación de postulados de racionalidad científica, nos trasladan directamente al espacio de las políticas sociales y a la ASP, en dónde los aspectos de utilidad se entrecruzan con los del prestigio y poder simbólico que denotan las actividades de planificación en sus diversos niveles y espacios.

Siguiendo con nuestro acercamiento, en teoría podemos convenir que existen sistemas sociales formales no controlados, caracterizados por emergencias y comportamientos más azarosos, imprevistos o “libres”, y sistemas sociales formales y controlados que recurren a la planificación⁶⁷. La tendencia de la sociedad moderna a la ampliación de los niveles de organización e integración sistémica y, en su caso, de jerarquización, parecería llevar a una extensión sin precedentes de la planificación social, y a la actividad técnica que le caracteriza, al hacerla altamente predecible y dirigida. Sin embargo, cualquier desarrollo en la que participen actores sociales con unas contribuciones esperadas, sólo pueden considerar un número exiguo de metas y caminos de acción, al ser la memoria de aquellos limitada, al emerger continuas contingencias situacionales que denotan complejas interdependencias inabarcables proyectivamente⁶⁸. Así, al mismo tiempo que hay una tendencia al control, son remarcables –sin poderlos ignorar– los comportamientos azarosos e imprevistos que necesitan de aprendizajes en el camino. Es decir, una llamada de atención sobre la trivialización social aplicada a los sujetos sociales en la vida social y en los sistemas formales⁶⁹. En cualquier caso, un pensamiento concebido de esta forma postularía al mismo sistema organizado planificador, como una formación social que no posee otra causa y efecto que ella misma, restringiendo así sus posibilidades de cambio y acción social⁷⁰. Es en ese punto de partida en el que pensamos debe situarse la planificación de las políticas sociales y la planificación que participa en la ASP. Existe una racionalidad de la acción experta que no puede estar limitada a una acción racional con arreglo a fines, instrumental o teleológica. De esta forma, aunque pueda ser asumida una definición de racionalidad social clásica, –entendida como la adecuación de los medios disponibles a los fines percibidos–, los acentos y significados que la conceptúan tienen que ser trasladados hasta la matización y regulación de los objetivos

⁶⁶ R. STRASSOLDO. “Planificación”, en: *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. p. 1286 y 1287.

⁶⁷ R. STRASSOLDO. *Íbidem*. Ver, asimismo, N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar...* p. 86.

⁶⁸ F-X. KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* pp. 217 y 223.

⁶⁹ H. V. FOERSTER. *Las semillas de la cibernética...* p. 198.

⁷⁰ J. M. DELGADO. Una teoría de la autoorganización social, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. p. 598.

finales, en segundo lugar hasta el aprendizaje en el mismo proceso de la implementación, y por último, hasta la emergencia de nuevas acciones y comunicaciones por parte de los actores en el decurso, que pueden cambiar el sentido inicial de la misma planificación.

Es preciso recordar que la práctica de la ASP implica relaciones entre acciones objetivas, pero también de éstas con la acción social. Es decir, relaciones con sujetos sociales situados en una dinámica diferente que responde a una racionalidad práctica realizativa. No se trata tanto de descartar la planificación o las actividades proyectivas como que estén mucho más adaptadas al mundo de la vida de las personas, al mismo tiempo que deben volverse más audaces y ambiciosas en sus pretensiones, facilitar la capacitación social y el acceso a los derechos sociales. Así, una planificación más realista debe incidir en el núcleo fundamental de la estaticidad-dinamicidad de los valores en proceso, y no tanto en el eje relacional medios-fines⁷¹. En este contexto de adecuación de las acciones y sus planes, se experimenta un desplazamiento en las denominaciones: *el plan*, que constituye la dimensión política e indica los objetivos principales y los valores sociales que hay que realizar, se va haciendo más específico transformándose en *programación o proyección*, al ser las dimensiones en las que se explicitan la cuantificación de los recursos, junto a los medios y costes como partes indispensables en toda actividad técnica de este tipo⁷². Globalmente, el giro trata de plasmar la necesidad de una planificación más limitada, pero también más flexible según las realidades sociales específicas del proceso: la ASP en relación a la planificación, junto al mundo social al que se dirigen los objetivos intermedios y finales. En definitiva, una planificación que en consonancia con las orientaciones de las políticas sociales en el nuevo Estado social sea más de corte indicativo que directivo⁷³.

Al mismo tiempo también debe ser reconocible un nivel político en la planificación social pues no hay que olvidar que se trata de un espacio técnico que deviene de las políticas sociales. Tal nivel político implica a todos los sujetos sociales de la acción –decisión, planificación y ASP– que se encuentran continuamente ante la necesidad de valorar opciones “político-técnicas” en el decurso. Es notorio que, por un lado, al nivel del plan, las opciones entre valores y fines son de tal amplitud y calado que no pueden dejarse en manos de los técnicos, administradores o planificadores, y en ese sentido es una fase en la que el –nivel– político debe intervenir de forma ineludible. Consiste en una intervención valorativa preferente, orientada a facilitar los argumentos y deliberaciones públicas democráticas, sin sustraerse a un engañoso pluralismo de intereses que ignora y deja en inferioridad a aquellos con menos posibilidades de hacerse oír⁷⁴. De otro lado, en el nivel tecno-político de la ASP, los dispositivos de planificación son desiguales y pueden presentarse segregados –los menos–

⁷¹ J. FRIEDMANN. “Planning theory revisited”, en: *European Planning Studies*, Vol. núm. 6. Abingdon: Routledge. 1998. p. 253.

⁷² Ver, por ejemplo, D. SOTELSEK SALEM. “Planificación y evaluación de proyectos sociales” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. pp. 147-193.

⁷³ R. STRASSOLDO. *Planificación...* pp. 1293 y 1294.

⁷⁴ G. MAJONE. *Analyzing the public sector: short comings of policy science and political analysis...* p. 40.

o integrados con las tareas directivas y/o las de toma de decisiones. Pero también en el segmento de la práctica, tales sistemas de proyección social cada vez están más incorporados en las tareas habituales de los agentes que desarrollan y aplican los programas hasta “el final” de la acción. Esto, sin duda, es un avance pues enmarca el interés por desarrollar unas políticas sociales, una ASP, y una planificación, más adaptadas a las necesidades de los ciudadanos. Sin embargo, cabe preguntarse si existe sincronía entre las programaciones o proyecciones concretas y las medianas y altas planificaciones, presentes a distintos niveles de la acción técnica de intervención. El diagnóstico es que los recorridos entre los niveles técnicos más altos y los más bajos parecen estar desacompañados, aunque funcione la eficacia simbólica que aporta la actividad planificadora en el estatus de servicios y profesionales. Esto está relacionado con la pervivencia y dominio del modelo racional de planificación que entronca con un realismo positivista por el que se tiende a acumular el conocimiento en las élites de decisión y planificación –frente al resto de agentes sociales–, normando los desarrollos activos según las contribuciones esperadas de los agentes. Es verdad que los acontecimientos inesperados son contemplados *a priori*, articulándose soluciones y respuestas que siempre van en la línea de los planteamientos iniciales: lo imprevisto se afronta y supera mediante ulteriores indicaciones racionales normativas elitistas consecuencia de los análisis consecuentes⁷⁵. Es la idea de que después de una perturbación se tiende a restaurar el equilibrio perdido⁷⁶. Pero, ante ello, las restantes actividades planificadoras del decurso incorporadas al conjunto de la acción, resultan devaluadas, produciéndose una pérdida de sentido que incide en los proyectos y programas de escalas inferiores y, por tanto, en el conjunto de la ASP. Aún sabiendo que toda planificación es una actividad objetivante predictiva que de hecho también prefigura conductas, el modelo normativo imperante de planificación se escora mayormente hacia el plano de la producción, olvidando los aprendizajes en el proceso y quedándose anclado en la irreversibilidad del sujeto y del objeto inicial⁷⁷. Desde la perspectiva de la ASP, esto tiene consecuencias tanto en el plano del i) sujeto de la planificación-acción, como del ii) objeto, es decir, de los destinatarios de las políticas sociales.

En el plano del sujeto, i) porque la materialidad y valor social de las actividades desarrolladas están presentes hasta los niveles finales de la acción –adecuándose desde los impulsos precedentes–, y el esquema técnico presente en el decurso reproduce tal esquema normativo de planificación hasta en los aspectos más concretos, ya muy cercanos a la interacción con la acción social en sí. Es una actividad reproducida que se sustrae a los agentes reales de la intervención, que de esta forma ignoran la realidad inmediata en la que se deben desenvolver. Al mismo tiempo, la planificación así realizada se deslinda de los aspectos cognitivos, desarrollándose sólo como una técnica en un sentido fuerte: como regla o sistema

⁷⁵ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 57.

⁷⁶ T. PARSONS y R. F. BALES. *Las dimensiones del espacio-acción...* p. 95.

⁷⁷ E. LAMO DE ESPINOSA. *La sociedad reflexiva...* p. 167.

de reglas que permite la reproducción fiable de una acción planificada que la haga previsible y calculable⁷⁸. Se aseguran las certezas del sistema observador, pero la configuración final es una cadena iterativa de programaciones que, sin embargo, permanecen aisladas. La búsqueda de coherencia y unidad en la acción planificadora, sacrifica las ineludibles aportaciones de los agentes situados de esta forma en una encrucijada: forman parte de la cadena racional de la acción sujeta a unas normas de control y coordinación, y al mismo tiempo tienen que vérselas con el principio de realidad que, por ejemplo, sugieren tanto los cambios acontecidos en el mismo dispositivo de acción institucional o pública, como en el mundo de la vida de los iniciales destinatarios de los programas: es decir, en sus interacciones y socialización.

En el plano del objeto, ii) la primera y más evidente consecuencia es una pérdida de atención de las situaciones y problemas de los receptores de las acciones que, paradójicamente, eran el motivo inicial de las políticas sociales y de las planificaciones. Tal racionalidad normativa, al concentrarse en los recursos, en los cálculos de fines y en la coherencia técnica, llega a perder de vista el sentido global de esta parte de la acción que es la proyección. Asimismo, la eficacia social que debería estar incorporada a los objetivos políticos principales de la planificación social, queda diluida en la eficiencia técnica de las estrategias relacionadas con una planificación genérica, muy cargada a lo técnico y lo administrativo y sin acentos sociales. Por tal causa, el objeto tiene que ser pensado como algo inmanente que permanece inalterado, sin poder incorporar la reflexividad en la acción y la situación. La necesaria objetivación inicial que implica toda observación o acción especializada en el entendimiento, se convierte en una necesidad perenne y el objeto nunca pasa a ser sujeto en ningún momento del proceso. De esta forma, la planificación se convierte en un recurso tecnocrático que sustrae la responsabilidad de los actuados, ignorando los posibles recursos emergentes de la sociedad civil⁷⁹.

Bien es cierto que cuando un estado de cosas no es satisfactorio para los agentes, surge un malestar que provoca la desafección, o se va materializando en modelos alternativos desigualmente emergentes. La planificación social en el contexto de los Estados sociales europeos, y en concreto en España, tampoco ha sido ajena ello. Sea presentándose segregada de la misma intervención, o sea estando incorporada al conjunto de la AP y de las políticas sociales, o filtrada según los ámbitos, tradiciones de trabajo y profesiones, la planificación ha evolucionado hacia nuevos enfoques con la pretensión de corregir las carencias del modelo normativo. Nosotros aquí, *de facto*, nos ceñimos al principio de realidad fijándonos en las concepciones y prácticas imperantes y en el modelo de acción del que la misma planificación es causa y efecto. Las deficiencias del modelo normativo de planificación han llevado, y llevan, a la asunción de otros que no sólo son diferentes, sino que además funcionan como sus opuestos. Tales reacciones y planteamientos alternativos provocan que convivan, como acción y reacción, la tradición predominante y sus alternativas, formando parte a veces de las mismas

⁷⁸ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 229.

⁷⁹ J. GARCIA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 118.

cadenas globales del decurso activo. Aunque en los últimos años han surgido y se han asentado varios discursos identificados sobre planificación, son los que proclaman la autonomía de los agentes, su espontaneidad y aprendizaje sobre el terreno, los que se han ido presentando como alternativa, siendo posible reconocerlos también en los procesos de intervención en España. A riesgo de simplificación aquí los vamos a ver de forma muy breve. No obstante, para situarnos desde la perspectiva de la planificación en pleno sentido, conviene decir antes algunas cosas añadidas sobre el *modelo normativo*.

1) Esta tradición de reforma social da como consecuencia una racionalidad aplicada, articulada con un elitismo estructurado desde una actividad planificadora centralizada y continua, y con una máxima valoración del precepto del consenso en sus acciones, también a conseguir desde una acción centralizada. Constituye la tradición planificadora de reforma social de los Estados sociales europeos desde los años cuarenta del pasado siglo, que ha formado parte de sus políticas sociales y de su intervención, manifestándose con una diversidad en sus prácticas: desde la actividad de orientación más burocrática, pasando por los enfoques educativos reformistas de “planificación democrática para la libertad”, o la modificación de las estructuras de la personalidad inspirados en Mannheim, hasta la concepción de Etzioni, con parecidos principios pero con una actividad política mucho más abierta y societaria⁸⁰.

2) Frente a estos presupuestos, una de las reacciones más cualificadas a este realismo positivista, ha sido la planificación como “*análisis de políticas*”. Desde el punto de vista sociológico es un positivismo constructivista que realiza programas de corte incrementativo, según las señales y elaboraciones que vayan aportando los actores participantes en el juego: agentes técnicos y destinatarios de la planificación. Por diferencia con el modelo normativo, aquí sí tiene lugar una reflexividad en la acción, sólo que transformada en decisión bajo el supuesto de que comporta una lógica diferenciada de aquella, que merece ser tratada por analizadores competentes que utilizan la razón técnica para explorar los cursos posibles de la actividad. Al oponerse a la lógica del seguimiento de los objetivos finales, ésta tradición enfatiza la construcción progresiva de la planificación según las relaciones comunicativas en el proceso, pues lo social se circunscribe a lo comunicado o comunicable. Es decir, impera una primacía del acontecimiento trascendente sobre la teoría, a partir de la práctica comunicativa y de los modelos interactivos⁸¹.

3) Hay una tercera tradición de planificación, la del *aprendizaje social*, que también se ha ido articulando reactivamente frente al modelo normativo. Por diferencia con el análisis de políticas, en el que existe una actividad de razón técnica decisoria dirigida por expertos, este

⁸⁰ Ver K. MANNHEIM. *Diagnostico de nuestro tiempo...* pp. 41 y 45. Ver también, J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 156. Ver de igual forma, A. ETZIONI. *La sociedad activa. Una teoría de los procesos sociales y políticos*. Madrid: Aguilar. 1980. pp. 550 a 557.

⁸¹ Ver, M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* pp. 57 y 71. Ver también, J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 194. Esta tradición de planificación es de inspiración Luhmaniana.

modelo comienza y acaba en la misma acción, es decir, en actividad útil. Si bien se reconoce un primer tipo de teoría sobre la realidad a intervenir, sólo se contempla como un aprendizaje previo que da paso a los siempre novedosos aprendizajes efectuados en cada curso de acción. De esta forma, aunque exista un aprendizaje acumulativo, cada ciclo de actividad –orientado a una tarea y nucleado en torno al grupo de acción–, conduce a un nuevo comienzo en el que se dan formas de aprendizaje tácito e informal. Para aprovechar estas prácticas, el aprendizaje social aporta un segundo tipo de teoría, que se traduce en conjuntos de expectativas sobre el comportamiento apropiado en la acción. Estimamos esta aportación relevante, en la medida que abre el camino para la reflexión en la acción, en confluencia con los objetivos del análisis de la ASP que aquí nos trazamos desde el principio del trabajo. En cualquier caso, pensamos que es preciso que tal estudio y exploración vaya más allá de las “expectativas resultantes sobre un comportamiento adecuado” de la intervención, y se despliegue allende los propios dispositivos de observación y acción, rebasándolos. Es decir, concentrándose para combinarlos en la búsqueda de la acción necesaria, y en las señales emitidas en las narraciones sobre el mundo de la vida de los receptores de tales acciones y políticas que permitan la formación de conceptos. Al mismo tiempo, es preciso reconocer que la abstracción del grupo de acción –punto esencial operativo en esta tradición–, configura una suerte de epistemología pragmática que da como resultado un aislamiento y escape del poder real existente en nuestra sociedad, tanto en las estructuras sistémicas como sociales⁸². Con ello, se desliza hasta uno de los problemas más recurrentes no sólo en esta tradición del aprendizaje social, sino también en la generalidad de los modelos de planificación, en la medida que no han sabido incorporar como coacción, constricción o, al contrario, como posibilidad y capacidad, las relaciones de poder en sus discursos⁸³.

Finalmente, 4) desde la sociología de la planificación es necesario nombrar un último modelo horneado desde un *paradigma convencionalista*, adaptado a las exigencias y *preceptos del mercado* que, en los últimos años –con los vaivenes del Estado social–, ha vuelto a reflotarse si bien bajo formas actualizadas. Con el sustento científico del individualismo metodológico, para este modelo el mejor desempeño es aquél que facilita el despliegue del mercado y sólo actúa una vez que se han detectado problemas de funcionamiento. Se hace, entonces, necesaria la intervención pero no tanto para corregirlo o corregir sus consecuencias, sino para reintroducir nuevas reglas que posibiliten más información e iniciativa a los individuos que en él concurren y compiten⁸⁴. Desde esa perspectiva, la planificación es equivalente a privatización como marco donde puede haber una competencia sin las barreras que impone cualquier suerte de proyección realizada *ex ante*. Por tanto, ciñéndonos estrictamente a un punto de vista técnico-político, la actividad

⁸² J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 206 y ss. y 239.

⁸³ J. FRIEDMANN. *Planning theory revisited...* p. 251 y ss.

⁸⁴ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTON BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* pp. 63 y 71. Ver también, F. A. HAYEK. *Camino de servidumbre...* p. 64.

planificadora en este paradigma convencionalista presenta el problema de estar sometida al arbitrio, intenciones y preferencias individuales de los actores participantes. Se enaltecen hasta tal punto las propensiones y aportaciones individuales, que resulta una tarea imposible abordar las situaciones y problemas que involucran a los sujetos sociales desde la necesaria perspectiva de las dimensiones de agentes, actores y personas.

Hasta ahora, nuestra pretensión ha sido traer lo que tiene de relevante la planificación para la ASP. Para una clase de acción como ésta, que tiene hartó cristalizada la imagen de una actividad final dimanante de una gran secuencia pensada y planeada en espacios técnicos especializados anteriores a ella, resulta dificultoso categorizar qué planificación es útil según la ASP que estamos pensando y desarrollando. Si nos sustraemos a los criterios racionalistas imperantes, tan significativos desde la perspectiva de la reforma social democrática, las sucesivas y/o aisladas planificaciones se concentran en lo técnico, materializadas como elaboraciones replicadas que sustentan una cierta solvencia porque se han conducido mediante una actividad científica inscrita en el terreno de la eficiencia, con el valor social simbólico de la planificación. Las contribuciones esperadas de cada actor en una cadena de acciones para obtener resultados deseados, es una formulación acorde con una acción racional con destino a fines, que se acompaña con esa tradición de planificación, tamizando el mundo de la vida de los destinatarios desde esa racionalidad teleológica o instrumental. Es preciso no olvidar al respecto, que tal planificación regula y legitima suposiciones, por lo que también crea sus propias condiciones de sustentación⁸⁵. Sin embargo, si se considera que las actuaciones vayan más allá de una mera intervención o elemento parcial en el decurso, delimitándose más del lado de la acción, entonces no sólo habrá que indagar en una acción dirigida a fines sino también en una acción planificada que sea más flexible, e incida en el proceso desarrollado entre las intenciones y la conclusión efectiva, pero no tanto en los resultados finales. El carácter de acción intelectual provisionalmente objetivada que tiene la ASP, y con ella su correspondiente planificación —especializada o no—, orientada y dirigida a la acción social en sí —con sus prácticas y saberes implícitos—, no puede obviar los aportes de sentido que la caracterizan y tratarla como si fueran meros comportamientos que se codifican mediante datos observacionales. Para un agente técnico de la ASP el principio de realidad nunca se muestra tan evidente como cuando en el proceso de la acción es imposible responder a sus exigencias, a causa de un proceso construido desde atrás, con la certeza de estar haciendo algo en lo que se ha tenido poco o nada que decir. Justo es reconocer que ante ello las reacciones pueden ser de muy distinto signo, pero sólo con una concepción que contemple a la acción técnica como un proceso en construcción, en el que se van generando estructuras de sentido según las interacciones y situaciones encontradas, se puede tener garantía —nunca perfecta— de

⁸⁵ D. R. MANSILLA. “Introducción” en: N. LUHMANN. *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos. 1997. p. xxv.

conseguir nuevos objetivos no finalistas o estratégicos⁸⁶. Empero, el situar la ASP en la acción, con las consecuencias que ello conlleva, no significa que el ejercicio de la planificación ya no sea posible, o que la coordinación deba estar abocada al mandato de una flexibilidad siempre ingobernable de las situaciones, u obligada a modelarse según las manías o comportamientos fugaces de los agentes –sujetos o destinatarios– de esas acciones planificadas. El interés, entonces, está en esbozar una planificación que, contemplando tales matizaciones, se haga más realista sin renunciar a proyectar y a acompañar a esta clase de acción intelectual que constituye la ASP.

a) Esbozo de una planificación social situada en la acción

Desde esta perspectiva, parece conveniente que tal empeño debe estar orientado por preceptos basados tanto 1) en la acción comunicativa, como 2) en la planificación relacional, como, en fin, 3) en la planificación participativa o de movilización social⁸⁷. Aunque no podemos desarrollar en demasía estos preceptos, pues no constituye nuestro objetivo principal y algunas de sus aportaciones están aplicadas a todo lo largo de este trabajo, vamos a ver sus componentes imprescindibles, destinados a una ASP acorde con los desarrollos precedentes que hasta aquí hemos realizado. En ese sentido, se podrá ver que hay una continuidad entre acción y planificación, y viceversa, y que al estar hablando de una acción que es expresamente proyectada, la mayoría de los diseños que atañen a la planificación son susceptibles de ser asumidos e incorporados a las formas de intervención que aquí preconizamos.

1) De principio, parece conveniente que si se aboga por una racionalidad no teleológica, o no apoyada en la supuesta claridad de las intenciones iniciales y los objetivos finales, la planificación debe incorporar éstas negaciones, y tratar de construirse de inmediato desde aspectos que se ciñen más al proceso que se va constituyendo por los sujetos de la acción y las situaciones que les influyen. En esa línea, podemos trasladar e integrar al mundo objetivo aseveraciones de *acción comunicativa* que, en principio, aunque están dirigidas a la comprensión del mundo social y subjetivo, son importantes traducidas a la planificación que pretendemos para la ASP. En la acción comunicativa se presupone el lenguaje como un medio dentro del cual tienen lugar procesos de entendimiento donde los participantes, al relacionarse con el mundo concernido que sea el caso, se presentan unos frente a otros con pretensiones de

⁸⁶ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra. 1997. p. 24 y ss.

⁸⁷ Para la acción comunicativa ver, J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 136 y ss. y pp. 351a 432; *Teoría de la acción comunicativa II* pp. 527 a 561 y *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos...* p. 24 y ss. Para aspectos de la planificación relacional ver, P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* y M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* p. 69 y ss. Y para aspectos de planificación participativa ver, J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 249 y ss.

validez que pueden ser reconocidas o cuestionadas⁸⁸. El propósito es llegar a un acuerdo que sirva de base a una coordinación concertada de los planes de acción individuales, y en ese sentido las pretensiones de poder van a ser reguladas y limitadas por las pretensiones de validez, lo cual, además, es la precondition para dominar innovadoramente situaciones no previstas en el decurso de la acción antes planificada⁸⁹. A partir de estos presupuestos, también se puede producir un nexo que restaure una mayor continuidad en el Estado social, en las actuales políticas sociales y entre la acción individual y la colectiva⁹⁰. Sin embargo, si la planificación normativa cae en la idealización de las presunciones sobre los objetivos y operaciones, tampoco podemos dar por hecho que las condiciones buenas para la acción comunicativa encastrada en la planificación –aún teniéndola presente y abogando por ella– siempre van a existir, de forma que los agentes puedan decir y hacer según las pretensiones de validez perseguidas en esta acción. Aún teniendo en cuenta que éstas vienen corroboradas por sanciones, es reconocible que en muchas situaciones en la ASP –críticas y menos críticas–, las pretensiones de poder dimanadas de las posiciones y roles de las instituciones y organizaciones del Estado social, se afirman frente a las pretensiones de validez, con lo que la interacción y el acuerdo comunicativamente alcanzado, como mecanismo de coordinación –que se presupone en la acción comunicativa–, no puede tener lugar. En efecto, en un movimiento opuesto al de la racionalización creciente de estos dos últimos siglos, que ha colonizado numerosos espacios sociales con ideas sistémicas y de racionalidad con arreglo a fines, es necesario alentar una estructuración posicional en las instituciones y organizaciones que permita la comunicación y el acuerdo intersubjetivamente alcanzado. Lo que ocurre es que el principio de posibilidad, incluso ya afirmado y comprobado en experiencias parciales normadas por la validez, no puede suplantar por entero al principio de realidad. Por ello, si se quiere llegar en la planificación de la ASP al “decir haciendo” de la acción comunicativa, la mejor manera es reconocer que no siempre se dan las condiciones adecuadas y que, desde una perspectiva sociológica, hay que crearlas tomando las medidas necesarias para que puedan tener lugar. Esto es así, porque las pretensiones de poder –localizadas en diferentes escalas jerárquicas– se imponen a las normas sociales de validez específicas de los procesos de interacción, entendimiento, reconocimiento recíproco y consenso valorativo⁹¹. En realidad, podemos decir que una de las principales fuentes de distorsión en los procesos de planificación y desarrollo de las acciones en las organizaciones de la ASP, se da cuando se pasa sin solución de continuidad desde espacios y momentos de acción comunicativa, donde existen procesos intersubjetivos de acuerdo y decisión, hasta los de imposición y control que producen una ruptura de los marcos anteriores o eventualmente reconocidos que afectan a los agentes. Con lo que, poco a poco, o de súbito, se producirá una aminoración del crédito

⁸⁸ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* p. 143.

⁸⁹ *Ídem*: pp. 389 y 387.

⁹⁰ P. ROSANVALLON. *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial. 1995. p. 214.

⁹¹ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos...* p. 26.

institucional u organizativo. Según la acción comunicativa es una violación de normas generada por un comportamiento “incompetente” que, además, conlleva un fracaso en la realidad donde la planificación y la acción quieren incidir.

Reconocemos, por tanto, que la forma de coordinación identificable mediante la acción comunicativa existe en la realidad social, pero no en la totalidad del presente institucional de las formas de planificación, acción y decisión. Sea o no respaldado institucionalmente, algunos agentes van a tener comportamientos inscritos en las pretensiones de poder, tanto desde la perspectiva de sus comportamientos como desde los que son esperados o atribuidos a los otros. A partir de ahí, éstos ya no serán vistos como *alter ego*, como pares competentes, sino como opuestos cuyas decisiones se pueden tratar de influir mediante la disuasión o la recompensa⁹². Tal situación, corte y cambio en el decurso de la acción es fácilmente reconocible y perceptible en la ASP, así como las dificultades de reconstitución de las pretensiones de validez en las que se asienta la acción comunicativa.

Ateniéndonos pues a la dualidad a la que nos llevan los principios de realidad y de posibilidad, al mismo tiempo que nos proponemos extender y facilitar la “metodología de la acción comunicativa” en la planificación y la coordinación de la acción, debemos también incorporar en la ASP la dimensión del poder tanto desde la perspectiva de los que más lo poseen –y pueden romper con él las reglas del juego de la validez–, como desde los que menos lo tienen y, eventualmente, pueden aliarse para contestarlo y contestar su lógica de acción instrumental, desde un poder que esté más acorde con el entendimiento o coordinación intersubjetiva, propio de la acción comunicativa. Por el contrario, si en la planificación y coordinación de la acción damos por supuestas y realizadas las condiciones para el proceso del consenso, o el acuerdo comunicativamente alcanzado, la violación de las reglas acreditadas nos sorprenderá y, también, la misma razón práctica que constituye la maximización de ganancias y la minimización de pérdidas, propia de la pretensión basada únicamente en el poder. Precisamente, este ha sido un tema generalmente olvidado en la generalidad de los modelos de planificación, tanto por el “exceso” de poder como por su “defecto” o carencia⁹³. Nuestra opinión es que la consecución de las pretensiones de validez sólo se puede conseguir si se dispone del poder de forma proporcional al papel tenido tanto en la ASP como en su planificación. Pero como el proceso no es –nunca– algo acabado o definitivo, es adecuado pensar que no existe en la coordinación una conformidad inmanente de los agentes. Por lo que es necesario alguna suerte de control, a modo de función de información y comprensión, que promueva una conformidad inteligente en el sistema de acciones interrelacionadas y encadenadas. Es decir, el conocimiento y el poder, a modo de control recíproco, en el sentido de Foucault, operando continuamente para que se produzca consistencia en el proceso en pos de los objetivos intermedios y finales de la acción. Así, los actores pueden ver las expectativas de utilidad de sus acciones en un contexto amplio –como

⁹² *Ídem*: p. 28.

⁹³ J. FRIEDMANN. *Planning theory revisited...* p. 250 y sis.

por otro lado corresponde a la acción—, por diferencia con los meros comportamientos registrados cuyo ámbito es más limitado. La distinción sociológica y el paso desde una estricta coordinación institucional que actúa como una configuración de reglas, propia de los modelos racionalistas teleológicos, hasta una coordinación operativa que, sin olvidar la cuestión del poder, esté basada en la interacción y facilite —por eso mismo— normas de interacción intersubjetiva, se muestra como pertinente para la planificación de la ASP que queremos⁹⁴: es decir, que proyecte pero que a la par sea consistente con los intereses generales e individuales de los agentes y, como tal, prevea su retroalimentación cuando entre en contacto con el mundo de la vida, con la acción social a la que va destinada.

2) Además de aspectos de acción comunicativa, algunos preceptos de *planificación relacional* que devienen de la visión del propio Estado social como Estado social relacional, se muestra aconsejable y útil el incluirlos de forma explícita en todo el proceso en la planificación de la ASP, pues su conformación final siempre va a ser inseparable del tipo de sociedad a la que queremos llegar con ella⁹⁵. No es tanto que haya una correspondencia directa entre acción y sociedad, sino que más bien el asunto consiste en un trabajo procesual sin pretensiones finalistas hacia mejores formas de ASP, de Estado social, y de sociedad. El pensamiento y aplicaciones relacionales, además de suponer un código imprescindible en toda elaboración social, y, por lo tanto, en la misma sociología, en la actual coyuntura del Estado social es importante para avanzar en las formas de la planificación y de la AP. Y lo es para corregir los excesos del universalismo enclasante en categorías administrativas, pero también como visión y metodología de trabajo general de acción en redes, recordándonos que las instituciones sociales tienen dinámicas propias que no pueden ser afrontadas *ni desde la reiteración*, *ni desde la pura autoconstrucción fenoménica*. Esto plantea consecuencias reflexivas y, en ese sentido, las políticas sociales, la planificación y la misma ASP deberían aplicarse a sí mismas sus propios efectos, de forma que pensamientos, proyecciones y acciones vayan más allá de una racionalidad finalista, con lógicas distantes y poco preparadas para las dinámicas transversales de trabajo⁹⁶. Si vamos más allá de la planificación segregada de la acción y hablamos de la ASP, en la que todos los agentes pueden ser planificadores, activadores y —auto— evaluadores, nos encontramos con que el conjunto de sus prácticas adoptan la forma de una conversación reflexiva con la situación. No es tanto el resultado de un conocimiento enrocado o fusionado con la acción en los momentos álgidos del proceso, como la aplicación de una pericia construida y conceptualizada previamente, que ahora —con una actitud investigadora en la acción experta— aprovecha la misma práctica como una fuente de renovación, que después será utilizada para volver a cimentar una pericia renovada, en pos de su adaptación a las exigencias de la realidad⁹⁷. Y esa reflexividad en la acción que implica

⁹⁴ F-X . KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 215.

⁹⁵ J. GARCÍA ROCA. *Público y privado en la acción social...* p. 159.

⁹⁶ P. DONATI. *Nuevas políticas sociales y Estado social relacional...* p. 16.

⁹⁷ D. A. SCHÖN. *El profesional reflexivo...* p. 260 y ss.

lo relacional, debe también tener consecuencias respecto a los destinatarios de las proyecciones y acciones. Una planificación que se precie de ser relacional es menester que contemple las colaboraciones y combinaciones emergentes entre actores y sectores sociales autónomos, y, por lo tanto, las relaciones entre las políticas sociales y la ASP con ese mundo societario. Pero además debe regularse según los cambios, necesidades y posibilidades que se dan en el contexto social y mundo vital de los eventuales destinatarios. Sólo desde esa planificación coordinada y acción relacional reflexiva, puede construirse algo que sea lo suficientemente complejo como para tener en cuenta la autonomía de los intervenidos, la utilización de una información selectiva según se estime necesario, y el mantenimiento y acrecentamiento de la importancia del sujeto, tanto desde el punto de vista de su personalidad y conciencia como desde la autonomía y sentido de sus acciones⁹⁸. También, la visión relacional de los destinatarios de las acciones y planificaciones, implica el contemplar sus cambios en las actitudes mantenidas con los agentes receptores de la acción, a la luz de su conformación como agentes autónomos no triviales, y de los crecientes derechos de ciudadanía reconocidos y adquiridos, que se manifiestan en las relaciones concretas con las instituciones. Esto nos lleva a la idea de que en las planificaciones de las políticas sociales y en la ASP, conviene tener presentes –como condición y/o posibilidad a facilitar– tales actitudes generales relacionales de los destinatarios: a) al interrogar a la autoridad de los técnicos, la ciudadanía receptora de las políticas busca una disposición más reflexiva en los agentes de la ASP, de forma que los observadores son ahora reconocidos como parte del sistema que observan; b) como consecuencia de ello, en el contexto de los objetivos originales, se pretende que los técnicos hablen y compartan información del asunto que sea el caso, revelando, si existieran, las incertidumbres que se plantean y teniendo en cuenta más de un solo punto de vista; c) desde esa perspectiva, cobra sentido la atención a los conocimientos, opiniones, y elecciones de los destinatarios que, en coherencia con esta visión relacional, incorporan su visión a la planificación y a la ASP; d) finalmente, el resultado es que, sin perder y confundir las responsabilidades y derechos iniciales de ambas partes, se va concretando un cambio respecto a los contenidos posicionales originales⁹⁹. La conversación con la situación, realizada por los agentes de la planificación y la acción especializada en la interpretación y el entendimiento, es también una conversación con los destinatarios de las acciones y planificaciones. En ese sentido, podemos recordar que una conversación, superando el juego de estímulo respuesta, es una situación simétrica de intercambio comunicativo donde no existen más limitaciones que las que devienen del propio contexto convencional y lingüístico en la que se desarrolla¹⁰⁰.

⁹⁸ M. HERRERA GÓMEZ; P. CASTÓN BOYER. *Las políticas sociales en las sociedades complejas...* pp. 65, 69 y 82 y ss., respectivamente.

⁹⁹ D. A. SCHÖN. *El profesional reflexivo...* p. 264.

¹⁰⁰ J. IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto...* p. 58 y ss. Otra cosa es que en la investigación mediante grupos de discusión se pueda acceder, además, al contexto existencial de los hablantes participantes a través de los discursos producidos. Ver J. IBÁÑEZ. *Del algoritmo al sujeto...* pp. 228 y 229.

3) Estos breves preceptos de planificación relacional parecen llevarnos directamente a la necesidad en la ASP de una *planificación participativa* o de *movilización social*. Y como se podrá entender, el presupuesto de la organización de esta acción, implica tanto a la participación de los agentes observadores como a los eventuales destinatarios. En primer lugar, a) en la participación de la acción observadora, el movimiento planificador racionalizador con destino a fines, debe transformarse en una racionalización que, fijándose más en el proceso, intente combinar la coordinación institucional basada en reglas, con una coordinación por interacción conformada desde la complicidad comunicativa y actuante de los agentes. Cuando se construye la planificación de esta forma, se esta presuponiendo la participación de los agentes en la coordinación. La proyección social colectiva es posible y necesaria, sólo que en ella se insiste más en los elementos de desarrollo que en los hipotéticos objetivos finales típicos de la planificación, sustentada en una lógica de racionalización con destino a fines, o estratégica. De esta forma, los agentes de la AP al mismo tiempo que se adaptan a la lógica global de las intenciones y objetivos iniciales de la planificación en la que han participado, y que ellos mismos han compartido, van viendo las expectativas de utilidad de sus acciones en el contexto amplio del plan, sea este de la dimensión que fuere. La configuración institucional de reglas asegura el control, pues es idealista pensar en la conformidad inmanente de los agentes técnicos y profesionales de la ASP. Al mismo tiempo, los elementos de poder y control son insuficientes, si no se combinan con una coordinación operativa por interacción en la que sea posible participar, y en cuyo transcurso se matizarán esas pretensiones de control según las necesidades surgidas de coordinación de la acción. De esta forma, *la participación en la planificación* de la ASP incide en la *guía y encauzamiento* del plan, entendidas como las funciones de organización típica realizadas por actores que conectan entre sí en un sistema complejo; incidirá también en su *control*, entendido a partir de la combinación de conocimiento y poder de forma que los agentes interaccionen y se atengan a una conformidad inteligente; influye en su *retroalimentación*, pues al priorizarse los aspectos procesuales, la participación de los agentes es indispensable al ser limitadas las metas y los caminos que pueden ser considerados de inicio, sabiendo que se van a dar contingencias imprevistas; y, finalmente, *la participación en la planificación* incide para que las mismas soluciones eventuales de los agentes sean las que se apliquen, ante las previsibles dificultades de interacción que suelen surgir en desarrollo planificador y de la acción en la que está comprendida¹⁰¹. Encauzamiento, control y retroalimentación, pues, volcados hacia el plano del proceso y a los medios utilizados en esos objetivos intermedios, son experiencias que deben ir sedimentando en la conciencia de los agentes, y paulatinamente ser institucionalizadas formando parte del acervo de la ASP como algo reconocible y memorable.

¹⁰¹ F-X . KAUFMANN. *The relationship between guidance, control, and evaluation...* p. 227.

En última instancia, con posibilidades de constituir un modelo normativo de planificación radical¹⁰².

La participación de los agentes de la ASP, muestra el intento para ampliar y consolidar nuevas planificaciones y proyecciones sociales ubicadas en el mundo objetivo de la acción, que ya no van a depender tanto de instancias centralizadas y sí más de las contribuciones y aportaciones de los agentes técnicos, en un contexto general de sentido conformado por ellos mismos. Pero esta concurrencia administrativa, profesional y técnica –pues no olvidemos que se refiere al conjunto de la acción social pública– no tendría sentido sin la misma participación de los sujetos sociales que son receptores de las mencionadas planificaciones. Contemplar, pues, la participación en los dispositivos de la ASP tiene sentido en la medida que las planificaciones *la extiendan y profundicen* hasta los sujetos sociales receptores directos o atañidos por ellas. Una complicidad sin la otra no tendría razón de ser. La insistencia en el proceso frente al horizonte de los objetivos finales de la acción, es coherente no sólo con la proyección profesional o técnica, sino también con la que deviene de los propios interesados y las entidades asociativas que sea el caso, en un desarrollo y concreción del principio de ciudadanía social: es decir, grupos y personas participando en la resolución de sus propios riesgos. Por lo tanto, a nivel general la implicación del Estado, de la sociedad civil y de las asociaciones intermedias. Más allá de las demandas explícitas, y de la clarificación y orientación de las pretensiones implícitas sobre la necesidad de participación en la proyección y desempeño de las políticas sociales, el reto de la ASP y de la planificación por la que abogamos, es contemplar las formas y encontrar los cauces para tal participación ciudadana ceñida a lo social. En la medida que la ASP es una acción observadora alejada de la necesidad social de la acción social en sí, se reconoce lo indispensable de la participación ciudadana para hacer oír los intereses diversos de aquellos que menos posibilidades tienen en ese sentido, y que permanecen al margen de los modelos de intervención al uso¹⁰³. Son dos lógicas, racional intelectual y del mundo de la vida, que intersectan para la acción transformadora, pero que siendo de naturaleza diferente deben mantener un debate a través de los agentes y ciudadanos atañidos y comprometidos¹⁰⁴. Visto así, la planificación con su acento participativo no es sólo un asunto de técnica sino también de experimentación y aprendizaje contra las tendencias oligárquicas. Con la ASP que estamos preconizando, la planificación es posible pero siempre que se busquen los cauces participativos de todos aquellos que estén concernidos, y en concreto los de aquellos que son sus destinatarios directos. De esta forma, se trata de una concepción de planificación que nunca permanece alejada de la acción sino más bien al contrario. En ese sentido, la participación, por sí misma,

¹⁰² Sobre la institucionalización de la experiencia véase, P. BERGER y T. LUCKMANN. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. 1979. p. 91 y ss.

¹⁰³ J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* p. 279.

¹⁰⁴ D. A. SCHÖN. *El profesional reflexivo...* p. 264.

se constituye en otro de los de los asuntos transversales que merecen ser tratados en específico en esta clase de acción. Vamos a verla, pues, en la última parte de este capítulo.

IV. Participación social y acción social proyectada

Más allá de los elementos de planificación radical en la concepción y desarrollo de la ASP, existen constantes interpelaciones sobre la necesidad o limitación de la participación de los receptores de las acciones en el desempeño de las políticas sociales. En el nivel de las proyecciones, iniciales o de proceso, la pregunta sobre la conveniencia, limitaciones y problemas de la participación siempre está presente y, en consecuencia, se manifiesta en sus diferentes fases, en el sentido de decir haciendo sobre cómo tienen que ser las actuaciones, para considerar las aportaciones políticas, asociativas y vitales, que sustentan los eventuales destinatarios. Por ello, cuando hablemos de participación nos vamos a referir aquí a la de aquellos sujetos sociales que son el objetivo inicial de las políticas. Y lo haremos tanto desde una perspectiva formal, en la que está implicada el mundo asociativo, como desde las comunicaciones, opiniones y demandas planteadas hacia la ASP por las personas y colectivos que son destinatarios directos de las políticas y acciones, durante tiempos más o menos dilatados. Más allá del predominio y filtros de formas y modalidades metodológicas en ámbitos concretos —expresadas con actuaciones que priman más lo individual o lo colectivo—, conviene recordar los diferentes tipos de participación de forma que puedan encontrar cauce y posibilidad en la ASP, sin limitar nuestra visión a las prácticas regulares institucionales.

Entendiéndola como una forma de reacción ante los sistemas dominantes, la participación se puede dar desde manifestaciones y grupos espontáneos, desde asociaciones formales, mediante las diferentes formas de participación institucional y desde las mismas organizaciones y unidades productivas, comerciales y empresariales¹⁰⁵. Dentro de los espacios participativos, conviene tener en cuenta la existencia y significación de los movimientos sociales como espacios públicos temporales, y como momentos de creación colectiva que proveen a las sociedades de ideas, identidades e, incluso, ideales. La transformación del objeto de atención e intervención social en sujeto, requiere considerar los diferentes espacios de participación que dinamizan y cambian a la sociedad, y que deben influir en su justa medida en los procesos de racionalización científico-técnica que constituyen la acción desde el Estado social. En ese sentido, los movimientos sociales son capaces de mediar en la transformación del conocimiento cotidiano del mundo de la vida en conocimiento profesional, suministrando nuevos contextos para su renovación y reinterpretación¹⁰⁶. Estos movimientos, situados en las formas no convencionales de acción individual y colectiva, piensan y actúan

¹⁰⁵ G. MATTAL. “Participación”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dirs.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1230 y 1231.

¹⁰⁶ J. RIECHMANN. “Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales”, en: J. RIECHMANN; F. FERNÁNDEZ BUEY. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós. 1994. p. 28 y ss.

“de otro modo” respecto a los sistemas institucionales establecidos, hallando respuestas allí donde estos son incapaces de encontrarlas¹⁰⁷. Conviene, pues no olvidarse de ellos en la ASP.

El Estado social es continente y, en parte, resultado de la ASP, y tiene el poder de estructurar tanto material como cognitiva y simbólicamente a la sociedad civil. Más allá de los beneficios sociales que procura, los procesos de racionalización institucional que imprime a la sociedad, suponen una “acción desde arriba” que contrasta con la creciente exigencia de una sociedad participativa en estos inicios del siglo XXI, en la que los ciudadanos no pueden ser ya los objetos silenciosos y sufrientes de sistemas de planificación de élite¹⁰⁸. La capacidad institucional de observación, clasificación, registro, análisis y comparación de los comportamientos de los individuos –en operaciones generales de extracción de información e inyección de organización y control social–, sólo puede ser matizada con la participación y el control que los sujetos sociales puedan ejercer en tales procesos¹⁰⁹. Al mismo tiempo, supone un compromiso colectivo hacia la política, la economía y otros aspectos de la sociedad civil que resulta ineludible para la optimización de la autonomía individual. El Estado social democrático a cambio de la protección y la seguridad, desarrolla intervenciones estructurantes en la vida cotidiana de los beneficiarios, que sólo pueden llegar a ser contrarrestadas desde la participación, por el intercambio que se da entre sistema y mundo vital de las personas¹¹⁰. Es decir, en la relación entre la forma resultante de esa acción institucional y la dinámica social desarrollada por los ciudadanos que la matiza y la controla. Además, esta participación debe ser apoyada y cultivada desde el sistema sabiendo que todo programa social –como los desarrollados por la ASP– es sometido a falsación y evaluación a partir del resultado entrevisto en el mundo cotidiano de la vida, y a partir de las mismas opiniones expresadas por los receptores de tales políticas¹¹¹. Visto así, se pasa del individuo anónimo al individuo concreto, en el sentido de que el trabajo *sobre* el otro cede paso al trabajo *con* otro, a modo de un consenso comunicativamente alcanzado¹¹². Bien es cierto, que es preciso contar con las previsibles dificultades e ineludibles discusiones, así como ser conscientes de la imposibilidad material plena de tal concordancia, a causa de la diferencia de posiciones y lugares que supone el espacio institucional por comparación al mundo social cotidiano. A modo de una acción comunicativa no sólo contemplada en su punto final ideal, la participación reconocida y alentada por la protección social institucional, debe mostrarse como un desarrollo del entendimiento en cuyo transcurso los participantes se presentan unos frente a otros con pretensiones de validez, que pueden ser reconocidas, puestas en cuestión o criticadas y que

¹⁰⁷ J. RIECHMANN. “Una nueva radicalidad emancipatoria: las luchas por la supervivencia y la emancipación en el ciclo de la protesta “post-68””, en: J. RIECHMANN; F. FERNÁNDEZ BUEY. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós. 1994. p. 50.

¹⁰⁸ J. FRIEDMAN. *Planificación en el ámbito público...* pp. 279 y 281.

¹⁰⁹ M. FOUCAULT. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa. 1980. p. 135.

¹¹⁰ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa II...* p. 512. Sobre participación ver, J. FERRATER. *Diccionario de filosofía abreviado*. Barcelona: Edhasa. 1976. p. 321.

¹¹¹ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa II...* p. 491.

¹¹² J. ION. *Le travail social au singulier...* pp. XVI y XVII. Y E. GOFFMAN. *La presentación de la persona...* p. 21.

tiene motivaciones racionales. Es decir, en contraste con las pretensiones instrumentales de poder donde los elementos principales que se encuentran presentes son la coacción y la sanción. Desde esa perspectiva, participar no es tanto una actividad teleológica, como aquella que posibilita estabilizar diálogos, argumentaciones y comunicaciones que, en contextos determinados, se convierten en fines¹¹³.

Desde una posición de crítica transformacional del Estado social que se quiere comprensiva, radical y relacional, la participación es necesaria aunque de naturaleza conflictiva para la institución, la ASP y sus agencias de intervención. El concepto radical de ciudadanía, cada vez más normativamente seminal en nuestras democracias, sólo puede conceptualizar lo social implicando a los ciudadanos y particularmente a los receptores de la ASP. Como una consecuencia de ello, el derecho a la inserción supone un compromiso recíproco de las personas y la sociedad, al considerarlas como ciudadanos activos y no sólo como asistidos a los que hay que socorrer; siendo preciso incluir aquí a aquellos sujetos sociales –personas o grupos– que eventualmente hayan sido invalidados por la coyuntura y estén en situación de exclusión social. Los receptores de las protecciones sociales deben ser considerados como personas autónomas responsables, con capacidad de asumir compromisos mediante una “obligación positiva”: un contrato que exprese la capacidad de los beneficiarios de comprometerse, así como el reconocimiento de su dignidad de ciudadanos, actores y no asistidos¹¹⁴. Esta relación entre las instituciones de protección, la participación y la autonomía, supone que las personas pueden estipular su propio propósito, pues en caso contrario alguien lo hará por ellas, perpetuando así su papel de meros receptores¹¹⁵. No obstante, el problema se manifiesta de forma diferente cuando se traspasan los derechos y protecciones universales normalizadas, y se llega a servicios donde acceden aquellas personas damnificadas por la economía y/o que, por diversas causas, se encuentran en situación de vulnerabilidad o de exclusión social. Desde una perspectiva heurística, podemos hablar de sujetos sociales que están en ese lugar provisionalmente, recordando la necesaria consideración sobre sus derechos desde la acción sistémica y la necesidad de la pronta reversibilidad de esa situación, más allá de que tales derechos sociales se encuentren temporalmente socavados. Pero si nos atenemos al principio de realidad, es reconocible que en los procesos de vulnerabilidad y, sobre todo, de exclusión, no suele ser nada habitual contemplar la autonomía, el protagonismo y la participación de las personas inicialmente destinatarias/beneficiarias de las políticas. Ni desde su concurso como sujetos en el diseño de la acción/intervención, ni tampoco desde una participación más formal en grupos y/o entidades que la acompañe y afiance relacionalmente. Existe, un contraste entre la filosofía y principios de las políticas que distan mucho de ser materializados en su concepción,

¹¹³ J. HABERMAS. *Teoría de la acción comunicativa I...* pp. 143, 387 y 390, respectivamente.

¹¹⁴ P. ROSANVALLON. *La nueva cuestión social...* pp. 173 y 174.

¹¹⁵ H. V. FOERSTER. *Las semillas de la cibernética...* p. 92.

metodología y desempeño proyectivo abordadores de procesos de fragilidad social más o menos acusados.

Lo cierto es que es preciso reconocer que ni conceptual, ni prácticamente, el concurso de los ciudadanos implicados en situación de vulnerabilidad, o exclusión, ha sido regularmente contemplado. Desde la razón teórica, porque cuando se van a construir programas la situación inicial de exclusión y su nada infrecuente alargamiento, actúa como anclaje a la hora de imaginar y contemplar la participación en el proyecto común de conseguir la recapitalización sociopersonal y autonomía social. En más, la cercanía y la asiduidad entre sujeto y objeto en cursos activos muchas veces aplicados y nunca renovados, –marcados por el propio estado de carencia que delimita los hitos de actuación–, no favorece la pericia metodológica hacia una planificación participativa en la que los sujetos sociales destinatarios se sientan representados. El mismo componente analítico sobre la carencia y la devaluación social, que explora y explica la vulnerabilidad y la exclusión, actúa a veces como simplificador del diseño del curso de acción, dando por hecho que tales características negativas serán definitorias en todas las direcciones y sentidos que atañen a las personas y sujetos sociales destinatarios. Se termina justificando la omisión del concurso de los receptores hasta que se realicen incorporaciones de origen externo, provenientes de los agentes de la intervención o de otros agentes articuladores de su mapa relacional. Es la ecuación que asimilando el estado en dificultad a la imposibilidad participativa global de los afectados, se instala en la práctica interventora y se refuerza por otras precedentes, justificadas en la futura incorporación de los afectados. Se olvida que la participación en un proyecto común –cuyo objetivo es la reversibilidad del proceso invalidante– y la toma de responsabilidades, ya son de por sí experiencias que permiten verse y vivirse de una forma distinta a la de la persona dependiente¹¹⁶. No es que pretendamos asegurar el éxito de todo programa participativo que aborde la exclusión –por el hecho de serlo–, sino resaltar la necesidad de una disposición epistemológica incorporadora de los sujetos sociales en la concepción y planificación de la ASP. Por el contrario, somos conscientes de las dificultades que entrañan estas acciones que a los inconvenientes objetivos, subjetivos e históricos relacionados con la situación de fragilidad, se añaden las resistencias institucionales políticas y técnicas a la hora de implicarse en un proyecto –incierto– que contemple la participación de los afectados y rompa con las certezas metodológicas.

Al estar muy relacionada con las operaciones de concepción y conocimiento que arman el plano epistemológico, podría parecer baladí detenerse en la metodología, aún fugazmente, con el fin de señalar las dificultades de la actual intervención al considerar el concurso de las personas afectadas. Pero las opciones de método –y aún técnicas– no son automatismos que derivan con certitud de los procesos anteriores, constructores de la acción intelectual –investigadora o realizativa–. Hay influencia pero no determinación. De tal forma

¹¹⁶ M. DUTOIT; M-C. SAINT-PÉ. “Une forme inédite de participation des usagers ”, en : M. CHAUVIÈRE ; J-M. BELORGEY y J. LADSOUS. *Reconstruire l'action sociale*. Paris: Dunod. 2006. p. 250.

que a una factura conceptual específica no tiene porque seguir una metodología, y sólo una, por más que sea muy frecuentada y celebrada. El abanico de posibilidades combinatorias es variado y se halla en relación con las características específicas del asunto que sea el caso. En los últimos años los correlatos analíticos ligados con los procesos de individuación social, han dado paso a metodologías fundamentadas en la personalización de las estrategias de actuación. De una parte, la menor legibilidad de la estructura social y, de otra, la aparente relajación de los vínculos entre individuos y estructuras colectivas, ha provocado el paso desde una “identidad estatutaria” a una “identidad personal” que, por otra parte, nunca es dada de golpe sino que es incesantemente construida¹¹⁷. Para los excluidos, al igual que para el conjunto de la ciudadanía, esto significa un avance al suponer el intento de combinar particularismo y universalismo en las políticas sociales, adaptándolas a sus necesidades específicas. De esta forma, ya no van a representar un conjunto homogéneo sino colecciones de individuos que sólo tienen en común el compartir una carencia, siendo esa precisamente su trayectoria colectiva. Pero al tratarse de personas en situación de vulnerabilidad o desprovistas de los recursos necesarios para ser ciudadanos de derecho, las políticas de acción basadas en su singularidad individual pueden traducirse en una desventaja añadida¹¹⁸. Cuando no se tienen recursos o no se saben utilizar, insistir en las peculiaridades individuales ahonda en los escollos para la incorporación. Otra cosa es que cuando comience a ser posible, debe ser elegida y argumentada por los sujetos sociales receptores. De esta forma, se puede contraponer *el acompañamiento psicosocial* a la personalización, *los recursos materiales* y *el reconocimiento social* frente a la modificación de conductas o la introducción de motivaciones externas –como si los receptores fueran los principales responsables de su situación–, y *un modelo contractual de intercambios recíprocos* frente al estatus incondicional de destinatarios de políticas y acciones¹¹⁹. En resumen, el individualismo negativo no se puede combatir con –más– personalización y modificación de variables internas. Para las personas que temporalmente carecen de capitales económicos pero también de capitales sociales y culturales –o los han visto mermados–, la única posibilidad pasa por una revinculación a protecciones colectivas y a ámbitos relacionales que –eso sí–, tienen que ser recreados autónomamente por ellas mismas.

Es notorio que respecto a la exclusión y la vulnerabilidad, se produce una reverberación que quiebra o arriesga doblemente las posibilidades de concurso social. Por un lado, ambas cortan o aminoran la participación de los ciudadanos en las formas de vida y protección compartidas por la mayoría de los miembros de una sociedad¹²⁰. Y, por otro lado, a menudo las políticas reparadoras presumen la imposibilidad participativa de los ciudadanos afectados; fiadas a los títulos de carencia que catalogan a las personas y colectivos que sea el

¹¹⁷ J. ION. *Le travail social au singulier...* p. 93 y ss.

¹¹⁸ R. CASTEL. *La inseguridad social...* p. 62.

¹¹⁹ *Ídem*: pp. 98 y 100.

¹²⁰ G. RODRIGUEZ CABRERO. *El Estado de bienestar en España...* p. 289.

caso, más allá de las buenas intenciones iniciales. Empero, si se consigue evitar el prejuicio metodológico, el presupuesto participativo puede significar el comienzo de una vinculación a algo que en ese momento no se tiene. Conexión o enlazamiento desde las dos formas posibles apuntadas más atrás: siendo parte activa en la propia ASP que va dirigida a ellos mismos, y/o con grupos o asociaciones formales o informales que tengan que ver con sus intereses de revinculación social y adquisición de capitales económicos, culturales y sociales.

En el primer caso, *como parte activa de la ASP* que se dirige a ellos mismos, siendo corresponsables y codeterminantes en las decisiones que les implican de manera directa en la concepción y desempeño de la acción¹²¹. Se modela de esta forma una acción intelectual que al relacionarse así con los sujetos receptores, es mediada e investigada por las nuevas realidades emergentes, en una acción recíproca que, además, puede hacer avanzar y progresar las metodologías y técnicas aplicadas¹²². Nos encontramos ante un hito fundamental cuanto que la posibilidad de un proyecto de incorporación depende de la comprensión e implicación de las personas y grupos con las soluciones propuestas. Dicho de otra forma, es planear para procurar sus capacidades de autonomía, para que puedan adquirir algunas nuevas y para que puedan tomar responsabilidades reapropiándose del poder de su vida y su devenir¹²³. Pero el concurso en la ASP, de la que forma parte el inicial destinatario como uno de sus sujetos, no suele surgir de forma espontánea. Ante bien, el espacio social al estar ordenado y orientado suele “mostrarse” con silencio en las bases, comunicadores sujetos a estereotipos, grupos con intereses e ideologías que tiran hacia lo particular, e imágenes del poder que enajenan y enmascaran su realidad¹²⁴. En consecuencia, la relación entre intervención y participación no es directa y por ello es preciso crear un marco colectivo de responsabilidades con el que las personas puedan hacerse responsables de sus propias necesidades¹²⁵. La vuelta hacia las zonas de inclusión de la parte de la sociedad que ha sido expulsada por las fuerzas centrífugas que empujan hacia los márgenes, supone el interés por una participación plena en los recursos sociales, pero al mismo tiempo, también debe conllevar la contribución individual o colectiva en las acciones emprendidas. Al sincronizar las metodologías participativas con las estrategias creadoras de marcos colectivos protectores estables, y con el fomento de la utilización de servicios generales universales, los problemas pueden ser tratados combinando un fuerte desarrollo democrático de las estructuras colectivas –a fin de garantizar protección adecuada para los invalidados por la coyuntura–, con la permanencia y refuerzo de los espacios para la responsabilidad individual¹²⁶. Para ello, es preciso reconocer el potencial integrador de cada persona a la hora de participar en la definición de los objetivos que recogen los tres ámbitos,

¹²¹ G. MATTAI. *Participación...* p. 1230.

¹²² T. RODRIGUEZ VILLASANTE. “De los movimientos sociales a las metodologías participativas”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. p. 399.

¹²³ M. DUTOIT; M-C. SAINT-PÉ. *Une forme inédite de participation des usagers...* p. 251.

¹²⁴ T. RODRIGUEZ VILLASANTE. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas...* p. 417.

¹²⁵ J. BARKER ; C. JONES. *Responsibility for needs...* p. 223.

¹²⁶ *Ídem*: p. 230.

sobre los cuales es preciso orientar las actuaciones relacionadas: el personal, el laboral y el social. En el personal, las actividades exploradas y acordadas van por el desarrollo de la autonomía y la toma de responsabilidad en ese proceso de acción. Ambas líneas de trabajo deberían redundar en un mejor desenvolvimiento social. En el laboral, el trabajo va por mejorar la empleabilidad mediante acciones tendentes a la adquisición de habilidades prelaborales, en su caso, o laborales. Y en el ámbito social el interés estriba en la comprensión y adquisición de capacidades que pasan por la misma participación, los capitales relacionales, la identidad sociocultural y por la comprensión del binomio de los derechos y responsabilidades sociales¹²⁷. En definitiva, la ASP es necesaria y posible, pero a condición de que no se prive a las personas y grupos de la palabra y la acción, como constituyentes de su identidad y formas de inversión en unas condiciones de vida específicas. Es preciso que los destinatarios puedan intentar desarrollar sus propias acciones, en estrategias acordadas de incorporación social abriendo camino para que tomen las responsabilidades de sus elecciones y acciones. No es hacer por ellos o hacer lo que ellos no hacen, sino ayudar a dar la palabra y la actividad a los que carecen de ellas, contestando las conceptualizaciones de pasividad en las que suelen ser ordenados y clasificados los provisoriamente privados de los derechos sociales, de modo que puedan participar en la definición de su propia situación.

Además de la participación en la ASP dirigida a ellos mismos, en segundo lugar se puede *impulsar el concurso de los sujetos sociales en grupos o asociaciones formales o informales*. En efecto, la participación colectiva aunque no tiene porqué extenderse a todos los ciudadanos destinatarios de la ASP, cobra un interés inusitado a partir de ellos mismos, pero también por el posible impacto colectivo en la opinión pública general. Cuanto que la falta de utilidad social es una de las características percibidas por el conjunto social hacia las personas y grupos asistidos, su concurrencia y participación en asociaciones y entidades –aunque por sí sola sea insuficiente– constituye un factor de cambio hacia una situación y estatus menos disminuido y descalificado. Incluso, contando con una participación desigual, el impacto es provechoso no sólo para los afectados, pues subraya una imagen de incorporación social que, en su medida, hace que se visualicen por la opinión pública formas activas para volver a conseguir la plena ciudadanía. Como en toda participación colectiva, la de los sujetos sociales destinatarios de la ASP tiene un impacto que va mucho más allá de los individuos concretos que concurren en una asociación u organización voluntaria. Sabiendo de la diversidad que caracteriza a las personas y colectivos en situación de vulnerabilidad y exclusión, cuando se consigue y ellos consiguen un concurso regular significativo ligado a los propios intereses, no sólo resulta beneficiada la situación e imagen social de los sujetos participantes, sino también la del conjunto caracterizado como destinatario de la acción. Dicho de otra forma, una

¹²⁷ Los tres ámbitos mencionados tienen una equivalencia a las tres partes de la acción y constitución social enunciados por M. S. Archer: personas –seres humanos–, roles –actores sociales– y posiciones –agencia social–. Cfr. M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 257 y ss. Ver, asimismo, Consejería de Vivienda y Bienestar Social. *Borrador del Plan Autonómico de Inclusión social*. Oviedo: Principado de Asturias. 2006 y 2009. p. 35 y ss. (Fotocopiado).

conurrencia colectiva significativa puede ser rentabilizada por el conjunto de los receptores de la ASP, cuya sola semejanza es su condición de asistidos y, en consecuencia, de dependientes. Por todo esto, al igual que ocurría con la acción técnica dirigida a ellos mismos, cuando se da esta suerte de participación con personas que, en principio, no se les piensa con esa competencia –alejándolos de proyectos asociativos de índole colectivo–, las contribuciones prácticas, pero también simbólicas, son impagables e irradian hacia el conjunto de los afectados por la ASP del Estado social. Bien es cierto, que hay una alta resistencia social a cambiar la imagen y consideración hacia los ciudadanos que utilizan las agencias que tratan de restituir la ciudadanía. Pero cuando es posible asociar la utilidad social a través de las aportaciones en la participación colectiva, se consigue un efecto balsámico que, incluso, revierte positivamente en agencias de la ASP, como pueden ser los servicios sociales de base. No es raro, entonces, que bajo el influjo de este efecto desde ámbitos políticos y técnicos decisorios, a veces se exageren o sustantiven los logros participativos de aquellos que de inicio resultaban insólitos. Conviene recordar, además, que tales procesos participativos tienen las mismas consecuencias para ellos que para el conjunto de la ciudadanía, sólo que aquí suponen un plus desde su situación de desventaja debida a causas objetivas pero también de minusvaloración social. La participación concreta y su extensión benefactora al conjunto, significa un intento de reapropiación de poder –*empowerment*–, pero también una inyección protectora individual y colectiva contra el aislamiento y la apatía, caldo de cultivo de las ideologías antidemocráticas. Una forma de regulación social frente al conflicto y parte del proceso de superación de las desigualdades sociales y políticas que son su fuente¹²⁸.

La participación social en entidades o asociaciones, además de suponer una vuelta parcial –pero muy significativa– a la incorporación social con un estatus menos desvalorizado, implica la posibilidad de luchar contra el descrédito que supone la condición devaluada de asistido o contra la incapacidad social que a menudo se le atribuye. Supone, también, una forma de reducir la distancia que en su momento les separó de la mayoría de la población. Más aún, porque suele ir unida a medidas concretas como algún curso de formación o a algún contrato subvencionado impulsado desde el Estado social. En ese sentido, nunca como aquí la participación es equivalente a ciudadanía como toma de conciencia de que se es –o se vuelve a ser– parte activa de las instituciones locales y nacionales tomando conciencia de los derechos y deberes¹²⁹. Cuando esto es así y el trabajo ha supuesto un éxito razonable, vemos que la ASP ha construido un proceso de acción y participación donde el aprendizaje puede tener lugar, respondiendo a una necesidad real de resocialización de los sujetos sociales destinatarios¹³⁰. Hay que tener en cuenta que, en la medida que tienen el estatus de asistidos, sobre ellos concurre una pléyade de miradas, de intereses, de deseos y de

¹²⁸ B. TELLIA. “Participación política”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1236 y 1237.

¹²⁹ M. DUTOIT; M-C. SAINT-PÉ. *Une forme inédite de participation des usagers...* p. 251.

¹³⁰ T. RODRIGUEZ VILLASANTE. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas...* pp. 405 y 413.

preocupaciones, por lo que es preciso ir más allá de los dispositivos técnicos provenientes del Estado social o de entidades y/o asociaciones. Si se diera, tal exclusividad no sería suficiente para reducir la confusión generada por esa presencia tan amalgamada de intereses en liza. Así, las pertinentes propuestas de acompañamiento social, individual o colectivo, deben articularse –además– sobre objetivos parciales de participación de forma que los hilos conductores aúnen de forma alternativa, o simultánea, la intervención con las mismas acciones e intereses de estos sujetos sociales. Es decir, una suerte de ecología política cuya condición sea que la sustentabilidad del proyecto no sólo dependa de una cuestión técnica, sino de las capacidades e implicaciones de la población y, en específico, de los ciudadanos receptores con tales soluciones parciales¹³¹. En la pretendida Europa de los ciudadanos, es más que nunca obligatorio que la provisoria dependencia social deje de ser equivalente a la inutilidad y minusvaloración, y que la protección hacia las personas vaya unida a la participación y al encauzamiento de sus iniciativas sociales. Es decir una ASP que debe ser pensada y desarrollada *hacia* las personas destinatarias pero necesariamente *con* los ciudadanos.

Así pues, hemos intentado demostrar que las necesidades sociales, la planificación y la participación social, son factores transversales obligados y que, por lo tanto, se encuentran presentes, de una y otra forma, en cualquier modalidad de intervención social. Desde la perspectiva de la ASP que aquí queremos armar, la renuncia a su tratamiento y observación sólo puede traer –como mal menor– un espontaneismo interventor que corre el riesgo de pérdida de sentido. Y, como mal mayor, tal dimisión sólo puede significar el sometimiento a formas burocráticas o conscientemente ignorantes de tales factores, con el peligro de que, una vez más, la balanza se incline hacia aquellos que más poder tienen.

¹³¹ T. RODRIGUEZ VILLASANTE. “Clientelas y emancipaciones: una introducción metodológica”, en: T. RODRIGUEZ VILLASANTE (coord.) *Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad. 1988. p. 30.

CONCLUSIONES

Hemos llegado al final de nuestro recorrido y conviene realizar un balance del camino andado. Este trabajo, como toda investigación sociológica, no sólo ha de ser baremado por las cuestiones que resuelve, sino también por los nuevos problemas que suscita.

Trataré de condensar las conclusiones a partir de las tres partes en las que se divide esta investigación que gira en torno al eje principal de la fundamentación epistemológica de la acción social proyectada –ASP– a partir de la observación social.

De la primera parte, la más teórica, se observan las implicaciones conceptuales y metodológicas existentes al abordar la intervención social en su contexto, el Estado social, junto a las consecuencias de abordarla como acción y como una clase de acción social que se relaciona con la acción social en sí. De la segunda parte, la más empírica, se presentan las principales conclusiones del análisis de los discursos y narraciones de tres colectivos y sectores sociales de los que se ocupan tanto el Estado social como la ASP –jóvenes, personas mayores y minoría gitana–, en los que se han contrastado las necesidades y adecuación de la acción experta. Por último, basándonos en las enseñanzas derivadas del análisis empírico se exponen las aproximaciones a las que hemos llegado relativas a las necesidades sociales, la planificación social y la participación social.

I. De la sociología de la acción social a la acción social proyectada

El crecimiento y afianzamiento del Estado social en España ha supuesto la extensión y despliegue de intervenciones sociales para plasmar políticas sociales en las que entran en

interacción la acción social proyectada y los ciudadanos. Al mismo tiempo que se ha advertido el papel regulador y protector en tales procesos del Estado social –sobre todo al nivel local–, se han observado deficiencias en su desarrollo y aplicación, pues no se acaban de conseguir mejoras profundas de restitución de la ciudadanía, en relación a las iniciativas y situaciones de los sujetos sociales a los que se dirigen las políticas sociales.

Aunque el diagnóstico de los problemas de concepción y aplicación de la intervención, responde a varias causas y dimensiones que han sido abordadas ampliamente en el texto, podemos decir que su resultado final sólo alcanza a una actividad fragmentada que, a causa de un insuficiente conocimiento, se despliega como mera aplicación llegando como máximo al mantenimiento de compromiso de las situaciones sociales que se trataban de abordar. Para autoprocursarse solidez institucional, la intervención social tiende a ser iterativa y sujeta a las disciplinas imperantes en cada ámbito, pero sin un estatuto científico básico común –conceptual y metodológico– que la justifique y despliegue científicamente a la hora de las actuaciones en los niveles que sea el caso. En ese sentido, es preciso recordar que los orígenes y fines de estas acciones son el apoyo para mantener y restituir los derechos de ciudadanía de determinados colectivos de sujetos sociales en situación de dificultad. La acción social se sustenta en el imperativo democrático de una sociedad integrada. Más allá de las segmentaciones entre disciplinas, ámbitos y campos de la intervención, la idea es que estas expresiones organizativas y técnicas diferenciadas son consecuencia de otros factores que hemos intentado objetivar en su desarrollo en esta investigación.

Hemos visto que hay una intervención fragmentada entre lo simbólico y lo material, entre las teorías y las prácticas, entre el pensamiento y la acción, entre lo intelectual y lo manual, entre la planificación científica y el voluntarismo militante, entre el plano metodológico y el tecnológico..., que junto a otras manifestaciones equivalentes suponen una implementación devaluada a partir de los espacios burocráticos de poder e influencia a que dan lugar. El problema es que nunca se llega a alcanzar el rango de acción reflexiva, como parecen añorar y querer rescatar algunas de las denominaciones a que veces responde, como la de Acción Social. Al configurarse las políticas como lugares desvinculados unos de otros, se ha advertido la ausencia –y su necesidad– de un espacio fronterizo de conocimiento y acción que saliéndose de los contrarios excluyentes reconozca y aproveche su dependencia y conexión. Antes que perderse en el laberinto de cada ámbito o espacio de influencia de intervención, la propuesta –reconceptualizando la evidencia– ha sido identificar la raíz del problema en la fragmentación de la intervención existente, llevándola y restituyéndola al terreno de la acción, en particular, y de la acción social, en general. El mundo social, y las acciones realizadas por los agentes sociales, son irreductibles, y en ese sentido tal acción la hemos conceptualizado, definido y justificado como una Acción Social Proyectada –ASP–. Las políticas sociales pueden ser vistas como formas de acción de la sociedad sobre sí misma para cambiar en ella alguna situación mejorable, y la intervención es la forma concreta de activación de la mayoría de tales políticas sociales del Estado social. A modo de una “ley de

rendimientos decrecientes de la intervención”, ésta se ha ido alejando progresivamente de la acción, mostrándose como mera reproducción y tecnología en las formas de interacción y relación con los sujetos sociales destinatarios. El interés por acercarla de nuevo al espacio de la acción social mediante el estudio y conceptualización de su naturaleza, ha debido suponer reconstituirla de una forma unitaria, continuada y dependiente entre las partes de su decurso. El desarrollo de la intervención social como acción social y como ASP, implica considerar la constelación relacionada del ámbito de lo personal y lo subjetivo, de los actores sociales como interpretantes de roles sociales y de la agencia social a través de las posiciones sociales tenidas en la estructura social y sus relaciones. Al situar la ASP en los procesos de racionalidad de la acción, la observación se ha debido extender a la misma constitución de las situaciones sociales, en una relación dialéctica que las presenta como resultado de acciones presentes pero también antecedentes y planificadas.

Al pretender demostrar que la llamada intervención social es una acción social, su observación implica de inmediato una aproximación sociológica. La sociología es la ciencia que tiene a la acción social y a sus procesos de racionalización en el punto de mira, como una de sus principales preocupaciones. En ese sentido, se ocupa de la naturaleza y comprensión de la acción social, del impacto de los cambios sociales en las sociedades modernas, de su influencia en las acciones y situaciones de las personas, así como de los resultados que tienen estos procesos y acciones en su integración e inclusión social. Es una aproximación enjuiciable objetivamente, en la medida que los sujetos sociales son capaces de lenguaje y acción, y sus comportamientos pueden ser justificados de una forma razonable a través, al menos, de sus discursos y narraciones. La acción social, los cambios sociales, los procesos de integración y su consiguiente enfoque sociológico, conllevan un rango de observación que excluye el aislamiento sectorial, para incluir al conjunto de la sociedad a partir de sus partes constitutivas. La sociedad, como mostró Émile Durkheim, se sustenta en relaciones de solidaridad, y los vínculos sociales no pueden ser aminorados ni sujetados a una especialización que pierda de vista el espectro completo de los fenómenos de la acción social. En consecuencia, el acercamiento a la intervención como acción especializada en el entendimiento, conlleva el traslado de esta potencia explicativa y comprensiva al terreno de la materialización de las acciones proyectadas, buscando una relación más provechosa con el mundo social que constituye su objeto inicial.

Dicho esto, hemos visto que su radicación ya como ASP en el espacio de la acción no supone que sea asimilable o equivalente a la acción social desarrollada en la urgencia y contexto práctico de la vida cotidiana, pues existe una diferencia de condiciones que implica distinciones de racionalidad entre una y otra. La ASP es una clase de acción que interacciona con la vida social diversa y que permite una proyección experta, por más que deba responder a factores coyunturales en el curso de su desempeño. Al pensarla e implementarla como acción social, y no sólo como aplicación o tecnología sostenida en conocimientos ajenos y antecedentes, se puede comenzar a pensar y materializar un diseño metodológico que esté

realizado en función de las necesidades de los sujetos sociales a los que se dirige, adecuándolo a las exigencias de acción manifestadas.

Al denominarla Acción Social Proyectada, se hacía tanto una declaración de intenciones como se expresaba el interés de realizar un análisis conceptual relacionado de los tres términos que la forman. De esta forma, se daban pasos para abordar sus contenidos y límites como subclase de acción especializada en el entendimiento, y al mismo tiempo se la distinguía de la acción social en sí, con más pretensiones realizativas que intelectuales y técnicas. Al entenderla como acción y mirarla sociológicamente, ha sido menester una aproximación específica a la naturaleza de la acción social. Se trataba de acceder a una cierta profundidad comprensiva del mundo social, abordando sus distintas tradiciones, modalidades y clases, y permitiéndonos contextualizar a la ASP en la corriente de la acción como una parte específica de la actividad experta. Y, finalmente, se trataba de facilitar explicaciones aclaratorias sobre los problemas conocidos de la intervención social real, junto a las potencialidades en construcción de la ASP.

En primer lugar, al desplegar la ASP como *acción* hemos encontrado resonancias fuertes con la acción con destino a fines, materializada en una racionalidad instrumental que tiene un acusado componente solipsista y un carácter objetivante que atraviesa, explícita o implícitamente, las formas de intervención. Salvo excepciones, como en algunas políticas específicas dirigidas a los jóvenes, o como algunas experiencias innovadoras que miran a la ciudadanía social, se dirigen dentro de un paradigma interiorista a individuos separados y aislados cuya naturaleza inmanente parece coincidir con esperar de una forma pasiva la actuación sistémica. Siendo las organizaciones una manifestación importante del carácter social de la acción y de la complejidad social en nuestras sociedades, su configuración en la modernidad industrial ha respondido más al trato con las cosas que con las personas. A esta *cosificación* no han sido inmunes, por paradójico que parezca, las organizaciones del bienestar con objetivos de transformación y mejora social, cuyos métodos y fines interactivos y relacionales están atravesados de intereses burocráticos y del desafecto de las organizaciones jerarquizadas e instrumentales. Más allá de la realidad de su implantación, la organización y racionalidad burocrática y utilitarista no es la única. Existen otras que aún conteniendo formas de orientación y guía estratégica, se fijan más en el proceso que en el fin, y saben de las emergencias sociales propias de las formas culturales humanas que pueden, incluso, matizar ese proceso o cambiarlo.

El encadenamiento de acciones que caracterizan a las organizaciones complejas como las del Estado social, activadoras de las políticas sociales, hace que las acciones operen como decisiones, pues dado su carácter proyectivo pueden ser valoradas varias alternativas antes de seleccionar la estimada como más conveniente. Sin embargo, las mismas no tienen por qué estar inscritas en un marco de organización burocrática, restringido a una exclusiva racionalidad instrumental. Hemos visto que podrían estar también pensadas y desarrolladas en un decurso en el que pensamiento y acción se extiendan de forma equilibrada, y en el que

converjan –o estén presentes–, diversas modalidades de la acción. En la vida social, junto a la acción con destino a fines y sus formas extendidas de materialización, podemos encontrar otras que, además, han sido observadas y comprendidas por el pensamiento científico, y que eventualmente son susceptibles de ser incorporadas a la ASP. En el contexto de la intervención se suelen sobrentender las formas instrumentales de organización y acción con el mundo social, por lo que es importante la visión de estas otras modalidades. Es decir, modos de acción experta que rompiendo con esa visión racionalista unilateral se relacionan con la acción social en sí, añadiendo nuevas formas de racionalización que pueden yuxtaponerse. En ese sentido, menciono aparte merecen las características de la *acción comunicativa* que sustantiva el proceso y la participación de los interlocutores actuantes en detrimento de los fines y medios puestos a su disposición para conseguirlos. Por lo tanto, todo proceso de intervención debe proyectarse como acción, al hablar de sujetos sociales y estar implicadas las conciencias, las intenciones y las incertidumbres. Se trata de una acción cognitiva que como toda acción interactúa con la acción social en sí, personificada en los ciudadanos destinatarios. Constituye así una relación social por la que una acción especializada en el entendimiento se vincula con la razón práctica propia de los sujetos sociales.

En segundo lugar, la consideración de la ASP como *social* ha permitido reconceptualizarla, buscando trasladar la comprensión a los mismos dispositivos expertos pensados y organizados para actuar. Con ello se ha evitado forzar la adecuación de la realidad social al pensamiento y planificación anticipada, a la par que se ha querido asumir la emergencia de la realidad social implicada. Hemos visto lo importante que es que el plano de los observadores y de los observados estén acompasados, y ello tanto para comprenderlos como para concebir y desarrollar las actuaciones de las políticas sociales. Las acciones observadoras del entendimiento y de la acción deben tener como materia prima el ámbito consciente que atañe a las percepciones y las intenciones de los actores sociales –investigados y destinatarios de las políticas sociales–, pero también han de prestar una atención preferente a sus resultados reales, tanto en el proceso como en el resultado final. La ASP también es *social*, entonces, porque más allá de sus configuraciones y manifestaciones está abocada a la relación cognitiva continuada con la acción social en sí, en la que existen dominios prácticos razonables que, en cualquier caso, son de una naturaleza muy diferente a la de ella misma, hasta cierto punto susceptible de ser racionalizada desde una dimensión experta.

En efecto, en tercer lugar esta acción al ser cuidadosamente *proyectada* alude a ciertas formas y posibilidades de encauzamiento desde un plano especializado en el entendimiento de la acción. Sin embargo, tal proyección resulta matizada porque está en relación directa y dependiente con los dos términos previos: acción y social. Por un lado, se encuentra inserta en la vida social con las consecuencias de emergencia e incertidumbre que ello conlleva, y por otro lado puede ser concebida y desarrollada con unas condiciones específicas diferentes a las de la acción social en sí. La actitud observadora de los actores del desempeño de la ASP se despliega en la comprensión y la acción, pero es hasta cierto punto una actividad controlada.

Para constituir una acción experta que desarrolle toda su intensidad, es preciso articularla como una relación estructurante-estructurada por la que los sujetos observadores son influenciados por los sujetos observados y actuados y, por lo tanto, eventualmente, se convierten ellos mismos en observados y actuados. *Proyectada*, entonces, dice de la diferencia de condiciones que la caracterizan como acción. Concretamente *proyectada* significa que la sociedad actúa de manera objetivada sobre sí misma, que ejerce un control de los espacios y momentos que conllevan sus actividades, antes de que los sujetos observadores entren en interacción con el mundo social de los destinatarios. De la misma forma, expresa la necesidad de un proceso explícito de conocimiento para que la acción del Estado social siga profundizando desde planteamientos cada vez más societarios, en la aminoración de las desigualdades sociales y en el desarrollo de la ciudadanía.

II. Del Estado social a la acción social proyectada: orientaciones e influencias recíprocas

Para visualizar la acción en todo su proceso, ha sido necesario contextualizarla en el marco del Estado social del que depende, y en el que a la vez influye y refuerza. La fragmentación entre conocimiento y acción, o entre cualquier actividad de ámbito proyectivo y de desempeño, ha abocado a la separación institucional y simbólica de la ASP. Su accesibilidad y cercanía a las personas a las que se dirige se convierte en un arma de doble filo cuando se da descontextualizada, transformando las acciones en residuales y operando como control o como política contenedora de las situaciones sociales problemáticas. En tal tesitura, la intervención social, como potencial activadora cognitiva de la acción social, corre el riesgo de deslegitimarse a sí misma, y por tanto también al propio Estado social del que forma parte. Al hacer radicar a la ASP en el Estado social hemos puesto de manifiesto la dependencia estructural de la acción en sus procesos de orientación general para el diseño y desarrollo de las políticas sociales. En tiempos de desarrollo universalista de las políticas protectoras, o en Estados sociales que sustentan regularmente una orientación en tal sentido – como el sueco –, la activación de la intervención se despliega de forma similar, en una dependencia estructural que la protege del aislamiento. En consecuencia, sus activaciones e interacciones con la acción social de los ciudadanos tienden a ser vistas como una parte muy importante del proyecto solidario institucional. Es entonces cuando el desarrollo de la ASP puede mostrar especial cuidado para adaptarse a las necesidades de las personas sin cargar su peso sobre ellas, pero también cuando puede intentar aportar las herramientas necesarias para la autocapacitación y la autonomía social de los sujetos sociales. La ASP, como en buena medida la sociología crítica, responde a una demanda social. En este sentido su contribución al desarrollo de la democracia social y política es esencial.

Y es que una acción social descabezada y con hilos conectores debilitados en los planos técnico y organizativo, es decir, sin los necesarios vínculos estructurales con el Estado social del que forma parte, separa a unas poblaciones de otras –las más débiles–,

estigmatizándolas. Cuando las protecciones para todos se aminoran, haciéndose más selectivas e incluso más controladas, al ser dispensadas a los grupos sociales con menos poder, más que nunca la intervención es mero designio ajeno y aplicativo menor que la acción, desarrollándose como iteración y sin las referencias posibles desde las que interrogarse sobre su sentido. Más allá de las intenciones concretas de las agencias y equipos de intervención social, una intervención sin medios, ni ideas, ni métodos en los que sostenerse, una intervención surgida al margen del razonamiento sociológico, se vuelca sobre los destinatarios fiscalizando sus comportamientos con una observación sobreactuada de los posibles avances y, sobre todo, de los estancamientos y retrocesos. El replanteamiento de las condiciones de la acción y de la misma participación de las personas destinatarias es imposible desde estos presupuestos aparentemente sencillos y eficaces, en los que se busca una legitimación postiza y automática a través del control social pues descuida los aspectos metodológicos de las ciencias sociales.

La buscada continuidad de la acción en todo el proceso institucional, religando a la ASP en su contexto con el análisis y aportaciones efectuadas, también ha llegado a demostrar que una vez vinculada en su dependencia estructural no existe ni una relación determinista ni tampoco automática entre Estado social y la ASP, sino más bien creativa. Además de elementos históricos que explican incoherencias advertidas con la investigación social cualificada y la observación –como el paso de la universalización a la uniformización, o la asimilación de la garantía y guía sistémica del bienestar a la colonización sobre el mundo social–, la autonomía relativa de las partes puede llevar a experiencias incoherentes o excepcionales, en relación a su contexto técnico y organizativo. La universalización burocratizada o inadaptada al mundo social, aparta y reclasifica a los colectivos y grupos sociales más desfavorecidos que, por tanto, reciben una intervención y atención residuales y apenas paliativas. De hecho una institucionalización creciente del bienestar, a la par que supone mayor garantía, puede dejar fuera de la inclusión a los grupos sociales con menos poder y capacidad defensiva ante la discriminación social y el mismo desafecto burocrático. Y, al contrario, es posible que ante un abandono institucional con prestaciones y protecciones globales muy fragmentadas, a través de medios atípicos, den lugar a experiencias innovadoras y completas de ASP, reforzando la autonomía de las personas intervenidas, y siendo mostradas como ejemplares y legitimadoras del sistema general del bienestar. Observar la naturaleza de la vinculación de la ASP con el Estado social como una de sus partes más activas, es una de las condiciones para comprender la continuidad, orientación y dependencia institucional entre servicios y agencias, para visualizar la continuidad y el curso completo de la acción.

III. De la indagación sociológica comprensiva a la investigación sobre las modalidades de la acción

Por diversas causas los desarrollos de la intervención social están desvinculados de la investigación empírica y del conocimiento sociológico. En este trabajo de tesis hemos tratado de incidir en que es necesaria su vinculación, tratando de recrear un espacio conceptual y material entre la intervención social y las ciencias sociales. Partiendo de la investigación sociológica comprensiva de la acción social y de la investigación comprensiva sobre qué ASP se debe poner en práctica, se ha pretendido demostrar su dependencia estructural desde la perspectiva de que el conocimiento y los razonamientos expertos sobre las experiencias deben alumbrar esta realización. La reafirmación de los espacios propios del conocimiento separados de la práctica ha tenido como consecuencia efectos catastróficos, más concretamente la fragmentación metodológica del pensamiento comprensivo con respecto al pensamiento realizativo. Así, las actuaciones expertas a menudo se configuran como una mera ordenación de actividades, y no tanto como acciones que fundamenten nuevas propuestas desde el conocimiento comprensivo y la indagación sobre qué acciones resultarían las más apropiadas. Sin querer constituir un nuevo espacio independiente centrado en la acción, o de reforzar el ya existente de decisores, diseñadores y hacedores de políticas sociales –*policy makers*–, hemos querido afirmar la interdependencia entre los resultados de ambas comprensiones especializadas e incorporarla a la ASP; teniendo en cuenta sus interacciones y relaciones con la acción social práctica y las situaciones de los sujetos sociales. De esta manera, al mismo tiempo que se advierte sobre la insuficiencia de un ensimismado pensamiento antecedente racionalizador –investigador o decisor– con rendimientos decrecientes, se advierte también sobre el agotamiento de una acción enrocada en sí misma, que espera –sin conseguirlo– encontrar pautas para la acción en su propia actividad y en su ámbito exclusivo. En consecuencia, se afirma la necesidad de una exploración específica y científica que apoyada en el conocimiento de los campos sociales establezca pautas básicas específicas para una intervención que sepa aprovechar las ventajas del pensamiento científico respecto al análisis comprensivo de las acciones sociales, pero también respecto a la acción experta. En efecto, es menester recordar que las situaciones sociales son el resultado de las acciones, pero que cambian como consecuencia de nuevas acciones a las que se ha incorporado algo nuevo del mundo a través del conocimiento reflexivo.

En la perspectiva de una sociología aplicada que profundice en la comprensión de la acción y se inserte en la ASP, es posible compensar este déficit instaurando el pensamiento comprensivo y sus formas de hacer, como la acción comunicativa, llegando al propio desarrollo de las políticas sociales allí dónde son plasmadas e interaccionan con los ciudadanos. No se trata de algo nuevo. Las investigaciones, en general, y las investigaciones comprensivas, en particular, han tratado de entender la raíz de la acción social –por qué los sujetos hacen lo que hacen y para qué– con el fin de inferir acciones expertas consecuentes

inscritas en las políticas sociales. Lo que aquí hemos propuesto y realizado, ha sido profundizar en ese camino, abierto en buena medida por los sociólogos clásicos, vinculándolo estrechamente con una investigación de la ASP. Así, nos hemos fijado en las cualidades de las acciones expertas y en su adecuación a las necesidades de los ciudadanos según los avances y problemas encontrados en su mundo vital. Tales acontecimientos nos han sido transmitidos a partir de los discursos, narraciones y comunicaciones producidas en situaciones controladas mediante técnicas de investigación social, pero semejantes a las de la vida social. Hemos vuelto a probar y confirmar que ambas partes –investigación comprensiva y de la acción– son necesarias e interdependientes, y la ausencia de una de las dos está relacionada con algunas de las deficiencias de método más importantes, cuyos polos se situarían entre el racionalismo normativo imperante y una práctica de la acción limitada y resuelta en su propio aprendizaje recursivo, pero que al no poseer el suficiente conocimiento teórico no llega a la potencia y posibilidades deseables.

Es indudable que los caminos para materializar la dependencia virtuosa entre las dos clases de comprensión, la de la acción social y la de los contenidos de la ASP, pueden ser varios y se refieren tanto a los enfoques técnicos empleados, como a los diseños organizativos dispuestos para llevar adelante las políticas sociales. Pero tal presunción se encuentra justificada porque en la vida social existen contenidos comprensivos referentes a las acciones sociales y a su por qué, y a los medios y acciones puestos en marcha para mejorar algún problema o situación. Nosotros hemos concentrado nuestra atención en textos discursivos producidos previamente con pretensiones de indagación comprensiva. A saber, para comprender a un nivel teórico y, en prolongación, comprender para actuar, entendiendo que de una investigación centrada en las causas y motivos de las acciones podrían surgir orientaciones de actuación que pudieran utilizarse a modo de guía en las políticas sociales. Nos hemos centrado en esta segunda parte en estos textos, pero subrayando además la necesidad de una aproximación sociológica comprensiva, directamente dedicada a profundizar en las cualidades y contenidos de las acciones sistémicas emprendidas desde el Estado social. Al articular como objeto de trabajo la acción social y experta, hemos querido hacer notar que la constitución de un espacio de interés sociológico centrado en la ASP es fundamental para el avance de adaptación de las políticas sociales a las necesidades de los ciudadanos. Asimismo, al trasladar el centro de interés de la investigación sociológica comprensiva a la comprensión sobre la acción sistémica y a su desempeño, se enfatiza la importancia de la primera y se propone y presenta como ineludible el trabajo productivo de los propios conocimientos, métodos y comprensiones de la segunda. Podemos decir que *mi* acción experta aprovechará todos los conocimientos, en concreto los conocimientos comprensivos antecedentes, pero también, y sobre todo, estará basada en una investigación comprensiva en la implementación –o en una actitud similar investigadora–, más especializada, que lleve el conocimiento científico a los derroteros de la acción dotándola de una solidez teórica y metodológica. De esta forma, se facilitarán las relaciones de los

ciudadanos con el Estado social y con las situaciones habituales del mundo de la vida en el que se encuentran. Y al centrarse y subrayar que es preciso comprender para actuar, se resalta que las interacciones con los sujetos sociales concernidos forman parte de un ciclo amplio de la ASP, en el que casi siempre hay enlazamientos adicionales con otras instituciones y otros agentes de la acción experta.

Bajo el principio de que todo discurso o narración no sólo contiene intensidad comprensiva sobre las acciones sociales, sino también preceptos comprensivos sobre las necesidades de ASP, nos hemos afanado en este último trabajo dependiente del primero. Así, los resultados de la comprensión sociológica sobre las acciones de los sujetos sociales –sus explicaciones, causas y naturaleza, en relación y dependencia directa con la comprensión, qué acciones, con qué características, cualidades y contenidos, deben ser desarrolladas–, han sido obtenidos en este trabajo a través de tres colectivos habituales en las relaciones con el Estado social: jóvenes, mayores y minoría gitana. Las acciones y sus formas expresan éticas y conocimientos que aceptan o rechazan determinados sistemas de valores y, por lo tanto, concepciones sociales y vitales. Este razonamiento que permanece por derecho religado con la acción social, también está vinculado hasta sus últimas consecuencias en la búsqueda, selección y desarrollo de las acciones técnicas. Desde esa perspectiva, el discurso sobre qué ASP da paso a su concepción y desarrollo respecto a cada colectivo, sea éste cual sea, por lo que es obligado hablar sobre los contenidos comprensivos de cada uno de ellos y sobre sus necesidades de acción. Se mantienen unos principios troncales desplegándose desde ellos hasta cada situación específica manifestada –a distintos niveles y escalas– en forma de problema, de imposibilidad de participación en la vida social y de ausencia de autonomía. Y ello mismo conteniendo las soluciones que deben ser activadas o ayudadas a ser puestas en marcha.

Por lo que se refiere a *los jóvenes*, al entender, desde nuestra investigación comprensiva, que la nueva condición juvenil conforma a la juventud no tanto como espacio de transición, sino más bien como un lugar social de ejercicio de la ciudadanía, con derechos y deberes a ejercer en el presente y, por lo tanto, con una suerte de autonomía social característica, las concepciones y desarrollos deben contener esa orientación con todas las consecuencias prácticas y de actuación correspondientes. Esto se traduce en que la participación social, extendida a la misma elaboración de las políticas sociales, debe constituir una orientación preferente. La autonomía social será el sentido medular de la acción emprendida, teniendo que alumbrar su curso hasta en los gestos más pequeños.

Así, la ASP en los jóvenes ha sido vista como condensación yuxtapuesta y/o ordenada de diferentes comprensiones entresacadas a partir de distintas perspectivas tales como la generacional, la de clase social, la de clases de edad, la de ciclo vital y la de género, entre otras. Desde un plano de razón práctica, las acciones incorporan tales visiones y desarrollos en los que el conocimiento experto –anterior e incorporado– juega un papel fundamental poniéndose en marcha con la acción: informándola y modulándola con la esperanza de

conseguir plasmar sus cualidades y pretensiones hacia los jóvenes, que nunca reciben de forma mecánica tales acciones sino reinterpretándolas. Ha quedado demostrado que las elaboraciones de transición entre el conocimiento y la ASP son imprescindibles para la continuidad y el sentido de la acción. De hecho, hemos comprendido a las mismas como parte de la intervención. Más allá de la conveniencia de que haya algunos profesionales entrenados, con habilidad para conectar las necesidades sociales con la acción —es decir vinculando la acción social con la ASP—, cabe pensar que sólo un conocimiento teórico y metodológico fundado, que huya de los planteamientos intuitivos y de una identificación automática con los sujetos sociales, podrá aportar luz a las carencias de concepción y de aplicación de la actual intervención social, desarrollándose como ASP.

Al reconocer la exclusividad de lugares y momentos en el mundo social de los jóvenes, nos hemos situado en una perspectiva comprensiva para desarrollar proyectos y actuaciones, que de otra forma se muestran ineficaces. El reto sigue siendo establecer una relación dialógica en la acción que promueva y matice las acciones de los jóvenes, no transformándolas sino respetando su autonomía. La juventud es en buena parte un ejercicio de aprendizaje práctico sobre la elección entre los elementos y usos que componen las esferas informal y formal, que a causa de la presencia de valores contrarios absolutos se presenta como un dilema electivo. La ASP, matizando los contrarios excluyentes, podrá concebirse y planificarse asentando tanto la diversión y los aprendizajes informales como sus propios límites, para dar paso alternante a otras adquisiciones más estructuradas.

Las políticas desarrolladas hacia los jóvenes en los últimos lustros han acertado en su orientación general, al considerarlos como un verdadero sujeto social. Pero tal oportunidad ha coexistido con insuficiencias en aspectos estratégicos de los tiempos y espacios inclusivos —desarrollados en las instituciones y compartidos con los adultos—, obstaculizando y retardando su emancipación social. No cabe duda que la intensidad y complejidad de los aprendizajes asociados a la juventud han provocado su prolongación. Pero esta oportunidad ha ido pareja con el fracaso a la hora de enfrentarse con la tarea de facilitar el acceso a adquisiciones capitales para la emancipación social, como son el empleo estable y de calidad, y una vivienda asequible. Existe una pluralidad de ritmos en las capitalizaciones realizadas por los jóvenes, que están mediadas por las exigencias institucionales por las que las que van pasando. En ese sentido, la necesidad de apoyos, protecciones y acciones hacia ellos no es algo excepcional sino frecuente, consecuencia de las deficiencias estructurales, económicas y sociales existentes en nuestra sociedad. De esta forma, el modelo puro de la iniciativa individual termina por quebrarse, coexistiendo con la opinión sobre la necesidad de acciones a través del Estado social.

En lo que se refiere a *las personas mayores* hemos tratado de afinar una ASP que responda al objetivo de mantener y aumentar los niveles de bienestar, pero también las capacidades sociales para ser sujetos activos en la definición y conformación de sus vidas. Al constituir un sector social que *a priori* necesita una gran diversidad y amplitud de políticas,

servicios y prestaciones, se trataba de incorporar –en sintonía con sus propias manifestaciones– conceptos y acciones que reforzaran su autonomía y consideración social, como condición para el desarrollo de nuevos roles sociales que reconozcan el papel de las relaciones familiares pero también las superen. De esta forma, se han abordado las actividades que estructuran las vidas cotidianas de los mayores pero también las posibilidades que les aportan como prácticas sociales en muchos casos novedosas.

En el análisis de ámbitos claves nos hemos acercado, primero, a las repercusiones en sus vidas de las transformaciones familiares y/o de género que más directamente les afectan, indagando cómo las acciones y medidas de bienestar pueden apoyarles de la forma menos invasiva posible. Al hilo de tales cambios, en los que hay un protagonismo importante del Estado social, hemos visto, en segundo lugar, cómo las personas mayores han ido produciendo innovaciones vitales relevantes en sus prácticas sociales cotidianas de carácter público, sobre todo relativas al tiempo libre y al ocio. Y finalmente, en tercer lugar, conviene subrayar que al apercibirse de la pérdida de sentido social de la vejez, una parte de las personas mayores han emprendido diversas iniciativas sociales con el fin de mostrarse útiles para sí mismos y para la sociedad.

Orientándonos sobre la mejor forma de implantar los recursos que les permitan el desarrollo de sus capacidades, se han desarrollado formas explícitas de mirar combinadas, apoyadas en la sociología de las generaciones y en la sociología de las clases de edad, ambas en estrecha vinculación con las teorías de la corriente psicológica del ciclo vital. Las personas coetáneas envejecen colectiva y socialmente vinculadas, y los componentes generacionales conservan su vigencia e indicaciones a la hora de seleccionar aspectos comprensivos para una ASP lo más cercana a sus necesidades reales. Al mismo tiempo, la vejez como etapa vital se construye a partir de una continua y diferenciada socialización que, con la mediación de las políticas sociales, supone nuevas conductas y socializaciones, así como inéditos procesos de adquisición social.

La expansión hacia prácticas novedosas de carácter público y relativamente expresivo, se ve facilitada por la existencia de una diversidad de centros sociales como espacios de convivencia donde se realizan actividades y, en su caso, se facilitan servicios. La activación desarrollada en ellos facilita el contacto con otras personas, materializando un espacio de confianza entre iguales. Constituyen recursos cercanos que abren la posibilidad a un tiempo estructurado por actividades socialmente útiles, donde además se obtiene el subproducto de la sociabilidad y el consiguiente alejamiento de la soledad. Devienen más importantes, si cabe, en el medio rural donde los momentos de encuentro suelen ser más insólitos. Bien es cierto que se ha advertido una ambivalencia respecto a los espacios y centros sociales, pues la consolidación de las prestaciones del Estado de bienestar les permite agruparse en ellos, aunque una parte considera que existe un confinamiento compasivo que les aparta socialmente. Tal relegación parece actuar como motivación para organizarse y asociarse, y reivindicar los recursos y necesidades que consideran justos. Es decir, surge un

asociacionismo que se ha visto como nexo de los mayores con la sociedad y con la parte del Estado de bienestar que tiene las competencias de mayores. Dado el relativo aislamiento mencionado, constituye un intercambio social que pretende hacer visibles sus merecimientos, tratando de obtener los medios necesarios para ese despliegue activo. También es un intercambio interno que persevera en la legitimación hacia sus propias familias y hacia las otras personas mayores. En conjunto, se trata de un proyecto activo de las personas mayores que, aprovechando las prestaciones del Estado social, tratan de validarse socialmente a través de las propias elecciones selectivas de las actividades y prácticas que realizan.

Sobre el conjunto de las personas mayores se puede decir a modo, de conclusión, que cada vez menos componen una vejez resignada ante la ambivalencia que los muestra como receptores de servicios del Estado de bienestar pero los proscribire como sujetos sociales. Al saber de las dificultades para un cambio inmediato, intentan mejoras parciales que tratan de incidir en la mejora de la convivencia intrageneracional, con aprendizajes asociados a la realización de actividades culturales y de ocio, que agrandan y recrean sus prácticas y espacios de autonomía. Las acciones de apoyo hacia ellas deben comenzar a sostenerse desde la constatación de su relegación social, al suponer una devaluación de su estatus y un cierto desafecto y desconsideración hacia ellas en la vida cotidiana. La creciente calidad de las prestaciones y servicios públicos recibidos están diseñados para delimitar un espacio autónomo, si bien apartado y relegado. Un espacio social desplazado que no está interpenetrado por otros, excepto, en lo que cabe, por sus familias; con lo que esa construcción deficitaria se tiende a materializar de forma implícita en cada acto, en cada acción y servicio. En el horizonte de la acción habría pues que tener en cuenta este punto de partida, lo cual no debe ocultar que las personas mayores son sujetos de derechos sociales de ciudadanía que, en parte, está siendo materializada a través del acceso creciente a conjuntos de prestaciones y servicios que les aportan seguridad, y actúan como devolución social diferida ante una existencia vivida en difíciles condiciones materiales y morales.

Con la *minoría gitana* hemos querido completar un conjunto característico de las formas de acción e intervención sistémica. El tratamiento de la ASP concita aquí las intervenciones hechas con sectores o colectivos cuyo riesgo es el alejamiento de la participación parcial o total en la sociedad. Ya de inicio, hemos llegado a ver que al estar una porción muy significativa de la población gitana en proceso de vulnerabilidad y exclusión social, debe emerger una intervención troncalmente convergente con la destinada a otros grupos sociales en situaciones similares, pero reconociendo su especificidad cultural como una información relevante en los ámbitos clave para la inclusión. Es decir, entre otros, la educación, el trabajo y la vivienda. De esta forma, la ASP dirigida a la minoría gitana constituye una de las pruebas de fuego de las políticas sociales y la intervención social, pues existe más riesgo, si cabe, de una sujeción desmedida a valores diferenciadores, perdiendo de vista las aspiraciones de igualdad y objetividad. Esto se acentúa si pensamos que una fracción importante de la población gitana sufre de una continuada exclusión social, al estar situada

casi siempre al margen de las políticas sociales universales, y sujeta a oscilaciones políticas y técnicas a veces contradictorias entre sí. Como consecuencia, tal discontinuidad en la línea de implementación social, ha provocado que el arco de acción del que ha sido objeto la minoría gitana haya estado entre acciones paternalistas y/o de control social, ambas impermeables a sus mismas iniciativas y sugerencias y a las elaboraciones de la investigación comprensiva y sus hallazgos. El agotamiento de las formas de intervención ha situado a esta minoría en una relación enquistada con los servicios sociales, en correspondencia a su atribuida inmovilidad social. Si por un lado, ha tenido un acceso destacable a recursos básicos de bienestar, por otro ha crecido el desconocimiento social hacia ella, acentuándose los estereotipos y sedimentándose la opinión sobre su incapacidad de dar pasos hacia la autonomía social.

Más allá de las concepciones inmanentes o residuales, al partir del presupuesto de la igualdad social en los resultados, hemos llegado a comprenderla sujeta a la estructura social general, constatándose su desigual movilidad con una estructuración social diversificada tanto en Europa como en España. Así, quedan *de facto* invalidadas las frecuentes asimilaciones entre exclusión o pobreza con la identidad gitana, mucho más cuando investigaciones relevantes han demostrado su pervivencia en procesos de movilidad ascendente por las que los grupos con mayores ingresos y mejor educación reglada tienden a identificarse más constitutiva y electivamente con la cultura gitana. Al efectuar la ruptura de la relación directa entre lo gitano y la exclusión, se han puesto las bases para fijarse en sus relaciones e interacciones sociales, interpelando a la intervención real para construir una ASP dirigida –en consecuencia– a sujetos sociales activos que pueden y tienen que participar en la elaboración de su inclusión. Resulta ineludible pensar que si existen situaciones diferentes y formas sociales diversas de sentirse gitano o gitana, tienen que ser consideradas en las formas y desarrollos de la acción experta. Sin embargo, no se pretende ocultar, o maquillar, la situación de marginalidad y separación del pueblo gitano, pues el conocimiento y comprensión rigurosa de su situación económica y social constata que tiene una presencia desproporcionada en el territorio de la exclusión.

Más allá de la lógica de las prácticas expertas existentes se ha observado que la primera barrera contra la *exclusión*, y para la *inclusión*, es ver a las personas totalmente desprovistas de algunas de las capacidades que pueden dar paso a la readquisición de otras. Al realizar construcciones analíticas para la acción que conectan la situación de factores objetivos –educación, empleo, ingresos, vivienda– con los más subjetivos, –interacción y participación social, comprensividad de la acción, iniciativa y elaboración cultural– hemos llegado a avistar que el reconocimiento de la vulnerabilidad y la exclusión no debe contradecirse con la movilidad y pluralidad social de la minoría gitana. Al hacerlo así, se descubre un resquicio para su iniciativa y participación, siempre que esas acciones desarrollen metodologías que sean realmente participativas, reforzando establemente las palabras con los hechos y viceversa. Las políticas sociales y la ASP contra la exclusión social no deben reconcentrarse especialmente en las personas excluidas. En ese sentido, el punto de partida

debe ser la igualdad en los resultados y no la diferencia, siendo emplazadas tales acciones a restablecer los vínculos sociales y las capacidades de las personas y grupos. Es decir, se trata de trazar líneas inclusivas troncales para reanudar la participación en la sociedad, y su prueba de fuego debe ser la mejora en un tiempo prudencial de la posición y consideración de los sujetos sociales implicados. Las acciones, recursos y prestaciones nunca pueden perder la referencia de las actividades y la situación de las otras personas y grupos de la sociedad, buscando la convivencia y la interpenetración recíproca entre la cultura mayoritaria y la minoritaria.

La importante porción de la minoría que se encuentra en situación de exclusión social es el resultado del empobrecimiento de las familias que han permanecido largo tiempo viviendo en la escasez. Esta privación, que afecta en diagonal a sus condiciones de vida – materiales y morales –, impide el acceso a un estatuto de ciudadanía y de las oportunidades sociales a él asociadas. Es reconocible que desde el principio de realidad de las prácticas actualmente existentes en la intervención, la exclusión no está nunca tan vinculada a tipos de personas y colectivos como cuando se nombra a los gitanos y a las características que se les atribuyen, estimándolos incapaces de incorporarse al tren de la sociedad. El abandono de los instrumentos metodológicos y técnicos rigurosos en los que, además, pueda estar presente el aprendizaje, configura una intervención social devenida como mera aplicación iterativa que no llega a tener el rango de acción. Sin embargo, desde la perspectiva de la acción observadora se produce una ambivalencia extensible al conjunto de los mismos servicios sociales de base, como la agencia de intervención social habitual con la minoría gitana: al mismo tiempo que estos servicios son imprescindibles para acceder a recursos que de otra forma no tendrían, la relación de asistencia es clave y definitiva pues la pobreza y la exclusión son combatidas al ser juzgadas intolerables por la colectividad. Sin embargo, el colectivo gitano continúa siendo estigmatizado y devaluado, permaneciendo en un lugar social que es el más bajo de entre los asistidos, sin llegar a formar parte de la estructura social. Tal limitación protectora no ha conseguido cortar su privación y aislamiento de generación en generación, percibiéndose ya como una herencia.

Para abordar la cuestión social gitana desde la perspectiva de la acción social experta, ha sido preciso analizar tanto la separación de la sociedad como los potenciales factores inclusivos contenidos en las actuaciones, a través de diversos ámbitos que también deberían abordarse desde la ASP, como son los estudios, la formación y el empleo. Y ello partiendo de la disposición que la minoría gitana parece tener por participar en procesos de adquisición de capacidades. Sin embargo, no se pueden ignorar las dificultades, pues ya sea por el salto que se produce entre los principios de las protecciones y su plasmación en las personas, o ya sea porque ciertos sectores y organizaciones del bienestar son más impermeables a los cambios de orientación de las políticas, hay un componente estigmatizador que sigue influyendo en la orientación de la acción. Hemos visto también que al ser la atención individual la forma técnica predominante de intervención, se produce una iteración individualizante que tiene

dificultades para proponer y encontrar nuevas formas de acción con los ciudadanos que más apoyos precisan, en concreto con esta parte de la minoría gitana en exclusión. Dentro de las certezas que producen las prácticas repetitivas, terminan predominando los enfoques que se adaptan a la inercia organizativa –mecanicista– y técnica: la atención a individuos y la modificación de conductas.

En ese contexto, la intervención real con este colectivo –al igual que con otros excluidos– se sigue focalizando en el cambio de valores conductuales y de cultura de la pobreza. La separación excluyente de la minoría se afianza simbólicamente cuando los términos técnicos tantas veces dichos, no terminan concretándose en formas plausibles de trayectos hacia la inclusión. Con ser fundamentales, las protecciones mencionadas sólo abarcan las necesidades particulares individuales y todo lo más familiares, y en lapsos temporales muy concretos. Así, más parecen tratar de calmar la conciencia social y servir de justificación y autoprotección hacia la sociedad entorno. Las esperanzas concitadas y los avances prometidos que parecían acompañar al concepto de exclusión social, se están quedando en papel mojado. Frente a las teorías de la subclase, o infraclase, que focaliza el interés hacia comportamientos más o menos adecuados, el concepto de *exclusión* no tiene connotaciones negativas y está comprendido en el análisis de las desigualdades sociales: captura la jerarquía social de arriba hasta abajo y así es posible comprender la sujeción de la minoría gitana en exclusión social a la parte más baja –de la más baja– de la estructura social. Pero lo que esto presupone no acaba de incorporarse a la acción de los programas, servicios y prestaciones habituales, o a los planes de inclusión y de lucha contra la exclusión impulsados desde la Unión Europea y los gobiernos respectivos. Se valida, entonces, la hipótesis de que las referencias de reconstitución social e integración tienen dificultades en abrirse paso en la intervención real, permaneciendo los procedimientos mecánicos de la práctica institucional político-técnica.

Un proceso de reconstitución de la acción exige no dar por acabados determinados pensamientos y actuaciones que funcionan como evidencias irrefutables. En el análisis empírico hemos visto que la minoría concernida tiene disposición a recibir los apoyos públicos. Sin embargo, ello no debe suponer que recibir una ayuda o, incluso, una serie continuada de protecciones, implique la sumisión a fines heterónomos siendo mero medio para otros. En suma, la intervención constituida como ASP tiene que realizar un esfuerzo continuado para confluir con los intereses de reconstitución de las personas y grupos, y no tanto con requerimientos del devenir organizativo o técnico que, eso sí, se manifiestan como “normalidad” desde un formalismo igualitario. Es preciso advertir sobre los efectos estigmatizadores de la relación de asistencia y de sus influencias como reforzadoras de un proceso de minusvaloración social que, en segunda instancia, es interiorizado en la minoría social, y en concreto en la fracción excluida. En ese sentido, se deben fundar nuevas bases relacionales instauradas desde la ciudadanía y la responsabilidad compartida, que hagan desaparecer paulatinamente las reticencias seculares. Como hemos visto y entendido el

objetivo de la intervención tiene que ser la autonomía personal y la integración relacional de las personas. Desde ahí, la interacción humana y las relaciones sociales se constituyen como la finalidad específica de referencia, donde la subjetividad no sea aprehendida como una entidad psicológica pura sino como la búsqueda de un relato colectivo y de un lugar de reconocimiento social.

Para llevar a cabo esta intervención como ASP, hemos llegado a ver la importancia de una actitud investigadora en situación de la acción. Una parte sustantiva del conocimiento de la acción técnica es deudora de la innovación conceptual y metodológica, y sólo una actuación reflexiva en ese sentido puede incorporar y producir nuevos conocimientos y aprendizajes. Con la minoría gitana, como sujeto social que pretende actuar y ser reconocido como tal, es obligado apoyarse en metodologías que garanticen el diálogo, la versatilidad y el análisis, incorporando conocimientos científicos en fusión con los aprendizajes que tal actuación cognitiva puede posibilitar.

IV. De la investigación sociológica comprensiva a una actitud investigadora en la acción social proyectada

Como colofón de los intentos de conocimiento realizados hemos fijado nuestra atención en el tiempo presente de la relación entre la acción observadora y la acción social en sí, en tanto que espacios y momentos en los que interaccionan, por ejemplo, en la implementación de prestaciones y programas. En ese sentido, ha sido relevante la investigación y la búsqueda de una actitud investigadora que facilite tanto la incorporación y plasmación de los conocimientos y saberes adaptados a cada caso, como un aprendizaje que reaccione ante las eventualidades presentadas por la acción social no conocidas hasta ese momento, y ante las emergencias por la relación entablada entre la práctica social y la práctica cognitiva. La presunción de que es posible no devaluar las comprensiones previas en la acción, y de que además se pueden potenciar, ha sido la base para entender la sintonía constitutiva entre conocimiento y acción. El conocimiento pertenece a otro tiempo que la acción pero se incorpora en el desempeño de la ASP mejorando y dignificando su práctica, lo que abre a nuevas relaciones y posibilidades en interacción con los ciudadanos.

Hemos partido de la presunción de que una de las formas de investigar la relación interactiva entre las dos clases de acción, se realiza mediante el análisis de narraciones y discursos, observando que contienen elementos diáfanos en los que los ciudadanos emiten opiniones, juicios y consideraciones. Así, al desarrollar tal análisis cualitativo se han acumulado valiosos materiales parciales que nos indican que en los presupuestos y prácticas interactivas –más allá de las prestaciones objetivas que, en su caso, conllevan–, se encuentran las bases para aprovechar las potencialidades inclusivas de mantenimiento y crecimiento de los derechos sociales. Hemos llegado a ver también que la forma relacional de las interacciones cognitivas entabladas con los sujetos sociales, personas y/o colectivos, dice

mucho sobre las pretensiones presentes y futuras de la intervención emitiendo mensajes por ejemplo, de control, paternalismo, abandono, responsabilidad, objetivismo, participación o consideración, que son captados por tales sujetos sociales y que han quedado manifestados en diversos niveles del análisis realizado. Además de la investigación de la ASP en su momento, a través de los textos discursivos es importante, en pos de la convergencia y aprovechamiento del conocimiento y la acción observadora, mantener una actitud investigadora en el curso de la propia acción que en el momento en que sea necesario anide reflexivamente nuevas incorporaciones conceptuales y prácticas. Es notorio que una acción experta no es una mera aplicación y no puede ir despojada de los conocimientos previos que serán puestos en situación, provocando otros nuevos a partir de la experiencia. Pero una actitud investigadora, sin desdeñar las exigencias ineludibles de la práctica, se interroga sobre el sentido y dirección de los actos y relaciones entabladas, y de una forma ágil, intuitiva y a la vez reflexiva, escucha los relatos y narraciones en vivo, e intenta responder a las emergencias que se van presentado en el encuentro de la acción observadora con la acción social. Y, aún más, llega a vislumbrar las consecuencias comprensivas de la incorporación de la primera en la segunda.

V. De la crítica de la razón teórica a la crítica de la razón práctica

La ASP dirigida a sujetos sociales es un objeto de trabajo complejo jalonado de diferentes enlazamientos que van, a grandes rasgos, desde las concepciones e intenciones hasta la interacción con la acción social y su incorporación a la complejidad de la vida social. Si en esta última se dan unas disposiciones de anticipación intuitiva a la misma acción, un sentido práctico, en la ASP hay partes del proceso que siendo ineludibles, constituyen un espacio de embrague y nexo entre la razón teórica y la razón práctica: tal ha sido el eje común por el que hemos agrupado a las necesidades sociales, a la planificación social y a la participación social, poniendo su concepción y desarrollo específicos al servicio de esta AP dirigida a los sujetos sociales. Son partes del proceso irreductibles, en la medida que su origen lo encontramos en actividades que ocurren en la vida social, y que han sido trasladadas a este ámbito transformadas en acciones expertas de conocimiento, metodología y técnica. Dada la concepción no racionalista normativa de la ASP que hemos defendido, estos factores transversales no sólo aparecen en una parte del proceso para dar paso al siguiente, sino que estando en un curso relativamente ordenado pueden ser utilizados con frecuencia, incorporándose en cualquier momento del ciclo de la acción. Es decir, como nexo en el curso global pero también como aproximaciones conceptuales y metodológicas que han tratado de fundamentar los pasos hacia las protecciones, la autonomía y los instrumentos de autocapacitación social de los sujetos sociales concernidos. Dada la realidad de la intervención social, no son raras las aplicaciones meramente administrativistas o tecnológicas, muchas veces utilizadas como distinciones cualificadas en su campo de fuerzas e intereses en liza. Al manejar de una forma explícita y crítica este espacio intermedio, se ha querido

demostrar la importancia de unas aproximaciones que fueran más allá de la inercia activista o de unas prácticas que una vez aprendidas tendieran a ser reproducidas y replicadas mecánicamente.

Lo que aglutina a los tres factores transversales que sirven como transición entre la razón práctica y la teórica, es que todas las personas tenemos ideas más o menos acabadas sobre ellos y que actúan tanto por presencia como por ausencia. En la vida social hay presentes sistemas de valores y concepciones de racionalidad sobre las necesidades y los propósitos para mejor satisfacerlas; sobre qué acciones, planes y proyectos podemos poner en marcha para ello; y sobre las formas de participación de las personas y los sujetos sociales colectivos. De esta forma, los resultados de la investigación empírica de la ASP siempre van a ser dependientes de las concepciones y desarrollos que hayamos tenido de estos tres factores transversales. Sus orientaciones resultan, por tanto, tan importantes como las de aquellas investigaciones comprensivas en las que nos apoyemos, siendo ambos espacios completamente irreductibles. Por tanto, el desarrollo y materialización de la ASP depende del bagaje agregado de dos movimientos comprensivos de la acción –comprender la acción social y sus causas, y comprender qué acción es necesaria–, y de la traslación al diseño de esta última de la orientación y valores buscados de los factores transversales –necesidades, planificación y formas de participación–. Desde ahí, en efecto, continua el ciclo global de la ASP y, en todo caso, se puede decir que comienza una parte de ella con su materialización y desempeño.

VI. Balance final

Entendemos que el crecimiento de las políticas sociales requiere una mejora de las formas de la relación cognitiva entablada con los ciudadanos. Así, pensamos que ha sido fructífero poner en contacto las formas de intervención con la sociología de la acción social, lo que ha permitido modular una ASP que hemos tratado de re-fundamentar, desarrollar y comprobar allende las formas actuales de intervención, de su organización, diseño metodológico y técnico. Más acá del Estado social y de las políticas sociales, aunque a partir de ellas, se necesita seguir profundizando sociológicamente tanto en la investigación teórica que se oriente en tal sentido, como en una investigación empírica que conecte ambas formas de acción y vea sus potencialidades. Si una de las posibles vías es la investigación de los agentes institucionales de la acción observadora, aquí hemos optado por un enfoque que se tiende a olvidar, es decir, hemos tratado de afirmar un espacio de conocimiento al que no es muy frecuente que llegue la sociología reflexiva: investigar una acción en relación con otra acción –la ciudadana– como un objeto sociológico que obtiene resultados mediante la mejora de la relación entre ambas acciones. Proponemos por tanto una acción de la sociedad sobre sí misma para favorecer la igualdad y la democracia social y política. Sin embargo, somos conscientes de que nos movemos en un campo en el que la incertidumbre ante determinadas

situaciones y ante problemas de insatisfacción de necesidades, demanda certezas e instrumentos de intervención con resultados previsibles y controlados. Es aquí donde paradójicamente la idea de investigar preceptos de acción en los discursos producidos *ex profeso*, o en el mismo momento de la acción –entendiendo en vivo las palabras de los sujetos sociales como discursos y narraciones–, entra en conflicto con unos resultados acabados que proporcionen pautas operativas de consumo rápido para diversas situaciones y casos. Reconocemos en este sentido que aún queda mucho por hacer, y que es posible seguir profundizando en un espacio conceptual y empírico que oriente decisivamente desde la pluralidad las formas proyectivas de desempeño y de relación con los ciudadanos, en pos de la ampliación de las protecciones así como de la ciudadanía y la justicia social.

ANEXO METODOLÓGICO

I. Enfoque metodológico y técnico: selecciones y explicaciones

Justificar y elegir la(s) perspectiva(s) metodológica(s) forma parte de la construcción del objeto sociológico. Según los planteamientos y objetivos desarrollados se han efectuado fundamentalmente tres operaciones selectivas a fin de involucrar los componentes formales, empíricos e intuitivos necesarios para nuestro trabajo de tesis doctoral. La primera es una suerte de selección implícita manifestada desde las experiencias, reflexiones e intuiciones tenidas por el autor al hilo del desarrollo de la profesión sociológica, hasta finales de los años noventa, en el campo de la ASP. La segunda y la tercera se refieren a un proceso de selección más explícita –al menos así aparece al final– de la perspectivas de investigación social que aseguren los componentes formales y empíricos necesarios en la investigación. Vamos a explicarlas una por una.

1. Esta primera operación intenta ser reveladora en la medida en que tratamos de explicitar la influencia inevitable de lo implícito. Nos referimos a cómo la actualización del pasado hacia el presente de la trayectoria socioprofesional y personal se produce de manera casi constante, y más si estamos hablando de un tema como la ASP que hemos vivido y trabajado desde hace bastantes años. Sin embargo, es preciso hacer evidente las limitaciones que ello implica, encauzando y señalando las necesarias cautelas desde la perspectiva del conocimiento que debemos mostrar. Por ejemplo, a causa del mismo paso del tiempo que provoca una ilusión biográfica por la que se borran o permanecen las experiencias en la memoria, manifestándose otras de manera confusa debido a la pérdida de los apoyos

informativos necesarios¹. También, por el mismo efecto de compartir distintos ámbitos de trabajo, que si bien no son opuestos sí presentan otras reglas y otras culturas “contrastantes” como consecuencia de la fragmentación de la investigación con respecto a la acción que más atrás señalamos. Finalmente, precaución también ante la misma pérdida de sentido que el alejamiento provisorio –temporal y estructural– que “la práctica” especializada en el entendimiento haya podido provocar en su momento, aunque, por otro lado, reconozcamos las posibilidades proporcionadas por tal distancia. Así, por ejemplo, la perturbación moral que origina el conflicto entre pensamiento y práctica, vivido subjetivamente en aquel presente, deja paso a la sazón a un poso comprensivo que ayuda al análisis objetivo de la ASP; así también, la misma distancia temporal aminora la carga de implicación facilitando el compromiso reflexivo con las acciones pasadas –propias y ajenas– que se proyectan hasta el presente; y así finalmente, porque este transcurso ha permitido nuevas informaciones, relaciones y marcos sobre el objeto de estudio.

Se produciría un confuso efecto de inundación del pensar si no existiera un discernimiento sobre los límites y posibilidades que supone una experiencia pasada que hay que revisar a la luz de este estudio. De esta forma, acercándonos a unos y otros podemos filtrar la utilidad que, desde la metodología, puede tener el echar mano de nuestras prácticas anteriores –en la investigación y la AP– para ahora abordarlas desde la acción y razón intelectual que la constituye. Dado que nuestro presente es en parte producto de nuestro pasado, y que la inquietud seminal de este trabajo se encuentra en esas experiencias pasadas, conviene regular esa inevitable pero ineludible presencia. La pretensión ha sido utilizarla a modo de análisis institucional en situación –diferido–, desde el que articular nuestras formalizaciones y experiencias, pero sobre todo nuestras intuiciones². El análisis institucional aspira a producir una nueva relación con el saber, una conciencia del no-saber que condicione nuestra acción investigadora sobre la ASP³. Es claro que las condiciones de partida son algo diferentes, pues ni en su momento hubo una demanda explícita de investigación institucional, ni fuimos analizadores externos contratados a tal efecto, ni tampoco ahora mismo estamos en situación de análisis colectivo, en vivo, en el lugar donde operan las instituciones de la AP. Hay, por tanto, una separación temporal entre análisis e intervención y, además, tal distancia será fructífera en la medida que hayamos conseguido rediseñarnos como actores, a los que el efecto del paso del tiempo y la participación posterior en otras instituciones, nos haya proporcionado un papel similar al de los agentes externos del socioanálisis que investigan y participan en las situaciones cotidianas institucionales⁴. En conjunto, pues, se trata de ser

¹ P. BOURDIEU. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama. 1997. p. 78 y ss.

² J. IBÁÑEZ. *Perspectivas de la investigación social...* p. 31, 36, 41, 46, 56 y ss. Como ya hemos señalado en la Introducción, el último tercio de la investigación la realizamos, de vuelta, en el marco institucional local de la ASP.

³ R. LOUREAU. *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu. 1975. p. 19.

⁴ *Ídem*: p. 264.

analizadores institucionales diferidos que aprovechando el bagaje en vivo –participativo y analítico–, se proyecta hacia el presente de la investigación de la ASP.

Al efectuar y hacer explícito este socioanálisis no pretendemos sistematizar y localizar físicamente su planteamiento, desarrollo y resultados específicos. Antes bien, lo que se quiere es encauzar epistemológica y metodológicamente las intuiciones que tenemos sobre la ASP, y cuyos resultados están contenidos a todo lo largo del texto, junto a las de las otras perspectivas metodológicas implicadas. De esta forma, más allá de las dificultades señaladas, las posibilidades de efectuar este tipo de análisis son bastante óptimas al haber tenido una presencia material cotidiana, durante varios años, pasados y presentes, en la totalidad del contexto institucional que ahora se analiza. Es decir, como aspecto obligado los analistas deben ser actores participantes en esa situación social desde donde se plasman las políticas sociales y acciones dirigidas a los ciudadanos.

Al mostrar las formas de hacer desde esta perspectiva que prima la intuición basada en el socioanálisis, queremos señalar no sólo una opción metodológica sino también una deuda con nuestra propia trayectoria profesional que es explicable a partir de la tensión entre la distancia y la implicación, tanto institucional como práctica. Como se ve, la necesidad de expresar una salida a los propios demonios coincide con las inquietudes generales desde el conocimiento, manifestadas más atrás. Pero también se puede explicar desde una manera de aproximación –metodológica– que trata de reactualizar nuestro trayecto y compromiso social e institucional, tanto empírica como teóricamente. Es decir, si lo hacemos así es para aprovechar la potencialidad de las metodologías de investigación usuales, pero también la capacidad de la investigación institucional que se inspira en el mencionado análisis institucional en situación⁵. Quedaría por aclarar la técnica de investigación habitual que hemos utilizado como aplicación concreta de esta perspectiva. Con las condiciones señaladas que el paso del tiempo nos ha delimitado, hemos procurado aprovechar reflexivamente nuestra *experiencia en situación* con las correspondientes conversaciones, discusiones y encuentros. Asimismo, las mismas relaciones sociales no basadas en la interacción tuvieron, desde luego, un papel fundamental en unos “apuntes” que, por otra parte, se fueron rehaciendo y enriqueciendo con el paso del tiempo. Es decir, más que seleccionar dispositivos tecnológicos explícitos hemos aprovechado la mixtura institucional, recreada a través de las interacciones y relaciones en la vida institucional normalizada⁶.

2. La segunda perspectiva de investigación de la que nos hemos servido es la cuantitativa. Al abordar la ASP lo hacemos con el interés de realizar algunas aportaciones genéricas más allá de dominios y lugares concretos, y por eso, precisamente, es necesario un mínimo enmarque significativo sobre lo que supone el Estado social en España y, en concreto, la ASP. El anclaje en una realidad que nos permite conocer hechos o colecciones de hechos y

⁵ R. LOUREAU. *El estado y el inconsciente*. Barcelona: Kairós. 1980. p. 154.

⁶ R. LOUREAU. *El análisis institucional...* p. 263 y ss.

sus evoluciones comparativas nos proporciona detalles complementarios sobre situaciones y procesos emergentes en torno a la AP. Se subraya la complementariedad entre las diferentes perspectivas de investigación y metodologías⁷, ya que en un trabajo como éste serían muy difíciles de sostener aproximaciones y resultados sin algún referente estadístico aproximativo a esa realidad que buscamos comprobar. A partir, siempre, de datos no producidos por nosotros mismos, hemos utilizado fuentes secundarias institucionales o, en su caso, datos primarios de otras investigaciones que en su momento abordaron alguno de los temas de nuestro interés desde esta perspectiva cuantitativa.

Como ya se ha señalado nuestro enfoque es sobre todo constructivo, en el sentido de que no se detiene, en especial, en los espacios concretos de la actual intervención. Si en un primer movimiento se efectuaba su interrogación y crítica global, en el segundo más bien se opera desde un alejamiento de carácter epistemológico que yendo más allá de sus técnicas, métodos y prácticas concretas resultantes –en sus dominios y tradiciones–, se asienta en la construcción de la visión sociológica de la ASP. Sin duda, al efectuar esa “mirada de soslayo a la realidad actual de la intervención” se corre el riesgo de caer en un voluntarismo formal que desvíe en exceso nuestra trayectoria de las condiciones reales. Pero, por eso mismo, son precisos diversos anclajes y uno de ellos serán los datos cuantitativos traídos a cuenta del desarrollo que hemos efectuado a lo largo del estudio. Es decir, por un lado, ni descender al detalle desde donde se pierden las referencias que supone nuestro planteamiento, pero por otro tampoco perder de vista las configuraciones de la realidad que, como referencia, fundamentaron parte de nuestra crítica teórica inicial, así como parte de nuestra construcción posterior.

Hay varios temas principales y objetos de trabajo ya señalados que comportan otros tantos aspectos de la realidad social a estudiar o, si se quiere, que comportan otras tantas realidades: el Estado social y la ASP en su contexto con la acción social y las necesidades de los ciudadanos al hilo de las acciones proyectadas. Sólo con nombrar estas regiones cognitivas en las que estamos embarcados se puede comprender la necesidad de un pluralismo epistémico y metodológico que encauce el acceso a ellas y, al mismo tiempo, nos aleje de débiles sincretismos –tácticos o no– y de algunas de las convenciones metodológicas al uso⁸. En ese sentido, aquí no se trata de poner en liza un contrapeso argumental de los datos que nos aporta la perspectiva metodológica cuantitativa con respecto a la cualitativa, sino de señalar el imprescindible efecto referencial y contextual que nos proporciona esta aproximación.

⁷ A. DÁVILA. “Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. p. 69 y ss.

⁸ M. BELTRAN. “Cuestiones previas acerca de la ciencia de la realidad social” en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBÁÑEZ; F. ALVIRA (compilación) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. p. 19 y 26, respectivamente.

3. En esta tercera operación selectiva hay tres interrogantes que en especial han condicionado la perspectiva metodológica elegida. Nos referimos: primero, a la pregunta básica sobre cómo investigar la acción proyectada que interviene –intervenir es irrumpir en una situación o dialogo ya iniciados⁹– en la acción social, la cual no está determinada ni proyectada de una forma racionalmente controlada; segundo, a la interpelación estratégica sobre cómo investigar su relación con los ciudadanos destinatarios al hilo de sus necesidades; y, tercero, al cuestionamiento relacional sobre qué significa la interacción entre una acción intelectual y la acción social de los ciudadanos a los que se dirige.

Es indudable que su tratamiento tiene que implicar una profundización teórica con el fin de delimitar su naturaleza y significado social y, en especial –con la parte que le toca–, en el contexto del Estado social. Pero además de este proceso de indagación normativa, es preciso no olvidarse que el referente último son los ciudadanos. En toda investigación y acción proyectada especializada, hay dos componentes recíprocamente dependientes. Uno de ellos es manifiesto en la investigación e insólito en la acción y se refiere a los contenidos –relativamente variables– comprendidos en *qué* –y *cómo son* las– situaciones y procesos, necesidades, problemas o posibilidades. El otro es más próximo a la acción que a la investigación, conteniendo los interrogantes sobre *qué* políticas, medidas, actuaciones y acciones, y sobre *cómo* llevarlas a cabo. Pues bien, esto es precisamente lo que se ha tratado de investigar y sobre lo que debemos efectuar nuestra justificación en las formas de proceder.

De esta forma, el siguiente paso ha sido tratar de servirse de las metodologías y técnicas más adecuadas para que nos proporcionaran un material empírico con el que poder acercarnos a satisfacer esas exigencias. En las operaciones sociológicas comprensivas en las que están implicados procesos, valores, contrastes y relaciones –entre otras miradas¹⁰–, lo más acertado es articular dispositivos dialogísticos o conversacionales –o incluso de debate– donde las narraciones de medio y largo alcance puedan fluir y ser, a su vez, plasmadas en un texto a estudiar y manejar por los analistas¹¹. Así, cuando la región de la realidad social que se quiere estudiar exige –además de la descripción– explicación y comprensión sociológicas, es preciso ir a procesos de recogida de datos relativamente más libres, donde las únicas limitaciones sean las que impone el contexto existencial de la situación social producida¹². Hablamos, por ejemplo, del tiempo de duración, o de la tensión inicial en un espacio que suele ser de carácter institucional, o de la organización del acto establecida de manera arbitraria –para los participantes–, o de la tensión acrecentada en las personas con menor capacidad del

⁹ R. LOUREAU. *El análisis institucional...* p. 274.

¹⁰ P. NAVARRO. “ciencia y cibernética. 1) Aspectos teóricos” en: *Suplementos Anthropos. Textos de la historia social del pensamiento. (Tema general: Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden)*, núm. 22. Octubre. Barcelona: Anthropos. 1990. p. 23 y ss. Ver también, P. BOURDIEU. “Comprender” en: P. BOURDIEU [dir.]. *La miseria del mundo*. Madrid: Akal. 1999. p. 527 y ss.

¹¹ G. PASK. “sistemas observadores. 3) Teoría de la conversación” en: *Suplementos Anthropos. Textos de la historia social del pensamiento. (Tema general: Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden)*, núm. 22. Octubre. Barcelona: Anthropos. 1990. p. 93 y ss.

¹² J. IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto...* p. 58 y ss.

manejo de la impresiones, o, en su caso, del miedo situacional de los que poseen –o creen poseer– menor competencia lingüística. Sin embargo, siendo conscientes de estas trabas, necesitamos la perspectiva metodológica cualitativa desde la que sí, al menos, nos podemos plantear el responder a estos interrogantes sobre la ASP. Y, de la misma manera, se precisan técnicas de investigación que permitan un contexto social producido donde las preguntas se puedan contestar a través de nuevas preguntas, y donde los textos discursivos y las narraciones puedan tener lugar en las mejores condiciones de producción¹³.

Con la perspectiva estructural, o cualitativa, tenemos la posibilidad de profundizar en los significados de los hechos o colecciones de hechos conocidos. Esto es, a partir de los discursos y de las percepciones y auto-percepciones de las personas participantes en alguna de sus técnicas de investigación características. Pero estas expresiones y relaciones deben ser analizadas en referencia al contexto existencial y social, de forma que puedan visualizarse los nudos relacionales que, en cualquier sentido, condicionan sus vidas en el aquí y ahora, o desde el pasado mediante su incorporación al lugar y momento actuales¹⁴. Lo estructural, por lo tanto, remite a discursos que se deben conectar con texturas más amplias que ellos mismos, de forma que se busque algo más que su propia coherencia interna¹⁵. Desde estos presupuestos, es fácil deducir que dentro de la mirada cualitativa la técnica de investigación que mejor se adecua a esas necesidades que estamos expresando es *el grupo de discusión*. Hemos pues utilizado este dispositivo de investigación pero con una peculiaridad reseñable: son grupos realizados inicialmente con un objetivo comprensivo que ahora, en una segunda lectura, han vuelto a ser utilizados también de forma comprensiva, pero aquí orientada a profundizar en la investigación de la AP, al hilo de aquellos discursos fraguados en las conversaciones. Si la vida social es condición estructural –situación– y acción, y si toda investigación es una propuesta –más o menos explícita– para acceder a informaciones tanto de conocimiento objetivo –describir, situar– como de comprensión de las acciones de la vida social¹⁶, ello implica que en todo material empírico obtenido existen contenidos informativos tanto de estructura como de acción. Más aún, el objetivo de la mirada cualitativa es esencialmente comprensivo puesto que tiene un fin justificador de acciones y de situaciones, pero a las que se ha llegado a través de acciones sociales, ajenas y propias.

Nuestro horizonte de trabajo se proyecta desde investigaciones en las que se abordaron –en la perspectiva cualitativa– aspectos comprensivos de la propia acción de los colectivos investigados y/o, en su caso, situaciones que identificamos influidas por otras acciones sociales ajenas. Y desde sus resultados y conclusiones, en su caso, se proponían medidas de actuación genéricas con la pretensión de que formaran parte del ámbito de la implementación

¹³ J. IBÁÑEZ. *Más allá de la sociología. El grupo de discusión técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI. 1975. p. 133 y ss.

¹⁴ A. ORTÍ. “La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 87-95.

¹⁵ L. E. ALONSO. *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos. 1998. p. 111 y 209 y ss.

¹⁶ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 73 y ss.

de las políticas sociales. Finalmente, lo que hemos pretendido en esta segunda lectura es continuar con la comprensión de la acción de los colectivos investigados, pero ahora anidando en ella las peticiones, requerimientos y necesidades –desigualmente expresados– sobre cómo tiene que ser la acción proyectada cuyo origen es el Estado social. Es una lectura del texto desde un “segundo nivel”, al suponer que el continente comprensivo general también incluye contenidos indicativos específicos de los que se pueden inferir algunas aproximaciones hacia una ASP más fortalecida socio-lógicamente. El paso metodológico circular efectuado se podría resumir de la siguiente forma: desde la operación comprensiva sobre las causas de la acción y sus porqués, se da un desplazamiento metonímico hasta la operación de inferencia comprensiva sobre la cualidad de la AP, según la acción social de los ciudadanos –que debe ser comprendida–.

Se podrían haber diseñado y realizado grupos de discusión *ex profeso*, proponiendo el tema de la ASP –como motivo de debate– desde sus variantes y con la diversidad de colectivos sociales de destino. Pero, aunque esta posibilidad está abierta, e incluso podría enriquecer los planteamientos de las políticas sociales, nos pareció más adecuado un tratamiento no explícito que lo abordara desde un segundo plano, donde las necesidades sociales se pudieran manifestar a igual nivel, al menos, que las propias demandas explícitas sujetadas a los casos particulares. No es nada desdeñable el efecto viciado de un tema de discusión no adecuadamente planteado, o propuesto de forma demasiado directa, que reproduce el juego limitado de pregunta-respuesta y puede provocar una mera enumeración de demandas, en un contexto social de extrema sensibilidad hacia las prestaciones del bienestar en el Estado social. Por su apertura estructural y lingüística, la validez general de la mirada cualitativa y de sus técnicas, en particular, radica precisamente en la posibilidad de ir más allá de lo individual y de la demanda explícita –sin desdeñarlos–, para asentarnos en el territorio de la expresión y desarrollo de los intereses informativos y temáticos –recuerdo espontáneo–, las creencias –orientaciones de valor– y los deseos –motivaciones internas¹⁷. La decisión fue seleccionar algunos grupos de discusión de investigaciones realizadas por nosotros mismos a lo largo de una década –de 1995 a 2005–, de los que fuimos en su momento responsables en su diseño, producción y análisis. En ese sentido, sólo hemos tomado prestados dos grupos ajenos de una investigación realizada en un contexto similar a nuestras investigaciones.

La hipótesis metodológica de que todo discurso social contiene datos y prescripciones sobre cómo queremos ser comprendidos y, desde ello, cómo comprendemos las acciones –proyectadas, en este caso– que se dirigen a nosotros, ha sido finalmente el motivo principal de arriesgarnos en este meta-análisis, como forma más útil de acceder a la información que aquí estamos planteando. Al principio fue el recuerdo espontáneo de los análisis discursivos, más o menos pasados, lo que nos hizo rememorar la existencia de estos dos planos analíticos relacionados, siempre presentes, que se concretan en comprender la acción y comprender qué

¹⁷ J. IBÁÑEZ. “Análisis sociológico de textos o discursos” en: *Revista Internacional de Sociología*, núm. 43. Madrid: Instituto de Sociología “Jaime Balme” CSIC. 1985. p. 125 y ss.

hacer. Después, con su maduración reflexiva entendimos que era preciso ir más allá de su utilidad potencial y táctica, apostando de manera estratégica por un análisis explícito y estratégico, centrado, principalmente, en las formas de acción experta necesarias y requeridas que pueden estar expresadas en los textos de los grupos de discusión. Aún más, al rescatar grupos de diferentes épocas en los que participaban los mismos colectivos –juventud, mayores, minoría gitana¹⁸–, se ha tenido la posibilidad de abordar algunas de las transformaciones significativas en las formas requeridas por los destinatarios de la AP, al hilo de la reflexividad social sobre esas formas de actuación.

II. Colectivos y sectores sociales investigados

La consolidación de esta forma de análisis con textos producidos para un objetivo parecido pero nunca igual, fue simultánea a la elección de los “casos” objeto de estudio que nos han servido como vehículo hacia unas prescripciones para la ASP. Hay varias razones que apuntan a que jóvenes, mayores y gitanos son los colectivos adecuados para abordar los retos y exigencias de este tipo de acción intelectual. Se trataba de acercarnos a una homología significativa entre el mapa de servicios y acciones proyectadas desde el Estado social –sobremanera– y otras agencias existentes, con los colectivos seleccionados de manera que pudieran quedar reflejados: (i) la diversidad y la complejidad social condicionante de la (ii) variedad de situaciones que deben abordarse por los servicios y agencias de intervención, lo cual supone la (iii) tensión entre universalismo y particularismo, y, desde otro lado, (iiii) el debate entre el centro y la periferia social y entre las actuaciones universalistas o específicas contra la marginación y exclusión. No hemos eludido a largo de los capítulos estos núcleos de discusión pero, en corto, lo que nos interesa aquí es seguir remarcando el punto de vista metodológico en la selección de los “casos” analizados. Las tres unidades sociales analíticas elegidas expresan claramente la diversidad –a veces contrastante– de la sociedad tanto desde lo material como desde lo simbólico. Se podría matizar esto desde la ausencia de producción material a través del empleo remunerado en jóvenes y mayores¹⁹, pero la diferencia es que mientras los primeros intentan llegar a ella, o lo conseguirán –desigualmente– en un futuro próximo, los segundos ya la abandonaron de manera definitiva, lo cual delimita las respectivas posiciones y roles sociales jugados. En cualquier caso, tal diversidad social enuncia una variedad de situaciones posibles, provocando esfuerzos de adaptación y actuación

¹⁸ Las referencias completas de las investigaciones utilizadas son: M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés. Pervivencia cultural e integración social*. Avilés: (Inédito). 1990; *Las personas mayores de Avilés. La generación de la inmigración*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1995; *Cambios recientes en la condición juvenil: acción y posición de los jóvenes de Gijón*. Gijón: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Gijón. 2002; E. AGULLÓ [y otros]. *Erradicación del chabolismo e integración social de los gitanos de Avilés. Investigación, evaluación y propuestas*. Oviedo: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Avilés. 2004; y J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN *Las personas mayores en Asturias. Perfiles, demandas y necesidades*. Gijón: Trea. 2005.

¹⁹ Ver, por ejemplo, E. GIL CALVO. *Nacidos para cambiar...* p. 105 y ss. y 216 y ss., respectivamente.

en las agencias y servicios del bienestar, que a partir de ahí resitúan, con desigual fortuna, a estos tres colectivos en la realidad social. Esto termina por encarnar el debate general entre universalismo y particularismo en la ASP, y el más concreto entre universalismo *versus* acciones especiales dirigidas a los agentes sociales marginados o excluidos.

Así pues, la juventud, la vejez y la minoría gitana expresan una parte de la diversidad social, y las actuaciones subsiguientes –mediante programas, servicios y acciones– activados en los últimos años desde la sociedad y desde el Estado social. En el caso de los jóvenes las políticas sociales han sido específicas desde la perspectiva del ciclo vital general –“las políticas de juventud”– pero con un fuerte tronco universalista basado en su generalizada inserción social. Desde el punto de vista interno del ciclo, las políticas han sido más bien inespecíficas, y sólo en algunos casos de exclusión social ha habido proyectos y acciones especializadas en ese sentido²⁰. La imagen social que se puede derivar de ello es la de un colectivo no vinculado especialmente con el entorno del Estado social y sus políticas más específicas asociadas con la dependencia social. Sin duda, la alargada permanencia en el seno de la familia de origen, la vitalidad –real o imaginada– asociada con la juventud y su proyección social de futuro, terminan por modelar ese significado social sustantivo.

Esto cambia con respecto a los mayores que están más vinculados real e imaginariamente a los servicios y agencias del Estado social. Su fragmentado y ambiguo rol social les confiere un estatus cercano a la dependencia y a la minoridad social, por más que en los últimos años la situación y consideración social haya mejorado de forma notoria, a partir de la universalización de las pensiones y el acceso general a los servicios sociales. Sin embargo, más allá de la imagen proyectada y de los específicos condicionantes generacionales, lo cierto es que por una mera razón biológica las personas mayores tienen más probabilidad de utilizar de forma más continuada los servicios y agencias del Estado social. En ese sentido, aquí nos encontramos con un problema de definición social o, lo que es lo mismo, de cómo se califica tal vinculación por el conjunto de la sociedad y por ellos mismos. Son estos algunos aspectos que delimitan la ambigüedad y ambivalencia de la situación de los mayores, porque en ninguna etapa vital como la vejez se encarna la tensión –en los análisis y en las políticas– entre universalismo y particularismo o entre medidas de corte más general y más específicas²¹.

La minoría gitana ocupa el referente más cercano a la especialidad técnica en el gradiente universalismo-particularismo, o en la definición de las políticas conformadas y las acciones proyectadas puestas en marcha. Su sola mención denota una diferencia social contrastante –desde la llamada exclusión social– con políticas a las que el debate social y técnico terminan por orillar del lado del particularismo analítico, y, asimismo, con medidas y

²⁰ Cfr. INJUVE. *Informe sobre las políticas de juventud en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1999.

²¹ J. P. LOPEZ NOVO. “El particularismo reconsiderado. Orientación de la acción y contexto institucional”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994. p. 45 y ss.

acciones que no acaban de sopesarse desde el equilibrio entre lo general y lo particular. Ahora bien, tanto analítica como prácticamente el problema es complejo pues aquí las relaciones culturales se anudan con las de clase social²². Esto supone que la existencia y yuxtaposición de tales dimensiones dificultan el desarrollo de medidas articuladoras del respeto a la diferencia y, a la vez, vinculantes –asociativas– con el conjunto de la sociedad. Es decir, con respecto a un colectivo cuya existencia esta relacionada de manera casi secular con el Estado social y los Servicios Sociales, suscitándose interrogantes sobre sus procedimientos, eficacia y legitimidad.

Así pues, la pertinencia al abordar estos tres casos en nuestra investigación queda justificada al acercarnos a la diversidad social existente, y sobre todo a los principales enfoques del Estado social y activaciones más características mediante la ASP. En ese sentido, pensamos que este análisis nos proporcionará un “inventario” de situaciones, dificultades y posibilidades –para analizar– que expresan de manera objetiva los problemas y dilemas que se afrontan en este campo y a los que, por ende, se enfrenta el análisis sociológico. Por otro lado, no es casualidad que esta selección haya sido facilitada por las demandas de investigación de los últimos años, en el seno de las agencias de bienestar en torno a estos colectivos significativos, –desde su punto de vista–, que lógicamente aquí confluyen con nuestro propio interés analítico, al tratar de reflejar su realidad en las medidas, acciones y destinatarios.

Sólo quedaría justificar ahora la formación de los grupos, y comprobar que los criterios de construcción utilizados son válidos en nuestros pasos hacia la investigación de la AP. Más allá de cada uno de ellos, lo importante es resaltar que los criterios estructurales utilizados se ajustan a los objetivos que nos hemos planteado en este trabajo: el desarrollo del Estado social y de las políticas sociales en función de los problemas y situaciones de los colectivos mencionados. Por un lado es preciso seguir criterios de representación estructural, pero, por otro, también reflejar los contrastes sociales y discontinuidades, las fronteras y transiciones entre generaciones y etapas de la vida, las relaciones y conflictos de género, o las formas en rizoma de la vida social²³. Pero no sólo esto, pues un dispositivo conversacional socializa y produce vínculos entre los sujetos, por lo que es importante consignar que el grupo permite que las personas participantes puedan distinguir e indicar –aprender–. Es decir, el objetivo es aportar caminos de salida a los problemas cuya expresión se facilita con la mencionada composición estructural que actúa a modo de microcosmos del macrocosmos social²⁴. Esas eran las metas globales en la formación de los grupos, y se puede decir que es pertinente la traslación efectuada pues en la medida en que es válida para el análisis sociológico también lo debe ser, pensamos, para el análisis sociológico de la ASP. No obstante, es conveniente no hacer de los supuestos presupuestos y pasar a reactivar, para este

²² H. DIAZ POLANCO. *Etnia, clase y cuestión nacional*...p. 17 y ss.

²³ J. IBÁÑEZ. *Del algoritmo al sujeto*... p. 230.

²⁴ J. IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto*... p. 97 y ss.

trabajo, la selección de los grupos y las variables utilizadas en el diseño de los dispositivos de producción de discursos.

Lo primero a señalar es que hemos trabajado prácticamente sobre todos los grupos de nuestras investigaciones de referencia, en la medida en que en conjunto estaban dirigidos a reflejar la generalidad estructural de jóvenes, mayores y minoría gitana. Nuestro interés no estuvo tanto ligado a situaciones excepcionales o a segmentos muy concretos de población cuanto a un corpus discursivo formado por el conjunto de los discursos. Así, el objetivo, más que buscar información especializada, fue corregir algunas deficiencias de producción discursiva. Hablamos, por ejemplo, de realizar un grupo adicional en el caso de jóvenes de 16 a 18 años de clases bajas, o, en el caso de las personas mayores, de un grupo específico con mujeres de edades de más de 70 años que habitaban solas. En total se está hablando de 16 grupos de discusión, de los cuales 7 son de jóvenes de una sola investigación –Gijón– de 2002, 6 de personas mayores referentes a dos investigaciones de 1995 y 2005 en ámbitos diferentes –Avilés y Asturias–, y 3 de la minoría gitana en Avilés realizados en momentos distintos correspondientes a los años 1990 y 2004. A excepción del estudio de Gijón en el que se desplegó de manera exclusiva la perspectiva estructural cualitativa, –y eso explica el más alto número de grupos–, el resto fueron metodológicamente inclusivos al combinar varias perspectivas de investigación con las correspondientes técnicas elegidas y diseñadas, sobre todo encuestas y grupos de discusión²⁵. Al hablar de representación estructural no es tan importante el realizar muchos grupos –provocaría una redundancia informativa– como acertar en su construcción, es decir en su diseño y composición con el fin de alcanzar una optimización discursiva²⁶. Y es que realizar pocos grupos por muy atinada y rigurosa que sea la selección, tiene también el riesgo de no dar lugar a que se aborden los temas que interesan o de no hacerlo con la profundidad requerida, con el riesgo de quedar confusos los niveles estructurales que puedan ser significativos. La suma total aparenta un número abultado de grupos, pero no lo es tanto si pensamos que jóvenes, mayores y minoría gitana son unidades analíticas diferentes que en un segundo momento serán utilizadas para aventurar las conclusiones y propuestas, en un análisis de conjunto sobre los principales preceptos sobre la ASP. Por otro lado, no es desdeñable que la lectura de segundo nivel efectuada en función de la investigación de la acción –proyectada–, suponga una información menos densa –más diseminada e infrecuente– que si se tratara del análisis sociológico comprensivo habitual. En ese sentido, la relativa abundancia de grupos ha supuesto asegurar la factibilidad del análisis estructural de la acción.

Las variables estructurales preferentes y secundarias tenidas en cuenta nos servirán para objetivar los factores más relevantes de la estructuración social de los colectivos

²⁵J. IBÁÑEZ. *Perspectivas de la investigación social...* 1986. p. 48.

²⁶ J. IBÁÑEZ. “Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión”, en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBÁÑEZ; F. ALVIRA. *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1996. p. 489 y ss.

investigados. Vamos a exponerlas para cada una de las investigaciones y, de la misma forma, haremos una descripción y explicación de los grupos de discusión utilizados en cada una de ellas.

Jóvenes. La *edad* fue la primera de las variables. Al plantearla de manera explícita se buscaba observar las configuraciones específicas de la juventud y, en consecuencia, las características de las clases de edad a que daba lugar cada uno de sus periodos reconocibles. De esta forma, se realizaron dos tipos de agrupaciones de edades con tres grupos de jóvenes entre 15 y 22 años, y otros tres entre 23 y 30 años. También se formó el ya mencionado séptimo grupo con jóvenes entre 16 y 18 años de *clase baja y media-baja* como refuerzo informativo de tal estructuración.

Se buscó también en cada uno de los grupos una composición mixta, de chicos y chicas, dando pie así a que quedaran manifestadas las *diferencias de género* con relación al resto de factores estructurales de la realidad juvenil.

Junto a estas dos, la variable *clase social* fue medular en el diseño y composición, al realizarse todos los grupos según una estructuración que intentaba representar la realidad social juvenil a partir de la diferencia de oportunidades y posiciones sociales. Se quería acceder a través del discurso a los esquemas interpretativos y percepción de las clases y grupos sociales planteados. A ese fin, para conseguir más claridad informativa y evitar dentro de lo posible la censura estructural discursiva, se optó por separar a los grupos en dos bloques de perfiles preferentes a partir de las diferencias de clase social: por un lado, con jóvenes de clase media-alta –dos grupos– y, por otro, grupos –cinco– con chicos y chicas de clase media-baja y baja²⁷. Para esta específica selección nos hemos servido de varios indicadores referentes como el origen social –estudios, profesiones, ocupaciones y situación laboral de los padres–, el nivel económico familiar, el lugar de residencia en la ciudad y, desde luego, los niveles de estudios y formación –o expectativas de ello–, profesiones, ocupaciones y situación laboral de los mismos jóvenes.

Una vez completada la confluencia estructural de los diferentes niveles mencionados, fue preciso detenerse en otros aspectos de formación de los grupos, intentado reflejar la pluralidad de las vidas de los jóvenes con respecto a la *dependencia o emancipación*, su relación con el estado civil y, sobre todo, con los modos de convivencia. De manera que algunos de los factores contemplados fueron: vivir en casa de la familia de origen, o en la vivienda propia –en propiedad o alquiler–, o vivir con la pareja –y quizá con los hijos– en casa de la familia de uno de los jóvenes o en su propia vivienda. Al final, se prestó igualmente

²⁷ A. ORTÍ. *Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80... pp.* 209-234. En su momento seguimos los criterios de estratificación de clase a partir del modelo dicotómico jerárquico, relacionado con el poder político, elaborado por Alfonso Ortí. Un recorrido sintético sobre las principales teorías sobre la estratificación social puede verse en J. F. TEZANOS. “Principales teorías sobre la estratificación social”, en: S. DEL CAMPO (Ed.). *Tratado de sociología 1*. Madrid: Taurus. 1984. pp. 267-313.

atención para que se expresaran las diferencias respecto a la ausencia o presencia de la participación social y política y, más allá de ésta, de las distintas orientaciones políticas.

Desde estas estructuraciones preferentes y secundarias utilizadas en la construcción de los grupos, podemos ver la descripción y explicación de cada uno de ellos según su orden de celebración entre febrero y junio de 2001²⁸:

- **Primer grupo** con ocho participantes, cuatro chicos y cuatro chicas, entre 15 y 22 años de clase social media-alta según los criterios atrás señalados, habitando con la familia de origen en espacios sociales centrales de Gijón –Centro, Moreda, La Arena...,–. Todos se encontraban realizando estudios universitarios o, en su caso, ya los habían concluido. En general, altas expectativas de formación.

- **Segundo grupo** formado por ocho jóvenes, cinco chicas y tres chicos, de 23 a 30 años de clase social media-alta habitando con la familia de origen en espacios sociales centrales de Gijón. La excepción era una chica casada que habitaba con su marido en una vivienda en propiedad. Desde el punto de vista de los estudios, todos ellos poseían titulaciones universitarias superiores, excepto en el caso de la chica mencionada que con estudios primarios además trabajaba junto con el marido en el negocio familiar de los padres.

Así, en el grupo coexistía la inserción laboral precoz cualificada de éxito al acabar los estudios –un joven empresario y un técnico–, con las prácticas en empresas –una técnica cualificada–, o con las altas expectativas de complementos formativos de los estudios –a través de cursos de especialización–, o, también, con la preparación de oposiciones a cuerpos profesionales superiores. En estos últimos casos mencionados, los jóvenes mientras intentaban conseguir la inserción laboral estable permanecían en el paro. Finalmente, varios de ellos de las edades más avanzadas señalaban proyectos concretos de emancipación económica y residencial relacionados con el matrimonio y la convivencia con la pareja.

- **Tercer grupo** con seis participantes, cuatro chicas y dos chicos, entre 17 y 21 años de clase social media-baja y baja, habitando en diferentes barrios de la ciudad con la familia de origen. Se encontraban realizando estudios cuya diversidad iba desde los estudios técnicos –FP–, hasta los universitarios, superiores y medios. Uno de los jóvenes se encontraba en COU y tenía expectativas de cursar estudios superiores universitarios. En general se observaba un ajuste de las expectativas a las posibilidades reales.

- Un **cuarto grupo** con siete jóvenes, cuatro chicos y tres chicas, entre 22 y 30 años de clase social media-baja y baja, habitando en diferentes barrios de Gijón –por ejemplo, La Calzada, El Llano, Coto, entre otros– con la familia de origen, excepto en el caso de una chica que convivía con su marido y sus dos hijos en una vivienda en propiedad. Poseían titulaciones técnicas –FP1 y FP2– y universitarias medias y superiores, coexistiendo en el grupo situaciones de inserción laboral precoz cualificada exitosa con otras de empleo temporal o de

²⁸ Ver M. ARENAS. *Cambios recientes en la condición juvenil...* p. 23 y ss.

desempleo. En las edades más cercanas a los 30 años se mencionaban proyectos de emancipación que, en general, estaban relacionados con el matrimonio.

- **Quinto grupo** de discusión compuesto por nueve personas, cinco chicas y cuatro chicos, con edades de 16 a 21 años de clase social baja y media-baja. Excepto en un caso en el que una de las chicas, después de la muerte de su marido, vivía con su suegra y su hijo de corta edad, todos ellos habitaban con los padres en diferentes barrios de la ciudad: Pumarín, Ceares-Coto, La Calzada, Centro y La Arena. En dos de los casos se trataba de jóvenes con padres separados.

Era un grupo muy diferenciado dentro de la clase social señalada: había estudiantes de Educación Secundaria Obligatoria –ESO–, de bachiller y FP1, y otros que, con EGB, se encontraban realizando Planes de Garantía Social –PGS– y Escuelas Taller. Dos de estos chicos y chicas de las edades más avanzadas se encontraban trabajando. Alguno de ellos tuvo una inserción obrera precoz y otros –los que se encontraban en PGS– abandonaron los estudios a edades tempranas. En general todos los componentes de este grupo trataban de seguir recalificándose dentro de sus posibilidades.

- **Sexto grupo** con ocho participantes, cinco chicos y tres chicas, de 23 a 28 años. Se trataba de jóvenes de clase social baja y media-baja habitando con la familia de origen, menos en el caso de una chica que habitaba con su marido en una vivienda en propiedad. Los barrios de procedencia eran muy diversos: El Natahoyo, Ceares, Polígono de Pumarín, Laviada, Bibio-La Guía, etc. Poseían niveles de estudios muy diversos que iban desde la EGB, pasaban por FP1 y FP2, y llegaban, en tres casos, a los estudios universitarios medios y superiores.

Varios de estos jóvenes, de niveles de estudios y formativos bajos, tuvieron una inserción obrera precoz y en el momento de la realización de los grupos estaban empleados con contrataciones temporales, o en formación en Escuelas Taller, o se encontraban en situación de desempleo. En cuanto a los más formados, que ya habían completado sus estudios, seguían cualificándose a través de cursos de especialización.

- **El séptimo grupo** realizado, lo formaron cuatro chicos y tres chicas de 16 a 18 años de clase social baja –sobremañera– y media-baja. Habitaban con sus padres en barrios como La Arena, Cerillero, Coto, La Calzada o Viesques. Excepto en dos casos en que se encontraban estudiando el bachiller, el resto habían abandonado los estudios y se encontraban en Planes de Garantía Social y Escuelas Taller. Sus expectativas respecto a la formación pasaban por realizar algún módulo formativo o por comenzar estudios de FP. En algún caso ya habían trabajado en empleos precarios sin el correspondiente contrato.

A partir de estas buscadas composiciones grupales, el estímulo lanzado para la discusión, aunque se fue matizando en cada uno de los grupos, fue parecido en todos ellos en el sentido de “abordar la situación de los jóvenes en Gijón” utilizando como medio las argumentaciones, opiniones y deseos de los participantes. Sin disponer los participantes de una información previa que pudiera distorsionar el discurso, en todos los grupos se respetó la elección de los jóvenes sobre temas preferentes de conversación y debate. Solamente en algún

momento de bloqueo conversacional se propusieron contenidos, generales, de discusión: por ejemplo, “las principales preocupaciones de los jóvenes”, “la diversión de los jóvenes” o “la emancipación de los jóvenes”. También, como suele ser usual en los grupos de discusión, en algún caso, hubo reformulaciones de contenidos para profundizar en algún tema, o propuestas de discusión en otros que sólo se habían tocado de manera tangencial²⁹.

Mayores. Al haber recurrido a dos investigaciones de ámbitos diferentes sobre la vejez –Avilés y Asturias– y, por lo tanto, a dos momentos de grupos de discusión, vamos a exponer por separado la consiguiente selección estructural y explicación de cada uno de los grupos.

En el primer estudio, el de Avilés, lo primero que se tuvo en cuenta fue el factor *sexo*, al tratarse de un colectivo cuya trayectoria social y vital se fraguó con dos discursos separados de forma meridiana: el masculino para lo público, correspondiente al mundo externo-social y el femenino para lo privado donde se despliega el mundo interno-familiar³⁰. Desde esta argumentación se optó por realizar dos grupos diferenciados por sexo, uno de mujeres y otro de varones. A partir de ahí, las comunicaciones existentes entre ambos géneros y grupos debía ser reconstituida y cotejada por el analizador, en la medida que al llegar la jubilación, aunque continúan las posiciones y roles precedentes, también se produce un cambio que relaja las atribuciones y disposiciones de género.

Además del sexo, otras dos de las variables estructurales principales fueron los *capitales escolares* y formativos y las *ocupaciones*. Es sabido que los niveles educativos y formativos influyen en las ocupaciones desempeñadas y, además, determinan los posteriores ingresos por jubilación. Algo peculiar a Avilés ha sido la acusada presencia del sector industrial y, más en concreto, de la industria de transformación siderúrgica pública asentada en las décadas cincuenta y sesenta del pasado siglo³¹. De esta forma, la estructura profesional y ocupacional de las personas mayores estuvo basada sobremanera en los empleos, más o menos cualificados, de la industria y, en menor medida –como contraste–, en empleos de tipo administrativo e intelectual de los servicios o de la misma industria. Tales diferencias socio-profesionales quedaron reflejadas en las personas componentes de los grupos de discusión realizados. Y, junto a esto, al mismo tiempo fue preciso tener en cuenta el trabajo no remunerado de “ama de casa”, que implicaba a la mayoría de las mujeres y supone su dependencia económica del cabeza de familia varón a la llegada de la jubilación.

²⁹ R. A. KRUEGER. *El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid: Pirámide. 1991. pp. 86-87.

³⁰ Ver, I. ALBERDI; P. ESCARIO; P. HAIMOVICH. *Actitudes de las mujeres ante el cambio familiar...* p. 46 y ss.

³¹ G. MORALES. *Industria y espacio urbano en Avilés*. Tomo I. Oviedo: Silverio Cañada. 1982. p. 128 y ss. ; M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés...* p. 52 y ss.

Las estructuraciones de *edad* y *generacionales* también fueron tenidas en cuenta en la formación de los grupos. En lo que hace a la edad, la participación intentaba reflejar desde las –entonces– frecuentes jubilaciones anticipadas, con personas de menos de 65 años, hasta aquellas personas de más de 80 años originarias de la ciudad que no pertenecían a la “generación de la inmigración”, asociada con el empleo en el sector secundario. Así, la sola distribución del colectivo a través de las edades da la posibilidad de que se manifiesten los cambios en las necesidades sociales y de salud, lo cual enlaza con la perspectiva generacional como una forma de mirar que tiene su correlato empírico. En Avilés se clarificaron dos generaciones para participar en ambos grupos de discusión que, por ello, tenían elementos objetivos generacionales distintos que, hasta cierto punto, suponían diferentes disposiciones de vida. El primer grupo generacional tenía como hecho distintivo determinante el constituir el grueso de la inmigración hasta el municipio en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, estando compuesto por aquellas personas mayores –entonces– con menos de 75 años, y un segundo grupo generacional que aglutinaba al resto con edades superiores a ésta.

Finalmente, otros factores estructurales principales que se contemplaron fueron el *lugar de residencia* y el *capital social* o relacional: vivir en el centro de la ciudad o en los barrios, vivir solo/a o con el cónyuge, o acompañado de otras personas, pertenecer o no a alguna asociación, *etc.* Es decir, factores todos ellos que ayudaron a completar el macrocosmos de los mayores en estos grupos de discusión celebrados en marzo de 1994. Veamos a partir de aquí su descripción y explicación³²:

- **Primer grupo** con siete participantes varones entre 60 y 84 años, la mayoría con estudios primarios, salvo dos personas que habían completado estudios universitarios, medios y superiores. En correspondencia con ello se trataba de jubilados –dos de ellos de forma anticipada– que habían tenido diferentes cualificaciones profesionales en sus empleos –altas, medias y bajas–, algunas de ellas incrementadas desde la propia experiencia profesional en la industria siderúrgica pública, o en otras empresas del entorno cercano que la abastecían. Las pensiones percibidas intentaban representar la mayor variedad estructural posible: había pensiones altas y muy altas, por equivalencia a los estudios y cualificaciones profesionales desarrolladas; había, de igual forma, pensiones medias, resultado del trabajo manual cualificado en la empresa pública; y, asimismo, había también jubilados con pensiones bajas, consecuencia de desarrollar trabajos como obreros manuales no cualificados.

En cuanto a los lugares de residencia también se intentaba significar la variedad que existía en la misma ciudad. Una persona provenía del centro que, además, se corresponde con el centro histórico anterior a la inmigración masiva; y el resto lo hacía en las barriadas, la mayoría construidas en aluvión en los años cincuenta, al socaire de las instalaciones industriales públicas: Llaranes, Villalegre, Versailles, La Texera y La Carriona. Y, de la

³² Ver, M. ARENAS. *Las personas mayores de Avilés...* pp. 41-42 y 203, respectivamente.

misma forma, también se intentaron representar en el grupo los distintos modos de convivencia tan importantes para comprender la situación de los mayores en esta etapa del ciclo vital. Así, como modos de convivencia estuvieron representados tanto el vivir con su cónyuge e hijos, como vivir con el cónyuge o, finalmente, vivir sólo.

- **Segundo grupo** en el que participaron cinco mujeres entre 60 y 80 años. Los niveles educativos formales iban desde el analfabetismo, en una de ellas, hasta los estudios medios universitarios, en otra de las mujeres. El resto poseía estudios primarios.

Todas ellas habían sido y eran amas de casa, excepto una mujer que había tenido un pequeño comercio y se había jubilado de manera anticipada, disponiendo de una pensión alta. Otra de estas mujeres había trabajado irregularmente como obrera no cualificada, sin cotizar el tiempo suficiente como para percibir la pensión contributiva.

Los lugares de residencia estaban en la misma línea que en el grupo de los varones. Dos mujeres residían en el centro de Avilés y el resto en algunos de los barrios antes mencionados como La Luz, Llaranes o Versalles. Respecto a la convivencia, sus modos quedaron representados en dos formas: tres viviendo con su cónyuge y dos de ellas, de las edades más avanzadas –y viudas–, que se encontraban habitando solas.

En el segundo estudio, referente ahora a las personas mayores y la vejez en Asturias, su contexto general se inscribe en una investigación con las dos perspectivas complementarias de investigación social, donde la encuesta y grupos de discusión fueron también las principales técnicas diseñadas para ambas metodologías. Sin embargo, el diseño de la perspectiva cualitativa tuvo un notable cambio, en su concepción y realización, con respecto a la variable sexo en tres de los cuatro grupos de discusión realizados. Así, se decidió realizar grupos mixtos, aún suponiendo que los casi diez años transcurridos desde el estudio de Avilés, no significaban un cambio profundo en los valores y normas con respecto a las posiciones y roles de género. Bien es cierto que no un cambio en profundidad, pero sí el suficiente como para poder compartir una conversación en el grupo sobre las principales necesidades de las personas mayores de Asturias. El riesgo asumido era el solapamiento de las opiniones de las mujeres con respecto a las de los varones o, incluso, la renuncia a manifestaciones discordantes en el contexto formal de la técnica de investigación. Pero también suponíamos –como luego así sucedió– que el propio contexto institucional, y despersonalizado, del grupo “protegería” las manifestaciones de todos y, en especial, las de las mujeres. Con ello se aseguraba la expresión de ambas visiones y su posible contraste en el mismo foro de participación discursivo. Para conseguir esto hizo falta, además, el prestar atención a algo en apariencia no muy relevante en principio en las técnicas cualitativas: nos referimos a que en la composición de cada uno de los grupos el número de hombres nunca fuera superior al de mujeres, y, en todo caso, que cuando existiera desigualdad numérica se diera en el sentido contrario. Al final el número de varones y mujeres fue el mismo, y se buscó para todos los grupos una concurrencia más amplia de lo normal –en torno a diez

personas–, para asegurar el desarrollo de la conversación, en previsión de la dificultad de competencia comunicativa verbal por parte de alguno de los participantes en este tipo de situación social. De esta forma, se realizaron tres grupos de discusión mixtos y uno compuesto exclusivamente por mujeres mayores que vivían solas, procedentes del centro de la región.

Aparte del sexo, la estructuración de los tres grupos mixtos se determinó a partir de consideraciones geográficas, distribuyéndolos por cada una de las tres grandes *áreas del territorio* de Asturias: occidental, oriental y centro. Otros factores de representación estructural atendieron a la distribución de las distintas edades de la vejez en los grupos y, asimismo, a las diferentes condiciones socioeconómicas a partir de indicadores como los niveles educativos y formativos, los trabajos y ocupaciones desarrollados antes de la jubilación, y el nivel económico de las pensiones percibidas de forma directa o a través del cónyuge. Finalmente, intentando reflejar las diferencias existentes con respecto a *lo rural y lo urbano*, en cada una de las zonas geográficas se buscó su presencia y contraste en los grupos. Y ello es útil en la medida que podemos analizar, desde la perspectiva del universalismo-particularismo, algunas variantes de la AP partiendo las necesidades de los destinatarios en el ámbito rural. Y con respecto al cuarto grupo, su composición exclusiva de mujeres de edades avanzadas habitando solas del centro de la región, intentaba responder a la especial relevancia de este colectivo como punto de mira de las políticas sociales y de la ASP. En su estructuración se contemplaron criterios de edad, asegurando la mayor presencia de mujeres de más de 70 años, criterios de demarcación geográfica –con participantes de algunos núcleos urbanos del centro de la región– y criterios de atención a la cuantía de las pensiones; la mayoría de percepción baja al responder a los tipos de viudedad y no contributivas.

Después de conocer los criterios de diseño y composición general veamos una descripción y explicación breve de cada uno de los cuatro grupos de discusión de este estudio de los mayores de Asturias, cuyas fechas de celebración fueron entre diciembre de 2002 y enero de 2003³³:

- **Primer grupo** del occidente de la región, celebrado en Navia, con diez participantes, cinco mujeres y cinco varones, entre 65 y 85 años. Todos ellos y ellas venían a reflejar los distintos modos de convivencia, los diferentes niveles formativos reglados habituales en estas generaciones, las diferentes ocupaciones desarrolladas antes de la jubilación –incluyendo la de “ama de casa”– y, asimismo, la variedad de condiciones socioeconómicas, en buena parte encarnadas en la desigual cuantía de las pensiones percibidas. De la misma forma, se buscó la diversidad geográfica y social de los lugares de residencia quedando reflejado el contraste o,

³³ J. M. GARCÍA; M. ARENAS; M. T. BAZO; M. FONSECA; A. M. GUILLÉN. *Las personas mayores en Asturias...*p. 20.

en su caso, la continuidad de lo rural a lo urbano a través de los siguientes municipios en los que habitaban: El Franco, Lueca, Tapia de Casariego, Tineo, Villallón, Coaña y Navia.

- **Segundo grupo** con participantes procedentes de la zona centro de la región. Estuvo compuesto por cinco mujeres y cinco varones con distintas formas de convivencia: viviendo solo/a –cinco mujeres y un varón en estado de viudedad– y el resto con el cónyuge y, en su caso, también con los hijos. Asimismo, hubo una persona que habitaba en una residencia tutelar. Al igual que en el grupo precedente, en la reunión se buscó la variedad y pluralidad compositiva, en un intento de reflejar su macrocosmos social a partir de los niveles educativos y formativos, las ocupaciones y trabajos desarrollados y, en consecuencia, las condiciones económicas y pensiones percibidas. Los municipios de procedencia fueron: Noreña, Mieres, Oviedo, Carreño, Gozón, Corvera, Avilés y Laviana.

- **Tercer grupo** del oriente de Asturias con doce participantes de los cuales seis eran mujeres. La selección de igual manera se hizo acorde con las estructuraciones ya mencionadas, sobremanera con las del primer grupo: situación y modo de convivencia, niveles educativos y formativos, profesiones y ocupaciones, pensiones y condición socioeconómica. El contraste rural/urbano existente en esta parte de la región quedó manifestado con la presencia de personas con residencia en los municipios de Colunga, Parres, Cabrales, Piloña, Llanes, Amieva, Peñamellera Alta, Cabranes y Ribadesella.

- **Cuarto grupo** con diez mujeres viviendo solas, de las que siete superaban los setenta años y del que, si acaso, cabe añadir sus municipios de residencia del centro de la región: Mieres, Oviedo, Siero, Gijón y Sama de Langreo.

La apertura de los grupos fue muy similar en ambas investigaciones. Además de la información previa proporcionada, en el inicio de las reuniones se buscó la comprensión profunda de los participantes hacia los objetivos perseguidos, así como el conseguir la mayor indeterminación posible respecto a los temas de debate que fueran apareciendo. La pretensión de “conocer las necesidades y posibilidades de las personas mayores” en Avilés y Asturias, respectivamente, fue el motivo general de las discusiones y partir de ahí tuvieron un desarrollo razonablemente fluido, con algunas reformulaciones que buscaban mayor profundidad en alguno de los temas surgidos.

Minoría gitana. Al igual que con los jóvenes aquí también hemos utilizado dos investigaciones, en este caso del mismo ámbito, es decir, sobre la situación y necesidades de los gitanos en el municipio de Avilés. En ambos estudios hubo complementariedad de perspectivas de investigación –cuantitativa-cualitativa– con la diferencia de que en el primero se realizó un estudio general sobre la población gitana del municipio, y en el segundo el interés de conocimiento se centró en el binomio erradicación del chabolismo/integración, y a tal efecto los dos grupos seleccionados tuvieron como temas principales de discusión la “Convivencia y Participación social” y la “Vivienda”.

Del primer estudio hemos rescatado un grupo de discusión realizado con varones de la minoría gitana que en ese momento fue complementario de otras técnicas cualitativas –como entrevistas en profundidad–, dirigidas a asegurar los espacios de opinión y comunicación de las mujeres gitanas, y de cuya información nos ayudaremos cuando sea preciso. Dado que en los grupos de la segunda investigación sí participan mujeres, hemos optado por utilizar el contraste entre la exclusividad de género del primer grupo y la participación mixta en los dos siguientes. Nos parece que el tiempo transcurrido entre una y otra –incluso para la minoría gitana– justifica, con respecto al sexo, el paso en la composición grupal de lo exclusivo a lo inclusivo. Obviamente, no es que la fragmentación radical jerarquizada entre el mundo de los hombres y las mujeres gitanas hubiese desaparecido, pero ahora, al menos, en algunos temas permite –como se verá– la exposición y la opinión matizada de los intereses de las mujeres en el mismo foro de discusión que los varones.

Así pues, en el primer grupo del primer estudio solo participaron varones con unas estructuraciones que respondían al conocimiento pormenorizado del que podíamos disponer, a partir de la perspectiva cuantitativa de investigación y de la misma información disponible en los servicios sociales municipales. El primer factor estructural contemplado fue *la edad*, porque en la vida social interna de la minoría gitana las clases de edad siguen marcando de forma muy clara diferentes obligaciones y derechos y, al mismo tiempo, pueden señalar algunos cambios sociales en curso; el segundo, *las ocupaciones* principales mantenidas, porque nos dan información sobre su organización económica y sobre sus adaptaciones ocupacionales; y, por último, los *barrios y poblados de residencia* porque, en ese momento ello suponía escuchar la variedad de voces a través de algunos de los varones con influencia en un ámbito familiar relativamente extenso.

Veamos una descripción breve de este grupo celebrado a finales de 1989³⁴:

- **Grupo de discusión** formado por cuatro varones provenientes de otros tantos asentamientos chabolistas del municipio, con edades comprendidas entre los 20 y los 55 años, en una distribución bastante homogénea. Dos de ellos se dedicaban habitualmente a la recogida y venta de chatarra, otro en ese momento ejercía de peón y el último percibía una pensión. Todos estaban casados y tenían hijos y en un caso nietos. Dentro del municipio, su procedencia era dispar tanto geográfica como familiarmente.

Como es fácil suponer la construcción y composición de este grupo fue bastante dificultosa, en la medida que se trataba de personas desacostumbradas a este tipo de reuniones, así como bastante remisas a la participación institucional. En ese sentido, se puede entender que el número de participantes apenas llegue al mínimo necesario para que las interacciones se transformen de diádicas en grupales, dándose comunicaciones en varias direcciones y sentidos. No obstante, una vez formado e iniciado sí que funcionó con las

³⁴ M. ARENAS. *Los gitanos de Avilés...* pp. 141-142.

exigencias necesarias para proceder a su análisis. Se trató de una información muy valiosa, mucho más cuando entonces no era muy habitual utilizar este tipo de técnica con la minoría gitana. Hubo una explicación pormenorizada no sólo de los motivos de la celebración del grupo y otras técnicas cualitativas, sino también del conjunto de la investigación. De esta forma, el motivo para la discusión se articuló en torno a “el conocer las principales necesidades de los gitanos en Avilés” asegurando, en su caso, la aparición discursiva de alguno de los temas necesarios en el desarrollo de las políticas sociales y la ASP: la familia, hábitat y vivienda, organización económica, la educación y la escuela, integración social, *etc.*

Del segundo estudio, –el único en el que no participamos como investigadores–, se han seleccionado dos grupos de discusión. En ambos las variables estructurales utilizadas para seleccionar a los participantes fueron muy parecidas, al abordar temas como la vivienda y la convivencia cotidiana –en el primero– y la convivencia intercultural y la participación social –en el segundo–, que requerían una combinación lo más parecida posible a la propia estructura social general de la minoría gitana en el municipio. Por ejemplo: edad, sexo, hábitat, tipo de vivienda, experiencia sociolaboral, *etc.* Al ser, pues, aspectos fundamentales para ambos sexos se pensó en una participación mixta, suponiendo los organizadores que las relaciones en el desarrollo de los grupos irían por un cauce comunicativo respetuoso e inclusivo entre hombres y mujeres. Al igual que en nuestro estudio, hubo una explicación pormenorizada a los participantes sobre el interés de las reuniones, proponiendo después una serie de temas de discusión a partir de un conjunto de categorías clave diseñadas previamente. Veamos, entonces, la descripción breve de estos dos grupos de discusión realizados, respectivamente, en enero y febrero de 2003³⁵:

- **Primer grupo** con nueve participantes, tres mujeres y seis hombres de edades comprendidas entre los 18 y 57 años, seleccionados también a partir de criterios como hábitat, tipo de vivienda, experiencia sociolaboral y pertenencia a alguna asociación. Fue formado para discutir el tema “Convivencia y Participación social”.

- **Segundo grupo** con once participantes, 8 mujeres y tres hombres, con edades comprendidas entre los 18 y 56 años, cuya selección se apoyó también en criterios como el barrio de residencia, el tipo de vivienda en el que habitaban, o la experiencia sociolaboral. Fue construido para discutir en específico el tema de la “vivienda” y los procesos de realojo emprendidos con la erradicación del chabolismo en la ciudad.

³⁵ E. AGULLÓ [y otros]. *Erradicación del chabolismo...* pp. 106-110 y 161.

III. La mirada cualitativa de la acción social proyectada: discurso, interacción y situación

La estrategia de investigación que hemos emprendido desde la perspectiva cualitativa, ha implicado justificar y elegir la técnica del grupo de discusión junto a la selección y explicación de cada uno de ellos, de los que, en una segunda lectura, extraemos la materia prima discursiva para el análisis de la ASP, a través de las opiniones y explicaciones de los agentes sociales que hemos presentado. Sin embargo, creemos que no es suficiente con su mera justificación previa o descriptiva, porque utilizarlos supone reactivar su significado de manera similar a como se hizo en las investigaciones para las que se diseñaron y produjeron en su momento. Al mismo tiempo, implica profundizar en su explicación y posibilidades, actualizándolos según la metalectura efectuada: es decir, representando las relaciones sociales convenientes para el análisis de la ASP, y mostrando las relaciones discursivas que hagan patente la naturaleza del objeto social abordado³⁶. Ante un objeto de investigación como este, con escalas y perspectivas tan variadas, no deja de resultar obligado el recorrido que queremos efectuar con diferentes casos de investigación y grupos de discusión. Esa amplitud –paradójica en lo cualitativo– es la que trata de garantizar la pluralidad de voces tanto internamente –en cada uno de estos colectivos a través de sus estructuraciones– como de manera externa, al configurar entre los tres un mapa significativo complejo y variado con respecto a la sociedad, al mismo Estado social y a la ASP. Así, el grupo de discusión funciona como una totalidad en el que tienen cabida diferentes interlocutores que parten con relaciones simétricas, por más que con el paso del tiempo de conversación se manifiesten las diferentes disposiciones, las preferencias y, más aún, las situaciones en las que están implicados en sus vidas cotidianas. Para abordar la AP se necesita de la manifestación plural de las diferentes visiones y opiniones sociales y, además, es preciso que tal mixtura se articule desde unas relaciones condicionadas pero no determinadas –a semejanza de nuestra naturaleza social³⁷–, como un compuesto de múltiples comunicaciones donde las personas o grupos sean autónomos, y por lo tanto no sean el resultado de un programa externo: ellos mismos deben ser el único producto de sí mismo³⁸.

Una vez que se ha conseguido ese escenario de participación, el grupo está en las mejores condiciones para que el resultado producido sea el buscado. El producto son los discursos con sus diferentes enunciados, y el resultado discursivo que aquí buscamos a través del análisis de segunda lectura son propuestas para la ASP que, en corto, ayuden a su cercanía a las necesidades sociales de los ciudadanos y, en largo, contribuyan, si cabe, a la eficacia del Estado social para una mayor justicia social. El discurso producido es un segmento lingüístico puesto en acción de forma hablada, y así el grupo lo que hace es trabajar con el habla,

³⁶ P. BOURDIEU; J.C. CHAMBOREDON; J.C. PASSERON. *El oficio del sociólogo...* p. 68.

³⁷ M. S. ARCHER. *Realist social theory...* p. 90.

³⁸ J. IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto...* p. 60.

dialogar, discutir, y manifestar a través de la conversación cómo conciben el orden social –en lo general– así como la propia subjetividad –en lo particular³⁹. Nuestro objeto de estudio requiere ambas dimensiones pues si la vida social es agencia y condición estructural, subjetividad y objetividad, la AP no debe dejar de contemplarlas articulando sus estrategias de acción a partir de estos pares dependientes y, a la vez, relativamente autónomos. La conversación en el grupo funciona como una expansión del espacio social real y, también, del espacio lingüístico⁴⁰, con lo cual presuponemos que jóvenes, mayores y minoría gitana hablan de sus vidas –un trozo de la vida social– y dentro de ellas se pueden inferir y encauzar sus opiniones y percepciones sobre lo que *debe* hacer la ASP. Y no sólo por el proceso reflexivo vinculado con acciones pasadas del Estado social, que les influyeron de manera directa o por sus interacciones con otras personas, sino también por las mismas ideas y pareceres apuntados que articulan pasos y dimensiones de la acción necesaria, cuando ésta es intelectualmente pensada para producir algún efecto positivo. Se trata, pues, de un proceso de búsqueda de sentido determinado por su necesidad práctica y articulado a través de las inversiones morales y materiales precedentes que ayudan a explicar acciones y situaciones del presente⁴¹. Sólo conociendo la génesis de sentido de las mismas situaciones sociales de jóvenes, mayores y minoría gitana, llegaremos comprender sus necesidades sociales y, como destinatarios, sus necesidades de AP. El mundo social al ser del orden del decir se manifiesta en el habla y ello es posible porque cuando hablamos “leemos” los textos internos grabados en nuestro cuerpo⁴². Así, los discursos expresan trayectorias de vida de las personas en las que está contenida la clave de bóveda de los temas o problemas sociales que queremos abordar. Lo que si es cierto, es que tal clave no siempre se manifiesta de forma clara por lo que es preciso buscarla, y tratar de descubrirla y encontrarla, a través de las variadas dimensiones y escalas de los discursos producidos en la situación social que es el grupo de discusión⁴³.

En este sentido, como hemos visto, la primera decisión sobre el análisis sociológico de la ASP en grupos producidos antes y para otro tema –el análisis sociológico general comprensivo–, se materializa con la hipótesis de que en tales textos discursivos no sólo se puede hacer un análisis sociológico, sino también un análisis sociológico de los requerimientos y exigencias de la ASP. En cuanto a la segunda decisión, tiene su origen en el análisis social –sociológico– realizado a través del discurso. El grupo ciñe y condensa la vida social antecedente que se quiere captar a través de él, y ella misma se manifiesta, más o menos opaca o claramente, al incorporarse a través del habla en los instantes de su celebración: lo hablado en el grupo lo puede haber sido en otros discursos y en otras prácticas. A su vez, sus resultados se pueden expandir hasta la vida social: es decir, los objetos

³⁹ J. IBÁÑEZ. *Más allá de la sociología...* pp. 261 y 136.

⁴⁰ J. IBÁÑEZ. *Análisis sociológico de textos...* p. 126.

⁴¹ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 201 y ss.

⁴² *Ídem*: p. 123.

⁴³ SERRANO, A. “El análisis de materiales visuales en la investigación social: el caso de la publicidad”, en: A. J. GORDO LOPEZ; A. SERRANO PASCUAL. *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: PEARSON. Prentice Hall. 2008. Ver pp. 251 y 259.

construidos en el propio discurso desbordan el mismo discurso. De forma que cuando los colectivos de nuestro interés interaccionan en esa situación, están expresando sus esquemas interpretativos y lo que ocurre en el mundo social en el que viven⁴⁴. Así, nuestros grupos de referencia al condensar las vidas –antecedentes– de sus protagonistas, son un indicador del presente relativamente estable de la vida social porque nos dicen qué está ocurriendo en ella, y, como una de sus manifestaciones, dan lugar a que sus vidas se relacionen con las políticas sociales y ASP precedentes –reales– y futuras –deseables–, a semejanza de cualquier situación social⁴⁵. Hay, entonces, dos dimensiones contenidas en la producción hablada del grupo que deben ser relacionadas en el análisis: una es la del propio plano discursivo y atañe al orden del decir, la otra es la del plano pragmático que atañe al orden del hacer⁴⁶. Aunque nada es gratuito, se debe discernir lo que solo es el decir sin vinculación con la pragmática comunicativa, pero, sobre todo, es necesario unir el decir con el hacer. Si el grupo es un referente del mundo social antecedente, y el discurso desborda al grupo después de su celebración, es porque contiene elementos que interrogan por la relación y la posible coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Ello nos sugiere que los discursos resultantes de la interacción social en el grupo son también prácticas sociales porque, como hemos visto, permiten acceder a los analistas a la comprensión del mundo social de los participantes y, además, más allá de su sentido vehicular, son por sí mismos prácticas, porque en ellos los participantes hacen cosas significativas, construyendo y negociando el sentido de la interacción –por ejemplo: al identificarse o diferenciarse de los otros–⁴⁷.

Llegados aquí, el siguiente paso sería como desplegar el análisis de forma más concreta hasta el plano propiamente social, partiendo de la estructura psicológica de los participantes pero yendo más allá de ella, y a través –pero allende también– de la mencionada vinculación hacer-decir. El grupo viene del mundo social y se pretende que vuelva al mismo para explicar algo sobre él. Podemos conectar la situación social que constituye con la estructura social general y los agentes-acciones que son influidos por ella y en su momento ayudan a configurarla o a cambiarla, aunque muchas veces no sea en el sentido deseado⁴⁸. Y lo podemos vincular porque los sujetos dan sentido a la experiencia a partir de marcos o esquemas cognitivos, que se encuentran socialmente influenciados y configurados. Nuestra experiencia se halla dividida en marcos, con sus dominios de relevancia, a partir de los cuales se da el proceso de aprendizaje social y captación, adquiriéndose prácticamente los esquemas mediante los que se da sentido a los objetos, acciones, y palabras en cada situación. De manera que hay una correspondencia entre los marcos cognitivos y los diferentes ámbitos

⁴⁴ M. CANALES; A. PEINADO. “Grupos de discusión”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 288-316.

⁴⁵ E. MARTÍN CRIADO. “El grupo de discusión como situación social”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 79. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1997. pp. 81-112.

⁴⁶ J. IBAÑEZ. *Análisis sociológico de textos...* p. 121; “Las medidas de la sociedad”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1985. p. 102 y ss.

⁴⁷ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 102 y ss.

⁴⁸ J. P. DUPUY. *El sacrificio y la envidia...* p. 28 y ss.

sociales en los que participamos asegurándose, de esta forma, que no puedan entrar en contradicción. Pero retrocedamos nuevamente y hagamos un camino más amplio y balizado desde la interacción y el grupo de discusión hasta los marcos o ámbitos sociales de referencia. En la conversación, en los discursos, y en su articulación como prácticas sociales, se ponen en liza juegos de lenguaje que al mismo tiempo no dejan de ser juegos de poder, ya que el orden social, al ser del orden del decir, está hecho de dictados e interdicciones, de caminos prescritos y proscritos⁴⁹. Estas jugadas tienen lugar en la conversación –la forma de interacción más potente– donde se muestran y ponen en situación esquemas interpretativos que sobre la marcha la van dotando de sentido. Al no existir sentidos dados para los interlocutores, se deben negociar y acordar recíprocamente sobre la marcha en el curso de cada interacción, redefinir lo que se va diciendo y preparar el sentido de lo que vendrá a partir de lo dicho⁵⁰. De esta forma, el grupo de discusión también funciona como una conversación cualquiera, donde los sujetos provistos de esquemas adquiridos socialmente, construyen y negocian el sentido de cada interacción.

Ciertamente, hay situaciones que ya están normativamente estructuradas –siquiera sea de forma temporal– que los agentes deben conocer para consolidar su competencia comunicativa y expresiva. Se trata de la esfera de la socialización donde se aprende el sentido de las diferentes situaciones sociales, de las constricciones y posibilidades que comportan, y de las estrategias de interacción más razonables dependiendo de cada situación social específica. En consecuencia, los discursos no solo son referentes de contenido de lo que piensan los interlocutores, sino jugadas trascendentes donde se ponen en juego –en el juego de cada interacción– varias cosas: así, el sentido personal del valor social que regula las propias maneras de comportarse; así, el valor social de las personas implicadas; así, el resultado de las negociaciones de sentido de la interacción que en ese momento tienen lugar; o, también, la misma obtención de los recursos que se está jugando en cada interacción de este tipo⁵¹. En última instancia, las personas o agentes, al pertenecer a grupos o colectivos sociales concretos, –a determinadas clases sociales, o fracciones de clase–, comparten con el resto de los miembros un sentido de competencia y economía comunicativa fundamentada en los lugares y acontecimientos compartidos, en el sentido anticipatorio similar ante eventos cotidianos, y, asimismo, en el acuerdo básico sobre las conductas convenientes a todas esas situaciones⁵². Tal bagaje es entonces el que va fraguando la pertenencia a los grupos o colectivos sociales, reafirmando la pertenencia a ellos mediante el ejercicio de esa competencia comunicativa que, como hemos señalado, implica también una competencia práctica del orden del hacer. La conexión de tales situaciones sociales –y el grupo de discusión es una de ellas– con la vida social y la estructura social, se fundamenta en el

⁴⁹ J. IBÁÑEZ. *A contracorriente...* p. 415.

⁵⁰ E. GOFFMAN. *La presentación de la persona en la vida cotidiana...* p. 258 y ss.

⁵¹ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 95 y ss.

⁵² P. BOURDIEU. *¿Qué significa hablar?...* p. 28 y ss.

continuo aprendizaje desarrollado mediante el orden moral de las interacciones cotidianas, en las que se juegan las categorías de orden social general que intentan mantener o cambiar la vida social o las estructuras sociales preexistentes⁵³. Esa anterioridad de la estructura en una dimensión relacionada pero diferente a la de la agencia, es la que habilita para que dentro de una variedad de situaciones y significaciones sociales posibles intentemos captar lo que es prácticamente correcto y pertinente en un momento dado; desde un proceso siempre atravesado por el tamiz de las constricciones y posibilidades específicas provenientes de esa influencia socio-estructural. Así, por ejemplo, en nuestros colectivos referentes de jóvenes, mayores y minoría gitana con respecto a la situación de las mujeres, podemos pensar la institución matrimonial como la preexistente estructura que ha influido y condicionado –a mujeres y hombres– sobre lo que es adecuado y posible, pero que en los últimos años ha sido cambiada por sus acciones y en especial por las acciones de las mujeres tendentes al cambio de roles de género. Pues bien, esa selección y captación adecuadamente práctica de lo que se puede o no se puede hacer o, también, la decisión de intentar el cambio, se consigue porque damos sentido a nuestras experiencias a partir de los mencionados marcos y dominios de relevancia social. Con ellos nos adaptamos y aprendemos socialmente dando sentido a objetos, palabras y acciones en cada situación, influyendo en cuáles son los objetos significativos en una relación significativa y qué tipos de esquemas de interpretación han de ponerse en práctica en ella⁵⁴.

Nuestra pretensión es la de que mediante el grupo de discusión, además de acceder a la investigación sociológica comprensiva podemos realizar inferencias a un segundo nivel –relacionado con el primero–, e investigar también sociológicamente las necesidades de la ASP. De esta forma, lo que se está afirmando es que los discursos resultantes de tal situación son capaces de transmitir datos de los que también podemos inferir los requerimientos, más o menos explícitos, de los ciudadanos sobre las formas de actuar a partir de sus problemas y posibilidades. También, nuestra presunción es la de que, además de poder observar históricamente las formas y modelos de actuación, institucionales o no, –por ejemplo, desde la caridad hasta el Estado social–, también resulta posible observar, –ahora a través del habla en los textos de los grupos de discusión–, las necesidades específicas y generales de actuación, como demanda de transformación de las políticas sociales: formas de ayuda, apoyo, prosecución de la ciudadanía de hecho a través de actuaciones, etc. Y, desde luego, puesto que estamos hablando de un objeto social en el que están contenidos los distintos componentes de la vida social –estructura, acción social y AP, y estructuras subjetivas y psicológicas– también es preciso disponer de instrumentos como el grupo, visto como situación social, que podemos relacionar y recrear con los marcos y estructuras sociales más generales. La continuación de

⁵³ M. S. VALLÉS. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis. 1999. p. 306 y ss.

⁵⁴ E. GOFFMAN. *La presentación de la persona...* p. 256 y ss.; E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 102 y ss.

nuestra presunción desarrolla la idea de que las transformaciones sociales –por ejemplo, en el rol de género– tienen su correlato en las mismas pretensiones y condiciones de las personas destinatarias respecto a las formas de actuación desde el Estado social y otras agencias. Y, de la misma forma, también inferimos que la propia historia y acumulación de servicios y actuaciones los faculta para ser conocidos, hablados y matizados, mucho más cuando su presencia en los medios de comunicación social, cada vez más frecuente, actúa como acrecentador de esas manifestaciones. Hay, pues, a partir de tal reflexividad social, la idea de que existe un afinamiento profundo de los ciudadanos sobre las formas y los deseos de ser actuados que, por lógica, están contenidos en los discursos en los que hablan de su situación, de sus problemas y de sus propósitos.

En el grupo, las comunicaciones se plasman a través de la conversación que es textualmente transcrita para su análisis posterior. Es una manifestación micro que intenta reproducir y conectar con la vida social desde su desarrollo como situación social, posibilitando, al menos, intentar la construcción de la lógica en su uso de los participantes. En el análisis con grupos de discusión, como en todo análisis sociológico, es preciso discernir la lógica preconstruida frente a la lógica en acto⁵⁵. La ventaja del grupo, si lo comparamos con otras técnicas, es que hace más accesibles las formas mediante las cuales agentes y/o actores dan sentido a su entorno y construyen cursos de acción a lo largo del tiempo⁵⁶. Por lo tanto, es preciso que el análisis aporte información pero de forma que pueda desentrañarse claramente la perspectiva de los sujetos investigados del punto de vista de los analistas⁵⁷. La idea de lo que podría razonablemente suceder no debe decidir por los investigadores, sustituyendo a lo que ha sucedido en las vidas de los sujetos investigados. Por otro lado, las explicaciones no pueden darse en bruto a partir de las manifestaciones textuales de los interlocutores. Deben estar recreadas de forma que se muestren las categorías existentes que operan en su escenario o marco de acción⁵⁸. Al hacerlo así, se posibilita un acercamiento a la objetividad del objeto entendida como una anticipada comunidad de percepciones y explicaciones corroborantes desarrolladas en la conversación. De manera que más allá de variantes personales, las posiciones son las definitorias de las percepciones tenidas: *alter* podría ser el sustituto y complemento perceptivo que desarrolla parecidas percepciones a las que *ego* tendría si asumiera su posición. Es decir, los procesos de objetivación a través de los discursos son posibles desde formas que parten de suposiciones sobre un mundo compartido en común, componiendo la estructura profunda de una variedad de actividades conversacionales entre las

⁵⁵ P. BOURDIEU. *El sentido práctico...* p. 138 y ss.; A. CICOUREL. “Algunas cuestiones de teoría y método”, en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. pp. 114.

⁵⁶ *Ídem*: pp. 114-115.

⁵⁷ *Ídem*: p. 121.

⁵⁸ H. SACKS. “La máquina de hacer inferencias” en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. pp. 65 y 67, respectivamente.

cuales se encuentran –de forma prominente– la presentación de problemas pero también la formulación de soluciones, las mismas que las personas van aplicando en su vida cotidiana⁵⁹.

Una vez que se consiguen discernir las perspectivas –del sujeto y del objeto– y las lógicas –reconstruida y en uso–, y se ha separado la experiencia personal de la manera de dar cuenta de lo que hemos encontrado en el análisis, sí que es necesario y posible entablar un debate donde el analista presente, desarrolle e interroge las voces disyuntivas de la realidad que se manifiestan en la situación. En la medida que se pretende que el grupo vaya más allá del grupo, desplegándose hasta el mundo social, los analizadores deben confrontar las opiniones de manera interna, pero también con los otros que forman parte del exterior con el que están relacionados, pero ausentes físicamente en el momento de su celebración. Es decir nos encontramos con referencias a *los* que no están en el grupo y, también, a *lo* que no está en el grupo. Así, la conversación como la forma de interacción más potente se despliega más allá de sí misma, permitiendo variantes y relaciones secundarias en rizoma que amplían y potencian el análisis sociológico.

⁵⁹ M. POLLNER “El razonamiento mundano”, en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. p. 137 y ss.

COMENTARIO

LAS FAMILIAS DE MADRE SOLA COMO EJEMPLO ANALÍTICO CONSTITUTIVO DEL SUJETO SOCIAL EN LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA

La perspectiva que aquí importa es la que está al servicio de una investigación de la ASP objetiva, contrastada a partir de las diversas posiciones, opiniones y narraciones de las personas, incluyendo las constricciones y posibilidades pragmáticas que van manifestando en sus discursos cuando tienen la oportunidad de hablar y expresarse. Tal mirada tan sólo puede tener sentido, trayendo y actualizando los contenidos comprensivos necesarios que justifiquen el porqué de unas expectativas, de un proyecto, o de una planificación posible. En más, siempre es necesario que se presuponga lo que ocurrirá en las interacciones con los destinatarios de esta clase de acción y, más aún, en las relaciones sociales que conllevan cuando también rol y posición social se manifiesten, dependiendo del entramado social en el que participa el sujeto social receptor. En una acción destinada a un sujeto social individual, que ha sido institucional y normativamente así organizada y legitimada, como, por ejemplo, la atención a “usuarios” en diversos centros y servicios del Estado del Bienestar, la atención individual se ve de inmediato rebasada, pues el ámbito de lo personal y subjetivo se expande hacia el rol social, que interpreta y desempeña una posición social ocupada. *Lo personal* implica a las estructuras psicológicas pero nunca a seres privados o aislados de los otros y del mundo, mientras que *lo subjetivo* sólo se puede entender representando la corriente de conciencia de los otros junto a la nuestra, pues se interpretan y construyen los actos intencionales de *alter* al mismo tiempo que los nuestros, vivenciando las dos series de experiencias como una sola: el mundo común e intersubjetivo⁶⁰. En cuanto *al rol social*, como

⁶⁰ A. SCHÜTZ. *La construcción significativa del mundo social...* p. 195 y ss.

desempeño concreto de un actor social a partir de una posición, es preciso distinguirlo de las personas incumbidas y, en consecuencia, relacionarlo con *los agentes y las posiciones ocupadas* que, asimismo, están ordenadas y estructuradas jerárquicamente respecto a otras⁶¹. Persona, interacción y estructuración social constituyen la constelación de la acción social en sí, y todas ellas conforman un haz relacional, cuando se requieren o demandan acciones a alguno de los servicios del Estado social. Aunque estos dispositivos realicen y estén preparados para la atención individual, o aún familiar, las vinculaciones de las personas que allí acceden van más allá de su voluntad o su subjetividad. En ese sentido, dada su operatividad y el uso que hacemos del concepto de relación social, conviene volver a recordar qué entendemos por ella, definiéndola por contraste a un pensamiento esencialista o entitativo. Concebimos la relación social como la realidad de lo interhumano, es decir, de aquello que está entre los sujetos agentes, sabiendo que puede ser observada y diferenciada a distintos niveles, como son las interacciones, las organizaciones o la sociedad. Constituye una orientación y un obrar recíproco y, por lo tanto, una acción. La relación social se distingue de lo que está en los actores –individuales o colectivos–, movilizándolo tanto elementos objetivos, independientes de los sujetos participantes, como subjetivos; que son más dependientes de la específica comunicación intersubjetiva puesta en marcha⁶². En ese sentido, la intervención social, y/o la ASP, es acción y relación social entre el sistema que interviene y el sujeto destinatario, entre una acción intelectual y la acción social en sí. Es mucho más que una comunicación lingüística y como tal debe ser pensada y activada. Constituye una relación y acción en la que ambas partes pueden participar en la definición de lo qué debe ser hecho, por quién, cómo y cuándo, en términos de la máxima reciprocidad posible. Se trata de combinar procesos de aprendizaje mutuo, cognitivos y normativos, en los que se personalizan fines comunes de la relación que cada uno persigue autónomamente en su propio ámbito de acción⁶³.

En el caso de, por ejemplo, **una joven madre sola**, su estado de ánimo, así como su autonomía y salud, en el ámbito personal, interactúan con el desempeño de un rol concreto – obrera en una fábrica de conservas con unas apreciadas habilidades manuales –, que está en relación con la posición ocupada como agente social –mujer joven trabajadora manual no cualificada–, respecto a otras posiciones de la estructura laboral en la misma factoría –otros obreros/as, capataces, gestores/as, directivos/as...–. O fuera de ella, por comparación a otras fábricas conserveras, y respecto al conjunto de la estructura ocupacional y de la estructura social general del país. Más sencillamente, las personas demandantes son personas, actores y agentes sociales y seguramente no necesitan algo exclusivo ateniéndose a la estructura personal o psicológica –o, al menos, no sólo–, sino también algo inclusivo con su rol y posición social y, sobre todo, con la relación recíproca entre estas dimensiones, desde la más personal hasta la

⁶¹ Cfr., M. ARCHER. *Realist social theory...* p. 72. y N. PIZARRO. *Tratado de metodología...* pp. 319-320

⁶² M. HERRERA GÓMEZ. *La relación social como categoría en las ciencias sociales...* p. 38.

⁶³ *Ídem*: pp. 65 y 66.

más sujeta a estructuración. Por otro lado, aunque se dejan atisbar, es preciso señalar que junto a los ejes verticales clásicos –como el económico, el relacional, la vivienda, etc. – hay otros ejes horizontales –género o dominación masculina, edad, vivencias generacionales, inmigración...– que van siendo incorporados comprensiva y prácticamente a las estrategias de la ASP dentro del Estado social, porque están en el proceso de lo personal, de los roles y posiciones sociales. En el caso que venimos de señalar, al hablar de una mujer joven madre sola con hijos dependientes, la dimensión personal se entrecruza con la social, de forma que la monoparentalidad en una mujer acumula desventajas sociales que están relacionadas con el género y con los recursos, o capitales, que haya acrecentado o abandonado a lo largo de la vida: el cuidado y educación de los hijos, la formación, el trabajo... Es decir, un conjunto ingente de actividades, a veces incompatibles entre sí, que sólo pueden ser desarrolladas con ayudas y apoyos informales o institucionales y siempre a costa de enormes costes personales y sociales. Empero, a pesar de las dimensiones señaladas como estructurantes y estructuradas en las personas, es notoria la operación tecnoburocrática que fuerza situaciones de atención individuales, trasladando la fuerza de la acción a la sola voluntad, motivación, o –en esta postmodernidad de textura seudoparticipativa–, a la implicación de las personas.

Pero no se trata de proyectar apoyos para eludir la responsabilidad personal, sino al contrario. La consideramos intransferible e imprescindible en un contexto de derechos, ciudadanía social y libertad de decisión, contando con las constricciones personales y sociales de cada agente. Los requerimientos a dimensiones restringidas de las personas y de su proyección social, legitimando así el individualismo negativo consecuencia de la incapacidad de la economía y la sociedad, hay que discernirlos de la libertad y la responsabilidad como elementos irrenunciables. No obstante, para ello es preciso reconocer que el territorio de la causalidad excede lo personal, y que las políticas sociales deben incorporar en sus metodologías de acción e intervención estrategias explícitas que contemplen al sujeto social como persona, actor, y agente social⁶⁴. En consecuencia, esta proyección, que intenta presentar en una dimensión ajustada el conjunto del proceso social, evitando formulaciones restringidas, debe considerar el papel de incorporación y aglutinante de lo personal, con sus propiedades psicológicas. Al igual que señalábamos respecto a las necesidades, que son sociales y compartidas y las personas son quienes las hacen efectivas, las acciones expertas y proyectadas deben confluir con todas sus dimensiones en lo personal, más allá de una posible conciencia colectiva situada en otro orden conceptual y práctico. De vuelta, la paradoja es que no seríamos reconocidos como personas si no fuésemos capaces de distinguir y de experimentar el contexto social en el que vivimos⁶⁵. Si esto es así, una vez descartado el paradigma colectivista, es preciso contar con estos estratos diferenciados a la hora de proyectar una ASP que supere el atomismo individualista y la presunción de la conciencia

⁶⁴ J. GARCÍA ROCA. “La revancha del sujeto”, en: *Revista de Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 145. Madrid: Caritas. 2007. p. 40 y ss.

⁶⁵ M. ARCHER. *Realist social theory...* p. 30.

plena de los destinatarios de las intervenciones, y las metodologías que apelan a la voluntad o al esfuerzo individual. Ya sea por creencia, ausencia conceptual o pereza intelectual y práctica, están limitando a la persona a ser menos de lo que es. Una acción que tenga en cuenta estas proposiciones, debe incorporar algo más que los parámetros individualistas de emisión de requerimientos, que siempre son cómodos de formular a las personas que están presentes físicamente, pero pueden ignorar estas otras dimensiones analíticas y operativas, que son al mismo tiempo condicionantes y posibilitantes. Por tanto, debe ser una ASP que tienda a desplegarse desde su base comprensiva e intente mirar en simultaneidad a persona, actor y agente social, sabiendo de la autonomía emergente de cada una de estas dimensiones relacionadas pero confluyentes en lo personal. Al verlas y separarlas desde el ámbito unitario de la persona i) se puede ver su emergencia y, por lo tanto, la conexión específica con los marcos y ámbitos sociales de los que forman parte y en los que ella misma participa, ii) se puede diferenciar su influencia y poder causal concreto en cada situación, iii) y se puede intentar algún resultado global a partir de la interacción entre estas tres dimensiones⁶⁶.

Más allá de los referentes identificados de nivel que toda intervención y ASP deben tener, la acción social, las situaciones sociales y, en definitiva, la sociedad no está limitada a las interacciones sociales. Antes bien, en un proceso de acción dirigido a personas, familias, grupos sociales u otros destinatarios colectivos, como pueden ser un barrio o un enclave urbano, se dan otras relaciones que son producto de acciones anteriores, propias y ajenas, y de sistemas estructurantes de diferente nivel. Muchas de las fuerzas concurrentes en la sociedad, atinentes a las relaciones entre las personas –personas, actores y agentes– y de estas con las cosas –por ejemplo el dinero o la tecnología–, están más allá de las interacciones directas, e influyen en las limitaciones o posibilidades de acción de los sujetos y de las situaciones en las que participan. El efecto y la influencia de estructuración lo es, precisamente, porque las relaciones de poder y fuerza que lo originan no necesita estar presente ni en el espacio ni en el tiempo⁶⁷. *Ni en el espacio*, porque su alcance se manifiesta en variadas situaciones sociales y mediante el ajuste de las expectativas a las posibilidades, a la hora de buscar un empleo no cualificado en una fábrica de conservas –continuando con nuestro ejemplo de familia de madre joven sola–. Bien es cierto, que en un proceso de monoparentalidad, con la acumulación de responsabilidades que conlleva, el terreno de las expectativas tiende a solaparse y casi a desaparecer, dejando paso a la necesidad de ceñirse a lo que hay, al menos en un primer momento, para conseguir unos ingresos económicos periódicos⁶⁸. *Ni en el tiempo*, porque las situaciones sociales presentes son en gran parte producto de acciones pretéritas. Así, la situación de esta mujer joven con sus hijos es el resultado de acciones precedentes, para cuyo desbloqueo es preciso reconocer e identificar⁶⁹. Una inversión

⁶⁶Ídem: p. 70.

⁶⁷ P. BOURDIEU. *Les structures sociales de l'économie...* p. 238 y ss.

⁶⁸ M. ARENAS. *Las familias de madre sola...* p. 101 y ss.

⁶⁹ M. ARCHER. *Realist social theory...* p. 64 y ss.

educativa y socializadora de género dirigida a la exclusiva ocupación del mundo interno por la mujer –como acciones continuadas precedentes–, se constituye en un obstáculo importante y prolongado a la hora de ser madre joven sola: por ejemplo, en las correspondientes relaciones sociales y el empleo. Desde esta perspectiva, es notorio que la adquisición de nuevos capitales y recursos, o su reapropiación, deben formar parte de una estrategia de reinversión social en estas mujeres jóvenes, como personas, actores y agentes sociales. Hay adquisiciones parciales que pueden ser casi inmediatas en sus efectos sobre la igualdad y la autonomía –así, la utilización de recursos de información–, pero hay otras que necesitan de inversiones materiales y morales más importantes y alargadas en el tiempo, sin por ello tener que dejar de vivir la propia vida⁷⁰. En efecto, si se quieren remover realmente los procesos de desigualdad social, como es el de nuestro ejemplo, hay que contar de forma explícita con el factor tiempo. i) Conceptual y analíticamente, porque las situaciones sociales más resistentes al cambio suelen ser producto de una suerte de acción histórica continuada, separada del presente y quizás ya oculta y no desentrañada. ii) Y con la ASP necesaria, porque, a modo de bancos de tiempo que pueden ser utilizados con cobertura protectora, se necesitan inversiones de carácter social para que las personas se recapitalicen con una relativa tranquilidad, mediante las medidas y acciones específicas proyectadas –educativas, formativas, laborales, comprensivas...– y al mismo tiempo sigan viviendo en su contexto social presente y emergente⁷¹. Las inversiones materiales inciden en los apoyos a corto, medio y largo plazo de forma que las personas, y sus familias, puedan volver a tomar lo antes posible las riendas de sus vidas. Por ejemplo, en las familias monoparentales llevadas por mujeres, servicios y prestaciones como guarderías y apoyo en la guarda y cuidado de niños, ayuda a domicilio, información y orientación educativa y social, educación, formación ocupacional y laboral..., Es decir, recursos factibles que tienen el poder de cambiar la geografía sociovital de las personas, siempre que se disponga del apoyo y tiempo necesarios, y no se anulen las iniciativas y posibilidades recursivas de la persona o personas apoyadas. Un ejemplo recurrente y conocido: el cuidado y guarda de los niños por parte de los abuelos, maternos pero también paternos, pueden ser alentados con lo que significa de implicación y desarrollo afectivo y emocional de nietos y abuelos.

En cuanto a las inversiones morales, también se sostienen con lapsos temporales protegidos en los que conquistas de conocimiento y comprensión, propias y ajenas, acompañan a los apoyos materiales antedichos. Una geografía material de recursos específicos de ayuda para la autoconsideración y la autonomía, tiene que estar acompañada de un trayecto jalonado de hitos morales autónomos, en el que se construye una subjetividad

⁷⁰ Las medidas que alejan a las personas de su medio, encapsulándolas en una institución protectora durante un largo periodo de tiempo, no son nunca deseables. Cuando han existido protecciones no combinadas y/o descompensadas, las madres solas han permanecido largo tiempo en una casa de acogida. Es lo que ocurría en Noruega hasta los pasados años 90. Ver, a este respecto, B. KAMERMAN; J. KAHN. “Les familles monoparentales dont le chef est une femme en Europe Occidentale: évolution des situations sociales et des réponses”, en: *Revue Internationale de Sécurité Sociale*, núm. 1. Ginebra. 1989. p. 20 y ss.

⁷¹ A. SUPIOT. *Au-delà de l'emploi...* p. 88.

basada en la independencia de uno mismo y de los otros. Podemos conseguir las condiciones para la autonomía material, pero si no se trabajan simultáneamente los medios para una autonomía moral compartida e igualitaria, los avances se postergarán y aún sufrirán retrasos desconcertantes. En consecuencia, las políticas sociales deben contemplar un espacio para las acciones morales, a modo de acciones comunicativas, conceptuales y comprensivas, puestas al servicio de las personas receptoras pero desarrolladas por ellas mismas. Tal nivel de abstracción se muestra más diáfano si acudimos a ejemplos relacionados con nuestro propio caso de familia monoparental llevada por una joven mujer. Así, la autonomía de una madre sola se fragua con formas de pensamiento y acción moral que acompañen a conquistas materiales como la formación, el trabajo, la independencia económica y su creencia en ellas: esto es, su distinción como persona con necesidades diferenciadas de los otros, en concreto de sus hijos, y las consecuentes acciones para la constitución de un mundo relacional y social propio que no esté supeditado en todo a su crianza y socialización⁷². Si las mujeres, en este caso, han sido educadas en una larga inversión moral que les constituye como sujetos sociales subordinados a los otros –el padre, el marido, los hijos–, amarrándolas en la resolución práctica de gran parte de aspectos de la vida cotidiana, es preciso –primero–, de un proceso de discernimiento conceptual y comprensivo, acompañado –segundo–, de otras inversiones morales y prácticas que ocupen el lugar de aquella responsabilidad moral contraída y asumida⁷³. Aún así, precisamente por estos razonamientos radicales, son previsibles altas resistencias intelectuales, materiales y morales por parte de los hombres, y de algunas mujeres, para la postergación de la racionalidad dominante masculina en nuestra sociedad, que trata de mostrarse como la racionalidad social a secas.

Desde la razón práctica, en los últimos años ha habido un esfuerzo por articular sistemas de atención e intervención que conectaran a los destinatarios con los diferentes recursos necesarios para restituir e incorporar aquellas capacidades menguadas o disminuidas por los procesos de desigualdad económica y/o social. Esta provisión de recursos en red es una forma particular de reconocer los diferentes planos en los que están implicados los receptores de las políticas sociales como personas, actores y agentes sociales ocupantes de una posición en la estructura social. Es el reconocimiento de que las personas tienen un contexto y una historia incorporada, no siendo individuos aislados. Así, al constatar la anulación o aminoración temporal de capacidades, los ciudadanos acceden o son dirigidos a los servicios o recursos de enseñanza, formación y empleo, sanidad, servicios sociales, vivienda... A través de dispositivos sistémicos institucionales especializados en partes del mundo social de las personas, o se intenta completar aquello que por momentos les hace vulnerables, o se pretende restituir los medios y capacidades de los que prácticamente carecen, abocándolas a la exclusión social. Para aquellos que, aún en desigualdad, se

⁷² M^a J. MIRANDA. *Crónicas del desconcierto*. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. 1987. p. 29 y ss.

⁷³ E. MARTÍN CRIADO. *Producir la juventud...* p. 170 y ss. y p. 234.

encuentran en el espacio de la integración social, la utilización eventual, alternativa o yuxtapuesta, de los servicios del Estado social es útil, en la medida que demanda y recurso tienen una alta correspondencia y se realiza desde la relación ahistórica y descontextualizada de los servicios con los usuarios. De otro lado, para los que se encuentran en el espacio de vulnerabilidad o exclusión, aminorados o desprovistos de varios capitales sociales, esta relación de servicio a usuario es insuficiente cuanto que requieren protecciones y apoyos activos continuados adaptados.

Nos encontramos, pues, con dos problemas que atañen tanto a la rigidez de la universalidad como a la deriva de las acciones focalizadas en procesos institucionales y sociales especiales, que refuerzan esa situación objetiva y las descalificaciones sociales de las que viene acompañada. Primer problema: la relación de servicio a usuario si bien es hoy limitada para todos, por demasiado rígida y sujeta a categorizaciones –ver Capítulo 2–, se amplifica en el caso de las personas en vulnerabilidad o exclusión social. La diferencia está en que la relación de servicio a usuario es superable y aprovechable en el espacio de la integración y, sin embargo, insuficiente en las personas y grupos desprovistos de las capacidades sociales necesarias para una participación social satisfactoria. El usuario no preexiste ni sobrevive a la situación de uso, existe en la situación concreta vinculada con la ventanilla a la que se dirige, con la prestación que recibe, con el profesional que le atiende, o el servicio público que utiliza. El modelo de uso actual no tiene una función identitaria sino meramente transaccional⁷⁴. Más que a usuario, que evoca una vinculación presentista, episódica y hasta fría y ajena al ciudadano, habría que remitirse a unas relaciones sociales de uso, en el sentido del derecho de utilización de un bien, o un servicio, que es socialmente construido y es posible de descifrar y aclarar. Si esto es así, la relación de servicio a usuario, es limitada para la generalidad de los ciudadanos y claramente insuficiente para los provisoriamente excluidos, que requerirían servicios con más flexibilidad, profundidad y constancia en el tiempo. Es decir, se trataría de construir unas relaciones sociales de uso que maticen a las actuales. Segundo problema: cuando se abordan políticas e intervenciones para llegar allí donde no lo hacen, normalmente, los servicios del Estado social, se dan tendencias centrífugas para la creación de dispositivos especiales que tienden a perder las referencias troncales de vuelta, no tanto a la normalidad y sí al espacio de la integración creativa y de reapropiación de las capacidades de las personas o grupos sociales. Estos dispositivos y situaciones creadas –en la enseñanza, en la formación y el empleo, en la vivienda, en los servicios sociales de base...– al perder las referencias del universalismo institucional y de integración, suponen un nuevo espacio de reclasificación o reubicación social en el que se mantienen las personas y familias afectadas excluidas, generalmente sin movimientos descendentes pero tampoco ascendentes. Es una relación paradójica del lugar de los destinatarios pero también de los servicios y promotores de las acciones. De los receptores de

⁷⁴ M. CHAUVIÈRE. *Le travail social dans l'action publique...* p. 226 y ss.

estas políticas especializadas, porque dependiendo de sus protecciones, se mantienen sujetos a un territorio especial de orden sistémico institucional que restringe sus relaciones sociales y les cataloga de asistidos. De la parte de los servicios y actores de la acción, porque al no tener éxito en la restauración inclusiva, reciben la deslegitimación institucional y social que deviene de su carácter receptivo en la ida –de la integración a la exclusión– pero que no consigue proponer a los ciudadanos afectados caminos de vuelta hacia la inclusión. Es la pérdida de la pertenencia al régimen común de vocación universalista y la diferencia entre la seguridad, que es para todos, y la asistencia, delimitada para unos pocos⁷⁵.

Una variante de este segundo problema se da cuando se comprueba la ineficacia integradora de las intervenciones especializadas. Es usual entonces el retorno a la relación de servicio a usuario antedicha. Incluso, desde estos dispositivos creados *ex profeso*, como una forma de atajo de vuelta hacia los códigos universalistas perdidos en el camino de la paradójica acción especializada. Así las cosas, cuando, de nuevo, se vuelve a constatar que la relación servicio usuario sigue sin funcionar, se ubica ya a estos destinatarios en el terreno de la inacción institucional, traspasándoles la responsabilidad del fracaso de la relación de servicio a usuario en su variante especializada. En todo este camino, al mismo tiempo que las personas desprovistas de capitales sociales se han visto beneficiadas por las protecciones, si bien insuficientes, la tendencia es a la creación de sistemas de atención y acción *ad hoc*, configurándose una nueva realidad en el sistema institucional. Parece conveniente, ateniéndonos al principio de realidad, reubicar tales dispositivos pero transformando sus fines, metodologías y prácticas. Ello pasa por definir una nueva relación de carácter general, no tanto de servicio a usuario y sí, más bien, de servicio a ciudadano. Un vínculo con contexto e historia que vaya más allá de una forzada sincronización sistémica que termina cosificando a las personas. Por otro lado, los proyectos y acciones, a personas y grupos vulnerables y excluidos, deben estar adaptados a esas circunstancias, pues de otra forma ya sería suficiente con la relación de servicio a usuario actual. La condición es que cada plan, proyecto y, aún, actividad, nunca debe perder el referente específico conector con la integración y troncalidad del sistema institucional, pero sobre todo con la del mundo social de los ciudadanos que sea el caso. Se trata de un esfuerzo de previsión de los efectos no buscados en los proyectos, pero también en su desarrollo: en el plano de las decisiones y del desempeño de la acción, en observar cómo hace la intervención a los ciudadanos y qué es lo que estos hacen con ella. Y todo ello, para llegar a una ASP emancipadora y transformadora pero también a un servicio mejor prestado.

⁷⁵ R. CASTEL; C. HAROCHE. *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo...* p. 43.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL, G. *Teoría general de la información*. Madrid: Cátedra. 1997.
- AGUINAGA, J.; COMAS, D. *Cambios de hábito en el uso del tiempo. Trayectorias temporales de los jóvenes españoles*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1997.
- AGULLO, E. [y otros]. *Erradicación del chabolismo e integración social de los gitanos de Avilés. Investigación, evaluación y propuestas*. Oviedo: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Avilés. 2004.
- ALBERDI, I.; ESCARIO, P.; HAIMOVICH, P. “Actitudes de las mujeres ante el cambio familiar”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 27. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1988. pp. 51-49.
- ALONSO, L. E. “Los orígenes del consumo de masas: el significado de una transformación histórica”, en: *Estudios sobre Consumo*, núm. 6. 1985. pp. 11-20.
- . “Proceso de trabajo y objeto de consumo. Apuntes de un análisis de su evolución conjunta”, en: *Sociología del Trabajo*, núm. 8. Madrid: Siglo XXI. 1989-1990. pp. 59-80.
- . *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos. 1998.
- . “La producción social de la necesidad y la modernización de la pobreza: una reflexión desde lo político”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. pp. 129-161.

- . “Las políticas del consumo: transformaciones en el proceso de trabajo y fragmentación de los estilos de vida, en: *Revista Española de Sociología*, núm. 4. Madrid: Federación Española de Sociología. 2004. pp. 7-50.
- . “Necesidades”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004.
- . “Problemas sociales”, en S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004.
- ALOS, R.; JODAR, P. “Globalización económica, cambios en los modelos de empresa, segmentación del trabajo y relaciones laborales”, en *Gaceta Sindical (Tema general: Sindicalismo y globalización)*, núm. 2. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras. 2002. pp. 135-160.
- ÁLVAREZ SOUSA, A. “El constructivismo estructuralista: teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 75. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1996. pp. 145-172.
- ÁLVAREZ, R.; AZOFRA, M. J. y CUESTA, M. *Economía y juventud*. Madrid: INJUVE. 1999.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. “La crisis del trabajo social”, en: *Claves de Razón Práctica*, nº 34. Madrid. Promotora General de Revistas. 1993. pp. 61-67.
- . *En torno a la crisis de los modelos de intervención social*. Madrid: Talasa. 1995.
- . “Estado Social versus Neoliberalismo”, en: *Acciones e Investigaciones Sociales*, núm. 16. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. 2002. pp. 13-23.
- . (ed.). *Sociología y educación. Textos e intervenciones de los sociólogos clásicos*. Madrid: Morata. 2007.
- . “La renta no ganada. Sociología teoría subjetiva del valor, y cultura empresarial en las sociedades neoliberales”, en: *Anduli. Revista andaluza de ciencias sociales*. Sevilla: Universidad de Sevilla. 2007. pp. 9-22.
- ÁLVAREZ-URÍA, F.; VARELA, J. *Sociología, capitalismo y democracia: génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*. Madrid: Morata. 2004.
- . *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta*. Madrid: Ediciones Morata. 2009.
- ALVIRA MARTÍN, F. “Investigación evaluativa: una perspectiva experimentalista”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1985. pp. 129-142.
- . “Diseños de investigación social: criterios operativos” en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBÁÑEZ; F. ALVIRA (compilación) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. pp. 67-94.
- ANDER-EGG, E. *Introducción a la planificación*. Madrid: Siglo XXI. 1991.
- ANES, G. *El Antiguo Régimen: los Borbones*. Madrid: Alfaguara IV, Alianza Editorial. 1975.

- ARAGÓ, J. M. "Aspectos psicosociales de la senectud", en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. pp. 289-325.
- ATTIAS-DONFUT, C. "Sociología de las generaciones", en: Fundación La Caixa. *Cooperación intergeneracional*. Barcelona: Fundación La Caixa. 1994. pp. 45-55.
- ARCHER, M. S. *Realist social theory: the morphogenetic approach*. Cambridge: Cambridge University Press. 1995.
- ARENAS, M. *Desigualdad social y marginación de los menores en Langreo*. Langreo (Inédito). 1989.
- . *Los gitanos de Avilés. Pervivencia cultural e integración social*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1990. (Inédito).
- . *Las familias de madre sola en Avilés. Las estrategias de supervivencia adoptadas*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1993.
- . *Las personas mayores de Avilés. La generación de la inmigración*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 1995.
- . "Vivienda, hábitat y exclusión social: los gitanos en el centro de la polémica". *Jornadas sobre: Viviendas sociales y realojamiento. Debate, propuesta y alternativas*. Casa de la Cultura de Avilés (Asturias). 12 y 13 de diciembre de 1997. Federación de Asociaciones de Vecinos de Avilés y Comarca. 1997. (Inédito).
- . "Familia y sociedad: mirar y ser mirado desde la vejez", en: *ÁBACO. Revista de cultura y ciencias sociales*, núm. 29-30. Gijón. 2001. pp. 95-100.
- . *Cambios recientes en la condición juvenil: acción y posición de los jóvenes de Gijón*. Gijón: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Gijón. 2002.
- . *Cuatro años en el camino hacia el bienestar social. Política social y Servicios Sociales Municipales*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés. 2007.
- ARENAS, M.; NOVO, A. "Cambio social e iniciativas de las personas mayores. Pasos hacia un nuevo rol social", en: *Revista de Antropología Experimental*, núm. 8. Texto 23. 2008. pp. 313-330. En Internet: <http://revista.ujaen.es/rae>
- ARIES, P. "¿Una historia de la vejez?", en: *Archipiélago* (Tema general: Vejez, divino tesoro). núm. 44. Barcelona. 2000. pp. 50-61.
- ARISTÓTELES. *La política*. Madrid: Espasa Calpe. 1978.
- ARRIBA, A.; MORENO, L. "Spain – Poverty, social exclusion and "safety nets"", en: M. FERRERA (ed.). *Welfare State reform in southern Europe. Fighting poverty and social exclusion in Italy, Spain, Portugal and Greece*. Oxon: Routledge, 2005. pp. 141-203.
- AVIA ARANDA, M.; MARTÍN CORDERO, J. "Cambio y continuidad en la personalidad", en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. pp. 177-200.

- BALLESTER BRAGE, L. *Las necesidades sociales. Teorías y conceptos básicos*. Madrid: Síntesis. 1999.
- BARKER, J.; JONES, C. "Responsability for needs", en: G. BROCK (ed.). *Necessary goods: our responsibilities to meet others' needs*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, INC. 1998. pp. 219-232.
- BAZO, M. T. "La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas", en: *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, núm. 26. Barcelona: Sociedad Española de Geriátría y Gerontología. 1991. pp. 47-52.
- BEGG, I.; BERGHMAN, J. "The Future Role of de EU in Dealing With Social Exclusion: Policy Perspectives", en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. pp. 306-327.
- BELTRAN, M. "Cuestiones previas acerca de la ciencia de la realidad social" en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBAÑEZ; F. ALVIRA (compilación) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. pp. 17-30.
- BERGER, P.; LUCKMANN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. 1979.
- BERICAT, E. "La sociología de la emoción y la emoción en sociología", en: *PAPERS*, núm. 62. Barcelona: Universidad Autónoma. 2000. pp. 145-176.
- BLANCO ABARCA, A. "Factores psicosociales de la vida adulta", en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. pp. 201-258.
- BOLTANSKI, L.; CHIAPELO, E. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal. 2002.
- BOTTOMORE, T. "Ciudadanía y clase social cuarenta años después" en: T. H. MARSHALL y T. BOTTOMORE. *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial. 1998. pp. 85-138.
- BOURDIEU, P. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press. 1977.
- . *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa. 1988.
- . *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus. 1988.
- . *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. 1991.
- . *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama. 1995.
- . *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama. 1997.
- . "Comprender" en: P. BOURDIEU [dir.]. *La miseria del mundo*. Madrid: Akal. 1999. pp. 527-556.

- . “Efectos de lugar”, en: P. BOURDIEU (ed.). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal. 1999. pp. 119-124.
- . *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal. 1999.
- . *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. 1999.
- . *Les structures sociales de l'économie*. Paris: Seuil, 2000.
- . *Lección sobre lección*. Barcelona: Anagrama. 2002.
- BOURDIEU, P; CHAMBOREDON, J. C.; PASSERON, J. C. *El oficio del sociólogo*. Madrid: S. XXI. 1976.
- BRUNER, P. *Actos del significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial. 1991.
- BRUNET, I.; MORELL, A. “Sociología e historia: Norbert Elias y P. Bourdieu”, en: *Sociológica. Revista de Pensamiento Social*, núm. 4. La Coruña: Universidad de la Coruña. 2001. pp.109-132.
- CACHÓN, L. *¿Movilidad social o trayectorias de clase?* Madrid: Siglo XXI y CIS. 1989.
- CAHILL, M. *The new social policy*. Oxford: Blackwell. 1994.
- CALVO BUEZAS, T. “Minoría”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dirs.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1092-1106.
- CANALES, M; PEINADO, M. “Grupos de discusión”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 288-316.
- CANGUILHEM, G. *Lo normal y lo patológico*. Madrid: Siglo XXI. 1971.
- CANO, S. *La vejez: integración o exilio*. Gijón: Fundación Pública de Servicios Sociales Municipales. 1990.
- CASADO, D. “Conocimiento y acción formal pro bienestar”, en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005. 13-50
- . “Presentación”, en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005.
- J. CASAL. “Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 75. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1996. pp. 295-316.
- . “Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo”, en: *Cuaderno de Relaciones Laborales*, núm. 11. Madrid: Universidad Complutense. 1997. pp. 19-54.
- . “La inserción laboral y profesional”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 357-380.

- CASALMIGLIA, H.; TUSÓN, A. *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel. 2007.
- CASTEL, R. “La inserción y los nuevos retos de las intervenciones sociales” en: F. ÁLVAREZ-URIA (ed.) *Marginación e inserción*. Madrid: Endymión. 1992. pp. 25-36.
- . *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Barcelona: Paidós. 1997.
- . “La desigualdad en las sociedades salariales” en: J. VARELA (ed.) *Sociología e información*. Madrid: La Piqueta. 2002. pp. 47-54.
- . *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial. 2004.
- CASTEL, R.; C. HAROCHE. *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo. Conversaciones sobre la construcción del individuo moderno*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones. 2003.
- CASTELLS, M. “El futuro del Estado de bienestar en la sociedad informacional” en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. pp. 173-200.
- . *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial. 2001.
- CASTELLS, M.; PEREZ ORTÍZ, L. *Análisis de las políticas de vejez en el contexto europeo*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992.
- CASTILLO, J. J. *Sociología del Trabajo. Un proyecto docente*. Madrid: Siglo XXI. 1996.
- CICOUREL, A. “Algunas cuestiones de teoría y método”, en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. pp. 97-130.
- COLLINS, R. *La sociedad credencialista*. Madrid: Akal. 1989.
- COMAS, D. *Las políticas de juventud en la España democrática*. Madrid: INJUVE. 2007.
- COMAS, D; GRANADO, O. J. *El rey desnudo: componentes de género en el fracaso escolar*. Madrid: Plataforma de Organizaciones de Infancia. 2002.
- COMBESSIE, J. C. *El método en sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2000.
- CONSEJERÍA DE VIVIENDA Y BIENESTAR SOCIAL. *Borrador del Plan Autonómico de Inclusión social*. Oviedo: Principado de Asturias. 2006 y 2009. (Fotocopiados).
- CRISTANE, S. “La juventud en la época de su reproductibilidad mediática”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.
- CRUZ, M. “Racionalidad substancial y formal”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza Editorial. 2004.

- CRUZ, P; SANTIAGO, P. *Juventud y entorno familiar*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1999.
- CHASSARD, Y. "European integration and social protection: from the spaak report to the open method of co-ordination", en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. pp. 277-305.
- CHAUVIÈRE, M. *Le travail social dans l'action publique. Sociologie d'une qualification controversée*. Paris: Dunod. 2004.
- CHOFFÉ, T. "Social Exclusion: Definition, Public Debate and Empirical Evidence in France", en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. pp. 204-229.
- DÁVILA, A. "Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas", en: J. M. DELGADO; J. DAVY, G. "Introducción", en: E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006. pp. 5-32.
- DE FRANCISCO, A. "Modelos de acción colectiva: modelos de cambio social", en: E. LAMO DE ESPINOSA; J. E. RODRIGUEZ IBAÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 335-346.
- GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 69-86.
- DE LA FUENTE, G. "La desviación. Lo que la sociología revela sobre la conducta desviada", en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.) *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 264-280.
- DE LEÓN, P. "Una revisión del proceso de las políticas: de Lasswell a Sabatier", en: *Gestión y Política Pública*. Vol. VI, núm. 1. Madrid. CIDE. 1997. pp. 5-17.
- DE MIGUEL, J. M. *La sociedad transversal*. Barcelona: Fundación "La Caixa". 1994.
- DEL BARRIO, E. "Vida cotidiana: aportaciones y actividades", en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *A propósito de las condiciones de vida de las personas mayores. Encuesta 2006*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007. pp. 83-106.
- DEL CERRO, G. "Ciudades y globalización: un enfoque teórico", en: *Revista Española de Sociología*, núm. 4. Madrid: Federación Española de Sociología. 2004. pp. 199-218.
- DELGADO, J. M. "Socioanálisis cibernético. Una teoría de la autoorganización social", en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 581-604.
- DIAZ CASANOVA, M. "Envejecimiento de la población y conflictos entre generaciones", en: *Revista de Investigaciones Sociológicas* núm. 45. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1989. pp. 85-113.

- DÍAZ POLANCO, H. “Etnia, clase y cuestión nacional”, en: *Viejo Topo*, núm. 59. 1981. pp. 16-21.
- DÍAZ, E. “El nuevo contrato social: instituciones políticas y movimientos sociales”, en: R. MUÑOZ DE BUSTILLO (comp.) *Crisis y futuro del Estado de Bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1989. pp. 227-239.
- DÍAZ, R.; R. HERRANZ, R.; MADRIGAL, A.; FERNÁNDEZ, M. “Servicios Sociales para las Personas Mayores en España. Enero 2008”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 334-406.
- DOMINGUEZ ORTÍZ, A. *El Antiguo Régimen los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid: Alfaguara III, Alianza Editorial. 1973.
- DONATI, P. “Ciudadanía y sociedad civil: dos paradigmas. (Ciudadanía *lib/lab* y ciudadanía *societaria*)” en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 98. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2002. pp. 37-64.
- . *Manual de sociología de la familia*. Navarra: EUNSA. 2003.
- . “Nuevas políticas sociales y Estado social relacional” en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 108. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2004. pp. 9-47.
- DONZELOT, J. *Quand la ville se défait. Quelle politique face à la crise des banlieues?* Paris: Seuil. 2006.
- DÓRA TÓTH, K. “Comparative study on the identity types of 'successful' gypsies/travellers in Hungary and in England”, en: *European Integration Studies*, núm. 2. Volume 4. Miskolc: EIS. 2005. pp. 121-130.
- DOYAL, L; GOUGH, I. *Teoría de las necesidades humanas*. Barcelona: Icaria. 1994.
- DUPUY, J. P. *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*. Barcelona: Gedisa. 1998.
- DURKHEIM, D. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire. 1967.
- . *Las reglas del método sociológico*. Madrid: AKAL. 1987.
- . *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006.
- DUTOIT, M.; SAINT-PÉ, M-C. “Une forme inédite de participation des usagers”, en : M. CHAUVIÈRE ; J-M. BELORGEY ; J. LADSOU. *Reconstruire l’action sociale*. Paris: Dunod. 2006. pp. 250-253.
- EL PAIS. “Plasmar”, en: *La Enciclopedia*. Madrid: Salvat. 2003.
- ELBOJ, C.; VICEN, M. J. “Brudila Callí: las mujeres gitanas contra la exclusión. Superación del absentismo y fracaso escolar en las niñas y adolescentes gitanas”, en: *Flumen*, núm. 10. 2007. pp. 45-74.
- ELIAS, N. *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península. 1990.

- . *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. 1993.
- . “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 104. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2003. pp. 219-251.
- ELIAS, N. ; SCOTSON, J. L. *Logiques de l'exclusion. Enquête sociologique au coeur des problèmes d'une communauté*. Paris: Fayard. 1997.
- ELSTER, J. *Economics*. Barcelona: Gedisa. 1997.
- ESCUADERO, R. “Algunos retos actuales del sindicalismo”, en *Gaceta Sindical (Tema general: Reflexiones sobre algunas cuestiones del sindicalismo del futuro)*, núm. 185. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras. 2000. pp. 7-16.
- ESPING-ANDERSEN, G. *Los tres mundos del Estado de bienestar*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim. Generalitat Valenciana. 1993.
- . “Towards the good society, once again?” en: G. ESPING-ANDERSEN [Et al]. *Why we need a new welfare state?* Oxford: Oxford University Press. 2002. pp. 1-25.
- ETZIONI, A. *La sociedad activa. Una teoría de los procesos sociales y políticos*. Madrid: Aguilar. 1980.
- FANTOVA, F. *Manual para la gestión de la intervención social. Políticas, organizaciones y sistemas para la acción*. Madrid: Editorial CCS. 2005.
- . *Sistemas públicos de servicios sociales. Nuevos derechos, nuevas respuestas*. Deusto: Instituto de Derechos Humanos Padre Arrupe. Universidad de Deusto. 2008.
- FANTOVA, F; MORALES, J. M. “La gestión del conocimiento en las políticas sociales” en: D. CASADO (dir.). *Avances en bienestar basados en el conocimiento*. Madrid: Editorial CCS. 2005. pp. 211-214.
- FEATHERSTONE, M. “Global culture(s): an introduction”, en: *Theory, culture & society*. Vol. 7. Nottingham: SAGE. 1990. pp. 1-14.
- FEIXA, C. *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel. 1998.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. *Alumnos gitanos en la escuela paya. Un estudio sobre las relaciones étnicas en el sistema educativo*. Barcelona: Ariel. 1999.
- FERNANDEZ ESQUINAS, M. “La sociología aplicada”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 115. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2006. pp. 11-39.
- FERNÁNDEZ SOBRADO, J. M. “La búsqueda del objeto: la eterna cuestión de la sociología”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994. pp. 109-131.
- FERNÁNDEZ, D. “Un nuevo modelo de intervención: las políticas afirmativas”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

- FERRAJOLI, L. "Sobre la definición de 'democracia'. Una discusión con Michelangelo Bovero", en: *Isonomía. Revista de filosofía y teoría del derecho*. Núm. 19. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México. 2003. pp. 227-240.
- FERRATER, J. "Participación". *Diccionario de filosofía abreviado*. Barcelona: Edhasa. 1976.
- FERRERA, M. "Los Estados del bienestar del sur en la Europa social", en S. SARASA Y L. MORENO (comps.). *El Estado de Bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: CSIC. 1995. pp. 85-111.
- FERRERA, M.; HEMERIJCK, A. AND RHODES, M. "Recasting european welfare States for the 21st century", en: S. LEIBFRIED (ed.). *Welfare State futures*. Cambridge: Cambridge University Press. 2001. pp. 151-170.
- FERRERA, M.; RHODES, M. "Building a sustainable Welfare State", en: M. FERRERA; M. RHODES (editors). *Recasting European Welfare State*. Londres: Frank Cass Publishers. 2000. pp. 257-282.
- FLACHSLAND, C. *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*. Madrid: Campo de ideas. 2003.
- FLAQUER, L. "La familia como arena de contienda", en: *Claves de razón práctica*, núm. 46. Madrid: Promotora general de revistas. 1994. pp. 64-67.
- FLECHA, R. "Racismo moderno y postmoderno en Europa: enfoque dialógico y pedagogías antirracistas", en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 94. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2001. pp. 79-103.
- FOERSTER, H. V. *Las semillas de la cibernética*. Barcelona: Gedisa. 1991.
- FOESSA. VI. *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008. Conclusiones*. Madrid: Fundación FOESSA y Cáritas. 2008.
- FOUCAULT, M. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa. 1980.
- FRANKFURT, H. G. "Necessity and desire", en: G. BROCK (ed.). *Necessary goods: our responsibilities to meet others' needs*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, INC. 1998. pp. 19-31.
- FRIEDMANN, J. "Planning theory revisited", en: *European Planning Studies*, Vol. núm. 6. Abingdon: Routledge. 1998. pp. 245-253.
- . *Planificación en el ámbito público*. Madrid: Ministerio para las Administraciones Públicas. 1991.
- FROMM, J. *El miedo a la libertad*. Madrid: Paidós. 1977.
- GAITAN, L. *Sociología de la infancia*. Madrid: Síntesis. 2006.
- GANUZA FERNÁNDEZ, E. "La participación en la sociología: elementos para una praxis sociológica", en: *Política y Sociedad*, Vol. 44 Núm. 1. Madrid: Universidad Complutense. 2007. pp. 55-71.
- GARCÍA, J. M.; ARENAS, M.; BAZO, M. T.; FONSECA, M.; GUILLÉN, A. M. *Las personas mayores en Asturias. Perfiles, demandas y necesidades*. Gijón: Trea. 2005.

- GARCÍA BLANCO, J. M.; GUTIERREZ, R. “Inserción laboral de los jóvenes: entrada al mercado de trabajo y movilidad inicial”, en: *Revista Asturiana de Economía*, núm. 2. Oviedo: Asociación Asturiana de Estudios Económicos. 1995.
- GARCIA CALVO, A. “Acción”, en: R. REYES (dir.). *Terminología científico social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropos. 1988. pp. 15-16.
- GARCÍA DELGADO, J. L. (dir.) *Las cuentas de la Economía Social. El Tercer Sector en España*. Madrid: Ediciones Civitas. 2004.
- GARCÍA GUZMAN, A. “La educación con niños gitanos. Una propuesta para su inclusión en la escuela”, en: *Revista Electrónica Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en la Educación*, Vol. 3. Núm. 1. 2005. pp. 437-448.
- GARCÍA ROCA, J. *Público y privado en la acción social. Del Estado de bienestar al Estado social*. Madrid: Editorial Popular. 1992.
- . “La revancha del sujeto”, en: *Revista de Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 145. Madrid: Caritas. 2007. pp. 37-52.
- GARCÍA SANTESMASES, A. *Ética, política y utopía*. Madrid: Biblioteca Nueva. 2001.
- . “Reflexiones sobre el nuevo orden/desorden internacional”, en: *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 29. Murcia: Universidad de Murcia. 2003. pp. 113-122.
- GARCÍA SELGAS, F. “Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 493-528.
- . “El cuerpo como base del sentido de la acción social”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 68. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994. pp. 41-84.
- . “Glosario: Acción”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994.
- GARCÍA, M. “Claves para el análisis y la intervención contra el absentismo escolar”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 339-356.
- GARRIDO, L.; REQUENA, M. *La emancipación de los jóvenes en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1996.
- GARZA TOLEDO, E. DE LA. “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en: J. J. CASTILLO (ed.). *El trabajo del futuro*. Madrid: Editorial Complutense. 1999. pp. 13-40.
- GASPARINI, A. “Necesidad”, en: *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1155-1166.
- GIDDENS, A. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu. 1995.

- GIL CALVO, E. "Participación laboral de la mujer, natalidad y tamaño de las cohortes", en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 47. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1989. pp. 137-175.
- . "La emancipación de los ancianos", en: L. MORENO; M. PEREZ IRUELA (Comps.). *Política social y Estado de bienestar*. Madrid: Ministerio de Asuntos sociales. 1992. pp. 205-228.
- . *El destino. Progreso, albur y albedrío*. Barcelona: Paidós. 1995.
- . "La estrategia progenitora", en: L. GARRIDO; E. GIL CALVO (eds.). *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial. 1997. pp. 181-200.
- . "El big bang de la juventud: del relato a la red", en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.
- . *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*. Barcelona: Anagrama. 2000.
- . *Nacidos para cambiar. Como construimos nuestras biografías*. Madrid: Taurus. 2001.
- . *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*. Madrid: Mondadori. 2003.
- S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA. "Acción, acción social", en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza Editorial. 2004.
- GOFFMAN, E. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu. 1986.
- . *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 1997.
- GOLDTHORPE, J. T. *Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo*. Madrid: Ministerio de Trabajo. 1991.
- GOMEZ, J.; LATORRE, A.; SANCHEZ, M.; FLECHA, R. *Metodología comunicativa crítica*. Barcelona: El Roure. 2006.
- GONZALEZ, J. J. "Estado de bienestar y desigualdad", en: J. J. GONZALEZ y M. REQUENA (eds.). *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza Editorial. 2005. pp. 165-191.
- . "Estado de bienestar y desigualdad", en: J. J. González y M. Requena (eds.). *Tres décadas de cambio social en España*. Segunda Edición. Madrid: Alianza Editorial. 2008. pp. 173-204.
- GOUGH, I. *Capital global, necesidades básicas y políticas sociales*. Madrid: Miño y Dávila. 2003.
- GOULDNER. *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu. 1970.
- GUATTARI, F. "Recrear lo social: entrevista con Felix Guattari", en *Archipiélago*. (Tema general: Pobreza y peligro), núm. 21. Barcelona: 1995. pp. 86-90.

- GUBERT, R. "Campo", en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 206-215.
- GUILLEMARD, A. M. *Análisis de las políticas de vejez en Europa*. Ministerio de Asuntos Sociales. 1992.
- GUIRAUD, P. *La semiología*. Madrid: Alianza Editorial. 1977.
- HABERMAS, J. *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus. 1987.
- . *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus. 1988.
- . *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra. 1997.
- HAYEK, F. A. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza Editorial. 1978.
- HELLER, A. *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona: Ediciones Península. 1978.
- . *Una revisión de la teoría de las necesidades*. Barcelona: Paidós. 1996.
- HEMERIJCK, A. "The self-transformation of the European Social Model" en: G. ESPING-ANDERSEN [et al]. *Why we need a NEW WELFARE STATE?* Oxford: Oxford University Press. 2002. pp. 273-214.
- HERBERT, T. "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social" en: J-A. MILLER y T. HERBERT. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. Buenos Aires: Siglo XXI. 1971.
- HERRERA GÓMEZ, M. "La relación social como categoría en las ciencias sociales", en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 90. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2000. pp. 37-77.
- HERRERA GOMEZ, M.; ALEMAN BACHO, C. "La intervención social en una sociedad reticular", en: *Revista Española de Sociología*, núm. 8. Madrid: Federación Española de Sociología. 2007. p. 63. pp. 59-84.
- HERRERA GÓMEZ, M.; CASTÓN BOYER, P. *Las políticas sociales en las sociedades complejas*. Barcelona: Ariel. 2003.
- HERRERA GÓMEZ, M.; PAGÉS LUIS, S. "La acción social en Parsons: el equilibrio entre libertad y orden", en: J. IGLESIAS DE USSEL; M. HERRERA GOMEZ (coords.). *Teorías sociológicas de la acción*. Madrid: Tecnos. 2005. pp. 45-62.
- HERRERA GÓMEZ, M.; SORIANO, R. M. "De las versiones modernas de la ciudadanía a la ciudadanía de las autonomías sociales de la postmodernidad", en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 112. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2005. pp. 43-74.
- HERRERA GÓMEZ, M.; TRINIDAD REQUENA, A. "La teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas: lenguaje y acción", en: J. IGLESIAS DE USSEL;

- M. HERRERA GÓMEZ (coords.). *Teorías sociológicas de la acción*. Madrid: Tecnos. 2005. pp. 195-224.
- HIDALGO, A.; PEREZ, S. *Aspectos salariales de los jóvenes trabajadores*. Madrid: Instituto de la Juventud de España. 2004.
- HIRSCH, F. *Social limits to growth*. Londres: Routledge & Kegan Paul. 1977.
- HIRSCHMAN, A. O. *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona: Península. 1999.
- IBAÑEZ, J. *Más allá de la sociología. El grupo de discusión técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI. 1975.
- . “Análisis sociológico de textos o discursos”, en: *Revista Internacional de Sociología*, núm. 43. Madrid: Instituto de Sociología “Jaime Balmes” CSIC. 1985. pp. 119-162.
- . *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI. 1985.
- . “Las medidas de la sociedad”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1985. pp. 85-127.
- . “Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural” en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBAÑEZ; F. ALVIRA (comps.) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1986. pp. 31-66.
- . “Publicidad: la tercera palabra de Dios”, en: *Revista de Occidente*, núm. 92. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset. 1989. pp. 73-96.
- . “El papel del sujeto en la teoría (hacia una sociología reflexiva)”, E. L. DE ESPINOSA y J.E. RODRIGUEZ IBAÑEZ (eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 359-386.
- . *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI. 1994.
- . *Por una sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Siglo XXI. 1994.
- . “Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión”, en: M. GARCÍA FERRANDO; J. IBAÑEZ; F. ALVIRA. *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial. 1996. pp. 489-501.
- . *A contracorriente*. Madrid: Fundamentos. 1997.
- INJUVE. *Informe sobre las políticas de juventud en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1999.
- . *Informe anual jóvenes 2006*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. INJUVE. 2006.
- GORDO LÓPEZ, A. J. (Coord.). *Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*. Madrid: INJUVE.

- ION, J. *Le travail social à l'épreuve du territoire*. Toulouse: Privat. 1990.
- . *Le travail social au singulier. La fin du travail social*. Paris: Dunod. 2006.
- GARCÍA, J. M.; ARENAS, M.; BAZO, M. T.; FONSECA, M.; GUILLÉN, A. M. *Las personas mayores en Asturias. Perfiles, demandas y necesidades*. Gijón: Trea. 2005.
- J. VARGAS; R. FLECHA. “El aprendizaje dialógico como “experto” en resolución de conflictos”, en: *Contextos Educativos. Revista de educación*, núm. 3. Logroño: Universidad de la Rioja. 2000. pp. 81-88.
- JONES, G.; WALLACE, C. *Jouth, Family and Citizenship*. Buckingham: Open University Press. 1992.
- KAMERMAN, B.; KAHN, J. “Les familles monoparentales dont le chef est une femme en Europa Occidentale: évolution des situations sociales et des responses”, en: *Revue Internationale de Sécurité Social*, núm. 1. Ginebra. 1989. pp. 3-40.
- KAUFMANN, F-X. “The blurring of the Distinction "State Versus Society" in the Idea and Practique of the Welfare State”, en: F-X. KAUFMANN (ed.). *The public sector. Challenge for coordination and learning*. Berlin: De Gruyter, 1991. pp. 151-164.
- . “The relationship between guidance, control, and evaluation”, en F-X. KAUFMANN (Ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learnig*. Berlin: De Gruyter. 1991. pp. 213-234.
- . “Towards a theory of the welfare State”, en: S. LEIBFRIED (ed.). *Welfare State futures*. Cambridge: Cambridge University Press. 2001. pp. 15-36.
- KRUEGER, R. A. *El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid: Pirámide. 1991.
- KUHN, T. S. *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE. 1975.
- KUNHLE, S.; ALESTALO, M. “Growth, adjustments and survival of european welfare States”, en: S. KUNHLE (ed.). *Survival of the european welfare State*. London: Routledge. 2000. pp. 3-18.
- LADÁNYI, J.; SZELÉNYI, I. *Patterns of exclusion. Constructing Gypsy Ethnicity and the Making of an Underclass in transitional Societies of Europe*. New York: East European Monographs. Columbia University Press. 2006.
- LAMO DE ESPINOSA, E. *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1990.
- . “La interacción reflexiva”, en: E. LAMO DE ESPINOSA; J. E. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 387-434.
- LANDSBERG, P. T. “La búsqueda de la certeza en un universo probabilístico”, en: J. WAGENSBERG (ed.). *Proceso al azar*. Barcelona: Tusquets Editores. 1986. pp. 19-33.
- LAPARRA, M. “La travesía del desierto de las rentas mínimas en España”, en: *Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 135. Madrid: Caritas. 2004. pp. 57-76.

- LAPARRA, M. [y otros]. “Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión. Implicaciones metodológicas”, en: *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 5. 2007. pp. 15-57.
- LARA, A. L.; ÁLVAREZ, A. “Gubernamentalidad, precarización y nueva servidumbre. Agenciamientos a partir de los circuitos de producción mercantil de cuidados y subjetividades”, en: *Sociología del Trabajo* núm. 66. Madrid: Siglo XXI. 2009. pp. 107-131.
- LASCORZ, A. y PARDO, M. “La organización en la práctica de los Servicios Sociales”, en: T. FERNÁNDEZ GARCÍA y A. ARES PARRA (coords.). *Servicios Sociales: dirección, gestión y planificación*. Madrid: Alianza Editorial. 2002. pp. 27-56.
- LEGENDRE, P. *Jouir du pouvoir*, Minuit. 1976.
- LEVET-GAUTRAT, M. “Ciclo de vida y envejecimiento”, en: FUNDACIÓN LA CAIXA. *Cooperación intergeneracional*. Barcelona: Fundación la Caixa. 1994. pp. 37-44.
- LIEGEOIS, J. P. *Tsiganes et voyageurs*. Estrasburgo: Consejo de Europa. 1985.
- LOCKE, J. *Ensayo sobre el gobierno civil*. Madrid: Aguilar. 1976.
- LOCOCK, L.; BOAZ, A. “Research, policy and practice- worlds apart?” *Social Policy and Society*, núm. 3: 4. Cambridge: Cambridge University Press. 2004. pp. 375-384.
- LOPEZ BLASCO, A. [y otros]. *Informe juventud e España 2004*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. INJUVE. 2005.
- LOPEZ NOVO, J. P. “Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica”, en: E. LAMO DE ESPINOSA Y J. A. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 291-333.
- . “El particularismo reconsiderado. Orientación de la acción y contexto institucional”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1994. pp. 31-63.
- LOPEZ VARAS, M. “Los gitanos en el epicentro de los discursos de exclusión”, en: *Archipiélago*. (Tema general: Pobreza y peligro), núm. 21. Barcelona: 1995. pp. 71-80.
- LOPEZ, F. “Identidad sexual y de género en la vida adulta y vejez”, en: J. FERNÁNDEZ (coord.). *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*. Madrid: Pirámide. 1988. pp. 71-93.
- LORENZO, L; CASTEJÓN, P. “Formas de convivencia, relaciones personales y la experiencia de envejecer”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 225-270.
- LOUREAU, R. *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu. 1975.
- . *El estado y el inconsciente*. Barcelona: Kairós. 1980.

- LUHMANN, N. *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial Universidad. 1993.
- . *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos. 1997.
- MAJONE, G. “Analyzing the public sector: short comings of policy science an political analisis”, en: F-X. KAUFMANN (ed.). *The public sector. Challenge for coordination and learning*. Berlin: De Gruyter, 1991. pp. 29-45.
- . “Profesionalism and mutual adjustment”, en: F-X. KAUFMANN (ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learnig*. Berlin: De Gruyter. 1991. pp. 451-467.
- MANNHEIM, M. “El problema de las generaciones”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 193-242.
- . *Diagnostico de nuestro tiempo*. México-Buenos Aires. 1966.
- MANOW, P. H. “Comparative institutional advantages of Welfare State. Regimes and the new coalitions in Welfare State Reforms”, en: P. PIERSON (Ed.) *The new politics of the Welfare State*. Oxford: Oxford University Press. 2001. pp. 146-164.
- MANSILLA, D. R. “Introducción” en: N. LUHMANN. *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos. 1997. pp. VII-XXXIII.
- MARBÁN GALLEGO, V. “Identidad y dimensión del Tercer Sector” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. pp. 115-146.
- MARINA, J. A. *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona: Anagrama. 1993.
- MARSHALL, T. H. “Ciudadanía y clase social” en: T. H. MARSHALL Y T. BOTTOMORE. *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza Editorial. 1998. pp. 15-84.
- MARTÍ, C. “La nueva condición juvenil”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.
- MARTÍN CRIADO, E. “El grupo de discusión como situación social”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 79. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1997. pp. 81-112.
- . *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo. 1998.
- . “El concepto de campo como herramienta metodológica”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 123. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2008. pp. 11-34.

MARTÍN SERRANO, M.; VELARDE, O. *Informe de juventud de España 2000*. Madrid: INJUVE. Ministerio de Asuntos Sociales. 2002.

MARTINEZ BARRERO, A. *La moda en las sociedades modernas. Mirar y hacerse mirar*. Madrid: Tecnos. 1998.

MARTÍNEZ SANMARTÍ, R. “Formas de vida y cultura juvenil hoy”, en: ACTAS DEL CONGRESO. *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Hacia una propuesta de políticas afirmativas*. Barcelona: Diputación de Barcelona. 1998.

MARX, K. *Crítica del programa de Gotha*. Madrid: Editorial Ricardo Aguilera. 1971.

MARX, K; ENGELS, F. *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo. 1974.

———. *El manifiesto comunista*. Madrid: Editorial Ayuso. 1975.

MATTAI, G. “Participación”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dirs.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1229-1236.

MAYNTZ, R. *Sociología de la organización*. Madrid: Alianza Editorial. 1980.

MCLNNES, J.; PEREZ DÍAZ, J. “La tercera revolución de la modernidad; la revolución reproductiva”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 122. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2008. pp. 89-118.

MEIL, G. *Padres e hijos en la España actual*. Barcelona: Fundación La Caixa. 2006.

MENA, I. R. “Una aproximación a la venta ambulante como economía étnica gitana”, en: *Sociología del Trabajo*, núm. 64. Madrid: Siglo XXI. 2008. pp. 89-114.

MIGUELEZ, F. “Presente y futuro del sindicalismo en España”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (dirs.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. pp. 191-212.

———. “¿Por qué empeora el empleo?” en: R. DIAZ-SALAZAR (ed.). *Trabajadores precarios. El proletariado del siglo XX*. Madrid: Ediciones HOAC. 2003. pp. 149-168.

MIGUELEZ, F; PRIETO, C. “De las relaciones laborales a las relaciones de empleo: una nueva realidad social, un nuevo marco teórico”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO. *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. pp. XIII-XIV.

MILLS, C. W. *La imaginación sociológica*. Mexico: Fondo de Cultura Económica. 1961.

MINOIS, G. *Historia social de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea. 1989.

MIRANDA, M. J. “Aportaciones sociológicas a la gerontología y geriatría”, en: INSERSO. *La tercera edad en Europa. Necesidades y demandas*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1985. pp. 245-250.

———. *Crónicas del desconcierto*. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. 1987.

———. *El Estado de bienestar en crisis*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 1992.

- MISHRA, R. “El Estado de Bienestar después de la crisis: los años 80 y más allá” en: R. MUÑOZ DE BUSTILLO (comp.) *Crisis y futuro del Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1989. pp. 55-79.
- MOLINER, M. “Acción”. *Diccionario de uso del Español*. Madrid: Gredos. 1984.
- MONEREO, J. L. “Cuestión social y reforma moral: Las 'Corporaciones profesionales' en Durkheim”, en: E. DURKHEIM. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Granada: Editorial Comares. 2006. pp. VII-LI.
- MONOD, J. *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Barcelona: Tusquets Editores. 1981.
- MORALES, G. *Industria y espacio urbano en Avilés*. Tomo I. Oviedo: Silverio Cañada.
- MORAN, M. L.; BENEDICTO, J. *Jóvenes y ciudadanos. Propuestas para el análisis de las culturas ciudadanas de la juventud*. Madrid: INJUVE. 2000.
- MORENO PELAEZ, F. “Aprendizaje organizativo y generación de competencias”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 77–78. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1997. pp. 247-261.
- MORIN, E. *Sociología*. Madrid: Tecnos. 1995.
- . *La mente bien ordenada. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Barcelona: Seix Barral. 2000.
- NAVARRO, P. “ciencia y cibernética. 1) Aspectos teóricos” en: *Suplementos Anthropos. Textos de la historia social del pensamiento. (Tema general: Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden)*, núm. 22. Octubre. Barcelona: Anthropos. 1990. pp. 23-26.
- . *El holograma social. Una ontología de la socialidad humana*. Madrid: Siglo XXI. 1994.
- NAVARRO, V. “Gobernabilidad, desigualdad y Estado de bienestar (La situación en EE. UU. Y su relevancia para Europa)” en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. pp. 81-112.
- NOVO, A; ARENAS, M. “Mediaciones sociales que comprometen al amor en los jóvenes”, en: *Revista Digital Universitaria*. Vol. 9. México: UNAM. Noviembre 2008. En Internet: <http://www.revista.unam.mx/vol.9/num11/art88/int88.htm>
- NOYA MIRANDA, J. “Clase, conocimiento y ciudadanía. La (des) legitimación del Estado de bienestar en la perspectiva de la sociología del conocimiento de Mannheim”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 67. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 99-122.
- OBSERVATORIO DE LA INCLUSIÓN SOCIAL. *Informe de la Inclusión Social en España 2008*. Barcelona: Fundació Caixa Catalunya. 2008.
- . *Informe de la Inclusión Social en España 2009*. Barcelona: Fundació Caixa Catalunya. 2009.

- OECD. *Growing Unequal? INCOME DISTRIBUTION AND POVERTY IN OECD COUNTRIES*. France: OECDPublishing. 2008.
- OFFE, C. *Contradicciones en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1990.
- OLSON, M. *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de los grupos*. México: Noriega. 1992.
- ORIOI-COSTA, P.; PEREZ TORNERO, J. M.; TROPEA, F. *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós. 1996.
- ORTÍ, A. “Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80”, en: *Revista de Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 88. Madrid: Cáritas. 1992. pp. 209-234.
- . “La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en: J. M. DELGADO; J. GUTIERREZ (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 87-99.
- PALACIOS, J.; MARCHESI, A.. “Inteligencia y memoria en el proceso de envejecimiento”, en: M. CARRETERO; J. PALACIOS y A. MARCHESI (comps.). *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial. 1991. pp. 259-258.
- PARDO AVELLANEDA, R. “La trayectoria de la inteligencia artificial y el debate sobre los modelos de racionalidad”, en: E. LAMO DE ESPINOSA Y J. A. RODRIGUEZ IBÁÑEZ (Eds.). *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 115-224.
- PARK, R. E. *Race and culture*. Glencoe, IL: The Free Press. 1950.
- PARKER, I. “La deconstrucción de la psicopatología en la investigación-acción”, en: *Archipiélago*, (Tema general: Psicología crítica. Entre el malestar íntimo y la miseria social). Núm. 76. Barcelona: 1995. pp. 65-74.
- T. PARSONS. *La estructura de la acción social I*. Madrid: Ediciones Guadarrama. 1968.
- PARSONS. *La estructura de la acción social II*. Madrid: Ediciones Guadarrama. 1968.
- PARSONS, T. y BALES, R. F. “Las dimensiones del espacio-acción”, en: T. PARSONS; R. F. BALES; E. A. SHILS. *Apuntes sobre la teoría de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu. 1970. pp. 59-103.
- PARRA CONTRERAS, P. *¿Estudiantes de psicología en los laberintos del yo?*, en: *Archipiélago* (Tema general: Psicología crítica. Entre el malestar íntimo y la miseria social). núm. 76. Barcelona: 2007. pp. 85-93.
- PASCUAL, B. “El ciclo vital y sus etapas. Problemáticas asociadas a los grupos de edad”, R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 155-181.

PASK, G. “sistemas observadores. 3) Teoría de la conversación” en: *Suplementos Anthropol. Textos de la historia social del pensamiento. (Tema general: Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden)*, núm. 22. Octubre. Barcelona: Anthropol. 1990. pp. 93-98.

PAUGAM, S. *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid: Alianza Editorial. 2007.

PAUGAM, S.; SCHULTHEIS, F. “Introduction: Naissance d’une sociologie de la pauvreté”, en: G. SIMMEL. *Les pauvres*. Paris : PUF. 2005. pp. 1-34.

PEREÑA, F. “Crítica al concepto de necesidad”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. pp. 162-172.

PEREZ DÍAZ, J. “Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 104. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2003. pp. 91-121.

PEREZ DÍAZ, V. “Ancianos y mujeres ante el futuro”, en: *Claves de razón práctica*, núm. 83. Madrid: Promotora general de revistas. 1998. pp. 2-12.

PEREZ DÍAZ, V.; PEREZ NOVO, J. L. (dirs.) *El Tercer Sector Social en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 2003.

PEREZ ORTÍZ, L. *La estructura social de la vejez en España. Viejas y nuevas formas de envejecer*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2006.

———. “Comportamientos y actitudes políticas”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Las personas mayores en España. Informe 2008*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 292-333.

———. “Protección social a la vejez”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Informe 2008. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 135-178.

———. “Situación económica y relación con el mercado de trabajo”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *Informe 2008. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2009. pp. 179-224.

PIERSON, P. “Coping with permanent austerity. Welfare State restructuring in affluent democracies”, en: P. PIERSON (ed.) *The new politics of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press. 2001. pp. 410-456.

———. “Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States” en: P. PIERSON (ed.) *The new politics of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press. 2001. pp. 80-104.

PIZARRO, N. *Tratado de metodología de las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI. 1998.

POLLNER, M. “El razonamiento mundano”, en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. pp. 131-166.

- PRIETO FLORES, O. *Sobre la identidad gitana y su construcción panétnica: el caso gitano en Barcelona*. Universidad de Barcelona. 2007. (Inédita). En Internet: <www.tdx.cat/TDX-0724107-083533>
- PRIGOGINE, I. *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets. 1991.
- PUGA, M. D. “Redes sociales y salud”, en: OBSERVATORIO DE PERSONAS MAYORES. *A propósito de las condiciones de vida de las personas mayores. Encuesta 2006*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007. pp. 27-40.
- RACIONERO, Q. “Necesidad y libertad” en: Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropos. 1988. pp. 665-674.
- RAVEAUD, G.; SALAIS, R. “Fighting against Social Exclusion in a European Knowledge-based Society: What Principles of Action?”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. pp. 47-71.
- REBOLLO, J. O.; MIGUELEZ, F. “Negociación colectiva en los años noventa”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (coords.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. pp. 325-346.
- RECIO, A. “La segmentación del mercado laboral en España”, en: F. MIGUELEZ y C. PRIETO (coords.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI. 1999. pp. 125-150.
- . “La situación laboral de los jóvenes”, en: *Arquitectura, Ciudad y Entorno*, núm. 5. Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña. 2007. pp. 411-426.
- REDONDO DE LA SERNA, A. (Ed.). *Sociología y planificación de servicios sociales*. Madrid: Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. 1985.
- REGLERO, M. “Pobreza y exclusión social”, en: R. MERINO; G. DE LA FUENTE (coords.) *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense. 2007. pp. 243-263.
- REVILLA, J. C. “La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular”, en: *PAPERS* núm. 63/64. Barcelona: Universidad Autónoma. 2001. pp. 103-122.
- REVUELTA VAQUERO, R. “La implementación de políticas públicas”, en: *Dikaion. Revista de Actualidad Jurídica*, núm. 16. Bogotá: Universidad de la Sabana. 2007. pp. 135-156.
- RIECHMANN, J. “Necesidades: algunas delimitaciones en las que acaso podríamos convenir”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. pp. 11-42.
- . “Hacia un nuevo marco teórico para el estudio de los nuevos movimientos sociales”, en: J. RIECHMANN; F. FERNÁNDEZ BUEY. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós. 1994. pp. 15-46.

- . “Una nueva radicalidad emancipatoria: las luchas por la supervivencia y la emancipación en el ciclo de la protesta "post-68"”, en: J. RIECHMANN; F. FERNÁNDEZ BUEY. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós. 1994. pp. 47-102.
- ROBERTSON, R. “Glocalización: time-space and homogeneity-heterogeneity”, en: M. FEATHERSTONE; S. LASH; R. ROBERTSON (comps.). *Global Modernities*. Londres: Sage. 1995. pp. 25-44.
- ROBERTSON, A. “La planificación de la política social”, en: *Política social y Estado de Bienestar*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992. pp. 45-66.
- RODRIGUEZ CABRERO, G. “Conflicto, gobernabilidad y política social”, en: S. GINER; S. SARASA (eds.). *Buen gobierno y política social*. Barcelona: Ariel. 1997. pp. 113-132.
- . “Tendencias de cambio en política social” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones Universidad de Alcalá, 2002. pp. 17-38.
- . *El Estado de Bienestar en España: debates, desarrollo y retos*. Madrid: Fundamentos. 2004.
- . “Política social”, en S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004.
- . *Valoración de los programas de rentas mínimas en España*. EU Network of independent experts on social inclusión. European Comisión DG Employment, Social Affaire and Equal Opportunities. 2009.
- RODRIGUEZ CABRERO, G; SOTELSEK SALEM, D. (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones Universidad de Alcalá. 2002.
- RODRIGUEZ LOPEZ, J. “El futuro del pasado. Notas sobre sociología de la vejez”, en: *Archipiélago* (Tema general: Vejez, divino tesoro). núm. 44. Barcelona. 2000. pp. 25-32.
- RODRIGUEZ MARTÍNEZ, J. “Legitimidad”, en: S. GINER; E. LAMO DE ESPINOSA; CRISTOBAL TORRES (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid. Alianza Editorial. 2004.
- RODRIGUEZ VILLASANTE, T. “Clientelas y emancipaciones: una introducción metodológica”, en: T. RODRIGUEZ VILLASANTE, T. (coord.) *Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad. 1988. pp. 26-45.
- . “De los movimientos sociales a las metodologías participativas”, en: J. DELGADO; GUTIERREZ, J. (coords.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis. 1994. pp. 399-426.

- . “Procesos para la creatividad social”, en: T. RODRIGUEZ VILLASANTE; M. MONTAÑÉS; P. MARTÍN (coords.). *Prácticas locales de creatividad social. Construyendo ciudadanía/2*. Barcelona: El Viejo Topo. 2003. pp. 11-40.
- RODRIGUEZ, P. “Envejecimiento en el mundo rural: necesidades singulares, políticas específicas”, en: *Boletín sobre envejecimiento. Perfiles y tendencias*, núm. 11. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2004. pp. 1-26.
- ROSANVALLON, P. *La crisis del Estado providencia*. Madrid: Civitas. 1995.
- . *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial. 1995.
- ROSS, F. “Interests and choice in the ‘Not Quite so New’ politics of Welfare”, en: M. Ferrera; M. Rhodes (Editors) *Recasting European Welfare States*. Londres: CASS. 2000. pp. 11-34.
- RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (dir.) *El sector no lucrativo en España*. Bilbao: Fundación BBV. 2000.
- SABATIER, P. A. “Two decades of implementation research: from control to guidance and learning”. en: F-X. KAUFMANN, (ed.) *The public sector. Challenge for coordination and learnig*. Berlin: De Gruyter. 1991. pp. 257-270.
- SACKS, H. “La máquina de hacer inferencias” en: F. DÍAZ (ed.). *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta. 2000. pp. 61-84.
- SAN ROMAN, T. *Entre la marginación y el racismo. Reflexión sobre la vida de los gitanos*. Madrid: Alianza Editorial. 1986.
- SANCHEZ DE LA YNCERA, I. “La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de k. Mannheim”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 1993. pp. 147-192.
- SANGLAS, L. F.; TOHARIA, L. *Las causas del paro en España. Un punto de vista estructural*. Madrid: Fundación IESA. 1987.
- SCHÖN, D. A. *El profesional reflexivo. Cómo piensan los profesionales cuando actúan*. Barcelona: Paidós. 1998.
- SCHÜTZ, A. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós. 1993.
- SEARLE, J. R. *Intencionalidad. Un ensayo en la filosofía de la mente*. Madrid: Tecnos. 1992.
- SENNET, R. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama. 2000.
- SERRANO, A. “El análisis de materiales visuales en la investigación social: el caso de la publicidad”, en: A. J. GORDO LOPEZ; A. SERRANO PASCUAL. *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: PEARSON. Prentice Hall. 2008. pp. 245-286.

SERRANO, A.; ARRIBA, A. *Los 'usos' de las rentas mínimas de inserción en España*. Madrid: Instituto de Estudios Sociales Avanzados. (CSIC). 1998.

SILIÓ, S. El abandono escolar ya pasa factura. Madrid: El PAÍS. 2008.

SIMMEL, G. *Les pauvres*. París: PUF. 2005.

SOTELSEK SALEM, D. “Estado de bienestar y políticas públicas” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (Eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. pp. 39-68.

———. “Planificación y evaluación de proyectos sociales” en: G. RODRIGUEZ CABRERO; D. SOTELSEK SALEM (eds.) *Apuntes sobre bienestar social*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá. 2002. pp. 147-192.

STRASSOLDO, R. “Planificación”, en: *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1286-1300.

———. “Poder”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1320-1337.

SUBIRATS, J. *La vejez como oportunidad*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. 1992.

———. “Evaluación de políticas de intervención social. Un enfoque pluralista”, en: L. Moreno (comp.). *Intercambio social y desarrollo del bienestar*. Madrid. CSIC. 1993. pp. 249-262.

———. (dir.). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Barcelona: Fundación “la Caixa”. 2004.

———. (dir.). *Los Servicios Sociales de Atención Primaria ante el cambio social*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. 2007.

SUPIOT, A. (dir.). *Au-delà de l'emploi. Transformations du travail et devenir du droit en Europe*. Paris: Flammarion. 1999.

SWANK, D. “Globalización, Domestic Politics, and Welfare State Retrenchment in Capitalist Democracies” en: *Social Policy and Society*, núm. 4:2. Cambridge: Cambridge University Press. 2005. pp. 183-195.

TELLIA, B. “Participación política”, en: F. DEMARCHI; A. ELLENA (Dir.). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Ediciones Paulinas. 1986. pp. 1236-1242.

TEZANOS, J. F. “Principales teorías sobre la estratificación social”, en: S. DEL CAMPO (Ed.). *Tratado de sociología 1*. Madrid: Taurus. 1984. pp. 267-313.

———. *El trabajo perdido. ¿Hacia una civilización postlaboral?* Madrid: Biblioteca Nueva. 2001.

———. “Nuevas tendencias migratorias y sus efectos sociales y culturales en los países de recepción. Doce tesis sobre inmigración y exclusión social”, en: *Revista de Investigaciones Sociológicas*, núm. 117. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. 2007. pp. 11-34.

- TUSÓN, T. *Análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel. 2003.
- VALLÉS, M. S. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis. 1999.
- VALLESPIN, F. “Introducción”, en: N. LUHMANN. *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial. 1993. pp. 9-28.
- VAN GENNEP, A. *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus. 1986.
- VARELA, J. *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*. Madrid: La Piqueta. 1984.
- VARELA, J; ÁLVAREZ-URÍA, F. *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. 2004.
- VAZQUEZ, F. *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón*. Madrid: Montesinos. 2002.
- VIDAL, F. “La investigación social: agenda, método y comunidad de conocimiento en exclusión social”, en: F. VIDAL; V. RENES. *La agenda de investigación en exclusión social y desarrollo social*. Madrid: Cáritas. 2007. pp. 41-130.
- VIDAL, J. M. “La economía y el franquismo”, en: *El Viejo Topo Extra*, núm. 1. Barcelona: El Viejo Topo. 1976. pp. 27-30.
- VILAR, P. *Historia de España*. París: Librairie Espagnole. 1975.
- VLEMINCK, K. AND BERGHMAN, J. “Social exclusion and the welfare State: an overview of conceptual issues and policy implications”, en: D. G. MAYES; J. BERGHMAN AND R. SALAIS (eds.). *Social exclusion and european policy*. Reino Unido: EE (Edward Elgar Publishing). 2001. pp. 27-46.
- WATZLAWICH, P.; BEAVIN, J. H.; JACKSON, D. D. *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder. 1983.
- WEBER, M. *La acción social: ensayos metodológicos*. Barcelona: Península. 1984.
- . *Conceptos sociológicos fundamentales* (Edición de Joaquín Abellán). Madrid: Alianza Editorial. 2006.
- WIRTH, L. *The Ghetto*. Chicago: IL. The University of Chicago Press. 1928.
- WOLF, M. *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra. 1982.
- ZANFRINI, L. *La convivencia interétnica*. Madrid: Alianza Editorial. 2007.
- ZÁRRAGA, J. L. DE. *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid: Ministerio de Cultura. 1985.
- ZIMMERLING, R. “Necesidades básicas y relativismo moral”, en: J. RIECHMANN (coord.). *Necesitar, desear, vivir. Sobre sociedades desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. 1998. pp. 105-128.
- ZUFIAUR, J. M. “Quién defiende la Europa social”, en *Temas para el debate* núm. 65-66. Madrid: Fundación Sistema. 2008. pp. 81-83.

WEBOGRAFÍA

GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS. SALARIO SOCIAL BÁSICO:

<<http://www.asturias.es>>

FUNDACIÓN SECRETARIADO GENERAL GITANO:

<<http://www.gitanos.org>>

PRIETO FLORES, O. *Sobre la identidad gitana y su construcción panétnica: el caso gitano en Barcelona* (Tesis doctoral):

<www.tdx.cat./TDX-0724107-083533>

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA EXPERIMENTAL:

<<http://revista.ujæn.es/rae>>

REVISTA DIGITAL UNIVERSITARIA:

<<http://www.revista.unam.mx/vol.9/num11/art88/int88.htm>>

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES. MEMORIA PLAN
CONCERTADO:

<<http://www.mtas.es/SGAS/ServiciosSocDep/ServiciosSociales/PlanConcertado/Memoria.pdf>>

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES. GUÍA DE RECURSOS
PARA LA MUJER:

<http://www.mtas.es/mujer/servicios/guia_recursos/index.html>

INSTITUTO DE LA JUVENTUD DE ESPAÑA:

<<http://www.injuve.mtas.es>>

MINISTERIO DE SANIDAD DE ESPAÑA. ESTUDIOS E INVESTIGACIONES:

<<http://www.msc.es/estEstudios/Estadisticas/home.htm>>

ÍNDICE DE FIGURAS

	página
1. ESQUEMA DE TESIS DOCTORAL: UN ACERCAMIENTO SOCIOLOGICO A LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA.....	11
2. ESTADO SOCIAL Y ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA	47
3. LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA COMO ACCIÓN SOCIAL Y ACCIÓN EXPERTA DE CARÁCTER REALIZATIVO.....	104
4. CURSO VITAL DE LOS JÓVENES: ACTIVIDADES COMPARTIDAS Y EXCLUSIVAS. ESTILOS DE VIDA.....	184
5. COMPRENSIÓN Y ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA HACIA LAS PERSONAS MAYORES. INFLUENCIAS DEL ESTADO SOCIAL.....	233
6. ELEMENTOS A CONSIDERAR EN LA ACCIÓN SOCIAL PROYECTADA HACIA LA MINORÍA GITANA.....	299
7. MATRÍZ DE LAS NECESIDADES HUMANAS.....	360

